



JAMES ELLROY
Mis rincones oscuros

LITERATURA RANDOM HOUSE

Mis rincones oscuros

JAMES ELLROY

Traducción de
Hernán Sabaté



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Helen Knode

I

LA PELIRROJA



Una vulgar noche de sábado acabó contigo. Moriste de manera estúpida y violenta, y no tuviste los medios para defender tu vida.

Tu huida a la seguridad fue un breve respiro. Me llevaste a tu escondite como un amuleto de la buena suerte. Te fallé como talismán; por eso, ahora me presento como tu testigo.

Tu muerte define mi vida. Quiero encontrar el amor que nunca tuvimos y explicarlo en tu nombre.

Quiero hacer públicos tus secretos. Quiero borrar la distancia que nos separa.

Quiero darte aliento.

La encontraron unos niños.

Eran jugadores de la liga Babe Ruth que habían salido a lanzar unas cuantas bolas. Tres entrenadores adultos caminaban detrás de ellos.

Los chavales vieron un bulto en la franja de hiedra justo al lado del bordillo. Los hombres vieron unas perlas sueltas en la acera. Se produjo un ligero sobresalto telepático.

Clyde Warner y Dick Ginnold hicieron que los niños se retiraran un poco para evitar que mirasen desde demasiado cerca. Kendall Nungesser cruzó Tyler Avenue a la carrera en dirección a una cabina de teléfonos que había junto a la lechería.

Llamó a la Oficina del Sheriff de Temple City y le contó al sargento de guardia que había descubierto un cuerpo. Estaba allí mismo, en la carretera junto al campo de entrenamiento de béisbol del instituto Arroyo. El sargento le dijo que se quedara allí y que no tocara nada.

Se emitió el aviso por radio: 10.10 del domingo 22 de junio de 1958. Cadáver en King's Row con Tyler Avenue, El Monte.

Un coche patrulla del sheriff llegó al lugar en menos de cinco minutos. Segundos después se presentó una unidad de la policía de El Monte.

El ayudante del sheriff Vic Cavallero reunió a los entrenadores y a los niños. El agente Dave Wire inspeccionó el cuerpo.

Se trataba de una mujer de raza caucásica. Tenía la piel muy clara y era

pelirroja. Debía de rondar los cuarenta años. Se hallaba tendida boca arriba en un macizo de hiedra a escasos centímetros del bordillo de King's Row.

El brazo derecho estaba vuelto hacia arriba. La mano descansaba en el suelo, unos pocos centímetros por encima de la cabeza. El brazo izquierdo estaba doblado por el codo y cruzaba el cuerpo a la altura de la cintura. La mano se veía crispada; las piernas, extendidas y abiertas.

Llevaba puesto un vestido azul marino ligero y de escote generoso, sin mangas. Un gabán azul oscuro con forro a juego cubría la mitad inferior de su cuerpo.

Los pies y los tobillos quedaban a la vista. El pie derecho estaba descalzo. En torno al tobillo izquierdo tenía enrollada una media de nailon.

El vestido estaba ajado y tenía los brazos cubiertos de picaduras de insectos. La lengua asomaba entre los labios y el rostro presentaba varias magulladuras. El sujetador estaba desabrochado y subido por encima de los pechos. Alrededor del cuello tenía una media de nailon y un cordel de algodón, ambos firmemente anudados.

Dave Wire habló por radio con el agente de guardia del Departamento de Policía de El Monte. Vic Cavallero llamó a la oficina de Temple. Se dio la alerta para la recogida del cuerpo:

Que venga el forense del condado de Los Ángeles. Que vengan los del Laboratorio de Criminología de la Oficina del Sheriff y el fotógrafo. Llamad a la Brigada de Homicidios y decidles que manden un equipo.

Cavallero se quedó de pie junto al cuerpo. Dave Wire se acercó a la lechería y pidió un rollo de cuerda. Cavallero lo ayudó a extenderla para establecer un perímetro protegido en torno a la escena del crimen.

Comentaron la extraña posición del cuerpo. Parecía caído al azar y, a la vez, depositado con cuidado.

Empezaron a llegar curiosos. Cavallero los obligó a retirarse hasta la acera

de Tyler Avenue. Wire reparó en que había algunas perlas en la calzada y trazó un círculo de tiza en torno a cada una de ellas.

Unos coches oficiales se detuvieron ante el cordón de seguridad. Varios agentes, uniformados y de paisano, pasaron por debajo de la cuerda.

Del Departamento de Policía de El Monte: el jefe Orval Davis, el capitán Jim Bruton y el sargento Virg Ervin. De la Oficina del Sheriff de Temple: el capitán Dick Brooks, el teniente Don Mead y el sargento Don Clapp. Los ayudantes del sheriff de Temple llamados para contener a los curiosos eran policías de servicio o fuera de él.

Dave Wire midió la ubicación exacta del cuerpo: veintiún metros al oeste de la primera verja cerrada del recinto del instituto y medio metro al sur del bordillo de King's Row. Llegó el fotógrafo policial y tomó unas fotos en perspectiva de King's Row y del campo de deportes del instituto.

Era mediodía y el sol caía en un ángulo de noventa grados.

El fotógrafo tomó instantáneas del cuerpo desde arriba y desde los lados. Vic Cavallero le aseguró que la gente que lo había encontrado no lo había tocado. Los sargentos Ward Hallinen y Jack Lawton llegaron al lugar y se dirigieron de inmediato hacia el jefe Davis.

Davis les dijo que se encargaran del asunto, en virtud del protocolo por el que todos los asesinatos cometidos en la ciudad de El Monte eran competencia de la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff de Los Ángeles.

Hallinen se acercó al cuerpo. Lawton dibujó un plano de la zona en su libreta de notas.

Tyler Avenue iba de norte a sur. King's Row la cortaba en el extremo sur de los terrenos escolares. King's Row continuaba hacia el este unos ciento setenta y cinco metros y desembocaba en Cedar Avenue, que marcaba el

límite oriental de los terrenos del instituto. No era más que una vía de acceso pavimentada.

El extremo de Cedar Avenue estaba cerrado por una verja. Otra valla interior resguardaba unos bungalows cerca de los edificios principales del instituto. La única manera de acceder a King's Row era por Tyler Avenue.

King's Row medía unos cinco metros de ancho. El campo de deportes se extendía a lo largo del límite norte. Por detrás del bordillo de la acera sur había una valla de alambre cubierta de maleza y una mata de hiedra de un metro de anchura. El cuerpo estaba situado a setenta y cinco metros al este de la esquina de Tyler y King's Row.

El pie izquierdo de la víctima quedaba a unos cincuenta centímetros del bordillo. El peso del cuerpo había aplastado la hiedra.

Lawton y Hallinen contemplaron el cadáver. Empezaban a aparecer los primeros síntomas del *rigor mortis*: la mano cerrada de la víctima había quedado rígida.

Hallinen observó un anillo con una perla falsa en el dedo corazón. Lawton comentó que quizá los ayudase a identificarla.

El rostro había adquirido un ligero tono morado. Tenía toda la pinta del clásico cuerpo tirado a altas horas de la noche.

Vic Cavallero dijo a los entrenadores y a los chavales del equipo de béisbol que se fueran a casa. Dave Wire y Virg Ervin se mezclaron con los curiosos. Se presentó en el lugar el sargento Harry Andre, un tipo de Homicidios impaciente por echar una mano.

Llegaron los miembros de la prensa. Algunos agentes de Temple se acercaron en los coches patrulla para echar un vistazo a la escena del crimen. La mitad de los veintiséis hombres del Departamento de Policía de El Monte pasaron por allí. Las mujeres blancas muertas eran como un imán.

Se presentó el ayudante del forense. El fotógrafo le dijo que podía

examinar a la víctima.

Hallinen y Lawton se abrieron paso hasta la primera fila para mirar. El ayudante del forense levantó el gabán y dejó al descubierto la mitad inferior del cuerpo.

No llevaba bragas, liguero ni pantis. El vestido estaba subido por encima de las caderas. Ni pantis ni zapatos. Esa media enrollada en torno al tobillo izquierdo. Magulladuras y pequeñas laceraciones en la cara interna de los muslos. Unas marcas en la cadera izquierda de haber sido arrastrada por el asfalto.

El ayudante del forense le dio la vuelta al cuerpo. El fotógrafo sacó algunas tomas de la parte posterior de la víctima. La espalda estaba húmeda de rocío y mostraba señales de lividez post mortem.

El ayudante del forense dijo que probablemente llevase muerta entre ocho y doce horas. La habían tirado allí antes del amanecer; el rocío en la espalda era un claro indicio de ello.

El fotógrafo tomó unas cuantas fotos más. El ayudante del forense y su colaborador levantaron el cuerpo. Estaba flácido, todavía lejos del *rigor mortis* completo. Llevaron a la víctima al furgón y la colocaron en una camilla.

Hallinen y Lawton investigaron el macizo de hiedra y el bordillo cercano.

Encontraron una antena de coche rota en la calzada, así como una ristra de perlas sobre la hiedra aplastada, cerca de donde estaba el cuerpo. Recogieron las perlas rodeadas por círculos de tiza y las pasaron por el hilo del collar. Comprobaron que tenían el juego completo.

El cierre estaba intacto. El hilo aparecía roto por la mitad. Guardaron las piezas del collar en una bolsa para pruebas.

No encontraron las bragas, los zapatos ni el bolso. No vieron marcas de neumáticos en la grava junto al bordillo, tampoco había marcas que indicasen

que algo había sido arrastrado en ningún punto de King's Row. La hiedra que rodeaba el lugar donde estaba el cuerpo no presentaba señales de pisadas.

Era la una y veinte de la tarde. La temperatura había subido hasta los treinta y cinco grados.

El ayudante del forense tomó muestras de los cabellos y del vello púbico de la víctima. A continuación le cortó las uñas y las guardó en un sobrecito.

Luego desnudaron el cuerpo y lo colocaron boca arriba en la camilla.

Había una pequeña mancha de sangre seca en la palma de la mano derecha de la víctima, así como una pequeña laceración cerca del centro de la frente.

A la víctima le faltaba el pezón derecho. Por el tejido cicatrizal blanquecino que coronaba la areola parecía tratarse de una antigua amputación quirúrgica.

Hallinen le quitó el anillo a la víctima. El ayudante del forense midió el cuerpo, un metro sesenta y siete, y calculó su peso en sesenta y dos kilos. Lawton se marchó para dar los datos a la Central y a la Brigada de Personas Desaparecidas de la Oficina del Sheriff.

El ayudante del forense cogió un bisturí y efectuó una profunda incisión de quince centímetros de longitud en el abdomen de la víctima. Abrió el corte con los dedos e introdujo un termómetro en el hígado: la temperatura era de treinta y cinco grados. Calculó que la muerte se había producido entre las tres y las cinco de la madrugada.

Hallinen examinó las ligaduras. La media y el cordón de algodón estaban atados al cuello de la víctima por separado. El cordón parecía el de una persiana veneciana o una cuerda de tender la ropa.

El cordón había sido anudado en la parte posterior del cuello de la víctima. El asesino lo había atado tan fuerte que uno de los extremos se había roto; el cabo deshilachado y la diferencia de longitud entre ambas puntas demostraban el hecho de forma concluyente.

La media que rodeaba el cuello de la víctima era idéntica a la que tenía en torno al tobillo izquierdo.

El ayudante del forense cerró el furgón y se llevó el cuerpo al depósito del condado de Los Ángeles. Jack Lawton emitió un anuncio por la banda policial:

Alerta a todas las unidades del valle de San Gabriel: varones sospechosos con cortes y arañazos recientes.

Ward Hallinen reunió a los reporteros de radio presentes. Les dijo que emitieran el siguiente comunicado por las ondas locales:

Encontrada muerta mujer blanca. Cuarenta años. Pelirroja. Ojos marrones. Un metro sesenta y siete. Sesenta y dos kilos. Dirigir a los posibles informadores al Departamento de Policía de El Monte o a la Oficina del Sheriff de Temple City.

El jefe Davis y el capitán Bruton se dirigieron hacia la Central de la Policía de El Monte. Allí se unieron a ellos tres hombres de Homicidios: el inspector R. J. Parsonson, el capitán Al Etzel y el teniente Charles McGowan.

Procedieron a analizar el caso. Bruton llamó a los departamentos de Policía de Baldwin Park y Pasadena, a la Oficina del Sheriff de San Dimas y a los departamentos de Covina y West Covina. Repasó con ellos los datos de la víctima y obtuvo idéntica respuesta: no encajaba con la descripción de ninguna de las mujeres cuya desaparición hubiera sido denunciada últimamente.

Agentes uniformados y policías de El Monte rastrearon los terrenos del instituto Arroyo. Hallinen, Lawton y Andre hicieron lo propio en el vecindario circundante.

Hablaron con los transeúntes y con la gente que tomaba el sol en sus

jardines, así como con una larga serie de clientes en la lechería. Los agentes describieron a la víctima y en todas las ocasiones recibieron la misma respuesta: No sé de quién me habla.

La zona era residencial y medio rural. Casas pequeñas intercaladas con parcelas vacías y manzanas de terreno baldío. Hallinen, Lawton y Andre consideraron que era inútil continuar con las pesquisas.

Se dirigieron en el coche patrulla hacia el sur, en dirección a las autovías principales de El Monte: Ramona, Garvey, Valley Boulevard. Recorrieron varios cafés y algunos bares. Hablaron de la pelirroja y no recibieron más que respuestas negativas.

La investigación inicial resultó inútil.

El rastreo de la zona resultó inútil.

Ninguna patrulla informó acerca de varones sospechosos que presentasen cortes y arañazos.

En el Departamento de Policía de El Monte se recibió una llamada. La comunicante dijo que acababa de escuchar un boletín por la radio. La mujer que habían encontrado en el instituto presentaba similitudes con su inquilina.

El encargado de la centralita llamó por radio a Virg Ervin y le dijo que fuese a ver a la mujer del 700 de Bryant Road.

La dirección estaba en El Monte, a un kilómetro y medio al sudeste del instituto Arroyo. Ervin condujo hasta allí y llamó a la puerta.

Abrió una mujer. Se identificó como Anna May Krycki y declaró que la descripción de la muerta encajaba con la de su inquilina, Jean Ellroy. Jean había salido de su casita en la propiedad de los Krycki la noche anterior, alrededor de las ocho. Había pasado toda la noche fuera y aún no había regresado.

Ervin describió el gabán y el vestido de la víctima. Anna May Krycki dijo que le recordaban al atuendo favorito de Jean. Ervin describió la cicatriz en el

pecho derecho de la víctima. Anna May Krycki dijo que Jean le había enseñado la marca.

Ervin volvió al coche y radió la información a la centralita de El Monte. El agente de guardia envió un coche patrulla a buscar a Jack Lawton y Ward Hallinen.

El coche los encontró en menos de diez minutos. Luego los llevó directamente a casa de los Krycki.

Hallinen le mostró de inmediato el anillo de la víctima a Anna May Krycki. Esta lo identificó como perteneciente a Jean Ellroy.

Lawton y Hallinen se sentaron con ella y la interrogaron. Anna May Krycki dijo que era la «señora» Krycki. Su marido se llamaba George, y ella tenía un hijo de doce años, Gaylord, de un matrimonio anterior. Jean Ellroy también era, técnicamente, «señora» Ellroy, pero llevaba varios años divorciada. El verdadero nombre de Jean era Geneva; el segundo nombre, Odelia, y su apellido de soltera, Hilliker. Era enfermera diplomada y trabajaba en una fábrica de piezas para aviones en el centro de Los Ángeles. Ella y su hijo de diez años vivían en el pequeño bungalow de piedra que se alzaba en el jardín trasero de los Krycki. Jean conducía un Buick rojo y blanco del 57. El hijo estaba pasando el fin de semana con su padre en Los Ángeles y volvería en unas horas.

La señora Krycki les enseñó una foto de Jean Ellroy. El rostro encajaba con el de la víctima.

La señora Krycki dijo que la noche anterior, hacia las ocho, vio a Jean salir del bungalow. Iba sola. Se marchó en su coche y no volvió. El coche no estaba en el garaje ni en el sendero de entrada de la casa.

La señora Krycki declaró que la víctima y su hijo se habían mudado al bungalow hacía cuatro meses. Dijo que el crío pasaba los días laborables con la madre y los fines de semana con el padre. Jean procedía de un pueblecito

de Wisconsin. Era una mujer trabajadora y poco habladora, bastante reservada. Tenía treinta y siete años.

El padre había pasado a recoger a su hijo en taxi el sábado por la mañana. Por la tarde, la señora Krycki había visto a Jean ocuparse del jardín. Hablaron un poco, pero Jean no le comentó qué planes tenía para esa noche.

Virg Ervin preguntó por el coche de la víctima. ¿Dónde solía poner gasolina normalmente?

La señora Krycki le dijo que probara en la estación de servicio de Union 76. Ervin pidió el número a Información, llamó a la gasolinera y habló con el propietario. El hombre repasó sus registros y volvió al aparato con un número de matrícula: California/KFE 778.

Ervin facilitó el número a la centralita del Departamento de Policía de El Monte. La centralita difundió la información a todas las unidades de la policía local y de la Oficina del Sheriff.

La entrevista continuó. Hallinen y Lawton hicieron especial hincapié en un tema: los hombres con quienes se relacionaba la víctima.

La señora Krycki dijo que la vida social de Jean era limitada. No daba la impresión de que tuviese novios. En ocasiones salía sola y, por lo general, regresaba temprano. No acostumbraba a beber mucho. A menudo decía que quería dar buen ejemplo a su hijo.

En ese momento llegó George Krycki. Hallinen y Lawton le preguntaron acerca de lo que había hecho el sábado por la noche.

El hombre les contó que hacia las nueve Anna May se había ido al cine. Él se había quedado en casa, viendo un programa de lucha libre en televisión. Había visto a la víctima salir con el coche entre las ocho y las ocho y media, y no la había visto ni oído volver.

Ervin pidió a los Krycki que lo acompañaran al depósito de cadáveres del

condado de Los Ángeles para hacer una identificación concluyente del cuerpo.

Hallinen llamó al Laboratorio de Criminología y les dijo que enviaran un agente al 700 de Bryant, El Monte, para tomar huellas en la casita situada detrás de la casa principal.

Virg Ervin llevó a los Krycki al Palacio de Justicia de Los Ángeles, un trayecto de veinte kilómetros por la autovía de San Bernardino. El despacho del forense y el depósito de cadáveres estaban en el sótano, debajo de la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff.

La víctima estaba dentro de una cámara refrigerada, sobre una plancha metálica. Los Krycki la vieron por separado. Ambos la identificaron como Jean Ellroy.

Ervin les tomó declaración formal y los envió de regreso a El Monte.

El agente encargado de tomar las huellas se reunió con Hallinen y Lawton a la puerta del bungalow de Ellroy. Eran las cuatro y media de la tarde y el día continuaba siendo caluroso y húmedo.

El bungalow era pequeño, construido con madera de color granate y rocas de río. Se alzaba detrás de la casa de los Krycki, en el extremo de un jardín compartido. Este tenía palmeras de sombra y bananeras altas, y en el centro había un estanque de piedra y mortero. Las dos casas estaban situadas en la esquina sudeste de Maple Avenue y Bryant. La vivienda de Jean Ellroy tenía una puerta que daba a Maple.

La entrada principal daba al estanque y a la puerta trasera de los Krycki. Era de cristal, con parteluces y marco de madera. Cerca de la cerradura faltaba uno de los vidrios. No podía cerrarse desde dentro ni desde fuera.

Hallinen, Lawton y el agente encargado de tomar las huellas entraron en la casa. Distaba mucho de ser espaciosa. Dos pequeños dormitorios y una

angosta sala de estar. Una cocina americana, un rincón de desayuno y un cuarto de baño.

La vivienda estaba limpia y ordenada. No se veía nada fuera de lugar. Las camas de la víctima y de su hijo estaban hechas. Nadie había dormido en ellas.

En la cocina encontraron un vaso con un poco de vino. Registraron los cajones del dormitorio de la víctima y encontraron algunos documentos personales. Averiguaron que la víctima trabajaba en Airtek Dynamics, en el 2222 de South Figueroa, L. A.

Descubrieron que el exmarido de la víctima se llamaba Armand Ellroy. Vivía en el 4980 de Beverly Boulevard, L. A. Su número de teléfono era Hollywood 3-8700.

Comprobaron que la víctima no tenía teléfono.

El agente encargado de tomar las huellas empolvó el vaso y varias superficies más, pero no encontró ninguna impresión dactilar.

Hallinen regresó a la casa de los Krycki y telefoneó al número del exmarido. Dejó que sonara largo rato, pero no obtuvo respuesta.

Virg Ervin entró en la casa. Dijo que Dave Wire había encontrado el coche de la víctima, aparcado detrás de un bar en Valley Boulevard.

El bar se llamaba Desert Inn. Estaba en el 11721 de Valley Boulevard, a tres kilómetros del lugar donde había aparecido el cuerpo y a uno y medio de la casa de la víctima. Era un edificio achaparrado de una planta, con techumbre de tejas rojas de arcilla y toldos en las ventanas delanteras.

El aparcamiento trasero se extendía hasta una hilera de bungalows baratos de paredes estucadas. Una franja gris cubierta de sicomoros separaba un

aparcamiento para cuatro hileras de coches. Una cadena baja cerraba el recinto por los lados.

Junto a la verja del costado oeste había aparcado un Buick blanco y rojo. Dave Wire se encontraba a su lado. Jim Bruton y Harry Andre estaban apoyados en un coche patrulla de la Oficina del Sheriff.

Allí estaba Al Etzel. También Blackie McGowan.

Hallinen y Lawton entraron con el coche en el aparcamiento. Virg Ervin y el agente encargado de las huellas llegaron en coches separados.

Dave Wire se acercó y procedió a informarles.

Tras tomar nota del número de matrícula emitido por radio, había empezado a buscar en calles secundarias y aparcamientos. Localizó el coche de la víctima a las 15.35. No habían echado el seguro y no parecía que lo hubieran forzado. Inspeccionó los asientos delanteros y el trasero, y no encontró las llaves, el bolso, la ropa interior ni los zapatos de la víctima. Lo que sí halló fue media docena de latas de cerveza vacías, envueltas en papel marrón y atadas con un cordel.

Hallinen y Lawton examinaron el coche. Estaba perfectamente limpio tanto por dentro como por fuera. El agente del laboratorio sacó fotografías del interior y del exterior y empolvó las puertas y el salpicadero, pero no encontró huellas latentes viables.

Llegó un ayudante del sheriff de Temple, que procedió a confiscar el coche y llevarlo a un concesionario Ford cercano para que lo guardaran.

En la franja de hierba junto a la acera empezaba a congregarse un grupo de curiosos. Wire señaló a Roy Dunn y Al Manganiello, dos camareros del Desert Inn.

Andre y Hallinen hablaron con ellos. Dunn dijo que estuvo trabajando la noche anterior; Manganiello dijo que solo trabajaba durante el día. Hallinen

les mostró la fotografía de la víctima que les había dado la señora Krycki. Los dos camareros afirmaron que nunca habían visto a esa mujer.

Tampoco habían visto nunca el Buick blanco y rojo. Dunn estuvo trabajando la noche anterior, pero se encontraba detrás de la barra y desde ahí no podía ver salir ni entrar a los clientes. Los dos calcularon que el Buick debía de llevar aparcado detrás del bar todo el día, quizá incluso toda la noche.

Andre les preguntó quién más estuvo trabajando la noche anterior. Dunn respondió que hablara con Ellis Outlaw, el encargado.

Hallinen y Andre entraron en el local. El capitán Etzel y el teniente McGowan los siguieron.

El Desert Inn era estrecho y tenía forma de ele, con reservados tapizados en piel sintética. Una barra con taburetes dominaba tres filas de mesas y la puerta principal; detrás de ella había un mostrador para el servicio de bebidas y de cocina. El brazo corto de la ele estaba ocupado por una pista de baile y un escenario elevado.

Andre y Hallinen abordaron a Ellis Outlaw y le mostraron la foto de la víctima. Outlaw dijo que nunca la había visto. Y tampoco el Buick del 57 aparcado detrás del bar. La noche anterior no había trabajado, pero sabía quién lo había hecho.

Les dio algunos nombres:

Su esposa, Alberta «Bert» Outlaw. Su hermana, Myrtle Mawby. Ambas se encontraban en su casa en ese momento, en los apartamentos Royal Palms, en el 321 de West Mildred Avenue, West Covina. Podían probar también con Margie Trawick, en el teléfono Gilbert 8-1136. Era camarera eventual en el Desert Inn y, según había oído Outlaw, la noche anterior había estado trabajando.

Hallinen anotó la información y salió del local tras los demás agentes. En

el aparcamiento había un número considerable de miembros del Departamento de Policía de El Monte pendientes de lo que sucedía. Un segundo grupo estaba apostado en Bryant y Maple, a la espera de que apareciesen el exmarido de la víctima y su hijo.

Eran las seis y media de la tarde y había refrescado un poco. Se hallaban a principios de verano y aún faltaba bastante para que oscureciese.

Varias radios policiales empezaron a parlotear a la vez.

El niño y el ex habían vuelto. En esos momentos estaban siendo trasladados a la comisaría de El Monte en vehículos separados.

Al exmarido de la víctima le faltaba una semana para cumplir los sesenta. Alto y de constitución atlética, parecía que controlaba sus emociones.

El hijo de la víctima era regordete y más alto que la mayoría de los niños de diez años. Estaba nervioso, pero no se le veía nada afectado.

El niño había llegado a la casa en taxi, solo. Se le informó de la muerte de su madre y encajó la noticia con calma. Le dijo a un agente que su padre estaba en la estación de autobuses de El Monte, esperando un vehículo de la compañía Freeway Flyer que lo llevara de regreso a Los Ángeles.

Un coche patrulla recibió la orden de desplazarse hasta allí para recoger a Armand Ellroy. Padre e hijo no habían estado en contacto desde que se despidieron en la estación. Ahora estaban retenidos en habitaciones separadas.

Hallinen y Lawton hablaron primero con el exmarido. Ellroy declaró que llevaba divorciado de la víctima desde 1954 y que ese fin de semana estaba ejerciendo su derecho a visitar a su hijo. Lo había recogido en un taxi a las diez de la mañana del sábado, y no había visto a su exmujer. Él y el niño tomaron un autobús hasta Los Ángeles, donde vivía. Almorzaron y fueron al

Fox-Wilshire Theatre a ver una película titulada *Los vikingos*. La sesión terminó a las cuatro y media. Después hicieron unas compras en la tienda de comestibles y regresaron al apartamento. Cenaron, vieron la tele y, entre las diez y las once, se acostaron.

Por la mañana se despertaron tarde. Tomaron un autobús en dirección al centro y almorzaron en la cafetería Clifton. Pasaron varias horas mirando escaparates y regresaron, también en autobús, a El Monte. En la estación, el padre metió al niño en un taxi y se sentó a esperar el autobús para volver a Los Ángeles. Un policía se acercó a él y le dio la noticia.

Hallinen y Lawton preguntaron a Ellroy qué tal se llevaba con su ex. Respondió que se habían conocido en el 39 y se habían casado al año siguiente. Se divorciaron en el 54; las cosas salieron mal y terminaron por aborrecerse. Los trámites del divorcio fueron complicados y plagados de desacuerdos.

Hallinen y Lawton preguntaron a Ellroy por la vida social de su exesposa. Respondió que Jean era una mujer reservada que se guardaba las cosas para sí. Mentía cuando le convenía, y en realidad no tenía los treinta y siete años que declaraba, sino cuarenta y tres. Era promiscua y alcohólica. Su hijo la había sorprendido en la cama con desconocidos en varias ocasiones. Su reciente traslado a El Monte solo podía deberse a que estaba huyendo, o quería estar más cerca, de algún tipejo con el que se estuviera viendo. Jean se mostraba reservada acerca de su vida privada porque sabía que él quería demostrar que era una mala madre y conseguir con ello la plena custodia de su hijo.

Hallinen y Lawton preguntaron a Ellroy por los nombres de algunos amigos de su exmujer. Respondió que solo conocía uno: Hank Hart, un obrero gordo al que le faltaba un pulgar.

Hallinen y Lawton agradecieron a Ellroy su colaboración y se dirigieron

hacia una sala de interrogatorio situada al fondo del pasillo. Unos agentes fuera de servicio hacían compañía al hijo de la víctima.

El niño se mostró serio y sereno. Aguantó el tipo bastante bien durante toda la entrevista.

Hallinen y Lawton lo trataron con delicadeza. El muchacho confirmó hasta el menor detalle del relato de su padre sobre el fin de semana. Dijo que solo conocía el nombre de dos de los hombres con quienes su madre se veía: Hank Hart y un maestro de su escuela llamado Peter Tubiolo.

Eran las nueve de la noche. Ward Hallinen le dio un caramelo al niño y lo acompañó por el pasillo para reunirse con su padre.

Armand Ellroy abrazó a su hijo, que le devolvió el abrazo. Los dos parecían aliviados y extrañamente felices.

El niño fue entregado a la custodia de Armand Ellroy. Un agente los llevó a la estación de autobuses de El Monte. Tomaron el Freeway Flyer de las 21.30 de regreso a Los Ángeles.

Virg Ervin condujo a Hallinen y Lawton a los apartamentos Royal Palms. Mostraron la fotografía y sometieron a Bert Outlaw y a Myrtle Mawby a la serie de preguntas rutinarias.

Las dos mujeres reconocieron a la víctima. Ambas afirmaron que no era una habitual del Desert Inn, aunque había estado en el local la noche anterior. Estuvo sentada con un hombre menudo, de cabello negro liso y rostro delgado. Fueron los últimos clientes en marcharse, a la hora de cerrar, las dos de la madrugada.

Ambas mujeres declararon que nunca habían visto al hombre menudo.

Myrtle Mawby les dijo que deberían llamar a Margie Trawick. Estaba en el bar antes de que ellas llegasen y quizá pudiera añadir algo. Jack Lawton

marcó el número que les había dado Ellis Outlaw. Margie Trawick respondió al otro extremo de la línea.

Lawton le hizo algunas preguntas preliminares. Margie Trawick fue rotunda: en efecto, la noche anterior había visto a una atractiva pelirroja sentada con un grupo de gente. Lawton le dijo que se reuniera con él en la comisaría de El Monte media hora más tarde.

Ervin condujo a Lawton y Hallinen de vuelta a la comisaría. Margie Trawick estaba esperándolos. Se la veía muy tensa e impaciente por colaborar.

Hallinen le enseñó la fotografía de Jean Ellroy. Margie la identificó al instante.

Ervin salió hacia el Desert Inn para enseñar la foto. Lawton y Hallinen hicieron que Margie Trawick se sintiera cómoda y la dejaron hablar sin interrumpirla.

Margie dijo que no era empleada del Desert Inn, pero que desde hacía nueve meses ayudaba a servir mesas de vez en cuando. Recientemente había sido sometida a una intervención quirúrgica y disfrutaba yendo al local, ya que allí se entretenía.

La noche anterior había llegado hacia las 22.10. Se había sentado a una mesa cerca de la barra y había tomado unas copas. La pelirroja había entrado hacia las 22.45 o las 23.00. Iba acompañada de una corpulenta rubia de pelo oscuro y con cola de caballo. Ambas debían de tener unos cuarenta años.

La rubia y la pelirroja se sentaron a una mesa. Un hombre con pinta de mexicano se acercó enseguida a ellas y ayudó a la pelirroja a quitarse el abrigo. Luego se dirigieron a la pista y se pusieron a bailar.

El hombre tendría treinta y cinco o cuarenta años y mediría uno setenta y cinco o uno ochenta. Era delgado y tenía el cabello oscuro peinado hacia

atrás, con tupé. Su tez era morena. Llevaba traje oscuro y camisa blanca con el cuello abierto.

Parecía conocer a las dos mujeres.

Otro hombre se acercó a Margie y la invitó a bailar. Tendría unos veinticinco años, cabello claro, estatura y constitución medianas. Iba muy desaliñado y llevaba zapatillas de tenis. Estaba bebido.

Margie declinó la invitación. El borracho se alejó, irritado. Al cabo de un rato lo vio bailar con la rubia de la coleta.

Otras cosas distrajeran su atención. Se encontró con un amigo y decidió salir a dar una vuelta en coche con él. Se marcharon a las 23.30. En ese momento el borracho estaba sentado con la rubia, la pelirroja y el mexicano.

Margie no había visto a la pelirroja ni a la rubia hasta esa noche. Tampoco al mexicano. Puede que sí hubiera visto antes al borracho; le sonaba un poco.

Lawton y Hallinen dieron las gracias a Margie Trawick y la condujeron de regreso a su casa. La mujer accedió a someterse a un interrogatorio en los días siguientes para corroborar lo expuesto. Era casi medianoche; buena hora para sondear a los habituales de los bares.

Volvieron a pasar por el Desert Inn. Jim Bruton estaba allí, cosiendo a preguntas a los parroquianos. Lawton y Hallinen lo llevaron aparte y le informaron sobre lo que había contado Margie Trawick.

Ahora tenían más información útil. Fueron de mesa en mesa por todo el local, preguntando al respecto. Enseguida obtuvieron respuesta.

Alguien creía que el borracho podía ser un patán llamado Mike Whittaker. Trabajaba en la construcción y vivía en un tugurio de South San Gabriel.

Bruton salió en dirección al coche y mandó por radio una petición al Departamento de Tráfico del estado de California. La respuesta fue positiva:

Michael John Whittaker, varón blanco, nacido el 1 de enero de 1934, un

metro setenta y cinco, ochenta y cinco kilos, cabello castaño, ojos azules, 2759 South Gladys Street, South San Gabriel.

La dirección correspondía a una pensión de mala muerte. La propietaria era una mujer mexicana llamada Inez Rodríguez.

Hallinen, Lawton y Bruton le enseñaron la placa en la puerta. Dijeron que buscaban a Mike Whittaker como posible sospechoso de asesinato.

La mujer les dijo que Mike no había regresado la noche anterior. Quizá lo hubiese hecho durante el día y se hubiera vuelto a marchar, no lo sabía. El hombre bebía mucho. Se pasaba la mayor parte del tiempo en el Melody, en Garvey Boulevard.

Su alusión a «sospechoso de asesinato» había espantado a Inez Rodríguez.

Hallinen, Lawton y Bruton fueron al Melody Room. Un hombre que coincidía con la descripción de Mike Whittaker estaba sentado a la barra.

Lo rodearon y le mostraron las placas. El hombre admitió que, en efecto, era Michael Whittaker.

Hallinen dijo que tenían que hacerle algunas preguntas en relación con sus movimientos de la noche anterior. Lawton y Bruton lo cachearon, lo esposaron y lo metieron en el coche.

Whittaker no mostró la menor resistencia al arresto.

Lo condujeron a la comisaría de El Monte. Lo empujaron con brusquedad al interior de una sala de interrogatorios y le apretaron las tuercas.

Whittaker apestaba. Estaba tembloroso y medio beodo.

Reconoció haber estado en el Desert Inn la noche anterior. Dijo que fue buscando compañía. Estaba bastante borracho, de modo que quizá no recordase muy bien algunas cosas.

Cuéntanos lo que recuerdes, Michael.

Recordaba haber ido al bar. Recordaba haber preguntado a una chica si quería bailar y que ella le había rechazado. Recordaba haberse sentado a una mesa con un grupo. Estaba formado por una pelirroja, otra chica y un tipo con pinta de italiano. Nunca los había visto y no sabía cómo se llamaban.

Lawton le soltó que la pelirroja había sido asesinada. Whittaker pareció sinceramente conmocionado.

Dijo que había bailado con la pelirroja y con la otra chica. Había propuesto a la pelirroja que quedaran el domingo por la noche. Ella había contestado que no y había añadido algo acerca de que su hijo volvía de pasar el fin de semana con su padre. El tipo con aspecto de italiano también bailó con la pelirroja. No lo hacía nada mal. Puede que dijera que se llamaba Tommy o algo así, pero no estaba seguro.

Cuéntanos lo que recuerdes, Michael.

Michael recordaba que se había caído de la silla. Michael recordaba que su presencia empezó a incomodar al resto del grupo. Michael recordaba que los tres se marcharon juntos del local para librarse de él.

Él se quedó en el bar y siguió dándole a la botella. Luego se dirigió caminando al Stan's Drive-In para tomar un último bocado. Una patrulla de la Oficina del Sheriff lo detuvo en Valley Boulevard, a unas cuantas manzanas de allí. Lo arrestaron por ebriedad y se lo llevaron a la comisaría de Temple City.

La celda de los borrachos estaba llena, de modo que los agentes lo condujeron a la prisión municipal y lo empapelaron. Unos hispanos le robaron los zapatos y los calcetines mientras dormía.

Por la mañana lo soltaron. Regresó a South San Gabriel a pie, descalzo. Casi veinte kilómetros. Era un día abrasador. La calzada estaba áspera y le produjo grandes ampollas en los pies. Una vez en su habitación, cogió un

poco de dinero, se puso calcetines y zapatos, y volvió a salir; fue al Melody, donde se acurrucó en un rincón a beber.

Bruton abandonó la sala de interrogatorios y llamó a la Oficina del Sheriff de Temple City. Un agente confirmó la historia de Whittaker: el hombre había estado bajo custodia desde las 0.30. Tenía una coartada perfecta para la hora probable de la muerte de la víctima.

Bruton regresó a la sala e informó acerca de las novedades. Whittaker se mostró encantado y preguntó si ya podía marcharse a casa.

Bruton le dijo que tenía que hacer una declaración formal en las siguientes cuarenta y ocho horas. Whittaker asintió. Jack Lawton se disculpó por haberlo tratado con rudeza y se ofreció a llevarlo a la pensión.

Whittaker aceptó. Lawton lo condujo hasta allí y lo dejó en la acera.

La casera mexicana ya había sacado sus cosas al patio delantero. La puerta estaba cerrada y con la llave echada.

No quería a ningún jodido sospechoso de asesinato bajo su techo.

Eran las dos y media de la madrugada del lunes 23 de junio de 1958. Ya habían pasado dieciséis horas desde que se abriera el caso Jean Ellroy, expediente número Z-483-362 de la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff.

El valle de San Gabriel era la cola de rata del condado de Los Ángeles, una extensión de casi cincuenta kilómetros de poblaciones rurales que se sucedían hacia el este de la ciudad propiamente dicha.

Los montes de San Gabriel formaban el límite septentrional. La sierra Puente-Montebello cerraba el valle por el sur. La zona central estaba atravesada por cauces fangosos y vías de ferrocarril.

El extremo oriental quedaba ambiguamente indefinido. Cuando las vistas mejoraban, sabías que habías salido del valle.

El valle de San Gabriel era llano y encajonado. El flanco montañoso atrapaba la nube de contaminación. Las poblaciones –Alhambra, Industry, Bassett, La Puente, Covina, West Covina, Baldwin Park, El Monte, Temple City, Rosemead, San Gabriel, South San Gabriel, Irwindale, Duarte– solo se distinguían unas de otras por los rótulos del Kiwanis Club.

El valle de San Gabriel era caluroso y húmedo. El viento levantaba de las colinas septentrionales nubes de polvo y piedrecillas que cubrían las aceras y hacían escocer los ojos.

Allí las tierras eran baratas. La topografía llana resultaba ideal para levantar urbanizaciones e incluso para el trazado de una autovía. Cuanto más remota era una zona, más tierras podían comprarse por el mismo dinero. Uno podía hostigar a negratas a pocas manzanas de la calle principal sin que nadie se lo recriminase. Podía vallar el patio de su casa y criar cabras y gallinas. Los niños pequeños podían correr por la calle con los pañales sucios.

El valle de San Gabriel era el paraíso de la chusma blanca.

Los exploradores españoles descubrieron el valle en 1769, expulsaron a la población indígena y fundaron una misión cerca del actual cruce de la autopista de Pomona y Rosemead Boulevard. La misión del Santo Arcángel San Gabriel de los Temblores antecedió en diez años al primer asentamiento de Los Ángeles.

Los mexicanos se adentraron en la zona y se adueñaron del valle en 1822. Expulsaron a los españoles y se apropiaron de las tierras de la misión. Estados Unidos y México libraron una breve guerra en 1846. Los mexicanos perdieron California, Nevada, Arizona, Utah y Nuevo México y toda posibilidad de reclamarlos.

El Hombre Blanco tenía negocios en marcha. El valle de San Gabriel disfrutó de una larga época de bonanza agrícola. Muchos simpatizantes de los confederados se trasladaron al Oeste después de la guerra de Secesión y adquirieron gran parte de las tierras del valle.

El ferrocarril llegó en 1872 y provocó un rápido auge del negocio inmobiliario. La población aumentó en un mil por ciento. Los Ángeles empezó a crecer. El valle sacó provecho de ello.

Los especuladores inmobiliarios convirtieron la región en una serie de pequeños pueblos. A esto siguió un rápido desarrollo urbano, que continuó a lo largo de los años veinte. La población aumentó exponencialmente.

Entonces se restringió la construcción de viviendas en todo el valle. Los mexicanos fueron confinados en barrios marginales y poblados de chabolas. A los negros no les estaba permitido caminar por las calles después de la puesta del sol.

Las cosechas de nueces eran enormes. Las de cítricos, también. Las granjas

lácteas se convirtieron en auténticas máquinas de hacer dinero.

La Depresión puso freno al crecimiento del valle de San Gabriel. La Segunda Guerra Mundial lo resucitó. Muchos de los soldados que volvían del frente optaron por establecerse en el Oeste. Los promotores inmobiliarios tomaron buena nota de ello.

Se trazaron nuevas lindes y subdivisiones. Los campos de nogales y los huertos frutales fueron arrasados para dejar espacio a una urbanización tras otra. Los límites de la ciudad se expandieron.

Durante los años cincuenta, el crecimiento de la población se disparó. El sector agrícola entró en declive y florecieron las manufacturas y la industria ligera. La autovía de San Bernardino se extendió desde el centro de Los Ángeles hasta el sur de El Monte. Los automóviles se convirtieron en una necesidad.

Llegó la contaminación. Se levantaron nuevas urbanizaciones. El auge económico dio un nuevo aspecto al valle, pero no alteró en nada su carácter de Salvaje Oeste.

Había refugiados procedentes de las regiones del Dust Bowl azotadas por la gran sequía, con sus hijos adolescentes. Había pachucos con corte de cola de pato, camisas Sir Guy y pantalones con bragueta de botones. Los braceros blancos odiaban a los chicanos como los viejos vaqueros aborrecían a los indios.

Hubo una gran afluencia de hombres destrozados por la Segunda Guerra Mundial y por la guerra de Corea. Había barrios residenciales abarrotados, intercalados con grandes zonas rurales. Se podía andar por el cauce del río Hondo Wash y capturar peces con las manos. Se podía saltar a los establos de ganado de Rosemead, matar un becerro y llevárselo. O cortar allí mismo un buen filete fresco.

Se podía beber. Se podía ir al Aces, al Torch, al Ship's Inn, al Wee Nipee,

al Playroom, a Suzanne's, al Kit Kat, a The Hat, al Bonnie Rae o al Jolly Jug. Se podía ver qué ambiente había en el Horseshoe, el Coconino, el Tradewinds, el Desert Inn, el Time-Out, el Jet Room, el Lucky X o el Alibi. El Hollywood East estaba bien. El Big Time, el Off-Beat, el Manger, el Blue Room y el French Basque no estaban mal. Lo mismo podía decirse del Cobra Room, el Lalo's, el Pine-Away, el Melody Room, el Cave, el Sportsman, el Pioneer, el 49'er, el Palms y el Twister.

Se podía ir de copas. Para conocer a alguien. El boom del divorcio de los años cincuenta estaba en su punto álgido. Se podía escoger entre una amplia gama de mujeres bien dispuestas.

En 1958, El Monte era el centro del valle. Los primeros pobladores lo llamaban «el final del ferrocarril de Santa Fe». Era una población de paso y un buen lugar para divertirse. Los nuevos residentes la llamaban «la ciudad de las divorciadas». Era el lugar de encuentro y de contacto con la atmósfera más intensa de la Costa Oeste.

La población rondaba en torno a los diez mil habitantes. El 90 por ciento eran blancos y el 10 por ciento mexicanos. La ciudad abarcaba algo más de doce kilómetros cuadrados y la rodeaba una extensión de terrenos sin calificar.

Los sábados por la noche, la población aumentaba. La gente de fuera acudía a rondar por los bares de cócteles del valle y de Garvey. En el Legion Stadium de El Monte actuaba Cliffie Stone y su Hometown Jamboree, retransmitido en directo por la KLTA-TV.

El público llevaba indumentaria vaquera: los hombres, sombreros Stetson y pantalones de pitillo; las mujeres, faldas almidonadas. El Stadium ofrecía

bailes doo-wop con el grupo de Cliffie en sábados alternos. Los pachucos y los camorristas blancos se peleaban con frecuencia en el aparcamiento.

La autovía de San Bernardino atravesaba El Monte. Los conductores salían de la autovía y tomaban Valley Boulevard hacia el este. Paraban a comer en el Stan's Drive-In y en el Hula-Hut. Paraban a beber en el Desert Inn, el Playroom y el Horseshoe. Valley era la avenida principal el sábado por la noche. Los conductores que se dirigían al este acababan alternando por allí tanto si tenían pensado hacerlo como si no.

La zona de bares concurridos terminaba en Five Points, en el cruce de Valley con Garvey. Stan's y el Playroom se hallaban en la privilegiada esquina nordeste. El gran mercado agrícola Crawford's quedaba al otro lado de la calle. En la zona del cruce se apiñaban una decena de restaurantes y garitos.

Al norte, al sur y al oeste de allí se extendía la parte residencial de El Monte. Las casas eran pequeñas y estaban construidas en dos estilos: falso rancho y cubo de estuco. Los mexicanos quedaban aislados en una calle llamada Medina Court y en un poblado de chabolas conocido como Hicks Camp.

Medina Court se extendía a lo largo de unas tres manzanas. Allí las casas eran de bloques de hormigón y madera rapiñada. Hicks Camp quedaba justo enfrente de las vías del Pacific-Electric. Allí las casas tenían el suelo de tierra y se levantaban con listones de madera arrancados de viejos vagones.

La película *Carmen Jones* fue filmada en Hicks Camp en 1954. Un gueto de hispanos se utilizó para representar un gueto de negros. Los encargados de los decorados no tuvieron que cambiar un solo detalle.

Medina Court y Hicks Camp estaban llenos de borrachos y drogadictos. Uno de los métodos de asesinato preferidos en Hicks Camp consistía en

emborrachar a la víctima y tumbarla sobre los raíles para que algún tren de carga la decapitase.

El Departamento de Policía de El Monte se encargaba de patrullar e investigar toda clase de delitos salvo el asesinato. Constaba de veintiséis agentes, una gobernanta y un vigilante de parquímetros. El departamento tenía fama de estar relativamente limpio. Los comerciantes de la zona mantenían bien cebados a los muchachos con comida y licores. Los agentes de El Monte siempre iban uniformados a comprar.

Los hombres patrullaban en solitario en sus coches. El ambiente de trabajo era amistoso: capitanes y tenientes bebían con viejos agentes de uniforme sin galones. El de policía era un trabajo vocacional: uno podía ayudar a la gente, o dar palizas a los espaldas mojadas, o tutelar a las chicas de la calle, según la inclinación de cada cual.

Todos llevaban uniforme caqui y conducían Ford Interceptor del 56. Recuperaban coches para los vendedores locales y se quejaban al sheriff por cualquier nadería. La mitad de los agentes se habían alistado bajo un sistema de patrocinio. La otra mitad procedía de la administración civil.

El Departamento de Policía pasaba los casos de asesinato a la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff. Para ser una población de paso a la que la gente iba a divertirse, había muy pocos muertos.

El 30 de marzo de 1953 dos mujeres con pinta de lesbianas mataron en El Monte a un pintor de brocha gorda llamado Lincoln F. Eddy.

Eddy y Dorothea Johnson habían pasado ese día bebiendo en varios bares de El Monte. A última hora de la tarde fueron a casa de Eddy, quien obligó a la señorita Johnson a hacerle una mamada. Ella regresó a su casa y trató el asunto con su compañera de cuarto, la señorita Viola Gale. Las mujeres consiguieron un rifle y volvieron a donde vivía Eddy.

Lo mataron a tiros. Dos chavales que jugaban a lanzarse una pelota de

béisbol en la calle las vieron entrar y salir. A la mañana siguiente las detuvieron. Juzgadas y declaradas culpables, fueron sentenciadas a largas penas de cárcel.

El 17 de marzo de 1956, el señor Walter H. Depew embistió con su coche contra la fachada del bar Ray's Inn, en Valley Boulevard.

A causa del impacto, dos hombres resultaron muertos. El automóvil del señor Depew abrió un boquete de cinco metros en la pared delantera y otro de seis en la trasera. Varios clientes más sufrieron heridas de gravedad.

Ese día el señor Depew había estado bebiendo en el Ray's Inn. Su mujer trabajaba de camarera en el local. Horas antes del incidente el señor Depew había tenido una discusión con el propietario, quien acabó echándolo.

El señor Depew fue detenido de inmediato. Juzgado y condenado, fue sentenciado a una breve pena de cárcel.

La Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff se encargó de ambos casos. Los tres últimos asesinatos de El Monte se habían resuelto en un jodido tiempo récord.

No parecía que fuera a ocurrir lo mismo con el caso de Jean Ellroy.

El *Times*, el *Express* y el *Mirror* le dedicaron un espacio en la página dos. El telediario de la televisión local, apenas cinco segundos.

El caso de la pelirroja no tuvo ninguna repercusión. La auténtica noticia era el asesinato de Johnny Stompanato. La hija de Lana Turner se había cargado a Johnny en abril. La historia todavía estaba caliente.

El *Mirror* publicó una foto de la sonriente pelirroja. El *Times* publicó una del niño instantes después de que los policías le contasen lo sucedido. Jean Ellroy era la duodécima víctima de asesinato en el condado en 1958.

Armand Ellroy se presentó en la oficina del forense a primera hora de la mañana del lunes. Identificó el cuerpo y firmó un impreso del Código de Sanidad y Seguridad para entregarlo al depósito de cadáveres de Utter-McKinley. El doctor Gerald K. Ridge llevó a cabo la autopsia: expediente del forense número 35.339-23/6/58.

El médico atribuyó la causa de la muerte a «asfixia por estrangulamiento con ligaduras». En su informe anatómico señaló la presencia de una «doble ligadura totalmente oclusiva» alrededor del cuello de la víctima. Mencionó que la víctima estaba en su período menstrual. El frotis en busca de espermatozoides dio positivo. Encontró un tampón en el fondo del conducto vaginal.

Tomó nota de la «ausencia quirúrgica» del pezón derecho de la víctima. Hizo un diagrama de los arañazos que aparecían en caderas y rodillas y de las escoriaciones en la cara interna de los muslos. Describió el cuerpo como el de

una «mujer blanca bien desarrollada y nutrida, sin embalsamar». Las observaciones sobre el examen externo se ciñeron directamente a los dos garrotes:

Se advierte una fuerte ligadura doble en torno al cuello, que ocluye los conductos y produce profundos surcos en los tejidos blandos. La ligadura se compone de un cordón similar a los usados para tender la ropa, que al parecer fue el primero en ser colocado alrededor del cuello y en ser atado firmemente en la zona posterior izquierda. Los extremos del cordón están sueltos; uno es sumamente corto y probablemente se rompió al hacer el nudo, mientras que el otro tiene una longitud regular y se extiende hacia abajo. Sobre esta primera ligadura hay una media de nailon firmemente apretada, cuyo nudo también se localiza en la zona lateral posterior izquierda del cuello. En ese punto, la media de nailon cubre el extremo más largo del cordón. Presenta dos tipos de atadura: la primera, el habitual medio nudo, y, la segunda, un lazo muy estrecho por debajo de un nudo corredizo parcial.

El doctor Ridge deshizo las ligaduras y observó que en torno al cuello se veía un «surco profundo y pálido». Rasuró a la víctima hasta dejarla calva por completo, y describió los tejidos de la cabeza como «intensamente cianóticos y bañados en una decoloración púrpura amoratada». Hizo una incisión en el cuero cabelludo hasta el cráneo y retiró la piel hacia atrás. Registró once heridas y las catalogó de «profundas equimosis craneales de color rojo intenso».

A continuación serró la tapa craneal y examinó el tejido cerebral de la víctima. Lo pesó y no encontró «indicios de lesiones u otras anormalidades intrínsecas». Abrió el estómago de la víctima y encontró frijoles enteros, hebras de carne, una sustancia anaranjada que podría ser zanahoria o calabaza y otra amarillenta y pastosa que parecía queso.

Examinó el resto del cuerpo y no halló más indicios de traumatismos. Tomó una muestra de sangre para efectuar análisis químicos y extirpó fragmentos de los órganos vitales para posibles observaciones al microscopio.

Extrajo partículas de comida del estómago para analizarlas. Congeló la

muestra de espermatozoides a fin de conservarla y averiguar su grupo sanguíneo.

Un toxicólogo tomó otra muestra de sangre y analizó el contenido en alcohol. La tasa era baja: 0,80.

Un químico forense llevó a cabo una exploración del cuerpo. Bajo la uña del dedo corazón derecho encontró unas pequeñas fibras blancas, como de una moqueta, y las guardó en una bolsa para pruebas. Cogió las dos ligaduras, el vestido de la víctima, la media derecha y el sujetador para llevarlos al Laboratorio de Criminología de la Oficina del Sheriff. Observó que, una vez extendido, el cordón con que se había procedido al estrangulamiento medía casi medio metro; sin embargo, la parte que había sido apretada en torno al cuello no llegaba a los diez centímetros.

El doctor Ridge llamó a Ward Hallinen y le hizo un resumen de sus hallazgos. Confirmó que la causa de la muerte había sido la asfixia y añadió que la víctima había recibido al menos seis golpes en la cabeza. Quizá estuviera inconsciente en el momento de ser estrangulada. Había mantenido relaciones sexuales hacía poco. Era probable que hubiese tomado una cena completa un par de horas antes de producirse el deceso. Presumiblemente se trataba de comida mexicana, pues en el estómago se hallaron frijoles, y restos de carne y queso parcialmente digeridos.

Hallinen anotó la información y llamó a la Oficina del Sheriff. Expuso el caso al teniente de guardia y pidió dos hombres para que investigaran en los bares y restaurantes de la zona de El Monte-Rosemead-Temple City. El teniente contestó que ya había enviado a Bill Vickers y a Frank Godfrey. Hallinen dijo que debían insistir en tres cosas:

La víctima había tomado comida mexicana el sábado por la noche o en la madrugada del domingo. Puede que hubiese salido con un hombre mexicano o hispano de rasgos caucásicos, cuyo nombre tal vez fuera Tommy. La

víctima era pelirroja, por lo que probablemente no habrían pasado inadvertidos.

El teniente prometió que daría prioridad al caso. Hallinen le dijo que también saldría a investigar sobre el terreno.

Lawton y Hallinen se encontraron en la comisaría de El Monte. Luego, por separado, comenzaron las pesquisas por diversos locales.

Jim Bruton formó equipo con el capitán Al Etzel. Se acercaron en coche al 700 de Bryant e interrogaron de nuevo a George y Anna May Krycki. La señora Krycki reiteró que Jean no bebía ni salía con hombres. Declaró que Jean había contestado a un anuncio en un periódico y había alquilado la casita sin pensárselo dos veces. Le habían gustado el jardín vallado y el tupido follaje. Según dijo, el lugar le parecía seguro. Los Krycki tuvieron la impresión de que la mujer se ocultaba de algo o de alguien.

Jean no tenía teléfono. Para hacer llamadas locales utilizaba el de los Krycki, y realizaba las demás desde el trabajo. Los Krycki recibían pocas llamadas para ella, y todas estaban estrictamente relacionadas con su actividad laboral.

Bruton preguntó a la señora Krycki si tenía más fotos de Jean. La mujer le entregó seis instantáneas Kodachrome. Etzel le pidió que los acompañara a registrar el bungalow. Necesitaban efectuar un inventario de las cosas de Jean y determinar qué zapatos y qué bolso llevaba el sábado por la noche.

La señora Krycki fue con Bruton y Etzel a la casita y examinó con ellos las pertenencias de la víctima. No pudo decirles nada respecto al bolso, pero indicó que faltaban unos zapatos de plástico de tacón alto y color claro.

Bruton y Etzel regresaron a la comisaría de El Monte y entregaron las fotografías para que sacaran copias.

Hallinen se reunió con Lawton.

Sus pesquisas habían resultado infructuosas. Habían entrado en numerosos bares y clubes nocturnos, pero nadie recordaba haber visto a una pelirroja en compañía de un hombre moreno el sábado por la noche.

Fueron en coche a la empresa donde trabajaba Jean, Airtek Dynamics. Quedaba justo al sur del centro urbano de Los Ángeles y era un gran edificio de seis plantas. La jefa de personal se llamaba Ruth Schienle.

La mujer estaba al corriente de la muerte. Dijo que en la empresa nadie hablaba de otra cosa. Declaró ser amiga de Jean, quien estaba considerada una buena empleada.

Airtek era una división de la Packmeyr Gun Company, que fabricaba marcos de ventanillas para aviones militares. Jean trabajaba allí como enfermera. Había sido contratada en septiembre de 1956.

La señora Schienle afirmó que sabía muy poco de la vida privada de Jean. Hallinen y Lawton insistieron sobre el tema.

La mujer dijo que Jean tenía muy pocos amigos íntimos. No se trataba de una persona demasiado sociable y solo bebía esporádicamente. Sus amistades eran sobre todo parejas mayores, y se remontaban a su época de casada.

Hallinen y Lawton describieron a la rubia y al hombre moreno. La señora Schienle dijo que no le parecían gente que trabajara en Airtek, y tampoco le recordaban a ninguno de los amigos de los que Jean le había hablado. El nombre de Tommy no le sugirió nada.

Hallinen y Lawton le dejaron una tarjeta y dijeron que se mantendrían en contacto. Le pidieron que llamase si se enteraba de algo que pudiera resultar sospechoso.

La señora Schienle les aseguró que colaboraría. Hallinen y Lawton regresaron a El Monte.

El Destacamento Metropolitano era una unidad cuya única función consistía en echar una mano a la Oficina de Detectives de la Central en las investigaciones importantes. Los agentes asignados a ella iban de paisano y eran expertos en recabar información.

Frank Godfrey empezó a dedicarse al caso Ellroy el lunes por la tarde. Bill Vickers tenía previsto hacerlo muy pronto.

Godfrey fue de local en local con una foto de la víctima. Preguntó a camareras, barmans y encargados de bares y restaurantes. Mencionó a la pelirroja, a la rubia y al hombre moreno que tal vez se llamara Tommy. Dijo que la pelirroja había pedido comida mexicana: enchilada con queso.

Entró en el Staat's Cafe, en la esquina de Meeker y Valley. Una camarera comentó que la pelirroja le resultaba familiar. Dijo que el sábado por la noche había entrado un grupo de cuatro y habían pedido enchiladas con queso. Pearl Pendelton había atendido la mesa.

Pearl tenía el día libre. Godfrey pidió su teléfono al encargado y la llamó. Pearl escuchó sus preguntas y declaró que ninguno de sus clientes del sábado por la noche respondía a la descripción que Godfrey le daba.

A continuación se dirigió al Dick's Drive-In, en Rosemead con Las Tunas. No encontró a nadie que hubiese trabajado el sábado por la noche. El encargado tampoco estaba.

Una de las chicas que llevaban los pedidos a los coches le dio algunos nombres: Marlene, Kathy, Kitty Johnson y Sue, la cajera. Todas ellas trabajaron la noche del sábado al domingo, y su siguiente turno era el miércoles.

Godfrey cruzó la calle y preguntó en el Clock Drive-In. El encargado le dijo que ningún miembro del personal de servicio presente estaba de turno el sábado por la noche. Repasó su listado del 21 de junio y le dio algunos

nombres y números: dos chicas del comedor, una camarera, una cajera y cuatro repartidoras de pedidos.

Godfrey dio un rodeo por Five Points para ir al Stan's Drive-In. El encargado le informó de que todas las chicas del turno del sábado por la noche tenían el día libre. Godfrey anotó sus nombres y números de teléfono:

Eve McKinley: ED3-6733; Ellen «Nicky» Nichols: ED3-6442; Lavonne «Pinky» Chambers: ED7-6686.

Eran las cuatro de la tarde. Godfrey tomó hacia el sur por Garvey y se detuvo en el Melody Room.

El propietario se presentó como Clyde. Escuchó las preguntas de Godfrey y le sugirió que contactara con Bernie Snyder, el barman del turno de noche. Bernie cerró el local a las dos de la madrugada del domingo. Llame a Bernie y hable con él.

Un cliente oyó la conversación e intervino. Dijo que él estaba allí el domingo por la mañana y que había visto a una rubia con coleta acurrucada con un tipo de pelo oscuro. El tipo tendría entre treinta y treinta y cinco años. Tanto a la mujer de la coleta como al hombre se los veía muy nerviosos.

Clyde dijo que la descripción de la rubia coincidía con la de una cliente habitual, una tal Jo, que trabajaba en Dun & Bradstreet, en Los Ángeles. Calificó a la mujer de «lagarta». El hombre de pelo oscuro no le sonaba de nada.

Godfrey anotó el nombre y el número de teléfono del cliente. Clyde insistió en que hablase con Bernie Snyder. Bernie recordaba siempre todas las caras.

Godfrey le telefoneó desde el bar. Contestó la mujer de Bernie. Dijo que su marido no regresaría hasta las cinco y media y que volviese a llamar a partir de esa hora.

Eran las cuatro y media de la tarde. La mayoría de los locales nocturnos no

abría hasta las seis o las siete. Godfrey tenía una larga lista de llamadas por hacer.

El Desert Inn era un tugurio de chusma blanca. Anteriormente el local había tenido otros nombres, como The Jungle Room y Chet's Rendezvous. Myrtle Mawby lo había comprado para su hermano pequeño, Ellis Outlaw, quien lo había rebautizado como Outlaw's Hideout.

Ellis siempre andaba metido en problemas con la policía y con el jodido Servicio de Inspección Fiscal. Los federales le cerraron el local por quedarse con parte del dinero de sus empleados; después le permitieron volver a abrir para poder pagar la deuda. En el 55 Ellis le rompió la crisma a Al Manganiello con una botella y se libró por los pelos de pasar una temporada a la sombra. En resumidas cuentas, era incapaz de convertir el Hideout en un negocio rentable.

Se lo vendió a Chet Williamson, quien le cambió el nombre por Desert Inn y dejó que Ellis lo regentara. Ellis procedía de una familia de taberneros. Su hermana Myrtle le había pegado un tiro en la oreja a su marido en cierta ocasión, y en el acuerdo de divorcio que siguió se quedó con dos bares.

Ellis era propietario de los bungalows situados detrás del aparcamiento del Desert Inn. Su socio, Al Manganiello, le alquiló uno de ellos. Aparte del bar, Ellis llevaba un pequeño negocio de apuestas. Estaba involucrado en todas las carreras de Hollywood Park y Santa Anita.

En mayo de 1957 Ellis fue detenido por conducir en estado de ebriedad. Dos agentes de El Monte declararon que había intentado sobornarlos: una buena pasta si se olvidaban de dar parte a sus superiores. Un par de compinches de Ellis les ofrecieron más dinero para convencerlos.

La proposición de soborno era una acusación relativamente escandalosa, y

en una población pequeña como aquella el asunto creció hasta estar en boca de todos.

Ellis fue condenado por conducir borracho. Las diversas apelaciones lo mantuvieron fuera de la cárcel durante más de un año. En cuanto a las acusaciones de intento de soborno, Ellis y sus compinches salieron bien librados.

El 19 de junio se agotaron todas las instancias. Un juez confirmó la sentencia y ordenó que el 27 de ese mismo mes Ellis compareciera para cumplir condena.

El Desert Inn era un venerable tugurio de blancos, y de mucha clase para lo habitual en El Monte.

Spade Cooley tocaba allí cada vez que se presentaba en la televisión local. Los Ink Spots, o lo que quedaba de ellos, actuaban allí después de pasar por Las Vegas.

Los clientes negros eran ahuyentados enérgicamente. Los hispanos recibían una acogida no exenta de recelo, siempre que no acudiesen en masa.

El Desert Inn era un buen lugar para beber y buscar compañía. El Desert Inn era seguro y civilizado... para los estándares de El Monte en 1958.

Jim Bruton se reunió con Hallinen y Lawton en el bar. Eran las seis y media de la tarde.

Pidieron a Al Manganiello el libro de huéspedes del Desert Inn. Al les enseñó un registro lleno de nombres y direcciones. Los agentes lo revisaron y descubrieron que había dos Tom.

Tom Downey: 4817 de Azusa Canyon Road, Baldwin Park. Tom Baker: 5013 de North Larry Street, Baldwin Park.

Al dijo que no conocía a Tom Baker. Tom Downey encajaba mejor con la

descripción: un tipo de pelo oscuro liso, como el que al parecer había bailado con la pelirroja.

Hallinen, Lawton y Bruton se presentaron en casa de Downey. Una mujer abrió la puerta y se identificó como la señora Downey.

Explicó que Tom aún estaba en el trabajo. Era vendedor de El Monte Motors, un concesionario Ford. Llegaría en pocos minutos.

Le dijeron que volverían más tarde y vigilaron la casa desde el coche de Bruton. Los «pocos minutos» se prolongaron nueve horas y media.

A las cinco de la madrugada decidieron abandonar la vigilancia. Bruton llamó por radio a la comisaría y pidió que enviaran una unidad para relevarlos.

Al cabo de cinco minutos llegó un coche patrulla. Bruton condujo a Hallinen y Lawton de vuelta al Desert Inn para que recogieran sus coches. Luego se separaron y se fueron a casa.

Los agentes de la unidad de relevo vigilaron la casa de Downey. Tom Downey apareció cuando llevaban veinte minutos de guardia.

Lo detuvieron. Llamaron por radio a la centralita de El Monte y dijeron al agente de turno que avisara al capitán Bruton.

Tom Downey estaba furioso y desconcertado. Los agentes lo condujeron a la comisaría de El Monte y lo metieron en una sala de interrogatorios.

Jim Bruton entró en la habitación. Su primera impresión de Tom Downey fue: Este tipo es demasiado corpulento para ser nuestro sospechoso.

Bruton lo interrogó. Downey dijo que había ido de putas... y que estaba cansado. Bruton le preguntó qué había hecho el sábado por la noche.

Downey respondió que había pasado dos veces por el Desert Inn. La primera, entre las ocho y las nueve. Se había sentado a la mesa con Ben Grissman y otro tipo mientras estos cenaban.

Cuando Ben y el otro tipo se marcharon, él todavía se quedó unos diez

minutos más. Luego fue a varios locales, regresó al Desert Inn y tomó un par de copas. Pagó al barman con un billete de veinte dólares y se marchó justo antes de medianoche. Después, en otro bar, se encontró con un amigo y fueron a cenar a un asador de Covina que servía comidas hasta muy tarde. Llegó a casa bien entrada la madrugada.

Bruton describió a la víctima, a la rubia y al hombre moreno y los situó en el Desert Inn aproximadamente a las horas en que Downey había estado en el local. Downey declaró que no había visto a nadie parecido.

Bruton anotó «Ben Grissman» y consiguió el nombre del colega de Downey. Le dijo que tal vez algunos de los hombres del sheriff quisieran hablar con él.

Downey le aseguró que colaboraría. Bruton lo envió a su casa en un coche patrulla.

El martes por la mañana llegó una carta a la comisaría de El Monte. Estaba redactada en el dorso de un comprobante de depósito bancario y de una ficha de control de asistencia de empleados.

Al jefe de Policía de El Monte
23 de junio de 1958

Apreciado señor:

En relación con su último caso de asesinato con violación (del cual he tenido noticia por los periódicos de hoy), debería interrogar a E. Ponce, un reparador de televisores que trabaja para Dorn's y que vive en Monterey Park. Esto queda bastante cerca de El Monte, y mi esposa lo acusa de haberla violado en abril del año pasado, en mi casa. En aquella ocasión, el hombre también la amenazó a ella y al resto de la familia. En este momento el asunto está en los tribunales. Ese hombre es un mexicano alto y delgado, con un acento muy pronunciado. Haga que responda por sus actos o por otros similares a los que su naturaleza lo inclina.

Pregunte a Ponce si conocía a la enfermera violada y asesinada. Averigüe si ella compró alguna vez un televisor o tuvo cualquier otro trato con Dorn's, y si Ponce le había reparado alguna vez un

aparato o cualquier otro electrodoméstico. Haga que le explique sus movimientos la noche del crimen. Con pruebas. Pídame que lo identifique, como si yo lo hubiera visto con esa mujer. Déjeme echarle un buen vistazo.

La carta venía firmada por «Lester A. Eby, 17152 Cires Avenue, Fontana, California». La secretaria del jefe de Policía llamó a Información y pidió el número de teléfono correspondiente a esa dirección: VA2-7814. Lo anotó al pie de la ficha de control de asistencia y llamó otra vez a Información.

Pidió la lista de los «E. Ponce» que vivían en Monterey Park. La telefonista le dio el único que había: Emil Ponce, 320 East Fernfield Drive, PA1-3047. La secretaria anotó la información debajo del nombre del informante y puso la carta en la bandeja de correspondencia del capitán Bruton.

Ruth Schienle telefoneó a la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff el martes por la mañana. Dejó un mensaje muy detallado para Ward Hallinen y Jack Lawton. El hombre que atendió la llamada lo anotó en el dorso de una hoja de teletipo.

La señorita Schienle informa de que Henry Kurtz, 4144 Irving Pl., Culver City, NE8-5888, no se presentó a trabajar anoche y ha avisado de que tampoco irá esta noche (24/6/58). Henry F. Kurtz, varón blanco, 39 a 42, 1,75 m, 100 kg, pelo castaño.

Luego dejó la nota en la bandeja de correspondencia de Jack Lawton.

Jim Bruton telefoneó a Frank Godfrey el martes por la mañana. Le dijo que se acercara a Brea y hablara con una chica mexicana de nombre Carmen

Contreras. Habían recibido un soplo de que conocía a un cliente del Desert Inn llamado Tommy. La chica vivía en el 248 de South Poplar.

Godfrey condujo hasta el condado de Orange y buscó la dirección. La madre de Carmen lo envió al lugar donde esta trabajaba, la Beckman Instrument Company.

Godfrey habló con Carmen, quien le dijo que, en efecto, conocía a un hombre llamado Tommy, pero que no sabía el apellido. Era de raza caucásica, de entre treinta y cuarenta años y aproximadamente un metro setenta de estatura. Su tez era morena, y tenía los ojos castaños y el cabello oscuro y rizado.

A Carmen le parecía que vivía en Baldwin Park. Estaba casado, pero en trámites de divorcio. Conducía un Mercury cupé del 57, rosa y blanco. Le había contado que antes tenía un Oldsmobile del 52. Trabajaba en Temple City para una empresa de instalación de suelos. Frecuentaba el Ivanhoe, de Temple City, y el Desert Inn, de El Monte. Le gustaba sentarse a la barra o ir de mesa en mesa. Un par de veces la había llevado a un local italiano en el Valley. Hacía un tiempo que no lo veía.

Godfrey le dio una tarjeta y le pidió que se pusiese en contacto con él si recordaba o averiguaba el apellido de Tommy. Carmen le aseguró que lo haría.

Godfrey llamó a Jim Bruton y le resumió la entrevista. Bruton dijo que iría a preguntar al Ivanhoe.

Un informante anónimo telefoneó a la Oficina del Sheriff de Temple City el martes por la mañana. Dijo que este «Johnny» podía ser el que había estrangulado a esa enfermera.

El informante añadió que el tal Johnny iba a menudo al Desert Inn,

conducía un Oldsmobile Holiday rosa y blanco y se consideraba un «mujeriego». Era blanco, de entre treinta y treinta y cinco años, medía casi un metro ochenta y era de constitución media. Tenía una exnovia llamada Patricia Fields.

El sargento de guardia transmitió la información a Bill Vickers. Vickers encontró el número de Patricia Fields en el listín telefónico y la llamó.

La señorita Fields le dijo que Johnny llevaba desde diciembre en el extranjero por asuntos de trabajo. Se comunicaban por carta. Vickers le preguntó si había algún modo de verificarlo. La señorita Fields le dijo que llamara a Peggy Narucore. El teléfono era GI3-2638.

Vickers llamó. Peggy Narucore confirmó lo que había contado la señorita Fields.

Era media tarde.

Frank Godfrey y Bill Vickers seguían preguntando en bares y restaurantes. Ward Hallinen y Jack Lawton habían ido a interrogar de nuevo al exmarido de la víctima y a su hijo.

El apartamento era pequeño y caluroso. Estaban sentados en torno a una pequeña mesa de cocina.

Armand Ellroy mencionó que el funeral se celebraría la semana siguiente. El entierro y el servicio religioso tendrían lugar en el cementerio de Inglewood. La hermana de Jean y su marido llegarían en avión desde Madison, Wisconsin. El lunes llevaría a su hijo a la casa de El Monte para que recogiese sus cosas.

Hallinen y Lawton hicieron algunas preguntas al niño.

¿Tu madre conocía a una mujer rubia que lleva coleta? ¿La viste alguna vez con un hombre mexicano o con un blanco de piel morena? ¿Quiénes eran

sus amigos en el trabajo? ¿Había hecho amistades desde que os instalasteis en El Monte? ¿Por qué se mudó a El Monte?

El niño respondió que su madre mentía sobre los motivos por los que se habían mudado. Según ella, quería que él viviese en una casa, no en un apartamento. Pero estaba seguro de que mentía.

A él le gustaba Santa Mónica. El Monte le daba miedo. No entendía por qué se habían mudado tan lejos.

No conocía a ninguna rubia. No conocía a ningún tipo mexicano ni a ningún blanco de piel morena. No conocía a los amigos o amigas de su madre en el trabajo. Ya les había hablado de Hank Hart y de Peter Tubiolo. La señora Krycki sí era amiga de su madre, de eso estaba seguro.

Lawton le preguntó si su madre solía beber.

El niño respondió que bebía un montón de bourbon Early Times.

Jim Bruton recibió una llamada el martes por la noche. La Oficina del Sheriff de Temple le enviaba una información: Tommy acababa de aparecer por el Ivanhoe.

Bruton ordenó que un coche de la Oficina del Sheriff llevara a Tommy a la comisaría de El Monte. Preparó una sala de interrogatorios con un falso espejo y llamó a Myrtle Mawby, quien accedió a acudir para ver al sospechoso.

Dos agentes hicieron entrar a Tommy. Se trataba del Tom Baker del libro de huéspedes del Desert Inn. Bruton le preguntó qué había hecho y dónde había estado el sábado por la noche.

Baker respondió que había ido al hipódromo de Hollywood Park. Se había quedado hasta la séptima carrera y luego había ido a un restaurante en Florence con Rosemead. Tomó una hamburguesa y volvió a su casa en

Baldwin Park. Pasó el resto del día viendo televisión con su casero y con el hijo de este. El sábado por la noche no pisó el Desert Inn.

Myrtle Mawby observó a Tom Baker y dijo a Bruton que no era el hombre que había visto con la pelirroja.

Soltaron a Tom Baker. Un coche patrulla lo condujo de regreso al Ivanhoe.

Eran las ocho de la noche.

Vickers y Godfrey estaban en Temple, telefoneando a barmans y camareras a sus casas. Hallinen y Lawton también se dedicaban a hacer llamadas desde la comisaría de El Monte.

Intentaban localizar a Margie Trawick y a Mike Whittaker. Era preciso que hiciesen una declaración formal esa misma noche.

Encontraron a Margie en casa de sus padres. Dieron con Mike en el Melody Room y le dijeron que mandarían un coche a buscarlo. Luego pidieron a un taquígrafo de la Oficina del Sheriff que acudiese a la comisaría.

El sargento de guardia los interrumpió para informarles de que acababan de recibir una pista: una camarera del Stan's Drive-In quizá hubiese visto algo el sábado por la noche.

Lavonne Chambers llevaba un uniforme rojo y dorado. Hallinen y Lawton hablaron con ella en el pequeño despacho del encargado.

El Stan's era circular y moderno, a tono con la era espacial. Una espiral de neón asomaba del techo. El aparcamiento trasero era enorme: los coches podían estacionar hasta en tres hileras y sus ocupantes hacían parpadear las luces para que los atendieran.

Lavonne dijo que había oído la noticia por la radio. Se había pasado todo

un día dándole vueltas al asunto hasta que, finalmente, le había contado a su jefe de turno lo que sabía. El hombre había llamado a la Oficina del Sheriff en su nombre.

Hallinen y Lawton la trataron con cierta delicadeza. Lavonne se relajó y les contó la historia.

Había reconocido a la mujer por la descripción que dieron en la radio. Recordaba a la pelirroja; tanto el vestido como el anillo de la perla. Estaba segura de haber servido a la mujer y a su acompañante dos veces: el sábado por la noche y el domingo de madrugada.

Llegaron poco después de las diez. La mujer pidió un sándwich de queso caliente; el hombre, café. Conducía él. El coche era un sedán Oldsmobile del 55 o del 56, de dos tonos de verde; el más claro probablemente en la parte superior. El hombre era muy delgado, debía de tener entre treinta y cinco y cuarenta años, y llevaba el cabello negro peinado hacia atrás. Parecía descendiente de griegos o italianos.

La mujer actuaba con despreocupación. Puede que estuviera algo ebria. El hombre se mostraba aburrido y reservado.

Terminaron su consumición y se marcharon. Regresaron entre las dos y las tres menos cuarto de la madrugada y aparcaron otra vez delante de uno de los mostradores que atendía la muchacha.

La pelirroja pidió enchilada con frijoles. El hombre, café. Ella seguía achispada. Él se mantenía reservado y con expresión aburrida. Comieron, pagaron y se marcharon.

Hallinen y Lawton le mostraron el abrigo de la víctima, cubierto ahora de etiquetas de los forenses. Lavonne Chambers identificó el forro de inmediato. Con la misma rapidez identificó a la víctima en la foto. Accedió a realizar una declaración formal al día siguiente, pero solo si se llevaba a cabo en su casa. No podía dejar solos a sus hijos.

Hallinen y Lawton quedaron con ella a las tres y media de la tarde. Lavonne continuó hablando sin parar de la pelirroja: era tan guapa y parecía tan agradable...

La declaración formal de Mike Whittaker fue un auténtico caos.

Seguía insistiendo en que estaba muy borracho aquella noche. Confundía a la víctima pelirroja de cuarenta y tres años con una morena de veintipocos. Llamaba mexicana a la rubia de la coleta.

Su relato de los hechos era vago y lleno de lagunas. Se contradecía continuamente en su declaración de lo ocurrido el sábado por la noche. Su única referencia cronológica era el momento en que se había caído de la silla.

La entrevista terminó a las 21.35 horas.

Mike Whittaker salió de la sala. Margie Trawick entró.

DECLARACIÓN DE MARGIE TRAWICK, TOMADA EN EL DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE EL MONTE, 505 EAST VALLEY BOULEVARD, EL MONTE. PRESENTES: SARGENTO W. E. HALLINEN, SARGENTO J. G. LAWTON. 21.41 HORAS, 24 DE JUNIO DE 1958. PARA EL EXPEDIENTE N.º Z-483-362. TRANSCRITA POR DORA A. BRITTON, TAQUÍGRAFA OFICIAL.

POR EL SARGENTO HALLINEN:

P. ¿Su nombre completo?

R. Margie Trawick.

P. ¿Tiene un segundo nombre?

R. Sí, Lucille.

P. ¿Se la conoce en ocasiones por otro apellido?

R. Mi nombre de soltera era Phillips.

P. ¿Dónde vive?

R. En el 413 de Court Adair, El Monte.

P. ¿Tiene teléfono?

R. Gilbert 8-1336.

P. ¿Puedo preguntarle su edad?

R. Hace una semana, el sábado 14 de junio, cumplí treinta y seis años.

P. ¿Con quién vive en esa dirección?

R. Con mis padres, el señor F. W. Phillips y señora.

P. ¿Trabaja en este momento?

R. En este momento no. Pero tengo empleo. Ahora mismo estoy de baja por enfermedad.

P. ¿Dónde trabaja?

R. En Tubesaes, unos almacenes en el 2211 de Tubeway Avenue, Los Ángeles 22.

P. ¿Tenía experiencia anterior como camarera?

R. Sí. Trabajé sobre todo en el Desert Inn, en el 11721 de East Valley Boulevard, El Monte.

P. ¿Cuánto tiempo estuvo empleada allí?

R. Nueve años, aproximadamente. Y nunca de forma continuada. Solo cuando el negocio iba viento en popa y había que echar una mano.

P. ¿Cuándo fue la última vez que trabajó?

R. Veamos... Ingresé en el hospital el 6 de mayo, y estuve trabajando la noche del sábado anterior a ese martes.

P. Hablando de noches de sábado, ¿recuerda usted la del 21 de junio?

R. Sí, señor.

P. ¿Querría contarnos qué hizo a partir de las diez de la noche?

R. Salí de casa unos cinco o diez minutos después de las diez y fui directamente al Desert Inn.

P. Disculpe... ¿Qué clase de local es el Desert Inn?

R. Un club nocturno, estrictamente. Baile y cena.

P. ¿A qué hora llegó al Desert Inn?

R. Yo diría que entre las diez y cuarto y las diez y veinte. El tiempo que me lleva ir en coche

directamente desde mi casa.

P. ¿Dónde se sentó?

R. En la mesa que queda justo enfrente de la barra, junto al mostrador de servicio.

P. Por mostrador de servicio, ¿se refiere al lugar donde las chicas recogen las bebidas para servirlos a los clientes?

R. Exacto.

P. Mientras estaba sentada a esa mesa, ¿observó el salón y a los clientes?

R. Sí. Tengo esa costumbre.

P. ¿Puede decirnos algo respecto a los movimientos de los clientes y si había alguien en particular que le llamara la atención?

R. Había seis personas en dos mesas juntas en la primera fila, junto a la pista de baile.

P. ¿Reconoció a alguna de esas personas?

R. Sí; eran clientes habituales del Desert Inn.

P. ¿Podría decirnos sus nombres?

R. No.

P. ¿Se fijó en alguien sentado en la barra?

R. Sí; el cantante de color estaba en un taburete junto al mostrador de servicio. Y había otros dos hombres en la barra.

P. ¿Conoce sus nombres?

R. Solo sé que uno se llama Cliff. Es el hombre que se marchó conmigo a las once y media.

P. ¿Se refiere a cuando se marchó usted del Desert Inn?

R. Sí, exacto.

P. ¿Reconoció a alguien más en alguna de las mesas? ¿Podría darnos sus nombres?

R. Vi a una bailarina que antes actuaba en el Pioneer. Una bailarina de striptease, me refiero, y también al hombre que la acompaña siempre, no sé si es su marido o su agente, que esa noche estaba sentado directamente junto a mí. Había otro cliente habitual sentado a la mesa del centro, bajo el espejo de la pared lateral. Además de los asiduos, había cuatro personas en la tercera mesa junto a la pista de baile. No las conozco, pero han estado en el local más de una vez. También había una pareja joven justo detrás de ellos. A él lo conozco de vista. A ella no.

P. ¿Recuerda a qué hora, aproximadamente, vio a esas personas en las mesas?

R. Fue a la hora en que llegué al local.

P. ¿Llegó o se sentó alguien más que le llamara especialmente la atención?

R. Dos chicas, una pelirroja y la otra, lo que yo llamo una rubia de pelo sucio. Entraron y se sentaron a la mesa del centro de la fila central.

P. ¿Podría describir a esas dos mujeres?

R. La pelirroja era muy atractiva. Tenía el cabello de color rojo tiziano, ¿sabe a qué me refiero? Ni rojo intenso, ni demasiado claro. Iba muy arreglada, con un gabán azul marino y un vestido estampado. El forro del gabán tenía el mismo estampado que el vestido. En el momento en que tomaron asiento, la camarera, que es muy amiga mía, estaba hablando con un cliente en la barra.

P. ¿Cómo se llama la camarera?

R. Myrtle Mawby.

P. Con referencia a la chica pelirroja, ¿podría decirme su edad, peso y estatura aproximados?

R. Yo diría que tenía unos cuarenta años. Calculo que mediría algo más de un metro sesenta. En cuanto al peso, no puedo asegurarlo con exactitud, posiblemente entre cincuenta y cinco o sesenta kilos.

P. ¿Se fijó en si llevaba alguna joya?

R. No sabría decirle.

P. ¿Se fijó en algo más que pudiera ser relevante?

R. La única razón por la que me fijé en esa chica en particular fue que, en un momento dado, se quitó el gabán para bailar con un tipo que se acercó a la mesa.

P. ¿Puede describir a la otra chica?

R. Era una rubia de pelo oscuro, llevaba un abrigo corto, beige o tostado, echado sobre los hombros. Calzaba zapatos de tacón bajo y, hasta que la vi bailar, no hay mucho más que describir. Cuando se puso a bailar, me dio la impresión de que pesaba unos cinco kilos más que la pelirroja. Era una mujer de caderas anchas.

P. ¿Qué edad tenía?

R. La misma que la otra, aproximadamente. Unos cuarenta.

P. ¿Y la estatura?

R. Más o menos igual que su amiga. Calzaba zapatos de tacón bajo. La pelirroja llevaba tacones altos.

POR EL SARGENTO LAWTON:

P. ¿Se fijó en los zapatos de la pelirroja?

R. No.

P. ¿Le dio la impresión de que la pelirroja estaba ebria?

R. Ninguna de las dos lo parecía.

POR EL SARGENTO HALLINEN:

P. Una vez que las dos chicas que acaba de describir se sentaron a la mesa, ¿qué ocurrió después?

R. Llamé la atención de la señora Mawby acerca de las dos clientas recién llegadas y ella dejó la conversación con el caballero de la barra. Mientras tanto, un tipo alto y delgado, con aspecto de mexicano, se acercó por detrás a la silla de la pelirroja. No oí que la invitase a bailar. Ella se levantó de la silla al instante.

P. Antes de continuar, ¿puede describir de forma un poco más detallada a ese hombre?

R. Yo diría que medía alrededor de un metro ochenta, era muy delgado y tenía la cara chupada. Su cabello era oscuro y lo llevaba peinado hacia atrás, muy engominado.

P. ¿No tenía ondas?

R. No.

P. ¿Se peinaba con raya?

R. No, tenía unas entradas muy pronunciadas.

P. ¿Recuerda cómo iba vestido?

R. Traje oscuro. Camisa informal oscura, abierta por arriba y con el cuello por fuera de la chaqueta.

P. ¿Vio si el hombre llevaba algo blanco o claro?

R. No.

P. ¿Qué edad tenía?

R. Yo diría que no... Debía de tener más o menos la misma edad que las dos mujeres.

P. ¿Unos cuarenta?

R. Sí, señor. Entre cuarenta y cuarenta y cinco.

P. Cuando ese hombre se acercó a la mesa, ¿oyó algo de la conversación?

R. No, no oí nada.

P. ¿Tuvo la impresión de que el hombre conocía a alguna de las dos chicas?

R. Me pareció que formaba parte del grupo. Eso es lo que parecía.

P. ¿En qué basa esa suposición?

R. En la manera en que se acercó a la pelirroja. Ella se levantó de la silla y se quitó el gabán. Él la ayudó a doblarlo, con el forro hacia fuera; lo colgó del respaldo de la silla y se dirigió a la pista tras ella.

P. ¿Y la rubia de la coleta? ¿Se quedó sentada a la mesa sola?

R. La señorita Mawby se dispuso a tomarles el pedido, pero se detuvo un momento junto a mi mesa porque antes de servirles las bebidas debía esperar a ver si todos tenían edad suficiente. A continuación les tomó el pedido: una cerveza y dos whiskys con soda. «Largos», le oí decir a la rubia, y supe que una de las dos iba a tomar un trago largo.

P. ¿En ese momento estaban los tres sentados a la mesa?

R. Sí.

P. ¿Qué es lo siguiente que recuerda?

R. Lo siguiente que recuerdo es que Mike sacó a bailar a la rubia.

P. ¿Sabe el apellido de ese tal Mike?

R. No. En ese momento ni siquiera sabía que se llamara Mike.

P. ¿Ha sabido su nombre después?

R. Eso es.

P. Me gustaría repasar algunos puntos de esta declaración y preguntarle si puede recordar la hora aproximada en que las dos mujeres llegaron y ocuparon la mesa.

R. Yo diría que llevaba allí al menos media hora, o sea que debieron de llegar hacia las once menos cuarto.

P. ¿Podría describir a la persona que ahora conoce como Mike?

R. Tiene el pelo castaño claro. Por sus rasgos faciales, casi diría que es rubio. Sí, parece rubio. Es

un hombre joven, de veintitrés o veinticuatro años. Llevaba una camisa oscura, azul marino o negra. Lo más destacable era que se lo veía muy desastrado. Con la camisa totalmente desabrochada. Pantalones oscuros y calzado de tela, tipo zapatillas de tenis.

P. ¿Es la misma descripción que nos hizo usted antes de saber que esa persona se llama Mike?

R. Sí.

P. ¿Qué fue lo que hizo Mike?

R. En cuanto a lo de pedirme que bailase con él, Mike entró por la puerta del bar, se acercó a la barra, pidió una cerveza y se acercó a mi mesa para preguntarme si me apetecía bailar. Le dije que la pieza era demasiado rápida y entonces me preguntó si bailaríamos una lenta, a lo que respondí: «No, gracias». Él se puso muy gallito y me dijo que seguro que ni siquiera sabía bailar. Luego volvió a la barra, cogió su cerveza y se sentó a la mesa del rincón, la que separa el bar del comedor del local. La camarera... le comenté a la camarera que el tipo era bastante agresivo y que me parecía muy joven. Ella se acercó al tipo, volvió para llevarle un cenicero y una servilleta limpios, y luego regresó a mi mesa. «No. Tiene edad suficiente», me dijo. Al cabo de un rato vi que estaba bailando con la rubia de la coleta, la que ocupaba la mesa central con la pelirroja.

P. ¿Vio cómo se acercó Mike a la mesa antes de salir a bailar con la rubia de la coleta?

R. No, lo vi ya sentado a la mesa con el grupo, que entonces estaba compuesto por cuatro: el mexicano, el joven y las dos mujeres.

P. ¿Recuerda cuál era la situación de cada uno de ellos en relación con la distribución del bar?

R. Las dos mujeres estaban de espaldas a mí.

P. Entonces ¿a qué parte del local le daban la espalda?

R. Estaban de espaldas al norte, mirando hacia la pista. Mike estaba sentado cerca de la rubia de la coleta, en un ángulo que le permitía observar también la pista de baile.

P. ¿Eso sería hacia el oeste?

R. Sí, hacia el oeste. El mexicano seguía de cara hacia mí. Es decir, mirando hacia el norte.

P. ¿Y a la barra y las chicas?

R. Exacto.

P. ¿Y al este de Mike?

R. Sí.

P. ¿Vio si pidieron más copas en esa mesa?

R. Por lo que vi, la camarera solo sirvió dos rondas.

P. ¿Recuerda quién las pidió?

R. No.

P. ¿Le pareció que las personas sentadas a esa mesa estaban ebrias?

R. Ese joven, el tal Mike, estaba bastante borracho. Los otros tres, no.

P. ¿Los dos hombres bailaron con ambas chicas?

R. Después de eso no presté mucha atención, porque me marché a las once y media.

P. ¿Los cuatro seguían sentados a la mesa cuando usted se marchó?

R. Sí, señor.

P. ¿Se fue usted del Desert Inn acompañada?

R. Sí, señor.

P. ¿Y eran aproximadamente las once y media cuando se marchó?

R. Exacto.

P. ¿Regresó usted al local en algún momento de la noche?

R. A la una menos diez. Acompañé de vuelta al mismo tipo, que tenía que recoger un dinero que le debían.

P. ¿A qué hora llegaron?

R. A la una menos diez.

P. ¿Se fijó usted en la clientela que ocupaba las mesas y la barra del Desert Inn?

R. La zona de bar estaba prácticamente vacía.

P. ¿Se fijó en la mesa que, según ha dicho, ocupaban esas cuatro personas?

R. Estaba vacía.

P. ¿Vio usted en el restaurante a alguna de las personas que antes ha descrito?

R. No, a ninguna.

P. ¿Cuánto tiempo se quedó allí?

R. Apenas unos minutos.

P. ¿Y luego se marchó?

R. Sí, luego me fui a casa.

POR EL SARGENTO LAWTON:

P. Si volviera a ver a ese mexicano alto y delgado que ha descrito, ¿sería capaz de identificarlo?

R. Creo que sí. Tenía esta parte de la cara tan chupada que si no lo hubiese visto sonreír habría jurado que le faltaban los dientes.

P. ¿Se refiere a la zona de la mandíbula?

R. Sí.

P. ¿Es el hombre que sacó a bailar a la pelirroja?

R. Sí. Y no oí que se lo pidiera.

P. Pero ¿bailaron?

R. Sí.

P. ¿Ese hombre era el que a usted le dio la impresión de que ya conocía a la pelirroja?

R. Exacto.

P. Muchísimas gracias.

DECLARACIÓN CONCLUIDA A LAS 22.10 HORAS.

El miércoles por la mañana llegaron dos cartas a la comisaría de El Monte, dirigidas al jefe de Policía.

La primera estaba escrita a máquina y llevaba matasellos de Fullerton, California.

Hemos estado siguiendo al señor C. S. I., de Santa Ana, y esa noche lo vimos arrojar el cuerpo de esa chica pelirroja desde su Plymouth del 54 bicolor, rosa salmón y marrón chocolate. Puede comprobar que el hombre tiene antecedentes en varios departamentos policiales del sur de California

y que ha amenazado a varias personas. Lo consideramos BASURA, y es el hombre a quien andan buscando. En el KI-28114 le dirán más.

La carta venía firmada por «Peggy Jane y Virgil Galbraith y señora, testigos oculares. Fullerton».

La segunda carta, franqueada en Los Ángeles, estaba escrita a mano. En el sobre ponía: «Considere sus costumbres».

Así vendrá tu pobreza como caminante, y tu necesidad como hombre armado.

Olga creció en una casa de mala fama, y aprendió de otros profesionales todo cuanto había que saber acerca de robos, hurtos y distracciones, y el ladrón es como un asesino. Su rastro delictivo dio paso a atracos a bancos: en los últimos meses, la sucursal de la calle Nueve y Spring, así como el «trabajo» en un banco de San Francisco conocido localmente como Grandma. Olga se disfraza; ha rondado por los estudios de cine y ha sido ascensorista en el Ambassador; de este último empleo y de su trabajo como camarera de hotel ha desarrollado la técnica de robo y asesinato que puso en práctica en Hollywood para matar a una mujer en un hotel, la señora Greenwald, a la señorita Epperson y a una mujer en un hotel de Los Ángeles. Numerosos asesinatos más: en meses recientes, una tal Stepanovich en MacArthur Park, y otros que no se han revelado al público. Olga merodea por la estación de autobuses y los museos de Santa Fe Trailways y por Forest Lawn, así como por otras zonas y barrios donde puede encontrar un hombre al que sisar la cartera, una mujer a la que sodomizar, un borracho al que atizar, un viajero al que desplumar, Olivera Street donde vende su cuerpo y limpia los bolsillos de los viajeros, y jóvenes –normalmente dos– con los que dormir en su guarida.

Olga tiene que dormir, así que encuentra un hotel al otro lado del puente, en la calle Siete Oeste de Los Ángeles. Por el camino está la tienda de Anthony Jr. y del viejo Thomas. Allí Anthony la sedujo y A le paga con frecuencia. Ahora A vive en El Monte, para evitar un nuevo crimen. Llevaos a Anthony de El Monte (apacándolo con fuego) o si no Olga os matará, a vosotros, a vuestros hijos y a vuestro amor porque quiere sacarle dinero a Anthony. Por eso, expulsadlo de nuestra ciudad, a menos que queráis sufrir una epidemia social. Si nuestra ciudad permanece abierta de par en par a malhechores como Olga, continuaremos erradicando este mal. Los gobernantes son un terror para el mal. Ahora el escritor busca dos eunucos para arrojar a Olga por la ventana. Por eso debéis enviarla donde están los eunucos, en un lugar donde las mujeres se lanzan al vacío. Enviadla al hospital del estado con el pretexto de arreglarle los pies. Ella nunca lleva pantalones –eso viola la ley contra la exhibición indecente–, y por eso se sube mucho los calcetines, lo que le produce venas varicosas. Le puede dar un calambre y caer entre los coches, y en medio del revuelo el sheriff, el juez del Tribunal Supremo y el director médico del hospital del estado pueden ser empujados entre el tráfico y morir

arrollados. ¿Y dónde estarían ustedes? Olga es rubia, tiene entre cuarenta y cuarenta y cinco y es su sospechosa.

Si los robos y asesinatos cesan, entonces Olga es culpable de los que ya se han cometido. Cuanto más tiempo pase en la institución, más tiempo necesitará para volver a perpetrar crímenes con su marca habitual. Y cuando esto acabe descubriéndose, se caerá en la cuenta de que, aunque hay otros crímenes sin resolver en la zona atribuidos a varones, ustedes, la policía, han estado buscando al sospechoso equivocado en el libro de la ciencia de la criminología con el que a ustedes se les paga para que coman, duerman, hablen y viajen de vez en cuando. Ciencia... El ladrón es un asesino, y la persona que gana poco, codiciosa; Olga solo recibe unas pocas respuestas a sus anuncios, y los pies la obligan a dormir. Hay más mujeres que hombres, y los disturbios en la zona de nacimiento por acciones y objetos simulados son parte del «trabajo» de un varón exhibicionista. Por lo tanto, aquel o aquella que ejerce violencia en el cuerpo de una persona debe escapar a un buen refugio. Que ningún hombre pague hasta que esa bestia femenina que denunciamos sea gaseada.

La carta no tenía firma. Iba acompañada de una hoja arrancada de una revista en italiano. En una cara de la hoja había un texto científico. En la otra, una gran fotografía de un colibrí.

La secretaria del jefe dejó ambas cartas en la bandeja de correspondencia del capitán Bruton.

El miércoles por la mañana circuló un boletín especial.

BOLETÍN ESPECIAL

ATENCIÓN... A LOS ORGANISMOS POLICIALES Y CUERPOS DE SEGURIDAD CIUDADANA DEL VALLE DE SAN GABRIEL

EL 22 DE JUNIO DE 1958 SE ENCONTRÓ EN LA ZONA DE EL MONTE EL CADÁVER DE UNA MUJER ESTRANGULADA. HA SIDO IDENTIFICADA COMO JEAN ELLROY, TAMBIÉN CONOCIDA COMO JEAN HILLIKER Y COMO GENEVA O. ELLROY. SE CREE QUE EL SOSPECHOSO TODAVÍA CONSERVA O SE HA DESPRENDIDO DE VARIAS PRENDAS DE VESTIR Y EFECTOS PERSONALES DE LA VÍCTIMA, INCLUIDOS UN BOLSO, DE DESCRIPCIÓN DESCONOCIDA, LAS LLAVES DEL BUICK DEL 57 DE LA VÍCTIMA, UN PAR DE ZAPATOS DE MUJER, POSIBLEMENTE DE PLÁSTICO DE COLOR CLARO Y TACÓN ALTO, UNAS BRAGAS Y UN LIGUERO.

CUALQUIER INFORMACIÓN AL RESPECTO DEBE DIRIGIRSE A J. G. LAWTON Y W. E. HALLINEN, BRIGADA DE HOMICIDIOS, OFICINA DEL SHERIFF (REFERENCIA: LAWTON CG DB BRIGADA DE HOMICIDIOS EXPEDIENTE Z-483-362).

E. W. BISCAILUZ, SHERIFF

El miércoles por la tarde, Bill Vickers se dedicó de nuevo a investigar en los locales de El Monte.

Preguntó en el Suzanne's Cafe, con resultados negativos. Preguntó en el Dublin Inn, con idéntica suerte.

En el 49-er consiguió una pista. El camarero que atendía la barra le dijo que era probable que la víctima hubiese estado allí la noche del sábado anterior, 14 de junio.

Iba acompañada de un tipo que mediría un metro ochenta, corpulento y con el cabello rubio ligeramente ondulado. Los dos estaban borrachos. Se quedaron poco rato y discutieron, al parecer porque la pelirroja había rechazado una copa. El camarero añadió que había visto al tipo rubio con anterioridad, pero que no era un asiduo. No tenía ni idea de cómo se llamaba.

Vickers preguntó en el restaurante Mama Mia. El propietario le dijo que llamase a su camarera, Catherine Cathey, que había atendido las mesas el sábado por la noche.

Vickers la llamó. Catherine Cathey explicó que una mujer pelirroja había llegado al local hacia las ocho, sola. Vickers dijo que volvería a telefonarla y quedarían para enseñarle una foto de la víctima.

Vickers preguntó en el Off-Beat. Allí nadie reconoció a la mujer de la foto. Pero la esposa del dueño le contó una historia que creía que podría estar relacionada con el caso.

La noche anterior vino al Off-Beat una cliente habitual, llamada Ann Mae Schidt. Esta le contó que, la noche del viernes pasado, estaba tomando una

copa en el Manger Bar con su marido y otra pareja. Hubo una discusión y la mujer se marchó sola del bar. Una vez fuera, se le acercó un mexicano.

El tipo la introdujo a la fuerza en un coche e intentó violarla. No lo consiguió, y Ann Mae logró escapar.

No denunció la agresión, ya que Ann Mae tenía miedo de que la detuviesen por ebriedad.

Ann Mae tenía cuarenta y pocos años y era pelirroja. La esposa del dueño le proporcionó a Vickers su número de teléfono: GI8-0696.

Vickers le dejó su tarjeta y se dirigió hacia el Manger. Por el camino, sus pesquisas en el Kay's Cafe y en la parada de taxis de El Monte no obtuvieron ningún resultado.

Un tipo llamado Jack Groves se encargaba de la barra del Manger. Reconoció a la víctima en la foto y dijo que había estado allí el sábado por la noche, entre las ocho y las nueve. Creía recordar que no iba acompañada.

A Groves no le sonaba de nada el nombre de Ann Mae Schidt, pero dijo que los dueños, Carl Manger y su esposa, tal vez la conocieran. Ellos estuvieron en el local el sábado por la noche y quizá tuvieran más información acerca de la pelirroja.

Lavonne Chambers estaba divorciada. Vivía con sus tres hijos pequeños en una casita, donde Hallinen y Lawton le tomaron declaración formal.

DECLARACIÓN DE LAVONNE CHAMBERS, TOMADA EN EL 823 DE FOXDALE AVENUE, WEST COVINA.
PRESENTES: SARGENTO W. E. HALLINEN, SARGENTO J. G. LAWTON. 15.55 HORAS DEL 25 DE JUNIO DE 1958.
PARA EL EXPEDIENTE N.º Z-483-362. TRANSCRITA POR DELLA ANDREW, TAQUÍGRAFA OFICIAL.

POR EL SARGENTO LAWTON:

P. ¿Cómo se llama?

R. Lavonne Chambers.

P. ¿Cuál es su segundo nombre?

R. Marie.

P. ¿Qué edad tiene, señora Chambers?

R. Veintinueve.

P. ¿Y cuál es su dirección habitual?

R. 823 de Foxdale, West Covina.

P. ¿Y su número de teléfono?

R. Edgewood 7-6686.

P. ¿Cuál es su oficio u ocupación?

R. Camarera en el Stan's Drive-In. Atiendo los coches.

P. ¿Se trata del Stan's Drive-In de Five Points, El Monte?

R. Sí.

P. En la noche del sábado 21 de junio y la madrugada del domingo 22, ¿trabajó usted atendiendo coches?

R. Sí.

P. Y en el curso de la noche, entre los diferentes coches a los que sirvió, ¿hubo alguno en especial cuyos ocupantes le llamaran la atención?

R. Bueno, fue cuando regresé de cenar. Normalmente ceno a las nueve en punto. Y por lo general vuelvo sobre las diez. Fue entonces cuando vi a esa mujer... Fue ella quien me llamó la atención, más que el hombre.

P. La mujer le llamó la atención más que el hombre. ¿Y dice que eso fue después de las diez?

R. Sí, fue después de las diez.

P. ¿Pudo haber sido más cerca de las once?

R. Es posible, pero me parece que debió de ser poco después de las diez, porque no hacía mucho que había vuelto de cenar.

P. ¿En qué coche iba esa pareja?

R. En un Oldsmobile verde oscuro, del 55 o del 56, y más probablemente del 55, por el tipo de pintura. Tenía un acabado bastante mate y daba la impresión de que la chapa no había sido encerada jamás.

P. ¿Qué tipo de coche era?

R. Un sedán.

P. ¿Conoce las diferencias entre la línea normal y la serie Holiday de la gama Oldsmobile?

R. Sí, sé que los Holiday son más grandes.

P. ¿Y le parece a usted que el coche del que hablamos era un Holiday?

R. No. No lo era.

P. ¿Está segura de que no lo era?

R. Ajá.

P. ¿Recuerda que hablamos con usted anoche, en Stan's? Parece que algo de lo que nos dijo... ¿Cabe la posibilidad de que el coche estuviera pintado en dos tonos?

R. Es posible. Pero en ese caso tenían que ser del mismo color: verde; un tono más claro y uno más oscuro.

P. ¿Y qué recuerda al respecto ahora? Tal vez haya pensado en ello desde que hablamos anoche. Entonces comentamos si el coche estaba pintado en dos tonos o no.

R. Sigo pensando que estaba pintado en dos tonos.

P. ¿La parte inferior era la más oscura?

R. Ajá.

P. Dijo usted que quien más le había llamado la atención era la mujer. ¿Por qué?

R. Bueno, normalmente te acercas al coche y preguntas a los clientes si quieren una carta, y te responden que sí o que no. Pero esa mujer no sabía qué quería. «Quiero un sándwich, el más pequeño que tengan», dijo, y yo le pregunté: «¿Un perrito caliente?». «El más pequeño que tengan», insistió. «Entonces le traeré un sándwich de queso caliente», dije, y ella respondió que de acuerdo. El hombre no decía nada; esperé a que pidiera algo, y entonces dijo: «Solo café». Tomé nota y, cuando fui a coger la bandeja, me fijé en el anillo, por el modo en que estaba sentada. Sonreía y soltaba carcajadas sin parar. Parecía verdaderamente contenta.

P. Disculpe, ¿dice que se fijó en el anillo por el modo en que estaba sentada?

R. Cuando me asomé a la ventanilla del coche, la mujer llevaba el anillo en este dedo (señalando), de modo que pude verlo.

P. ¿Está señalando que llevaba el anillo en el dedo anular?

R. Ajá.

P. ¿En la mano izquierda?

R. Ajá.

P. ¿Puede describir el anillo?

R. Era una perla enorme. Enorme.

P. ¿Algo más en particular al respecto?

R. Supongo que en realidad parecía mayor debido a la posición de la mano, porque desde donde yo me encontraba parecía que la perla le ocupara toda la mano.

P. ¿Algo más, aparte de la perla?

R. No, solo la perla, y el vestido que llevaba. El vestido azul... también me fijé en él.

P. Muy bien, si lo recuerda, le enseñamos un gabán que tiene dos tipos distintos de tejido: el de fuera, que es de lino de un tono azul marino; y el forro interior, de una seda azul en varios tonos.

R. Eso es; como el vestido estampado en azul.

P. Ese tejido que vio, el del forro del gabán que le enseñamos anoche, ¿era el mismo que el del vestido?

R. Sí, era el mismo.

P. ¿Tuvo la impresión de que la mujer había bebido?

R. Sí, claro. Yo diría que estaba bastante borracha.

P. ¿Diría que estaba bastante borracha?

R. Ajá.

P. ¿Y el hombre?

R. No, él no. Si estaba borracho, no lo demostraba. Parecía muy sobrio.

P. ¿Puede describirnos a la mujer?

R. Era delgada, con el cabello pelirrojo y corto, y resultaba muy agradable, encantadora incluso, o eso parecía. Una mujer de esas a las que miras dos veces.

P. ¿Cuántos años cree que tendría?

R. No lo sé. No soy muy buena adivinando la edad de la gente.

P. Bueno, según recuerdo, usted tiene veintinueve años.

R. Yo diría que era mayor que yo.

P. ¿Cuánto mayor que usted?

R. Cielos, no lo sé.

P. En su opinión, ¿podría tener cuarenta años?

R. Sí, es posible.

P. No quiero inducir ninguna de sus respuestas. Quiero que me cuente todo lo que recuerde, y solo estoy intentando ayudarla a recordar, aunque sea un poco. ¿Qué me dice del hombre? ¿Qué aspecto tenía?

R. Moreno, muy delgado. Cara chupada, con el pelo oscuro peinado hacia atrás.

P. Pelo oscuro, dice. ¿Castaño o negro?

R. Si no era negro, era de un castaño oscurísimo.

P. ¿Le pareció que usara algún tipo de loción, por ejemplo para fijarse el pelo?

R. Ah, puede que para fijárselo. Aunque no le presté mucha atención. Tenía una cabellera abundante. Aunque en realidad no tanto... Empezaba a tener entradas, pero todavía conservaba una buena mata de pelo.

P. ¿Peinado hacia atrás con fijador?

R. Ajá.

P. ¿Qué edad cree que tenía?

R. Treinta y tantos... Unos treinta y cinco o más.

P. ¿Entre treinta y cinco y cuarenta, tal vez?

R. Ajá.

P. ¿De qué nacionalidad cree que podría ser?

R. Ella, desde luego, no podía ser más que norteamericana, pero él... Yo lo tomaría por griego o italiano.

P. Griego o italiano. ¿Es posible que fuera mexicano o hispano? ¿Latino?

R. Podría ser. (Pausa.) Su piel no era... me parece que no era lo bastante oscura para que se tratara de un mexicano. Por supuesto, conozco un montón de hispanos de piel clara, pero...

- P. ¿Recuerda algo especial sobre la indumentaria de la mujer en ese momento?
- R. No noté nada raro. Pero la primera vez que les serví, me fijé en el vestido que llevaba puesto. Recuerdo que era escotado, porque había mucha luz.
- P. Respecto al coche... Desde que hablamos anoche, ¿ha recordado usted algo, algún detalle distintivo que pudiera ayudarnos a identificarlo?
- R. No; anoche estuve pensando en el coche. Pensé que debía de tener matrícula de California, porque si hubiera sido de otro estado me habría fijado. Trabajamos por la propina, y el noventa y nueve por ciento de los coches de otros estados no te dejan absolutamente nada, así que suelo fijarme en eso. Y como no reparé en que el coche no tuviera matrícula de California, lo más probable es que fuera del estado.
- P. Cualquier cosa que recuerde: una abolladura en el parachoques, la rejilla del ventilador rota, cualquier cosa...
- R. (Interrumpiendo.) Solo me fijé en que el de la pintura era muy mate.
- P. Después de que terminaran sus consumiciones y le hubieran pagado, ¿los oyó o los vio marcharse?
- R. No.
- P. ¿En algún momento oyó el coche en marcha?
- R. No. Cuando me acerqué a recoger la bandeja, el motor estaba apagado.
- P. ¿Y no los oyó marcharse?
- R. No.
- P. En otras palabras, ¿no sabría decir si tenía un tubo de escape particularmente ruidoso o algo parecido?
- R. No.
- P. Bien, tengo entendido que más tarde volvió a ver el coche. ¿Puede decirnos cuándo?
- R. La madrugada del domingo, después de que el bar cerrase. Debían de ser las dos y cuarto o un poco más, porque normalmente no suele venir mucha gente por allí hasta esa hora. Pero a las dos y cuarto el aparcamiento está casi siempre lleno, así que tuvieron que quedarse atrás, casi al fondo, justo donde hay una farola que ilumina el lateral, y también la iluminaba a ella. Me acerqué al coche y les pregunté si querían una carta. Ella contestó que le apetecía un tazón de enchilada y una taza de café. Y me quedé allí de pie, esperando a que él pidiera, y supongo que de otro modo no me habría fijado en él... me quedé esperando, hasta que finalmente dijo:

«Solo café».

P. ¿Dice usted que la mujer pidió enchilada?

R. Ajá.

P. ¿Solo enchilada, o enchilada con frijoles?

R. Solo enchilada. Y café.

P. Pero la enchilada debía de llevar algunos frijoles, ¿no?

R. Sí. Así es como se sirve, con frijoles. No la servimos sola.

P. ¿En qué estado vio a la mujer en esta ocasión?

R. Estaba un poco más bebida que la primera vez, pero seguía siendo encantadora. No fue nada desagradable. Fue un gusto servirla, se mostró muy alegre y risueña. Y cuando recogí la bandeja, dijo algo... He intentado recordar qué fue, y si me hablaba a mí o al hombre, pero no me acuerdo de lo que dijo ni a quién. Dijo algo y se rió, y yo la miré y sonreí, pero no consigo recordarlo.

P. ¿En qué estado tenía la ropa esta vez?

R. Lo llevaba todo en perfecto orden, menos la delantera del vestido. Por el modo en que estaba confeccionado, podía verle prácticamente todo el pecho, de lado.

P. ¿Significa que no llevaba sujetador?

R. No vi que lo llevase. Sí que vi algo blanco, que tomé por una combinación, con una puntilla también blanca.

P. ¿No podía ser el sujetador, tirado hacia abajo?

R. Tal vez, pero por lo general no llevan encajes.

P. ¿Le vio usted los pies?

R. No, no se los vi. Si hubiera mirado los habría visto, pero no lo hice. Tengo que inclinarme bastante dentro del coche para sacar y meter las bandejas.

P. A juzgar por el aspecto de la mujer en esta ocasión, ¿qué impresión tuvo de lo que podría haber estado haciendo justo antes de su llegada?

R. No sabría decirle. Ella no se veía muy distinta de la primera vez. En esta ocasión pude observarla mejor, porque estaba de su lado del coche.

P. Por el aspecto que acaba de describir que tenían la mujer y su ropa, ¿cree posible que pudieran

volver de haber estado dándose un revolcón en alguna parte?

R. Podría ser. Sí, es posible.

P. En esta ocasión, ¿no dio ninguna muestra de estar molesta, furiosa o algo parecido?

R. No, estuvo muy agradable, muy alegre. Se reía mucho. Recuerdo perfectamente su sonrisa, porque no paró de reír en todo el rato.

P. ¿Él no sonreía?

R. No, parecía muy aburrido. Y una vez más tuve que esperar para que me pagara. La vez anterior también había tenido que esperar, de modo que me acerqué y le dije a cuánto subía la cuenta. Tuve que esperar unos minutos antes de que me tendiera un billete de un dólar. Le di el cambio y volví al otro lado del coche, ya que había dejado la propina en la bandeja.

P. ¿Las dos veces pagó con un billete de un dólar?

R. La primera vez no lo recuerdo, pero la segunda sí.

P. ¿Sacó el billete de la cartera o directamente del bolsillo?

R. Lo tenía en la mano, pero eso fue un rato antes de que me lo entregase, cuando le llevé la cuenta.

P. ¿Había visto antes a alguna de esas dos personas?

R. Que yo recuerde, no. No recuerdo haberlas visto nunca.

P. Desde que hablamos con usted la vez anterior y le enseñamos la prenda de vestir y las fotos que tenemos de esa mujer, ¿le ha surgido alguna duda respecto a que pudiesen pertenecer a la misma persona a la que atendió esa noche?

R. No tengo ninguna duda.

P. Si volviese a ver a ese hombre, ¿sería capaz de identificarlo?

R. Estoy totalmente segura de que sí. Lo recuerdo muy bien. No tiene ningún rasgo distintivo, nada que permita reconocerlo de inmediato entre la multitud. Pero sé muy bien qué aspecto tiene.

P. Bien, dijo usted que tenía la cara delgada. ¿Era una cara extremadamente delgada?

R. Parecía griego o italiano, sobre todo por la nariz. Y la cara era delgadísima.

P. ¿Tuvo usted la impresión de que podría usar dentadura postiza?

R. No.

P. ¿Sabe?, a veces la gente que lleva dentadura postiza tiene la mandíbula un tanto hundida, por esta zona. ¿Le dio a usted esa impresión?

R. No, no me la dio.

P. ¿Solo recuerda que la cara era muy delgada?

R. Exacto.

POR EL SARGENTO HALLINEN:

P. Probablemente le habrá dado bastantes vueltas a todo esto desde que hablamos con usted ayer. ¿Podría describirnos la indumentaria del hombre?

R. Lo único que recuerdo es que era clara. Llevaba una chaqueta o algo con mangas largas, y era de color claro.

P. ¿Está bastante segura de que era de color claro?

R. Ajá.

P. ¿Vestía informal o llevaba un traje clásico?

R. No, no era un traje. Llevaba una especie de chaqueta. Yo diría informal.

P. ¿Sabe de qué color eran los pantalones?

R. No.

P. ¿Recuerda si llevaba camisa, y si era clara u oscura?

R. Llevaba camisa, pero no... no recuerdo si era clara u oscura.

P. ¿Reconocería usted un coche similar al que conducían?

R. Sí, seguro.

P. En otras palabras, ¿sería capaz de decir si un coche se parece o no al que llevaban?

R. Sí, podría hacerlo. Probablemente no fuese capaz de identificar ese coche en concreto, pero si viera uno igual lo reconocería.

P. ¿Podría decirme si el coche que usted recuerda estaba pintado en dos tonos o en uno solo?

R. No sé...

P. Mientras la pareja estuvo allí, ¿se fijó en si alguno de los dos fumaba?

R. No me fijé.

P. Volviendo a las facciones del hombre, en su opinión, ¿tenía la piel morena y tersa, o advirtió marcas en ella?

R. Era tersa. Y oscura.

P. ¿No era un hombre de tez clara?

R. No; era un hombre de tez oscura.

P. Pero ¿era blanco?

R. No. No tenía la piel clara, pero tampoco oscura. Quiero decir que no parecía un auténtico mexicano de piel oscura, sino que parecía un italiano.

P. Ha dicho usted que el hombre tenía el cabello negro peinado hacia atrás, ¿verdad?

R. Ajá.

P. Y también que tenía entradas...

R. No demasiado profundas.

P. Pero era una cabellera abundante, a pesar de ello.

R. Sí, tenía una buena mata de pelo.

P. ¿Observó alguna particularidad en las orejas?

R. No lo recuerdo.

P. ¿Algo que...?

R. (Niega con la cabeza.)

SARGENTO LAWTON: Una cosa más. ¿Se fijó en si el hombre llevaba algún tipo de joya, como por ejemplo anillos?

R. No, no me fijé.

SARGENTO LAWTON: Muchísimas gracias.

DECLARACIÓN CONCLUIDA A LAS 16.15 HORAS.

El miércoles por la noche se transmitió un teletipo a toda la región. En él se resumían las setenta y dos horas de investigación del caso Ellroy.

Se hacía mención al bolso y la ropa interior que faltaban a la víctima, al varón sospechoso, a la mujer rubia y al Oldsmobile del 55 o del 56. Todas las agencias policiales con información al respecto debían ponerse en contacto con Homicidios de la Oficina del Sheriff o con el Departamento de Policía de El Monte.

Un agente de la Patrulla de Caminos de California llamó a las 22.10 para dar una pista. El telefonista de la comisaría de El Monte tomó nota.

El agente conocía a un «hispano moreno» que conducía un Oldsmobile pintado en dos tonos y solía rondar por Five Points. El vehículo llevaba matrícula de fotógrafo de prensa y una antena flexible. El tipo tenía un carácter hosco y era aficionado a interceptar las llamadas de las radios policiales. El agente dijo que conseguiría el número de matrícula y pasaría la información.

El teletipo no tardó en echar humo. La muerte de una mujer blanca siempre provocaba un gran revuelo.

Jueves por la mañana.

Vickers y Godfrey terminaron sus pesquisas por los locales y hablaron con el último de sus comunicantes. Ahora ya tenían bastante perfiladas las actividades de la víctima el sábado por la noche.

Hallinen y Lawton enviaron una petición urgente al Departamento de Tráfico de California, en la que solicitaban datos de todos los Oldsmobile del 55 y del 56 registrados a nombre de personas que viviesen en el valle de San Gabriel.

También enviaron otra petición urgente a la Sección de Archivos de la Oficina del Sheriff. En ella solicitaban fotografías y datos sobre agresores sexuales fichados que guardaran parecido con el hombre moreno. Lo más

probable era que el sospechoso fuera caucásico, pero también podía tratarse de un hispano. Añadieron notas sobre el vehículo que conducía y sobre el crimen en sí: golpes, estrangulamiento y posible violación. La víctima era una mujer blanca de cuarenta y tres años, de quien se sabía que frecuentaba bares.

Lavonne Chambers y Margie Trawick fueron conducidas al Palacio de Justicia, donde un agente las ayudó a elaborar sendos retratos robot del sospechoso.

El retrato robot era un instrumento de investigación nuevo. Los testigos escogían rasgos individuales impresos sobre tiras de cartón, y las combinaban para reconstruir los rostros según lo que recordaban. Para ello había docenas de barbillas, narices, cabellos y bocas. Unos técnicos especializados ayudaban a los testigos a agrupar todos esos rasgos.

El agente trabajó con Lavonne y con Margie por separado. El resultado fue un par de caras similares, pero claramente diferentes.

El hombre de Lavonne tenía el aspecto de un tipo delgado normal. El de Margie parecía un depravado.

Hicieron venir a un dibujante, que se sentó por separado con ambas testigos y esbozó sendos retratos del sospechoso. En su tercer bosquejo combinó rasgos de las dos versiones anteriores. Lavonne y Margie estuvieron de acuerdo: aquel era el individuo que habían visto.

El dibujante sacó copias mimeografiadas del retrato definitivo y se las entregó a Hallinen y a Lawton, quienes las llevaron al Departamento de Información para que se incluyeran en una nota de prensa sobre el homicidio.

Un agente llevó a casa a Lavonne y a Margie. Hallinen y Lawton decidieron entrevistar a los compañeros de trabajo de la víctima y practicar un nuevo registro en la casa.

El caso duraba ya cuatro días.

Jueves por la tarde.

Jim Bruton llamó a un contacto que tenía en la oficina del distrito escolar unificado de El Monte. El contacto le dio el número de teléfono particular de Peter Tubiolo.

Bruton llamó a Tubiolo y le pidió que se presentase en la comisaría para responder a unas preguntas. El asunto que se trataría era el asesinato de Jean Ellroy.

Tubiolo accedió a ir esa misma tarde, aunque insistió en que apenas conocía a la mujer. Bruton le aseguró que la entrevista era puramente rutinaria y que permanecería en la más estricta confidencialidad.

Acordaron una hora. Bruton llamó a Hallinen y a Lawton y les pidió que volvieran a la comisaría. Ellos le dijeron que llevarían a Margie Trawick para que echase un vistazo al individuo.

Peter Tubiolo llegó puntual. Bruton, Hallinen y Lawton hablaron con él en una sala de entrevistas provista de un falso espejo. Tubiolo, robusto y de cara redonda, no se parecía en nada al hombre moreno.

Era vicedirector de la escuela elemental Anne Le Gore. El hijo de la víctima acababa de terminar quinto grado en dicha escuela. Se trataba de un niño asustadizo y bastante voluble.

Tubiolo dijo que solo había visto a Jean Ellroy en una ocasión, cuando se presentó en la escuela para hablar de los escasos progresos académicos de su hijo y de la incapacidad de este para llevarse bien con otros niños. Tubiolo insistió en que nunca había tenido una cita ni había socializado con la difunta señora Ellroy. Tales actos habrían sido contrarios a la política escolar del distrito.

Los policías le dijeron que no era eso lo que aseguraba el niño. Tubiolo se

reafirmó en lo dicho. Lo único que sabía de la vida privada de los Ellroy era que los padres estaban divorciados y que al niño no se le permitía ver a su padre durante la semana. La señora Ellroy era una mujer atractiva, pero no había nada personal entre ellos.

Margie Trawick observó detenidamente a Tubiolo a través del falso espejo, y declaró rotundamente que no era el tipo que había visto en compañía de la víctima.

Se disculparon ante Tubiolo y lo dejaron marchar.

El jueves por la noche Ward Hallinen recibió un soplo. El Departamento de Policía de West Covina tenía un sospechoso: un bala perdida local llamado Steve Anthony Carbone.

Hallinen envió a Frank Godfrey a comprobarlo. Godfrey fue a buscar la ficha de Carbone y volvió entusiasmado.

Carbone era un varón blanco americano de ascendencia italiana. Había nacido el 19 de febrero de 1915. Medía un metro setenta y cinco, pesaba sesenta y tres kilos y tenía los ojos castaños, el cabello negro y liso y la frente despejada. También era propietario de un sedán Oldsmobile del 55, de dos puertas y de color blanco polar sobre verde, con matrícula MMT 879.

Procedía de Detroit, Michigan, donde lo habían detenido tres veces por exhibicionismo, en octubre y noviembre del 41, y en agosto del 53. Se trasladó a West Covina en el 57. Aquí encadenó una serie de tres detenciones por conducir en estado de ebriedad y dos condenas por atraco a mano armada. El segundo de ellos era notable: había apuntado a un policía con una carabina 30.30.

Carbone, un tipo muy agresivo y de mal carácter, tenía un amplio historial de enfrentamientos con la policía y de agresiones sexuales.

Hallinen y Lawton se lanzaron a por él.

Hicieron que la policía de West Covina lo arrestara. Confiscaron el Oldsmobile y lo fotografiaron en el aparcamiento policial. Un hombre del Laboratorio de Criminología buscó huellas dactilares y manchas de sangre, y pasó un aspirador para recoger posibles fibras que se parecieran a las blancas encontradas en el cadáver de la víctima.

El hombre del laboratorio no obtuvo pista alguna.

Hallinen y Lawton presionaron a Carbone, quien les hizo un vago resumen de sus andanzas el sábado por la noche. Jim Bruton llevó a Margie Trawick y a Lavonne Chambers para que identificaran al sospechoso.

Las dos declararon que no era el tipo al que habían visto con la pelirroja.

Hallinen y Lawton trabajaron de firme todo el fin de semana.

Hablaron con los compañeros de trabajo de la fallecida, sin resultados positivos. Registraron de nuevo la casa de la víctima. Pasaron horas en el Desert Inn y hablaron con montones de clientes. Nadie supo darles el nombre de la rubia o del hombre moreno.

El Departamento de Policía recibió una información acerca de un tal Robert John Mellon, antiguo paciente de un hospital psiquiátrico de Dakota del Norte. Un agente hizo un par de consultas y consideró la información carente de interés.

Un hombre llamado Archie G. Rogers se puso en contacto con el Departamento de Policía de El Monte.

Según dijo, un tipo conocido como Bill Owen tenía una novia de nombre Dorothy. La pareja encajaba con la descripción de esas personas que aparecían en el periódico, las que habían sido vistas con la enfermera muerta.

Owen era pintor y mecánico, y antes vivía con la hermana del señor

Rogers. Dorothy frecuentaba el Manger y el Wee Nipee. La noche del sábado 21 de junio durmió en el coche del señor Rogers.

Dorothy, cuyo número de teléfono era ED4-6881, dijo que tenía una nueva amiga llamada Jean. Aquel sábado por la noche, Dorothy tenía pensado llevar Jean a casa de la hermana del señor Rogers.

Al señor Rogers todo aquello le resultó sospechoso.

La policía de El Monte envió la información a la Oficina del Sheriff. El agente Howie Haussner –cuñado de Jack Lawton– se hizo cargo de ella.

Consiguió la dirección de la hermana de Rogers y averiguó que el número de teléfono de Dorothy correspondía al de un tal Harold T. Hotchkiss, de Azusa. Adjuntó las dos direcciones a los nombres de William Owen y Dorothy Hotchkiss y los envió por teletipo a la Oficina de Antecedentes Criminales de Sacramento.

La respuesta no resultó concluyente.

El nombre de Dorothy Hotchkiss no dio ningún resultado: ni ficha, ni fianzas, ni requisitorias, ni siquiera constaba en el listín telefónico de Azusa. «William Owen» aparecía seis veces: varios de esos Owen tenían ficha policial que se remontaba al año 1939; ninguno de ellos vivía en el valle de San Gabriel.

Los papeles relativos a los Owen-Hotchkiss se incorporaron al archivo de acordeón con el expediente. El archivo estaba marcado con el número Z-483-362.

Jean Ellroy fue enterrada el martes 1 de julio de 1958.

Un oficiante contratado celebró un servicio protestante. El cuerpo recibió sepultura en el cementerio de Inglewood, al sudoeste de Los Ángeles.

La hermana y el cuñado de Jean estuvieron presentes. También asistieron

varios de sus compañeros de Airtek, así como Armand Ellroy y algunos viejos amigos de Jean.

Jack Lawton y Ward Hallinen también estuvieron allí.

El hijo de Jean fue excusado de asistir. Pasó el día viendo televisión con unos amigos de su padre.

La lápida rezaba: «Geneva Hilliker Ellroy. 1915-1958».

La tumba quedaba en el extremo occidental del cementerio, a menos de un metro de una calle concurrida y de un tramo de valla de tela metálica.

La Oficina del Sheriff de Los Ángeles se remontaba a los días del Salvaje Oeste. Era una agencia de policía moderna, pero impregnada de una profunda nostalgia por el siglo XIX. La LASO, como se la conocía también, estaba plagada de motivos del Salvaje Oeste. Era un brillante ejercicio de relaciones públicas.

El sheriff tenía jurisdicción sobre las cárceles y las doce subcomisaría del territorio del condado. Este comprendía toda la ciudad de Los Ángeles y las tierras al norte, al sur y al este de la metrópoli. Los agentes patrullaban el desierto, las montañas y una elegante franja de playas, todo lo cual abarcaba cientos de kilómetros cuadrados.

Malibú era toda una delicia para trabajar, y West Hollywood estaba bien: Sunset Strip siempre resultaba interesante. La zona este de Los Ángeles estaba llena de mexicanos camorristas. Firestone era territorio totalmente negro. Temple City y San Dimas quedaban fuera, en el valle de San Gabriel. Los agentes podían conducir hasta las montañas y divertirse cazando coyotes.

La Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff investigaba los actos criminales en todo el condado. Homicidios de la LASO se encargaba de los asesinatos cometidos dentro de la jurisdicción de los departamentos de policía locales. El Grupo Aéreo de la LASO patrullaba los cielos del condado e intervenía en las operaciones de rescate.

La Oficina del Sheriff se hallaba en plena expansión. En 1958, Los Ángeles era una ciudad que no paraba de crecer; construida a fuerza de

expropiaciones y resentimiento racial, ofrecía siempre un aspecto provisional. La LASO fue constituida en 1850 con el propósito de llevar la ley a un territorio convulso.

Los primeros sheriffs del condado eran elegidos por períodos de un año. Tenían que lidiar con saqueadores indios, bandidos mexicanos y guerras intestinas entre bandas chinas. Los grupos de defensa civil suponían una clara amenaza. A los blancos borrachos les encantaba linchar pieles rojas y bandidos de tez morena.

El condado de Los Ángeles creció. Los sheriffs electos llegaban y pasaban. El número de agentes bajo juramento aumentó, en consonancia con la expansión del condado. A menudo se requería ayuda ciudadana, y el sheriff acabó por crear una fuerza civil armada a su mando.

La institución se modernizó. Los automóviles reemplazaron a los caballos. Se construyeron cárceles más grandes y nuevas subcomisarías. La LASO acabó por convertirse en la mayor agencia de su tipo en el territorio continental estadounidense.

El sheriff John C. Cline dimitió de su cargo en 1920. Big Bill Traeger lo sucedió hasta el final del mandato. Traeger fue reelegido tres veces por períodos de cuatro años. En 1932 se presentó al Congreso, y ganó. La Comisión de Supervisores del Condado nombró sheriff a Eugene W. Biscailuz.

Biscailuz había ingresado en la Oficina del Sheriff en 1907. Descendía de vascos e ingleses a partes iguales, y había nacido en el seno de una familia adinerada. Sus raíces californianas se remontaban a los días de las concesiones de tierras llevadas a cabo por la corona española.

Administrador brillante y políticamente hábil y atractivo, era un genio de las relaciones públicas y sentía una gran pasión por el folclore del Salvaje Oeste.

También profesaba cierto progresismo. Algunas de sus opiniones rozaban el bolchevismo, pero las expresaba como lo haría un patriarca respetable. Rara vez fue acusado de herejía.

Biscailuz movilizó fuerzas para combatir incendios e inundaciones, y desarrolló un «Plan para Grandes Catástrofes». Asimismo, fundó la prisión Wayside Honor Rancho, estableciendo así su política de rehabilitaciones, y puso en marcha un programa de disuasión y prevención de la delincuencia juvenil.

Se propuso mantenerse en el cargo mucho tiempo, y los rituales del Salvaje Oeste le ayudaron a asegurar cada reelección.

Restableció la institución de la Fuerza Civil Armada. Sus miembros cabalgaban en los desfiles y de vez en cuando buscaban a algún niño que se perdía en los montes. Biscailuz se retrataba a menudo con ellos, siempre a lomos de un semental palomino.

Biscailuz patrocinaba el rodeo anual de la Oficina del Sheriff, para lo cual enviaba agentes uniformados a vender entradas por todo el condado. El evento solía llenar el Coliseum de Los Ángeles. Biscailuz aparecía con indumentaria del Oeste, que incluía cartucheras y un par de revólveres de seis tiros.

El rodeo no solo era un espectáculo digno de verse, sino también una fábrica de hacer dinero. Lo mismo cabe decir de la barbacoa organizada todos los años por la institución, que llegó a congregarse a una media de sesenta mil comensales.

Biscailuz llevó la Oficina del Sheriff al pueblo, seduciéndolo con el mito que había construido sobre sí mismo. Su legendario exhibicionismo perpetuaba su poder. Era el ejemplo vivo de la falta de escrúpulos.

Sabía que muchos de sus muchachos llamaban «negratas» a los negros. Sabía que las palizas con listines telefónicos aseguraban una confesión

rápida. Después del ataque a Pearl Harbor comenzó a detener japoneses y a enviarlos a Wayside. Sabía que un golpe con una porra de cola de castor podía sacarle un ojo de su cuenca a un sospechoso. Sabía que el trabajo policial era una profesión que te hacía sentir aislado.

De modo que ofreció a sus votantes la utopía del Salvaje Oeste, y merced a esa maniobra fue reelegido en seis ocasiones. Su cháchara ritualista se basaba en la ambigüedad. Sus muchachos tenían una mentalidad menos represiva que sus rivales de azul.

William Parker tomó el mando del LAPD, el Departamento de Policía de Los Ángeles, en 1950. Era un genio de la organización. Su estilo personal era el opuesto al de Gene Biscailuz. Aborrecía la corrupción económica y respaldaba la violencia como un elemento fundamental del trabajo policial. Era un ordenancista tan riguroso como alcohólico, que se había impuesto la misión de restaurar la moralidad anterior al siglo xx.

Biscailuz y Parker gobernaban reinos paralelos. El mito de Biscailuz ponía el énfasis, de modo implícito, en la inclusión. Por su parte, Parker reclutó a un famoso de la tele llamado Jack Webb, y entre ambos pergeñaron un programa semanal llamado *Redada*, una fantasía sobre delitos y severos castigos que proporcionaba al LAPD una imagen casta y unos poderes casi divinos. El Departamento de Policía de Los Ángeles se tomó en serio ese mito. Se dio aires de grandeza y se distanció de la ciudadanía de la que Gene Biscailuz tanto se aprovechaba. Bill Parker detestaba a los negros y enviaba matones a sus barrios para apretar las tuercas a los dueños de clubes que admitían a mujeres blancas. A Gene Biscailuz le gustaba repartir sonrisas entre sus votantes mexicanos, tal vez porque él mismo era, por ascendencia, una especie de chicano.

La leyenda de Gene Biscailuz no trascendía los límites del condado. El mito de Bill Parker se extendió a lo largo y ancho del país. Al sheriff le

sentaba mal la popularidad del LAPD. El Departamento consideraba la Oficina del Sheriff una institución rural y se atribuía el mérito exclusivo de sus operaciones conjuntas.

La ideología diferenciaba las dos agencias. La topografía las separaba aún más. El LAPD alegaba que la densidad de población de su jurisdicción y la demografía racial demostraban claramente su superioridad y justificaban su mentalidad de estado de sitio. La Oficina del Sheriff, por su parte, alegaba que el condado se extendía a una velocidad extraordinaria.

Las dos tuvieron nuevos territorios en que trabajar. Las nuevas poblaciones solicitaban cada vez más sus servicios, de modo que no podían permitirse patear culos indiscriminadamente.

Bill Parker cumplió cincuenta y seis años en 1958. Su sensibilidad estaba en el punto álgido. Gene Biscailuz cumplió setenta y cinco y proyectaba retirarse a finales de año.

Hacía medio siglo que Biscailuz había ingresado en la Oficina del Sheriff. Había visto sustituir los caballos por automóviles, primero aquellos cacharros antiguos, después los sedanes conocidos como «Fantasma Gris», y más tarde los Ford blancos y negros. También había visto cómo el Los Ángeles del Salvaje Oeste crecía y se reinventaba mucho más allá de las fronteras del mito en que él se había convertido.

Probablemente sabía que los colonos blancos violaban a las indias squaw. Probablemente sabía que en el Salvaje Oeste los agentes de la ley eran psicópatas y borrachos. Incluso habría estado de acuerdo en que la mayor parte de su leyenda era producto de las ilusiones y del licor casero clandestino.

Para él, la nostalgia era un modo de complacencia. Probablemente sabía que el Salvaje Oeste era un infierno para las mujeres... entonces y ahora.

Probablemente sabía que la noche del sábado en el Salvaje Oeste constituía

un mito en sí mismo. Biscailuz podría haber catalogado a aquella enfermera pelirroja como una víctima mítica.

La investigación continuó.

Hallinen y Lawton se dedicaron a ella a tiempo completo. Jim Bruton siguió a bordo. A Godfrey y a Vickers les adjudicaron otros casos.

Los periódicos de Los Ángeles publicaron el retrato robot del sospechoso y dejaron que la historia se enfriara. La pelirroja no llegó a cuajar en ningún momento como víctima. El caso Lana Turner/Cheryl Crane/Johnny Stompanato acaparaba todos los titulares.

Hallinen y Lawton se convirtieron en rostros habituales del Desert Inn. Hablaron con los clientes asiduos y con gente de paso, pero no consiguieron ninguna pista firme. También visitaron repetidas veces otros bares de Five Points. En suma, probaron suerte en todas partes.

El Departamento de Policía de El Monte mantuvo la presión. Los coches patrulla circulaban con el retrato robot del sospechoso y la fotografía de la víctima. La vigilancia era estrecha.

El jueves 3 de julio la policía recibió un soplo. Un hombre declaró que unas semanas antes había visto a cuatro tipos arrojar latas de cerveza en el río Hondo Wash. Iban en un Oldsmobile 88 matrícula HHP 815. Uno de ellos había comentado que esa noche tenía una cita con una enfermera llamada Jean.

Se procedió a contrastar la información y se identificó el coche como un Oldsmobile cupé del 53. Estaba registrado a nombre de Bruce S. Baker,

12060 Hallwood, El Monte. Baker y sus amigos fueron interrogados y descartados como sospechosos.

Hallinen y Lawton volvieron a interrogar a los compañeros de trabajo de la víctima y localizaron a sus amigos y amigas. Todos insistieron en calificar como «casta» la vida de Jean Ellroy. Nadie hizo alusión a ninguna rubia con coleta ni a ningún hombre moreno. El exnovio de Jean, Hank Hart, también fue descartado de inmediato. Era un tipo bajo y gordo, y le faltaba un pulgar. Además, tenía coartada para la noche del 21 de junio.

Hallinen y Lawton repasaron casos recientes de estrangulamiento e intentaron identificar un patrón. Un caso de la Oficina del Sheriff y dos del Departamento de Policía de Los Ángeles llamaron su atención.

Helene Kelly, fecha de la muerte 30/10/53, Rosemead. Golpeada y estrangulada en su casa. Se trataba de una anciana, y no había sido violada. Parecía un caso de robo en el cual el ladrón había sido sorprendido por la víctima.

Ruth Goldsmith, fecha de la muerte 5/4/57, distrito de Wilshire, Los Ángeles. La víctima tenía cincuenta años. Fue encontrada en el suelo del cuarto de baño, semidesnuda. La habían violado. Tenía las muñecas atadas a la espalda con una media de nailon y la habían amordazado con un paño de cocina atado con otra media. La causa de la muerte había sido la asfixia. El piso estaba intacto y los detectives del LAPD descartaron que fuese un caso de robo con homicidio.

Marjorie Hipperson, fecha de la muerte 10/6/57, distrito de Los Feliz, Los Ángeles. La víctima tenía veinticuatro años. Fue encontrada en su cama, con el camisón por encima de las caderas. La habían violado y tenía una media de nailon atada a la muñeca derecha. Una segunda media aparecía en torno al cuello. Tenía los labios amoratados y debajo de la cabeza se halló un trapo de limpiar utilizado como mordaza.

En los tres casos la investigación estaba en punto muerto, y, en comparación con el caso Ellroy, los *modus operandi* de todos ellos presentaban más diferencias que puntos de semejanza.

La Sección de Archivos de la Oficina del Sheriff proporcionó fotografías e historial de antecedentes de cuarenta y seis agresores sexuales que encajaban con la descripción del hombre moreno.

La mayoría eran blancos. Una decena de ellos estaban clasificados como «varones mexicanos» y se les atribuía toda clase de delitos sexuales. La mayoría estaba en libertad condicional.

Algunos habían dejado Los Ángeles. Otros se hallaban de nuevo entre rejas. Hallinen y Lawton repasaron con Lavonne Chambers y Margie Trawick todas las fotos de posibles sospechosos. Fueron descartando nombres.

Hicieron especial hincapié en aquellos que guardaban mayor parecido con el hombre moreno. Los localizaron en sus casas y pidieron a sus agentes de la condicional que los interrogaran. Todos quedaron descartados.

Otras agencias enviaron más fotos. Hallinen y Lawton las repasaron con Lavonne y Margie.

Ambas siguieron respondiendo con negativas. Eran dos testigos clave. Sabían lo que habían visto.

Lavonne tenía tres hijos de un matrimonio fracasado. En el Stan's Drive-In se sacaba buenas propinas libres de impuestos. Su novio era agente de la comisaría de Temple City. Las camareras del Stan's daban de comer gratis a los polis a cambio de que estos persiguieran a los clientes que se largaban sin pagar y los obligaran a saldar sus deudas. Los empleados de la comisaría lavaban y sacaban brillo al coche de Lavonne. La mujer sabía tratar con la poli.

Margie tenía una hija de catorce años. Su marido había muerto en 1948 de

un ataque cardíaco, y ella había dilapidado el dinero que le había dejado y se había mudado a vivir con sus padres. Parecía una especie de Jean Ellroy en moreno. Conocía a fondo el ambiente de los bares de El Monte. Tenía una salud delicada y estaba enganchada a los fármacos que le recetaba el médico.

Lavonne y Margie cumplían encantadas con su papel de testigos. Hallinen y Lawton encontraban encantadoras a aquellas mujeres. Mientras repasaban las fotos en busca de posibles sospechosos, tomaban café y charlaban.

Recibieron el soplo de que el peluquero de la víctima encajaba con la descripción del hombre moreno. Hallinen y Lawton llevaron a Lavonne a su salón, donde le lavaron el pelo y le hicieron la permanente, a cargo de la policía. Lavonne dijo que aquel no era el tipo. Además, añadió, era un marica descarado.

Llegaron más pistas.

11/7/58:

Un tal Padilla se presentó en la comisaría de El Monte. Dijo que el 30 de junio lo habían soltado de los calabozos del Palacio de Justicia y que había visto salir de un bar de South Main Street a un hombre parecido al sospechoso.

13/7/58:

Un tal Don Kessler se presentó en la Oficina del Sheriff de Temple City. Declaró que trabajaba en El Monte Bowl y que había visto en su local a un hombre que se parecía al sospechoso. La madre de Kessler había seguido al individuo hasta el bar Bonnie Rae, donde logró escabullirse. El tipo iba sucio y tenía aspecto de mexicano.

14/7/58:

El sheriff de Temple remitió una pista a la policía de El Monte, referente a otro individuo desastrado que había sido visto en El Monte Bowl.

El hombre encajaba con la descripción del sospechoso. Vestía pantalones

de color tostado, muy sucios. Poco después, un agente de El Monte encontró en la calle unos pantalones parecidos. El agente los recogió, los llevó a la comisaría y los dejó sobre la mesa del capitán Bruton.

El Departamento de Policía de El Monte tenía la «fiebre de la mujer blanca muerta».

El martes 15 de julio se llevó a cabo una investigación forense, presidida por el doctor Charles Langhauser. Jack Lawton representó a la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles.

Un jurado compuesto por seis personas escuchó los testimonios. La investigación tuvo lugar en la sala 150 del Palacio de Justicia.

El primero en testificar fue Armand Ellroy. Declaró que llevaba más de dos años sin ver a su exmujer y que en ese tiempo no había mantenido ninguna relación con ella. Manifestó que había visto el cuerpo el lunes 23 de junio, y repitió que el nombre completo de ella era Geneva Hilliker Ellroy, tenía cuarenta y tres años de edad y había nacido en Wisconsin.

El siguiente testigo fue George Krycki, quien describió una breve conversación que había mantenido con la víctima el sábado 21 de junio. No le había parecido que Jean estuviera ebria. Dijo que resultaba curioso: «Siempre daba la impresión de que acabara de maquillarse».

Jack Lawton hizo varias preguntas a Krycki. Hizo hincapié en las amistades de la víctima.

Krycki respondió que no conocía a sus amigos. Quizá su esposa, ya que mantenía una relación más estrecha con la señora Ellroy.

Anna May Krycki prestó declaración. Langhauser le preguntó qué había hecho la noche del 21 de junio y volvió sobre el tema de las amistades de

Jean. La señora Krycki contestó que ella solo conocía a una pareja, ya mayor, que en aquellos momentos se encontraba de viaje por Europa.

Lawton intervino para preguntar a la señora Krycki si en alguna ocasión Jean le había pedido que le recomendase un local donde tomar una copa.

La señora Krycki respondió que sí, pero añadió que le había dicho que no había ninguno al que pudiera ir sin acompañante. Reconoció haber mencionado el Desert Inn y Suzanne's. Eran dos clubes nocturnos de El Monte, muy populares.

Lawton le preguntó si le había recomendado algún restaurante. La señora Krycki respondió que le había hablado de Valdez's y de Morrow's. La conversación había tenido lugar un mes antes de que Jean fuera asesinada, y esta nunca le comentó que hubiese visitado esos locales.

Lawton le preguntó si en alguna ocasión había visto borracha a la víctima. La señora Krycki respondió: «Nunca». Lawton quiso saber si la señora Krycki la había visto tomar aunque solo fuera una copa. Esta vez la mujer rectificó su línea argumental de que Jean era abstemia y señaló que la difunta tomaba algunas copitas de jerez por la noche.

Lawton le preguntó si Jean le había confiado sus problemas alguna vez. La señora Krycki respondió que, de vez en cuando, Jean mencionaba a su exmarido. Lawton se interesó por las amistades masculinas de la víctima. La señora Krycki negó que tales amistades existieran.

El doctor Langhauser dijo a la señora Krycki que podía retirarse.

El agente Vic Cavallero ocupó el estrado y describió la escena del crimen en el instituto Arroyo.

Margie Trawick prestó juramento. Describió los hechos que había presenciado en el Desert Inn. Dijo que el sospechoso tenía la cara tan chupada que parecía que le hubiesen extraído la dentadura.

Jack Lawton testificó. Hizo un resumen de las tres semanas de

investigaciones sobre el caso Ellroy.

Dijo que, al parecer, la víctima estaba borracha cuando fue vista en el Stan's Drive-In. Añadió que varias personas creían haberla visto ese sábado por la noche, pero que aún no se había verificado nada al respecto. Los únicos testigos oculares cuyo testimonio había sido ratificado eran Margie Trawick, Lavonne Chambers y Myrtle Mawby.

Tras investigar a un buen puñado de sospechosos, todos los cuales habían sido descartados, la investigación proseguía su curso.

El jurado se retiró de la sala para deliberar, pero regresó muy pronto con su veredicto:

«Asfixia debida a estrangulamiento mediante ligadura, infligida a la difunta por una o más personas cuya identidad este jurado desconoce por el momento. Basándonos en los testimonios presentados en esta sesión, resolvemos que la muerte de la fallecida fue homicidio y que la persona o personas que lo hayan cometido son responsables criminales ante la justicia».

Salvador Quiroz Serena era un exmecánico de Airtek; un mexicano de treinta y cinco años, un metro setenta de estatura, setenta kilos de peso, pelo negro y ojos marrones. Un colega suyo, Enrique «Tito» Mancilla, lo delató como el asesino de Jean Ellroy. Serena conducía un sedán Oldsmobile del 55.

Un miembro de la Brigada de Homicidios atendió la llamada. Hallinen y Lawton estaban ilocalizables, de modo que se encargó al sargento Al Sholund que investigase la pista.

Sholund envió un teletipo a la Sección de Archivos del estado. La respuesta llegó enseguida: Serena tenía un largo historial delictivo, que incluía robo con escalo, atraco a mano armada y una condena por bigamia. El

sospechoso estaba fichado como extranjero residente y como exconvicto residente.

Sholund envió otro teletipo al Departamento de Tráfico del estado. También recibió respuesta de inmediato. Serena tenía un Oldsmobile cupé del 54. Su última dirección conocida: 952 Westmoreland, Los Ángeles.

Las señas no coincidían con las que Mancilla le había dado, así que Sholund decidió acercarse a Airtek para interrogarle.

Mancilla dijo que conocía a Serena desde hacía dos años; habían trabajado juntos en la empresa y luego habían seguido viéndose. Serena era amigo de otros dos tipos de Airtek: Jim Foster y George Erqueja.

Serena había estado en México recientemente y había regresado a Los Ángeles hacía un mes. Jim Foster le había encontrado alojamiento en su casa de apartamentos en Culver City.

Mancilla visitó a Serena el 23 de junio, o alrededor de esa fecha. Le preguntó: «¿Te has enterado de lo que le ha ocurrido a Jean?». Cuando Serena respondió que no, Mancilla le contó que la habían asesinado, lo cual no pareció sorprenderle.

Serena le dijo que el año anterior había bailado con Jean en una fiesta campestre de la empresa. «Y me la habría tirado si hubiese querido», añadió.

Siete u ocho días después, Serena se presentó en casa de Mancilla y le pidió que le prestara su coche. Este se negó. Esa misma noche Serena regresó para informarle de que se marchaba a Sacramento.

Sholund localizó a Jim Foster y George Erqueja en las instalaciones de la empresa. La versión de ambos coincidía: Serena se había trasladado a Sacramento, donde había encontrado empleo en la compañía Aerojet. Sholund volvió al Palacio de Justicia y redactó un informe detallado para Jack Lawton.

El informe llegó a Lawton, quien llamó a Aerojet y habló con el jefe de

personal. Este le comentó que era probable que Salvador Quiroz Serena fuese un trabajador recientemente contratado bajo el nombre de Salvador Escalante. Lawton le dijo que se acercaría por allí para hablar con él, y le pidió que no comentase el asunto con nadie.

El jefe de personal le aseguró que colaboraría. Lawton llamó a Jim Bruton y lo puso al corriente del asunto Escalante. Decidieron ir juntos a Sacramento.

Fueron esa misma noche. Alquilaron una habitación en un motel y a la mañana del día siguiente, 17 de julio, se presentaron en Aerojet.

El jefe de seguridad les entregó a Serena, alias Escalante. Lawton y Bruton lo condujeron a la Oficina del Sheriff del condado de Sacramento, donde lo encerraron.

Serena era de constitución robusta, por lo que no parecía el tipo que buscaban.

Explicó que el 3 de junio se había casado en México y que había regresado a California unas tres semanas después. Mientras conducía por El Centro oyó que en la radio hablaban del crimen. Al día siguiente se encontró con Tito Mancilla y comentaron lo de la enfermera asesinada.

Serena dijo que su coartada era su esposa. Pero la mujer no hablaba inglés.

Bruton llamó a la oficina local de la Patrulla de Fronteras y consiguió un intérprete. Todos se reunieron en casa de Escalante.

Hablaron con Elena Vivero Escalante, quien confirmó las palabras de su esposo de forma bastante convincente. El 21 de junio, la pareja se encontraba en México. La mujer corroboró todas las declaraciones de su marido.

El sospechoso quedó en libertad.

Homicidios de la Oficina del Sheriff era una división centralizada. La

componían trece sargentos, dos tenientes y un capitán. La sala central de la unidad se encontraba justo encima del depósito de cadáveres del condado. De vez en cuando, la peste que subía de allí era insoportable.

Las investigaciones de asesinato se asignaban por turno rotatorio. No había equipos fijos; los hombres se agrupaban según la disponibilidad de cada uno. Era una unidad de élite, que también se encargaba de los casos complicados de extorsión bajo las órdenes directas del sheriff Biscailuz. Gene Biscailuz enviaba directamente a Homicidios toda la mierda que quería mantener en estricto secreto.

La unidad se encargaba de los suicidios, de los accidentes laborales y de entre treinta y cinco y cincuenta asesinatos al año. Doce subcomisaría y un puñado de ciudades la proveían de víctimas. La mayoría de sus componentes guardaba botellas en el escritorio, bebía en la sala de guardia y visitaba los bares de Chinatown camino de casa.

Ward Hallinen tenía cuarenta y seis años. Jack Lawton, cuarenta. Sus estilos eran diferentes, y en ocasiones chocaban.

Ward era conocido como «el Zorro Plateado». Se trataba de un hombre menudo, de ojos azul claro y cabello ondulado y canoso. Llevaba trajes ajustados que le sentaban mejor que al maniquí de un escaparate. Era de hablar suave, sentencioso y meticuloso. No le gustaba portar armas y le disgustaban los aspectos más rudos de la labor policial. También le desagradaba trabajar con compañeros impacientes e irreflexivos. Su suegro era el exsheriff Traeger. Tenía una hija en el instituto y otra en primer curso de universidad.

Jack era de estatura media, corpulento y bastante calvo, así como tenaz, trabajador y meticuloso. Si uno le caía mal, no dudaba en hacérselo saber. Le gustaban los niños y los animales y tenía por costumbre rescatar a los perros y gatos que encontraba en la escena de un crimen. Había dado sus primeros

pasos en homicidios en el ejército, investigando los crímenes de guerra japoneses. Le encantaba la seriedad de su trabajo, pues guardaba una relación profunda con las partes volátiles y protectoras de su carácter. Tenía tendencia a perder los estribos. Estaba casado y era padre de tres hijos pequeños.

Ward y Jack se llevaban bien. Sabían delegar uno en el otro cuando era preciso. Nunca permitían que sus estilos diferentes jodieran un caso.

El caso Ellroy estaba estancado. No había modo de dar con la rubia y el hombre moreno.

Los compromisos judiciales interrumpieron sus pesquisas. A Hallinen le adjudicaron el caso de un mexicano, un tal Hernández, que el 24 de julio había muerto apuñalado. En la escena del crimen se detuvo a tres hispanos. El origen de la reyerta había sido algún conflicto entre bandas juveniles o que alguien se estaba tirando a la hermana de otro.

El 1 de agosto la Brigada de Narcóticos de la Oficina del Sheriff recibió una pista sobre el caso Ellroy. La confidente era una enfermera, la señora Waggoner.

La mujer dijo que había respondido a un anuncio de contactos y había conocido a un hombre mexicano, llamado Joe el Barbero. Tenía cuarenta y cinco años, medía un metro sesenta de estatura y pesaba noventa kilos. Conducía un Buick del 55 verde claro. La señora Waggoner se había enrollado con Joe el Barbero, quien había tratado de convencerla de que robara estupefacientes del hospital donde trabajaba. El hombre le contó también que vendía marihuana.

Un agente de Narcóticos tomó buena nota de la información de la mujer y remitió la pista a Homicidios. Joe el Barbero fue interrogado y descartado como sospechoso.

El 3 de agosto llegó otra pista al Departamento de Policía de El Monte. La comunicaron en persona dos hombres mexicanos y una mujer blanca.

Dijeron que estaban bebiendo en un local mexicano de La Puente cuando conocieron a un tipo que se ofreció a llevarlos donde quisieran. Era blanco, de entre veinticinco y treinta años, un metro ochenta, unos setenta kilos, pelo castaño oscuro y ojos azules. Los tres subieron a su Chevrolet Tudor del 39.

El hombre los llevó al cauce seco del San Dimas. Una camioneta Ford del 46 se detuvo detrás de ellos. El conductor era blanco, unos treinta años, un metro ochenta, unos noventa kilos, pelo rubio y ojos azules.

Todos se reunieron en el cauce seco. El hombre del Chevrolet agarró a la mujer por el collar y le dijo que, si no se andaba con cuidado, terminaría como esa enfermera de El Monte. El tipo de la camioneta hizo su numerito de «Odio a los mexicanos». Uno de los hispanos se abalanzó sobre él y le dio una paliza. Luego fue tras su compañero y la mujer, que habían escapado.

Los informantes dejaron sus nombres al oficial de guardia, que redactó un informe a máquina y lo dejó en la bandeja del capitán Bruton.

El caso Ellroy no avanzaba. El 29 de agosto, Hallinen tuvo que hacerse cargo de la investigación de un hombre asesinado por su mujer.

Lillian Kella había apuñalado a Edward Kella con precisión letal. La mujer dijo que su marido le daba golpes en la cabeza con demasiada frecuencia. Era un caso rutinario propio de finales del verano.

La patrulla de Temple informó de un extraño suceso ocurrido el 2 de septiembre. Todo había comenzado frente a la puerta del bar Kit Kat de El Monte.

Dos agentes vieron a una mujer, una tal Willie Jane Willis, apoyada contra una cabina telefónica; parecía aturdida. El portero del Kit Kat dijo que había visto a Willie Jane bajar de un camión hormigonera amarillo. El conductor la

había perseguido alrededor del vehículo, había abandonado la persecución y se había marchado.

Los agentes comprobaron que Willie Jane tenía un chichón en la cabeza y decidieron llevarla al centro médico Falk. Allí, un doctor la hizo tenderse en una camilla. La mujer empezó a delirar. Decía: «¡Carlos, no la mates! Yo le vi matarla y arrojar su cuerpo al lado de la escuela».

Uno de los agentes le preguntó si se refería al instituto Arroyo. Willie Jean lo atacó e intentó huir por una puerta trasera. Los agentes se lo impidieron y la metieron en el coche patrulla. El médico de urgencias pensaba que estaba bajo los efectos de algún narcótico.

Willie Jane fue conducida a la comisaría de Temple City. Durante el trayecto no dejó de murmurar, histérica. Los agentes oyeron que decía: «Yo vi cómo la mataba. La estranguló y arrojó el cuerpo cerca de la escuela. Le vi la cara, la tenía amoratada. Fue horrible».

Willie Jean intentó saltar del coche. Los agentes la sujetaron. La mujer decía: «No me lleven otra vez a esa escuela. ¡Por favor, no me obliguen a volver allí!».

Llegaron a la comisaría. Los agentes la escoltaron al interior. Un detective la interrogó y envió un informe a Homicidios.

Hallinen y Lawton no le dieron ninguna importancia.

Las pistas y las informaciones de chiflados cesaron. El caso Ellroy quedó en el limbo.

El 9 de octubre, Lawton se ocupó de un homicidio por asuntos de negocios. El 12 y el 14, Hallinen se encargó de sendos casos de esposas que habían matado a tiros a sus maridos. Un maníaco sexual llamado Harvey Glatman fue detenido el 27 de octubre.

La policía del condado de Orange lo arrestó en su jurisdicción mientras peleaba con una mujer en una cuneta cerca de la autovía de Santa Ana. Los dos habían salido del coche de Glatman y forcejeaban por el arma con que él la había amenazado. Una patrulla de Tráfico vio el incidente y efectuó la detención.

La mujer se llamaba Lorraine Vigil. Era una modelo *pinup* de Los Ángeles. Glatman la había embaucado con el pretexto de tomarle unas fotos. Le dijo que tenía un estudio en Anaheim.

Glatman fue fichado en la Oficina del Sheriff del condado de Orange, acusado de intento de violación y abusos deshonestos. En su coche, los agentes encontraron cuerda de tender la ropa, una cámara, varios carretes de fotos y una caja de munición del 32. Revisaron antiguos teletipos e informes sobre personas desaparecidas y obtuvieron tres posibles casos similares.

1/8/57:

Desaparición de una modelo llamada Judy Ann Dull. Fue vista por última vez con un fotógrafo llamado Johnny Glynn. Los dos se marcharon del apartamento de la señorita Dull en West Hollywood y nadie volvió a tener noticias de ellos. Harvey Glatman encajaba con la descripción de Johnny Glynn.

8/3/58:

Desaparición de una mujer llamada Shirley Ann Bridgeford. Salió de su casa en el valle de San Fernando, acompañada de un hombre llamado George Williams. Nunca se volvió a ver a ninguno de los dos. La señora Bridgeford pertenecía a un club de encuentros. Williams se puso en contacto con ella a través del listín telefónico. Harvey Glatman encajaba con la descripción de George Williams.

20/7/58:

Desaparición de una modelo llamada Angela Rojas, alias Ruth Rita

Mercado. Hasta el momento no se sabía nada de ella.

Harvey Glatman accedió a someterse a una prueba con el detector de mentiras. El experto en el manejo del aparato le hizo preguntas relacionadas con las tres mujeres desaparecidas. Las respuestas indicaron un conocimiento culpable. El experto se lo hizo notar. Glatman confesó que él había matado a las tres mujeres.

Bridgeford y Rojas figuraban como desaparecidas en los archivos del LAPD. Judy Ann Dull era un caso de la Oficina del Sheriff de Los Ángeles. Los agentes del condado de Orange lo notificaron a ambos cuerpos.

Dos detectives del LAPD se desplazaron hasta Orange. Jack Lawton lo hizo en representación de la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff. Lo acompañó el capitán Jim Bruton.

Los interrogatorios fueron largos; Glatman ofrecía los detalles poco a poco.

Lawton lo interrogó acerca de la víctima Dull. El sargento Pierce Brooks lo interrogó acerca de la víctima Bridgeford. El sargento E. V. Jackson lo interrogó acerca de la víctima Rojas.

Glatman dijo que a finales de julio de 1957 había visto en un periódico un anuncio en que se ofrecían modelos fotográficas por horas. Llamó al número que aparecía en él y habló con una mujer llamada Betty Carver. La señorita Carver lo invitó a pasar por su piso para que le echara un vistazo a su catálogo.

El apartamento quedaba en North Sweetzer. Glatman llegó y preguntó a la señorita Carver si en ese momento estaba libre para una sesión. Ella respondió que estaba ocupada. Glatman vio una fotografía de su compañera de piso, Judy Dull, y preguntó si el trabajo podría interesarle a ella.

La señorita Carver contestó que probablemente sí.

Glatman se marchó y llamó al día siguiente. Habló con Judy Ann Dull y se

presentó como Johnny Glynn. La señorita Dull accedió a realizar una sesión de dos horas. Glatman pasó a recogerla en coche y la llevó a su piso en Hollywood. Allí le contó que quería vender unas fotos de sumisión y amordazamiento para la revista *True Detective*. La señorita Dull se dejó atar y amordazar.

Glatman la fotografió. Luego le apuntó con una pistola. La manoseó, la violó y la obligó a posar desnuda con las piernas abiertas.

Estuvieron seis horas en su apartamento. Judy Ann no se resistió a las agresiones. Según Glatman, las deseaba incluso. Ella le dijo que era una ninfómana y que no sabía controlarse con los hombres.

Glatman le ató las muñecas y la condujo a su coche. Eran las diez y media de la noche.

La llevó hacia el este por la autovía de San Bernardino, a casi ciento cincuenta kilómetros de Los Ángeles. Llegaron a la gran zona desértica que se extiende alrededor de Indio. Glatman se desvió hacia un paraje solitario, detuvo el coche y llevó a la muchacha lejos del camino. Luego le ató los tobillos y la arrojó boca abajo sobre la arena.

Ató el extremo de la cuerda de los tobillos en torno al cuello de la joven y se puso de pie sobre su espalda. Tiró del centro de la cuerda y la estranguló. La desnudó hasta dejarla en bragas y cubrió el cuerpo con arena.

El ansia volvió a apoderarse de él en marzo de 1958. En el periódico vio un anuncio de un club de encuentros, fue a sus oficinas, pagó una tarifa y se apuntó. Dijo que su nombre era George Williams.

El director le dio algunos números de teléfono. Concertó una cita con una chica y decidió ir a verla a su casa. No era su tipo. Llamó a Shirley Ann Bridgeford y quedó con ella el sábado 8 de marzo por la noche.

La recogió ante la vista de toda la jodida familia de la muchacha. En lugar

de llevarla al cine, Glatman propuso dar una vuelta en coche. Shirley Ann aceptó.

Glatman condujo hacia el sur, en dirección al condado de San Diego. Cenaron en un café y se besuquearon en el coche. Luego Shirley Ann dijo que debía regresar a casa.

Él la llevó hacia el este. Se paró en el arcén de la autovía y continuaron los manoseos. Glatman sacó la pistola y la obligó a pasar al asiento de atrás.

La violó. Le ató las manos y la arrojó al asiento delantero. Continuó hacia el este, tomó un camino que se internaba en el desierto y detuvo el coche. La obligó a caminar unos tres kilómetros, y allí la ató y amordazó. Era noche cerrada.

Cuando salió el sol, Glatman sacó la cámara y el flash.

Extendió una manta y fotografió a Shirley Ann atada y amordazada. Le rodeó con una cuerda el cuello y los tobillos, se subió encima de la muchacha, tiró del centro de la cuerda y la estranguló.

Condujo de vuelta a Los Ángeles. Reveló las fotografías de Shirley Ann y las guardó en una lata junto a las de Judy.

El ansia volvió a apoderarse de él en julio. En un periódico vio un anuncio en el que aparecía una modelo muy guapa, y llamó al número que figuraba en él. Angela Rojas lo invitó a su estudio-apartamento, situado en Pico.

Glatman se presentó. Angela dijo que no se sentía bien y le pidió que lo dejaran para otra ocasión. Él accedió. Regresó a la noche siguiente, sin anunciarse.

Angela lo hizo pasar. Glatman sacó la pistola y la obligó a entrar en el dormitorio. La ató de pies y manos y la manoseó. Le quitó las ligaduras y procedió a violarla. Luego le colocó la pistola en la nuca y la llevó hasta su coche.

Condujo directamente hacia el desierto y, poco antes de que amaneciera,

encontró un lugar recogido.

Pasaron todo el día allí. Volvió a violarla y la fotografió. Al anochecer, la condujo a un lugar aún más aislado.

Le dijo que quería sacar algunas fotos más. La arrastró entre la maleza y preparó la cámara y el flash.

La ató y la amordazó y tomó algunas fotos. A continuación la puso boca abajo sobre una manta y le pasó una cuerda en torno al cuello y los tobillos. La mujer pataleó, forcejeó y tiró hasta estrangularse. Glatman cubrió su cuerpo con algunos matorros y regresó a Los Ángeles.

Lawton mencionó el asesinato de Jean Ellroy. Glatman aseguró que él no era el autor. No sabía dónde quedaba El Monte. Solo había matado a esas tres mujeres. No había matado a ninguna enfermera pelirroja.

Glatman fue acusado de tres delitos de homicidio en primer grado. Los policías y el fiscal del distrito del condado de Orange se reunieron para hablar del modo de encarar la acusación.

Judy Ann Dull había sido asesinada en el condado de Riverside. Shirley Ann Bridgeford y Angela Rojas en el de San Diego. Glatman había agredido a Lorraine Vigil en Orange. Harvey la había jodido: ni siquiera tenía derecho a una petición de juicio preferente.

Glatman ya había sido condenado un par de veces por agresiones sexuales. Había cumplido cinco años en Sing Sing y dos en la penitenciaría estatal de Colorado. Tenía treinta años y trabajaba de reparador de televisores. Era delgado y con toda la pinta de un pringado desnutrido.

Lawton, Brooks y Jackson procedieron a examinar las escenas de los crímenes de Harvey Glatman. Los acompañaron fotógrafos, fiscales de distrito y varios ayudantes del sheriff. Glatman los condujo directamente a los huesos de las víctimas Bridgeford y Rojas.

Los restos de Judy Dull se localizaron en diciembre de 1957. Estaban en la

Oficina del Forense del condado de Riverside, donde habían sido catalogados como pertenecientes a una mujer desconocida.

El recorrido terminó en el piso de Glatman. Los policías examinaron su colección de fotografías.

Tenía docenas de fotos de porno duro adquiridas por correo. En todas figuraban mujeres atadas y amordazadas. También tenía fotos de mujeres atadas y amordazadas tomadas de su propio televisor. Glatman dijo que siempre veía televisión con la cámara fotográfica al lado, de ese modo conseguía algunas buenas imágenes adicionales.

Tenía fotos de chicas a las que había retratado en Denver. Estaban atadas y amordazadas, vestidas solo con bragas y sostén. Glatman dijo que las muchachas seguían con vida y que no les había hecho ningún daño.

Guardaba sus fotos especiales en una lata. Los policías las revisaron una a una.

Judy Dull aparecía con el sujetador por debajo de los pechos. La mordaza le aplastaba las mejillas, desfigurándole el rostro. Sus posturas con las piernas abiertas eran audaces y obscenas.

No parecía asustada. Tenía el aspecto de una adolescente hastiada. Quizá creyese que podía ser más lista que aquel tipejo. Quizá pensara que complacencia equivalía a aplomo. Tal vez tuviese una retorcida temeridad de *pinup*: todos los hombres eran débiles y fáciles de convencer con la adecuada combinación de halagos y sexo.

Angela Rojas tenía cara de estupor. El fondo desértico de sus fotografías estaba bellamente iluminado.

Shirley Ann Bridgeford era consciente de que había llegado su final. La cámara de Glatman recogía sus lágrimas y sus contorsiones, así como el grito que la mordaza le impedía emitir.

Las fotos conmocionaron a Jack Lawton. Glatman le repugnaba. Pero sabía

que no se encontraban ante el asesino de Jean Ellroy.

El 8 de noviembre, Hallinen y Lawton se hicieron cargo de un nuevo caso. Un hombre llamado Woodrow Harley había violado a su hija adoptiva de trece años y la había asfixiado con una almohada empapada en cloroformo.

Pasaron una semana investigando el caso. Luego visitaron a Armand Ellroy y a su hijo justo antes de Acción de Gracias.

El chico había crecido un poco. Era muy alto para su edad.

Hallinen y Lawton llevaron a Ellroy y a su hijo al Tiny Naylor's Drive-In. El niño pidió una copa de helado de varios sabores. Hallinen y Lawton volvieron a preguntarle por el amigo de mamá.

El niño repitió la historia que ya les había contado. No recordaba más hombres.

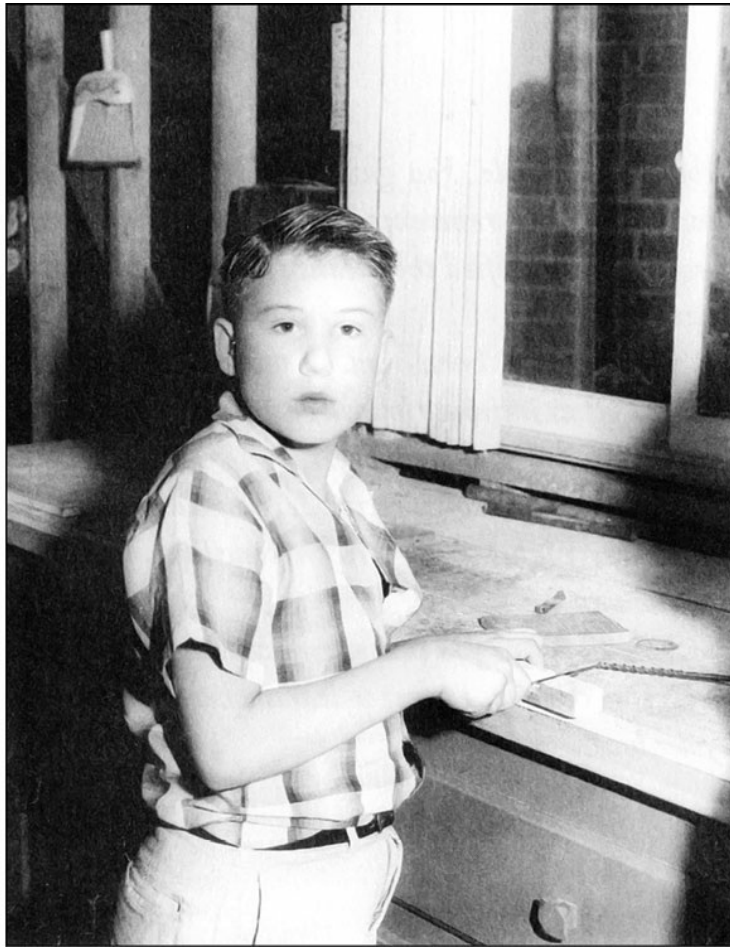
Regresaron al piso. Ellroy le dijo a su hijo que saliese a jugar. Tenía que hablar con aquellos señores a solas.

El niño salió y luego volvió andando de puntillas por el pasillo. Escuchó a su padre y a los policías conversar en la cocina.

Su padre llamó a su madre borracha promiscua. Los policías decían que el caso estaba en un callejón sin salida. Jean era una mujer condenadamente reservada. Su vida carecía por completo de sentido, así de simple.

II

EL NIÑO DE LA FOTO



Engañaste a la gente. Te entregaste en pequeñas dosis y te reinventaste a voluntad. Tu actitud reservada anuló los medios para señalar tu muerte como un acto de venganza.

Creí conocerte. Viví mi odio infantil de una manera totalmente íntima. Nunca te lloré. Mancillé tu recuerdo.

Mostrabas una fachada de seria rectitud. Pero los sábados por la noche la olvidabas. Tus breves reconciliaciones te condujeron al caos.

No quiero definirte así. No quiero revelar tus secretos de una manera tan vulgar. Quiero averiguar dónde enterraste tu amor.

Mi padre me metió en un taxi en la estación de El Monte. Pagó al conductor y le dijo que me dejara en Bryant con Maple.

Yo no quería volver. No quería separarme de mi padre. Quería olvidar El Monte para siempre.

Hacía calor, tal vez unos cinco grados más que en Los Ángeles. El taxista condujo por Tyler hacia el norte, hasta Bryant, donde dobló en dirección este. Al llegar a Maple, giró y se detuvo.

Vi coches patrulla y sedanes de aspecto oficial aparcados junto al bordillo. Vi hombres de uniforme y otros de paisano en el jardín delantero de mi casa.

Supe que mi madre estaba muerta. No se trata de un recuerdo revisado o una sensación retrospectiva. Lo supe en aquel momento, a mis diez años, aquel domingo 22 de junio de 1958.

Entré en el jardín. «Ahí está el crío», dijo alguien. Vi al señor y la señora Krycki ante la puerta trasera de su casa.

Un hombre me llevó aparte y se arrodilló a mi lado.

–Hijo, tu madre ha muerto –me dijo.

Yo sabía que quería decir «han asesinado» a tu madre. Es probable que temblara o me estremeciera, o que me tambaleara un poco.

El hombre me preguntó dónde estaba mi padre. Le dije que en la estación de autobuses. Media docena de hombres se congregó a mi alrededor. Todos se agacharon de rodillas para observarme de cerca.

Vieron a un niño afortunado.

Un policía se marchó hacia la estación de autobuses. Un hombre con una cámara me llevó al cobertizo de las herramientas del señor Krycki.

Me puso un punzón en la mano y me colocó junto a un banco de trabajo. Agarré un pequeño bloque de madera y fingí que estaba serrándolo. Miré a la cámara y no parpadeé, ni sonreí, ni lloré, ni traicioné mi equilibrio interno.

El fotógrafo estaba en el umbral de la puerta. Detrás de él se encontraban los polis. Tenía un público extasiado.

El fotógrafo sacó algunas instantáneas y me dijo que improvisara. Me encorvé sobre el pequeño bloque de madera y lo serré con una expresión entre la sonrisa y la mueca. Los polis rieron. Yo también. Resplandecieron varios flashes.

El fotógrafo me dijo que era un chico muy valiente.

Dos policías me llevaron a un coche patrulla y me hicieron subir al asiento trasero. Me acerqué a la ventanilla de la izquierda y miré hacia fuera. Tomamos Maple Street hasta una calle lateral que conducía a Peck Road, dirección sur. Saqué la cabeza por la ventanilla y me fijé en las cosas que me sorprendían.

Doblamos al oeste por Valley Boulevard y nos detuvimos frente a la comisaría de El Monte. Los agentes me condujeron dentro y me hicieron tomar asiento en un cuartito.

Yo quería ver a mi padre. No quería que los polis le hiciesen daño.

Varios hombres de uniforme me hicieron compañía. Se mostraron muy amables por mi reciente condición de huérfano de madre. Charlaron conmigo de forma animada y amistosa.

Mi padre me había recogido el sábado por la mañana. Tomamos un autobús a Los Ángeles y fuimos a ver una película titulada *Los vikingos*. A Tony Curtis le cortaban una mano y empezaba a llevar una funda de cuero negro en el muñón. Tuve una pesadilla con aquello.

En el cuarto no paraban de entrar y salir polis. No paraban de ofrecerme vasos de agua. Me los bebí todos. Así tenía algo que hacer con las manos.

Dos hombres entraron en la sala. Los agentes amistosos se marcharon. Uno de los recién llegados era robusto y casi calvo. El otro tenía el cabello canoso y ondulado y los ojos azul claro. Ambos vestían chaqueta y pantalón de sport.

Me hicieron preguntas y anotaron las respuestas en pequeñas libretas de bolsillo. Me pidieron que describiese el fin de semana con mi padre y me preguntaron el nombre de los novios de mi madre.

Mencioné a Hank Hart y a Peter Tubiolo. Mi madre solía verse con Hank allá en Santa Mónica. Tubiolo era maestro de mi escuela y había salido con mi madre al menos un par de veces.

Pregunté a los hombres si mi padre estaba en dificultades. Respondieron que no y añadieron que me dejarían bajo su custodia.

El policía de cabello canoso me dio un caramelo y me dijo que me llevaría con mi padre. Después me hicieron salir del cuartito.

Vi a mi padre en el pasillo. Él me vio y sonrió.

Corrí hacia él. El impacto lo hizo retroceder un poco. Luego me dio su habitual abrazo de oso para demostrarme lo fuerte que era.

Un poli nos condujo a la estación de autobuses de El Monte. Tomamos uno nocturno a Los Ángeles.

Me senté junto a la ventanilla. Mi padre me rodeó con su brazo. La autovía de San Bernardino estaba oscura y llena de brillantes luces traseras.

Era consciente de que debería llorar. La muerte de mi madre era un regalo, y yo sabía que debía pagar por él. Los polis probablemente me juzgaron por no llorar allá en la casa. Si no lloraba, significaba que no era un niño normal. Así de confusos y caóticos eran mis pensamientos.

Me relajé y dejé escapar la jodida sensación de sobrecogimiento que llevaba horas atenazándome.

Dio resultado.

Rompí a llorar. Derramé lágrimas durante todo el trayecto hasta Los Ángeles.

Yo odiaba a mi madre. Y odiaba El Monte. Un asesino desconocido acababa de regalarme una nueva y magnífica existencia.

Jean era una chica de campo de Tunnel City, Wisconsin. Mi interés por ella se reducía únicamente a su relación con mi padre. Cuando ella rompió el matrimonio, me convirtió exclusivamente en hijo de él.

Empecé a odiarla para demostrar mi amor por mi padre. Me daba miedo reconocer la valentía y la terca voluntad de aquella mujer.

En 1956 a mi padre le diagnosticaron un cáncer por error. Mi madre me dio la noticia, pero se guardó el comentario de «Se pondrá bien» para causar mayor efecto dramático. Yo me eché a llorar y a descargar puñetazos en el sofá del salón. Mi madre me tranquilizó y me dijo que lo de mi padre no era cáncer, sino una úlcera. Necesité un pequeño viaje para recuperarme de la impresión.

Fuimos a México. Nos alojamos en un hotel de Ensenada y cenamos langosta en un buen restaurante. Mi madre llevaba un vestido que le dejaba un hombro al descubierto. Su piel clara y su cabellera pelirroja destacaban en el local. Comprendí que estaba exhibiéndose.

A la mañana siguiente fui a bañarme a la piscina del hotel. La suciedad del agua era evidente. Salí con los oídos taponados y un fuerte dolor de cabeza.

El dolor de cabeza descendió hasta el oído izquierdo. Se hizo más

localizado e intenso. Mi madre me examinó y dijo que tenía una infección grave de oído.

El dolor era terrible. Lloré e hice rechinar los dientes hasta que me sangraron las encías.

Mi madre me metió en el asiento trasero del coche y se dirigió hacia el norte, a Tijuana. Allí las farmacias vendían medicinas y narcóticos fuertes sin necesidad de receta. Mi madre entró en una y compró un frasco de píldoras, una ampolla de droga y una jeringa hipodérmica.

Me hizo tomar las pastillas con agua. Preparó una dosis y me pinchó allí mismo, en el coche. El dolor cesó al instante.

Volvimos directamente a Los Ángeles. La droga hizo que sintiese calor y me adormeció. Desperté en mi cuarto y observé unos colores nuevos y extraños saliendo del papel pintado de la pared.

No comenté el incidente con mi padre. Fue una omisión instintiva, fruto de una deducción precoz. Cuarenta años después del hecho, le atribuiré el motivo.

Mi madre me protegió con un estilo y firmeza impecables. Yo sabía que mi padre no quería oír nada bueno sobre ella, y respeté su miedo. No le dije que estaba guapísima con aquel vestido. No le conté lo bien que sentaba aquella droga. No le dije que por unos instantes mi madre se había adueñado de mi corazón.

Mis padres eran expertos en guardar las apariencias. Hacían una pareja atractiva y vulgar, al estilo de Robert Mitchum y Jane Russell en *Macao*. Estuvieron juntos quince años. Debió de ser por el sexo.

Él le llevaba diecisiete años. Era alto y con la complexión de un boxeador de peso pesado ligero. Era guapo a rabiar y tenía una polla enorme.

A simple vista, se trataba de un tipo tan inútil como peligroso. Mi madre había comprado el envoltorio físico y el encanto que lo acompañaba. No sé cuánto duró la luna de miel. No sé cuánto tardaron en desilusionarse y en enviar su matrimonio al garete.

Ambos se habían trasladado al Oeste a finales de los años treinta. Se conocieron, saltaron chispas, se casaron y se establecieron en Los Ángeles. Ella era enfermera colegiada. Él era un contable no titulado que hacía inventarios de existencias en farmacias y preparaba declaraciones de renta para gente de Hollywood. Había trabajado tres o cuatro años como agente de Rita Hayworth y se encargó de preparar su boda con Alí Khan en 1949. Las mujeres pelirrojas habían regido su vida en los años de posguerra.

Yo entré en escena en el 48. La novedad de un crío los hizo babear por un tiempo. Dejaron su apartamento de Beverly Hills y encontraron otro mayor en West Hollywood. Era un edificio de estilo español con paredes de estuco encaladas y puertas en arco. Allí crecí en un ambiente recargado de moral retorcida.

Rita Hayworth despidió a mi padre hacia el año 52. Tras aquello, comenzó a hacer algún trabajo esporádico para farmacias, pero se pasaba la mayor parte de los días laborables tumbado en el sofá del salón. Le encantaba leer y dormir. Le encantaba fumar cigarrillos y ver programas deportivos en el televisor de pantalla abombada. El sofá era su foro a todos los efectos.

Mi madre casi no paraba en casa. Trabajaba a jornada completa en el hospital Saint John's, y además atendía en privado a una actriz dipsómana llamada ZaSu Pitts. Ella traía casi todo el dinero que entraba en casa, y siempre pinchaba a mi padre para que buscara un empleo fijo.

Él se la quitaba de encima con vagas promesas y citaba sus contactos en Hollywood. Era amiguete de Mickey Rooney y de un productor de poca

categoría llamado Sam Stiefel. Conocía a gente influyente, y siempre podía embarcar a sus amistades en proyectos golosos.

Yo pasaba mucho rato en el sofá con mi padre. Él hacía dibujos para mí y me enseñó a leer cuando tenía tres años y medio. Nos sentábamos uno junto al otro y cada uno leía su libro.

A él le gustaban las novelas históricas. A mí, las historias de animales para niños. Mi padre sabía que yo no soportaba ver a un animal maltratado o muerto. Por eso revisaba los libros que compraba para mí y censuraba aquellos que en su opinión me resultarían perturbadores.

Mi padre creció en un orfanato y no tenía familia. Mi madre tenía una hermana más joven que vivía en Wisconsin. Mi padre detestaba a su cuñada y al marido de esta, un vendedor de coches Buick llamado Ed Wagner. Mi padre decía que tío Ed era un boche que se había escaqueado del servicio militar. Él había matado un montón de boches en la Primera Guerra Mundial y los odiaba.

Los Wagner consideraban a mi padre un holgazán. Mi padre me contó que en una ocasión mi prima Jeannie había intentado arrancarme los ojos. Yo no lo recuerdo.

Todos los amigos de mis padres se parecían: eran gente mayor impresionada ingenuamente por ellos. Mis padres formaban una pareja atractiva y se codeaban con el mundillo de Hollywood. Deslumbraban de entrada y solo se peleaban, criticaban e insultaban en la intimidad del hogar. Mantenían un frente unido y limitaban sus andanadas de impropiedades a un único testigo: yo.

Su convivencia era una escaramuza continua. Ella atacaba su holgazanería; él, su consumo de alcohol noche tras noche. Las trifulcas eran estrictamente verbales, y el hecho de que no hubiera violencia física hacía que se prolongaran aún más. Discutían en tono mesurado, rara vez alzaban la voz y

nunca gritaban. No rompían jarrones ni se lanzaban platos. La ausencia de gestualidad dramática disimulaba el hecho de que la voluntad de razonar y reconciliarse era inexistente por ambas partes. Libraban una guerra contenida. Su objetivo era llevar al otro al estado mezquino y despreciable de quien se siente perpetuamente agraviado. El odio entre ellos aumentó con los años hasta alcanzar en su momento culminante el nivel de una furia sorda.

Fue en el 54. Yo tenía seis años y estaba en primer curso de la escuela elemental de West Hollywood. Mi madre me dijo que me sentara en el sofá del salón y me anunció que se divorciaba de mi padre.

Lo encajé mal. Durante semanas no paré de tener berrinches. Mis demostraciones histriónicas eran una respuesta febril y acumulativa a años de presenciar peleas entre mis padres. La televisión me había enseñado que el divorcio era permanente y vinculante, que estigmatizaba a los niños y los jodía para el resto de su vida. La madre siempre conseguía la custodia de los hijos menores.

Mi madre echó a mi padre del apartamento. Toleró mi comportamiento de niño dolido durante unas semanas; luego me arreó un buen cachete en la cabeza y me dijo que parase.

Paré. Tuve una de esas ideas locas típicas de los niños: irme a vivir con mi padre y forjar juntos una existencia totalmente aparte.

Mi madre contrató un abogado y comenzaron los trámites del divorcio. Un juez le concedió la custodia temporal y me permitió pasar los fines de semana con mi padre, que alquiló un piso de soltero a unas manzanas de su antiguo apartamento.

Me pasé muchos fines de semana, de viernes a domingo, encerrado con él en su piso. Preparábamos hamburguesas sobre una plancha caliente y comíamos a base de ganchitos de queso y galletitas saladas. Sentados uno al lado del otro, leíamos libros y veíamos combates de lucha libre por

televisión. Y, de forma sistemática, mi padre empezó a malquistarme con mi madre.

Me decía que era una borracha y una puta, que se acostaba con el abogado que llevaba los papeles del divorcio, y que si conseguía demostrar que era una mujer de moral más que dudosa tendría la posibilidad de obtener mi custodia. Me incitó a espiarla y accedí a contarle todas sus indiscreciones.

Mi padre consiguió empleo en el centro de Los Ángeles. Siempre que podía me escapaba para verlo cuando volvía a casa del trabajo. Quedábamos en una farmacia de Burton Way con Doheny, y luego íbamos a tomar un helado y charlábamos un poco.

Mi madre descubrió la traición, llamó a mi padre y lo amenazó con denunciar que incumplía los acuerdos de la custodia. Contrató a una niñera para que me vigilara al salir de la escuela.

A la mañana siguiente me escabullí del autobús escolar y me escondí en el patio del edificio donde vivía mi padre. Deseaba terriblemente verlo. Ese día iban a ponernos la vacuna contra la polio y me daba miedo el pinchazo.

Mi madre me encontró. Me llevó a la escuela y se ocupó de ponerme la vacuna ella misma.

Iba vestida de enfermera. Era experta con la aguja y no me hizo el menor daño. El uniforme blanco le sentaba fenomenal, sobre todo porque resaltaba seductoramente el color de sus cabellos.

La demanda de divorcio llegó al tribunal. Yo tuve que testificar en sesión a puerta cerrada. Hacía tiempo que no veía a mi padre. Lo divisé a la puerta de la sala y corrí hacia él.

Mi madre intentó interponerse.

Mi padre me arrastró hasta un servicio de caballeros y se acuclilló para hablar conmigo. Mi madre irrumpió en el baño y me sacó a rastras. Mi padre

no se opuso. Un hombre de pie ante un urinario observó con la polla en la mano todo el espectáculo.

Testifiqué. Le dije a un amable juez que quería vivir con mi padre, pero él ordenó otra cosa. Su sentencia establecía turnos de días laborables y fines de semana: cinco días con mi madre y dos con mi padre, con lo cual me condenaba a llevar una vida dividida entre dos personas enquistadas en un odio mutuo irrenunciable.

Me impregné por ambas partes de ese odio, un odio resueltamente desdeñoso y expresado con elocuencia. Mi madre retrataba a mi padre como un hombre débil, dejado, holgazán, fantaseador y falso hasta en los asuntos más nimios. Mi padre tenía catalogada a mi madre de una manera más concisa: era una Borracha y una Golfa.

Mi vida se ajustó del todo a la sentencia del divorcio. Los días laborables significaban una estricta monotonía. Los fines de semana significaban libertad.

Mi padre me daba comidas que me gustaban y me llevaba a ver películas de vaqueros. Me contaba historias de la Primera Guerra Mundial y me dejaba hojear sus revistas de chicas. Decía que tenía varios proyectos en perspectiva. Me convenció de que estaba a punto de hacerse muy rico. Mucho dinero significaba buenos abogados y un buen respaldo legal. Aquellos abogados tenían detectives que podían descubrir asuntos ocultos de la Puta Borracha. De ese modo podría obtener la custodia plena sobre mí.

Mi madre se trasladó a un apartamento más pequeño en Santa Mónica. Dejó el Saint John's y consiguió un empleo de enfermera de empresa en la Packard-Bell Electronics. Mi padre se mudó a un piso de un dormitorio en el límite de los distritos de Hollywood y Wilshire. Como no tenía coche, me llevaba allí en autobús. Ya estaba bien entrado en la cincuentena y empezaba

a tener el aspecto de un gigoló que ha dejado atrás la flor de la vida. Es probable que la gente pensara que era mi abuelo.

Me cambiaron a una escuela privada que tenía por nombre El Paraíso de los Niños. No estaba reconocida oficialmente y mi madre se ahorraba cincuenta dólares al mes. El centro era un vertedero para niños procedentes de hogares rotos. Se garantizaba el aprobado, pero las horas de confinamiento se prolongaban a diario desde las siete y media de la mañana hasta las cinco de la tarde. Los profesores eran unos histéricos, o bien se mostraban pasivos y derrotados. Mi padre tenía una teoría sobre el porqué de un horario tan extenso. Decía que estaba pensado para que las madres solteras tuviesen tiempo de joder con sus novios a la salida del trabajo, y añadía que eso no estaba tan mal.

El Paraíso de los Niños ocupaba unos terrenos de primera en la zona oeste. Un patio de tierra repleto de equipamientos para juegos daba a Wilshire Boulevard. El patio medía tres veces lo que el edificio principal. En el lado oeste había una piscina.

A menudo recuerdo cómo lo pasé allí en tercer y cuarto grado. Mi capacidad lectora eclipsaba mis problemas de comprensión aritmética. Era bastante corpulento y sacaba provecho de ello para imponerme en las pequeñas confrontaciones con mis compañeros. Ese fue el origen de mi famoso numerito del Desquiciado.

Me daban miedo todas las niñas, la mayoría de los niños y algunos adultos, tanto hombres como mujeres. Mi miedo procedía de mi fantasiosa concepción apocalíptica del mundo. Sabía que todas las cosas funcionaban de forma terriblemente caótica. Mi preparación empírica dentro del caos sin duda me había servido de mucho.

Mi numerito del Desquiciado me valió la atención que anhelaba y advertía a posibles agresores de que no me buscaran las cosquillas. Me reía cuando no

había nada divertido de qué reír, me hurgaba la nariz y me comía los mocos, y dibujaba cruces gamadas en todos mis cuadernos de clase. Era el típico ejemplo de «Si no puedes quererme, al menos fíjate en mí» que aparece en todos los manuales de psicología infantil.

Mi madre bebía cada vez más. Por la noche no paraba de tomar whisky con soda y se ponía sensiblera, furiosa o efusiva. Un par de veces la encontré en la cama con hombres. Los tipos tenían pinta de conquistadores de salón. Probablemente vendían coches usados o los recuperaban.

Cuando le hablé a mi padre de aquellos hombres me dijo que tenía detectives privados siguiendo a mi madre. Yo empecé a echar ojeadas a un lado y a otro cada vez que iba con ella.

Mi madre dejó Packard-Bell y entró en Airtek Dynamics. Mi padre seguía trabajando como autónomo para farmacias. Yo continué asistiendo a la escuela y el numerito del Desquiciado me mantenía a flote.

Mis padres eran incapaces de hablar de manera civilizada. No se dirigían la palabra bajo ninguna circunstancia. Reservaban las manifestaciones de odio para cuando estaban conmigo: «Tu padre es un inútil»; «Tu madre es una borracha y una puta». Yo creía en las de él y consideraba falsas las de ella. Era incapaz de darme cuenta de que las quejas de mi madre estaban más fundamentadas.

El 57 llegaba a su fin. Por Navidad mi madre y yo volamos a Wisconsin. El tío Ed Wagner le vendió un elegante Buick blanco y rojo. Volvimos a casa en él la primera semana de 1958 y seguimos con nuestra rutina de trabajo y escuela.

A finales de enero mi madre me pidió que me sentara a su lado y trató de engatusarme con una gran mentira. Dijo que necesitábamos cambiar de ambiente. Yo tenía casi diez años y nunca había vivido en una casa. Añadió que conocía un bonito lugar llamado El Monte.

Mi madre mentía muy mal. Daba a sus mentiras un tono demasiado formal, y a menudo las exageraba y embellecía con expresiones de preocupación maternal. Además, siempre soltaba sus mayores embustes cuando estaba medio borracha. Yo era un buen descodificador de falsedades, pero ella no me reconocía ese don.

Le conté a mi padre lo del traslado. La idea no le pareció nada bien. Dijo que El Monte estaba lleno de espaldas mojadas. No era un lugar recomendable desde ningún punto de vista. Imaginó que mi madre debía de andar detrás de algún chulo de Los Ángeles Oeste, o de algún chicano de El Monte. Nadie levanta el campamento y se traslada cincuenta kilómetros sin una buena razón.

Me dijo que estuviera alerta y que le informara de los movimientos de mi madre.

Mi madre quiso enseñarme El Monte. Un domingo por la tarde nos acercamos allí con el coche.

Mi padre me había predispuesto a odiar y temer aquel lugar. Y lo había descrito con gran precisión.

El Monte era un vacío envuelto en contaminación. Los vecinos aparcaban en el patio delantero de la casa y lavaban el coche con mangueras en ropa interior; el cielo tenía un tono tostado carcinógeno. Vi a muchos pachucos con pinta canalla.

Visitamos nuestra nueva casa. Por fuera era bonita, pero resultaba más pequeña que nuestro piso de Santa Mónica.

Hablamos con nuestra nueva casera, Anna May Krycki, una mujer nerviosa, parlanchina y de mirada vivaracha. Me dejó acariciar a su terrier airedale.

Nuestra casa y la de los Krycki estaban rodeadas por un patio. Mi madre dijo que podríamos tener un perro. Le dije que quería un beagle. Prometió regalarme uno por mi cumpleaños.

Conocimos al señor Krycki y al hijo, de un matrimonio anterior, de la señora Krycki.

Inspeccionamos nuestra nueva casa. Mi habitación era la mitad de la que tenía en Santa Mónica. La cocina era apenas un cubículo estrecho. El baño era pequeño e incómodo.

La casa justificaba el traslado. Respondía de forma totalmente superficial a la Gran Mentira de mi madre.

Lo supe desde el primer momento.

Nos mudamos a principios de febrero. Ingresé en la escuela primaria Anne LeGore y me convertí en espía a jornada completa por cuenta de mi padre.

Mi madre bebía cada vez más. La cocina olía a bourbon Early Times y a cigarrillos L&M. Yo olisqueaba las copas que dejaba en el fregadero, intentando averiguar en qué consistía el atractivo del licor. El empalagoso olor me dio náuseas.

No traía hombres a casa. Mi padre supuso que se acostaba con ellos los fines de semana. Empezó a llamar a El Monte «El Cagadero de América».

Yo intenté sacar lo mejor de aquel mal lugar.

Iba a la escuela. Me hice amigo de dos chavales mexicanos llamados Reyes y Danny. En una ocasión compartí un porro con ellos. Me sentí mareado, como en un éxtasis embobado, y cuando regresé a casa me comí una caja entera de galletas. Me quedé dormido y desperté convencido de que pronto me convertiría en un adicto a la heroína.

La escuela era una tortura. Mis facultades para la aritmética estaban por

debajo de cero y mis aptitudes sociales eran más que pobres. Reyes y Danny eran mis únicos amigos.

Mi padre vino a verme un día durante el recreo del mediodía; aquello iba contra lo que estipulaba la sentencia de divorcio. Un niño me empujó sin motivo. Le di una patada en el culo delante de mi padre, que se mostró orgulloso de mí. El niño se chivó al vicedirector, el señor Tubiolo, quien llamó a mi madre y dijo que quería hablar con ella.

Se reunieron y hablaron. Salieron juntos un par de veces. Yo informé de los detalles a mi padre.

Cuando cumplí diez años mi madre me regaló un cachorro de beagle. Era hembra. La puse de nombre Minna y la colmé de cariño.

Junto con el regalo, mi madre me hizo un comentario que me lo fastidió todo. Dijo que ya era un hombrecito y que tenía edad suficiente para decidir con quién quería vivir.

Respondí que quería vivir con mi padre.

Ella me dio una bofetada que me hizo caer del sofá. Me golpeé la cabeza contra la mesita baja.

La llamé borracha y puta. Volvió a pegarme. Decidí que la siguiente vez me enfrentaría a ella.

Podía darle en la cabeza con un cenicero y privarla de la ventaja de su tamaño. Podía arañarla y arruinar aquella cara para que los hombres no quisieran acostarse con ella. Podía golpearla con una botella de bourbon Early Times.

Ella misma me empujó a tomar la decisión más simple.

Hasta entonces la odiaba porque era lo que hacía mi padre. La odiaba para demostrarle a mi padre que lo quería.

Ella misma se buscó que volcara todo mi odio en su persona.

El Monte era un campo de prisioneros. Los fines de semana en Los

Ángeles eran breves permisos de libertad condicional.

Mi padre me llevaba a los cines de Hollywood Boulevard. Vimos *Vértigo* y varias películas del Oeste protagonizadas por Randolph Scott. Mi padre me puso al corriente sobre lo que era un secreto a voces: que Randolph Scott era un marica declarado.

También me llevó al Ranch Market de Hollywood y me dio un curso acelerado sobre homosexuales. Me dijo que los maricas llevaban gafas de sol espejadas para poder mirar los bultos de la entrepierna sin que se notara. Pero los sarasas también tenían algo bueno: hacían que hubiera más mujeres disponibles de las que ocuparse.

Quiso saber si ya me gustaban las chicas.

Le dije que sí. Pero no le dije que lo que más me atraía eran las mujeres ya hechas. Para ser más preciso, mi tipo eran las madres divorciadas.

Me volvían loco sus cuerpos imperfectos, esas piernas gruesas y las marcas de los tirantes del sujetador. Sobre todo, me gustaban las pelirrojas de piel muy blanca.

La idea de la maternidad me excitaba. Estaba al corriente de los hechos de la vida, y me ponía cachondo la idea de que la maternidad empezara follando. Las mujeres con hijos debían de ser muy buenas en eso. Tenían práctica. Durante el sagrado matrimonio desarrollaban el gusto por el sexo, y cuando sus ordenadas uniones se iban al garete no podían pasar sin él. Su necesidad era sucia, vergonzosa y excitante.

Como mi curiosidad.

El cuarto de baño de nuestra casa de El Monte era minúsculo. La bañera y el retrete estaban en ángulo recto. Una noche, vislumbé fugazmente a mi madre mientras se secaba después de darse una ducha.

Ella advirtió que le miraba los pechos. Me contó que el pezón derecho se le había infectado después de mi nacimiento y que habían tenido que

extirpárselo. Su tono no era en modo alguno provocador. Se trataba de una enfermera colegiada explicando un hecho médico.

Ahora tenía imágenes en mi mente. Y quería ver más.

Me pasaba horas en la bañera, fingiendo interés por un submarino de juguete. Vi a mi madre medio desnuda, desnuda y cubierta solo con las braguitas. Vi el vaivén de sus pechos. Vi su pezón bueno erecto a causa del frío. Vi el vello rojo en su entrepierna y cómo el vapor ruborizaba su piel.

La odiaba y la deseaba.

Y, de repente, estaba muerta.

Lunes 23 de junio de 1958. Un luminoso día de verano y el comienzo de mi nueva y soleada vida.

Una pesadilla me despertó.

Mi madre no aparecía en ella. En cambio sí salían Tony Curtis y su muñón con la funda negra. Alejé esa imagen de mi mente y dejé que las cosas se fueran asentando.

El rollo del lloriqueo no iba conmigo. Derramé algunas lágrimas en el autobús, y eso fue todo. Mi período de duelo duró media hora.

Tengo guardada en la memoria la imagen de aquel día. Era azul celeste incandescente.

Mi padre me dijo que los Wagner vendrían dentro de unos días. La señora Krycki había accedido a cuidar de mi perro durante un tiempo. Faltaba una semana para el funeral y mi asistencia no era obligatoria. El laboratorio de la Oficina del Sheriff estaba a punto de devolverle el Buick. Pensaba venderlo para liquidar las deudas más urgentes de mi madre... si las disposiciones de su testamento no prohibían la venta.

La señora Krycki le dijo a mi padre que yo había acuchillado sus plataneras hasta matarlas. Exigía una restitución, y pronto. Yo le dije a mi padre que solo estaba jugando. Él me dijo que no era nada grave.

Mi padre adquirió cierto aire sombrío, pero yo podía ver que se sentía feliz y algo aturdido por tan inesperada buena fortuna. Aquellas pequeñas

gestiones post mortem eran su forma de liquidar todo lo relacionado con su ex.

Me dijo que me divirtiera un rato. Él tenía que ir al centro para identificar el cuerpo.

Los Wagner llegaron a Los Ángeles al cabo de unos días. El tío Ed se mostraba serio y grave. La tía Leoda estaba casi acongojada.

Adoraba a su hermana mayor, aunque en cuestión de estilo las separaba un abismo. Jean tenía el físico, la melena pelirroja y la profesión atractiva. Su marido era superficialmente galante y estaba dotado como un caballo.

Ed Wagner era gordo y anodino. Era quien llevaba las judías a casa. Tía Leoda era una *hausfrau* de Wisconsin, lenta de reflejos y con una gran memoria para los agravios. Su hermana llevaba una vida alternativa que le resultaba fascinante. Los detalles explícitos de esa vida sin duda la habrían conmocionado enormemente.

Mi padre y yo vimos a los Wagner varias veces. No afloró ningún odio perceptible Ellroy-Wagner. Ed y Leoda convirtieron mi estado emocional de calma en uno de shock. Mantuve la boca cerrada y dejé que hablaran los adultos.

Los cuatro fuimos en coche a El Monte. Paramos delante de la casa y entramos en ella por última vez. Abracé y besé a mi perra, que me lamió la cara y se me meó encima. Mi padre se burló de los Krycki, a quienes consideraba un par de tontos. Ed y Leoda recogieron los papeles de mi madre y algunos recuerdos personales. Mi padre metió mi ropa y mis libros en unas bolsas de papel marrón.

Cuando salíamos de la ciudad nos detuvimos en el Jay's Market. Una cajera armó un gran revuelo cuando me vio: sabía que era el hijo de la

enfermera muerta. Unas semanas atrás mi madre me había montado una bronca en aquel mercado.

No sé bien por qué empezó a meterse con mis pobres progresos escolares. Y quiso enseñarme el destino que me esperaba. Me sacó a rastras del mercado y me llevó hasta Medina Court, el corazón del barrio chicano de El Monte.

Unos gamberros mexicanos caminaban por la calle con esos andares suaves que yo tanto admiraba. No había casas, solo chabolas. A la mitad de los coches les faltaban los ejes y las ruedas.

Mi madre me señaló detalles escabrosos. Quería que viera adónde me conduciría mi desidia. No me tomé en serio sus advertencias. Sabía que mi padre jamás permitiría que me convirtiese en un espalda mojada.

No asistí al funeral. Los Wagner regresaron a Wisconsin.

Mi padre tomó posesión del Buick y se lo vendió a un tipo del barrio. Se las ingenió para embolsarse el pago anticipado de mi madre. Tía Leoda se convirtió en albacea testamentaria de mi madre y se hizo con una abultada póliza de seguros.

Una cláusula de doble indemnización aumentaba esta a veinte mil dólares. Yo era el único beneficiario. Leoda me dijo que había depositado el dinero en un fondo para cuando fuese a la universidad, pero que podía sacar pequeñas cantidades para emergencias.

Me dispuse a disfrutar de mis vacaciones estivales.

Los policías vinieron unas cuantas veces. Me preguntaron por los novios de mi madre y si se relacionaba con otros hombres. Les conté todo lo que sabía.

Mi padre guardó algunos recortes de prensa sobre el caso. Me contó los

detalles principales y me conminó a no pensar en el asesinato en sí. Sabía que yo tenía una imaginación muy vívida.

Quise conocer los detalles.

Leí los recortes de prensa. Vi una foto mía en el banco de trabajo del señor Krycki. Me aferré a la teoría de la Rubia y el Hombre Moreno. Tuve la inquietante sensación de que todo aquello tenía que ver con el sexo.

Mi padre descubrió que había estado revolviendo entre los recortes de prensa. Me explicó su teoría favorita: que mi madre se lo montaba a tres con la Rubia y el Hombre Moreno. Aquello formaba parte de un enigma más amplio: ¿por qué había huido ella a El Monte?

Quise respuestas, pero no a costa de la presencia continua de mi madre. Dirigí mi curiosidad a novelas policiacas para niños.

Di por casualidad con las series de los Hardy Boys y Ken Holt. En la librería Chevalier vendían cada ejemplar a un dólar. Los detectives adolescentes resolvían crímenes y se hacían amigos de las víctimas. Las muertes eran limpias y no se explicaban en la narración. Los jóvenes investigadores procedían de familias ricas e iban en coches trucados, motocicletas y lanchas motoras. Los crímenes ocurrían en elegantes localidades de vacaciones. Siempre había un final feliz para todos. Las víctimas estaban muertas, pero se sobreentendía que tenían reservado un rincón en el cielo.

Era una fórmula literaria preestablecida directamente para mí. Me permitía recordar y olvidar en igual medida. Devoraba aquellos libros con avidez y era felizmente ajeno a la dinámica interna que los hacía tan seductores.

Mis únicos amigos eran los Hardy Boys y Ken Holt. Sus compinches eran mis compinches. Resolvíamos misterios desconcertantes, pero nadie resultaba demasiado malparado.

Mi padre me compraba dos libros cada sábado. Yo me los leía enseguida y

pasaba el resto de la semana sufriendo por la abstinencia forzosa. Mi padre mantuvo el límite en dos a la semana, de modo que para llenar los huecos entre mis lecturas empecé a robarlos.

Era un ladronzuelo astuto. Llevaba la camisa por fuera de los pantalones y escondía los libros por dentro del cinturón. Los tipos de Chevalier debían de pensar que era un simpático ratón de biblioteca. Mi padre nunca hablaba del volumen de mi biblioteca.

El verano del 58 pasó deprisa. Rara vez pensaba en mi madre. Su presencia quedaba compartimentada y definida por la indiferencia que mostraba mi padre a su recuerdo. El Monte era un *non sequitur* aberrante. Ella se había ido.

Cada libro que leía era un retorcido homenaje a ella. Cada misterio resuelto era mi amor por ella en elipsis.

Entonces no lo sabía. Dudo que mi padre lo supiera. Él se dedicaba a planear cómo pasar el verano con su demonio pelirrojo bajo tierra.

Compró diez mil cojines Tote Seats procedentes de excedentes japoneses a diez centavos cada uno. Eran cojines hinchables para sentarse en eventos deportivos. Estaba seguro de que podría vendérselos a los clubes de los Rams y los Dodgers. La primera remesa le permitiría poner el negocio en marcha, luego conseguiría que los japoneses siguieran produciendo para cumplir con los futuros pedidos. A partir de ahí los beneficios se dispararían.

Los Rams y los Dodgers mandaron a paseo a mi padre. Él era demasiado orgulloso para vender los cojines a voces en la puerta del estadio, de modo que nuestros estantes y armarios estaban repletos de plástico inflable. De haber hinchado todos aquellos cojines, medio condado habría salido flotando hasta el mar.

Mi padre abandonó la aventura de los cojines y volvió al trabajo en las

farmacias. Hacía largas jornadas: desde mediodía hasta las dos o las tres de la madrugada. Mientras estaba fuera, me dejaba solo.

Nuestro piso no tenía aire acondicionado, lo cual resultaba asfixiante en verano. Empezaba a oler mal; Minna aún no había aprendido a controlar sus necesidades y se meaba y cagaba por todas partes. Al caer la tarde el piso se refrescaba y el olor se disipaba un poco. Me encantaba estar solo en el apartamento después de anochecer.

Leía y cambiaba de canal sin parar en busca de programas de sucesos. Hojeaba las revistas de mi padre. Estaba suscrito a *Swank*, *Nugget* y *Cavalier*, todas ellas llenas de fotos estupendas y dibujos subidos de tono que hacían que la cabeza me diera vueltas.

Contemplé sus medallas de la Primera Guerra Mundial, miniaturas encerradas en cristal. El conjunto lo convertía en un gran héroe. Había nacido en 1898 y cuando yo nací le faltaban tres meses para cumplir los cincuenta. Yo no dejaba de preguntarme cuánto tiempo le quedaría.

Me gustaba cocinar para mí. Mi comida favorita eran los perritos calientes asados en una hornilla de espiral. Estaban muchísimo mejor que los espaguetis de lata que me daba mi madre para cenar.

Siempre veía la tele con las luces apagadas. Estaba enganchado al programa de entrevistas de Tom Duggan en el canal 13 y lo ponía cada noche. Duggan era una mezcla de tío moderno y fanfarrón de derechas. Se metía con sus invitados y hablaba constantemente del alcohol. Se definía a sí mismo como misántropo y vicioso. Aquel hombre hacía vibrar una cuerda en lo más profundo de mi ser.

El programa terminaba hacia la una de la madrugada. Entonces mis rituales de aquel verano del 58 se volvían aterradores.

Por lo general estaba demasiado alterado para conciliar el sueño. Empecé a imaginar que mi padre moría asesinado o en un accidente de tráfico. Lo

esperaba despierto en la cocina y contaba los coches que pasaban por Beverly Boulevard. Mantenía todas las luces apagadas para demostrar que no tenía miedo.

Él siempre volvía. Nunca me dijo que esperar sentado en la oscuridad fuera algo extraño.

Vivíamos en la pobreza. No teníamos coche y dependíamos del sistema de transporte público de Los Ángeles. Nuestra dieta se basaba en grasas, azúcares y almidones. Mi padre no probaba el alcohol, pero lo compensaba fumando tres paquetes de Lucky Strike al día. Compartíamos un único dormitorio con nuestra apestosa perra.

Nada de aquello me molestaba. Estaba bien alimentado y tenía un padre que me quería. Los libros me proporcionaban estímulo y un diálogo sublimado sobre la muerte de mi madre. Yo poseía una capacidad serena y tenaz para explotar mis recursos.

Mi padre me dejaba recorrer el barrio a mi aire. Yo lo exploraba y dejaba que alimentase mi imaginación.

Nuestro edificio de apartamentos estaba en Beverly Boulevard con Irving Place, en el límite de Hollywood y Hancock Park: un significativo cruce de estilos.

Hacia el norte se extendían las casitas de estuco y los edificios de apartamentos sin ascensor. Se acababan en Melrose Avenue y en los terrenos de los estudios Paramount y Desilu. Las calles eran estrechas y de trazado cuadrado. Dominaban las fachadas de estilo español.

De Beverly a Melrose. De Western Avenue a Rossmore Boulevard. Cinco manzanas de norte a sur y diecisiete de este a oeste. Desde estudios de cine y casas modestas, pasando por una hilera de tiendas y bares hasta llegar al

Wiltshire Country Club. La mitad de mi territorio de exploración, más o menos la mitad de la extensión de El Monte.

En el extremo oriental había casas con estructura de madera y bloques chillones de apartamentos nuevos. El extremo occidental era una Costa Dorada en mitad de Los Ángeles. Me encantaban las altísimas fortalezas estilo Tudor con porteros y amplios portales de entrada. El hotel de apartamentos Algiers se alzaba en Rossmore y Rosewood. Mi padre decía que el edificio era «un picadero» glorioso. Los botones se encargaban de proporcionar todo un surtido de guapas prostitutas.

El flanco septentrional de mis exploraciones era topográficamente diverso. Me gustaba contemplar la vista que descendía de oeste a este. Algunos bloques estaban cuidados con esmero, otros se veían sucios y muy dejados. Me gustaba mucho la pista de patinaje del Polar Palace, en Van Ness con Clinton. Me gustaban los apartamentos El Royale, porque el nombre sonaba como Ellroy. El Algiers resultaba emocionante. Todas las mujeres que entraban o salían de allí eran posibles prostitutas.

Me gustaba recorrer aquel flanco norte. A veces me asustaba: chavales montados en bicis se me cruzaban bruscamente o me dirigían gestos obscenos. Aquellas pequeñas confrontaciones me llevaban varios días en dirección al sur.

Los límites de mis andanzas por el sur se extendían de Western a Rossmore y de Beverly a Wilshire Boulevard. El extremo oriental solo tenía un atractivo: la biblioteca pública en Council con St. Andrews. El resto no merecía la pena ser recorrido.

En cambio, me encantaba deambular hacia el sur y el sudoeste. Las calles Uno, Dos, Tres, Cuatro, Cinco, Seis, Wilshire. Irving, Windsor, Lorraine, Plymouth, Beachwood, Larchmont, Lucerne, Arden, Rossmore.

Hancock Park.

Grandes caserones estilo Tudor y *châteaux* franceses. Mansiones españolas. Grandes extensiones de césped ante las casas, emparrados, aceras flanqueadas por árboles y un aire de que el tiempo se ha detenido. Orden y riqueza perfectamente circunscritas a unas cuantas manzanas de mi casa incrustada de mierda.

Hancock Park me hipnotizaba. El paisaje me tenía hechizado.

Deambulaba por Hancock Park. Daba vueltas y paseaba, caminando como embobado. Tres o cuatro veces al día le ponía el collar a Minna y dejaba que me llevase por Irving hasta Wilshire. Recorría las tiendas de Larchmont Boulevard y me afanaba libros de la Chevalier.

Me quedaba prendado de algunas casas y de las chicas que apenas vislumbraba tras las ventanas. Construí elaboradas fantasías sobre Hancock Park. Mi padre y yo asaltábamos el parque y lo convertíamos en nuestro reino privado.

No codiciaba Hancock Park por ningún sentimiento de agravio. Poseía aquel lugar con la imaginación. Era suficiente... por el momento.

El verano del 58 terminó y empecé sexto grado en la escuela primaria de Van Ness Avenue. Mis salidas para explorar se vieron drásticamente restringidas.

La escuela de Van Ness Avenue era un lugar refinado. Nadie me ofreció marihuana. Mi maestra me consentía un poco. Probablemente sabía que mi madre había sido víctima de un asesinato.

Estaba convirtiéndome en un chaval bastante grandullón. Tenía una lengua terrible y soltaba obscenidades en el patio de la escuela. La expresión favorita de mi padre era «Que te jodan, Fritz». Su taco favorito, «soplapollas». Yo imitaba su modo de hablar y disfrutaba viendo el efecto que producía en los demás.

También estaba refinando mi numerito del Desquiciado. Aquello me mantenía en una soledad penosa, encerrado en mi propia cabecita.

Mis gustos como lector se fueron haciendo más sofisticados. Me había leído ya todos los libros de los Hardy Boys y Ken Holt y estaba harto de argumentos trillados y finales simples. Quería más violencia y más sexo. Mi padre me recomendó a Mickey Spillane.

Robé algunos libros de bolsillo de Spillane. Los leí y quedé deslumbrado y asustado. No creo que me enterase muy bien de las tramas, pero sé que eso no impidió que disfrutara. Me encantaban los tiroteos, las escenas de sexo y el fervor anticomunista de Mike Hammer. El conjunto tenía un punto suficientemente hiperbólico como para evitar que sintiese demasiado miedo. No era tan terriblemente burdo y aterrador como era la historia de mi madre y la Rubia y el Hombre Moreno.

Mi padre me concedía cada vez más libertad. Me dijo que podía ir al cine solo y sacar a pasear a Minna a última hora del día.

Por la noche Hancock Park era un mundo completamente distinto.

La oscuridad hacía retroceder los colores. Las farolas de las esquinas despedían un agradable fulgor. Las casas se convertían en telones de fondo para las luces de las ventanas.

Amparado en la oscuridad de fuera, miraba el interior de las casas. Veía cortinajes, paredes desnudas, destellos de color y siluetas fugaces. Veía chicas con uniformes de escuelas privadas. Veía algunos árboles de Navidad hermosos.

Aquellos paseos de última hora eran inquietantes y seductores. La oscuridad reforzaba mi sentido de propiedad del lugar y disparaba mi imaginación. Empecé a acechar los patios de atrás y a asomarme a las ventanas traseras.

El simple hecho de merodear resultaba emocionante en sí mismo. Las

ventanas traseras me ofrecían imágenes íntimas.

Lo mejor eran las ventanas de los cuartos de baño. Veía mujeres medio desnudas y mujeres y chicas en albornoz. Me gustaba observarlas mientras se examinaban ociosamente ante el espejo.

Encontré un guante de béisbol en una mesa de picnic. Me lo llevé. Detrás de otra casa encontré un balón de fútbol de cuero auténtico. Lo robé y lo rajé con una navaja para ver qué tenía dentro.

Aún no había llegado a la adolescencia y ya era un ladrón y un mirón. Estaba destinado a tener una cita ardiente con una mujer profanada.

Llegó a mí en un libro. Un regalo inocente quemó mi mundo hasta los cimientos.

Cuando cumplí once años mi padre me entregó un libro. Se trataba de una obra de no ficción, una oda al Departamento de Policía de Los Ángeles titulado *La Placa*; su autor era Jack Webb, estrella y cerebro del programa de televisión *Redada*.

El programa se basaba en casos del LAPD. Los policías hablaban con voz monótona y trataban a los sospechosos con brusquedad y desprecio. Estos mostraban una verborrea incontenible y cobarde. Los polis no se tragaban ninguna de sus chorradas.

Redada era la saga de unas vidas sin futuro enfrentadas a la autoridad. Los métodos represivos de la policía aseguraban un Los Ángeles virtuoso. El programa tenía un tono grave y severo y rezumaba autocompasión subliminal. Era la épica de unos hombres aislados que ejercían una profesión que te aislaba, privados de ilusiones convencionales y traumatizados por el contacto diario con la escoria. Reflejaba la angustia masculina al estilo de los años cincuenta: la alienación como proclamación de servicio público.

El libro era el programa de televisión, pero sin restricciones. Jack Webb detallaba los métodos policiales y se lamentaba profusamente de la carga que soportaban los varones blancos del LAPD. Comparaba a los delincuentes con comunistas sin la menor ironía. Ilustraba los terrores y las prosaicas satisfacciones del trabajo policial mediante anécdotas de la vida real. Libre de

las limitaciones de la estricta censura televisiva, recogía algunos casos verdaderamente escabrosos.

El asunto de la bomba incendiaria en el club Meca fue todo un acontecimiento.

El 4 de abril de 1957 cuatro indeseables fueron expulsados de una taberna del barrio. Poco después regresaron con un cóctel molotov e incendiaron el local, que quedó convertido en cenizas. Murieron seis clientes. Al cabo de unas horas el LAPD arrestó a los autores, que fueron juzgados, declarados culpables y condenados a muerte.

Donald Keith Bashor era un ladrón de pisos. Reventaba pequeños apartamentos en el distrito de Westlike Park. Dos mujeres lo sorprendieron mientras robaba en sus pisos. Bashor las mató a golpes. Fue capturado, juzgado y condenado. Murió en la cámara de gas en octubre del 57.

Stephen Nash era un psicópata al que le faltaban varios dientes y que estaba furioso con el mundo. Mató a un hombre de una paliza y apuñaló a un niño de diez años bajo el muelle de Santa Mónica. El LAPD le echó el guante en el 56. Confesó nueve asesinatos más y se calificó a sí mismo como el Rey de los Asesinos. Fue juzgado, condenado y sentenciado a muerte.

Las historias eran francamente horripilantes. Los villanos daban muestras de estupidez y de tener tendencias nihilistas.

Stephen Nash mataba por impulso. Sus asesinatos carecían de sentido del cálculo y los perpetraba sin intención de causar un horror indecible. Nash no sabía convertir su furia en gestos simbólicos y volcarla sobre un ser humano vivo. Le faltaba la voluntad o la inclinación a cometer asesinatos que despertasen la fascinación del gran público.

El asesino de la Dalia Negra sabía lo que el otro ignoraba. Entendía la mutilación como lenguaje. Asesinó a una mujer joven y hermosa y de ese modo se aseguró la celebridad anónima.

Leí el relato de Jack Webb sobre el caso de la Dalia Negra. La lectura me arrastró hacia lo más hondo y oscuro de mí.

La Dalia Negra era una joven llamada Elizabeth Short. Su cuerpo fue encontrado en enero de 1947 en un solar vacío, unos seis kilómetros al sur del apartamento donde yo vivía.

Elizabeth Short estaba cortada en dos por la cintura. El asesino había frotado y limpiado el cuerpo, y arrojó su cadáver desnudo a escasos centímetros de una acera de la ciudad, totalmente despatarrada.

La torturó durante días. La golpeó y la cubrió de cortes con un cuchillo afilado. Apagó cigarrillos en sus pechos y le rajó las mejillas desde las comisuras de la boca hasta las orejas.

El asesino fue demorando su sufrimiento de una forma espantosa. La víctima fue sometida a abusos y aterrorizada sistemáticamente. Después de muerta, el asesino hurgó en su interior y cambió los órganos de lugar. El crimen fue un acto de pura locura misógina y, por lo tanto, fácil de malinterpretar.

En el momento de su muerte Betty Short tenía veintidós años. Era una chica alocada que vivía fantasías de chica alocada. Un reportero descubrió que solo vestía de negro y la bautizó como la Dalia Negra. El apodo la anulaba y envilecía, convirtiéndola en una hija perdida santificada y en una buscona.

El caso obtuvo un enorme eco en la prensa. Jack Webb enfocó su resumen de doce páginas según el pensamiento dominante de la época: las *femme fatales* tenían finales escabrosos y eran cómplices en atraer sobre ellas la muerte por vivisección. Webb no entendía las intenciones del asesino ni que sus manipulaciones ginecológicas eran lo que definía el crimen. No sabía que el asesino tenía un miedo horrible a las mujeres. No sabía que había abierto a la Dalia en dos para ver qué hacía a las mujeres diferentes de los hombres.

Por aquel entonces yo tampoco sabía todas esas cosas. Lo que sabía era que tenía una historia a la que ir al encuentro y de la que huir.

Webb describió los últimos días de la Dalia. La muchacha iba al encuentro de los hombres y huía de ellos, forzando sus recursos mentales hasta conducirlos al borde de la esquizofrenia. Buscaba un lugar seguro donde esconderse.

Dos fotografías acompañaban al relato.

La primera mostraba a Betty Short en la esquina de la calle Treinta y nueve con Norton. Sus piernas quedaban medio expuestas. Varios hombres con armas y blocs de notas estaban de pie alrededor del cuerpo.

En la segunda se la veía con vida, con los cabellos recogidos hacia arriba y hacia atrás, como en esa foto de carnet de mi madre de los años cuarenta.

Leí la historia de la Dalia un centenar de veces. Leí el resto de *La Placa* y observé detenidamente las fotos. Stephen Nash, Donald Bashor y los tipos de las bombas incendiarias se convirtieron en mis amigos. Betty Short se convirtió en mi obsesión.

Y en mi sustituta simbiótica de Geneva Hilliker Ellroy.

Betty huía y se escondía. Mi madre había huido a El Monte, donde se había forjado una vida secreta durante los fines de semana. Betty y mi madre eran víctimas arrojadas a la cuneta. Jack Webb decía que Betty era una chica fácil. Mi padre decía que mi madre era una borracha y una puta.

Mi obsesión con la Dalia era explícitamente pornográfica. Mi imaginación completaba los detalles que Jack Webb omitía. El asesinato era un epigrama sobre la fugacidad de la existencia e imprimía en mí la visión del sexo como muerte. Su estatus de caso sin resolver era un muro que yo intentaba romper con mi curiosidad infantil.

Puse a mi mente a trabajar. Mis esfuerzos por encontrar explicaciones eran completamente inconscientes. Sencillamente me contaba a mí mismo historias mentales.

Esos relatos mentales resultaron contraproducentes. Mis historias diurnas de muerte mediante sierra y escarpelo me producían pesadillas terribles, despojadas de cualquier línea narrativa: lo único que veía era a Betty cortada, acuchillada, hurgada, revuelta y diseccionada.

Mis pesadillas poseían una crudeza y una fuerza en estado puro. Surgían de mi inconsciente con vívidos detalles. Veía a Betty destripada y descuartizada en un potro de tormento medieval. Veía a un hombre desangrándola en una bañera. La veía con los brazos y las piernas abiertos sobre una camilla.

Aquellas escenas hacían que me diera miedo dormir. Las pesadillas se presentaban de forma continuada o a intervalos impredecibles. Además, estaban los flashes diurnos que me asaltaban cuando menos lo esperaba.

Sentado en clase, aburrido, era presa de extrañas divagaciones mentales. Veía entrañas embutidas en un inodoro e instrumentos de tortura listos para ser utilizados.

Yo no conjuraba las imágenes voluntariamente. Parecían emerger de algún lugar más allá de mi voluntad.

Las pesadillas y los flashes diurnos continuaron toda la primavera y el verano. Sabía que eran el castigo divino por mis actos de voyeurismo y por mis hurtos. Dejé de robar y de fisgar por las ventanas de Hancock Park. Pero las pesadillas y los flashes diurnos continuaron.

Volví a robar y a fisgar. Un hombre me sorprendió en su jardín y salió corriendo detrás de mí. Dejé del todo de fisgar.

Las pesadillas y los flashes diurnos continuaron. La rutina de la repetición hizo que sus efectos disminuyesen. La obsesión por la Dalia Negra tomó nuevas formas en mi fantasía.

Rescaté a Betty Short y me convertí en su amante. La salvé de una vida de promiscuidad. Seguí la pista de su asesino y lo ejecuté.

Eran fantasías intensas, con una base narrativa. Gracias a ellas mi fijación por la Dalia perdió ese punto nauseabundo.

En septiembre del 59 empezaría a asistir al instituto de enseñanza media. Mi padre me dijo que debería comenzar a viajar en autobús por mi cuenta. Yo aproveché esa nueva libertad para profundizar en mi investigación sobre la Dalia.

Tomé varias veces el autobús que iba al centro, a la Biblioteca Pública Central. Leí los ejemplares microfilmados del *Herald Express* de 1947. Me enteré de todo lo relativo a la vida y la muerte de la Dalia Negra.

Betty Short procedía de Medford, Massachusetts. Tenía tres hermanas y sus padres estaban divorciados. En 1943 había visitado a su padre en California y se había quedado prendada de Hollywood y de los hombres de uniforme.

El *Herald* la llamaba «mundana» y «alocada». Deduje que tales apelativos significaban en realidad «prostituta». Quería ser estrella de cine. Estaba liada a la vez con varios pilotos del ejército. Una semana antes de su muerte un tipo llamado Red Manley la llevó en su coche desde San Diego. Ella no tenía dirección fija en Los Ángeles; durante meses había estado viviendo en pensiones cutres y apartamentos baratos. Frecuentaba bares y se dejaba invitar a copas y comidas por desconocidos. No paraba de contar mentiras absurdas. Su vida era indescifrable.

Yo comprendía de forma intuitiva aquella vida. Era una colisión caótica con el deseo masculino. Betty Short quería cosas fuertes de los hombres, pero era incapaz de identificar sus necesidades. Se reinventaba con despreocupación juvenil y se convencía de que era alguien original. Pero se equivocaba en sus cálculos. Ni era muy lista ni se conocía tan bien como

creía. Se transformó en un molde para galletitas que obedecía a fantasías masculinas establecidas hacía mucho tiempo. La nueva Betty era la antigua Betty abriéndose camino en medio de la ciénaga de Hollywood. Se convirtió en un cliché al que la mayoría de los hombres se querían follar y unos pocos querían matar. Ella deseaba llegar a extremos profundos, oscuros, intensos e íntimos con los hombres. Enviaba señales magnéticas. Conoció a un hombre con nociones de profundidad, oscuridad, intensidad e intimidad envueltas en rabia. El único acto de complicidad de la Dalia fue un hecho consumado de lo más común. Se transformó a sí misma para los hombres.

El *Herald* siguió la historia de la Dalia durante doce semanas seguidas. Recogió el enorme despliegue de investigaciones con pistas infructuosas y sospechosos chiflados, y publicó en primera plana confesiones falsas y otras ramificaciones tangenciales al caso.

Durante un tiempo cobró fuerza la teoría lésbica: Betty Short se habría movido en círculos de bolleras. La teoría de las películas de porno duro también tuvo largo recorrido: Betty podría haber posado para unas fotos pornográficas.

Hubo gente que delató a su vecino acusándolo de ser el asesino. Gente que delató a sus amantes por abandonarles. Gente que acudía a videntes para invocar el espíritu de la Dalia. La muerte de Elizabeth Short inspiró una pequeña histeria colectiva.

El Los Ángeles de posguerra se aglutinó en torno al cuerpo de una mujer muerta. La gente en masa cayó rendida al influjo de la Dalia. Se entretejieron en su historia de maneras extrañas y fantásticas.

La historia me emocionó y conmovió. Me llenó de un perverso sentimiento de esperanza.

La Dalia definió su tiempo y su lugar. Reclamó vidas desde la tumba y ejerció un gran poder.

Stephen Nash entró en la cámara de gas en agosto del 59. Justo antes de que lo ataran a la silla, escupió su chicle al capellán. Luego aspiró los gases de cianuro con una amplia sonrisa de suficiencia.

Unas semanas después ingresé en el instituto de enseñanza media John Burroughs. Harvey Glatman entró en la cámara de gas el 18 de septiembre. Le di la tabarra a mi padre para que me comprara una bicicleta. Nos las ingeniamos para sacarle un billete de cien a mi tía y compramos una Corvette Schwinn de un rojo manzana de caramelo.

La customicé hasta el más mínimo detalle. Le añadí un manillar curvo, alforjas de plástico, guardabarros tachonados con cristalitos y un velocímetro que marcaba doscientos veinte kilómetros por hora. Mi padre la llamaba mi «carromato de negro». Quedaba muy bonita, pero era muy pesada y lenta. Tenía que empujarla en las cuestas.

Ahora ya tenía mi propio vehículo. El nuevo instituto quedaba a cinco kilómetros de casa. Mi territorio de exploración crecía de forma exponencial.

En varias ocasiones fui con la bici a la esquina de la Treinta y nueve con Norton. En el descampado donde habían encontrado a Betty Short se alzaban ahora nuevas casas, que eliminé con mi imaginación. Dejé huellas de neumáticos derrapando sobre la acera, cerca de aquel lugar sagrado.

Seguía teniendo pesadillas con la Dalia. La conjuraba para combatir el aburrimiento de la escuela. Continué releendo *La Placa*, que me mantenía al corriente de la historia criminal de Los Ángeles.

1949: el escándalo sexual de Brenda Allen. Chicas de alterne conchabadas con policías corruptos. El pintoresco gángster Mickey Cohen. La muerte de «los dos Tonys» en 1951. Marie McDonald «el Cuerpo» y su falso secuestro. El escándalo de brutalidad policial conocido como la «Navidad Sangrienta».

Empecé a desarrollar una sensibilidad de prensa amarilla. Los delitos me entusiasmaban y asustaban en más o menos igual medida. Mi cerebro era un registro de informes policiales.

Seguí el caso de Ma Duncan por televisión. Ma Duncan tenía una pasión posesiva por su hijo Frank. Frank se casó con una enfermera joven y sexy, lo que hizo que Ma se pusiera celosa. La mujer contrató a dos borrachuzos mexicanos para que hicieran desaparecer a su nuera. Los tipos la secuestraron el 17 de noviembre de 1958. La llevaron a las colinas de Santa Bárbara y la estrangularon. Ma Duncan les pagó menos de lo pactado por el trabajito. Luego se fue de la lengua y se lo contó todo a un amigo. La policía de Santa Bárbara detuvo a Ma y a los mexicanos. En aquellos momentos estaban siendo procesados.

Seguí el caso Bernard Finch/Carole Tregoff. Finch era un médico mujeriego y vividor. Tregoff era su amante secreta. Finch tenía una lucrativa consulta en West Covina. Su esposa era asquerosamente rica... y Finch era su único heredero. En julio de 1959 los dos amantes simularon un robo y asesinaron a la señora Finch. El caso causó gran conmoción en la zona.

Seguí la lucha desesperada de Caryl Chessman por librarse de la cámara de gas. Mi padre me contó que Chessman le había arrancado los pezones a mordiscos a una mujer y que esta se había vuelto loca.

Mi padre compartía mi obsesión por los crímenes. Nunca intentó apartarme de mi inclinación monomaniaca. Yo podía leer lo que me diera la gana y ver la tele sin limitaciones. Me hablaba como a un colega y me contaba chismes jugosos de sus años en el lado oscuro de Hollywood.

Me contó que Rock Hudson era marica y que Mickey Rooney se tiraría una pila de leña aunque supiera que podía haber una serpiente dentro. Rita Hayworth era ninfómana: lo sabía por experiencia propia.

Éramos pobres. Nuestro apartamento apestaba a caca de perro. Yo

desayunaba galletas y leche cada mañana y cenaba hamburguesas o pizza congelada todas las noches. Llevaba ropas andrajosas. Mi padre hablaba solo y les decía a los comentaristas de la tele que se fueran a tomar por culo y que le chuparan la polla. Siempre andábamos en calzoncillos. Estábamos suscritos a revistas de chicas desnudas. Nuestra perra nos mordía de vez en cuando.

Estaba solo. No tenía amigos. Tenía la impresión de que mi vida no era del todo como debería ser.

Pero sabía ciertas cosas.

Mis padres me pusieron de nombre Lee Earle Ellroy. Con ello me sentenciaron a una existencia de trabalenguas de eles y es que, por defecto, solían traducirse en un «Leroy». Yo detestaba esos nombres. Y detestaba que me llamaran Leroy. Mi padre acabó admitiendo que la combinación Lee Earle y Ellroy apestaba. Decía que sonaba a nombre de chulo negro.

Él empleaba un alias en ocasiones. Atendía por James Brady y hacía algunos trabajos contables en farmacias bajo ese nombre para evitar pagar impuestos. Pronto tomé una decisión: algún día me quitaría el «Lee Earle» y mantendría el «Ellroy».

Mi nombre me trajo problemas en el instituto. Los abusones sabían cómo sacarme de quicio. Sabían que era un chaval tímido. Lo que no sabían era que llamarme Leroy me transformaba en un Sonny Liston.

En el John Burroughs no había muchos abusones, y unas cuantas confrontaciones brutales acabaron pronto con la epidemia del Leroy.

El John Burroughs era conocido como J. B. Se encontraba en la calle Seis con McCadden, en el límite sudoeste de Hancock Park. Allí pulí mi retorcida mente.

El ochenta por ciento de los estudiantes eran judíos. El veinte por ciento restante lo formaban algunos chicos ricos de Hancock Park y unos cuantos hijos de la chusma vulgar. El J. B. tenía buena reputación. Allí se matriculaba un buen número de alumnos brillantes.

Mi padre llamaba a los judíos «cerdos peseteros». Decía que eran más listos que la gente normal. Me advirtió que estuviese alerta: los chicos judíos eran muy competitivos.

Estuve alerta en el instituto. Manifesté mi vigilancia de manera perversa.

Me junté con otros perdedores. Metíamos de tapadillo revistas porno en la escuela y nos masturbábamos en retretes contiguos. Atormentábamos a un chaval retrasado que se llamaba Ronnie Cordero. Hacía reseñas orales de libros que no existían, y les colaba la trola a los mejores alumnos de mi clase de lengua y literatura. Tomé una postura muy controvertida en clase acerca de la captura de Adolf Eichmann, a quien comparé con el capitán Dreyfuss y con los chicos de Scottsboro.

Cultivé mi hostilidad hacia los judíos. Adopté la línea antipapista de mi madre y despotriqué contra los esfuerzos presidenciales de John Kennedy. Celebré la muerte de Caryl Chessman en la cámara de gas. Insté a mis compañeros a mostrarse favorables a la bomba atómica. Dibujé esvásticas y aviones Stuka en mis cuadernos.

Mis excentricidades buscaban escandalizar. Estaban inspiradas por la brillantez y la erudición que encontraba en el instituto. Mi fervor reaccionario era afinidad inversa.

Aquella brillantez se me contagió. Sacaba buenas notas con un esfuerzo mínimo. Mi padre contable me hacía los deberes de matemáticas y me preparaba chuletas para los exámenes. Durante las horas que pasaba fuera de la escuela podía dedicarme a leer y soñar libremente.

Leía novelas policiacas y veía programas de sucesos en la tele. Iba al cine a

ver películas policiacas. Construía maquetas de coches y las hacía arder con petardos. Robaba libros. Reventé una manifestación en Hollywood contra la bomba atómica arrojando huevos a algunos rojillos con pancartas. Desarrollé un intenso y palpitante amor por la música clásica.

Las pesadillas de la Dalia venían en oleadas intermitentes. Mis flashes diurnos se cohesionaban en torno a una imagen.

Betty Short estaba clavada a una diana giratoria. La mano de un hombre hacía girar la diana y acuchillaba a Betty con un cincel.

La imagen aparecía en visión subjetiva. La imagen me convertía en el asesino.

La Dalia me acompañaba siempre. Chicas de carne y hueso rivalizaban por mi corazón. Un asesino acechaba a todas las muchachas que me gustaban. Jill, Kathy y Donna vivían en constante peligro.

Mis fantasías de rescate eran minuciosas y detalladas. Mis intercesiones, rápidas y brutales. Mi única recompensa era el sexo.

Aceché a Jill, Kathy y Donna a la salida de clase. Merodeé por sus casas los fines de semana. Nunca hablé con ellas.

Mi padre no perdía el tiempo. Su amigo George me dijo que se tiraba a dos cobradoras de peajes de la autovía de Larchmont. Un día volví a casa por sorpresa y lo pillé in fraganti.

Era una tarde de calor. La puerta del apartamento estaba abierta. Subí por la escalera exterior y oí gemidos. Entré de puntillas y espí por la puerta entreabierta del dormitorio.

Mi padre estaba dándose un revolcón con una morena guapa y algo regordeta. La perra estaba en la cama con ellos, esquivando piernas e intentando dormir sobre el colchón que no cesaba de moverse.

Estuve un rato observando y volví a salir de puntillas.

Estaba abriendo los ojos con respecto a mi padre. Si de verdad había ganado todas aquellas medallas, debería ser tan famoso como Audie Murphy, el mayor héroe de guerra. Si realmente había tenido tanto empuje y talento, ahora mismo estaríamos viviendo a lo grande en Hancock Park. Mi padre era demasiado orgulloso como para vender por la calle sus diez mil cojines, pero no tanto como para agenciarse dinero de la póliza de seguros de mi madre.

Yo necesitaba tratamiento de ortodoncia. Pedí el dinero a mi tía Leoda y le saqué más del que precisaba. Mi padre pagó la primera factura del dentista y se embolsó el resto. Se retrasó en los pagos de mantenimiento y le dio veinte dólares a un cirujano dental barato para que me quitase los aparatos de la boca.

Era fácil engañar a tía Leoda. Yo la saqueaba con regularidad. Estaba malgastando mi fondo para la universidad, pero la idea no me preocupaba en absoluto.

Odiaba a Ed y Leoda Wagner y a mis primas Jeannie y Janet. Mi padre aborrecía profundamente al clan Wagner. Mi odio era una copia en papel carbón del suyo.

Leoda pensaba que mi padre había matado a mi madre. A él le hacía gracia la idea. Me contó que Leoda sospechaba de él desde el principio.

Me encantó la idea de «mi padre el asesino». Subvertía todo cuanto yo opinaba sobre la naturaleza pasiva de mi padre, confiriéndole cierta prestancia. Había matado a mi madre para hacerse con mi custodia. Sabía que yo la odiaba. Él era un asesino y yo un ladrón.

Mi padre no dejaba de alimentar las sospechas de tía Leoda. Le encantaba el drama que ello implicaba. Eso me impulsó a leer de nuevo aquel montón de recortes de periódico.

Lo hice. Comparé el rostro de mi padre con el retrato robot que la policía

había hecho del Hombre Moreno. No se parecían en nada. Mi padre no había asesinado a mi madre. Estaba conmigo en el momento de producirse el crimen.

En abril de 1961 Spade Cooley mató a su mujer de una paliza. El hombre iba hasta el culo de anfetaminas. Ella Mae Cooley quería deshacerse de Spade para rendir culto al amor libre. Quería tirarse a hombres más jóvenes.

Seguí el caso. Spade Cooley apeló y se libró de la cámara de gas. Se había cargado a Ella Mae en justa venganza.

Yo tenía trece años. Y estaba poseído por las mujeres muertas.

Vivía en dos mundos.

Mi mundo interior estaba regido por fantasías compulsivas. El mundo exterior se entrometía con demasiada frecuencia en él. Nunca aprendí a contener mis pensamientos y reservarlos para momentos privados. Mis dos mundos chocaban continuamente.

Deseaba impactar al mundo exterior. Quería asombrarlo con mi sentido del drama. Sabía que si la gente tenía acceso a mis pensamientos acabaría queriéndome. Era una presunción muy común entre los adolescentes.

Quería hacer públicos mis pensamientos. Tenía un aire exhibicionista, pero me faltaba presencia escénica y no sabía controlar los efectos. Resultaba un payaso desesperado.

Mi repertorio como actor era reflejo de mis obsesiones privadas. Me gustaba inspirarme en gánsters y en criminales nazis ocultos. Mi oficio era el «Noir Adolescente».

Mis foros eran aulas y patios de escuela. Lanzaba mis discursos a chicos estúpidos y maestros exasperados. Aprendí una verdad del viejo vodevil: solo tendrás la atención del público mientras lo hagas reír.

Mis fantasías eran serias y oscuras. Mi público tenía un bajo nivel de tolerancia en cuanto a mujeres viviseccionadas se refería. Aprendí a soltar tópicos para provocar la risa fácil.

Los principios de los sesenta eran terreno abonado para los cómicos. Me posicioné a favor de la bomba atómica, contra John Kennedy, contra los

derechos civiles y contra todo aquel revuelo por el muro de Berlín. Grité «¡Liberad a Rudolf Hess!» y abogué por la restauración de la esclavitud. Hice perversas imitaciones de JFK y me manifesté por la aniquilación nuclear de Rusia.

Unos cuantos maestros me llevaron aparte y me dijeron que mi actitud no tenía nada de graciosa. Mis compañeros de clase se reían de mí, no conmigo. Capté el mensaje: muchacho, vas por mal camino. Ellos captaron el mío: reíos de mí o conmigo, pero reíd.

Mis fantasías me servían para elaborar números de comediante marginal. Eran un puente esquizoide entre mis dos mundos.

Fantaseaba de forma incesante. Mi mente fantaseaba a toda máquina, haciendo que me saltara semáforos en rojo con la bicicleta. Entraba en los cines y me hacía montajes fantásticos con las películas que estaba viendo. Convertía novelas aburridas en lecturas intrigantes mediante el recurso de añadirles subtramas extemporáneas.

Mi único gran tema de fantasía era el CRIMEN. Mi único gran héroe era yo mismo, transformado. En un microsegundo dominaba el tiro con arco, el yudo y complejos instrumentos musicales. Yo era un detective que resultaba ser también un virtuoso del violín y del piano. Rescaté a la Dalia Negra. Me movía velozmente en coches deportivos y en triplanos Fokker de color rojo intenso. Mis fantasías eran profusamente anacrónicas.

Y saturadas de sexo.

Las mujeres del tipo Jean Ellroy me obsesionaban. Veía pelirrojas cuarentonas por la calle y les ponía el cuerpo de mi madre. En el curso de mis aventuras me acostaba con todas ellas. Pero me prometía en matrimonio con la última chica del instituto que aceleró mi corazón. Siempre abandonaba a las sustitutas de Jean Ellroy.

Mis fantasías eran persistentemente monocordes. Eran una barrera contra

el aburrimiento de la jornada escolar y mi miserable vida hogareña.

Ya le había tomado la medida a mi padre. A los catorce años ya era más alto que él. Supuse que podría darle una paliza. Mi padre era un cobarde y un artista del trapicheo.

Estábamos unidos por una necesidad casi pegajosa. Solo nos teníamos a nosotros mismos. Y ese «nosotros» a él lo ponía tierno y tonto. Yo cedía a ello en los momentos de debilidad, pero la mayor parte del tiempo conseguía refrenarlo. El amor del viejo hacia mí era empalagoso y contradecía su visión profana de la vida. Lo quería cuando llamaba al presidente Kennedy «soplapollas católico» y lo odiaba cuando lo veía llorar con el himno nacional. Me gustaban sus historias de burdel y lo aborrecía cuando adornaba sus hazañas en la Primera Guerra Mundial. No quería reconocer la simple verdad: la pelirroja era mejor alternativa como familia monoparental.

La salud del viejo empezaba a flaquear. Tenía fuertes accesos de tos y le daban mareos. Hizo un poco de dinero en la época de declaraciones fiscales y se dedicó a holgazanear en el piso mientras consumía los billetes. Cuando solo le quedaron diez dólares, buscó más trabajo en las farmacias. Entonces reapareció con fuerza su fervor por enriquecerse rápidamente.

Dirigió un espectáculo en el Cabaret Concerttheatre. En él participaban jóvenes comediantes y cantantes. Mi padre entabló amistad con un cómico llamado Alan Sues.

El espectáculo fracasó. Mi padre y Alan Sues abrieron una sombrerería. Sues diseñaba los modelos. Mi padre llevaba la contabilidad y enviaba los sombreros por correo. La sociedad se fue a pique al poco tiempo.

Mi padre volvió a sus trabajos esporádicos para farmacias. Estaba a punto de cumplir los sesenta y cinco. Tomaba Alka-Seltzer para las úlceras al mismo ritmo que mi madre engullía bourbon. Casi todo el año 62 estuvimos sin un centavo.

Conseguí sacarle más dinero a la tía Leoda. La frase «Necesito ir al dentista» obraba maravillas. Durante semanas nos sobraron los billetes de cincuenta. Y le robaba a mi padre para aumentar mis ingresos personales.

Mi padre me enviaba a la tienda a comprar comida. Yo robaba la mayor parte y me embolsaba el dinero de los productos. Llevaba un fajo de billetes de dólar prendido con un clip al estilo Las Vegas.

Subía con mi pesada bicicleta a lo alto de Hollywood y bajaba hasta la playa. Iba a la biblioteca pública del centro. Me gustaba pedalear y sincronizar mis fantasías con las escenas de la calle. Me gustaba rondar por los lugares donde vivían Jill, Kathy y Donna.

Mientras iba en bici, robaba. Hurtaba libros en la Pickwick Shop y afanaba material escolar en Rexall Drugs. Robaba sin vacilación y sin ápice de remordimiento.

Mi presencia sobre dos ruedas no pasaba desapercibida. Era un pequeño maleante suelto por la ciudad. Medía más de un metro ochenta y pesaba setenta kilos. Los granos también formaban parte de mi voluminoso porte. Mi bicicleta supercustomizada despertaba risas y comentarios burlones.

Los Ángeles significaba libertad a lo grande. Mi barrio significaba autolimitación. Mi mundo exterior inmediato todavía quedaba rígidamente circunscrito: de Melrose a Wilshire, de Western a Rossmore. Aquel mundo estaba lleno de mis coetáneos del baby-boom.

Yo quería estar con ellos. Conocía a unos cuantos del instituto y a otros cuantos de mis enfrentamientos en el barrio. Sabía el nombre de todos ellos y conocía la reputación de la mayoría. Ansiaba su amistad y para conseguirla no dudaba en degradarme.

Intenté comprar su afecto con los excedentes de cojines japoneses, pero se rieron de mí. Invité a algunos a mi casa y los vi retroceder ante la peste a caca de perro. Intenté amoldarme a sus modelos de conducta y me traicioné con un

lenguaje soez, poca higiene y expresiones de admiración hacia George Lincoln Rockwell y el Partido Nazi Americano.

Mi actitud exhibicionista era puramente autodestructiva. Me resultaba imposible rebajar el tono de mi actuación. Estaba programado para sobreactuar y alienar. Los esfuerzos por adaptarme desencadenaron un efecto contrario en mi interior: me desconecté del resto y seguí comportándome como un gamberro adolescente.

A otros gamberros les encantó mi actuación y se sumaron a mi causa. Gobernaba a mi colonia de gamberros de modo imperioso. No respetaba a aquellos que me consideraban interesante. Mis amistades escolares se consumían pronto. La mayoría de mis colegas eran judíos, predispuestos a desconfiar de cualquier palabrería nazi.

Mis amistades empezaban en compañerismo nihilista y terminaban en inútiles peleas a puñetazos. Yo ganaba la mayor parte de las veces, valiéndome de tácticas sorpresa y recurriendo a todas mis fuerzas de perdedor. El patrón se repetía una y otra vez.

Trabé amistad con un chaval del barrio. Empezamos a pajearnos mutuamente. Fue mi primer contacto sexual. Resultaba vergonzoso, excitante, asqueroso y jodidamente aterrador.

Nos la cascábamos el uno al otro en su casa y en la mía y en las azoteas de nuestros bloques. Extendíamos algunos *Playboy* en el suelo y los mirábamos mientras procedíamos. Sabíamos que no éramos maricas. Nuestro límite quedaba claramente marcado en la masturbación mutua.

Yo sabía que no era homosexual. Mis fantasías así lo demostraban. Consulté el Informe Kinsey para confirmarlo.

Según el doctor Kinsey, la actividad homosexual juvenil era algo habitual. Pero no decía nada acerca de mis verdaderos temores:

¿Podían las pajas mutuas convertirte en un marica? ¿El mero hecho de

entregarte a tales prácticas te estigmatizaba de alguna manera reconocible?

Yo era un pequeño cabrón salido. Las pajas mutuas eran mejor que las pajas autopropulsadas. Mi amigo y yo nos la cascábamos el uno al otro varias veces a la semana. Me encantaba y lo aborrecía. Aquello estaba volviéndome jodidamente loco.

Tenía miedo de que mi padre nos pillara. Tenía miedo de empezar a emitir vibraciones maricas. Tenía miedo de que Dios me convirtiese en un marica, un justo castigo por todos mis años de robos.

Mis temores fueron en aumento. Sentía que la gente penetraba en mi mente. Aumenté la intensidad de mis fantasías heterosexuales, una estrategia para disuadir a la gente de sintonizar con mis ondas cerebrales.

Tenía miedo de hablar en sueños y alertar al viejo sobre mi posible condición de marica. Soñaba con que me llevaban a juicio por invertido. Y aquellos sueños me aterrorizaban más que mis peores pesadillas con la Dalia Negra.

Dejé de verme con mi amigo. Al cabo de unas semanas me llamó y me pidió que el domingo por la mañana le hiciera la ruta del reparto de periódicos, ya que quería ir al lago Arrowhead con su familia.

Le dije que lo haría. Ese domingo dormí hasta tarde, fui en la bici hasta su casa y arrojé todos sus ejemplares del *Herald* en un cubo de basura. El lunes mi amigo me buscó en el instituto.

Acepté su desafío y propuse un combate a seis asaltos, con guantes de boxeo, árbitro y jueces. Mi amigo accedió a las condiciones.

Programamos la pelea para el domingo siguiente. Nuestra voluntad de machacarnos demostraba que no éramos maricas.

Recluté un árbitro, tres jueces y un cronometrador. El jardín delantero de la casa de Ellie Beers serviría de ring. Se presentaron unos cuantos

espectadores. Aquel iba a ser el acontecimiento juvenil del barrio de finales de primavera del 62.

Mi amigo y yo llevábamos guantes de doce onzas. Los dos éramos delgados y medíamos un metro ochenta. No teníamos ni idea de técnica pugilística: nos empujamos, nos zarandeamos, nos lanzamos golpes desmañadamente y nos sacudimos de lo lindo durante seis asaltos de tres minutos. Terminamos deshidratados y mareados, apenas podíamos mantenernos en pie y éramos incapaces de levantar los brazos.

Perdí, pero el fallo no fue unánime. La pelea tuvo lugar por la época del segundo combate entre Emile Griffith y Benny «Kid» Paret. Griffith machacó a Paret hasta matarlo. Se decía que Griffith odiaba a Paret. Se decía que Paret iba diciendo por ahí que Griffith era marica.

Yo sabía que no era marica. La pelea lo demostraba. Nadie estaba hurgando en mis ondas cerebrales. Era una idea jodidamente estúpida.

Vivía de ideas, estúpidas o no. Me empapaba de ideas desquiciadas. Revisaba desde una perspectiva perversa los argumentos que me proporcionaban los libros y las películas.

Mi mente era una esponja cultural. Carecía de dotes interpretativas y no poseía el menor don para la abstracción. Me nutría de ficciones, hechos históricos y minucias de índole general, y pergeñé una visión descabellada del mundo a partir de fragmentos de datos.

La música clásica mantenía mi mente activa y alerta. Me perdía en Beethoven y en Brahms. Sinfonías y conciertos me producían el mismo efecto que complejas novelas. Crescendos y pasajes de calma formaban narraciones entre líneas. La alternancia de movimientos rápidos y lentos me ponía en un estado de caída libre mental.

Los noticiarios nocturnos me proporcionaban hechos que entretejía formando una trama general y que contextualizaba para que se adecuaran a mi fantasía del momento. Relacionaba sucesos inconexos y ungía héroes a mi perverso antojo. Un atraco a una licorería podía convertirse en un piquete nazi contra la película *Éxodo*. Atribuía todos los homicidios al asesino de la Dalia Negra, que en ese mismo instante estaba acechando a Jill, a Kathy y a Donna. Desenredé los hilos ocultos que conectaban sucesos en apariencia ajenos entre sí. Trabajaba desde una mansión de Hancock Park. Estaba rodeado de lacayos, como Vic Morrow en *Retrato de un gángster* o ese inglés alto que protagonizaba *El barón Sardonius*.

Saqueé la cultura popular y con el botín que obtuve amueblé mi mundo interior. Hablaba en un lenguaje especializado de mi invención y contemplaba el mundo exterior a través de gafas de rayos X. Veía actos criminales por todas partes.

El CRIMEN unía mis dos mundos, el interior y el exterior. El sexo clandestino y la profanación aleatoria de mujeres eran actos criminales. El crimen era algo tan banal y enrarecido como la mente de un chaval siempre alerta.

Yo era un anticomunista comprometido y, en un grado algo menor, racista. Judíos y negros eran peones en la conspiración comunista mundial. Vivía de acuerdo con la lógica de la verdad secuestrada y de agendas ocultas. Mi mundo interior estaba fijado de manera obsesiva y resultaba tan curativo como debilitante. Transformaba en prosaico el mundo exterior y hacía que mi tránsito diario por él resultara soportable.

Mi viejo gobernaba ese mundo exterior. Lo regía de modo permisivo y me mantenía a raya con esporádicos estallidos de desprecio. Me consideraba débil, holgazán, indolente, falso, fantasioso y terriblemente neurótico. No comprendía que yo era su viva imagen.

Yo lo tenía calado, y él a mí. Empecé a excluirlo de mi vida. Era el mismo proceso de distanciamiento que había utilizado con mi madre.

Algunos chicos del barrio también me calaron y me dejaron entrar en su grupo. Eran marginados con buenas aptitudes sociales. Se llamaban Lloyd, Fritz y Daryl.

Lloyd era un chaval gordo procedente de un hogar roto. Hijo de una fundamentalista cristiana, era tan mal hablado como yo y compartía mi afición por los libros y la música. Fritz vivía en Hancock Park y le gustaban las bandas sonoras de películas y las novelas de Ayn Rand. Daryl era un bruto, un deportista y un nazi rayando en la subnormalidad, de ascendencia medio judía.

Me dejaron entrar en su grupo y me convertí en su subalterno, bufón y secuaz. Me consideraban un tipo de lo más gracioso. Mi descontrolada vida hogareña les chocaba y les divertía.

Íbamos en bici a los cines de Hollywood, yo siempre unos cien metros por detrás, pues mi pesada Schwinn Corvette costaba mucho de impulsar. Escuchábamos música y hablábamos de sexo, de política, de libros y de nuestras ideas más descabelladas.

No conseguía hacerme valer intelectualmente. Mi sentido del discurso estaba internamente dirigido y canalizado hacia la narrativa. Mis amigos consideraban que no era tan inteligente como ellos. Se reían de mí, me acosaban y me convertían en objeto de sus burlas.

Yo encajaba sus pullas y seguía volviendo a por más. Lloyd, Fritz y Daryl tenían un olfato muy fino para la debilidad y eran duchos en el arte masculino de mostrarse superiores. Su crueldad era hiriente, pero no hasta el punto de hacerme abandonar su amistad.

Yo era flexible y resistente. Sus pequeños desprecios me hacían llorar y experimentar una intensa pena durante diez minutos como máximo. Sus

agresiones emocionales dejaban mis heridas cauterizadas y listas para ser reabiertas.

Era un caso clínico de intransigencia adolescente. Yo tenía en mi poder un comodín revestido en acero blindado, de origen patológico y empíricamente válido: la capacidad de replegarme en mí mismo y habitar un mundo elaborado por mi mente que solo me pertenecía a mí.

La amistad conllevaba algunas indignidades menores. Las risotadas que compartía con aquellos chavales significaban adoptar un papel subordinado. El coste resultaba insignificante. Yo era experto en sacar beneficio de las desavenencias.

Por entonces ignoraba que los costes se acumulan. No sabía que uno siempre paga por lo que reprime.

En junio del 62 terminé la secundaria. A lo largo de ese verano leí, robé, me masturbé y fantaseé. En septiembre ingresé en el instituto Fairfax.

Mi viejo insistió en el Fairfax. Había un noventa y pico por ciento de judíos y parecía más seguro que el instituto Los Ángeles, que era el que supuestamente me correspondía. El L. A. estaba lleno de chicos negros y duros. Mi viejo imaginaba que me matarían en cuanto abriera la boca. Alan Sues vivía a pocas calles del Fairfax. Así que el viejo dio la dirección de Alan y soltó a su hijo nazi en el corazón del barrio judío del oeste de Los Ángeles.

Fue una experiencia cultural que me dejó totalmente descolocado.

En el John Burroughs me sentía seguro. El Fairfax me resultaba peligroso. Lloyd, Fritz y Daryl se habían matriculado en otros institutos. Mis conocidos de Hancock Park estaban lejos, en academias preparatorias. Me sentía un forastero en una jodida tierra extraña.

Los chicos de Fairfax eran ferozmente brillantes y sofisticados. Fumaban y

conducían coches. El primer día de clase se burlaron de mí sin compasión al verme aparecer en mi Schwinn Corvette.

Comprendí que allí mi numerito no serviría de nada. Me replegué en mí mismo y contemplé el terreno con cierto distanciamiento.

Asistí a clases y mantuve la boca cerrada. Me deshice de mis ropas propias de la Ivy League e imité el vestir de los alumnos más enrollados de Fairfax: pantalones ajustados, suéter de alpaca y botas puntiagudas. La indumentaria no me pegaba para nada; con ella parecía una mezcla de chico asustadizo y cantante de salón frustrado.

El instituto Fairfax me sedujo. Fairfax Avenue me sedujo. Me encantó la onda insular *yiddish*. Me encantaba oír a los mayores parlotear en aquel desconcertante lenguaje gutural. Mi reacción confirmó la teoría del viejo: «Solo dices esas mierdas nazis porque quieres llamar la atención».

Trabajé con ahínco e intenté adaptarme. La metodología me eludió. Conocía la manera de desquiciar, de provocar, de comportarme como un bufón y, en general, de hacer un espectáculo de mí mismo. La noción de un simple contrato social entre iguales me resultaba completamente ajena.

Estudié. Seguí leyendo montones de novelas de detectives y yendo a ver películas policiacas. Dejé volar la fantasía y seguí con la bici a alguna chica desde la escuela hasta su casa. Mi capacidad de asimilación se estancó. Envié al carajo la magnanimidad. Me harté de ser un anglosajón protestante anónimo en medio de una comunidad judía. No soportaba ser ignorado.

El Partido Nazi Americano estableció un puesto avanzado en Glendale. La Legión Americana y la Asociación de Veteranos de Guerra Judíos querían que se marcharan. Me acerqué en bicicleta a la oficina de los nazis y compré diversos artículos por valor de cuarenta dólares.

Me llegó para un brazalete nazi, varios ejemplares de la revista *Stormtrooper*, un disco llamado *Ship Those Niggers Back* de Odis Cochran

and the Three Bigots, unas docenas de pegatinas con lemas racistas y doscientos «Pasajes de Barco para África», unos tíquets de broma para que los negros hicieran un viaje de ida al Congo en una barcaza que hacía aguas. Yo estaba encantado con mi nuevo material. Era divertido y escandalizador.

Me ponía el brazalete en mi casa. Pinté esvásticas en el cuenco del agua de la perra. Mi padre empezó a llamarme «Der Führer» y «soplapollas nazi». Se hizo con un gorrito judío y se lo ponía por casa para fastidiarme.

Fui en bici a la librería Poor Richard y compré un surtido de panfletos de extrema derecha. Algunos se los envié por correo a las chicas con las que estaba obsesionado y otros los fui metiendo en buzones por todo Hancock Park. Lloyd, Fritz y Daryl me expulsaron de su grupo. Resultaba demasiado raro y patético.

Mi padre llevaba mucho tiempo sin conseguir trabajo. Nos retrasamos en el pago del alquiler y nos echaron del apartamento. El casero dijo que sería preciso fumigarlo. La acumulación de efluvios caninos durante cinco años había hecho inhabitable el lugar.

Nos mudamos a un cuchitril más barato a unas pocas manzanas. La perra empezó a aplicarse en la nueva casa. Yo hice mi primer numerito nazi en el instituto Fairfax.

Mis declaraciones en clase me costaron muestras de desprecio y algunas risas. Proclamé mi intención de establecer el Cuarto Reich en el sur de California, deportar a todos los negros a África y engendrar genéticamente una nueva raza dominante a partir de mi propia simiente. Nadie me consideraba una amenaza. Era un führer inocuo.

Me mantuve en mis trece. Algunos profesores llamaron a mi padre y lo pusieron al corriente de lo que sucedía. Él les dijo que no me hicieran caso.

La primavera del 63 marcó el punto álgido de mi *blitzkrieg*. Interrumpía las clases, repartía panfletos racistas y vendía «Pasajes de Barco para África» a

diez centavos cada uno. Un judío grandullón me acorraló en la rotonda del instituto y me dio una buena paliza. Conseguí atizarle un puñetazo... y me torcí todos los dedos de la mano derecha.

La paliza no solo no me desanimó, sino que validó mi actitud. Ya nadie me ignoraría.

El verano del 63 transcurrió de forma borrosa. Leí novelas de misterio, fui a ver películas policiacas, imaginé escenarios para crímenes y aceché a Kathy por Hancock Park. Robé libros, comida, maquetas de aviones y bañadores Hang-Ten para vendérselos a niños surfers. Mi pasión nazi se moderó. No tenía gracia sin un público entregado.

Mi madre llevaba cinco años muerta. Rara vez pensaba en ella. Su asesinato no ocupaba ningún lugar en mi panteón del crimen.

De vez en cuando seguía teniendo pesadillas con la Dalia Negra. Todavía estaba obsesionado con ella. Era el centro de mi mundo criminal. Aún no sabía que la Dalia era la pelirroja metamorfoseada por mi subconsciente.

Las clases se reanudaron en septiembre. Volví a mi rutina nazi y actué ante un público aburrido.

El abismo entre mi mundo interior y el exterior era cada vez mayor. Quería dejar los estudios definitivamente y vivir dedicado por entero a mis obsesiones. La educación formal no valía nada. Estaba destinado a convertirme en un gran novelista. Los libros que me gustaban constituían mi verdadero currículum.

En septiembre empezó en televisión la serie *El fugitivo*. Me enganché a ella enseguida.

Se trataba de una serie negra para consumo de masas. Un médico acusado injustamente de asesinato huía para librarse de la silla eléctrica. Cada semana

llegaba a una ciudad distinta y la mujer más atractiva del lugar se enamoraba, indefectiblemente, de él. Un policía meticulado hasta extremos patológicos perseguía al médico. Los representantes de la autoridad eran corruptos y retorcidos por el ejercicio de su poder. La serie bullía de deseo sexual. Las actrices invitadas me agarraban por las gónadas y no me soltaban.

Siempre rondaban la treintena y eran más hermosas que guapas. Respondían al estímulo masculino con cautela y avidez. La serie olía a sexo real a la vuelta de la esquina. Las mujeres eran complicadas y turbulentas. Sus deseos poseían una carga psicológica. Todos los martes a las diez de la noche la televisión me ofrecía a Jean Ellroy.

Transcurrió el otoño del 63. El primero de noviembre volví a casa del instituto y me encontré a mi padre sentado en un charco de orina y heces. Se retorció y babeaba, lloraba y balbucía. Su tensa musculatura se había vuelto flácida en un solo día.

Fue una visión horrible. Yo también me eché a llorar y a balbucir. Él se limitó a mirarme, con los ojos muy abiertos y la vista desenfocada.

Lo limpié y llamé a su médico. Llegó una ambulancia. Dos enfermeros se apresuraron a llevarse a mi padre al Hospital de Veteranos.

Me quedé en casa y limpié los restos de suciedad. Un médico telefoneó para decir que mi padre había sufrido una apoplejía. No moriría y era muy probable que se recuperara. Tenía el brazo izquierdo parcialmente paralizado y por el momento su habla era ininteligible.

Tenía miedo de que se muriera. Tenía miedo de que viviera y me matara con aquellos grandes ojos acuosos.

Empezó a recuperarse. Al cabo de unos días su capacidad de hablar mejoró y volvió a mover ligeramente el brazo paralizado.

Lo visité a diario. El pronóstico era bueno, pero el viejo ya no era el mismo.

En apenas una semana el viril artista del trapicheo se había convertido en un tierno chiquillo. La transformación me desgarró el corazón.

Tuvo que leer cartillas escolares para conseguir que la lengua y el paladar trabajasen de manera sincronizada. Su mirada decía: «Quiéreme, estoy desvalido».

Intenté quererlo. Mentí sobre mis progresos en el instituto y le dije que le mantendría cuando me pagaran bien como escritor. Mis mentiras lo animaron como años antes las suyas me animaron a mí.

La mejoría continuó. Le dieron el alta el 22 de noviembre, el día que se cargaron a JFK. Volvió a fumarse sus dos paquetes al día. Volvió al Alka-Seltzer. Volvió a su antiguo hablar despreocupado con tan solo un leve arrastrar de las palabras, pero sus condenados ojos lo delataban.

Estaba aterrorizado e indefenso. Yo era su escudo contra la muerte y contra un lento apagarse en un asilo de ancianos. Yo era cuanto tenía.

Pasó a vivir de la Seguridad Social. Nuestro tren de vida bajó en consonancia. Robaba la mayoría de los productos que comíamos y lo cocinaba casi todo con alto contenido en sal y en colesterol. Faltaba a clase constantemente y suspendí el undécimo grado.

Sabía que mi padre era hombre muerto. Quería cuidarlo y al mismo tiempo quería verlo muerto. No quería que sufriera. Quería quedarme solo en mi mundo de fantasía que lo impregnaba todo.

El viejo comenzó a resultar asfixiantemente posesivo. Estaba convencido de que mi mera presencia podía alejar las apoplejías y otros castigos divinos. Yo me burlaba de sus demandas. Ridiculizaba su hablar arrastrado. Me quedaba hasta tarde pedaleando sin rumbo por las calles de Los Ángeles.

No conseguía escapar de su mirada. No encontraba un jodido modo de negar su poder.

En mayo del 64 me detuvieron por robar en una tienda. Un vigilante de

incógnito me pilló cuando me llevaba seis bañadores. Me detuvo y me abroncó durante horas. Me dio golpecitos en el pecho y me obligó a firmar un documento reconociendo mi culpa. Me soltó a las diez de la noche, mucho después de la hora en que debía estar en casa.

Cuando llegaba en la bici vi una ambulancia delante de nuestro edificio. Mi padre estaba en una camilla en la parte de atrás. El conductor me dijo que acababa de sufrir un leve ataque cardíaco.

Mi padre me fulminó con la mirada. «¿Dónde estabas?», decían sus ojos.

Se recuperó y regresó a casa. Volvió a fumar y a tomar Alka-Seltzer. Estaba condenado a morir. Yo estaba condenado a vivir a mi manera. La vida se había convertido en el show de Lee Ellroy. Se representaba ante públicos furiosos y nada impresionados en la escuela y fuera de ella.

Provoqué peleas con chicos más pequeños. Forcé la entrada del cobertizo situado detrás de la autovía de Larchmont y robé botellas de refresco vacías por valor de sesenta dólares. Hice llamadas telefónicas obscenas. Llamé con amenazas de bomba a institutos de toda la zona de Los Ángeles. Reventé un puesto de perritos calientes, robé carne congelada y la arrojé a la cloaca. Proseguí con mis prácticas cleptómanas y repetí undécimo grado con ánimo hosco, holgazán y nazificado.

Cumplí los diecisiete en marzo del 65. Para entonces ya medía un metro ochenta y cinco y las perneras de mis pantalones terminaban varios dedos por encima de los tobillos. Mis camisas estaban salpicadas de sangre y pus por las explosiones de acné quístico. Yo quería ESCAPAR de todo aquello.

El viejo también se merecía un final rápido. Igual que la pelirroja.

Pero sabía que mi padre resistiría y moriría lentamente. Y también sabía que no quería presenciarlo.

En clase de lengua lancé una proclama en favor de los nazis y me

expulsaron del instituto durante una semana. Cuando regresé, volví a hacerlo. Esta vez la expulsión fue definitiva.

Me sentía atraído por lugares lejanos. El paraíso asomaba más allá del condado de Los Ángeles. Le dije al viejo que quería alistarme en el ejército. Me dio permiso para hacerlo.

El ejército fue un grave error. Lo supe en el instante en que presté juramento.

Llamé a mi padre desde el centro de reclutamiento y le dije que ya me había alistado. Se derrumbó y empezó a sollozar. Una vocecilla en la cabeza me decía: «Con esto lo has matado».

Subí a un avión con una docena de reclutas. Volamos a Houston, Texas, e hicimos escala con rumbo a Fort Polk, Luisiana.

Era principios de mayo. Fort Polk era un lugar caluroso, húmedo y plagado de insectos, tanto voladores como rastrosos. Unos sargentos con pinta de duros nos hicieron formar y nos soltaron la primera arenga.

Entonces supe que mi vida en libertad había terminado. Y quise ESCAPAR de allí de inmediato.

Un sargento nos envió al centro de recepción de reclutas. Quería decir: «He cambiado de idea. Por favor, déjenme ir a casa». Sabía que no podría soportar la disciplina y el trabajo duro que se avecinaban. Sabía que debía ESCAPAR de allí.

Llamé a casa. El viejo respondió con incoherencias. El pánico se apoderó de mí y empecé a suplicarle a un oficial. Tras escucharme y mirarme de arriba abajo, me envió a la enfermería.

Me examinó un doctor. Yo temblaba como una hoja y estaba en condiciones de ofrecer una buena actuación. Tenía miedo por mi padre y

tenía miedo del ejército. Me encontré calculando las ventajas en pleno ataque de pánico.

El doctor me inyectó un potente tranquilizante. Regresé al barracón dando tumbos y caí redondo sobre mi litera.

Desperté después del rancho de la cena. Me sentía aturdido y arrastraba las palabras al hablar. Una idea fue tomando cuerpo en mi mente.

Lo único que tenía que hacer era exagerar unos pocos grados el miedo por la seguridad de mi padre.

A la mañana siguiente comencé a tartamudear. Resulté convincente desde la primera sílaba. Era un actor del Método aprovechando los recursos que me ofrecía la vida real.

El sargento de mi pelotón se tragó la actuación. Pero yo no era un gran actor, solo un mero comicastro. Escribí una nota al sargento expresando mi grave preocupación por mi padre. El oficial lo llamó y me dijo: «No suena muy bien».

Fui asignado a una unidad: Compañía A, 2.º Batallón, 5.ª Brigada de Instrucción. Desde el momento en que recibí el uniforme me calificaron de posible pirado. El comandante de la compañía escuchó mi torturado discurso y dijo que yo no era un elemento adecuado para aquel ejército.

Un miedo real dio forma a mi actuación. Un sentido dramático innato acabó de pulirla. En un momento de nervios podría haber estallado de verdad. Mi cuerpo largo y crispado era una herramienta de gran actor.

Empecé la instrucción básica. Soporté dos días de marchas y de las chorradas militares de rigor. Mis compañeros sobresalían a mi lado; yo era un payaso tambaleante llegado de Marte.

El comandante de la compañía me llamó a su despacho. Dijo que se me concedía un permiso de dos semanas y que la Cruz Roja me llevaría a casa. Mi padre acababa de sufrir otra apoplejía.

El viejo tenía un aspecto sorprendentemente bueno. Compartía habitación con otro hombre que también había sufrido una embolia.

El tipo me contó que todas las enfermeras estaban alucinadas con el enorme cacharro de mi padre. Lo comentaban entre risitas y se lo miraban mientras él dormía.

Durante dos semanas visité a mi padre a diario. Le dije que iba a volver a casa para ocuparme de él. Hablaba en serio. El miedo al mundo exterior real me impulsaba a quererlo de nuevo.

El permiso fue toda una liberación. Adorné mi uniforme con insignias de excedentes de guerra y me paseé por Los Ángeles como si fuera todo un personaje. Llevaba las alas de paracaidista, la placa de infantería de combate y cuatro galones de méritos en campaña. Era el soldado raso más autocondecorado de la historia militar.

A finales de mayo volé de regreso a Fort Polk. Volví a mi fingido tartamudeo y actué ante un psiquiatra militar. El hombre recomendó que me licenciaran de inmediato. Su informe señalaba «dependencia extrema de figuras de apoyo», «bajo rendimiento en situaciones de estrés» y «marcada incompetencia para el servicio militar».

Aprobaron mi licenciamiento. Tardarían un mes en completar el papeleo.

Lo había conseguido. Había conseguido engañarlos, había hecho que me creyeran.

La Cruz Roja llamó unos días más tarde. Mi padre acababa de sufrir otra apoplejía.

Pude verlo por última vez. La Cruz Roja me llevó junto a él justo antes de

que expirara.

Estaba muy demacrado. Tenía tubos metidos por la nariz y los brazos. Estaba lleno de agujeros y manchado de desinfectante rojo.

Sostuve su mano derecha junto a la barandilla de la cama y le dije que se pondría bien. Sus últimas palabras inteligibles fueron: «Trata de ligarte a todas las camareras que te sirvan».

Una enfermera me hizo salir y me llevó a una sala de espera. Al cabo de unos minutos entró un médico y me dijo que mi padre había muerto.

Era el 4 de junio de 1965. Había sobrevivido a mi madre menos de siete años.

Caminé hasta Wilshire y tomé un autobús de regreso al motel. Meforcé a llorar, tal como había hecho con la pelirroja.

El ejército me soltó en julio. Obtuve un licenciamiento general «honroso». Era libre, blanco, y solo tenía diecisiete años. Había quedado exento de reclutamiento justo cuando empezaba a caldearse lo de Vietnam.

Mis compañeros reclutas recibirían una instrucción acelerada y probablemente serían enviados a Vietnam. Esquivé sus balas con el aplomo de un actor del Método. Pasé el último mes en Fort Polk devorando novelas policiacas. Seguí tartamudeando y vagando por el barracón de la Compañía A. Engañé a todo el ejército de Estados Unidos.

Volví a Los Ángeles y fui directamente a mi antiguo barrio. Encontré un apartamento de una sola habitación en el cruce de Beverly con Wilton. El ejército me había mandado de regreso a casa con quinientos dólares. Falsifiqué la firma de mi padre en sus tres últimos cheques de la Seguridad Social y los cambié en una licorería. Mi cuenta bancaria engordó hasta alcanzar los mil dólares.

Mi tía Leoda prometió enviarme cien dólares cada mes. Me advirtió de que el dinero del seguro no iba a durarme siempre. Me inscribió para que obtuviera las ayudas de la Seguridad Social y de la Asociación de Veteranos, una especie de pensión mínima de orfandad que terminaría cuando cumpliera dieciocho años. Insistió en que volviera a la escuela. Los chicos que estudiaban con plena dedicación seguían cobrando hasta los veintiún años.

Se alegraba de que mi padre hubiese muerto. Seguramente la ayudaba a mitigar la pena por la muerte de mi madre.

La escuela era para frikis y espásticos. Mi lema era «Vive libre o muere».

Minna había acabado en la perrera. Mi antiguo apartamento estaba cerrado a cal y canto. El propietario se había quedado las pertenencias de mi padre a cambio de los alquileres atrasados. Mi nuevo cubil era una maravilla. Tenía cuarto de baño, una pequeña cocina americana y una sala de tres metros y medio por uno y medio con una cama empotrada. Llené las paredes con pegatinas derechistas y con despleables de las *playmates* del mes.

Durante una semana salí de casa con el uniforme. Me planté ante la tumba de mi padre y alardeé de mi traje verde del ejército repleto de insignias inmerecidas. Me hice con un nuevo vestuario de Silverwoods y Desmonds'. Era puro estilo Hancock Park: camisas de madrás, jerséis de cuello redondo y pantalones de pana fina.

Los Ángeles estaba resplandeciente y hermoso. Sabía que justo allí, en mi ciudad natal, perseguía algún destino jodido y cambiante.

Metí el dinero en el banco y empecé a buscar trabajo. Encontré uno repartiendo propaganda por la calle, pero al cabo de una semana lo dejé por puro aburrimiento. Luego trabajé como mozo en el restaurante Sizzler, uno de los más conocidos de Los Ángeles, pero me despidieron porque se me caían montones de platos. Después encontré trabajo en la cocina de un Kentucky Fried Chicken, de donde me echaron por hurgarme la nariz delante de los clientes.

Tuve tres empleos diferentes en dos semanas. Resté importancia a mis fracasos y decidí pasar el verano sin trabajar.

Lloyd, Fritz y Daryl me redescubrieron. Yo tenía piso propio, lo cual me convertía en un lacayo viable.

Me permitieron entrar de nuevo en su grupo, que se convirtió en quinteto con la aparición de un chico brillante llamado George. Fritz y George iban a

ingresar respectivamente en la USC y en Cal-Tech. A Lloyd y a Daryl les quedaba todavía otro año de instituto.

El grupo se reunía en mi piso y en el de George. El padre de George, Rudy, era agente de la Patrulla de Caminos y un redomado chiflado derechista. Se emborrachaba cada noche e insultaba a los liberales y a Mamón Luther King. Le encantó lo de mis «Pasajes de Barco para África» y demostró un interés paternal por mí.

Tener amigos era estupendo. Dilapidé los mil dólares invitándolos a comer y al cine. Nos movíamos con el Fairlane del 64 de Fritz. Los paseos en bicicleta quedaron atrás.

Casi toda mi comida la conseguía robando. Mi dieta se componía de filetes y chuletas que mangaba en los supermercados cercanos. A principios de agosto dos dependientes se abalanzaron sobre mí cuando salía del Liquor & Food Mart. Me inmovilizaron contra el suelo, sacaron un filete de mis pantalones y llamaron a la pasma.

Llegó el LAPD. Dos polis me llevaron a la comisaría de Hollywood, me acusaron de hurto y me entregaron a un agente de menores. El tipo quería ponerse en contacto con mis padres. Le dije que estaban muertos. Me informó de que a los menores de dieciocho años no se les permitía vivir solos.

Un poli me llevó a la prisión de menores de Georgia Street. Llamé a Lloyd y le dije dónde estaba. El poli rellenó los papeles de mi arresto y me arrojó a un dormitorio lleno de chicos con pinta dura y peligrosa.

Yo estaba asustado. Era el mayor del dormitorio, y sin duda el más indefenso. Me faltaban seis meses para la mayoría de edad. Me imaginé que me quedaría allí todo ese tiempo.

Pero los chicos negros y mexicanos se enrollaron bien conmigo. Me

preguntaron cuál era mi «marrón» y se rieron con mis respuestas. Hablaban el argot de los gánsters y me ridiculizaban por no conocer ese lenguaje.

Estuve tranquilo hasta que se apagaron las luces. La oscuridad disparó mi imaginación. Me vi envuelto en toda una serie de horrores carcelarios y lloré hasta que me venció el sueño.

Rudy me sacó al día siguiente. Consiguió un trato para que me concediesen la libertad bajo fianza durante seis meses y el estatus de «menor emancipado». Podía vivir solo, y Rudy sería una especie de guardián informal.

Fue un trato magnífico. Yo necesitaba salir de la cárcel y Rudy necesitaba un público para sus peroratas. Lloyd, Fritz y Daryl lo escuchaban con desgana. Yo me tragaba embobado todo su rollo.

Rudy tenía relación con un grupo de policías chiflados de extrema derecha, que distribuían copias mimeografiadas del «Salmo XXIII de los Negros» y el «Manual de Bienestar Social de Mamón Luther King». Rudy y yo los repartimos durante varias noches seguidas. Paramos cuando estallaron los disturbios de Watts.

Los Ángeles ardía. Quise matar a todos aquellos alborotadores y reducir la ciudad a cenizas. Los disturbios me excitaban. Aquello sí que era delincuencia a lo grande, a una escala narrativa extrapolable.

Rudy fue llamado a servicio. Lloyd, Fritz y yo recorrimos la periferia de la zona de los tumultos. Llevábamos pistolas de balines. Proferimos insultos racistas y nos adentramos hacia el sur hasta que algunos polis nos obligaron a volver a casa.

Regresamos a la noche siguiente. Era genial presenciar la historia en directo. Contemplamos los disturbios desde los telescopios de Griffith Park y vimos zonas de Los Ángeles en llamas. Nos acercamos al valle y vimos a

unos cuantos blancos palurdos quemando una cruz en un vivero de árboles navideños.

Los disturbios se fueron apagando. Pero siguieron estallando en mi mente y dominaron mis pensamientos durante semanas.

Me montaba historias desde diversas perspectivas. Me convertí tanto en alborotador como en poli antidisturbios. Viví vidas jodidas por la historia.

Esparcí empatía a mi alrededor. Distribuí protección moral de manera equitativa. No analicé la causa de los disturbios ni profeticé sus ramificaciones. Mi postura pública era la de «joder a los negros». Pero mis fantasías literarias recurrentes señalaban como culpables a los polis blancos.

Nunca me planteé la contradicción que eso suponía. Ignoraba que contar historias era mi única voz verdadera.

La narrativa era mi lenguaje moral. Pero en el verano de 1965 aún no lo sabía.

A Rudy le traía sin cuidado lo que yo hiciera. Mi agente de la condicional no se preocupaba de mí. Continué robando y eludiendo el trabajo.

Deseaba tener tiempo libre. Tiempo libre significaba tiempo para soñar y cultivar mi percepción de un destino importante. Tiempo libre significaba tiempo para ser presa del impulso.

Era un caluroso día de mediados de septiembre. Me entraron ganas de emborracharme.

Fui andando hasta el Liquor & Food Mart y robé una botella de champán. Me la llevé al Robert Burns Park, la descorché y me la bebí entera.

Entré en éxtasis. Estaba hiperefusivo. Me encontré con un grupo de chicas de Hancock Park y les conté disparatadas mentiras. Después ya no recuerdo nada, hasta que desperté en mi cama cubierto de vómito.

Sabía que había descubierto algo.

El descubrimiento me intrigaba. Empecé a robar botellas de licor y a experimentar con el alcohol.

Los cócteles de Heublein estaban buenos. Bebía manhattans dulces y whisky sours ácidos y potentes. La cerveza me apagaba la sed, pero no podía compararse con un buen trago de licor. El whisky a palo seco era demasiado fuerte, me quemaba por dentro y tras él venían los eructos de bilis. Evitaba el bourbon, tanto solo como combinado. Me recordaba a la pelirroja.

El vodka con zumo de frutas estaba de muerte. Te ponía a tono con un mínimo de acción vomitiva. La ginebra, el brandy y los licores me provocaban náuseas secas.

Bebía para estimularme. El alcohol me mandaba a la estratosfera.

Aumentaba mis dotes narrativas. Confería a mis pensamientos una dimensión física.

El alcohol me hacía hablar conmigo mismo. Me permitía expresar mis fantasías en voz alta. Hacía que pudiera dirigirme a montones de mujeres imaginarias.

El alcohol alteró mi mundo de fantasía, pero no cambió su esencia básica. El crimen seguía siendo mi obsesión dominante.

Tenía una enorme reserva de crímenes para embellecer.

Los disturbios de Watts eran recientes y aún candentes. El caso de Ma Duncan era como un brillante clásico de la época dorada. Mi fantasía llevó a Ma a la cámara de gas cientos de veces.

Doc Finch y Carole Tregoff se pudrían entre rejas. Salvé a Carole de las tortilleras de la cárcel y la convertí en mi mujer. Me colé en la prisión de Chino y me cargué a Spade Cooley. Ella Mae fue finalmente vengada. Cometí los asesinatos de Stephen Nash y allané casas con Donald Keith Bashor.

El alcohol me proporcionaba una verosimilitud prístina. Los detalles chisporroteaban en la sartén de mi cerebro con colores nuevos y vívidos. Los giros narrativos surgían de manera inesperada.

El alcohol me proporcionaba delitos hiperbolizados y los volvía más sutiles. Me hizo ver a la Dalia Negra con una perspectiva histórica más amplia.

Bebía solo y durante horas daba rienda suelta a mis fantasías criminales y de delitos sexuales. Una vez bebí con Lloyd y conseguí que se enganchara a la Dalia. Hablamos largo y tendido sobre el caso. Mis ocasionales pesadillas con la Dalia cesaron por completo.

Robaba casi todo el licor que consumía y encontré un adulto que me compraba algunas botellas legalmente. Se trataba de un negro borracho que vivía debajo del puente de una autopista. Se hacía llamar Flame-O. Decía que la pasma le había puesto ese mote porque cuando estaba borracho le daba por prenderse fuego.

Flame-O compraba botellas para mí. Yo le pagaba con unos cuantos vasos de vino barato Thunderbird. Me aseguró que yo también me engancharía al alcohol. No le creí.

Lloyd y Fritz volvieron a introducirme en la hierba. Fumaba con ferocidad. La marihuana añadía un punto surreal a mis fantasías y hacía que la comida fuese un verdadero placer sensual. Sabía que no iba a convertirme en un yonqui. Aquello no era más que una ilusión de 1958.

Pasó 1965. Fue un año de lo más hijo de puta.

Rudy me echó. Se le metió en la cabeza que yo era un inútil y un derechista de pega. En marzo del 66 cumplí dieciocho años. A efectos legales ya era un adulto.

Y un ladronzuelo sin empleo a punto de perder la ayuda del gobierno.

Saqué a Minna de la perrera y me la llevé a casa. Enseguida empezó a cagarse por todas partes. Sopesé mi futuro. Llegué a la conclusión de que no conseguiría salir adelante sin mi pensión de orfandad.

Para que la pasta continuase llegando tendría que volver a la escuela. Lloyd iba a un horrible instituto cristiano. Costaba cincuenta dólares al mes. Mi pensión era de ciento treinta. Podría asistir a unas cuantas clases y obtener un beneficio neto de ochenta dólares mensuales.

Lloyd y yo discutimos acerca del asunto. Me dijo que tendría que mostrar un interés por Jesús que resultara convincente. Memoriqué algunos versículos de la Biblia y fui a ver al director de la Culter Christian Academy.

Monté un buen número. Con un estilo convenientemente histriónico y tartamudeante, declaré mi nueva fe. Creí en todo lo que estaba diciendo durante el tiempo en que lo estuve diciendo. Poseía un espíritu camaleónico.

Me matriculé en la Culter Academy. El lugar estaba lleno de psicópatas renacidos y drogatas arrepentidos. Asistí a las clases normales y a los grupos de estudio de la Biblia. Era un lavado de cerebro en toda regla. Supe que no podría tragarme esa mierda cinco días por semana.

Iba a la escuela esporádicamente. El personal de la Culter me dio algo de cuerda; al fin y al cabo, yo era un joven cristiano atormentado pero sincero. Pagué durante dos meses y dejé de asistir a clase por completo. Mi breve conversión me proporcionó doscientos sesenta dólares.

La paga del gobierno dejó de llegar. Mis ingresos cayeron a cien dólares al mes. El alquiler me costaba sesenta. Podía estirar los cuarenta restantes si robaba toda la comida y el alcohol y les gorroneaba la droga a mis amigos.

Eso fue lo que hice. Amplié mi radio de acción hacia el norte y el oeste, e incluí en mis saqueos nuevos supermercados y licorerías. Estaba en los huesos. Me metía filetes y botellas por dentro del pantalón tratando de no

marcar bultos reveladores. Llevaba la camisa por fuera. Compraba pequeños artículos para justificar mi presencia en las tiendas.

Era un profesional.

Lloyd, Fritz y Daryl podían conseguir droga. Yo no. Pero vivía en un piso sin adultos al que podían venir cuando quisieran. Así que me suministraban hierba y pastillas.

El Seconal y el Nembutal no me gustaban. Me dejaban atontado y casi catatónico. El LSD estaba bien, pero el supuesto mensaje trascendental me dejaba frío. Lloyd y Fritz tomaban ácido y se iban a ver películas épicas como *Espartaco* y *La historia más grande jamás contada*. Yo los acompañaba en ocasiones, pero me marchaba del cine en mitad de la película. Sandalias y resurrección: aburrimiento asegurado. Me sentaba en el vestíbulo y alucinaba con las vendedoras de golosinas.

Fritz conocía a un médico con manga ancha que suministraba anfetaminas. Las pastillas lo ayudaban a concentrarse durante sus largas sesiones de estudio. En la USC eran muy exigentes. Fritz decía que los estimulantes lo llevaban al límite.

Me pasó las pastillas que le sobraban. La Dexedrina y el Dexamyl multiplicaron por seis mi capacidad de fantasear.

Otro tanto ocurrió con mis dotes narrativas. Las palpitaciones inducidas por el speed dinamizaban el proceso.

El subidón de speed iba directo al cerebro y se alojaba en mis vírgenes genitales.

El speed era sexo. Dio a mis fantasías sexuales una nueva lógica coherente. Me dio cuarentonas pelirrojas y chicas de Hancock Park. Me dio épicas sesiones masturbatorias.

Me cascaba la polla entre doce y dieciocho horas seguidas. Qué

gustooooo... Permanecía tumbado en la cama con la perra dormida a mi lado. Me corría con los ojos cerrados y las luces apagadas.

Los bajones terminaban con mis fantasías. La droga abandonaba mi sistema y me dejaba deprimido e insomne. Entonces bebía hasta descender al inframundo. El alcohol subía mientras la anfetamina bajaba. Siempre me dormía intentando agarrar a alguna mujer.

Fritz perdió el contacto que le pasaba la anfetamina. Por defecto, yo perdí el mío. Me sentí terriblemente hambriento de amor y sexo reales.

Quería una novia y sexo sin límites. La hermana de Fritz me presentó a su amiga Cathy.

Cathy iba a Marlborough, una exclusiva escuela de chicas de Hancock Park. Era una muchacha normalita y regordeta. La primera vez que salimos fuimos a ver *Sonrisas y lágrimas*. Le mentí y le dije que la película me había gustado mucho.

Cathy era socialmente torpe y ansiaba ser amada. Eso me gustaba. Desdeñaba las formalidades propias de las citas. Deseaba aparcar el coche y pasar a la acción.

Lo cual significaba abrazarnos y besarnos sin lengua.

Salimos varias noches de fin de semana. La política sin lengua/sin magreo me volvía loco. Le supliqué un mayor contacto, pero se negó. Volví a pedirselo. Cathy se salió por la tangente.

Planeó una serie de reuniones con sus compañeras de clase. Esa salida por la tangente me llevó a conocer algunos de los pisos más opulentos de Hancock Park.

Me gustaban los muebles lujosos. Me gustaban las habitaciones grandes.

Me gustaban los paneles de madera y las pinturas al óleo. Aquel era mi viejo mundo acechado como mirón, pero cercano e íntimo.

Cathy me presentó a su amiga Anne. Anne medía un metro ochenta, era rubia y robusta. Los chicos pasaban de ella.

Llamé a Anne y le pedí que saliera conmigo. Fuimos al cine y luego al Fern Dell Park. Me dio un poco de lengua. Qué gustooooo...

Telefoneé a Cathy y rompí lo nuestro. Anne me llamó y me dijo que me mantuviera alejado de ella. Llamé a la hermana de Fritz, Heidi, y le pedí para salir. Me mandó a paseo. Llamé a Kay, una amiga de Heidi, y le pedí para salir. Me dijo que era una cristiana practicante y que solo salía con chicos decentes.

Yo quería más amor. Quería sexo sin los límites que imponían aquellas colegialas. Quería ver más pisos de Hancock Park.

Fritz contaba con un pequeño cuarto junto al garaje de su casa. Allí guardaba el tocadiscos y los discos. Era su escondrijo. Nunca dejaba entrar a sus padres ni a su hermana. Lloyd, Daryl y yo teníamos copias de las llaves.

El cuarto se encontraba a unos veinte metros de la casa. La casa me fascinaba. Era el escenario favorito de mis fantasías sexuales.

Una noche entré en ella. Era a finales del 66.

Fritz y su familia estaban fuera. Me agaché junto a la puerta de la cocina y metí el brazo izquierdo por la gatera. Descorrí el pestillo interior y entré.

Recorrí la casa con las luces apagadas, deambulando por el piso de arriba y la planta de abajo. Inspeccioné los botiquines en busca de droga y descubrí unos analgésicos nuevos. Me serví un whisky doble y engullí unos cuantos. Lavé el vaso y volví a dejarlo donde lo había encontrado.

Entré en el dormitorio de Heidi. Aspiré el olor de sus almohadas y rebusqué en su armario y sus cajones. Hundí la cara entre su lencería y le robé unas bragas blancas.

Salí de la casa sigilosamente. No quería que nadie me descubriera. Sabía que había vuelto a acceder a un mundo secreto.

Kay vivía al otro lado de la calle. Al cabo de unas noches me colé en su casa.

Desde el cuarto trasero de Fritz grité preguntando si había alguien y nadie respondió. Me acerqué y estudié los accesos.

Encontré una ventana abierta que daba al camino de entrada. Estaba protegida por una tela metálica sujeta con clavos doblados. Haciendo palanca, aflojé dos clavos, quité la rejilla y me metí en la casa.

La oscuridad era absoluta. Encendí unas luces por unos segundos para hacerme una idea del lugar.

No había mueble bar. No había nada bueno en los botiquines. Asalté la nevera y comí embutidos y fruta. Exploré la casa, arriba y abajo, y dejé el dormitorio de Kay para el final.

Eché un vistazo a sus papeles de la escuela y me tumbé en su cama. Examiné un cesto de ropa lleno de faldas y blusas. Abrí los cajones del tocador y acerqué una lámpara de mesa para husmear mejor. Robé un conjunto de sujetador y bragas.

Volví a poner la tela metálica de la ventana y doblé los clavos que la sujetaban. Regresé a casa muy excitado.

Entrar en las casas era voyeurismo multiplicado por mil.

Kathy vivía en una gran mansión de estilo español en la calle Dos con Plymouth. La amaba en secreto desde hacía mucho tiempo.

Era alta y delgada. Tenía el cabello castaño oscuro, los ojos marrones y

pecas. Era inteligente, dulce y muy graciosa. Yo le tenía miedo sin ninguna razón justificada.

Una noche muy fría, a comienzos del 67, me colé en su casa.

Había llamado por teléfono y nadie respondió. Me acerqué a la casa y no vi luces encendidas ni coches aparcados en el camino de entrada. Me dirigí hacia la parte trasera e intenté abrir algunas ventanas. La tercera o la cuarta no tenía echado el pestillo.

Me impulsé con los brazos y entré. Caminé a tientas por la primera planta y encendí la luz por una fracción de segundo. Encontré un mueble bar y bebí de todas las botellas. Noté al momento el poderoso subidón del alcohol y fui al piso de arriba.

No podía distinguir de quién era cada dormitorio. Me tumbé en todas las camas y encontré prendas interiores femeninas en un armario y en una cómoda. La talla de los sujetadores y las bragas me confundieron. Robé dos conjuntos para asegurarme de que uno fuese de Kathy.

En un botiquín di con un tubo de tranquilizantes. Pillé tres y me los tragué con un licor de sabor extraño. Salí por la misma ventana trasera, me fui tambaleando a casa, me acosté y perdí el conocimiento.

Seguí haciéndolo. Me entregué a ello con una moderación inusual.

Dejé de tomar pastillas en la escena de mis incursiones. Solo robaba material fetichista. Volví a las casas de Heidi, Kay y Kathy a intervalos irregulares y nunca permanecí en ellas más de quince minutos. Si mis puntos de acceso estaban cerrados, abortaba la misión.

Lo que me excitaba era el sexo y la visión de otros mundos apenas vislumbrados. Entrar en las casas me proporcionaba mujeres jóvenes y, por extensión, familias.

Durante todo el 67 me dediqué a esas incursiones. Nunca me alejaba de Hancock Park. Solo entraba en las casas de las chicas de mis sueños.

Heidi, Kay y Kathy. Missy en la calle Uno con Beachwood. Julie tres puertas más abajo, en la acera de enfrente de Kathy. Joanne en la Dos con Irving.

Mundos secretos.

A principios del 68 Daryl se mudó a Portland. Fritz se cambió a la UCLA. Lloyd iba al L. A. City College. Era casi tan borracho y drogadicto como yo.

Pero tenía los huevos que a mí me faltaban. Le atraían las mujeres colgadas de hombres violentos que las maltrataban. Intentaba rescatarlas y se metía en peleas con camellos de poca monta. Tenía un gran corazón y era muy inteligente, y poseía un sentido del humor perverso y nihilista. Vivía con su madre, fanática religiosa, y con su segundo marido, un comerciante que tenía un par de puestos de fruta en el valle.

A Lloyd también le atraían los bajos fondos de Hollywood. Sabía tratar con matones y con hippies. Lo acompañé en algunas de sus excursiones allí. Conocí a motoristas, prostitutas y a Gene, la Reina Bajita, un travestido que no llegaba al metro y medio. Di tumbos por Hollywood, tomé extrañas combinaciones de drogas y desperté en parques y viveros de árboles navideños.

La era de la paz y el amor estaba en pleno apogeo. Lloyd tenía un pie en esa puerta cultural y el otro atrás, en la frontera de Hancock Park. Se guiaba de acuerdo con su propio esquema dual del mundo. Postureaba y pillaba droga en Hollywood y luego regresaba junto a la chiflada de su madre.

Hollywood me asustaba y me irritaba. Los hippies eran maricas

subnormales. Les gustaba la música degenerada y predicaban una metafísica engañosa. Aquel lugar era un grano purulento.

Lloyd disentía. Me dijo que el mundo real me aterrorizaba. Que apenas conocía unos pocos kilómetros cuadrados de él.

Tenía razón. Lo que ignoraba era que yo había suplantado mi conocimiento con cosas que él nunca sabría.

Seguí entrando en las casas. Lo hacía con cierta cautela y cobardía. Seguí leyendo novelas policiacas y teniendo fantasías criminales. Seguí robando y alimentándome exclusivamente a base de carne. Vivía del billete de cien dólares mensual.

Minna desapareció. Al volver a casa me encontré la puerta abierta; la perra llevaba bastante tiempo fuera. Sospeché de mi casero, que odiaba los perros.

La busqué y puse un anuncio en la sección de animales perdidos del *Times* de Los Ángeles. Nadie respondió. Me gasté dos meses de alquiler en droga y un día me encontré el apartamento cerrado.

La tía Leoda se negó a anticiparme un solo centavo. Pasé una semana en el cuarto trasero de Fritz hasta que su padre me echó y luego me mudé al dormitorio de Lloyd hasta que su madre me echó.

Me instalé en el Robert Burns Park. Robé unas mantas de una caja de la beneficencia y dormí en un lecho de hiedra durante tres semanas. Un sistema de irrigación nocturna me mojaba sin previo aviso. Entonces tenía que recoger las mantas y trasladarme a algún lugar seco.

Vivir al aire libre era una mierda. Fui a la Oficina Estatal de Empleo de California y conseguí una lista de posibles trabajos. Una vidente serbocroata me contrató para repartir publicidad por la calle.

Su nombre era Hermana Ramona. Sus presas eran los negros y los mexicanos pobres y difundía su mensaje a través de folletos mimeografiados.

Curaba a los enfermos y daba consejos financieros. Los pobres se agolpaban a su puerta. Y ella exprimía a aquellos estúpidos mamones como se merecían.

La Hermana Ramona era una racista y una fanática de extrema derecha. Su marido me llevaba en coche a los barrios de los pobres y me dejaba allí con bolsas llenas de folletos. Yo los metía por debajo de las puertas y en los buzones. Los niños y los perros me perseguían por todas partes. Los chavales se reían de mí y me sacaban el dedo.

El marido me daba dos dólares para el almuerzo del día. Yo me lo gastaba todo en vino barato y moscatel. Flame-O tenía razón: me había convertido en un borracho con todas las letras.

Junté algo de pasta y recuperé mi apartamento. Dejé de trabajar para la Hermana Ramona.

Un conocido del instituto me presentó a una mujer que necesitaba un lugar donde alojarse. La tía prometió desvirgarme a cambio de un techo. Acepté ansioso su oferta.

Se mudó al apartamento. Me desvirgó bajo coacción. Yo no la ponía para nada y mi espalda llena de acné la horrorizó. Me folló cuatro veces y me dijo que eso era todo lo que iba a darme. Yo estaba loco por ella, así que dejé que se quedara.

Me tenía hechizado. Me dominaba por completo. Se quedó conmigo tres meses hasta que un día anunció que era lesbiana. Acababa de conocer a una mujer y se iba a vivir con ella.

Aquello me destrozó por completo. No paré de emborracharme con vodka hasta gastarme todo el dinero del alquiler. El casero volvió a echarme.

Regresé al Robert Burns Park y encontré un sitio permanentemente seco junto a un cobertizo de herramientas. Comencé a pensar que la vida al aire libre no era tan dura al fin y al cabo. Tenía un lugar seguro donde dormir, podía salir por ahí con Lloyd y pasarme el día leyendo en bibliotecas

públicas. Podía afeitarme en los lavabos públicos y ducharme de vez en cuando en casa de Lloyd.

Recuperé cierta sensatez y seguí por ese camino. Cambié de dieta, dejé los filetes por la carne enlatada. Me pateé las bibliotecas de todos los barrios de Los Ángeles. Bebía en sus lavabos, y durante las primeras semanas de vivir en la calle me leí la obra completa de Ross Macdonald. En el cuarto de Lloyd tenía una muda de ropa y de vez en cuando me daba un baño allí.

Corría el otoño del 68. En la Biblioteca Pública de Hollywood conocí a un pirado. Me habló de los inhaladores Benzedrex.

Se trataba de un descongestionante nasal que se vendía sin receta en pequeños tubos de plástico. Los tubos tenían una almohadilla de algodón empapada en una sustancia llamada profilexedrina. Se suponía que tenías que meterte el tubo en la nariz y esnifar unas cuantas veces. Pero no debías tragarte las almohadillas, porque el subidón podía durarte diez horas.

Los inhaladores Benzedrex eran legales. Costaban sesenta y nueve centavos. Podías comprarlos o manganarlos por todo Los Ángeles.

El pirado me sugirió que robase unos cuantos. Me gustó la idea. Te permitía tener tu suministro de anfetis sin necesidad de contactos en el mundo de la droga o de receta médica. Robé tres inhaladores en una tienda Sav-On y me agazapé para tomarme uno con una cerveza de raíz.

Las almohadillas medían cinco centímetros de largo y tenían el diámetro de un cigarrillo. Estaban empapadas en una solución ambarina que olía a demonios. Me tragué una y luché contra el reflejo de vomitarla. Logré que se quedara y empezó a hacer efecto al cabo de media hora.

Qué gustooooo... Se subía al cerebro y te agarraba por los huevos. Era tan bueno como cualquier estimulante de los que vendían en las farmacias.

Regresé al Robert Burns Park y me pasé toda la noche cascándomela. El

cuelgue me duró ocho horas seguidas y me dejó machacado y esquizofrénico. El vino barato me quitó el malestar y me puso nuevamente eufórico.

Había encontrado algo. Algo que podría tener a mi antojo.

Me apliqué a ello con ahínco. Cada tres o cuatro días robaba una provisión de inhaladores y desaparecía. Me colocaba en los lavabos de la biblioteca y volvía zumbando al Robert Burns Park con la cabeza flotando. El subidón del speed me proporcionó las fantasías de crimen y sexo más vívidas y elaboradas. Robé una linterna y algunas revistas porno y las integré en mi mundo privado.

La vida al aire libre no estaba nada mal. Le dije a la tía Leoda que me mandara los cien pavos a casa de Lloyd. Pensó que estaba viviendo con un colega. No le expliqué que me había convertido en un campista permanente.

Me olvidé de integrar el factor lluvia en mi ecuación de la vida al aire libre. Las primeras lloviznas me obligaron a buscar un refugio. Encontré una casa abandonada en la Ocho con Ardmore y me mudé allí.

Era un edificio de dos plantas sin luz ni agua corriente. En la sala había un sofá mohoso con tapizado en imitación cuero. En él se dormía bien y soportaba bien la acción masturbatoria.

Me instalé en la casa. Dejaba la puerta delantera sin cerrar y cada vez que salía escondía mis cosas en un armario. Pensaba que estaba siendo discreto, pero me equivocaba.

Todo se derrumbó a finales de noviembre. Cuatro polis tiraron la puerta a patadas y entraron armados con escopetas.

Me arrojaron al suelo y me esposaron. Me apuntaron a la cara con esos grandes armatostes del calibre doce. Me metieron en un coche, me llevaron a la comisaría de Wilshire y me empapelaron por allanamiento de morada.

Mi compañero de celda era un chico negro detenido por atraco a mano armada. Había robado en una licorería, todo había salido bien, pero luego se dio cuenta de que se le había caído el peine afro en la escena del delito. Cuando volvió para recuperarlo el propietario lo reconoció. La pasma lo arrestó allí mismo.

Yo estaba muy asustado. Aquello era peor que la prisión de menores de Georgia Street.

Me interrogó un detective. Le dije que yo solo dormía en la casa, que no había entrado para robar. Me creyó y dejó los cargos en violación de la propiedad. Un carcelero me llevó al ala en que estaban los reclusos que habían cometido delitos leves.

Mi miedo remitió un poco. Mis compañeros de celda dijeron que nadie iba a la cárcel por violación de la propiedad y que lo más probable era que me soltaran pronto.

Pasé el sábado y el domingo en las celdas de la comisaría de Wilshire. Nos daban a diario dos comidas con televisión y dos tazas de café. Los otros detenidos estaban allí por borrachos o por haber pegado a sus mujeres. Todos mentíamos sobre nuestras hazañas delictivas y sobre las mujeres que nos habíamos tirado.

A primera hora del lunes un autobús de la Oficina del Sheriff nos llevó al Palacio de Justicia. Fuimos conducidos a la Lincoln Heights Division, donde se encontraba el famoso calabozo para borrachos de Lincoln Heights.

Allí esperamos a que nos enviaran ante el juez. El calabozo tenía unos cuarenta metros cuadrados y estaba lleno de escoria de los bajos fondos. Los agentes nos lanzaban bolsas de comida y había que pelearse para coger alguna. Yo era alto y logré agarrar mi ración en el aire.

Pasaban las horas. Unos cuantos borrachos comenzaron a padecer síndrome de abstinencia. Pasaríamos ante el juez de diez en diez. El juez

resultó ser una mujer llamada Mary Waters. Los tipos del calabozo decían que era una puta vieja y desagradable.

Cuando estuve ante ella me declaré culpable. Me dijo que parecía un prófugo de la mili. Contesté que no lo era. Decretó detención sin fianza, pendiente de libertad condicional. Debía presentarme de nuevo en el juzgado el 23 de diciembre.

Estábamos a 2 de diciembre. Me quedaban por delante tres semanas movidas.

Recobré la compostura. Un agente me esposó a una cadena de doce hombres. Otro nos llevó a un gran autobús blanco y negro.

El autobús nos condujo a la Prisión Central del Condado. Era un edificio enorme situado a un kilómetro y medio al noroeste del centro de Los Ángeles. El proceso para ingresar en el centro duró doce horas.

Los vigilantes nos registraron a fondo y nos rociaron con una solución antiparasitaria antes de cambiar nuestra ropa por el uniforme de la prisión. Nos hicieron análisis de sangre y nos pusieron varias vacunas. Nos pasamos horas yendo de una sala cerrada a otra. Cuando por fin llegué a mi celda eran las dos o las tres de la madrugada.

Éramos seis apretujados en una celda para cuatro. Un funcionario me ordenó que deslizara mi colchón bajo la litera inferior izquierda. Me metí allí debajo y me quedé dormido enseguida de puro cansancio.

Me desperté para el desayuno de las seis. Un funcionario dijo unos cuantos nombres por megafonía, entre ellos el mío. Iban a trasladarnos a la prisión del Palacio de Justicia.

Un interno dijo que era la misma historia de siempre. Te empapelaban en el distrito judicial «nuevo» y luego te enviaban a otro sitio. La prisión del Palacio de Justicia era conocida como el distrito judicial «viejo».

Un funcionario me encadenó junto con varios tipos y otros dos nos

condujeron hasta una furgoneta. Cuando llegamos a la prisión nos metieron en un ascensor que subió hasta la planta decimotercera.

El pabellón que me tocó estaba al doble de su capacidad. Un funcionario dijo que los nuevos dormiríamos en el pasillo. Tenías que enrollar el colchón por la mañana y deambular entre las celdas hasta que apagaban las luces.

Iba a tener que pasar veinte días así. Una voz interior le hablaba a mi Gestalt básica.

Eres grande, pero no duro. Cometes delitos, pero no eres un auténtico criminal. Vigila tus actos, vigila lo que dices. Ten cuidado, estate tranquilo y contén la respiración durante veinte días.

Yo mismo me daba ese mensaje instintivamente. No verbalizaba el pensamiento. No era consciente de que mi mera presencia gritaba: chico tonto, tarugo, raro, inútil.

Mantuve la boca cerrada. Me programé para ser estoico. Intentaba no traicionar mi miedo abiertamente. Los otros internos se reían solo con verme.

La mayoría de ellos eran criminales a la espera de juicio en el Tribunal Supremo. Comprendían y desdeñaban la debilidad masculina.

Se burlaban de mi andar espasmódico y acortaron mis dos nombres al odiado «Leroy». Me llamaban «el Profesor Chiflado». Nunca me pusieron una mano encima. Creían que no era merecedor de semejante desprecio.

Lloyd vino a visitarme. Dijo que había llamado a mi tía y le había contado que estaba en la cárcel. Del dinero de mi seguro no quedaba casi nada, pero aun así la vieja estaba dispuesta a anticiparme doscientos dólares. Lloyd me informó de que en los Apartamentos Versailles, en la Seis con Saint Andrews, alquilaban un cuartucho de mala muerte por ochenta dólares al mes.

Pasaron los veinte días. Vino a verme un agente de la condicional. Me

explicó que la jueza Waters iba a soltarme. Suspenderían la sentencia y estaría tres años en libertad a prueba. Tendría que buscarme un trabajo.

Le dije que me pondría a ello de inmediato. Le prometí que me convertiría en un hombre de bien.

En el pabellón mantuve la boca cerrada... y escuché. Me enteré de que el jarabe para la tos Romilar-CF te colocaba de una manera más que decente y que las tiras de cinta adhesiva en los paneles de las ventanas revelaban sistemas de alarma. El tipo del Cooper's Donuts lo sabía todo acerca de las putas negras. Podías comprar droga en tres de las cafeterías Norm's. La de Melrose con La Cienega era conocida como la de los maricas, la de Sunset con Vermont como la normal, y la de la zona sur como la de los negros.

En algunas áreas de Trancas Canyon la marihuana crecía silvestre. El hijo de Ma Duncan era ahora un reputado abogado criminalista. Doc Finch no tardaría en conseguir la libertad condicional. Carole Tregoff se había vuelto bollera en la cárcel. Caryl Chessman era un cabrón; todos los tipos de San Quintín lo odiaban. La película *¡Quiero vivir!* de Susan Hayward era una mierda. De hecho, Barbara Graham sí había matado a Mabel Monahan de una paliza.

Escuché y aprendí. Leí un ejemplar hecho polvo de *La rebelión de Atlas* y llegué a la absurda conclusión de que yo era un superhombre. Me había desenganchado del alcohol y de la droga y con el rancho de la cárcel había pillado cuatro kilos de masa muscular.

Mary Waters me soltó dos días antes de Navidad. En el camino de regreso a Robert Burns Park mangué unos inhaladores.

Alquilé un apartamento de una habitación en los Versailles y me apunté a una agencia de empleo temporal. Hice algunos trabajos clasificando

correspondencia en correos. Mi agente de la condicional encontró satisfactoria mi vida laboral. Se mostró satisfecho con mi pelo corto y mis ropas de la Ivy League. Me dijo que evitara a los hippies. Todos se colocaban con sustancias que alteraban la mente.

Igual que yo.

Mis trabajos temporales me ocupaban de lunes a viernes. Para desayunar me tomaba un cuarto de litro de whisky mezclado con elixir bucal Listerine. El piloto automático me permitía llegar al almuerzo con algo de vino y/o hierba. Me emborrachaba cada noche y me colocaba los fines de semana con los inhaladores.

El Romilar era una buena droga para entrar en las casas. Las cosas normales parecían surreales y llenas de verdades ocultas. Fue de gran ayuda para seguir con mis inocentes incursiones nocturnas. Entré en las casas de Kathy, Kay y Missy, y me concentré en los botiquines. Engullía cuantas píldoras encontraba sugerentes, con un buen trago de mi jarabe para la tos. Dos de cada tres veces perdía la conciencia y despertaba en mi cama.

Me gustaba lucir limpio y acicalado. En el 69 los bichos raros y los hippies eran un verdadero imán para la pasma. Llevaban el pelo largo y ropas coloridas y emitían vibraciones que decían «Arréstame». Me moví con relativa impunidad entre mis dos mundos coexistentes. Se me daba bien darle a la gente lo que quería ver.

En marzo cumplí veintiún años. Dejé el apartamento y me instalé en un hotel barato de Hollywood. Encontré un empleo con contrato indefinido en la emisora de televisión KCOP.

Trabajaba en la sección de envíos por correo. La gente respondía a anuncios de programas de mierda como *64 Country Hits* y enviaba billetes y hasta monedas en las cartas. El peso de las monedas de diez y veinticinco centavos rompía los sobres. Empecé a ganar mucho dinero extra.

Me lo gastaba todo en alcohol, droga y pizzas. Me mudé a un sitio mejor, un piso de soltero en la Seis con Cloverdale. Me obsesioné con algunas mujeres de allí y las seguí por todo el barrio.

El dinero del seguro se terminó. La pasta que sisaba en el trabajo lo compensaba con creces. Tuve un pequeño choque con la furgoneta de la empresa y me vi obligado a reconocer que no tenía carnet de conducir. Me despidieron. Hice unos cuantos trabajos temporales y viví con el mínimo dinero posible. Me desesperé. Entré en casa de Missy y transgredí una regla fundamental.

Robé todo el dinero del bolso de su madre. No podría regresar a esa bonita casa de la Uno con Beachwood.

Mis incursiones empezaban a asustarme más que excitarme. La ley de las probabilidades me pisaba los talones. En algunos lugares ya debía de haber entrado unas veinte veces. Mi estancia en prisión me había enseñado cosas que alimentaban mi sentido de la cautela.

El robo con allanamiento era un delito en primer grado, penado con cárcel. Yo era consciente de que podía terminar en la prisión del condado, lo cual acabaría conmigo por completo.

Los asesinatos Tate-LaBianca ocurrieron en agosto. La conmoción llegó hasta Hancock Park.

Vi que habían puesto cinta adhesiva en las ventanas de Kathy. Vi más coches patrulla por las calles. Vi letreros de sistemas de alarma en las puertas principales de las casas.

Aquello acabó con mi mono de incursiones nocturnas. De forma total y definitiva.

Pasé el año siguiente en un limbo de fantasía. Continué haciendo algunos trabajos temporales y conseguí un empleo en una librería porno. Las

publicaciones de sexo duro ya eran legales. Chicas hippies, sin maquillar y totalmente desnudas, aparecían en las revistas a todo color.

No presentaban un aspecto hastiado o degradado. Era como si posaran porque les divertía y para sacarse algo de pasta. Estaban metidas en un feo negocio clandestino. Sus miradas gélidas y sus entrecejos algo fruncidos delataban que eran conscientes de ello.

Me recordaban a la Dalia Negra, aunque sin el espeso maquillaje y sin su bagaje noir. La Dalia se asfixió en la ilusión de la meca del cine. Esas chicas eran engañadas en una especie de repulsivo plano metafísico.

Me llegaban al corazón. Yo era el dependiente de una librería porno que iba a sacarlas de aquel mundo sórdido y obtendría sexo a cambio. Guardaba sus fotos del mismo modo que Harvey Glatman coleccionaba las fotos de sus víctimas. Les ponía nombres a mis chicas y rezaba por ellas todas las noches. Hacía que el asesino de la Dalia fuese a por ellas y yo las salvaba cuando el cuchillo ya descendía. Mientras yo estaba colocado con los inhaladores Bazedrex, ellas se abrían de piernas y me hablaban.

No me enamoraba de las que tenían cuerpos y rostros perfectos. Me gustaban las sonrisas que no revelaban alegría y los ojos que no podían ocultar su tristeza. Los rasgos irregulares y los pechos de formas extrañas me impresionaban mucho. Yo buscaba seriedad sexual y psicológica.

En la librería robaba de la caja. Miraba todas las revistas que llegaban y arrancaba las fotos de las mujeres que más me excitaban. Trabajaba desde medianoche hasta las ocho de la mañana, guardaba el botín y me iba a un bar donde ponían películas porno todo el día. Me emborrachaba y miraba a las hippies. Y siempre estudiaba más sus rostros que sus cuerpos.

Mi período pornográfico duró poco. El dueño de la librería descubrió mis hurtos y me despidió. Volví a los trabajos temporales, saqué algo de dinero y pasé dos meses pantagruélicos.

Me hice con una caja de vodka, montones de bistecs y una buena provisión de inhaladores. Me ahogaba en fantasías, delirios sexuales, colesterol y las obras de Raymond Chandler, Dashiell Hammett y algunos autores malos de novela policiaca. No salía de casa durante días. Perdí peso, lo gané y volví a perderlo, inmerso en un frenesí cercano a la locura.

Me retrasé dos meses en el pago del alquiler. El casero empezó a aporrear mi puerta y a hablar de echarme. Y el dinero no me alcanzaba para hacerlo callar. Solo me quedaba para alquilar algún cuarto barato por un mes.

Encontré un apartamento cerca de los estudios de la Paramount. Estaba en un edificio elegante llamado Apartamentos Green Gables. Costaba sesenta dólares al mes, muy barato para 1970.

Lloyd me ayudó con la mudanza. Metí mis cosas en su coche e hicimos la clásica fuga de medianoche. Me instalé en los Green Gables y busqué empleo.

No encontré nada. Los trabajos no especializados escaseaban. Hice unos cuantos viajes con inhaladores y empecé a ver y oír cosas que tal vez fueran reales o no.

El tipo del apartamento de al lado me sonreía con suficiencia cada vez que nos cruzábamos en el pasillo. Cuando me estaba dando un viaje, golpeaba en mi ventana. Sabía lo que yo estaba haciendo y lo desaprobaba. Me leía los labios y descifraba todas mis nimiedades dulces y sucias. Leía mis pensamientos a través de la pared que nos separaba.

Odiaba mis libros porno. Sabía que yo había asesinado a mi madre y había matado a mi padre por pura negligencia. Pensaba que era un monstruo y un perverso. Quería destruirme.

Volaba y me estrellaba, volaba y me estrellaba, volaba y me estrellaba. Mi paranoia se exacerbaba en proporción directa con la droga que había en mi

organismo. Oía voces. Unas sirenas de la calle me transmitían mensajes de odio. Para engañar a mi vecino me masturbaba en la oscuridad.

Él me conocía.

Metió bichos en mi congelador. Me envenenó el vino. Conectó mis fantasías a su televisor.

Un día, en mitad de un viaje de inhalador, me marché.

Dejé mi ropa y todos aquellos libros de mierda, salí corriendo y caminé a paso rápido cinco kilómetros hacia el nordeste. En un edificio de Sunset con Micheltorena vi un letrero de SE ALQUILA.

Arrendé una habitación por treinta y nueve dólares al mes. El edificio era asqueroso y apestaba a basura.

El cuarto medía la mitad de una celda para seis hombres. Entré con lo que llevaba puesto y media garrafa de vino barato.

A la mañana siguiente me coloqué con unos cuantos inhaladores. Me asaltaron voces nuevas. El inquilino del cuarto de al lado empezó a silbar por los tubos de ventilación.

Me daba miedo salir de la cama. Sabía que las resistencias de mi manta eléctrica eran en realidad micrófonos. Las arranqué. Me meé en la cama y destrocé las almohadas. Me metí gomaespuma en las orejas para acallar las voces.

A la mañana siguiente me largué. Me fui derecho al Robert Burns Park.

A partir de ahí todo fue mal. Fue mal con su lógica autodestructiva.

Fue mal muy poco a poco.

Las Voces iban y venían. Los inhaladores las dejaban entrar. El alcohol y la sobriedad forzosa las alejaban. A un nivel intelectual entendía el problema.

Pero en cuanto me metía esas almohadillas de algodón en la boca todo pensamiento racional me abandonaba.

Lloyd llamaba a esas voces «psicosis anfetamínica». Yo las consideraba parte de una conspiración. El presidente Richard M. Nixon sabía que había matado a mis padres y había ordenado a gente que me siguiera. Susurraban a través de micrófonos conectados a mi cerebro. Yo oía las Voces. Nadie más las oía.

No podía desengancharme de los inhaladores. Oí las Voces durante cinco años.

Me pasé casi todo aquel tiempo a la intemperie. Viví en parques, patios traseros y casas vacías. Robé. Bebí. Leí y fantaseé. Deambulé por todo Los Ángeles con algodones metidos en las orejas.

Fue una huida diaria durante cinco años.

Me despertaba al aire libre en algún sitio. Robaba licor y carne. Leía en las bibliotecas. Entraba en los restaurantes, pedía comida y bebida y me largaba sin pagar. Entraba en las lavanderías de bloques de apartamentos, forzaba las lavadoras y las secadoras y me llevaba las monedas. Seguía dándole a los inhaladores y tenía algunos buenos momentos antes de que las Voces me reclamaran.

Entonces caminaba.

Wilshire Boulevard llevaba directo a la playa. Durante uno de aquellos viajes de inhalador lo recorrí de ida y vuelta. Tenía que moverme. Los ruidos del tráfico amortiguaban las Voces. La falta de movimiento hacía que se volvieran cacofónicas.

Pasé cinco años andando. Transcurrieron como una película borrosa a cámara lenta. Mis fantasías corrían por ellos en un contrapunto acelerado. Las escenas de la calle servían de telón de fondo a las Voces y a mi diálogo interior.

No tartamudeaba ni revelaba abiertamente mi estado mental. Siempre iba bien afeitado y llevaba pantalones oscuros para ocultar la mugre acumulada. Robaba camisas y calcetines cuando los necesitaba. Me bañaba en colonia para enmascarar el hedor de la vida al aire libre. De vez en cuando me duchaba en casa de Lloyd.

Lloyd se dirigía a ningún sitio a una velocidad sedada y agradable. Bebía, tomaba drogas y hacía novillos en la universidad. Flirteaba con el peligro y la mala vida y contaba con la casa de su madre como recurso de apoyo.

Me ayudaba a superar las recaídas tras algún mal viaje. Irrumpía en mi mundo con pequeñas descargas de verdad. El LAPD también irrumpió en mi mundo con otra estancia forzosa en prisión.

Me jodieron con nuevos arrestos. Me acusaron de ebriedad, conducción bajo los efectos del alcohol, hurto menor y violación de la propiedad. Me detuvieron como sospechoso por merodear a altas horas de la madrugada y me echaron a patadas de casas abandonadas y contenedores de beneficencia. Estuve en varias comisarías y luego me mandaron a la Oficina del Sheriff para cumplir de cuatro a ocho meses en la prisión del condado.

La cárcel era mi cura de salud. Me abstenía del alcohol y la droga y tomaba tres comidas decentes al día. Hacía flexiones y pequeños trabajos y mi tono muscular mejoraba. Me juntaba con blancos estúpidos, con negros estúpidos y con mexicanos estúpidos, y nos contábamos historias estúpidas. Todos habíamos cometido delitos audaces y habíamos follado con las mujeres más glamurosas del mundo. Un negro viejo y borracho me contó que se había tirado a Marilyn Monroe. «No fastidies –le dije–. Yo también me la he cepillado.»

En la cárcel de New County me ocupé de recoger la basura y de la descarga de mercancías y en Wayside Honor Rancho trabajé en la biblioteca. Mi prisión favorita era Biscailuz Center. Te daban de comer muy bien y te

dejaban leer en las letrinas después de que apagarán las luces. La cárcel no resultaba algo tan jodidamente traumático.

Sabía cómo llevar aquellos encierros cortos. La cárcel me limpiaba el organismo y me daba algo que esperar con ganas: mi liberación y más fantasías de alcohol y drogas.

Fantasías criminales. Fantasías sexuales.

La pelirroja llevaba quince años muerta y estaba ya muy, muy lejos. Pero en el verano de 1973 volvió para tenderme una emboscada.

Yo vivía en un hotel de mala muerte. Solía colocarme con inhaladores en el baño comunitario que estaba al final del pasillo. Llenaba la bañera con agua caliente y me pasaba horas allí dentro. Nadie se quejaba. Casi todos los huéspedes se duchaban.

Estaba en la bañera. Me estaba masturbando imaginándome una sucesión de caras de mujeres viejas. Entonces vi a mi madre desnuda, luché contra esa imagen y perdí.

Traté de apañar una historia de inmediato.

Estábamos en el 58. Mi madre no había muerto en El Monte. No era una borracha. Nos amábamos como hombre y mujer.

Hicimos el amor. Olí su perfume y su aliento a tabaco. Su pezón amputado me excitaba.

Le aparté suavemente el cabello de los ojos y le dije que la amaba. Mi ternura la hizo llorar.

Fue la historia de amor más dulce y apasionada que jamás había perpetrado. Lo que moraba en mi interior me hizo sentir vergüenza y horror.

Intenté revivir la historia. Pero mi mente no me dejó. Toda la droga del mundo no alcanzaba para devolverme a la pelirroja.

La abandoné una vez más.

Me fundí el dinero del alquiler y me quedé sin mi cuarto del hotel. Volví a Robert Burns Park.

Seguía dándole al inhalador y librando una batalla conmigo mismo. Intentaba invocar a mi madre e idear una manera de que se quedara conmigo. Pero mi mente me falló. Mi subconsciente cerró a cal y canto toda aquella historia.

Las Voces eran muy específicas. Decían te has follado a tu madre y la has matado.

Desarrollé una gran tolerancia a la profilexedrina. Para despegar necesitaba entre diez y doce almohadillas de algodón. Aquella mierda me estaba jodiendo los pulmones. Todas las mañanas me despertaba congestionado.

Empezó a dolerme el pecho. Cada respiración y cada latido hacían que me doblara de dolor. Fui en autobús al hospital del condado. El médico que me examinó diagnosticó neumonía. Me ingresaron y me administraron antibióticos durante una semana. Eliminaron por completo la infección.

Salí del hospital y volví a la vida al aire libre, al alcohol y los inhaladores. Sufrí otra neumonía. Me curaron. Durante todo un año estuve inmerso en una carrera demencial a base de vino barato e inhaladores, y acabé con *delirium tremens*.

Lloyd vivía en Los Ángeles Oeste. Acampé en la azotea de su edificio. Tuve las primeras alucinaciones en su cuarto de baño.

Un monstruo saltó del lavabo. Bajé la tapa y vi cómo más monstruos salían deslizándose. Me corrían arañas por las piernas. Unas manchas pequeñas revoloteaban ante mis ojos.

Corrí a la sala y apagué las luces. Las manchas se volvieron fluorescentes. Saqué el bar de Lloyd y bebí hasta perder el sentido. Desperté en la azotea, muerto de miedo.

Sabía que tenía que dejar de beber y de darle al inhalador. Sabía que aquello iba a matarme en un futuro jodidamente cercano. Robé una botella de whisky y fui a dedo al hospital del condado. Me acabé la botella en la escalinata delantera y entré.

Un médico dictaminó mi ingreso en el ala de alcohólicos. Dijo que me recomendaría para el programa del Hospital Estatal de Long Beach. En treinta días estaría limpio y preparado para vivir sobrio.

Era lo que yo quería. Era o eso o morir joven. Tenía veintisiete años.

Me pasé otros dos días en la enfermería del ala de alcohólicos. Me dejaban zombi a fuerza de tranquilizantes y sedantes. No vi más monstruos ni manchas. Quería beber con la misma intensidad con que quería dejarlo. Intentaba dormir todo el día.

En Long Beach dijeron que me aceptarían. Me trasladarían con otros tres tipos del ala. Eran viejos borrachos, alcohólicos reincidentes profesionales, que llevaban años en el circuito de rehabilitación.

Nos llevaron en una furgoneta del hospital. Me gustó el aspecto del lugar.

Hombres y mujeres dormían en pabellones separados. La cafetería semejaba un restaurante. Las salas de recreo parecían sacadas de un campamento de verano.

El programa consistía en reuniones con miembros de Alcohólicos Anónimos y terapia de grupo. Las sesiones de autocrítica no eran obligatorias. Los pacientes llevaban uniformes de color caqui y pulseras numeradas, como los reclusos de las prisiones del condado de Los Ángeles.

El Antabuse era obligatorio. Unas enfermeras de ojos de lince se ocupaban de que los pacientes lo tomaran todos los días. Si bebías después de tomar ese medicamento, te ponías a morir. El Antabuse era una táctica disuasoria.

Comencé a encontrarme mejor. Racionalicé los ataques de *delirium tremens* como una incongruencia aterradora. Convivía con borrachos de toda

clase y condición. Los hombres me asustaban, las mujeres me excitaban. Empecé a pensar que podría vencer el alcohol y las drogas a mi manera.

Comenzó el programa. En las reuniones de Alcohólicos Anónimos me sumía en ensoñaciones y durante la terapia de grupo hablaba por los codos. Me inventaba hazañas sexuales y dirigía mis historias a las mujeres de la sala. Tardé como una semana en entenderlo: solo estás aquí dentro por tres comidas calientes al día y una cama.

Seguí adelante con el programa. Comí como un cerdo y engordé cuatro kilos. Me pasaba todo el tiempo libre leyendo novelas policiacas.

Tosía mucho. Una enfermera me preguntó por ello. Le dije que hacía poco había sufrido un par de neumonías.

Me envió a un médico para que me examinara. El tipo me inyectó un relajante muscular y me metió un tubo con una pequeña linterna por la garganta. Miró a través de un aparato y movió el tubito por el interior de mis pulmones. No dijo si había visto algo malo.

La tos persistía. Yo aguantaba en el programa y me preguntaba qué haría cuando saliera de allí. Todas las opciones me asustaban.

Podría encontrar un trabajo miserable y seguir limpio con el Antabuse. Podría dejar el alcohol y los inhaladores y tomar otras drogas. Podría fumar hierba. La hierba te abría el apetito. Podría ganar peso y trabajar un poco los músculos. Entonces las mujeres me desearían. La hierba era mi billete hacia una vida normal y saludable.

Aunque en realidad no me lo creía.

Los inhaladores eran sexo. El alcohol era el núcleo de mi fantasía. La hierba era estrictamente para pegarse unas risitas y tener citas ardientes con dónuts y pizza.

Acabé el programa. Seguí tomando Antabuse y volví a instalarme en la azotea de Lloyd. Llevaba treinta y tres días sobrio.

La tos empeoraba. Tenía los nervios destrozados y mi capacidad de atención se colapsaba a los tres segundos. Dormía diez horas seguidas o no paraba de moverme en toda la noche.

Mi cuerpo no era mío.

La azotea constituía mi refugio. Tenía un buen rincón junto a la salida de incendios. Entonces fue todo se derrumbó.

Estábamos a mediados de junio. Me levanté de echar una siesta y pensé: «Necesito cigarrillos». Entonces la mente se me quedó en blanco. No pude recordar o recuperar siquiera ese simple pensamiento.

Mi cerebro chocaba contra paredes vacías. No podía visualizar el pensamiento ni encontrar palabras para expresarlo. Me pasé como una hora tratando de dar forma a ese único y simple pensamiento.

No podía pronunciar mi nombre. No conseguía recordar mi propio nombre. No podía dar forma a ese simple pensamiento ni a ningún otro. Mi mente estaba muerta. Mis circuitos cerebrales se habían desconectado. Era un demente con el cerebro muerto.

Grité. Me tapé los oídos con las manos, cerré los ojos y grité hasta quedarme ronco. Seguía debatiéndome con ese simple pensamiento.

Lloyd subió a la azotea. Lo reconocí. No lograba recordar su nombre ni el mío ni ese sencillo pensamiento de hacía una hora.

Lloyd me bajó a su casa y llamó a una ambulancia. Llegaron los paramédicos y me ataron a una camilla.

Me condujeron al hospital del condado y me dejaron en un pasillo abarrotado. Empecé a oír voces. Las enfermeras pasaban y me gritaban telepáticamente. Yo tosía y forcejeaba para desatarme. Alguien me clavó una aguja en el brazo...

Desperté atado a una cama. Estaba solo en la habitación de un hospital privado.

Tenía las muñecas despellejadas y ensangrentadas. Notaba casi todos los dientes flojos. Me dolía la mandíbula y los nudillos me escocían debido a pequeñas abrasiones. Llevaba puesta una bata de hospital. Y estaba toda meada.

Busqué aquel simple pensamiento y lo recordé al primer intento. Recordé mi nombre de chulo negro: Lee Earle Ellroy.

Todo volvió. Me acordé de cada detalle. Empecé a llorar. Recé a Dios y le supliqué que me dejara conservar mi mente.

Entró una enfermera. Desató las correas y me llevó a una ducha. Permanecí bajo el agua hasta que se enfrió. Otra enfermera me curó los cortes y las abrasiones. Un médico me dijo que debía quedarme allí un mes. Tenía un absceso del tamaño de un puño en el pulmón izquierdo. Necesitaba treinta días de antibióticos por vía intravenosa.

Le pregunté qué le había ocurrido a mi mente. Respondió que probablemente se tratase de un «síndrome cerebral post-alcohólico». Les ocurría en ocasiones a los alcohólicos que dejaban de beber. Me dijo que había tenido suerte. Algunos se volvían locos para siempre.

Mi enfermedad pulmonar podía ser o no contagiosa. Me aislaron para evitar riesgos. Me pusieron un gotero y empezaron a meterme grandes dosis de antibióticos. Me administraban tranquilizantes para calmar el miedo.

Los tranquilizantes me dejaban aturdido. Yo intentaba dormir durante todo el día. Estar despierto y consciente me asustaba. No dejaba de imaginar que mi cerebro quedaba defectuoso de forma permanente.

Esas pocas horas de demencia resumían mi vida. El horror hacía que todo lo ocurrido hasta entonces fuera irrelevante.

Cuando me despertaba regresaba el horror. No conseguía librarme de él.

No me contaba a mí mismo un cuento moralizante ni me regodeaba en mi supervivencia. Sencillamente revivía los momentos de mi vida que me habían conducido a aquello.

El horror permanecía conmigo. Las enfermeras me despertaban de un dichoso sueño para joderme manipulando el gotero. No conseguía llevar mi mente por patrones de fantasía largo tiempo establecidos. El horror jamás me abandonaría.

Imaginé la locura permanente. Me castigaba con aquel cerebro que ahora funcionaba estupendamente.

El miedo se hizo insoportable. Me marché del hospital pese a las protestas de mi médico y tomé el autobús hasta la casa de Lloyd. Robé una botella de ginebra, me la bebí y perdí el conocimiento en el suelo de su piso. Lloyd llamó de nuevo a la ambulancia.

Llegaron los paramédicos. Me reanimaron de mi estupor y me subieron a la ambulancia. Me llevaron de regreso al hospital, donde fui readmitido y conducido a una habitación para cuatro en el ala de enfermedades pulmonares.

Una enfermera me enganchó a otro gotero. Me dio una gran botella para que escupiese los esputos.

Yo tenía miedo de olvidar mi nombre. Lo escribí en la pared de detrás de la cama como recordatorio. Y al lado agregué: «No me volveré loco».

Pasé un mes enganchado a una aguja. Un especialista en vías respiratorias me daba golpecitos en la espalda cada día. Expulsaba grandes flemas que escupía en un recipiente junto a la cama.

El absceso desapareció. El miedo se quedó.

Mi mente volvió a funcionar con toda normalidad. Para ponerla a prueba me dedicaba a hacer juegos mnemotécnicos. Memorizaba anuncios de revistas y eslóganes de los cartones de leche. Ejercitaba mis músculos mentales para luchar contra una posible demencia.

Me había vuelto loco una vez. Podía volver a ocurrirme.

No conseguía librarme del miedo. Me alimentaba de él constantemente, todos los días. No lograba analizar por qué había llegado a aquel punto de disfunción cerebral. Achaqué el problema a un fenómeno físico.

Sentía mi cerebro como un apéndice externo. Mi juguete de toda la vida no me era en absoluto ajeno. Era un espécimen en una botella. Y yo era un médico dándole golpecitos con un palo.

Sabía que el alcohol, las drogas y mi tenue abstinencia eran la causa de mi combustión cerebral. Eso me decía mi lado racional. Mi respuesta secundaria se derivaba directamente de la culpa. Dios me castigaba por follar mentalmente con mi madre.

Yo lo creía. Mi fantasía era tan transgresora que merecía una intervención divina. Me torturé con esa idea. Desenterré la ética protestante del Medio Oeste que mi madre había intentado eludir y la utilicé para flagelarme.

Mi nueva fuerza mental era la autopreservación. Utilizaba trucos mentales para que mi cerebro se mantuviera ágil. Eso, más que apuntalar mi confianza, alimentaba mi miedo.

El absceso pulmonar se curó por completo. Salí del hospital e hice un trato con Dios.

Le dije que dejaría la bebida y los inhaladores. Le dije que no robaría. Lo único que quería era recuperar mi mente para siempre.

Cumplí con el trato.

Volví a la azotea de Lloyd. No bebí ni me coloqué con inhaladores ni robé. Dios mantenía mi mente en orden.

El miedo permaneció.

Sabía que podía volver a ocurrir. Comprendía el aspecto absurdo de cualquier contrato divino. Los residuos de tanto alcohol e inhaladores podían estar al acecho en mis células. Los cables de mi cerebro podían chisporrotear y desconectarse sin previo aviso. Podía perder la chaveta al día siguiente o en el año 2000.

El miedo me mantenía sobrio. El miedo no me impartía lecciones de moral. Los días pasaban lentos, sudorosos y ansiosos. Vendía mi plasma en un banco de sangre de los bajos fondos y vivía con diez dólares a la semana. Rondaba por las bibliotecas y leía novelas policiacas. Memorizaba pasajes enteros para mantener mi mente fuerte y activa.

Un chico del edificio de Lloyd trabajaba de cadi. Me dijo que pagaban bien y que era un dinero libre de impuestos. Podías trabajar o no, según te apeteciese. El club de campo de Hillcrest era un lugar de categoría. Los socios daban buenas propinas.

El chico me llevó a Hillcrest. Enseguida supe que había tenido suerte.

Era un prestigioso club judío al sur de Century City. El campo de golf era sinuoso y de un verde intenso. Los cadis se congregaban en una caseta donde bebían, jugaban a cartas y contaban historias obscenas. Había bebedores, drogadictos y ludópatas. Supe que allí encajaría.

El trabajo de los cadis consistía en llevar los palos del jugador y conocer las diferencias entre un palo y otro. Yo no sabía nada de golf. El cadi jefe me dijo que aprendería.

Empecé cargando una sola bolsa. Recorrí dando tumbos mi primera docena de circuitos y pronto pasé a llevar dos. No eran tan pesadas. Un recorrido de dieciocho hoyos duraba cuatro horas. Por las dos bolsas te pagaban veinte dólares. En 1975 era una buena pasta.

Trabajaba en Hillcrest seis días a la semana. Con lo que ganaba alquilé una habitación en el hotel Westwood. El sitio era equidistante entre Hillcrest y los clubes de campo de Bel-Air, Brentwood y Los Ángeles. Casi todas las habitaciones estaban ocupadas por cadis. El lugar era como un anexo de la caseta donde se reunían.

El trabajo se apoderó de mi vida. Los rituales calmaban el miedo y lo mantenían alejado, difuso.

El campo de golf me encantaba. Era un mundo verde perfectamente cerrado en sí mismo. El trabajo de cadi no exigía gran esfuerzo mental. Yo dejaba vagar la mente y al mismo tiempo me ganaba la vida.

El entorno me estimulaba. Mientras caminaba acompañando a los socios de Hillcrest me inventaba historias sobre ellos y se me ocurrían bromas sobre mis colegas de los bajos fondos. El choque cultural entre los ricos judíos y los cadis de mala vida era objeto de risas constantes. Trabé amistad con un cadi joven e inteligente que iba a la universidad a tiempo parcial. Discutíamos interminablemente sobre los socios de Hillcrest y sobre la experiencia que suponía un trabajo como el nuestro.

Me relacionaba con gente muy diversa. Escuchaba a todos y aprendía cómo hablar con ellos. Hillcrest era como una especie de estación de servicio camino del mundo real.

La gente me contaba historias. Era como asistir a una clase magistral sobre el folclore del club de campo. Escuché historias de hombres humildes que habían salido de la pobreza a zarpazos e historias de hombres ricos que por culpa del alcohol habían terminado sus días como cadis. En el campo de golf se aprendía picaresca.

Casi todos mis compañeros fumaban hierba. La hierba no me asustaba tanto como el alcohol o los inhaladores. Puse fin a cuatro meses de abstinencia total con hierba tailandesa.

Era muuuuuy buena. La mejor hierba que había probado en mi vida. Empecé a comprar y a fumar todos los días.

Supuse que no me jodería los pulmones ni me reblandecería el cerebro. No encendería mis fantasías incestuosas ni haría que me cagara en Dios. Era la droga manejable y controlable de los años setenta.

Y así lo racionalicé.

Fumé hierba durante un año y medio. Era muuuuuy buena... pero no genial. Era como intentar llegar a la luna en un Volkswagen.

No bebía ni les daba a los inhaladores. Fumaba marihuana y fantaseaba a jornada completa, pero de forma mucho más sutil.

Saqué mis fantasías al aire libre. Por las noches las sacaba a Hillcrest y a otros campos de golf. Saltaba la valla del club de campo de Los Ángeles y recorría con mi fantasía los terrenos del norte durante horas.

Jugué con mi elenco de personajes de Hillcrest y los encajé en un relato policiaco. Perfilé a un héroe alcohólico. Procedía del rincón más triste de Hancock Park. Llevaba toda su vida obsesionado con el caso de la Dalia Negra.

Incluí en la trama la música clásica y las canciones melódicas del club Mecca. Incluí los *delirium tremens*. Mi héroe quería encontrar a una mujer y amarla hasta la muerte.

Mi reserva de dieciocho años de fantasías cristalizó en esa historia. Empecé a ver que allí había una novela.

Me despidieron de Hillcrest. El hijo de un socio me insultó delante de una mujer atractiva. Lo tumbé de un golpe delante de todo el mundo. Un guardia de seguridad me escoltó hasta la salida.

Estaba muy colocado de hierba. La hierba me afectaba de manera impredecible.

Encontré trabajo de cadi en el club de campo de Bel-Air. Los socios y mis compañeros eran tan fascinantes como los de Hillcrest y el campo de golf era aún más hermoso.

En Bel-Air seguí colocándome. Compré un reproductor de casetes y me pasaba horas ciego de hierba escuchando a los compositores románticos alemanes. Por la noche vagaba por los campos de golf y luchaba con aquella novela emergente.

Lloyd se mudó al hotel Westwood. Había dejado el alcohol y la droga dura y se mantenía a base de marihuana. Flirteaba con la idea de la sobriedad real. Le dije que no me interesaba.

Mentía.

Tenía casi treinta años. Quería hacer cosas. No robaba. No tenía fantasías sexuales con mi madre. Dios u otras fuerzas cósmicas me habían devuelto el cerebro de manera permanente. No oía voces. No estaba tan jodido como antes.

Y no era un ser humano civilizado.

Mantenerme a base de marihuana me llenaba físicamente. Comía mucho, cargaba bolsas de golf y hacía cientos de flexiones al día. Era alto, fuerte y

corpulento. Tenía unos ojos marrones pequeños y brillantes, y llevaba gafas con montura metálica que aumentaban su tamaño. Estaba colocado todo el tiempo. Parecía un loco consumido por un monólogo interior. Los desconocidos me encontraban inquietante.

Las mujeres me tenían miedo. Intenté ligarme a algunas en las librerías y se asustaron muchísimo. Era consciente de que se me veía desesperado y socialmente torpe. Y que mi higiene personal dejaba mucho que desear.

Estaba hambriento. Quería amor y sexo. Quería dar a conocer mis historias mentales al mundo.

Sabía que en aquellas circunstancias no podría conseguir ninguna de esas cosas. Debía renunciar a toda clase de droga. No podía beber. No podía robar. No podía mentir. Tenía que ser un jodido hijo de puta encerrado en sí mismo, estricto y severo. Tenía que repudiar mi vieja vida. Tenía que construirme una nueva vida a partir de la pura fuerza desecada de la antigua.

Me gustó el concepto. Apelaba a mi naturaleza extremista. Me gustaba el carácter de autoinmolación. Me gustaba el aire de apostasía absoluta.

Durante semanas le di vueltas a la idea. Estimulaba mi impulso narrativo y amargaba mi gusto por la droga. Quería cambiar por completo mi vida.

Lloyd se había desenganchado en Alcohólicos Anónimos. Me aseguró que la abstinencia total era mejor que todo el alcohol y la droga juntos. Le creí. Siempre había sido más listo y fuerte que yo, y más lleno de recursos.

Seguí su senda. «Al carajo», me dije, y abandoné mi antigua vida.

Alcohólicos Anónimos era una locura. El panorama a finales de los años setenta era demencial. Era redención, sexo, Dios y grandes y estúpidas meteduras de pata. Era mi educación sentimental y mi camino de regreso a la vida.

Me encontré con muchas personas cuya vida era igual a la mía con ligeras variaciones. Oí historias que superaban a la mía en puro horror. Hice amigos. Aprendí preceptos morales y desarrollé una fe en Dios expresada con sencillez que no era más compleja y sentida que la de un niño en una escuela dominical.

Mi entrada en Alcohólicos Anónimos resultó dolorosa. Sus reuniones me pasaron factura. La gente no decía más que palabrería ambigua y trillada. Solo me quedaba para tomar las manos a las mujeres durante la plegaria al Señor.

Las mujeres me magnetizaban y hacían que volviera. Regresaba «un día a la vez» para tomarlas de la mano. La lujuria y mi voluntad apostólica me mantenían sobrio.

Alcohólicos Anónimos hizo un trabajo sutil conmigo. Su literatura criticaba el alcoholismo y la drogodependencia de manera brillante. Comprendí que yo era un elemento más de una plaga común. En ese contexto mi historia resultaba banal y solo unos pocos detalles incidentales la hacían única. Su crítica imbuía a los principios de Alcohólicos Anónimos de una gran fuerza moral. Yo los encontraba absolutamente creíbles y confiaba en su eficacia.

Los principios me ganaron. La gente me hizo capitular.

Trabé amistad con algunos tipos. Me relajé con las mujeres y di rienda suelta a mi ego en los atriles de Alcohólicos Anónimos. Me convertí pronto en un magnífico orador. Mi exhibicionismo autodestructivo dio un giro completo.

En Alcohólicos Anónimos del Westside había mucha marcha. Los asistentes a las reuniones eran jóvenes, blancos y salidos. El alcohol y la droga no existían. El sexo sí. El lema era: «Mantente sobrio, confía en Dios y folla».

Después de las reuniones la gente se desmadraba. Un tipo daba fiestas de intercambio de parejas sobrias. Había hombres y mujeres que se conocían en el local y se casaban en Las Vegas dos horas más tarde. Abundaban las fiestas nudistas en piscinas. Las mujeres atacaban a los hombres con todo descaro. Annie «la Salvaje» B. enseñó los pechos en el Kenny's Deli después de la reunión nocturna de los martes en Ohio Street.

Me acosté con mujeres. Tuve líos de una, dos y tres noches, y penosos intentos de monogamia estricta. Dejé que adictos al caballo que estaban desintoxicándose se quedaran en mi casa mientras yo me desmadraba con algún ligue a altas horas de la noche. Ganaba trescientos dólares semanales en el campo de golf y me lo gastaba casi todo en mujeres. Recogía a prostitutas yonquis, las llevaba a las reuniones de Alcohólicos Anónimos y les hacía tragar la historia de la Dalia Negra para que se asustaran y dejaran el oficio. Era un despilfarro frenético y a menudo gozoso.

Sobrio, hice realidad casi todos mis sueños sexuales inducidos por la droga.

El mundo real eclipsó el mundo de fantasía. La única fantasía que persistía era aquella historia que sabía que era una novela.

Me perseguía como un fantasma. Invadía mis pensamientos en momentos extraños. No sabía si tendría agallas para escribirla. Disfrutaba de una época de bonanza. No sabía que estaba huyendo del pasado.

Mi madre llevaba muerta veinte años. Mi padre, trece. Soñaba con él. Con ella no soñaba nunca.

Mi nueva vida era abundante en fervor y escasa en retrospectión. Sabía que había abandonado a mi padre y acelerado su muerte y había pagado la deuda con creces. Lo de mi madre era otra cosa.

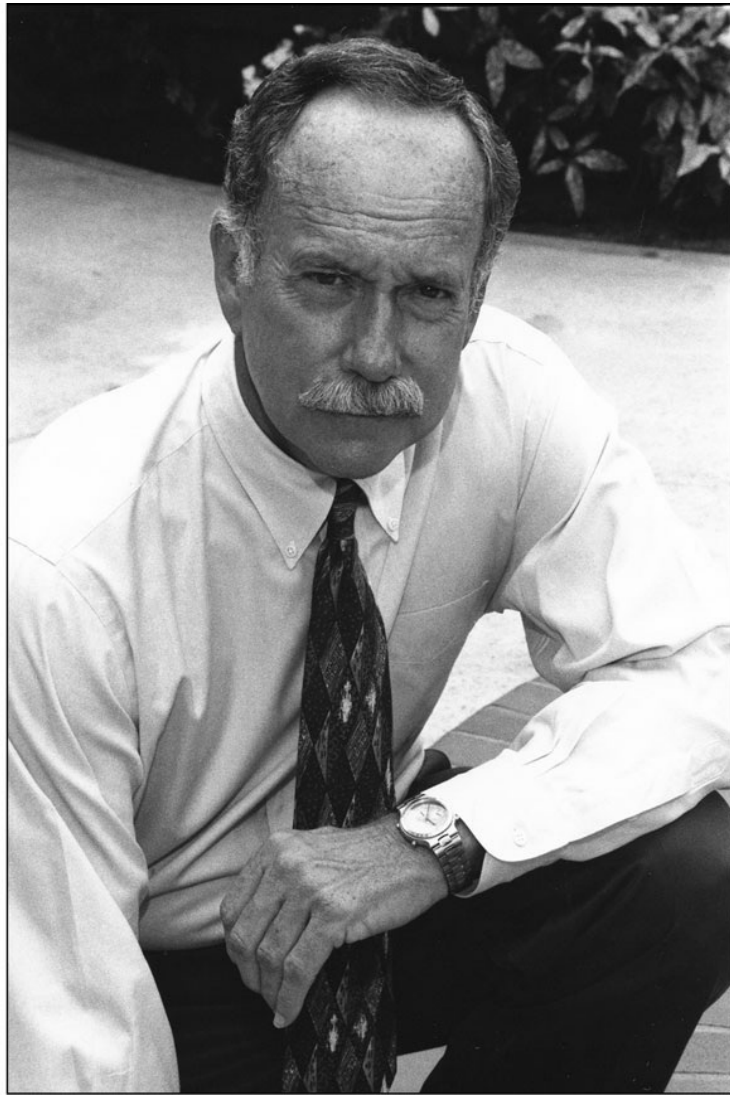
Solo la conocía a través de la vergüenza y la repulsión. Me la tiré en un

sueño febril y negué mi propio mensaje de anhelo. Me asustaba resucitarla y amarla en cuerpo y alma.

Escribí la novela y la vendí. Trataba sobre la escena criminal de Los Ángeles y sobre mí. Me daba miedo acechar a la pelirroja y desvelar sus secretos. Aún no había encontrado al hombre que me la devolvería.

III

STONER



Tú eras un fantasma. Te encontré en las sombras y traté de llegar a ti de muchas y terribles maneras. Tú no me censuraste. Soportaste mis ataques y dejaste que me castigara a mí mismo.

Tú me hiciste. Tú me formaste. Me diste una presencia espectral que brutalizar. Nunca me pregunté cómo rondabas fantasmagóricamente a otros. Nunca me cuestioné ser el único poseedor de tu espíritu.

No quería compartir mi derecho sobre ti. Te rehíce de manera perversa y te encerré bajo llave donde otros no pudieran tocarte. No sabía que el simple egoísmo invalidaba todos mis derechos sobre ti.

Vives fuera de mí. Vives en los pensamientos enterrados de desconocidos. Vives a través de tu voluntad de esconderte y encubrirte. Vives a través de tu voluntad de eludirme.

Estoy decidido a encontrarte. Sé que no puedo hacerlo solo.

Todos sus fantasmas eran mujeres. Recorrían sus sueños de modo intercambiable.

La mujer en estado de descomposición en la cuneta de la Ruta 126. La camarera de la Marina. La adolescente que se quedó muda por el trauma de haber sido golpeada y violada.

La lógica del sueño distorsionaba los detalles. Las víctimas se movían entre las escenas del crimen y mostraban signos de muerte contradictorios. A veces volvían a la vida. Se las veía más viejas o más jóvenes, o tal como eran en el momento de su muerte.

Daisie Mae fue sodomizada como Bunny. Karen recibió los golpes de porra que hicieron caer de bruces a Tracy. La porra era de fabricación casera. Los asesinos habían introducido cojinetes en un trozo de manguera de jardín y habían cerrado los dos extremos.

Las resurrecciones instantáneas resultaban irritantes. Se suponía que las mujeres tenían que seguir muertas. La muerte las acercaba a él. Su amor empezaba en el instante mismo en que morían.

Soñaba mucho. Había dejado la persecución y estaba pasando por una especie de retirada anticipada. Había llegado el momento de marcharse. Había dado todo lo que tenía. Quería marcharse definitivamente.

Dejaba deudas sin pagar. Karen le enviaría notas para recordárselo. Él le

había fallado porque los contactos no estaban allí y otros asesinatos le distraían de sus obligaciones. Era víctima de la confusión y del azar, igual que ella.

Intentaría compensarla con el amor que aún sentía.

Se llamaba Bill Stoner. Tenía cincuenta y tres años y era detective de la Brigada de Homicidios en la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles. Estaba casado y tenía dos hijos gemelos de veintiocho años.

Marzo del 94 tocaba a su fin. A mediados de abril dejaría el trabajo. Llevaba treinta y dos años en el cuerpo, catorce de ellos en Homicidios. Se retiraba como sargento con veinticinco años de antigüedad en el puesto. Con su pensión viviría bien.

Se iba indemne. No era un borracho ni había engordado a fuerza de alcohol y comida basura. Llevaba más de treinta años con la misma mujer y juntos habían superado las épocas difíciles. Nunca había tomado el camino bifurcado que seguían muchos polis. No jugaba la doble carta de tener una familia y una serie de amiguitas en la recientemente abierta a las mujeres comunidad de agentes de la ley.

No se había escondido tras el trabajo ni se había regodeado en una visión sombría del mundo. Sabía que el aislamiento generaba resentimiento y autocompasión. El trabajo de policía era ambiguo por naturaleza. Los polis desarrollaban códigos sencillos para asegurar sus fundamentos morales. Esos códigos reducían cuestiones complejas a simples epigramas. Y todos los epigramas se reducían a esto: los polis saben cosas que el resto de la gente ignora. Cada epigrama confundía en la misma medida en que iluminaba.

Eso era lo que le había enseñado el trabajo en Homicidios. Lo aprendió gradualmente. Vio casos que parecían claros y que recibían una sentencia

condenatoria, pero no alcanzó a comprender por qué se habían producido los asesinatos. Llegó a desconfiar de las respuestas y las soluciones fáciles, y se entusiasmó con las menos viables que encontró. Aprendió a reservarse los juicios, a contener su ego y a hacer que la gente se acercara a él. Era la actitud de un inquisidor. Le proporcionaba cierto distanciamiento de sí mismo. Lo ayudaba a controlar su temperamento general y a refrenar su conducta en algunas cuestiones difíciles fuera del trabajo.

Los primeros diecisiete años de su matrimonio fueron una guerra continua. Se peleaba con Ann. Ann se peleaba con él. Sin embargo, gracias a la suerte y a un cierto sentido de los límites, todo quedaba en palabras. Eran igualmente volubles y procaces, y así quedaban en tablas. Sus exigencias eran igual de egoístas. Y ambos aportaban a la guerra las mismas reservas de amor.

Él llegó a detective de Homicidios. Ann llegó a enfermera titulada. Empezó la carrera tarde. Su matrimonio sobrevivió porque ambos trataban con la muerte.

Ann se retiró pronto. Sufría de hipertensión y era alérgica. Los años malos le habían pasado factura.

Y a él también.

Estaba exhausto. Cientos de asesinatos y las épocas difíciles con Ann habían supuesto una enorme carga. Quería abandonarlo todo.

Sabía cómo dejar que las cosas fueran por sí solas. El trato con la muerte se lo había enseñado. Quería ser esposo y padre a tiempo completo. Quería estar cerca de Ann y de los chicos de manera permanente.

Bob regentaba una tienda de Ikea. Estaba casado con una mujer muy formal y tenían una niña pequeña. Bob iba por el buen camino. Bill Junior era más problemático. Levantaba pesas, iba a la universidad y trabajaba de gorila.

Tenía un hijo de una exnovia japonesa. Bill Junior era un chico brillante y un gilipollas redomado.

Amaba a sus nietos con locura. Para él la vida era magnífica.

Tenía una bonita casa en el condado de Orange. Tenía una buena reserva de dinero y de salud. Gozaba de un buen matrimonio y mantenía un diálogo privado con mujeres muertas. Era su propia interpretación del síndrome *Laura*.

A los detectives de Homicidios les encantaba la película *Laura*. Un poli se obsesiona con la víctima de un asesinato y descubre que sigue viva. Es muy bella y misteriosa. La mujer se enamora del poli.

La mayoría de los detectives de Homicidios eran unos románticos. Irrumpían en vidas destrozadas por el asesinato y ofrecían consuelo y consejo. Se ocupaban de familias enteras. Conocían a las hermanas y las amigas de sus víctimas y sucumbían a una tensión sexual aumentada por el dolor de la pérdida. Echaban a perder sus matrimonios entregándose a esas situaciones dramáticas.

Él no estaba tan loco ni enganchado a lo dramático. La contrapartida de *Laura* era *Perdición*: un hombre conoce a una mujer y arroja su vida por la borda. Ambos escenarios eran igualmente fatuos.

Las mujeres muertas encendían su imaginación. Las honraba con tiernos pensamientos. No les permitía que controlaran su vida.

Estaba decidido a jubilarse pronto. Las cosas pasaban deprisa y brillantes por su cabeza.

Tenía que ir a la Oficina de Detectives. A las nueve había quedado con un hombre cuya madre había sido asesinada hacía unos treinta años. El hombre quería echar un vistazo al expediente policial.

El terremoto de enero había destrozado el Palacio de Justicia. La Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff se trasladó a la ciudad de Commerce. Estaba a una hora al norte del condado de Orange.

Tomó la 405 hasta la 710. Un detective de Homicidios se pasaba la mitad del tiempo en la autopista. Eso acababa dejándolo exhausto.

El condado de Los Ángeles era grande, topográficamente diverso y solo podía cruzarse por autopista. Las autopistas racionalizaban los problemas para deshacerse de un cadáver. Los asesinos podían adentrarse en remotos cañones y librarse rápidamente de sus víctimas. Pero las autopistas y sus terraplenes constituían zonas de cuatro estrellas para hacerlo. Él calificaba las autopistas según su potencial para arrojar cadáveres y su historial al respecto. Cada tramo de autopista de Los Ángeles señalaba el lugar donde había aparecido un cuerpo o el camino hacia la escena de un crimen. Cada rampa de entrada o de salida le conducía a algún asesinato.

Los cadáveres tendían a amontonarse en los peores lugares del condado. Conocía cada kilómetro de autopista desde y hasta cualquier población apésta que estuviese bajo la jurisdicción de la Oficina del Sheriff. Los kilómetros se acumulaban y pesaban en su cansado trasero. Quería largarse para siempre de la Autopista de los Cadáveres Abandonados.

Del condado de Orange al centro de Los Ángeles había unos ciento cincuenta kilómetros de ida y vuelta. Él vivía en el condado de Orange porque no era el condado de Los Ángeles ni un gran mapa de los asesinatos del pasado y del presente. Casi todo Orange era blanco y monolíticamente conservador. Él encajaba allí de manera superficial. Los polis eran unos bribones disfrazados de conservadores. Le gustaba la onda de aquel lugar. La gente se enfurecía con la misma mierda que él veía cada día. El condado de Orange lo hacía sentirse ligeramente hipócrita. Los polis se mudaban en manada a sitios como aquel para vivir la ilusión de que los tiempos pasados

eran mejores y fingir que eran personas diferentes. Muchos llevaban consigo un bagaje reaccionario. Hacía mucho tiempo que él se había deshecho del suyo.

Vivía allí para mantener sus dos mundos separados. La autopista no era más que un símbolo y un síntoma. Siempre había estado corriendo de aquí para allá... en un sentido u otro.

El cuartel general de la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff estaba en una nave de un complejo industrial, encajada entre una fábrica de herramientas y una empresa de chips para ordenador. Se trataba de un emplazamiento provisional. Supuestamente se mudarían pronto a unas instalaciones permanentes.

El Palacio de Justicia rezumaba elegancia. Ese lugar no se parecía ni remotamente a los locales de la policía. El exterior era de estuco blanco. El interior era de yeso blanco. En la sala principal había unas cien mesas alineadas juntas. Parecía un local de ventas por teléfono.

El Departamento de Casos No Resueltos estaba separado por una pared. Contiguo a este había un almacén lleno de estanterías, abarrotadas con los expedientes de homicidios sin resolver.

Cada expediente estaba marcado con la letra Z y un número de seis cifras. Stoner encontró el Z-483-362 y se lo llevó a su mesa.

Había pasado siete años en aquel departamento, cuyo único precepto era: examinar expedientes Z en busca de pistas viables y valorar cualquier nueva información que pudiese ayudar a resolver el caso. El trabajo tenía tanto de relaciones públicas como de estudio antropológico.

Los policías destinados allí rara vez resolvían casos de asesinato. Comprobaban pistas telefónicas, estudiaban expedientes y se quedaban

enganchados a crímenes antiguos. Interrogaban a viejos sospechosos y hablaban con viejos detectives. Los casos no resueltos conllevaban mucho papeleo. Los veteranos solían ser destinados a ese departamento antes de retirarse.

Stoner fue asignado bastante joven. El capitán Grimm tenía un trabajo especial para él. Grimm creía que el asesinato del Cotton Club podía resolverse. Le dijo a Stoner que se dedicase a él a tiempo completo.

El trabajo le llevó cuatro años. Era uno de esos casos de altura que podían significar la gloria profesional para quien lo resolviera.

Lo dejó reventado. Le hizo recorrer muchos kilómetros de autopista.

Stoner hojeó el expediente Z que había sacado de la estantería. La foto de la autopsia era horripilante, casi tanto como las del instituto Arroyo. Tendría que preparar primero al hombre.

Unos policías pasaron junto a su mesa y le gastaron algunas bromas sobre su jubilación. A su compañero, Bill McComas, acababan de hacerle un cuádruple *bypass*. Los tipos querían un parte de su evolución.

Mac estaba ligeramente mejor. Iba a jubilarse al mes siguiente... no del todo indemne.

Stoner echó la silla hacia atrás y se puso a soñar despierto. Seguía viendo las cosas deprisa y brillantes.

Era un chico californiano. Durante la guerra su familia se marchó de Fresno y se instaló en el condado de Los Ángeles. Sus padres lucharon como fieras para subsistir. Él estaba cabreado y sus hermanas asustadas.

Se crio en South Gate, en un típico edificio de la posguerra, achaparrado y caluroso, con paredes de estuco. Allí reinaban los emigrantes de la Oklahoma deprimida. Les gustaban los coches trucados y la música country. Trabajaban

en la industria y recibían buenos cheques acordes con la época de bonanza económica. El viejo South Gate generaba obreros decentes. El nuevo South Gate generaba maleantes drogadictos.

Creció enganchado a las chicas y a los deportes y alimentando una vaga sensación de aventura. Su padre era capataz en la empresa Proto-Tool. Abundaban los trabajos mal remunerados y faltos de espíritu aventurero. Probó en Proto-Tool. Era muy aburrido y cansado. Se matriculó en el instituto y sopesó estudiar magisterio. La idea no acabó de entusiasmarlo.

Sus hermanas se casaron con polis. Tenía un cuñado en el Departamento de Policía de South Gate y otro en la Patrulla de Caminos. Le contaban historias tentadoras que encajaban con ideas que ya le rondaban por la cabeza.

Quería aventura. Quería ayudar a la gente. Al día siguiente de cumplir veintiún años hizo la prueba de admisión para la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles.

Aprobó el examen. Pasó las pruebas físicas y la comprobación de antecedentes familiares. En diciembre del 61 lo asignaron a las clases de la Academia de la Oficina del Sheriff.

Pero el departamento andaba escaso de personal. Su primer destino fue la cárcel del Palacio de Justicia. Allí conoció a muchos asesinos famosos.

Conoció a John Deptula. El Loco John entró a robar en una bolera y despertó a Roger Alan Mosser, un encargado de mantenimiento que dormía allí. Lo golpeó hasta matarlo y llevó el cadáver al Parque Natural Ángeles. Decapitó a Mosser y arrojó la cabeza a uno de los aseos portátiles de una zona de acampada. Ward Hallinen, de Homicidios de la Oficina del Sheriff, resolvió el caso.

Conoció a Sam LoCigno. LoCigno se cargó a Jack «el Ejecutor» Whalen.

Fue un trabajo por encargo. Ocurrió en el restaurante Rondelli's en diciembre del 59. El golpe estuvo mal planeado desde el principio.

En su pabellón había drag queens y atracadores a mano armada. Los escuchó y aprendió muchas cosas de ellos. Después entró en la Academia y en cuatro meses completó un curso de justicia criminal. Conoció a una hermosa rubia llamada Ann Schumacher. Trabajaba en la fábrica Autonetics de Downey. Hicieron planes para salir la noche de su graduación.

Se graduó de la Academia en abril del 62. Llevó a Ann al Crescendo, en el marchoso Sunset Strip. Ann estaba muy guapa. Él estaba muy guapo. Llevaba una 38 de cañón corto. Tenía veintiún años y era un tipo increíblemente molón.

Quería trabajar en un coche patrulla. La Oficina del Sheriff disponía de patrullas adscritas a catorce comisarías. Él quería acción constante.

Lo asignaron a una prisión.

Lo destinaron al Wayside Honor Rancho. Estaba a unos cien kilómetros de su casa. Aquel trabajo inauguró su larga y desagradable relación con las autopistas.

Wayside le quitó una parte de su juventud. Fue un buen curso de la época previa al colapso de la justicia americana.

Wayside albergaba a reclusos condenados en el condado y los sobrantes de la cárcel del Palacio de Justicia. Blancos, negros y mexicanos se odiaban entre ellos pero evitaban los enfrentamientos raciales. Wayside era un elemento eficiente en un sistema que todavía funcionaba. El sistema funcionaba porque las estadísticas de criminalidad no se disparaban a niveles estratosféricos y la mayoría de los criminales no empleaban la violencia. La heroína era la gran droga mala de la época. La heroína era una epidemia bien contenida. La heroína hacía que entrases a robar en casas y obligases a tu novia a hacer la calle para poder pagarte el hábito. La heroína te dejaba

atontado. La heroína no te hacía perder el juicio ni te llevaba a cortar a tu novia en pedazos... como haría el crack veinte años más tarde. El sistema funcionaba porque la mayoría de los criminales y los delincuentes se declaraban culpables y no fastidiaban con apelaciones rutinarias. El sistema funcionaba porque el colapso de las cárceles aún no había llegado. Los criminales estaban pre-concienciados. Aceptaban la autoridad. Sabían que eran escoria de los bajos fondos porque lo veían en televisión y lo leían en los periódicos. Estaban atrapados en un juego amañado. Por lo general siempre ganaba la autoridad. Disfrutaban con las victorias insignificantes y se deleitaban con las maquinaciones del juego. El juego era infiltración. La infiltración y el fatalismo estaban de moda. Si te librabas de la cámara de gas, lo peor que podía ocurrirte era pasar una temporada entre rejas, algo perfectamente viable antes del colapso. Podías privar vino carcelario y dar por culo a los maricones. El sistema funcionaba porque América aún no se las había tenido que ver con disturbios raciales, magnicidios, problemas medioambientales, confusión de géneros, proliferación de drogas, fanatismo por las armas, psicosis religiosas vinculadas a una implosión de los medios de comunicación y a un culto emergente a las víctimas: un tránsito de veinticinco años de confrontaciones y disensiones cuyo resultado sería un frustrante escepticismo masivo.

Se hizo poli en el momento oportuno. Podía aferrarse a ideas muy simples con una conciencia clara. Podía romper cabezas con total impunidad. Podía posponer algunos aspectos de su educación como policía y llegar a la mayoría de edad como detective de Homicidios.

En el 62 aún tenía ilusiones. Sabía que el sistema funcionaba. El trabajo en la cárcel era factible. De un modo algo retorcido, se lo pasaba bien con los internos. Desempeñaban su papel según el guion del momento. Los carceleros también.

Se casó con Ann en diciembre del 62. Un año después lo trasladaron a la comisaría de Norwalk. Pasó su primer aniversario de boda en un coche patrulla. Ann se sintió dolida y muy cabreada.

Empezaron a reñir. Ann quería que le dedicase todo su tiempo. Él quería que ella adaptase todo su tiempo a sus horarios de trabajo. La Oficina del Sheriff de Los Ángeles le exigía casi todo su tiempo. Alguien tenía que ceder.

Siguieron riñendo. Su matrimonio se convirtió en el matrimonio de sus padres, solo que con el volumen muy alto y muchos «Que te jodan». Ann tenía complejo de abandono. Su madre la había dejado para marcharse con un atracador. El tipo la había llevado por todo el país compartiendo sus correrías. Ann había tenido una infancia de lo más jodida.

Las riñas continuaron. Se reconciliaban. Volvían a reñir. Él se resistió a liarse con montones de mujeres que iban a la caza de polis. La Oficina del Sheriff de Los Ángeles se cernía como codemandada en un posible proceso de divorcio.

Le encantaba el trabajo de patrulla. Le encantaba el fluir de acontecimientos inesperados y la mezcla diaria de nuevas personas en apuros. La de Norwalk era una «comisaría de caballeros». La población era blanca y el ritmo lento. El manicomio del condado estaba en su jurisdicción. Los locos se escapaban y montaban numeritos paseándose completamente desnudos. Los agentes de Norwalk tenían un servicio de taxis para chiflados. Siempre andaban devolviendo a algún interno al hospital.

Disfrutaba de sus rondas por Norwalk. El sistema funcionaba y el crimen podía contenerse. Algunos de los veteranos decían que se avecinaban tiempos duros. La ley Miranda lo estaba jodiendo todo. El equilibrio de poder había pasado de la policía a los sospechosos. Ya no podías arrancar confesiones con trucos de sala de interrogatorios y golpes de listín telefónico en los riñones.

Él no comulgaba con semejantes prácticas. Él no utilizaba guantes de cuero

negro con pesos de medio kilo. No era una persona violenta. Intentaba razonar con tipos agresivos y solo pasaba a mayores cuando tenía que hacerlo.

Perdió el control de su coche durante una persecución y estuvo a punto de morir. Se enzarzó con un adolescente que había esnifado cola y se llevó algunos golpes fuertes. Respondió a un aviso de accidente y acudió rápidamente al lugar del siniestro. El conductor del camión estaba muerto. Su cabeza había impactado contra los botones de la radio y había subido el volumen al máximo. La canción «Charade» se oía en varias manzanas a la redonda.

Norwalk le dio algunos momentos turbulentos. Cosa de niños en comparación con los disturbios de Watts en agosto del 65.

Ann estaba embarazada de ocho meses. Iban hacia el norte por la autopista de Long Beach. El terreno era elevado y gozaban de una buena panorámica. Vieron arder una docena de fuegos.

Salieron de la autopista y llamó a la comisaría de Norwalk. El comandante de guardia le dijo que se pusiera el uniforme y se presentara en la Harvey Aluminium. La dirección y los trabajadores de la fábrica llevaban un tiempo enfrentados. La Oficina del Sheriff de Los Ángeles tenía establecido allí un puesto de mando.

Dejó a Ann y salió pitando hacia la Harvey. El aparcamiento estaba lleno de coches patrulla y policías con equipo antidisturbios. El puesto de mando estaba enviando unidades de cuatro hombres. Agarró una escopeta del calibre 12 y acudió con tres compañeros temporales.

Había que hacer turnos de doce horas. Había que arrestar a los saqueadores y a los incendiarios. Había que limpiar Watts y Willowbrock, el punto caliente de todo aquel vudú negro.

Entró a plena luz del día. La temperatura rondaba los treinta y cinco

grados. Los incendios añadían calor. Su equipo antidisturbios añadía aún más. El sur de Los Ángeles era todo calor y agitación.

Los saqueadores asaltaban licorerías. Los saqueadores se bebían las botellas de marca allí mismo. Los saqueadores empujaban carritos de la compra por la calle abajo. Los carritos iban llenos de licor y televisores.

Sonaban disparos continuamente. No se sabía quién disparaba a quién. Se ordenó el despliegue de la Guardia Nacional. Sus miembros parecían jóvenes, estúpidos y asustados, y disparaban sin ton ni son.

Era imposible patrullar siguiendo ninguna lógica. Pasaban demasiadas cosas demasiado deprisa. Tenías que pillar a los saqueadores al azar. Tenías que hacerlo de forma caprichosa, obedeciendo al impulso del momento. No podías saber de dónde procedían los disparos. Tampoco podías confiar en que los de la Guardia no soltaran una ráfaga y una bala perdida acabase contigo.

El desorden era incontenible. Crecía en proporción directa a los esfuerzos por controlarlo. Un agente intentaba contener a la multitud. Un saqueador le quitó la escopeta. Se le disparó y le voló la tapa de los sesos a su compañero.

Los disturbios prosiguieron. La acción se dispersaba y se recomponía de manera inesperada. Pasó allí tres días enteros. Abatió a saqueadores y perdió peso por su exposición a las altas temperaturas y la sobrecarga de adrenalina.

La acción remitió debido a una especie de extenuación masiva. Tal vez el calor aplacó a los alborotadores. Habían proclamado su malestar. Habían llevado un poco de alegría a sus vidas de mierda. Se atiborraron de botines baratos y se convencieron de que habían ganado más que perdido.

La policía perdió su virginidad colectiva.

Algunos de sus miembros lo negaron. Atribuyeron los disturbios a una serie concreta de sucesos generados criminalmente. Su lógica de causa y efecto no llegó más lejos.

Muchos policías se declararon en pie de guerra. Los negros revoltosos eran

negros revoltosos. Sus tendencias criminales innatas debían reprimirse con más rigor.

Él sabía que no era así. Los disturbios le habían enseñado que la represión resultaba inútil. Nadie quemaba su propio mundo sin una buena razón para ello. No se podía tener a la gente encerrada ni tampoco excluida. Cuanto más se intentara, más se impondría el caos al orden. Aquella revelación lo estremeció y asustó.

Los gemelos nacieron un mes después de los disturbios. La relación con su mujer fue tranquila durante una temporada. Preparó el examen para sargento y siguió adscrito a la comisaría de Norwalk. Sopesó las lecciones de Watts.

Vivía en dos mundos. Su mundo familiar era incontrolable. Las lecciones aprendidas en Watts no le servían en casa. Sabía lidiar con los delincuentes, pero no podía manejar a la volátil mujer a la que amaba.

La novedad de los niños pasó. Empezaron a reñir de nuevo. Se peleaban delante de los niños y luego se sentían mal por ello.

En diciembre del 68 aprobó el examen para sargento y fue trasladado a la comisaría de Firestone. Se trataba de una zona negra densamente poblada y con un alto índice de criminalidad. El ritmo era frenético. Aprendió a trabajar tres veces más que en Norwalk.

Hizo de supervisor de patrulla. En cada turno los avisos de código 3 eran continuos. En Firestone todo eran asuntos de droga, atracos a mano armada y violencia doméstica. En el 65 había sido zona de disturbios. Todos sus habitantes tenían sus historias y revelaciones acerca de aquello. Firestone era pistolas y partidas de dados en las aceras. Firestone era el niño que se metía en la secadora y moría quemado dando vueltas. Firestone era caos desacelerado. Firestone podía estallar en cualquier momento.

Pasó allí cuatro años. Dejó de patrullar y entró en la Brigada de Homicidios. Trabajó un poco las relaciones sociales en la comunidad.

Cualquier cosa que tendiese un puente entre la policía y la población civil era buena. El LAPD había jodido para siempre la relación con los civiles. Él no quería que con la Oficina del Sheriff ocurriera lo mismo.

Fue transferido a robo de vehículos. Desarrolló buenas facultades como detective y disfrutó con la naturaleza específica de aquel trabajo. Los robos eran algo claro y simple. Se reducían a violación de la propiedad. Eran problemas aislados que terminaban con la detención concreta de la parte culpable. No tenía que arrestar a chavales inocentes por fumar marihuana. No tenía que hacer de árbitro en disputas familiares ni dar consejos matrimoniales como si supiera de qué estaba hablando.

El trabajo de detective era su vocación. Tenía las habilidades sociales y el carácter necesarios para ello. El trabajo de patrulla era una carrera extenuante sin una meta fija de llegada. En comparación, la labor de detective tenía un ritmo muy calmado. Interrogaba a los sospechosos uno a uno e iba sacándoles lo que sabían. Profundizó más en la relación entre policía y delincuente.

Llegó a Firestone como policía. Se marchó de allí como detective. Entró en Asuntos Internos y se dedicó a cazar a otros policías.

Policías que robaban dinero. Policías que utilizaban demasiado la porra contra los negros. Policías que se drogaban. Policías que se masturbaban en los cines viendo pelis porno. Policías que daban palizas a los detenidos en las comisarías del condado. Policías que delataban delitos imaginarios por puro despecho.

Asuntos Internos era brutal. El límite moral estaba vagamente definido. No disfrutaba acosando a sus colegas. Buscaba la verdad literal relacionada con sus situaciones personales y acentuaba las circunstancias atenuantes. Sentía empatía por hombres detestables. Era consciente de que el trabajo socavaba los contratos familiares. Abundaban los policías alcohólicos. No eran mejores ni peores que los polis acusados de fumar droga.

Él tenía controlados sus propios defectos. Los utilizaba para ilustrar el gran argumento básico. Tú no robas ni consumes droga ni te dedicas a actividades depravadas. No explotas tu estatus de policía para obtener ganancias ilícitas. Tienes que imponer esas restricciones a los policías a los que investigas.

Era una línea moral válida. Era una simplificación impulsada por el ego.

Su matrimonio había llegado a un punto muerto. Él quería dejarlo. Ann quería dejarlo. Seguían esperando que uno de los dos tuviera agallas suficientes para dar el primer paso. En cambio, compraron una casa y se engancharon aún más al anzuelo. Él luchó contra el ansia persistente de liarse con mujeres.

Dejó Asuntos Internos en el 73. Fue transferido a la comisaría de Lakewood y se dedicó a investigar robos de automóviles durante dos años. En el 75 pasó a la Metropolitana.

La Metropolitana trabajaba en todo el condado. Él dirigía un equipo de vigilancia de cinco hombres. El condado de Los Ángeles se expandió para él. Vio aumentar el crimen en las zonas deprimidas donde la gente solo tenía pasta para drogas y apartamentos baratos. Los paisajes eran llanos y contaminados. La gente vivía en medio de la mugre, pero eso no le impedía funcionar. Se movían como ratas en un laberinto de poblaciones sórdidas. Las autopistas los hacían girar en círculos. Las drogas eran un circuito cerrado de éxtasis efímero y desesperación. Los pequeños robos y los atracos eran delitos relacionados con el consumo de drogas. El asesinato era un subproducto habitual del consumo de drogas y el tráfico ilegal de estupefacientes. Luchar contra la droga también era un círculo cerrado inútil. El consumo era una reacción tan demencial como comprensible a la vida de mierda del condado de Los Ángeles. Aprendió todas esas cosas circulando por autopistas elevadas.

En el 78 lo asignaron a Fraudes Mayores y un año más tarde pasó a una

pequeña brigada cuya misión consistía en arrestar a agresores y atracadores violentos. El trabajo se solapaba con el de Homicidios.

Ann sintió despertar una vocación y obedeció a su instinto. Entró en la escuela de enfermeras y sobresalió en su trabajo. Aquella apuesta por la independencia resucitó su matrimonio.

Él respetó la decisión de su mujer. Respetó sus ganas de iniciar una carrera profesional a los cuarenta años. Le gustaba la forma en que la vocación de ella encajaba con su nueva vocación.

Quería trabajar en la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff. Quería investigar asesinatos. Lo deseaba con un apasionado sentido de compromiso.

Recurrió a algunos favores que le debían y lo consiguió. Ese trabajo lo condujo al cadáver de la cuneta y al de la Marina. Lo condujo a la adolescente que había perdido el habla tras ser golpeada y violada.

Sus fantasmas.

Previamente había aprendido un par de cosas sobre los asesinatos. Había aprendido que los hombres necesitaban menos motivos para matar que las mujeres. Los hombres mataban porque estaban borrachos, colocados y furiosos. Mataban por dinero. Mataban porque otros hombres les hacían sentirse como mariquitas.

Los hombres mataban para impresionar a otros hombres. Mataban para poder hablar de ello. Mataban porque eran débiles y perezosos. El asesinato saciaba su lascivia del momento y reducía sus opciones a unas pocas que podían comprender.

Los hombres mataban a las mujeres por capitulación. La muy puta no se la mamaba o no le daba su dinero. La muy puta quemaba el bistec. La muy puta se ponía furiosa cuando cambiaban sus cupones de comida por droga. A la muy puta no le gustaba que sobara a su hija de doce años.

Los hombres no mataban a las mujeres porque se sintieran sistemáticamente maltratados por el género femenino. Las mujeres mataban a los hombres porque estos las jodían de manera rigurosa y persistente.

Él consideró esta regla como vinculante. Se negaba a considerarla verdadera. No quería ver a las mujeres como una raza de víctimas.

La cuestión del libre albedrío lo desconcertaba. Muchas mujeres eran asesinadas por ponerse en situación de peligro y firmar de forma conjunta y pasiva su partida de defunción. Él se negaba a aceptarlo. La pasión que sentía por las mujeres incluía a todo su género. Era grande, aleatoria y

esencialmente idealista. Le hacía mantenerse fiel cuando su matrimonio hacía aguas.

Su primera víctima fue una mujer.

Billy Farrington fue quien le abrió paso en la Brigada de Homicidios. Era un tipo negro de lo más elegante. Acudía con traje y corbata a escenarios con fiambres que aún expulsaban gases estomacales y heces. Le enseñó a interpretar las escenas del crimen de forma lenta y concienzuda.

Billy tenía cincuenta y cinco años y se acercaba al final de su carrera como policía. Aún tenía pendientes muchas vacaciones acumuladas. Le dejó que se encargara solo del caso de Daisy Mae.

El cadáver había aparecido en Newhall. Un hombre vio arder un bulto y fue a apagar el fuego. Llamó a la comisaría de Newhall. El agente de guardia llamó a la Brigada de Homicidios.

Stoner se presentó en la escena del crimen. La acotó y examinó el cadáver.

La víctima estaba completamente vestida. Era blanca y joven. Tenía el rostro contorsionado. Casi parecía mongoloide.

Estaba envuelta en una bandera de Estados Unidos y unas mantitas de bebé. Habían atado el bulto con cable eléctrico. Las mantitas estaban empapadas en gasolina o en un acelerante combustible similar. Parecía haber recibido varios golpes de porra en la cabeza.

Stoner recorrió la zona. No vio huellas, marcas de neumáticos ni ninguna arma contundente tirada por allí. Era un lugar de suaves lomas cubierto de matorrales. El asesino debía de haber llevado el cuerpo hasta allí desde alguna carretera de acceso cercana.

Llegó el equipo forense. Examinaron las ropas quemadas de la víctima.

No encontraron ninguna identificación. Stoner halló una cadena de oro con un colgante. Parecía un signo de la paz o algún otro símbolo raro.

Stoner guardó la cadena y el colgante en una bolsa de pruebas. Los

hombres del forense se llevaron el cuerpo.

Stoner condujo hasta el Palacio de Justicia y revisó las denuncias de personas desaparecidas recientemente. Ninguna de ellas encajaba con su desconocida. Envió un teletipo. Hizo especial hincapié en el colgante de la víctima y mencionó que esta podría ser retrasada mental. Telefoneó al Centro de Información para que divulgasen los hechos.

El informativo nocturno del canal 7 difundió la noticia. Unos minutos más tarde Stoner recibió una llamada.

Un hombre afirmaba que él había fabricado ese colgante. Se trataba de una insignia de Alcohólicos Anónimos. Vendía esos colgantes en todas las reuniones de la asociación en el área de Long Beach.

Stoner tomó una foto del colgante y debajo anotó los hechos relacionados con el caso. Añadió su nombre y su número de la Brigada de Homicidios. Mimeografió cien copias y las distribuyó en todas las reuniones de Alcohólicos Anónimos del área de Long Beach.

Un hombre llamado Neil Silberschlog vio una de aquellas copias y le telefoneó. Dijo que la víctima podría ser una chica que solía asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Respondía al nombre de Daisy Mae. Salía con un tipo joven llamado Ronald Bacon. Silberschlog vivía cerca de la casa de Bacon y últimamente lo había visto conducir el Impala del 64 de Daisy Mae. Ella llevaba tiempo sin dar señales de vida. En opinión de Silberschlog, el asunto olía mal.

Stoner se acercó a Long Beach y fue a ver al informante. Silberschlog identificó una foto de la víctima tomada en el depósito de cadáveres. El tipo dijo que no era retrasada mental, tan solo una borracha de mal genio.

Daisy Mae vivía cerca de allí. Silberschlog llevó a Stoner hasta su casa.

Era un antro de mala muerte. Una vieja alcohólica llamada Betty la Tuerta dormía a pierna suelta en la sala de delante. Betty dijo que había visto el

coche de Daisy Mae frente a la casa de Ronnie Bacon. Ronnie tenía también el reloj de la chica. Le había cambiado la correa y se lo había regalado a su novia de dieciséis años. A Ronnie acababan de trincarlo por robar en una farmacia. Estaba en la prisión del condado de Los Ángeles.

Stoner fue allí e interrogó a Ronald Bacon. Tenía veinticinco años y era pura chusma blanca. Dijo que iba a Alcohólicos Anónimos por amistad. Conocía a Daisy Mae, pero por supuesto que él no la había matado.

Stoner volvió a Long Beach. Registró el apartamento de Bacon y encontró una lata vacía de gasolina. Un vecino dijo que Bacon le había vendido un sofá manchado de sangre.

Stoner habló de nuevo con Betty la Tuerta. Le contó el último día de Daisy Mae sobre la tierra.

La chica acababa de cobrar el subsidio de la Seguridad Social. Quería comprar un televisor. Betty la Tuerta y Ronald Bacon se mostraron dispuestos a ayudarla a gastar el dinero. Fueron a dar una vuelta en busca de televisores baratos.

Iban en el coche de Daisy Mae. Bacon la convenció para que hiciese efectivo el cheque del subsidio. Dejaron a Betty la Tuerta en casa y se marcharon.

Stoner pidió una orden de detención contra Ronald Bacon. Un ayudante del fiscal del distrito le tomó declaración y lo acusó de homicidio. Bacon fue arrestado para responder a los cargos de homicidio en primer grado.

Una mujer llamó a Stoner a la Oficina del Sheriff. Le dijo que su hija solía salir con Ronald Bacon y que este le había escrito una carta muy sospechosa.

El tono era gimoteante. Bacon decía que acababa de robar un dinero y que estaba «aquí en el coche con ella». Había matado a golpes a una mujer. Empezaba a buscar compasión antes de quemar el cuerpo.

Un perito calígrafo examinó la carta y confirmó que la letra pertenecía a

Ronald Bacon. Bacon fue juzgado y condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Stoner había resuelto su primer caso de asesinato. Aprendió que los hombres mataban a las mujeres e iban en busca de otras mujeres por autocompasión.

Un hombre de Norwalk mató a su esposa. Le apuntó a la cabeza y le disparó justo entre los ojos. Simplemente se había desfogado. Antes de informar a la policía puso a buen recaudo sus plantas de marihuana. Stoner lo arrestó por homicidio en segundo grado. Aprendió que los hombres mataban a las mujeres por aburrimiento.

Una mujer negra mató a su marido de un disparo. Después de hacerlo llamó a la comisaría de Lennox y dijo que había visto a alguien merodeando por la zona. El agente de guardia mandó un coche patrulla al lugar. Los policías no advirtieron la presencia de ningún merodeador. La mujer llamó de nuevo a la comisaría de Lennox y dijo que acababa de matar a su marido por error: apareció de repente por la ventana y creyó que era el merodeador. No sabía que todas las llamadas que se hacían a comisaría quedaban grabadas.

El agente de guardia telefoneó a la Brigada de Homicidios y dio parte de la situación. Stoner se presentó en la escena del crimen e interrogó a la mujer. Esta reconoció haber matado a su marido antes de hacer la primera llamada. Dijo que él le había pegado. Para demostrarlo le enseñó los moratones. Stoner la detuvo y pidió a la Brigada de Homicidios de la comisaría de Lennox que buscara el nombre del marido en sus ficheros. Los tipos se alegraron de que la mujer se hubiese cargado a aquel cabrón. Estaban a punto de detenerlo por una serie de robos a mano armada.

Stoner habló con los vecinos de la mujer. Estos le explicaron que aquel

ladrón le pegaba habitualmente. Hacía el vago todo el día mientras ella trabajaba. Se gastaba el dinero en alcohol y droga.

La mujer quedó bajo custodia. Stoner acudió al fiscal del distrito y presentó una petición de clemencia por circunstancias atenuantes. El fiscal se avino a reducir la condena.

La mujer obtuvo la libertad condicional. Llamó a Stoner para agradecerle su amabilidad. Stoner aprendió que las mujeres mataban a los hombres cuando el último golpe en la cabeza les hacía perder un poco el juicio.

Trabajar en Homicidios era un modo de aprender sobre la marcha. Y el caso de Dora Boldt fue de lo más instructivo.

Se hizo cargo de él con Billy Farrington. Billy volvió a tomarse vacaciones y le dejó que se volviera loco trabajando en el caso. Fue un tornado que duró dos semanas.

Dora y Henry Boldt vivían en Lennox Division. Eran una pareja de blanquitos que resistían en un barrio negro. Eran frágiles y tenían casi ochenta años.

Los encontró su hijo.

Dora estaba muerta en el pasillo que llevaba a la sala de estar. Tenía la cabeza metida en una funda de almohada, que estaba empapada en sangre y fluidos cerebrales.

Henry estaba en el dormitorio, aún vivo. Le habían pegado y pateado hasta dejarlo inconsciente.

La vivienda había sido saqueada. Las líneas telefónicas estaban cortadas. El hijo corrió a la casa vecina y llamó al 911.

Llegaron los coches patrulla. Llegó una ambulancia. Henry Boldt volvió en sí. Un agente le pidió que alzara un dedo si el asesino o asesinos eran

blancos, o dos si eran negros. Henry levantó dos dedos. La ambulancia se lo llevó.

Llegaron Stoner y Farrington. Se presentaron los hombres del laboratorio. Todos llegaron a la misma conclusión.

Lo habían hecho dos tipos. Habían matado a golpes a la vieja. Habían utilizado los puños, los pies y las linternas.

Los hombres del laboratorio buscaron huellas. Había marcas de guantes por toda la casa. Stoner encontró en el suelo de la cocina un trozo de queso a medio comer. Un fotógrafo lo pisó y destruyó las marcas de los dientes.

Stoner habló con la familia de Dora Boldt. Hicieron un inventario de lo que había en la casa y le ayudaron a elaborar una lista de los objetos sustraídos. Le dieron los números de serie de una olla de cocción lenta y de un televisor desaparecidos.

Billy Farrington se marchó de vacaciones. Stoner acudió a la Brigada de Homicidios de Lennox, al Departamento de Policía de Inglewood y a la Oficina de Detectives del LAPD de Los Ángeles Oeste. Habló con una decena de policías especializados en robos con allanamiento de morada. Habló con algunos tipos de Homicidios del LAPD. Les contó el caso. Le describieron unos cuarenta robos similares, y en tres de ellos se habían cometido asesinatos.

Las víctimas eran mujeres blancas ancianas. Todas fueron golpeadas hasta morir. En todos los robos, los asesinos habían cortado las líneas telefónicas y habían comido alimentos de la nevera. Mataron a las víctimas con objetos contundentes. En un treinta por ciento de los robos saquearon las casas y se llevaron los coches. Todas las víctimas eran gente anciana blanca. Todos los coches fueron abandonados en un radio muy pequeño de Los Ángeles Oeste. Todas las palizas fueron salvajes. Una de las mujeres perdió un ojo. Los asaltantes actuaban cada tres o cuatro noches.

Stoner clasificó los crímenes y elaboró un informe detallado. Envió un boletín urgente a todos los departamentos policiales del condado. Volvió a las comisarías de Lennox, Inglewood y Los Ángeles Oeste e informó de lo averiguado. Todo el mundo pensó lo mismo: debían ponerse en acción de inmediato.

El Departamento de Policía de Beverly Hills llamó a Stoner. Habían visto el boletín. Tenían dos sospechosos para él.

Se llamaban Jeffrey Langford y Roy Benny Wimberly. Eran negros y rondaban los veinticinco años. La policía de Beverly Hills los había arrestado por dos robos con allanamiento. Fueron condenados a tres años de cárcel en la penitenciaría estatal. Puede que ya hubiesen salido de prisión.

Stoner llamó a la Oficina de Libertad Condicional del estado y al Departamento de Tráfico. Averiguó que Wimberly y Langford salieron en libertad condicional un mes antes de que comenzaran los robos. Langford vivía en Los Ángeles Oeste, cerca del lugar donde habían aparecido los coches robados.

Stoner llamó a una patrulla de la Metropolitana y puso a ambos hombres bajo vigilancia. Durante tres días Wimberly y Langford se dedicaron a dar vueltas en el jeep de este último. Pasaron varias veces por delante de dos casas en Los Ángeles Oeste y una casa en Beverly Hills. En las tres los moradores eran ancianos blancos.

Stoner llamó al LAPD. Un policía de la Brigada de Robos llamado Varner puso equipos de vigilancia en las dos casas de Los Ángeles Oeste. Stoner llamó al Departamento de Policía de Beverly Hills, que puso un equipo de vigilancia en la casa de su jurisdicción y sacó a los viejos de allí.

Varner cubrió dos casas. Evacuó a los ocupantes de la casa número uno. Los de la casa número dos se negaron a marcharse. Varner tapió con tablonés

las ventanas del salón y apostó a dos policías armados con fusiles. Los ancianos aceptaron esconderse en otro lugar bajo custodia permanente.

Wimberly y Langford empezaron a centrarse únicamente en la casa número dos.

Stoner supo que no tardarían en actuar. Mandó un helicóptero y dos equipos de vigilancia callejera y distribuyó walkie-talkies. La casa de Langford estaba cubierta. La casa número dos estaba cubierta. El helicóptero debía seguir a los sospechosos desde una distancia prudencial. Stoner estableció un puesto de mando en la comisaría de Lennox, desde donde estaba en contacto directo con la casa número dos y con todas las unidades móviles.

Los sospechosos salieron de la casa de Langford a la una de la madrugada del 3 de julio del 81.

Condujeron hasta el callejón trasero de la casa número dos. El helicóptero siguió todos sus movimientos.

Aparcaron el jeep. Caminaron hasta la casa número dos y saltaron la valla trasera. Cortaron los cables telefónicos exteriores. Empezaron a forzar las ventanas del dormitorio de atrás.

Las ventanas estaban cerradas con tablones de madera. Los ancianos lo habían hecho como medida de precaución adicional. Y se olvidaron de decírselo a la policía.

Wimberly y Langford siguieron forzando las ventanas. Las comunicaciones por walkie-talkie desde dentro de la casa cesaron por completo. Stoner contactó con las unidades móviles. Estaban aparcadas a una manzana de distancia.

Wemberly y Langford seguían forzando las ventanas. Hacían un ruido del carajo. Eran tan audaces como estúpidos. No tenían ninguna perspectiva general de la situación.

Más abajo en la manzana estalló un petardo. Las unidades móviles creyeron que se trataba de un disparo. Encendieron las luces y las sirenas y se lanzaron contra los sospechosos.

Wimberly y Langford salieron corriendo. Las unidades móviles cerraron el callejón y los atraparon.

Stoner los interrogó en la comisaría de Lennox. Se negaron a confesar los robos ni los asesinatos. Les dijo que Henry Boldt había muerto. No reaccionaron. Les dijo que los arrestaba por un total de cinco asesinatos. Guardaron silencio durante todo el interrogatorio.

Billy Farrington volvió de vacaciones. Ayudó a Stoner a interrogar a los sospechosos. Langford llamó a Billy negrata de mierda. Stoner se interpuso entre ambos e impidió que la cosa llegase a mayores.

Wimberly y Langford se negaron a confesar. Stoner registró sus casas. Llenaron varios camiones con objetos robados. Stoner obtuvo una orden de registro de la casa de los padres de Wimberly. Recuperó cortacéspedes, productos de belleza y un espejo chapado en oro. Encontró la olla de cocción lenta de Dora Boldt. En ella no había huellas dactilares. El número que aparecía en la base no era un número de serie. La olla carecía de valor como prueba.

Los objetos robados quedaron almacenados en Parker Center. Las víctimas los identificaron. Wimberly y Langford fueron condenados por doce cargos de robo. No se recuperaron objetos que sirvieran como prueba inculpatoria de los asesinatos de Dora Boldt y las otras mujeres. Stoner no pudo acusarlos de homicidio. Habría matado al hijo de puta del fotógrafo que pisó aquel trozo de queso.

Wimberly y Langford fueron juzgados y condenados. A Langford le cayeron diecisiete años. A Wimberly, de veinte a veinticinco. Langford salió

pronto en libertad condicional. Los federales lo detuvieron con dos kilos de cocaína. Lo condenaron a cadena perpetua sin posibilidad de condicional.

Stoner esperaba que los sentenciaran por homicidio múltiple y tuvo que conformarse con la condena por robo. El caso Wimberly-Langford hizo que se sintiese frustrado y con miedo de lo que pudiera ocurrirles a sus padres. Wimberly y Langford procedían de familias de clase media. Nadie los había maltratado de pequeños. Stoner aprendió que los hombres mataban a las mujeres por cortacéspedes y ollas de cocción lenta.

Un hombre secuestró a una mujer de sesenta años. Intentó obligarla a que sacara dinero de un cajero automático. La mujer se equivocó varias veces al marcar el número secreto. El tipo se hartó y la mató a balazos.

Arrojó su cuerpo en el aparcamiento de una iglesia. Le robó las tarjetas de crédito y se compró unas botas Kinney de la talla cuarenta. Los hombres del sheriff del condado de Riverside se presentaron en su casa con una antigua orden de busca y captura por saltarse la libertad condicional. Oyó que llamaban a la puerta y se escondió en la cama, debajo de su novia de ciento treinta kilos.

La policía de Riverside lo detuvo dos días después. Les dijo que tenía información sobre un asesinato cometido en el condado de Los Ángeles. Un motorista le había contado que había matado a una anciana y había tirado su cuerpo detrás de una iglesia. Si lo dejaban libre, los ayudaría a encontrar al tipo.

Los agentes de Riverside llamaron a Stoner y le contaron lo que el hombre les había dicho. Stoner les preguntó si llevaba unas botas Kinney de la talla cuarenta. Respondieron que sí. Stoner les dijo que iba para allá con una orden de detención por homicidio.

El hombre confesó. La Brigada de Robos de la Oficina del Sheriff lo acusó de varios atracos. Su novia hacía de conductora en sus golpes. El tipo se negó a implicarla. Los hombres mataban a las mujeres y luego, en un suspiro, se ponían sensibleros con ellas.

Un camboyano emigró a Hawaiian Gardens. Tenía dos hijos de su primera mujer, que había muerto en la guerra, y otros dos hijos de su nueva esposa. Eran camboyano-americanos que trabajaban de firme.

El hombre se enteró de que su mujer lo engañaba. Mató a cuchilladas a los dos críos que había tenido con ella y luego se suicidó con el mismo cuchillo. Stoner aprendió que los hombres mataban a las mujeres de forma indirecta, matando a quienes más querían.

Un adicto al polvo de ángel salió a merodear vestido solo con un albornoz. Entró en una caravana y apuñaló a un viejo en los ojos. Los agentes siguieron las manchas de sangre hasta su casa. El chaval estaba intentando deshacerse del albornoz tirándolo por el retrete. Dijo que no sabía por qué había salido a acechar por ahí.

Stoner supuso que estaba buscando a una mujer.

Karen Reilly era otro cuerpo arrojado. A un tipo se le pinchó un neumático en la autovía 126 y vio cómo su tapacubos salía volando hasta un campo. Fue a buscarlo. Olió a algo muerto y casi tropezó con el cuerpo de Karen.

Estaba en avanzado estado de descomposición y mordisqueado por los animales. Los bichos le habían devorado el hueso hioides. No había forma de saber si la habían estrangulado. No se podían hacer pruebas serológicas ni toxicológicas. No había manera de determinar la causa de la muerte.

Stoner y Farrington trabajaron en la escena del crimen. La temperatura

rondaba los cuarenta grados. Hallaron algunas joyas en el cuerpo y las etiquetaron.

Stoner comprobó las denuncias de personas desaparecidas. Dio con un caso registrado en el LAPD dos semanas antes y se puso en contacto con los detectives asignados a él. Le dijeron que su cadáver descompuesto podría pertenecer a la chica que buscaban. Mostraron las joyas encontradas en el cadáver a los padres de Karen Reilly, y estos las identificaron.

En el caso trabajaban ya dos investigadores privados. Los padres de Karen los habían contratado pocos días después de que su hija desapareciera. Se reunieron con Stoner y Farrington y les contaron lo que habían averiguado.

Karen Reilly tenía diecinueve años. Le gustaban el alcohol y los tipos canallas. Vivía con sus padres en el barrio rico de Porter Ranch.

Estaba apuntada a una agencia de trabajo temporal. Conoció a un hispano llamado John Soto. Soto trabajaba en la agencia. Vivía con su pareja de hecho y con el hijo de ambos, además de con su hermano Augie y la novia de este, de dieciséis años. Karen follaba con John Soto. Sus padres lo desaprobaban.

Karen estuvo en su casa justo antes de desaparecer, bebiendo combinados con una amiga. Se emborrachó. Despotricó contra John Soto y su «esposa». Dijo que eran unos padres espantosos y que quería rescatar al crío.

Karen se marchó de casa sola. Sus padres ya no volvieron a verla más.

Los hermanos Soto se encargaron de completar el resto de la historia.

Karen fue andando hasta una calle principal y empezó a hacer dedo. La recogieron dos chicos. El que conducía le pidió su número de teléfono. Karen se lo dio. Los tipos la dejaron delante de la casa de los hermanos Soto.

Los Soto la dejaron entrar. Karen atacó verbalmente a la compañera de John y se marchó corriendo del apartamento. La mujer salió tras ella. La alcanzó en la acera y empezaron a insultarse. Eran las dos de la madrugada.

John Soto bajó a toda prisa. Hizo subir a su mujer. Augie Soto y su novia salieron y hablaron con Karen. Karen dijo que se iba haciendo autoestop a su casa o en dirección a Los Banos Lake.

Augie y su novia volvieron a subir. John les dio las llaves de su coche y les dijo que fueran en busca de Karen. Eran las dos y media.

Augie y su novia dieron unas cuantas vueltas y no vieron a Karen. Se acercaron hasta el 7-Eleven del barrio y se quedaron charlando con un dependiente hasta el amanecer. Nunca más volvieron a ver a Karen.

Los padres de Karen llamaron a los Soto repetidas veces. John Soto les contó la misma historia que luego contaría a los investigadores. El hermano de Karen derribó la puerta de los Soto a patadas y se lio a trompadas con John y Augie. Estos insistieron en la versión que les habían contado a los detectives. La familia Reilly pensaba que los hermanos Soto habían matado a Karen. Los detectives no opinaban lo mismo. Creían que Karen se había marchado haciendo dedo y que se había encontrado con algún loco salido.

Stoner habló con los padres y el hermano de Karen Reilly. Ellos culpaban a los Soto. Stoner interrogó a John y Augie y a sus mujeres. Todos mantuvieron la misma historia. Stoner interrogó al dependiente del 7-Eleven. Su relato acerca de la charla de madrugada en el local no concordaba con el de Augie.

Augie decía que habían llegado allí alrededor de las tres. El dependiente aseguró que se habían presentado a las cinco. Stoner habló otra vez con John y con Augie y les propuso que se sometieran al detector de mentiras. Los hermanos aceptaron.

John superó la prueba. La de Augie no resultó concluyente. La mujer de John y la novia de Augie se negaron a pasar por el detector de mentiras.

La madre de Karen Reilly telefoneó a Stoner. Le dijo que hacía unos meses el exnovio del instituto de Karen había intentado secuestrarla. La había

abordado ante la puerta de su casa y la había obligado a subir al coche. La madre de Karen trató de impedirlo, pero el chico se marchó con ella.

Stoner interrogó al exnovio. Dijo que seguía enamorado de Karen. No le gustaba que saliera con unos hispanos muertos de hambre. La había obligado a subir al coche para hacerla entrar en razón. El chico accedió a someterse al polígrafo. Su madre intervino y no lo permitió.

Stoner regresó al 7-Eleven. Allí le informaron de que el dependiente se había marchado a Las Vegas y de que allí lo habían asesinado por un asunto de drogas.

Ocurrieron otros homicidios que reclamaron una atención prioritaria. El caso de Karen Reilly estaba repleto de sospechosos que no podían ser acusados. Tampoco se había determinado una causa de muerte concluyente.

Tal vez los Soto hubieran engañado al detector de mentiras. Tal vez la hubiese matado el exnovio. Tal vez un hombre la hubiera recogido cuando hacía autostop, le hubiese dado droga adulterada y hubiese muerto de sobredosis. El hombre la había desnudado y tirado su cuerpo en la carretera. Tal vez la hubiera recogido un perverso, que la había violado y se la había cargado para que no lo acusara. Tal vez hubiera un asesino en serie estrangulando a mujeres autostopistas. Tal vez se hubiese topado con Karen.

Stoner se dedicó a sus casos más recientes, pero en sueños seguía trabajando en el caso Reilly.

Veía a Karen viva, y a Karen descompuesta, de un rojo negruzco debido al calor y la putrefacción. Visualizó las maneras en que podría haber muerto. Siempre se despertaba intentando atrapar el instante en que la muchacha cruzaba esa línea.

El tipo del 7-Eleven la había visto follando con John Soto en el asiento trasero del coche de él. El coche no paraba de sacudirse allí mismo en el

aparcamiento. La mujer de John los pilló en plena faena y montó una bronca monumental.

Karen invitó a Augie Soto a Los Banos Lake. Augie se presentó con unos cuantos amigos. Los tíos de Karen no querían dejarlos entrar en su cabaña. Karen acampó fuera con sus amigos mexicanos.

Karen bebía muchísimo. Le encantaba escandalizar a sus amigas y a sus estrictos padres. Llevaba una vida de previsible rebeldía contra los progenitores.

Se marchó de casa borracha. Acababa de anunciarle a una amiga también beoda cuál sería su nuevo objetivo profesional. Quería ser prostituta. Salió de casa para enfrentarse a unos padres incompetentes y rescatar al hijo que estos desatendían.

Estaba confusa, era inocente y cándida hasta la estupidez. Tenía diecinueve años. Podría haber salido de aquel marasmo con la misma facilidad con que había cruzado esa línea.

Stoner no podía dejar de pensar en ella.

Las chicas estúpidas y rebeldes tenían opciones limitadas. La vida favorecía a los chicos estúpidos y rebeldes. Las chicas estúpidas y rebeldes repelían y excitaban a un tiempo. El objetivo de sus actos era desafiar al mundo a que no las ignorase. A veces el hombre equivocado daba la réplica a su actuación en una caracterización demasiado perfecta.

Stoner aprendió que los hombres mataban a las mujeres porque al mundo no parecía importarle y lo perdonaba.

Trabajó en docenas de casos de homicidio y resolvió un porcentaje importante de ellos. Dedicó tiempo a las familias de las víctimas en detrimento de la suya. Sus hijos crecieron rápido. Pasó la mitad de los

cumpleaños de estos en escenarios criminales. El índice de asesinatos en el condado de Los Ángeles continuó aumentando. Él mantuvo a raya el voluminoso papeleo y soportó los atascos de tráfico en la autopista. Continuó ocupándose de asesinatos nuevos y asesinatos antiguos y siguió con suicidios y accidentes laborales. En un año resolvió diecinueve casos de veintiuno. Tuvo compañeros buenos e hizo la mitad del trabajo. Tuvo compañeros malos e hizo todo el trabajo. Algunos casos le estimularon. Otros lo aburrieron. Trabajó en un millón de casos del tipo «mamá-ha-matado-a-papá» o «papá-ha-matado-a-mamá». Trabajó en dos millones de muertes en bares mexicanos en los cuales los cuarenta testigos afirmaban que se encontraban en el lavabo y no habían visto nada. Algunos casos le hacían reflexionar sobre asuntos de sexo salvaje. Algunos casos lo hacían dormir como si le hubiese sentado mal la cena y hubiese visto una mala película. Le siguió la pista al Acechador Nocturno. Resolvió el caso «mini-Manson» y arrestó a varios maníacos que se cargaban a chaperos. Los asesinatos se acumulaban. Aquella vida le produjo «fatiga por implicación en casos de homicidios». Se tomó unas vacaciones y sufrió el «síndrome de abstinencia de la implicación». Ponía el mismo empeño en todos los casos y los discriminaba en la mente y en el corazón. Las fechas de los juicios se acumulaban. Abarcaban una gran variedad de asesinatos. Algunos eran recientes; otros, antiguos. Hacía juegos malabares con una amplia variedad de datos y rara vez la fastidiaba en el estrado de los testigos.

Pasó ocho años en la Autopista de los Cadáveres Abandonados. No tenía ganas de dejarla. Su único sueño era sencillo y completamente estúpido.

Quería limitar «sus» asesinatos a unos pocos que tuvieran sentido.

Su sueño se hizo realidad. Lo consiguió porque a Bob Grimm se le metió una

idea entre ceja y ceja. Quería resolver el caso Cotton Club. Y a principios del 87 destinó a Stoner al Departamento de Casos No Resueltos.

Stoner protestó por el traslado. Los casos no resueltos eran trabajo para gente de más edad. Él solo tenía cuarenta y seis años. Quería trabajar en casos recientes. Grimm le dijo que cerrara el pico e hiciese lo que se le ordenaba.

El caso Cotton Club era famoso. La víctima era un tipo depravado del mundo del espectáculo llamado Roy Radin. Lo habían matado en el 83. Al parecer su muerte estaba relacionada con el tráfico de drogas y el mundillo del chismorreo de Hollywood. Y todo estaba conectado con un local de mala muerte, el Cotton Club.

Grimm le dijo que trabajaría con Charlie Guenther. Se trataba de una buena noticia. Charlie Guenther era quien, realmente, había resuelto el caso Charles Manson. También había resuelto el caso Gary Hinman para la Brigada de Homicidios del Sheriff y había arrestado a dos psicópatas llamados Mary Brunner y Bobby Beausoleil. Después de matar a Hinman, estos habían escrito «cerdo» y «cerdo político» en las paredes de la casa. En las escenas de los crímenes Tate-LaBianca habían aparecido frases similares. Guenther fue a buscar el expediente del caso al LAPD. Brunner y Beausoleil estaban bajo custodia durante los asesinatos Tate-LaBianca. Guenther les dijo a los agentes del DPLA que vigilaran a los colegas de Brunner y Beausoleil, que vivían en el rancho Spahn Movie. No le hicieron caso. Y solo varios meses después, por pura chiripa, resolvieron el caso Tate-LaBianca.

Guenther estaba de vacaciones en esos momentos. Grimm le dijo a Stoner que se fuera aclimatando a Casos No Resueltos y estudiara el expediente inicial del Cotton Club. Stoner revisó algunos expedientes antiguos para captar la manera de funcionar del departamento. Y algo lo condujo a Phyllis (Bunny) Krauch: fecha de defunción: 12/7/71.

Era un caso semifamoso. Un periodista se ocupó de él en su época. El caso

de Bunny Krauch supuso una auténtica hecatombe en la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff.

Bunny West había crecido en el seno de una familia rica de Pasadena. A finales de los cincuenta se casó con un hombre llamado Robert Krauch y tuvieron cuatro hijos. Krauch trabajaba de periodista en el *Herald* de Los Ángeles. Su padre era uno de los peces gordos del periódico.

Bunny Krauch era guapa, cariñosa y patológicamente alegre. Robert Krauch era posesivo y tenía mal genio. Bunny caía bien a todo el mundo. Robert no caía bien a nadie.

A principios de los sesenta los Krauch se trasladaron a Playa del Rey. Compraron una bonita casa en primera línea de mar. Robert se granjeó una mala reputación. La gente lo consideraba un excéntrico. Se movía por Playa del Rey en bicicleta y emitía vibraciones hostiles.

Marina del Rey se había puesto de moda. Era un puerto con botes, yates y muchos bares y restaurantes, a un kilómetro y medio al norte de Playa.

El Charlie Brown's abrió en el 68. Era a la vez bar de autoservicio y asador, con una clientela de paso. Todas las camareras eran despampanantes y llevaban *tops* escotados y minifalda. El gerente era de los Lakers. Agasajaba a los jugadores y hacía que sus chicas salieran con ellos. El Charlie Brown's se convirtió en un centro frecuentado por estrellas del deporte.

Bunny Krauch consiguió trabajo allí de camarera. Hacía el último turno y salía hacia la medianoche. Empezó a llevar una vida separada de la familia, a un kilómetro y medio de distancia.

No resultaba fácil trabajar en el Charlie Brown's. Las camareras siempre estaban esquivando a tíos que les querían meter mano. A Bunny Kraunck la sobaban y tocaban todas las noches.

El rey de los sobones era un tal Don. Trabajaba de fumigador. Era feo y

había pasado de los cincuenta. Las camareras no lo soportaban. Se convirtió en amante de Bunny. Nadie se lo explicaba.

Don tenía veinte años más que Bunny. Era un sobaculos y un borracho. Era un tipo asqueroso.

Su aventura duró tres años. Don y Bunny se veían en un motel de Admiralty Way. Se encontraban en el Charlie Brown's y en otros restaurantes de Marina. No eran nada discretos. Las amigas de Bunny estaban al tanto. Robert Krauch no.

Robert se hizo una vasectomía. Bunny dijo que quería continuar tomando la píldora. Le regulaba la menstruación.

Robert siguió sin pillar nada.

Bunny murió en su coche. Había aparcado en un callejón sin salida cerca del Charlie Brown's. Alguien la estranguló. Le ató dos servilletas del local alrededor del cuello y tiró de ellas. Apareció violada y sodomizada. Tenía el vestido subido y la blusa abierta y rasgada. Salió del Charlie Brown's hacia medianoche y murió poco después. Llevaba el uniforme puesto.

La encontró un guardia de seguridad. Homicidios de la Oficina del Sheriff se hizo cargo del caso.

Don tenía coartada. Robert Krauch dijo que en el momento del asesinato estaba durmiendo en casa. Un testigo vio a un hombre en bicicleta cerca del lugar del crimen. Robert Krauch aseguró que no era él y que no tenía ni idea de que su mujer lo engañaba.

El guardia de seguridad era el principal sospechoso. Una mujer había denunciado dos años atrás que él y su primo la habían violado y sodomizado. Era su palabra contra la de ellos. La policía creyó en la de ellos. El caso se archivó.

Los detectives interrogaron al guardia de seguridad, quien negó la anterior

acusación de violación y negó haber matado a Bunny Krauch. Lo sometieron sin éxito al detector de mentiras.

Se asignó al caso media docena de detectives. Varias decenas más trabajaron de forma voluntaria. El caso hizo furor en Homicidios. Contaba con el ingrediente de una hermosa víctima en un entorno corrupto. Era una puesta al día de *Laura* en una época de promiscuidad. Todos los polis se sentían hechizados por Bunny Krauch. Querían encontrar al asesino y que lo jodieran bien. Querían conocer a todas las chicas del Charlie Brown's. Querían poner Marina patas arriba.

Lo hicieron. Volvieron el Charlie Brown's del revés e interrogaron a todos los clientes que se hubieran sobrepasado con la muchacha siquiera una vez. Interrogaron a los jugadores de los Lakers y al resto de las camareras del local. Interrogaron a macarras y a tipos con antecedentes por delitos sexuales. Persiguieron el fantasma de Bunny.

Algunos bebían demasiado. Otros se enamoraban. Los hubo que se acostaban con mujeres decentemente. Unos pocos dieron el gran salto más allá del sexo y el asesinato y tiraron sus vidas familiares por la borda a cambio de mujeres a las que acababan de conocer.

Bunny Krauch echó un maleficio sobre Homicidios de la Oficina del Sheriff. Stoner la amaba por ello. Lamentaba que a otras mujeres les doliera. Él sabía mantener las cosas bajo control. Sabía mantener cerrado dentro de él lo que tenía con las mujeres.

Se enamoró locamente de Bunny. Ya quisieran los tipos que daban el gran salto saber amar como lo hacía él.

Conectó bien con Charlie Guenther. A ambos les gustaba trabajar hasta llegar al fondo.

Leyeron el expediente del Cotton Club juntos y por separado. Hablaron con el investigador que aún seguía vivo para obtener la información de primera mano.

Todo empezó con una denuncia al LAPD de la desaparición de una persona. El denunciante era la mano derecha de Roy Radin. Radin se alojaba en los apartamentos de un complejo hotelero de Los Ángeles Oeste. El 13 de mayo del 83 salió del edificio y se montó en una limusina con una traficante de cocaína llamada Laney Jacobs. Radin y Jacobs se habían peleado, pues esta creía que aquel había ordenado a uno de sus camellos que le robara droga y dinero. Radin y Jacobs trabajaban para un antiguo productor llamado Robert Evans. Intentaban hacerse con el proyecto de la película *Cotton Club*. Era un asunto bastante turbio.

Radin y Jacobs se habían encontrado para limar asperezas. Tenían previsto ir a cenar a La Scala, en Beverly Hills. Radin temía que le jugasen sucio. Le había pedido a su colega Demond Wilson que siguiera la limusina de Laney. Wilson era un actor acabado. Solía aparecer en la serie televisiva *Sanford and Son*.

Radin se marchó con Laney. Wilson le perdió la pista. Radin desapareció de la faz de la tierra.

El LAPD no consiguió encontrar a Laney Jacobs. Bob Evans tampoco sabía dónde estaba Roy Radin. La policía consideraba a Radin un cocainómano de poco fiar. Creyeron que tarde o temprano aparecería. Dejaron de investigar el caso.

Al cabo de cinco semanas Radin apareció muerto. Un apicultor encontró el cuerpo en lo alto de Caswell Canyon, cerca de Gorman. Se hallaba en avanzado estado de descomposición. En torno al cadáver había fragmentos de casquillos del calibre 22. Alguien había metido un cartucho de dinamita en la

boca de Radin después de muerto. La explosión no le hizo perder los dientes. El equipo forense logró identificar el cuerpo gracias a la dentadura.

Gorman estaba en el condado de Los Ángeles. Carlos Ávila y Willy Ahn, de Homicidios de la Oficina del Sheriff, se hicieron cargo del caso.

Revisaron el expediente de su desaparición en el LAPD. Laney Jacobs aparecía descrita como una importante traficante de cocaína. Averiguaron que estaba liada con un guardaespaldas llamado Bill Mentzer. Localizaron a Jacobs en Aspen, Colorado. Decidieron no detenerla por el momento. No pudieron localizar a Mentzer.

Pasaron los meses. Willy Ahn enfermó. Le diagnosticaron un tumor cerebral que podía tener consecuencias fatales. Aun así siguió trabajando en el caso. Carlos Ávila revisó los archivos informáticos del LAPD y descubrió que Bill Mentzer era sospechoso de un reciente asesinato por encargo.

La víctima se llamaba June Mincher. Era una negra muy fea de unos ochenta kilos. Casi todo el mundo pensaba que era un travestido o un hombre. Trabajaba como prostituta, tenía una línea telefónica caliente y era una artista de la extorsión.

Estaba chantajeando a una familia adinerada. El nieto era una de sus víctimas. La familia contrató a un investigador privado llamado Mike Pascal para que le diera una lección. Pascal le encargó el trabajo a Bill Mentzer. Mentzer golpeó con su pistola a June Mincher y a un cliente con el que estaba follando en su apartamento. Pero Mincher siguió presionando a la familia. La mataron a balazos el 3 de mayo del 84. Mentzer era el sospechoso número uno, pero no había ninguna prueba concluyente contra él.

Ávila no consiguió encontrar a Mentzer. Pasaron los meses. Ávila trabajó en nuevos casos de asesinato y volvía al caso Radin cuando tenía algo de tiempo. Willy Ahn estaba ya muy enfermo.

Un tipo de Narcóticos del LAPD llamado Freddy McKnight se fue de la

lengua con un tipo de la Oficina del Fiscal del Distrito. McKnight dijo que tenía información interna relacionada con la muerte de Roy Radin, y que él mismo iba a resolver uno de los casos más importantes de la Oficina del Sheriff.

El tipo de la fiscalía telefoneó a Bob Grimm. Grimm llamó a su principal contacto en el LAPD y le dijo que presionase a McKnight. Este acabó por ceder y les contó su historia a Grimm y Ávila.

McKnight tenía un confidente de nombre Mark Fogel, al que había trincado con una gran cantidad de cocaína de Laney Jacobs. Fogel regentaba un servicio de limusinas. Bill Mentzer y un tipo llamado Bob Lowe trabajaban como chóferes para él a tiempo parcial. Fogel dijo que Mentzer y Lowe estaban implicados en la muerte de Radin. Fogel se limitó a soplarle a McKnight acerca de un gran negocio de coca que tenían entre manos: iban a pasar dos kilos por el aeropuerto de Los Ángeles. La droga pertenecía a Laney Jacobs. McKnight se dispuso a arrestar a Mentzer y Lowe en el mismo aeropuerto.

Ávila formó parte del operativo. La detención se produjo sin mucho revuelo. Les quitaron los dos kilos a Mentzer y a Lowe, que se negaron a hablar de la muerte de Radin. Enseguida salieron bajo fianza.

Mentzer y Lowe compartían un apartamento en el valle. Ávila obtuvo una orden de registro. Encontró una foto de Mentzer y dos hombres desconocidos en el desierto. Se parecía al lugar en el que había aparecido el cuerpo de Radin. Ávila encontró la documentación de un coche. Laney Jacobs le había regalado un Cadillac a Bob Lowe el mismo día en que Roy Radin desapareció.

Ávila visitó de nuevo la escena del crimen. Se trataba del lugar exacto que salía en la foto. Ávila se la enseñó a sus testigos. Nadie conocía a los dos hombres que estaban con Mentzer.

Willy Ahn murió. Mentzer y Lowe se libraron de los cargos por tráfico de drogas gracias a un defecto de forma durante la detención. Ávila acudió al fiscal del distrito, quien tras leer su informe sobre el caso Radin rechazó investigarlo. Dijo que las pruebas eran demasiado débiles.

Ávila se dedicó a investigar nuevos crímenes. De vez en cuando movía el caso Radin en la Fiscalía del Distrito. Nadie quiso investigarlo. Pasaron dos años y algunos meses.

Stoner sabía que podía resolverlo. Pero tenía que conseguir que hablaran las personas apropiadas.

Estaba todo ahí.

Radin había sido visto por última vez en una limusina. Mentzer y Lowe conducían limusinas a tiempo parcial. Mentzer trabajaba para Laney Jacobs. Laney odiaba a Roy Radin. Mentzer era un asesino a sueldo aficionado.

Stoner quería intervenir ya. Guenther quería que primero examinase otro caso. El caso de Tracy Lea Stewart era su bestia negra. Sabía quiénes eran los asesinos y antes de jubilarse esperaba arrestar al principal sospechoso. Quería que Stoner se enganchara al caso Tracy.

Stoner leyó el expediente. Quedó enganchado al instante.

Tracy Stewart tenía dieciocho años. Vivía con sus padres y su hermano pequeño en Carson. Era una muchacha tranquila, tímida y asustadiza.

Desapareció el 9 de agosto del 81. Ese día había conocido en Redondo Beach a un chico llamado Bob. Bob tenía unos veintiún años. Era guapo. Le pidió para salir. Tracy le dijo que la llamara por teléfono.

Bob la llamó a las seis de la tarde. Le propuso dar una vuelta en coche y jugar unas partidas de billar en una bonita bolera. Tracy aceptó. Bob dijo que

pasaría a buscarla enseguida. Tracy le dijo a su madre que iba a salir con un chico. Su madre le pidió que llamara a casa al menos una vez.

Bob recogió a Tracy. Una hora más tarde la chica llamó a su madre desde una bolera de Palos Verdes. Dijo que llegaría a casa hacia medianoche o a la una.

No volvió. Sus padres la esperaron levantados. Por la mañana llamaron a la Oficina del Sheriff de Carson.

Un agente fue a la bolera. Habló con algunos de los empleados que estaban de turno la noche anterior. Se acordaban de la pareja. No conocían a Bob.

El caso pasó al Departamento de Personas Desaparecidas de la Oficina del Sheriff. La sargento Cissy Kienest habló con amigas de Tracy y gente que frecuentaba la playa. Nadie conocía a Bob. Nadie había visto a Tracy ni a Bob la noche del 9 de agosto de 1981.

Los padres de Tracy distribuyeron hojas con su foto y pusieron anuncios en los periódicos. Tracy seguía sin aparecer. El caso quedó aparcado durante cuatro años.

Un hombre llamado Robbie Beckett agredió a su novia en 1985. Fue arrestado en Aspen, Colorado, y condenado a dos años en la Penitenciaría Estatal de Colorado. El sargento Gary White llevó el caso en el Departamento de Policía de Aspen.

White y Beckett mantenían una relación cordial. Robbie le dijo a White que quería rebajar su sentencia con una confesión. Tenía información sobre un asesinato cometido en Los Ángeles en agosto del 81. La víctima era una chica a la que él había recogido en la carretera. Su primer nombre, o tal vez el segundo, era Lee. Había olvidado el apellido.

White le dijo que no podía prometerle ningún trato. De todas formas, Robbie le contó la historia.

Su padre se llamaba Bob Beckett Sr. Vivía con él en Torrance, cerca de

Redondo Beach y Palos Verdes. Era un artista. Dirigía una destartalada escuela de arte y se sacaba unos dólares extra como guardaespaldas. Recaudaba dinero para algunos tipos de San Pedro relacionados con la mafia. El hombre medía uno noventa y cinco y pesaba casi cien kilos. Sabía kárate. Pertenecía a la Sociedad para Anacronismos Creativos, un grupo cuyos miembros solían representar absurdas parodias medievales. Acabó juntándose con un marica llamado Paul Serio. Paul Serio era una persona importante en aquella extraña asociación. Su padre tenía ahora cuarenta y cinco años. Y era un grandísimo hijo de puta.

Su padre tenía una novia llamada Sharon Hatch. Rompieron la relación en mayo del 81. Bob Beckett Sr. se volvió loco. Acosó a Sharon y la amenazó. Le dijo a Robbie que le pagara a unos moteros para que la violaran.

Robbie amaba y temía a su padre. No soportaba verlo dolido y cabreado. Contrató a unos tipos para que violaran a Sharon. En el último minuto cambió de idea. Sharon le caía bien. No quería hacerle daño. Pensó que su padre acabaría por olvidar todo aquel asunto de la venganza.

Bob Beckett Sr. siguió dolido y cabreado. Abandonó su fijación por Sharon y desarrolló otra nueva. Le dijo a Robbie que le buscara una chica joven. Trataría mal a la chica y eso lo compensaría por lo de Sharon.

Robbie intentó disuadirlo. Pensó que su padre superaría aquella nueva fijación. Bob Beckett Sr. persistió. Robbie acabó cediendo.

Conoció a esa tal Lee en la playa. Consiguió su número de teléfono. La llamó y le pidió para salir. Fueron a una bolera y jugaron al billar. Se besaron un poco y bebieron cerveza. Él le dijo que antes de llevarla a casa tenía que pasar por un sitio.

La chica contestó que muy bien. Robbie la llevó al apartamento de su padre. Las luces estaban apagadas. Bob Beckett Sr. esperaba en el dormitorio.

Robbie dejó a la chica en la sala y entró. «¿Me has traído algo?», preguntó el padre. Robbie le entregó a la chica.

Bob Beckett Sr. la magreó y la violó mientras Robbie se emborrachaba como una cuba en la sala. Bob Beckett Sr. pasó dos o tres horas a solas con la chica.

Le dijo que él mismo la llevaría de regreso a casa, pero que primero se diese una ducha. La encerró en el cuarto de baño. Le dijo a Robbie que tenían que matarla.

Robbie no quería matarla. Bob Beckett Sr. agarró una porra casera e insistió. Robbie acabó cediendo.

Bob Beckett Sr. descorrió el cerrojo del cuarto de baño y le pidió a la chica que se vistiera. Ella lo hizo. Robbie y Bob Beckett Sr. la llevaron andando hasta su furgoneta. Eran las dos o las dos y media de la madrugada.

Robbie descargó un golpe con la porra, pero esta se enganchó en una rama. El golpe aturdió a la chica y le destrozó la cara. Robbie no tuvo huevos para golpearla de nuevo.

Bob Beckett Sr. lo hizo por él y arrojó a la muchacha a la parte trasera de la furgoneta. Luego subió y la inmovilizó con las rodillas. La estranguló con sus propias manos y le puso una bolsa de basura en la cabeza.

Llevaron el cuerpo hacia el sur por la autopista 405. Tomaron carreteras poco transitadas hasta llegar a un lugar perdido. Abandonaron el cuerpo entre unos matorrales, cerca de una valla.

Regresaron a casa y limpiaron minuciosamente todos los rastros. En la prensa aparecieron algunas noticias sobre la chica desaparecida. Bob Beckett Sr. le dijo a Robbie que prendiera fuego a la furgoneta. Robbie le cambió el salpicadero y compró neumáticos nuevos. La policía no se presentó. Robbie supuso que los coyotes habrían devorado el cuerpo.

Vivió asustado por un tiempo. Dejó el apartamento de su padre y se fue a

vivir con su madre. Bob Beckett Sr. le dio la furgoneta a David, el hermano de Robbie. Pasó el tiempo. Bob Beckett Sr. se casó con una mujer llamada Cathy, que tenía dos hijas. Bob Beckett empezó a acosar sexualmente a una de ellas, de doce años.

Robbie contó lo ocurrido a unos amigos. No le creyeron. Robbie era un borracho, un camorrista y un chapero ocasional. Sus amigos no lo veían como alguien que pudiera buscarle una víctima a un asesino.

Bob Beckett Sr. se mudó a Aspen. Encontró trabajo con un viejo compañero de kárate, Paul Hamway. Robbie también se fue a vivir a Aspen y se instaló en una casa cercana a la de su padre.

Gary White se creyó casi toda la historia. Robbie añadió más leña al asunto. Dijo que su padre había sido asesino a sueldo en Florida. Conocía los detalles, pero se negó a divulgarlos.

Gary White llamó a Homicidios de la Oficina del Sheriff e informó a Charlie Guenther de lo que Robbie le había contado.

Guenther consultó con la Unidad de Personas Desaparecidas. Cissy Kienest dijo que «Lee» podría ser Tracy Lea Stewart. Guenther mandó una foto de Tracy Stewart a Aspen. Gary White la colocó junto a una docena de fotos de mujeres jóvenes. Se las mostró a Robbie Beckett. Robbie señaló a Tracy.

White llamó a Charlie Guenther y le dijo que había dado en el clavo. Guenther y Cissy Kienest volaron a Aspen.

Bob Beckett Sr. visitó a Robbie en prisión. Robbie le contó que lo habían incriminado en la historia de la chica muerta. El padre lo convenció de que se retractara. Profirió amenazas y reproches y apeló a la lealtad que un hijo debía a su padre. Robbie acató servilmente sus órdenes, como siempre había hecho.

Charlie Guenther y Cissy Kienest intentaron interrogar a Robbie. El chico

se echó atrás. Dijo que lo que le había contado a White era mentira. No firmaría una declaración formal ni testificaría en contra de su padre.

Robbie no estaba dispuesto a ceder. No podían arrestarlo a él ni tampoco a su padre sin una declaración jurada y algún tipo de acuerdo formal con la Oficina del Fiscal del Distrito de Los Ángeles.

White le echó una mano a Guenther. Le contó que la hijastra de papá Beckett lo había acusado de abusos deshonestos. La niña se lo había contado a una asistente social. Aún no podía hablarse de delito.

Guenther decidió joder bien jodido a Bob Beckett Sr. Fue a su encuentro y le echó en cara lo de su hijastra. Beckett flexionó los músculos y permaneció impasible. Guenther quería sacudirle. Bob Beckett Sr. probablemente lo advirtió.

Aquello fue dieciocho meses atrás.

Stoner leyó el expediente Stewart una media docena de veces. El caso podía resolverse, igual que el del Cotton Club. Sabían quién había matado a Tracy. Sabían quién había matado a Roy Radin. Pero por el momento no podían hacer nada al respecto.

Charlie lo enganchó a Tracy Stewart. Bob Grimm lo enganchó al Cotton Club. Tenía un compañero brillante. Dos casos constituían un puñado manejable.

Tenían que hacer hablar a ciertas personas.

Sabían que las exmujeres eran buenas dándole a la lengua. Sabían que Bill Mentzer tenía una exmujer llamada Deedee Mentzer Santangelo, cuyo padre era un peso pesado del sindicato de camioneros. Se pusieron en contacto con él. Le dijeron que estaban investigando al canalla de su exyerno.

El viejo odiaba a Mentzer. Llamó a Deedee y le pidió que colaborase.

Stoner y Guenther se reunieron con ella. Examinó la foto que Carlos Ávila había encontrado. Identificó a los dos hombres que aparecían junto a Mentzer.

Uno de ellos se llamaba Álex Martí. Era argentino. Se trataba de un tipo intimidante y violento. Deedee lo había visto provocar un par de peleas. Le tenía miedo.

El otro era un expolicía de nombre Bill Rider. Había mantenido una estrecha relación con Larry Flynt, el rey del porno. Se había casado con su hermana y había sido su jefe de seguridad. En esos momentos Rider vivía en Ohio. Tenía un pleito contra Flynt.

Stoner obtuvo el teléfono de Rider y lo llamó. Le dijo que necesitaba saber el lugar exacto en que se había tomado la foto. El asunto estaba relacionado con la investigación de un asesinato. Rider respondió que lo pensaría y que ya lo llamaría.

Llamó al día siguiente. Estaba muy cabreado. Había hablado con Deedee Mentzer Santangelo. Sabía que la policía iba detrás de Bill Mentzer. Stoner tendría que haberle dicho la verdad.

Stoner le pidió disculpas. Rider dijo que volaría a Los Ángeles si la Oficina del Sheriff le pagaba el vuelo y el alojamiento. Bob Grimm accedió a correr con los gastos. Rider tomó un avión y habló con Stoner y Guenther. Fue directo al grano y aportó pequeñas pistas sobre el asesinato de Mincher y el caso Radin.

Llevó a Stoner y a Guenther a Caswell Canyon. Dijo que Mentzer y Martí habían planeado matar a Radin. Bob Lowe los ayudó. Martí era un psicópata con tendencias nazis. En aquellos momentos vendía droga en un piso de Beverly Hills.

Rider no contó más y empezó a mostrarse arrepentido. Dijo que tenía

miedo de Mentzer y de Martí. Era padre de familia. Mentzer y Martí lo sabían. Stoner le prometió protección y le dijo a Rider qué tenía que hacer.

Tenía que hacer hablar a Mentzer y Lowe. Tenía que tirarles de la lengua en un sitio cerrado en el que pudieran esconderse micrófonos. Rider contestó que volvía a casa y que lo pensaría.

Gary White llamó a Charlie Guenther para darle buenas noticias.

Robbie Beckett salió de prisión. Iban a juzgarlo por otro atraco y buscaba un trato favorable. Robbie llamó a White. Le dijo que firmaría una declaración formal. Y lo hizo. Vendió a papá Beckett por Tracy Stewart y mucho más.

Robbie Beckett se mostró comunicativo hasta límites suicidas. Se presentó como esclavo de su padre a tiempo completo y, en una ocasión, cómplice de asesinato. Lo mejor que podía conseguir por entregar a Bob Beckett Sr. era que lo inculparan de homicidio en segundo grado y que le cayeran de veinte años a cadena perpetua. Su segunda condena por atraco le habría costado solo cinco años de cárcel. Robbie sacrificó su vida entera para joder a papá Beckett.

Realizó su declaración por escrito. Confesó la historia de Bob Beckett Sr. y el asesinato de Susan Hamway.

Bob Beckett Sr. trabajaba para Paul Hamway. Susan Hamway era la esposa de Paul. Estaba separada de él y mantenían una agria batalla para obtener el divorcio. Susan vivía en Fort Lauderdale, Florida. Tenía la custodia de su hija de dieciocho meses.

Paul odiaba a Susan. Le preguntó a Bob Beckett Sr. si conocía a algún asesino profesional. Bob Beckett Sr. respondió que podría arreglarlo por diez mil dólares.

Paul Hamway le dijo que lo hiciera. Añadió una condición: alguien tenía que llamarlo después de matarla. Entonces idearía una manera de recuperar a la niña.

Bob Beckett Sr. telefoneó a Paul Serio y concertaron una cita en Miami. Serio tomó un avión y Bob Beckett se reunió con él. Llevaba un cuchillo de cocina, una pistola y un consolador. Alquilaron un coche y fueron a la casa de Susan Hamway.

Llamaron a la puerta. Susan abrió. Reconoció al amigo de su marido, Bob Beckett Sr.

Susan los dejó entrar. La niña dormía en el dormitorio.

Bob Beckett Sr. golpeó a Susan en la cabeza con la pistola. Paul Serio la estranguló con un cable telefónico. Bob Beckett Sr. le clavó el cuchillo en la espalda. Serio lo ayudó a quitarle la ropa y a bajarle las bragas. No tuvieron valor para meterle el consolador en la vagina.

La niña durmió todo el tiempo. Paul Serio y Bob Beckett Sr. salieron de la casa a plena luz del día.

Condujeron por una carretera elevada cerca de Miami Beach y se deshicieron de las armas. Bob Beckett Sr. telefoneó a Paul Hamway y le contó que su ex estaba muerta. Dijo que lo habían dispuesto todo para que pareciese obra de un maníaco sexual.

Hamway tenía previsto llamar a uno de los vecinos de Susan y expresar su preocupación por no saber nada de ella. El vecino iría a la casa y encontraría el cuerpo. De ese modo él tendría una coartada y recuperaría a la niña.

Serio regresó a Los Ángeles. Bob Beckett regresó a Aspen. Nadie rescató a la niña.

La niña murió de inanición. Se había arrancando grandes mechones de cabello antes de expirar. El Departamento de Policía de Fort Lauderdale

investigó el asesinato de Hamway y lo atribuyó a un retrasado mental que vivía en el vecindario.

Se llamaba John Purvis. Fue juzgado, acusado y condenado a cadena perpetua, sin posibilidad de libertad condicional.

Stoner y Guenther volaron a Aspen. El abogado de Robbie Beckett no les dejó interrogar a su cliente. Primero quería llegar a un acuerdo por escrito con el fiscal del distrito de Los Ángeles. Stoner llamó a Dale Davidson, ayudante del fiscal. Davidson se puso en contacto con el abogado de Robbie y le ofreció una acusación de homicidio en segundo grado si su cliente testificaba contra Bob Beckett Sr. El abogado aceptó el trato. Le aconsejó a Robbie que no renunciara todavía a la extradición y que se buscara un buen abogado en Los Ángeles. Robbie dijo que no se movería y esperaría instrucciones.

Stoner y Guenther volaron a Miami. Buscaron a Laney Jacobs, pero no dieron con ella. Se dirigieron a Fort Lauderdale y revisaron el expediente del caso Susan Hamway.

El fiscal ya era juez. Reconoció que las pruebas contra John Purvis no eran concluyentes. Stoner y Guenther le contaron lo que Robbie Beckett había dicho. El juez prometió ocuparse de ello. Stoner y Guenther regresaron a Los Ángeles.

Un detective de Fort Lauderdale telefoneó a Stoner. Le dio algunos detalles de la investigación del caso Hamway. Stoner entendió lo ocurrido: la policía había arrancado una confesión falsa a un sospechoso retrasado mental.

Stoner le contó la versión de Robbie Beckett. El detective se hizo el sorprendido. Dijo que hablaría con Robbie... después de que declarara contra su padre.

Stoner y Guenther hablaron con la exmujer de papá Beckett y con su hija Debbie. La ex dijo que papá andaba incordiando a David Beckett. Quería que

se deshiciera de la furgoneta que le había dado, pero que David se había negado.

Debbie Beckett estaba agonizando de sida. Dijo que su padre había abusado sexualmente de ella. Dijo que pegaba a David y a Robbie habitualmente. Dijo que se regía por el terror.

La furgoneta era crucial. Stoner y Guenther encontraron a David y le hicieron hablar. Su padre le había dicho que quemara la furgoneta. David se había negado. Stoner y Guenther la requisaron. Un equipo del laboratorio trabajó en ella. No encontraron cabellos, sangre o fibras que pudieran atribuirse a Tracy Lea Stewart.

Stoner y Guenther interrogaron a Mark Fogel. Este señaló a Laney Jacobs como una importante traficante de cocaína y se hizo el loco respecto al asesinato de Roy Radin. Stoner y Guenther se acercaron a Taft, California, para comunicar a los padres de Tracy Stewart que su hija estaba muerta.

Fue un mazazo terrible. Querían conocer los detalles. Stoner y Guenther se los dieron. La señora Stewart dijo que había renovado el permiso de conducir de Tracy cada año. Stoner prometió que intentarían recuperar el cuerpo.

Los dos casos estaban en el limbo. De la reapertura del de Radin hacía ya un año. Confiaban en que Bill Rider los ayudase a atrapar a los sospechosos. Confiaban en que Robbie Beckett postergara la extradición.

Stoner y Guenther localizaron a Laney Jacobs. Estaba casada con un camello llamado Larry Greenberger. Vivían en Okeechobee, Florida. Decidieron no abordarla por el momento.

Localizaron a unos cuantos de sus socios en el negocio de la droga. Casi todos hablaron. Dijeron que Laney era una mujer superficial, codiciosa, cruel y conspiradora, pura chusma blanca de Florida. Era la ambición barata personificada. Empezó como secretaria de un abogado que se dedicaba a casos de droga. Conoció a traficantes, se acostó con ellos y aprendió el

negocio. Era una obsesa de la cirugía estética. Había cambiado su cara y casi todo su cuerpo de acuerdo con unas indicaciones muy precisas.

Aquella mujer no paraba de dar vueltas en la mente de Stoner. Se unió a Bunny Krauch y Tracy Stewart.

Bunny había intentado llevar dos vidas separadas a un kilómetro y medio de distancia la una de la otra. Su dominante marido la condujo hacia un asesino desconocido. Tracy era la quintaesencia de la víctima femenina de asesinato. La habían matado por sexo y porque resultaba fácil deshacerse de ella. Laney era de la peor calaña. Había matado a un hombre a cambio de dinero y de aparecer dos segundos en una película.

Robbie Beckett pidió la extradición. Gary White lo llevó a Los Ángeles. Stoner y Guenther los recibieron en el aeropuerto. Le dijeron a Robbie que querían encontrar el cuerpo de Tracy. Robbie estudió diversos mapas de los condados de Riverside y San Diego. Señaló unos cuantos lugares.

Stoner y Guenther lo llevaron a todos ellos. Tardaron unas catorce horas. Robbie examinó los distintos paisajes y dijo que no podía estar seguro. No encontraron jirones de ropa ni restos humanos. Stoner y Guenther lo condujeron a la prisión del condado.

Robbie habló con el abogado de oficio. Este se reunió con Dale Davidson. Llegaron a un acuerdo formal. Stoner y Guenther tenían el terreno libre para detener a Bob Beckett Sr.

Gary White investigó en distintas empresas de suministros públicos y lo encontró. Vivía en Tustin con su nueva esposa. Tustin estaba dentro de la jurisdicción del condado de Orange. Stoner llamó al Departamento de Policía de Tustin y pidió tres patrullas de refuerzo.

El arresto no tuvo historia.

Stoner y Carlos Ávila llamaron a la puerta. Preguntaron a la señora Beckett

dónde estaba su marido. Bob Beckett Sr. salió y tendió las manos para que se las esposaran.

Lo llevaron a la prisión del condado. Charlie Guenther estaba eufórico. Tenía previsto retirarse pronto. Finalmente habían conseguido trincar a papá Beckett.

El caso Stewart estaba cerrado. El caso Cotton Club seguía en el limbo. Llevaba catorce meses reabierto.

Bill Rider telefoneó a Stoner. Le dijo que estaba viviendo en San Pedro. Quería ayudar a la Brigada de Homicidios. Quería pasar un tiempo con Stoner y Guenther para ver si podía confiar en ellos.

El proceso duró tres meses. Stoner y Guenther se vieron con Rider más de veinte veces. Rider les dio información sobre Mentzer y Martí. Era buen material sobre su pasado, pero no constituía información crucial.

Rider aseguró tener la pistola con que habían matado a June Mincher. Se la había prestado a Mentzer y este se la había devuelto al cabo de unos días. No sabía que iba a ser utilizada como arma homicida.

Stoner y Guenther le pidieron la pistola, la llevaron al laboratorio y la probaron. Tras comparar los disparos con los del asesinato de Mincher, comprobaron que concordaban a la perfección.

Charlie Guenther se jubiló. Lo sustituyó Carlos Ávila. Stoner y Ávila fueron a ver a Bob Grimm y le explicaron el trato que habían hecho con Rider.

Rider era un «asesor de seguridad». Tenía que ganarse la vida. Tenía que desaparecer por un tiempo para evitar represalias de Mentzer y de Álex Martí. Era un elemento fundamental para la resolución del caso. Se merecía una buena paga mensual.

Grimm habló con el sheriff Block. Block accedió a pagarle tres mil dólares

al mes. A Rider le pareció bien. Acordó delatar formalmente a los asesinos del Cotton Club. El paso siguiente era atraparlos.

Rider llamó a Bob Lowe a Maryland, donde estaba trabajando como camarero, y logró engatusarlo. Le dijo que iba a Washington a hacer un trabajo de vigilancia. Necesitaba un hombre de refuerzo. Lowe dijo que lo haría encantado.

Stoner, Ávila y Rider volaron a Maryland. La policía estatal puso micrófonos en el coche de Rider y en la habitación del hotel donde se alojaba. Rider llamó a Lowe para preparar el trabajo de vigilancia. Lowe dijo que en esos momentos estaba muy ocupado y le recomendó a su colega Bob Deremer. Stoner y Ávila pusieron el grito en el cielo. Rider observó que aun así no estaría mal grabar lo que hablase con Deremer. Trabajaba con Bill Mentzer muy a menudo. Durante la época de los casos del Cotton Club y de June Mincher siempre andaban juntos. Deremer podía contar alguna cosa interesante.

Rider simuló dos trabajos de vigilancia con Deremer. La policía estatal puso micrófonos en un coche y montó guardia en una habitación de hotel. Deremer le contó que Mentzer había matado a Radin. Bob Lowe formaba parte del equipo. Le pagaron diecisiete mil dólares y un Cadillac.

Deremer dijo que Lowe también había llevado a Mentzer en su coche después de que se cargara a Mincher. Rider le preguntó cuánto había cobrado. La respuesta fue tres meses de alquiler.

Rider fue a ver a Bob Lowe a un bar. Llevaba micrófonos ocultos bajo la ropa. Lowe comentó que en un par de ocasiones había hecho de chófer para Mentzer. Había presenciado cómo se cargaba a tiros a la negra gorda. Dispararon a Radin con balas de punta hueca del calibre 22. Los impactos parecían de fusil. Arrojaron las armas a un lago cerca de Miami, a unos cinco mil kilómetros de Caswell Canyon.

Stoner y Ávila regresaron a Los Ángeles. Tenían que dejar reposar las cosas un tiempo. No podían forzar a Rider a que realizara una serie de grabaciones muy seguidas. Tenía que conectar con los sospechosos a un ritmo relajado y creíble.

Pasaron algunos meses. John Purvis seguía en la cárcel. Robbie Beckett y papá Beckett estaban a la espera de juicio. La policía de Fort Lauderdale esperaba que Robbie declarase. Un testimonio convincente exculparía a John Purvis. Entonces podrían ir a por papá Beckett y Paul Serio y acusarlos del asesinato de Susan Hamway.

Robbie Beckett y papá Beckett estaban encerrados en prisiones distintas. Durante un chapucero traslado a los juzgados, se encontraron. Papá habló con Robbie. Lo convenció de que se retractara de su declaración bajo juramento. Robbie llamó a Dale Davidson y le dijo que ya no había trato. No iba a testificar contra su padre. Davidson le advirtió de que lo juzgarían por homicidio en primer grado. Robbie dijo que no le importaba.

La Oficina del Fiscal del Distrito se quedó sin caso contra Bob Beckett Sr., al que tuvieron que poner en libertad.

Stoner y Ávila hablaron con un par de docenas de personas próximas a Mentzer y Jacobs. Se mantuvieron lejos de ellos deliberadamente.

Hicieron pesquisas e interrogaron a gente. Estudiaron de nuevo el caso Cotton Club partiendo de cero.

El padre de Roy Radin producía espectáculos cutres. Murió joven. Roy se hizo cargo del negocio con diecisiete años. El particular enfoque que aportó al negocio lo convirtió en un hombre rico.

Se dedicó a montar espectáculos para la policía y para la beneficencia pública. En ellos actuaban estrellas venidas a menos como Milton Berle y Joey Bishop. Las funciones benéficas estaban estrictamente controladas por las leyes estatales. Radin infringió esas leyes. Se quedó de manera descarada

con unos porcentajes excesivamente elevados y malversó dinero destinado a obras sociales.

Radin pesaba más de ciento treinta kilos. Era cocainómano. Organizaba fiestas desenfundadas en su finca de Long Island. En el 78 estuvo a punto de tener serios problemas.

Una actriz llamada Melonie Haller salió tambaleándose de una fiesta de Radin. Iba medio desnuda y borracha como una cuba. Dijo a la policía que Radin y otros cabrones la habían violado. La policía investigó. Arrestaron a Radin por posesión ilícita de armas. Radin pagó una multa y dejó de ofrecer fiestas desenfundadas. En el 82 quiso probar fortuna en el mundo del cine y se trasladó a la Costa Oeste.

Conoció a Laney Jacobs en una fiesta. Empezó a comprarle coca. Laney utilizaba una compañía de limusinas de la que Bob Evans era copropietario. Su chófer favorito era un tipo llamado Gary Keys. Keys le comentó a Laney que Evans andaba buscando dinero. Quería hacer una película sobre el Cotton Club, el local de Harlem tan popular en los años treinta. Laney le dijo a Keys que tenía dinero para invertir en un proyecto que le pareciera interesante.

Laney trabajaba para un magnate de la coca llamado Milan Bellachaises. La había mandado a Los Ángeles para que se encargara del abastecimiento de la Costa Oeste. El distribuidor de Laney era un palurdo sureño llamado Tally Rogers. Vendían unos treinta kilos al mes. Obtenían un beneficio de medio millón de dólares mensuales.

Laney era cocainómana. Quería ser productora de cine. Gary Keys le dijo a Bob Evans que tenía dinero para gastar.

Laney y Bob hicieron buenas migas. Empezaron a salir de juerga y a follar. Laney alquiló un apartamento en Beverly Hills donde montaba orgías.

Evans le explicó que *Cotton Club* era un proyecto de gran presupuesto. Necesitaba un mínimo de cincuenta millones. Laney dijo que conocía a un

tipo llamado Roy Radin. Tenía muchísimo dinero y quería empezar a invertir en el cine. Evans le pidió que le concertara una cita. Laney se apresuró a hacerlo.

A Radin le encantó la idea. Dijo que vendería su casa y sacaría dinero a algunos inversores asquerosamente ricos. Evans le prometió a Laney cincuenta mil dólares por hacer de intermediaria.

Radin se puso en contacto con un amigo banquero de Puerto Rico. El tipo estaba relacionado con el gobernador territorial, a quien consiguió entusiasmar con el proyecto. Radin le pidió cincuenta millones de dólares de dinero público. El gobernador dijo que solo soltaría treinta y cinco. Radin aceptó. Voló a Nueva York para discutir el negocio con Bob Evans.

Se encontraron en el apartamento de Evans. Apareció Laney. Le dijo a Radin que quería el cinco por ciento de los beneficios del proyecto por haber hecho de intermediaria. A Radin la cantidad le pareció excesiva. Evans se puso de parte de Laney. Radin se enfureció y se marchó dando un portazo.

Laney regresó a Los Ángeles, donde enseguida se encontró con otro problema.

Tally Rogers quería más dinero. Se movía por toda la costa cargado de droga y apenas ganaba nada. Laney se negó a subirle el sueldo.

Se presentó la mujer de Tally Rogers. Se llamaba Betty Lou y había llegado de Tennessee sin previo aviso. Laney le enseñó los lugares de moda de Los Ángeles. Tally la convenció de que llevase a su mujer a conocer Las Vegas.

Laney y Betty Lou se marcharon. Tally saqueó el garaje de Laney. Se llevó doce kilos de coca y doscientos cincuenta mil dólares en efectivo.

La sirvienta llamó a Laney. Le contó que había visto a Tally merodear cerca del garaje. Tally llamó a Betty Lou y le dijo que desapareciera. Betty Lou tomó un taxi en dirección al aeropuerto de Las Vegas.

Laney regresó a Los Ángeles. Telefonó a Milan Bellachaises, quien le dijo que recuperara su droga y su dinero.

Laney conocía a Bill Mentzer. El tipo hacía prácticamente cualquier cosa a cambio de pasta. Lo llamó y lo contrató para que encontrara a Tally Rogers.

Mentzer reclutó a Álex Martí y Bob Lowe para el trabajo. Volaron a Memphis y secuestraron al mejor amigo de Tally. El tipo les enseñó los garitos habituales de este, pero no lo localizaron en ninguno. Soltaron al amigo y fueron a Miami. Discutieron el asunto de Tally con Milan Bellachaises. A nadie se le ocurrió nada constructivo.

Mentzer llamó a Mike Pascal. Le dio los nombres de algunos amigos cercanos de Laney para que comprobara sus registros telefónicos. De ese modo tal vez encontrarán una pista para dar con Tally.

Pascal llamó a Mentzer al cabo de dos días. Sabía que Mentzer quería resultados. Sabía que Laney odiaba a Roy Radin. Sabía que Radin salía de juerga con Tally Rogers.

Pascal mintió a Mentzer. Le dijo que Tally había llamado a Radin justo después de robar el dinero y la droga. Radin telefoneaba mucho a las Bahamas. Quizá Tally se escondiera allí.

Mentzer regresó a Los Ángeles. Laney estaba allí. Milan Bellachaises le dijo que obedeciera las órdenes de Mentzer. Radin se encontraba en Los Ángeles. Laney lo llamó. Lo acusó de haberle robado el dinero y la droga. Le dijo que intentaba joderla por el porcentaje que había pedido en el negocio de *Cotton Club*.

Radin negó haber cometido el robo. Le dijo que no tenía ni idea de dónde se encontraba Tally Rogers. Y decía la verdad.

Mentzer le contó a Laney su plan.

Ella embauca a Radin para que se suba a una limusina. El chófer es Bob Lowe. Le dice a Lowe que se detenga para comprar cigarrillos. Un coche los

ha estado siguiendo. Mentzer y Martí salen de él y se abalanzan sobre la limusina. Laney desaparece. Los tipos se llevan a Radin y lo torturan hasta que acaba confesando.

La historia de *Cotton Club* acabó siendo algo totalmente ridículo y mezquino. Los asesinos, unos fanticos. La víctima, un capullo avaricioso. Los actores secundarios, parásitos salidos del fango.

Stoner continuó persiguiendo los fantasmas de Bunny Krauch y Tracy Stewart.

Mentzer y Martí estaban en Los Ángeles. Lowe estaba en Maryland. Laney estaba en Okeechobee, Florida, con Larry Greenberger. Stoner y Ávila aumentaron la presión.

Bill Rider llamó a Mentzer y le dijo que estaba en Los Ángeles. Lo invitó al Holiday Inn. Pusieron micrófonos en la habitación de Rider. Stoner y Ávila ocuparon la habitación contigua.

Rider le habló de su pleito contra Larry Flynt. Mentzer le habló del secuestro de Radin.

Detrás de la limusina aparecieron tres coches patrulla. Mentzer pensó que estaban metidos en el ajo. Martí le clavó la pistola a Radin en la entrepierna. Mentzer le metió el cañón de la suya en la boca. Los tres coches patrulla los adelantaron a toda velocidad... ¡ja, ja, ja!

Mentzer cambió de tema. Stoner y Ávila necesitaban más palabras incriminatorias. Tendrían que grabar nuevas conversaciones entre Rider y Mentzer.

Decidieron simular una compra de droga. Se reunieron con la Brigada de Narcóticos de la Oficina del Sheriff y juntos elaboraron un plan.

Ocultaron micrófonos en una habitación del Holiday Inn de Long Beach.

Rider llamó a Mentzer. Le dijo que iba a comprar droga y que necesitaba un guardaespaldas. Le ofreció doscientos dólares. Mentzer aceptó.

Escenificaron la transacción en un aparcamiento cercano al hotel. Utilizaron droga de verdad. Unos agentes del sheriff se hicieron pasar por traficantes de coca. Después de la compra, Rider llevó a Mentzer a su habitación. Stoner y Ávila estaban pegados a sus auriculares en el cuarto de al lado.

Mentzer habló por los codos.

Tenía un montón de armas y explosivos C-4 guardados en una caja de seguridad pública. Habían matado a Roy Radin con munición de punta hueca del calibre 22. Los imbéciles de la pasma pensaron que le habían disparado con un fusil.

El explosivo C-4 era extraordinariamente combustible. Almacenar aquella mierda en un lugar público constituía un peligro para la comunidad. Stoner quería eliminar aquel riesgo. Le entregó a Rider una caja de seguridad vieja y le dijo que llamara a Mentzer. Rider llamó a Mentzer y le ofreció la caja. Mentzer aceptó el regalo. Rider y Mentzer llevaron la caja al lugar de almacenaje y metieron las armas y el C-4 en ella. Rider llevaba encima un micrófono.

Mentzer dijo que Larry Greenberger estaba muerto. Él mismo le había disparado accidentalmente. Había ocurrido en Okeechobee. Mentzer había empezado a sospechar de todo aquel asunto.

Stoner llamó a la policía de Okeechobee. Ellos también sospechaban del asunto. Laney Jacobs seguía escondida por consejo de su abogado. Stoner sabía que era ella quien había matado a Greenberger.

La policía de Okeechobee llamó a Stoner y le informó de que Jacobs había huido. Stoner empezó a seguirle el rastro por los movimientos de su tarjeta de crédito.

Había llegado el momento de golpear duro.

Stoner fue a ver a David Conn, ayudante del fiscal del distrito. Le contó toda la historia y le hizo escuchar las grabaciones de Rider con Lowe y con Mentzer. Conn le dio luz verde.

Se presentaron cargos y se emitieron órdenes de arresto. Stoner urdió un plan con la policía de Okeechobee.

Le dijeron que lo ayudarían a atrapar a Laney Jacobs. Llamarían a su abogado y prepararían una cita con la promesa de no arrestarla por la muerte de Larry Greenberger. Dirían que solo querían hablar con ella. La interrogarían y la detendrían por alguna orden de arresto de California. Luego la entregarían a la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles.

Era un plan jodidamente bueno.

Stoner estableció un puesto de mando. Estaba a medio camino entre la casa de Martí y el apartamento de Mentzer. Para apresarlos solicitó dos comandos SWAT.

Carlos Ávila voló a Maryland para arrestar a Bob Lowe. Bob Deremer estaba trabajando de camionero. Nadie sabía dónde estaba.

2/10/88.

La policía de Okeechobee detiene a Laney Jacobs. Dos comandos SWAT proceden simultáneamente a arrestar a Mentzer y Martí.

Cortan las líneas telefónicas y llaman a los dos hombres por circuito cerrado. Les dicen que miren por la ventana y vean a los agentes armados. Mentzer y Martí miran por sus ventanas y salen con las manos en alto.

Se despliegan los equipos de registro. Con ellos van perros entrenados para encontrar droga y bombas. Registran a fondo la casa de Martí y el apartamento de Mentzer.

Carlos Ávila detiene a Bob Lowe. La policía local arresta a Bob Deremer en Lafayette, Indiana.

Deremer pide la extradición. Lo llevan a Los Ángeles y lo procesan por actuar como cómplice. Laney Jacobs y Bob Lowe se niegan a ser extraditados. Permanecen bajo custodia en el este.

Carlos Ávila está exhausto. Bill Stoner está exhausto. Continúa enganchado a Tracy Lea Stewart. Se le sigue poniendo dura cuando piensa en detener a Bob Beckett Sr.

Laney Jacobs fue finalmente extraditada en Navidad. La llevaron a Los Ángeles y la encerraron en la institución para mujeres Sybil Brand. Robbie Beckett fue juzgado en febrero del 89.

El juicio duró una semana. El jurado pasó una hora deliberando. Robbie fue declarado culpable y condenado a cadena perpetua. Papá Beckett quedó libre. John Purvis seguía en prisión. La policía de Fort Lauderdale abandonó el caso Hamway.

Que se joda John Purvis. Ya estaba condenado. No tenían pruebas contra papá Beckett, Paul Serio y Paul Hamway. Necesitaban a Robbie Beckett, pero este no traicionaría a su padre.

Se tardó tres años en fallar el caso Cotton Club. Los preliminares, las audiencias previas y el proceso de selección del jurado llevaron meses. El juicio duró catorce meses. La promulgación de la sentencia no llegaba nunca. Carlos Ávila se jubiló. Bill Stoner trabajó con plena dedicación para el equipo de la acusación. Viajó por todo del país. Interrogó a cientos de testigos. Recorrió miles de kilómetros por aire y por carretera. El caso Cotton Club consumió cuatro años y medio de su vida.

El jurado volvió a reunirse el 22 de julio del 91. Mentzer, Martí, Lowe y Jacobs fueron declarados culpables y condenados a cadena perpetua sin

posibilidad de libertad condicional. Stoner aún no sabía exactamente por qué habían matado a Roy Radin.

Mentzer dijo que sus planes de tortura se habían torcido. En la limusina Martí no había parado de provocar a Radin y de llamarlo «gordo judío». Y cuando estaban llegando a Caswell Canyon, lo mató.

Martí contó una historia diferente. Lo mismo hizo Lowe. A Stoner ya había dejado de importarle.

Un policía de Fort Lauderdale llamó a Stoner en enero del 93. Dijo que la madre de John Purvis acababa de contratar a un abogado que salía en algún programa de televisión nocturno. Se proponía montar un gran alboroto. El Departamento de Policía de Lauderdale iba a reabrir el caso Hamway.

Stoner le deseó buena suerte. La policía de Fort Lauderdale reabrió el caso y volvió a fastidiarlo.

Se equivocaron en la identificación de Paul Serio. Confundieron al amigo de papá Beckett con un matón de Las Vegas que se llamaba igual. Pensaron que este y Paul Hamway habían planeado la muerte de Susan. Ofrecieron a papá Beckett la inmunidad completa si declaraba contra ellos. Papá Beckett aceptó el trato y declaró ante un gran jurado de Florida. Este presentó cargos contra Paul Hamway y Paul Serio. Papá Beckett dijo a la policía que su Paul no era un matón de Las Vegas. Su Paul era un maestro de escuela que vivía en Texas.

John Purvis fue puesto en libertad. La policía de Fort Lauderdale arrestó al auténtico Paul Serio, quien culpó a papá Beckett tras desmentir la versión de este sobre la muerte de Hamway. Su declaración no sirvió de nada. Papá Beckett estaba exento de procesamiento.

John Purvis apareció junto a su madre y su abogado en el programa de Phil Donahue. Donahue emitió algunas imágenes interesantes, como las cintas de vídeo con la confesión de papá Beckett a la policía de Fort Lauderdale.

Allí estaba papá Beckett, mostrando a los agentes cómo había estrangulado a Sue Hamway. Allí estaba papá Beckett, eximido de procesamiento. Papá Beckett, declarando sobre el asunto Stewart. Papá Beckett, confesando lo de Sue Hamway y su hija.

Robbie Beckett vio el programa desde la prisión de Folsom. Vio a su padre escenificar la muerte de Hamway con auténtico brío. Vio los ojos de su padre. Supo que estaba reviviendo el momento en que había matado a Tracy.

Robbie llamó a Stoner y le dijo que quería hablar. Stoner y Dale Davidson fueron a Folsom. Robbie hizo una declaración formal y se comprometió a declarar en contra de su padre. Prometió que esta vez no se echaría atrás. Stoner y Davidson le creyeron.

Davidson consiguió un mandamiento judicial. Acusó a Robert Wayne Beckett del asesinato de Tracy Lea Stewart. Stoner localizó a papá Beckett en Las Vegas. Solicitó unos cuantos agentes del equipo de persecución de fugitivos de Las Vegas y lo arrestó en el jardín delantero de su casa.

Papá Beckett quería llegar a algún trato. Stoner lo mandó al carajo. Papá compareció ante el juez. El juez le negó la fianza. Los tribunales de Los Ángeles estaban brutalmente colapsados. El cabrón no sería juzgado antes del 95.

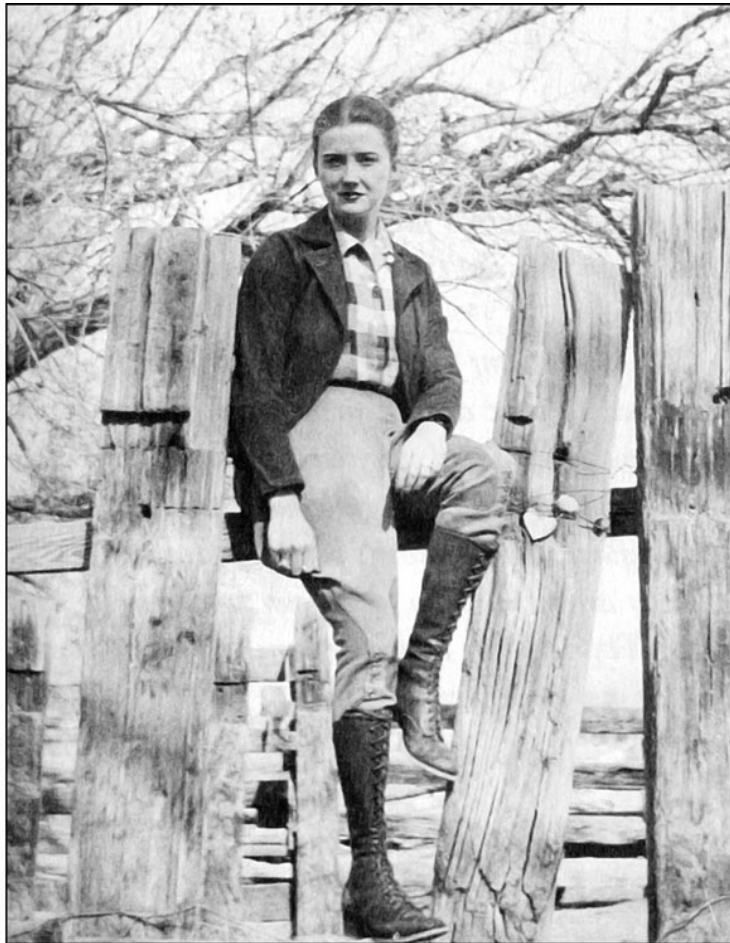
Stoner seguía sumiéndose en sus ensoñaciones. Veía las cosas rápidas y brillantes. Pasaba mucho tiempo con sus mujeres muertas.

Estaba exhausto. Le faltaba un mes para jubilarse. Un pequeño y gracioso pensamiento continuaba rondando por su mente.

No estaba seguro de poder abandonar la caza por completo.

IV

GENEVA HILLIKER



Estás a punto de huir. Tienes de tu parte el tiempo y el sigilo. El tiempo juega a favor de los que huyen. Su rastro desaparece. No sabes cómo se esconden hasta que ya han desaparecido.

No quieres que yo lo sepa. Tu vida secreta estaba pensada para dejar fuera de ella a ciertos hombres. Huiste de los hombres y hacia los hombres y te quedaste en nada. Tenías la astucia del fugitivo y su camuflaje. Tu pasión de fugitiva te mató.

No puedes huir de mí. Yo he huido de ti demasiado tiempo. Es aquí donde fuerza una competición entre fugitivos.

Ahora es nuestro momento.

Volé a Los Ángeles para ver el expediente del asesinato de mi madre. Mis motivos eran, cuando menos, ambiguos.

Estábamos en marzo del 94. Jean Ellroy llevaba treinta y cinco años y nueve meses muerta. Yo tenía cuarenta y seis años.

Vivía en una zona adinerada de Connecticut. Tenía una casa tan grande como aquellas en las que solía entrar a robar. Tomé un vuelo a primera hora y me alojé en una suite del hotel Mondrian. Quería enfrentarme al expediente con la cabeza clara y el corazón frío.

Todo había empezado seis semanas atrás. Mi amigo Frank Girardot me había llamado para contarme que estaba escribiendo un reportaje sobre antiguos asesinatos en el valle de San Gabriel. Se publicaría en el *Tribune* de San Gabriel y en el *Star-News* de Pasadena. Se centraría en cinco asesinatos sin resolver, entre ellos el de mi madre. También expondría a la luz pública al Departamento de Casos No Resueltos de la Oficina del Sheriff de Los Ángeles.

Frank revisaría el expediente de mi madre. Leería los informes y vería las fotos de la escena del crimen. Vería a Jean Ellroy muerta.

Aquello me impactó de inmediato. Me impactó de forma súbita y profunda, en dos niveles distintos.

Yo tenía que ver el expediente. Tenía que escribir sobre aquella experiencia y publicar el texto en alguna revista importante. Sería un buen golpe publicitario para mi siguiente novela.

Llamé a mi editor en *GQ* y se lo propuse. La idea le entusiasmó y habló con su jefe, quien me dio luz verde. Llamé a Frank Girardot y le pedí que hablara con sus contactos en Casos No Resueltos. Frank telefoneó a los sargentos Bill McComas y Bill Stoner, y estos dijeron que podría ver el expediente.

Hice los preparativos para el viaje, pero el gran terremoto de Los Ángeles retrasó mis planes en varias semanas. El Palacio de Justicia fue clausurado. Homicidios de la Oficina del Sheriff tuvo que trasladarse y los expedientes se encontraban de mudanza. El retraso me dio cierto tiempo para bailar con la pelirroja.

Sabía que era el momento de enfrentarme a ella. Una vieja fotografía me dijo por qué.

Mi mujer la encontró en el archivo de un periódico. Compró un duplicado y lo enmarcó. En ella aparecía yo, de pie junto al banco de trabajo de George Krycki. Era el 22 de junio de 1958.

En la foto no se puede discernir mi estado de ánimo. Quizá estuviera aburrido. Quizá catatónico. Mi actitud no delata nada.

Es mi vida en la zona cero. Estoy demasiado aturdido, aliviado o perdido en cálculos como para dar señales de simple pena.

La foto tenía treinta y seis años. Definía a mi madre como un cuerpo en una cuneta y como fuente de inspiración literaria. Me sentía incapaz de separar lo que era ella de lo que era yo.

Me gusta encerrarme en suites de hotel. Me gusta apagar las luces y poner el aire acondicionado. Me gustan los ambientes contenidos y con temperatura controlada. Me gusta sentarme en la oscuridad y dejar vagar la mente. Por la mañana me encontraría con Bill Stoner. Pedí al servicio de habitaciones que

me subieran algo de cenar y una jarra enorme de café. Apagué las luces y dejé que la pelirroja me llevara a lugares.

Yo sabía cosas de nosotros. Otras las presentía. Su muerte corrompió mi imaginación y me proporcionó unos dones que podía explotar. Ella me enseñó autosuficiencia mediante su ejemplo negativo. Yo poseía un instinto de autoconservación a la altura de mis impulsos autodestructivos. Mi madre me concedió el don y la maldición de la obsesión. Empezó como curiosidad en lugar de como pena infantil. Floreció como una búsqueda de oscuro conocimiento y mutó en una horrible avidez de estimulación mental y sexual. Los impulsos obsesivos estuvieron a punto de matarme. La furia por convertir mis obsesiones en algo bueno y útil me salvó. Sobreviví a la maldición. El don adoptó su forma final en el lenguaje.

Ella me llenó de energía para enfrentarme al sexo y la muerte. Fue la primera mujer en mi camino hacia la mujer brillante y valerosa con la que me había casado. Ella me dio un rompecabezas resistente sobre el cual reflexionar y del que aprender. Me proporcionó el tiempo y el lugar de su muerte para extrapolar. Era el centro tácito del mundo de ficción que yo había creado y del mundo gozoso en el cual vivía. Y hasta el momento solo se lo había reconocido de una manera totalmente superficial.

Escribí mi segunda novela, *Clandestino*, en el 80. Era mi primera confrontación mano a mano con Jean Ellroy. La retrataba como una borracha torturada con un pasado hiperbólicamente torturado en un pueblucho de Wisconsin. Le di un hijo de nueve años y un exmarido malvado que se parecía físicamente a mi padre. Incluí algunos detalles autobiográficos y situé la acción a principios de los años cincuenta para desarrollar una subtrama policiaca sobre la amenaza roja. *Clandestino* hablaba de Jean Ellroy de forma somera. La historia giraba completamente en torno a su hijo de treinta y dos años. El héroe era un policía joven y ambicioso dispuesto siempre a tirarse a

mujeres y a ascender a toda costa. Yo era un joven escritor ambicioso, ansioso por ascender.

El ascenso significaba dos cosas. Tenía que escribir una gran novela policiaca. Tenía que abordar directamente la historia central de mi vida.

Me dispuse a ello. Llevé a la práctica mi decisión consciente de una manera inconsciente. *Clandestino* era más rico y complejo que mi libro anterior. La madre y el hijo estaban perfectamente logrados. Solo fallaban en comparación con la vida real. No eran mi madre y yo, sino sustitutos de ficción. Yo quería librarme de ellos y que siguieran su camino. Había creído que podría retratar a mi madre con fríos detalles y de ese modo expulsarla de mi vida. Había pensado que podría confesar unos cuantos secretos de juventud y darme por satisfecho. Jean Elroy no era mi víctima de crimen preferida. Era Elizabeth Short. Una vez más dejé a un lado a la pelirroja por la Dalia.

Aún no estaba preparado para Elizabeth. Quería dirigirme a ella como un novelista avezado. Antes quería ampliar mi diálogo con las mujeres.

Dejé Los Ángeles en el 81. Resultaba demasiado familiar, era demasiado fácil. Alcohólicos Anónimos era demasiado fácil. Quería librarme de toda aquella gente enganchada a la terapia y a la religión de los doce pasos. Sabía que podía mantenerme sobrio en cualquier otro lugar. Quería hacer volar Los Ángeles por los aires y limitar mi dosis de ciudad al ficticio Los Ángeles de mi mente. *Réquiem por Brown* saldría en octubre. La publicación de *Clandestino* estaba prevista para algún momento del año 82. Tenía un tercer libro terminado. Quería volver a empezar de cero en algún nuevo y atractivo enclave.

Me trasladé a Eastchester, Nueva York, a treinta kilómetros al norte de la Gran Manzana. Alquilé un apartamento en un sótano y conseguí un trabajo de cadi en el club de campo Wykagyl. Tenía treinta y tres años y me creía un

auténtico valor en alza. Quería probarme a mí mismo en Nueva York. Quería ponerme en serio con la Dalia y encontrar a la mujer trascendental de la vida real que sabía que nunca encontraría en Los Ángeles.

Nueva York era puro cristal de metanfetamina. Se enredaba con mi estilo de vida en un mundo dual. Escribía en mi apartamento y cargaba bolsas de golf a cambio de un sueldo de subsistencia. Manhattan estaba a solo un suspiro. Manhattan estaba lleno de mujeres provocativas.

Mis amigos varones se mostraban desdeñosos hacia mis gustos en cuestión de mujeres. Las estrellas de cine y las modelos me aburrían. Me gustaban las mujeres de negocios con trajes de chaqueta. Me gustaba la costura de una falda a punto de reventar por unos siete kilos de más. Me atraían las personalidades serias. Me interesaban las visiones del mundo radicales y no programáticas. Desdeñaba a diletantes, envidiosas, incompetentes, rockeras, seguidoras de extrañas terapias, ideólogas chifladas y a todas las mujeres que no eran ejemplo del equilibrio entre el protestantismo del Medio Oeste y el libertinaje que había heredado de Jean Ellroy. Me gustaban las mujeres atractivas más que las que otros hombres consideraban guapas. Admiraba la puntualidad y la pasión y las consideraba virtudes iguales. Era un fanático moralista y sentencioso que funcionaba en una dinámica tiempo perdido/vida recuperada. Esperaba de mis mujeres que pisaran la línea del rollo duro, se sometieran a la fuerza carismática que yo pensaba poseer, me follaran hasta dejarme comatoso y me sometieran a su carisma y su rectitud moral sobre una base equitativa.

Todo eso era lo que deseaba. No lo que conseguí. Mis estándares eran ligeramente irrazonables. Los revisaba cada vez que conocía a una mujer con la que quería acostarme.

Remodelaba a esas mujeres a la imagen de Jean Ellroy sin el alcohol, la promiscuidad y el asesinato. Yo era un tornado que pasaba por sus vidas.

Recibía sexo y escuchaba sus historias. Les contaba la mía. Intenté que funcionaran una serie de emparejamientos, unos breves y otros más prolongados, pero nunca me esforcé tanto como las mujeres con las que estaba.

En el proceso aprendí cosas. Nunca rebajé mis expectativas románticas. Era un tipo cobarde y huidizo y un rompecorazones con una fachada convincentemente suave. Yo siempre daba el hachazo en la mayoría de mis relaciones. Me encantaba cuando alguna mujer me calaba y agarraba el hacha primero. Yo nunca cercené mis expectativas románticas. Nunca llevé una línea suave en el amor. Me sentía mal por las mujeres con las que follaba. Con el tiempo me acerqué a las mujeres con menos ferocidad. Aprendí a disimular mi ansia. Aquella avidez fue a parar directamente a mis libros, que se volvieron cada vez más obsesivos.

Yo era una antorcha perpetua con tres llamas.

Mi madre. La Dalia. La mujer que yo sabía que Dios me daría.

Escribí cuatro novelas en cuatro años. Mantuve separados mis mundos de Eastchester y Manhattan. Me sentía cada vez mejor. Me granjeé una pequeña legión de seguidores de culto y elaboré un álbum de recortes con reseñas de cuatro estrellas. Los anticipos que me daban por mis libros se incrementaron. Jubilé mis zapatos de cadí. Me encerré durante un año y escribí *La Dalia Negra*.

El año pasó volando. Viví con una mujer muerta y con una docena de hombres malos. Betty Short me guio. Construí el personaje a partir de diversas fuerzas tensoras del deseo masculino e intenté describir el mundo de hombres que había sancionado su muerte. Cuando acabé la última página, lloré. Dedicué el libro a mi madre. Sabía que podía unir a Jean con Betty y encontrar oro de veinticuatro quilates. Financié mi propia gira de promoción. Hice público el vínculo. Convertí *La Dalia Negra* en un best seller nacional.

Conté infinidad de veces la historia de Jean Ellroy y la Dalia. La reduje a fragmentos de sonido y la vulgaricé en aras de la accesibilidad. Procedí a narrarla con un minucioso desapasionamiento. Me retraté como un hombre formado por dos mujeres asesinadas y por un hombre que ahora vivía en un plano por encima de tales cuestiones. Mis actuaciones ante los medios eran convincentes a primera vista y faltas de sinceridad cuando se reflexionaba sobre ellas. Explotaban la profanación de mi madre y me permitían trocear su recuerdo en porciones manejables.

La Dalia Negra fue mi libro crucial. Era pura pasión obsesiva y una elegía a mi tierra natal. Quería seguir en los años cuarenta y en los cincuenta. Quería escribir novelas más ambiciosas. Sentía la llamada de unos hombres malos que hacían cosas malas en nombre de la autoridad. Deseaba escupir sobre el mito del noble solitario y exaltar a policías capullos dedicados a joder a los privados de derechos civiles. Quería canonizar el Los Ángeles secreto que había vislumbrado por primera vez el día en que murió la pelirroja.

La Dalia Negra quedó atrás. Mi gira promocional cerraba un tránsito de veintiocho años. Comprendí que debía superar aquel libro. Sabía que podía regresar al Los Ángeles de los años cincuenta y reescribir aquella antigua pesadilla según mis propias especificaciones. Era mi primer mundo separado. Sabía que podía extraerle sus secretos y contextualizarlos. Podía reclamar el tiempo y el lugar. Podía poner fin a aquella pesadilla y forzarme a encontrar otra nueva.

Escribí tres secuelas de *La Dalia Negra* y denominé a esa obra colectiva «El cuarteto de Los Ángeles». Mi reputación entre los críticos y mi imagen pública crecieron como una bola de nieve. Conocí a una mujer, me casé y me divorcié al cabo de tres años. Rara vez pensaba en mi madre.

Cerré el ciclo del Los Ángeles de los años cincuenta y me centré en la Norteamérica de la era de Jack Kennedy. El salto modificó mi perspectiva

geográfica y temática y me impulsó hasta la mitad de una nueva novela salvaje. El Los Ángeles de los años cincuenta quedó atrás. Jean Ellroy no. Conocí a una mujer. Ella me empujó hacia mi madre.

El nombre de la mujer era Helen Knode. Escribía para un periodicucho de izquierdas llamado *L.A. Weekly*. Nos conocimos. Nos emparejamos. Nos casamos. Fue un amor extravagante. Fue un reconocimiento mutuo con el motor a seis mil revoluciones por minuto.

Prosperamos. Las cosas fueron cada vez mejor. Helen era hiperbrillante. Era todo elevada rectitud y risas profanas. Nuestras imaginaciones se mezclaron y colisionaron.

Helen estaba obsesionada con el siempre desconcertante asunto de la relación entre hombres y mujeres. Lo diseccionaba, lo satirizaba, lo desmontaba y volvía a montarlo. Se lo tomaba a broma y se burlaba de mi enfoque melodramático del tema.

Se concentró en mi madre. La llamaba Geneva. Imaginábamos escenas en las que aparecían mi madre y algunos hombres famosos de su época. Nos partíamos de risa. Metimos a Geneva en la cama con Porfirio Rubirosa y criticamos la Norteamérica misógina. Geneva volvía heterosexual a Rock Hudson. Geneva le daba unos meneos a JFK y lo volvía monógamo. Hablamos una y otra vez de Geneva y de la polla monolítica de mi padre. Nos preguntábamos por qué coño no me habría casado con una pelirroja.

Helen encontró aquella foto. Me instó a estudiarla. Era la abogada de mi madre y su agente provocadora.

Me conocía. Citando a un dramaturgo muerto, me llamó bala perdida sin nada más que un futuro. Comprendía mi falta de autocompasión. Sabía por qué despreciaba todo aquello que pudiese frenar mi impulso hacia delante. Sabía que las balas no tienen conciencia. Pasan ante las cosas a toda velocidad y fallan el blanco tan a menudo como aciertan en él.

Helen quería que conociera a mi madre. Quería que descubriera quién era y por qué había muerto.

Aparqué delante de la Brigada de Homicidios. Bebí algo de café en el coche e hice un poco de tiempo. Pensé en las fotos de la escena del crimen.

Iba a verla muerta. Iba a verla por primera vez desde que la había visto viva. No guardaba ninguna foto suya. Todo lo que tenía eran retratos mentales de ella vestida y desnuda.

Los dos éramos altos. Yo tenía sus facciones y la tez de mi padre. Estaba volviéndome gris y calvo. Ella murió con la cabeza cubierta de brillantes cabellos rojizos.

Me acerqué y llamé al timbre. Me respondió el crepitar de un altavoz situado sobre la puerta. Pregunté por el sargento Stoner.

La puerta se abrió con un chasquido. Bill Stoner vino a mi encuentro y se presentó.

Medía cerca de un metro ochenta y debía de pesar unos ochenta kilos. Tenía el cabello castaño fino y lucía un gran bigote. Llevaba traje oscuro, camisa a rayas y corbata a juego.

Nos dimos la mano y nos dirigimos hacia Casos No Resueltos. Stoner me mostró un ejemplar de mi novela *Jazz blanco*. Me preguntó por qué todos los policías eran extorsionadores y perversos. Le dije que los buenos policías no quedaban bien en la ficción. Señaló la foto de la contracubierta. En ella yo aparecía con mi bull terrier tendido sobre mi regazo.

Dijo que el perro parecía un cerdo blanqueado. Le dije que se llamaba

Barko. Era un cabronazo muy listo. Lo echaba de menos. Mi exmujer había conseguido la custodia.

Stoner se echó a reír. Nos sentamos en mesas contiguas. Me pasó un archivador de acordeón marrón.

Me dijo que las imágenes de la escena del crimen eran muy explícitas. Me preguntó si quería verlas.

Le dije que sí.

Estábamos solos en la oficina. Nos pusimos a hablar.

Le conté que en los años sesenta y setenta había cumplido condena en el condado. Hablamos de las ventajas y desventajas del Biscailuz Center y del Wayside Honor Rancho. Dije que me encantaban los pimientos rellenos del rancho de la cárcel. Stoner me contó que él los comía cuando trabajaba en Wayside.

Tenía una voz suave de inquisidor. Enlazaba sus monólogos con breves pausas. Nunca interrumpía. Mantenía el contacto visual en todo momento.

Sabía cómo sonsacar a la gente. Sabía extraer secretos íntimos. Noté que me incitaba a ello. No me resistí. Era consciente de que había captado mi lado exhibicionista.

Solo estaba ganando tiempo. El archivador marrón me asustaba. Y sabía que Stoner estaba incitándome a abrirlo.

Charlamos. Intercambiamos historias criminales de Los Ángeles. Él tenía una percepción aguda y lúcida, despojada de la ideología policial típica de tantos de sus compañeros. Catalogaba al LAPD de institución racista y confería una intensa carga dramática a sus relatos. Decía «joder» de la misma forma rutinaria en que yo lo hacía y utilizaba un lenguaje procaz para aumentar el efecto de sus palabras. Describió el caso Beckett y me introdujo de pleno en el terror de Tracy Stewart.

Hablamos durante dos horas. Después callamos como si supiéramos que

había llegado el momento.

Stoner abandonó la estancia. Yo me dejé de evasivas.

Dentro del archivador había sobres, hojas de teletipo y notas sueltas garabateadas en trozos de papel, así como un «Libro Azul» de la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff. El libro en cuestión, de cincuenta páginas, contenía informes mecanografiados en orden cronológico.

El informe del cuerpo encontrado. El informe del forense. Informes sobre sospechosos exonerados. Tres entrevistas transcritas literalmente.

El Libro Azul se veía frágil y enmohecido. En la tapa aparecían dos nombres mecanografiados. No los reconocí. Sargentos John G. Lawton y Ward E. Hallinen.

Eran los hombres que me habían preguntado con quién follaba mi madre. Uno de ellos me había dado un caramelo hacía un millón de años.

El expediente estaba mal conservado. Rebosaba de papeles y notas sueltas metidas de cualquier manera y luego olvidadas. El aspecto descuidado resultaba tan ofensivo para mí como simbólico. Me hallaba ante el alma perdida de mi madre.

Puse en orden todo aquello. Formé una hilera de pilas de papeles bien ordenados. Aparté a un lado el sobre con el rótulo «Fotos Escena del Crimen». Hojeé por encima el primer montón de informes del Libro Azul y aprecié algunos detalles extraños.

Mi dirección en El Monte era Maple 756. Dos testigos habían visto a mi madre sentada en la barra del Desert Inn. El nombre me dejó aturdido. Los periódicos decían que mi madre acudía a una coctelería de la localidad. Nunca concretaban más.

Revisé algunos informes. Un testigo del Desert Inn aseguraba que el acompañante masculino de mi madre era mexicano. El hecho me sorprendió.

Jean Ellroy era de derechas y estaba obsesionada con las apariencias. No me la imaginaba en un lugar público con un cholo.

Eché un vistazo a la sección posterior y vi dos cartas manuscritas. Un par de mujeres delataban a sus exmaridos. Escribían a John Lawton y daban razones detalladas de sus sospechas.

La mujer número uno había escrito en 1968. Decía que su ex trabajaba con Jean en la planta de Packard-Bell. Había estado liado con Jean y con otras dos mujeres de la empresa. Después de la muerte su comportamiento había sido sospechoso. La mujer le había preguntado dónde había estado aquella noche. Él le pegó y le dijo que cerrara el pico.

La mujer número dos había escrito en 1970. Según ella, su ex tenía una cuenta pendiente con Jean Ellroy. Jean se había negado a tramitar una reclamación por lesiones que él había presentado. Aquello «lo había sacado de quicio». La mujer número dos añadía en una posdata que su ex había prendido fuego a un almacén de muebles. Se habían llevado por impago un juego de mesa y sillas de cocina que había comprado, lo cual «lo había sacado de quicio» una vez más.

Las dos cartas sonaban a venganza. John Lawton había añadido una nota a la número dos. En ella dejaba constancia de que ambas pistas habían sido investigadas y desechadas.

Hojeé el libro por encima. Capté algunos datos fragmentarios.

Harvey Glatman fue interrogado y descartado como sospechoso. Recordé el día en que fue conducido a la cámara de gas. Un testigo del Desert Inn discutía el detalle del mexicano. Decía que el tipo que estaba con la rubia y la pelirroja era «un hombre blanco moreno». Mi madre trabajaba en Airtek Dynamics desde septiembre del 56. Yo creía que por entonces aún estaba en Packard-Bell. El informe de la autopsia señalaba la presencia de semen en la vagina de mi madre. No había ninguna mención a lesiones internas o

abrasiones vaginales. No se especulaba sobre si se había tratado de una violación o de sexo consentido. Mi madre estaba con el período. El cirujano forense encontró un tampón en su vagina.

Los hechos me golpearon como una andanada. Sabía que debía contener la ráfaga. Saqué una pluma y un cuaderno de notas y pasé a las declaraciones transcritas. La primera fue toda una revelación.

Lavonne Chambers atendía los coches del autorrestaurante Stan's Drive-In, a cinco manzanas del Desert Inn. Había atendido a mi madre y a su acompañante masculino dos veces, el sábado por la noche y el domingo de madrugada.

Según ella, el tipo era griego o italiano. Conducía un Oldsmobile del 55 o del 56 de dos tonos. Había llegado con mi madre hacia las 22.20. Cenaron en el coche. Hablaron. Se marcharon y volvieron hacia las 2.15.

El hombre permanecía callado y se mostraba hosco. Mi madre estaba «muy animada». «Charlaba por los codos.» Tenía bajado el escote y uno de los pechos quedaba medio a la vista. Se la veía «un poco desarreglada». El hombre «parecía aburrido de ella».

Aquella información era nueva y candente. Y mandaba al cuerno mi vieja teoría.

Yo creía que mi madre había dejado el bar con el Hombre Moreno y la Rubia. Habían intentado forzarla a hacer un *menage à trois*. Ella se había resistido. Y el asunto había terminado mal.

Él estaba «aburrido». Ella, «desarreglada». Lo más probable era que ya se la hubiese tirado y quisiera librarse de ella. Mi madre quería más de su tiempo.

Yo solía frecuentar el Stan's Drive-In, que quedaba al otro lado de Hollywood High. Las camareras que atendían los coches llevaban uniforme

rojo y blanco. El Krazy Dog estaba de muerte. Las hamburguesas y el pollo frito eran famosos.

Leí la declaración tres veces. Anoté los datos clave. Me armé de valor y abrí el primer sobre.

Contenía tres instantáneas. Vi a Ed y a Leoda Wagner, hacia el año 50. Vi a mi padre con cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Las fotos estaban marcadas como «Herm. víct. y mar.» y «Exmar. víct.». Mi padre se veía guapo y en forma.

La tercera foto estaba marcada como «Víct., agosto 57».

Llevaba un vestido blanco. Me acordaba de él. Sostenía una copa y un cigarrillo. Tenía los cabellos recogidos, como los llevaba siempre. Por detrás de ella se veía a gente con pinta de estar pasándolo bien. Parecía un picnic o algo así.

Tenía muy mal aspecto, con la cara hinchada y ojerosa. Parecía mayor de los cuarenta y dos años y cuatro meses que tenía. Parecía una borracha que intentaba disimular que no lo era. La imagen se contraponía radicalmente con la que yo conservaba en mi recuerdo.

Aquella foto de mi mente reflejaba solo deseos satisfechos. Había congelado a mi madre en unos lascivos cuarenta. Las arrugas de su rostro no eran huellas de vida disoluta, sino de fuerza, de energía. Aquella foto era toda ansia soterrada. Sucumbí a aquella imagen y le hice el amor aquellas pocas y preciosas veces en mi fantasía.

Abrí el segundo sobre. Vi dos retratos robot del Hombre Moreno. El retrato número uno mostraba a un enjuto soplapollas. El retrato número dos mostraba a un sádico de rasgos similares.

Abrí el tercer sobre. Contenía treinta y dos fotos de fichas policiales de hombres, todos ellos catalogados como delincuentes sexuales. Unos eran blancos y otros hispanos. Todos los rostros se parecían a los retratos robot.

Los treinta y dos habían sido interrogados y dejados en libertad. Todos tenían ese aspecto de viles pervertidos que produce el fogonazo del flash. Llevaban al cuello el cartel de anteriores arrestos por cargos de carácter sexual. Los carteles recogían las fechas de detención y diversos números de artículos del código penal. Las fechas iban desde el 39 hasta el 57. Los números cubrían desde violaciones y escándalos sexuales hasta media docena de delitos pasivos. Casi todos los tipos ofrecían un aspecto desaliñado. Unos cuantos aparecían encogidos, como si acabaran de golpearlos con un listín telefónico. El efecto que producían en conjunto era repulsivo. Tenían el aire de una mancha venérea o de una salpicadura de semen en la pared de un cagadero.

Abrí el último sobre. Vi a mi madre muerta junto al instituto Arroyo.

Tenía las mejillas hinchadas y las facciones abotargadas. Parecía una mujer enferma dormida.

Vi el cordel y la media en torno a su cuello. Vi las picaduras de insectos en los brazos. Vi el vestido que llevaba puesto. Me acordaba de él. Contemplé las fotos en blanco y negro y recordé que el vestido era de colores azul claro y oscuro.

Le llegaba por debajo de las rodillas, pero alguien se lo había levantado por encima de las caderas. Vi su vello púbico. Aparté rápidamente la mirada y convertí la imagen en algo borroso.

La última foto correspondía a la autopsia. Mi madre estaba boca arriba en una mesa del depósito de cadáveres. Su cabeza estaba apoyada en un bloque de caucho negro.

Vi su pezón deformado y la sangre seca en sus labios. Vi una incisión abdominal suturada. Era probable que la hubiesen abierto en la escena misma del crimen, para analizar el hígado antes de que sobreviniera el *rigor mortis*.

Examiné todas las fotos tomadas en la escena del crimen. Memorice cada

detalle. Me sentía totalmente calmado. Volví a guardarlo todo en el archivador y se lo entregué a Stoner.

Me acompañó hasta el coche. Nos estrechamos la mano y nos despedimos. Stoner parecía algo apagado. Sabía que mi mente se hallaba muy lejos de allí.

Esa noche me acosté pronto. Cuando desperté aún no había amanecido. Vi las fotos incluso antes de abrir los ojos.

Noté cómo un pequeño engranaje encajando en su lugar con un clic. Era como decir «¡Oh!» al reconocer una gran revelación.

Ahora lo sabes.

Creíste que lo sabías, pero te equivocabas. Ahora lo sabes de verdad. Ahora vas a donde ella te lleva.

Ella y el Hombre Moreno regresaron al Stan's Drive-In. Eran las dos y cuarto de la madrugada. Acababan de follar y él estaba aburrido. Quería deshacerse de aquella mujer desesperada y continuar con su vida. La combustión se había producido porque ella quería MÁS. Más sexo o más atención masculina. La promesa de una siguiente vez con flores y una cita en algún local más lujoso.

Confié en mi nueva teoría. Hacía que sintiese una poderosa oleada de amor hacia mi madre.

Yo era su hijo. Estaba tan enganchado como ella a aquel querer MÁS. La diferencia de sexo y la época me favorecían. Yo me había dedicado a beber y a follar con una aprobación general que ella nunca habría soñado tener. La suerte y la circunspección del cobarde me salvaron. Vi la carretera cuesta abajo que ella había recorrido. Mi madre me había imbuido a la fuerza de un instinto de supervivencia que ella nunca había desarrollado. Su dolor era mayor que el mío. Definía el vacío que había entre nosotros.

Regresé a Connecticut y escribí mi artículo para *GQ*. No fue nada catártico. No hizo que aquel pequeño engranaje se desencajara con un clic. Ella siempre estaba allí conmigo.

Fue un abrazo torpe y un reencuentro. Fue un paso temerario. Fue una cita a ciegas a la que me habían empujado Helen y Bill Stoner.

Ahora vas a donde ella te lleva.

La idea me confundió. Me entregué a mi devoción con fe ciega.

Ella me señaló el camino que conducía a sus secretos. Su guía fue una provocación y un reto. Me desafiaba a descubrir cómo había vivido y cómo había muerto.

Decidí ampliar mi artículo para *GQ*, hacerlo cincuenta veces más largo y convertirlo en un libro. A mi editor la idea le pareció bien. Bill Stoner se jubiló en abril. Me puse en contacto con él y le hice una oferta. Le dije que quería que investigase el homicidio de mi madre. Le pagaría un porcentaje del anticipo del libro y cubriría todos los gastos. Formaríamos equipo e intentaríamos encontrar al Hombre Moreno, vivo o muerto. Sabía que nuestras probabilidades eran mínimas, pero no me importaba. La pelirroja constituía mi principal objetivo.

Stoner aceptó.

El artículo de *GQ* se publicó en agosto. Se centraba en las figuras de mi madre y mía y enfatizaba nuestra ansia común de querer MÁS. Entregué la novela y alquilé un apartamento en Newport Beach, California. Stoner dijo que nuestro trabajo podía llevar un año o más.

Volé a California el día del Trabajo. En el avión la gente no paraba de hablar de O. J. Simpson.

El caso ya llevaba en marcha tres meses. Se había convertido en el asesinato de una mujer más célebre de todos los tiempos. El de la Dalia Negra había sido un caso importante, la quintaesencia del Los Ángeles criminal, pero el de Simpson lo había eclipsado rápidamente. Era enorme,

una performance artística de proporciones épicas. Era un circo multimedia escenificado sin disimulo y basado en la endeble premisa de un robo con escalo frustrado por la víctima. Todo el mundo sabía que había sido O. J., pero los comentaristas de la prensa desafiaban el consenso y se volvían locos buscando la verdad oculta y algún precedente empírico. Los gacetilleros de los medios atacaban la verdad con fuerza cada vez mayor. Consideraban el asunto O. J. como un tosco microcosmos. Era cosa de cocaína y sexo. Era narcisismo de club de salud y ataduras mutuas a pagos de pensiones alimenticias de cinco cifras. Fue el público de bajo nivel económico quien definió el delito. Ese público ambicionaba el ostentoso estilo de vida de O. J. y no podía tenerlo. Por eso se conformó con la escenificación teatral de moralidad pestilente que les decía que aquel estilo de vida era venal.

O. J. y el Hombre Moreno. Nicole y Geneva.

Mi madre era una mujer muy reservada. A mí me gustaba exponerme, era un oportunista redomado. Siempre deseaba llamar la atención e intuía que ella nunca lo había hecho. Yo quería entregarla al mundo. Se me podría llamar violador de recuerdos y señalar mis anteriores hazañas para demostrarlo.

Tal vez fuera cierto. Tal vez no. Amparado en mi pasión recientemente desatada, me declararían culpable de tal delito.

Ella estaba muerta. Ya era insensible a todo. Preguntarse si lo entendería o no era ridículo. Yo tenía una flagrante faceta exhibicionista. Y ella era el centro de mi relato.

El tema me preocupaba. Respetaba su intimidad y a la vez me disponía a destruirla. Solo veía una salida.

Tenía que someterme a su espíritu. Si la perjudicaba en algo, sentiría su reprobación.

Stoner se reunió conmigo en el aeropuerto. De allí fuimos directamente al instituto Arroyo.

Era mi segunda visita. Tiempo atrás un equipo me había filmado allí. La entrevista había ido bien. No había visto las imágenes. No fui capaz de señalar el punto exacto ni ubicar allí a mi madre.

Stoner aparcó cerca del lugar. Hacía calor y humedad. Encendió el aire acondicionado y subió las ventanillas.

Dijo que teníamos que hablar de mi madre. Teníamos que hablar con franqueza y sin reservas. Le aseguré que me sentía capaz de hacerlo. Dijo que quería reconstruir el crimen del modo que pensaba que había sucedido.

Mencioné mi nueva teoría. Stoner se mostró en desacuerdo.

Dijo que el Hombre Moreno iba tras un coño. Jean tenía la regla y se negó a dárselo. No pasaron de besos y magreos. El Hombre Moreno quería más. Jean pretendía enfriarlo un poco y le propuso regresar al Stan's Drive-In.

Volvieron al Stan's. Allí los atendió nuevamente Lavonne Chambers. Jean había bebido y estaba bastante achispada. El Hombre Moreno estaba caliente y cabreado con ella. Y conocía esa calle solitaria junto al instituto Arroyo.

Terminaron la consumición. El Hombre Moreno sugirió ir a dar otra vuelta en el coche. Jean dijo que muy bien. El Hombre Moreno la llevó directamente al lugar donde ahora estábamos y le exigió pasar a mayores.

Jean se negó. Discutieron. El Hombre Moreno golpeó a Jean en la cabeza cinco o seis veces. Utilizó los puños o alguna pequeña herramienta de metal que tenía en el coche.

Jean perdió el conocimiento. El Hombre Moreno la violó. La lubricación previa explicaba la ausencia de abrasiones vaginales. Un rato antes habían estado sobándose y besándose. Jean se había excitado y aún estaba húmeda. El Hombre Moreno la había penetrado suavemente. La violación en sí había

sido torpe y frenética. El forense había encontrado un tampón en el fondo del conducto vaginal. El pene del Hombre Moreno lo había encajado allí dentro.

Jean seguía sin volver en sí. El Hombre Moreno perdió los nervios y se dejó llevar por el pánico. Estaba en su coche con una mujer inconsciente que podía identificarlo y acusarlo de violación. Decidió matarla.

En el coche tenía una cuerda de persiana. La enrolló en torno al cuello de Jean y tiró de los extremos. La cuerda se rompió. Entonces le quitó la media izquierda y la utilizó para estrangularla. Arrastró el cuerpo fuera del coche y lo arrojó sobre la hiedra. Después abandonó la zona a toda prisa.

Cerré los ojos y repasé nuevamente la reconstrucción de los hechos. Vi en mi mente algunos primeros planos muy gráficos.

Empecé a temblar. Stoner apagó el aire acondicionado.

Vivía en un apartamento amueblado. Las sillas y el sofá estaban impregnados de un repelente de manchas sintético. La agencia de alquileres suministraba la ropa de cama y los utensilios de cocina. El anterior inquilino me había dejado un insecticida en aerosol y un frasco de colonia Old Spice.

Los de la agencia instalaron un teléfono. Conecté un contestador automático. Se trataba de un lugar de clase baja para mi nivel de entonces. El salón y el dormitorio eran pequeños, las paredes blancas y lisas. Alquilé el apartamento por meses y por tiempo indefinido. Podía marcharme sin previo aviso.

Me trasladé. Muy pronto comencé a echar de menos a Helen.

El lugar parecía una buena cámara de obsesiones. Apenas tenía ventanas. Para que semejase aún más una cueva, podía correr las cortinas. Podía apagar las luces y perseguir a la pelirroja en la oscuridad. Podía comprar un reproductor de cedés, escuchar a Rachmaninoff y a Prokófiev y alcanzar ese punto en que los vuelos líricos se vuelven discordantes.

La casa de Bill quedaba a veinte minutos. Bill llevaba una placa de reservista y tenía permiso de armas. Trabajaba como colaborador externo para la Oficina del Fiscal del Distrito. Estaban preparando las pruebas del caso contra Bob Beckett Sr. Bill tenía carta blanca en la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff. Tenía acceso a todos los archivos y equipos de comunicaciones. Nuestra investigación fue aprobada. Bill compartiría la información con el Departamento de Casos No Resueltos y

podría llevarse el expediente de Jean Ellroy. Me dijo que tendríamos que estudiar cada pedazo de papel que contuviera.

Compré un gran tablero de corcho y lo clavé a la pared del salón. Pedí prestadas algunas fotos del expediente e hice un collage.

Clavé con chinchetas dos instantáneas de mi madre en agosto del 57. También clavé el retrato robot del Hombre Moreno. Escribí un interrogante en un Post-it y lo pegué encima de las imágenes. Seleccioné cinco fotos policiales de los perversos sexuales y las coloqué debajo de los tres retratos.

Mi mesa estaba de cara al tablero. Cuando levantaba la vista podía ver a mi madre cayendo en barrena. Podía ver el resultado final. Podía destrozar mi recuerdo de ella cuando era más joven y tierna.

Bill me llamó. Me dijo que me reuniera con él en la Academia de Policía de la Oficina del Sheriff. Quería enseñarme algunas pruebas.

Fui en el coche y salió a recibirme al aparcamiento. Me anunció que tenía novedades.

El sargento Jack Lawton había muerto en 1990. Ward Hallinen seguía vivo y residía en el condado de San Diego. Tenía ochenta y tres años. Bill había hablado con él. No recordaba en absoluto el caso Ellroy. Bill le explicó nuestra situación. Hallinen se mostró interesado y le dijo que le llevara el expediente. Quizá encontrase algo en él que le refrescara la memoria.

Nos dirigimos al almacén de pruebas. Junto a él había una pequeña oficina. Tres hombres estaban enfrascados en una conversación bastante habitual. Un blanco decía que lo había hecho O. J. Dos negros discrepaban. Bill enseñó la placa y firmó un formulario de petición de pruebas.

Uno de los hombres de la oficina nos llevó al almacén. Era del tamaño de dos campos de fútbol colocados uno junto al otro y dentro hacía un calor

terrible. Estaba lleno de estanterías de acero que llegaban hasta el techo, a diez metros de altura. Conté veinte o treinta hileras, rebosantes de paquetes envueltos en plástico.

Bill salió del almacén. Yo me quedé junto a una mesa cerca de la puerta. El encargado me trajo un paquete. Llevaba la marca identificativa Z-483-362.

El envoltorio era transparente. Vi cuatro pequeñas bolsas de plástico en el interior. Abrí el paquete y coloqué las bolsas sobre la mesa.

La más pequeña contenía unas muestras minúsculas de polvo y fibras. Una etiqueta señalaba su procedencia: «Oldsmobile 1955 / MMT-879 / 26-6-58». En la segunda había tres pequeños sobres sellados. Llevaban anotado el nombre de mi madre y el número del expediente. El contenido de cada uno aparecía escrito debajo:

«Uñas víct. (muestra)».

«Cabellos víct. (muestra).»

«Vello púbico víct. (muestra).»

No los abrí. Sí lo hice con la tercera bolsa. Vi el vestido y el sujetador que llevaba mi madre cuando murió.

El vestido era azul claro y azul oscuro. El sujetador era blanco con cuerpo de encaje. Los tomé entre mis manos y me los llevé a la cara.

No percibí ningún olor a ella. No logré sentir su cuerpo dentro de aquellas prendas. Y lo deseaba. Deseaba reconocer su aroma y tocar su contorno.

Me pasé el vestido por el rostro. Estaba sudando por el calor. Moje ligeramente la tela.

Dejé el vestido y el sujetador. Abrí la cuarta bolsa. Vi la cuerda y la media de nailon.

Estaban enroscadas juntas. Vi el punto en que la cuerda había rodeado y apretado el cuello de mi madre. Los dos lazos estaban intactos. Formaban círculos perfectos de apenas ocho centímetros de diámetro. A mi madre le

habían apretado el cuello hasta reducirlo a esas dimensiones. Con tanta fuerza la habían asfixiado.

Cogí las ligaduras. Las observé y las hice girar entre mis dedos. Me llevé la media a la cara e intenté percibir el olor de mi madre.

Esa noche conduje hasta El Monte. El calor y la humedad eran insoportables.

El valle de San Gabriel siempre había sido muy caluroso. Mi madre murió durante una ola de calor de principios de verano. La sensación de bochorno era la misma de entonces.

Seguí un viejo instinto de retorno a casa. Mantuve las ventanillas bajadas y dejé que el aire caliente entrara en el coche. Pasé por delante de la comisaría de El Monte. Seguía en el mismo lugar que en 1958. Pero el edificio tenía un aspecto distinto. Quizá le hubieran hecho un lavado de cara. El coche me parecía una jodida máquina del tiempo.

Doblé hacia el norte por Peck Road. Recordé una larga caminata hasta casa al salir del cine. Me había tragado entera *Los diez mandamientos*. Al llegar me encontré a mi madre borracha perdida.

En Peck con Bryant torcí hacia el oeste. En la esquina sudoeste vi un 7-Eleven. Los clientes eran hispanos. El hombre del mostrador, asiático. El Monte había dejado de ser blanco hacía tiempo. Tomé por Maple y aparqué en la acera de enfrente de mi antigua casa.

Era mi tercera visita en treinta y seis años. En las dos anteriores me habían acompañado periodistas y reporteros. En ambas ocasiones me mostré locuaz y desenvuelto. Señalé los anacronismos y me explayé sobre lo que los posteriores inquilinos habían hecho con la propiedad. Esta era mi primera visita nocturna. La oscuridad disimulaba los cambios y me devolvió la imagen de la casa tal como era entonces. Recordé la noche en que había

contemplado una tormenta desde la ventana del dormitorio de mi madre. Me había tendido en su cama y había apagado las luces para distinguir mejor los colores. Mi madre había salido por ahí. En una ocasión me había sorprendido en su dormitorio y me había regañado. Cada vez que ella salía de noche yo me colaba en la habitación e inspeccionaba el cajón de la lencería.

Giré de vuelta hacia Peck Road y bajé hasta Medina Court. El lugar estaba exponencialmente más deteriorado que en el 58. En apenas tres manzanas vi cuatro trapicheos de droga en las aceras. Unas semanas antes de morir mi madre me había llevado a Medina Court. Yo era un crío holgazán y quiso enseñarme el futuro que me esperaba como espalda mojada anglosajón.

Ahora El Monte era un agujero infecto. Ya lo era en 1958, pero se trataba de un agujero infecto apacible, acorde con su época. La droga era clandestina y las armas, escasas. Por entonces El Monte tenía apenas el diez por ciento de su población actual y la tasa de criminalidad era una trigésima parte de la presente.

Jean Ellroy había sido una víctima anómala en El Monte. El Monte atraía su lado salvaje de tabernas sórdidas. Creía haber encontrado un buen lugar para esconderse, un lugar que cumplía con sus exigencias de seguridad y le proporcionaba terreno para divertirse los fines de semana. Ahora habría sabido reconocer el peligro. Se habría mantenido alejada. En 1958 ella había traído aquí su propio peligro.

Ella escogió el lugar y lo convirtió en su mundo aparte. Estaba a poco más de veinte kilómetros de mi Los Ángeles, el de ficción y el real.

El Monte me asustó. Era el puente entre mis dos mundos separados, el ficticio y el real. Era una zona perfectamente circunscrita de pérdida y de absoluto terror aleatorio.

Seguí hasta el 11721 de Valley. El Desert Inn se había convertido en el

restaurante Valenzuela's. Era un edificio de adobe blanqueado y cubierta de tejas de terracota.

Aparqué detrás. Aquella noche mi madre había estacionado su Buick en el mismo lugar.

Entré en el restaurante. La distribución me dejó anonadado.

Era un local estrecho en forma de ele. Frente a la puerta había un mostrador de servicio. Tenía exactamente el mismo aspecto que la imagen que mi mente había elaborado y conservado durante treinta y seis años.

Los reservados. El techo bajo. La base de la ele a mi derecha. Todo encajaba con mi antigua impresión mental.

Quizá ella me hubiese llevado allí alguna vez. Quizá lo hubiese visto en alguna foto. O tal vez acababa de entrar en alguna extraña matriz psíquica.

Me quedé en la puerta y miré alrededor. Todas las camareras y todos los clientes eran hispanos. Media docena de miradas se volvieron hacia mí con expresión de quién coño eres.

Regresé al coche y seguí por Valley hasta Garvey. Pasé junto al aparcamiento por la esquina nordeste.

En aquella época estaba allí el Stan's Drive-In. Ahora solo había una cafetería abandonada. El Stan's quedaba a seis manzanas del Desert Inn. El Desert Inn estaba a unos dos kilómetros del 756 de Maple. Y el 756 de Maple estaba a unos dos kilómetros del instituto Arroyo.

Todo muy cerca y muy local.

Conduje hasta el instituto Arroyo. El cielo estaba oscuro y brumoso. No podía ver las montañas a tres kilómetros de donde me encontraba.

Aparqué en King's Row. Puse las luces largas y enfoqué la escena del crimen.

Adopté la perspectiva del Hombre Moreno. Sustituí mi ansia de MÁS por su ansia de follarse a mi madre. Convertí mi rabia por superar el pasado en su

rabia por destruir la resistencia de mi madre. Percibí su determinación y la sangre en sus ojos. Me quedé corto respecto a su voluntad de infligir dolor en su búsqueda del placer.

Recordé un triste incidente. Sucedió en el 71 o en el 72.

Eran las dos o las tres de la madrugada. Yo estaba de bajón de un cuelgue con inhaladores en el Robert Burns Park. Creí oír gritar a una mujer.

No estaba seguro del todo. Estaba colgado de anfetaminas. Por aquella época oía las Voces.

El grito me asustó. Sabía que procedía de los apartamentos del lado oeste del parque. Quise huir y esconderme. Quise salvar a la mujer. Dudé y corrí hacia el sonido.

Escalé la valla del parque. Hice mucho ruido.

Me asomé a la ventana iluminada de un dormitorio. Vi a una mujer poniéndose una bata. Se giró hacia donde yo estaba. Apagó la luz y gritó. El grito no sonó como el que acababa de oír desde el parque. Salté de nuevo la valla y escapé por Beverly Boulevard abajo. Las Voces me siguieron. Me decían que buscara a la mujer y la tranquilizara diciéndole que no pretendía hacerle daño. Me figuré que el primer grito no había sido tal. Había sido una mujer haciendo el amor.

A la mañana siguiente me emborraché. Las Voces remitieron. Nunca me disculpé con la mujer.

El incidente me dejó aterrorizado. Había asustado a aquella mujer. Sabía que nunca entendería mis buenas intenciones.

Volví a Newport Beach. Consulté el contestador y encontré un mensaje de Bill Stoner.

Decía que tenía noticias urgentes. Que lo llamara, no importaba la hora.

Lo llamé. Había encontrado un viejo expediente sin resolver que iba a hacer que le estallara la jodida cabeza.

Tenía fecha del 23/1/59. La víctima se llamaba Elspeth «Bobbie» Long. Le habían dado una paliza. La habían estrangulado con una media de nailon. La habían arrojado a la cuneta de una carretera en La Puente, a unos seis kilómetros de El Monte. Los casos Long y Ellroy eran idénticos punto por punto.

Un noctámbulo dio el aviso. La centralita de San Dimas recogió la llamada a las 2.35.

El tipo dijo que había salido a cazar mapaches y que había visto un cuerpo junto a la carretera, en Don Julián con la Octava. El hombre se llamaba Ray Blasingame. Vivía y trabajaba en El Monte. Llamaba desde la gasolinera de Valley con la Tercera.

El agente de la centralita se puso en contacto con una unidad que patrullaba por la zona. Los agentes Bill Freese y Jim Harris se dirigieron a la esquina de Valley con la Tercera. Siguieron a Ray Blasingame hasta el lugar donde había visto el cuerpo. Ray conducía una furgoneta Ford con cuatro perros para cazar mapaches en la parte de atrás.

El lugar estaba apartado. La calzada era de tierra prensada. Más allá se extendía un terraplén y una valla de alambre de espino. El camino conducía a una estación de bombeo.

Hacía frío. Estaba oscuro. Puente Hills quedaba hacia el sur. Valley Boulevard estaba a menos de un kilómetro al norte.

La mujer yacía boca arriba. Estaba tendida sobre la tierra entre la carretera y la valla. Llevaba un suéter gris y negro, falda negra y zapatos negros de punta abierta. Un abrigo rojo le cubría las piernas. En el hombro izquierdo llevaba prendido un broche con la figura de un caballo y un yóquey. Junto a la valla había un bolso negro de plástico.

Era una mujer blanca, de complexión mediana y pelo rubio corto. Tendría

entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

Había recibido varios golpes en el rostro. Una media de nailon aparecía enrollada en torno al cuello.

Harris llamó por radio a la comisaría de San Dimas. El encargado de la centralita llamó a Homicidios de la Oficina del Sheriff. El teniente Charles McGowan, el sargento Harry Andre y el sargento Claude Everley salieron hacia el lugar. Un teniente de la Patrulla de Caminos y un agente experto en huellas llegaron un par de minutos más tarde.

Andre había visto la escena del crimen del caso Jean Ellroy y le comentó a Everley que se parecía mucho a la que tenían delante. El asesino del caso Ellroy también había cubierto las piernas de la víctima con su abrigo.

Llegó un vehículo del depósito de cadáveres. Llegó un coche con los fotógrafos de la policía. Un ayudante del forense examinó el cuerpo. Un agente iluminó la escena del crimen y tomó fotografías.

El ayudante del forense señaló los primeros indicios de *rigor mortis*. La víctima presentaba rigidez de cuello y cabeza. Everley le quitó las prendas externas y examinó la ropa interior. Llevaba braguitas rojas, sujetador rojo y liguero también rojo. No llevaba medias.

Andre vació el bolso. Contenía unas gafas, un dólar con treinta y dos centavos, un paquete de Camel, un cepillo para el pelo, un par de guantes azul celeste de lana o de mezcla de lana y algodón, un frasco de aspirinas, un llavero de plástico, un bolígrafo, un espejo de bolsillo y un monedero de piel marrón con un caballo blanco y plateado repujado en la tapa. El monedero contenía fotos de la víctima, un billete de autobús, un recorte de periódico con el resultado de una carrera de caballos y sendos documentos de identificación a nombre de Elspeth Evelyn Long y Bobbie Long. Las direcciones que aparecían en los documentos eran de Nueva Orleans, Miami y Phoenix, Arizona. En los documentos aparecían como fechas de nacimiento

de la víctima el 10/7/06 y el 10/7/13. Una tarjeta identificativa de una compañía de seguros traía una dirección de Los Ángeles: 2233½ Cincuenta y dos Oeste. La tarjeta había sido expedida el 18 de febrero de 1957.

Los hombres del depósito de cadáveres se llevaron el cuerpo. Andre llamó a la Brigada de Homicidios. Le dijo al agente de la centralita que enviase a alguien a la dirección de la víctima. Everley sacó su linterna y exploró la zona. No encontró huellas de neumáticos ni objetos que hubiesen podido utilizarse como armas.

Ray Blasingame se fue a casa. El fotógrafo tomó algunas instantáneas más. Salió el sol. A plena luz del día, Andre y Everley recorrieron el camino de tierra a pie.

No vieron nada nuevo.

La víctima vivía en un pequeño edificio de apartamentos. El suyo estaba en la planta baja y daba a la parte de atrás. Ward Hallinen, Ray Hopkinson y Ned Lovretovich lo registraron.

Despertaron al conserje y le enseñaron la placa. El hombre les abrió el apartamento y se volvió a la cama. Registraron las dos habitaciones. Encontraron una caja de medias de nailon y una pila de monedas de plata de dólar y medio dólar. Encontraron un montón de recortes de prensa sobre carreras de caballos. Encontraron una cámara con la rueda preparada para tomar la foto número seis del carrete. Encontraron una agenda. Encontraron un cheque de pago por treinta y siete dólares, con fecha del 21/1/59. Estaba librado por el Bill's Cafe, 1554 West Florence Avenue. Encontraron algunos programas de carreras de caballos y cartas y trozos de papel con anotaciones de un informador del mundillo de la hípica.

El apartamento estaba limpio. Las pertenencias de la víctima estaban

pulcramente ordenadas. Las medias estaban emparejadas.

Se llevaron la cámara y la agenda. Volvieron a despertar al conserje y le dijeron que mantuviese el lugar cerrado con llave. El hombre les dijo que deberían hablar con una mujer llamada Liola Taylor. Vivía en la puerta de al lado. Él apenas conocía a Bobbie Long. Liola la conocía mejor.

Fueron a buscar a Liola Taylor y la interrogaron. Les contó que Bobbie Long había sido vecina suya durante unos cuatro años. Trabajaba en un restaurante de Florence. Conocía a montones de hombres. Pero no era una mujer ligera de cascos. Simplemente le gustaba la compañía masculina. Salía con un tipo rico. Decía que iba tras su dinero. Nunca mencionó el nombre del tipo. Tampoco hablaba de su propia familia.

Hallinen, Hopkinson y Lovretovich se dirigieron hacia el Bill's Cafe. Hablaron con el jefe, William Shostal. Les dijo que Bobbie Long era una buena camarera y muy agradable con los clientes. Le gustaban las carreras de caballos. Solía salir por ahí con una compañera llamada Betty Nolan.

Shostal les dio la dirección de Betty. Los polis fueron a su casa y la interrogaron.

Betty dijo que el martes había visto a Bobbie en el trabajo. De eso hacía tres días. Bobbie tenía pensado ir al hipódromo el jueves, o sea, el día anterior. Bobbie conocía a un tipo llamado Roger. Bobbie conocía a un tipo que trabajaba en la Challenge Creamery. Betty dijo que no sabía los apellidos. Según ella, Bobbie no se veía con ningún «tipo rico». Dos semanas atrás un hombre la había llevado al trabajo. Era un tipo con el pelo engominado hacia atrás y bigote. Conducía un coche blanco y turquesa. Betty dijo que no sabía su nombre y que no había vuelto a verlo. Sugirió a los policías que hablaran con Fred Mezaway, el cocinero del Bill's Cafe. El miércoles o el jueves le había llevado a Bobbie el cheque de la paga.

Hallinen llamó a Bill Shostal y consiguió la dirección de Mezaway.

Shostal le dijo que probablemente ya estuviera en casa. Hallinen, Hopkinson y Lovretovich fueron hasta allí e interrogaron a Mezaway.

El hombre dijo que tenía pensado llevarle el cheque a Bobbie a primera hora de la noche del miércoles, pero que se había enredado en una partida de cartas y no se lo había entregado hasta el jueves por la mañana. Bobbie le echó la bronca. Le dijo que no era bueno jugar tanto a las cartas.

Según Mezaway, Bobbie salía con muchos hombres. No pudo darles ningún nombre. Le debía trescientos dólares a un corredor de apuestas, pero no sabía su nombre. Tampoco sabía de ningún «tipo rico», de nadie llamado Roger, de ningún hombre con el pelo engonimado hacia atrás ni de ningún tipo que trabajara en la Challenge Creamery.

Los policías volvieron al apartamento de Bobbie Long. Revisaron la agenda y empezaron a llamar a sus amigos. Obtuvieron una serie de respuestas negativas. Por fin se pusieron en contacto con una mujer llamada Freda Fay Callis. Freda Fay dijo que había visto a Bobbie el martes. Habían salido y habían pasado a recoger a su amiga Judy Sennett. Acompañaron a Bobbie al médico. Sufría intensos dolores de cabeza. Se había dado un golpe con una máquina de té helado en el trabajo. El doctor le hizo una radiografía de la cabeza y le extrajo una muestra de sangre.

Las chicas fueron a Rosemead y dejaron a Judy en casa de su yerno. Freda Fay condujo a Bobbie de regreso a Los Ángeles y la dejó en su apartamento. Bobbie la había llamado el día anterior por la mañana. Le dijo: Vamos a las carreras. Freda Fay estaba sin un centavo y declinó la invitación.

Freda Fay dijo que Bobbie era una fanática de las carreras de caballos. Por lo general tomaba el autobús hasta Santa Anita. A veces conocía a alguien que luego la llevaba a casa en coche. Bobbie era una persona amigable. No andaba como loca detrás de los hombres. Le gustaban los que tenían dinero. Freda Fay no conocía a ningún «tipo rico» ni a nadie llamado Roger.

Tampoco conocía al corredor de apuestas de Bobbie. No sabía de ningún hombre con el pelo engominado hacia atrás ni de ningún tipo que trabajara en la Challenge Creamery.

Los policías hicieron unas cuantas llamadas más. Contactaron con Ethlyn Manlove, otra amiga de Bobbie. Según ella, Bobbie nunca hablaba de su familia. Le había contado que estuvo casada hacía muchísimo tiempo. Se casó en Nueva Orleans y se divorció en Miami. Ethlyn Manlove explicó que Bobbie salía con muchos hombres, pero no pudo dar ningún nombre. No conocía a ningún «tipo rico». No sabía quién era el corredor de apuestas de Bobbie. No conocía a ningún hombre con el pelo engominado hacia atrás ni a ningún tipo que trabajara en la Challenge Creamery. El nombre de Roger la hizo dudar. Podía ser el tipo casado con el que Bobbie salía de vez en cuando.

Eran las dos de la madrugada. El asesinato de Long salió en los periódicos de la tarde. Un hombre se presentó en la comisaría del LAPD en la calle Setenta y siete. Dijo que su nombre era Warren William Wheelock, pero que la gente lo llamaba Roger. Se había enterado del asesinato de Bobbie Long. La conocía. Pensaba que la policía querría hablar con él.

El sargento de guardia informó a Homicidios de la Oficina del Sheriff. El comandante de guardia telefoneó al apartamento de Bobbie Long y habló con Ray Hopkinson. Este llamó a la comisaría de la calle Setenta y siete y habló con Warren William Wheelock.

Wheelock contó que había conocido a Bobbie en el hipódromo de Hollywood Park en mayo del 58. Dijo que se había pasado por el apartamento de ella el miércoles por la mañana, hacía dos días. La invitó a San Diego, adonde iba a ir con su esposa. Bobbie rechazó el ofrecimiento. Dijo que quería ir a las carreras el jueves. Wheelock y su mujer fueron a San Diego, donde visitaron al hermano de esta. Luego fueron a los frontones de

Tijuana. Tenía una entrada para el séptimo partido, que se había jugado la noche anterior.

Wheelock dijo que no conocía al corredor de apuestas de Bobbie. No conocía a ningún «tipo rico», a ningún hombre con el pelo engominado hacia atrás ni a ningún tipo que trabajara en la Challenge Creamery. Hopkinson le dio las gracias y le dijo que se mantendría en contacto con él.

Hallinen, Hopkinson y Lovretovich fueron al Palacio de Justicia. Comprobaron el billete de autobús que Bobbie Long llevaba en el bolso. Lovretovich llamó a la Dirección de Tráfico de Los Ángeles. Le explicó la situación y le leyó los números del billete. Su contacto hizo unas comprobaciones y volvió a llamar. Dijo que había sido adquirido el día anterior, 22/1/59, en la Seis con Main, en pleno centro de Los Ángeles. El billete que tenían era la parte sin utilizar de un pase de ida y vuelta. Alguien había tomado un autobús metropolitano hasta el hipódromo de Santa Anita, pero no lo había usado para volver.

Hallinen se encaminó al depósito de cadáveres. El ayudante del forense, Don H. Mills, le hizo un resumen de la autopsia.

Bobbie Long había muerto de asfixia aguda. Recibió varios golpes contundentes en la cabeza. Tenía el cráneo fracturado en cuatro puntos. Una de las fracturas presentaba forma de media luna. Tal vez el asesino la hubiese golpeado con una llave inglesa. La víctima tenía fracturada y desplazada la sexta vértebra cervical. En su estómago se halló arroz, maíz y frijoles a medio digerir. En su vagina había semen. Los genitales externos no presentaban lesiones ni abrasiones. El contenido de alcohol en sangre era del cero por ciento. Había muerto completamente sobria.

Esa noche se difundió un teletipo.

EMISIÓN N.º 76 23/1/59 EXPEDIENTE N.º Z-524-820

PETICIÓN DE INFORMACIÓN SOBRE ASESINATO EMERGENCIA

ENCONTRADA A APROX. 2.30 MADRUGADA 23/1/59 VÍCTIMA BOBBIE LONG, MUJER, BLANCA, AÑOS 40-45, 1,53/1,55, 60 KILOS, OJOS AZULES, PELO CORTO RUBIO OSCURO. VESTIDA CON BLUSA NEGRA Y GRIS, FALDA DE FIELTRO NEGRA, ABRIGO LARGO ROJO BRILLANTE CON BROCHE DE CABALLO DE JOYERÍA EN EL HOMBRO IZQUIERDO. EL LIGUERO, EL SUJETADOR Y LAS BRAGAS DE LA VÍCTIMA TAMBIÉN ERAN ROJO INTENSO. LLEVABA ZAPATOS NEGROS DE PUNTA ABIERTA Y BOLSO NEGRO. LA VÍCTIMA FUE ENCONTRADA TENDIDA BOCA ARRIBA JUNTO A UNA CARRETERA DE ACCESO SIN ASFALTAR, CERCA DE UNA ESTACIÓN DE BOMBEO EN DON JULIÁN ROAD CON OCTAVA AVENIDA, ZONA DE LA PUENTE, COMPLETAMENTE VESTIDA, ESTRANGULADA CON UNA MEDIA DE NAILON. FUE GOLPEADA EN LA CABEZA CON UN INSTRUMENTO QUE DEJA MARCAS EN FORMA DE MEDIA LUNA. MANTUVO RELACIONES CONSENTIDAS O FUE VIOLADA. ACUDIÓ A LAS CARRERAS DE SANTA ANITA EL 22/1/59. EL BOLSO CONTENÍA UNAS GAFAS Y CIGARRILLOS CAMEL, MÁS LOS EFECTOS FEMENINOS HABITUALES. EN EL COCHE DEL SOSPECHOSO PUEDE HABER MANCHAS DE SANGRE. POR FAVOR, COMPRUEBEN SUS PARTES DE INCIDENCIAS DESDE LA TARDE Y NOCHE HASTA LA MEDIANOCHE DEL 22/1/59.

A LA ATENCIÓN DE:

COMISARÍA DE TEMPLE

COMISARÍA DE SAN DIMAS

DPTOS. DE POLICÍA DEL VALLE DE SAN GABRIEL

P.C.C. DEL ÁREA DEL VALLE DE SAN GABRIEL

ENVIAR A MCGOWAN, ANDRE, EVERLEY,

BRIGADA CENTRAL DE HOMICIDIOS

EXPEDIENTE Z-524-820

PETER J. PITCHES, SHERIFF CD SNDG 18.00 HORAS

Ward Hallinen se reunió con Harry Andre y Claude Everley en la Brigada. Discutieron el caso Long durante catorce horas seguidas. Todos opinaban que guardaba grandes semejanzas con el caso Ellroy.

Jean Ellroy había sido probablemente violada. Lo más probable era que

Bobbie Long hubiera accedido de buen grado a mantener sexo. Tenía la ropa interior en perfecto orden, lo cual implicaba que la relación había sido consentida.

Las dos mujeres presentaban heridas en la cabeza. Los lugares donde habían sido arrojados sus cuerpos distaban apenas diez kilómetros el uno del otro. Santa Anita estaba a tres kilómetros al norte del instituto Arroyo. Ambas víctimas eran divorciadas. Las escenas del crimen eran casi idénticas. El asesino de Ellroy le había cubierto las piernas con su abrigo. El asesino de Long había hecho lo mismo. Bobbie Long era rubia. Jean Ellroy había sido vista con una rubia. Jean Ellroy había cenado enchiladas en el Stan's Drive-In. Bobbie Long había tomado comida mexicana. El tiempo transcurrido entre los dos homicidios era de siete meses y un día.

El asesino de Ellroy había utilizado una media de nailon y una cuerda de persiana. El asesino de Long solo había empleado la media. Las medias de nailon eran instrumentos comunes para el estrangulamiento. El *modus operandi* podía relacionar ambos asesinatos. Pero tal vez no.

Andre y Everley llamaron a todos los departamentos de policía del valle de San Gabriel. Expusieron el caso y pidieron a los supervisores de patrulla que comprobaran los partes de incidencias y los de tráfico. Bobbie Long había salido con un hombre la noche anterior. Había que encontrar posibles testigos oculares.

Cogieron una foto de carnet del monedero de Bobbie Long y la mostraron por los restaurantes y bares cercanos al lugar donde habían arrojado el cuerpo. Entraron en algunos tugurios a lo largo de Valley Boulevard. Probaron en el French Basque, el Tina's Cafe, el Blue Room, el Caves Cafe,

el Charley's Cafe y el Silver Dollar Cafe. De todos ellos salieron con las manos vacías.

Probaron en el Canyon Inn. Oyeron que un tipo hablaba del caso en voz demasiado alta. Lo interrogaron. Estaba bebido y solo intentaba impresionar a unas mujeres.

Andre y Everley decidieron abandonar sus pesquisas y se marcharon a casa. Ward Hallinen dejó la cámara de Bobby Long en el laboratorio de criminología y le pidió a un técnico que revelara el carrete. Ned Lovretovich se quedó trabajando hasta tarde en la Brigada de Homicidios. Siguió llamando a los nombres que aparecían en la agenda de Bobbie Long.

Habló con Edith Boromeo, quien dijo conocer a Bobbie desde hacía unos veinte años. Habían trabajado juntas de camareras en Nueva Orleans. Bobbie se había casado con un conductor de reparto de una lavandería. El hombre le pegaba a menudo. Edith Boromeo no recordaba cómo se llamaba el marido. Tampoco conocía al corredor de apuestas de Bobbie, ni a ningún «tipo rico», ni a nadie con el pelo engominado hacia atrás, ni a nadie que trabajara en la Challenge Creamery.

Habló con Mabel Brown. También había trabajado de camarera con Bobbie. Dijo que era una mujer muy atrevida y sin pelos en la lengua. Había ido bastantes veces al hipódromo con ella. Bobbie perdía todo su dinero en las apuestas y nunca ponía ni un centavo para gasolina. Aceptaba subirse a coches de desconocidos continuamente. Mabel Brown no conocía al corredor de apuestas de Bobbie. No conocía a ningún «tipo rico». No conocía a nadie con el pelo engominado hacia atrás. No conocía a nadie que trabajara en la Challenge Creamery.

Habló con Bill Kimbrough. El hombre dijo que era propietario de un colmado próximo al apartamento de Bobbie Long. Había visto a Bobbie en la parada del autobús el día anterior. Estaba sola. Le dijo que iba al hipódromo.

Lovretovich regresó al apartamento de Bobbie Long. Volvió a registrarlo. Encontró dos botellas de licor ocultas bajo el fregadero de la cocina.

El caso Long ya tenía un día de antigüedad. Y todo el mundo pensaba lo mismo.

Bobbie había conocido a algún pirado en las carreras. El tipo le había preparado algo de comer en su casa o la había llevado a un restaurante. Habían follado en su apartamento o en un motel, o la había violado en la escena del crimen y luego la había obligado a ponerse de nuevo la ropa interior. Tenían que hacer pesquisas en Santa Anita. Tenían que preguntar en todos los restaurantes y moteles del valle.

Andre y Everley fueron al hipódromo. Se pusieron en contacto con el jefe de tribunas y le mostraron la fotografía de Bobbie Long. El hombre dijo que le resultaba familiar. Había visto a una chica parecida el jueves. Estaba besándose con un hombre de pelo rubio fino y nariz grande y bulbosa. La mujer llevaba un vestido oscuro, sin abrigo. En el hipódromo había cinco guardarropas. Tal vez lo hubiese dejado allí.

Las instalaciones de Santa Anita eran grandes y extensas. El jefe de tribunas acompañó a Andre y Everley en su recorrido. Preguntaron en todos los guardarropas, bares, ventanillas de apuestas y mostradores de cafetería. En todos enseñaron la fotografía de Bobbie Long. Una docena de personas dijeron que les resultaba familiar.

Andre telefoneó a la Brigada. Blackie McGowan le informó de que a primera hora de la mañana habían recibido un soplo.

En la lavandería Bedon Cleaners de Rosemead alguien había encontrado una media de nailon en un traje de hombre. La persona que la encontró había leído el periódico matutino. Sabía que Bobbie Long había sido estrangulada.

Y supuso que la media faltante tenía que estar en alguna parte. Llamó a la comisaría de Temple City. Una patrulla de policía recogió la media y la llevó de inmediato al laboratorio de criminología de la Oficina del Sheriff. Un técnico la examinó y la comparó con la que había servido para estrangular a Bobbie Long. No correspondían al mismo par.

Andre y Everley volvieron a la Brigada y llamaron al dibujante, Jack Moffett. Le pidieron que hiciese un retrato de Bobbie Long con su llamativo conjunto rojo y negro. Le dijeron que lo hiciera a todo color y sacara unas cuantas copias en papel brillante.

Moffett se puso a ello. Andre llamó a la Metropolitana y pidió dos ayudantes. El sargento de guardia envió a Bill Vickers y Frank Godfrey. Ambos habían recorrido los bares y restaurantes durante el caso Jean Ellroy. Andre les dio órdenes de rastrear todo el valle de San Gabriel. Preguntar en todos los restaurantes que servían comida mexicana y en todos los moteles. Buscar parejas que se hubieran registrado el jueves por la noche. Anotar las matrículas de los coches y ponerse en contacto con Tráfico. Conseguir todos los datos de registro de los vehículos. Contactar con sus propietarios y averiguar con quién vivían. Los empleados de moteles tenían la obligación de anotar el número de matrícula cuando los huéspedes se registraban. Debían conseguir esa información e investigarla.

Vickers y Godfrey se marcharon. Ward Hallinen fue a El Monte. Allí localizó a Margie Trawick. Le enseñó una foto de Elspeth «Bobbie» Long. Margie dijo que no. Bobbie no era la mujer que había visto con Jean Ellroy.

Claude Everley llamó al laboratorio de criminología. Le pidió a un técnico que tomara fotos de las ropas de la víctima y sacara algunas copias en papel brillante. El hombre dijo que ya había revelado el carrete de la cámara de Bobbie Long. Había obtenido seis fotos en total. En algunas aparecía Bobbie

sola y en otras acompañada de varias mujeres. Una de las fotos mostraba a una mujer ante un Oldsmobile del 56 pintado de dos tonos distintos.

Everley informó a Andre, quien dijo que el sospechoso del caso Elroy conducía un Oldsmobile de dos tonos. Everley llamó otra vez al técnico del laboratorio y le dijo que enviara la foto del coche al Departamento de Información. Quizá pudiesen publicarla en la prensa de Los Ángeles. Tal vez de ese modo lograrán identificar el coche.

A Andre le gustó la pista del coche. Empezó a sospechar que el mismo tipo había estrangulado a Bobbie y a aquella enfermera pelirroja.

Vickers y Godfrey recorrieron moteles y restaurantes. Andre y Everley investigaron en el hipódromo todo el fin de semana. Ned Lovretovich llamó a las personas que aparecían en la agenda de Bobbie Long. Todas dijeron lo mismo.

A Bobbie le encantaban las carreras de caballos. Bobbie llevaba un estilo de vida frugal. Bobbie desdeñaba todas las formas de sexo. Bobbie había estado casada entre dos y cuatro veces. Nadie sabía cuándo, dónde o con quién. Nadie conocía a su corredor de apuestas. Nadie conocía al «tipo rico», ni al de pelo engominado hacia atrás, ni al que trabajaba en la Challenge Creamery.

Blackie McGowan asignó cuatro detectives más al caso. Les ordenó que se dedicaran en exclusiva a la investigación. El valle de San Gabriel era grande y estaba lleno de moteles para parejas.

El lunes 26 de enero se recibió una pista. El informante tenía un molino de heno en La Puente.

Acusó a un camionero. El tipo se había ido de la lengua. Se jactaba de

haberse tirado a una chica en la Octava con Don Julián. Decía que se la había follado bien follada, en la madrugada del viernes.

El camionero era mexicano. Vivía en Beaumont.

Harry Andre llamó a la policía de Beaumont y les dijo que localizaran al hombre. Así lo hicieron. Andre y Everley se desplazaron a Beaumont y lo interrogaron.

Dijo que sí se había follado a la chica, pero que lo hizo en la madrugada del jueves. La chica se llamaba Sally Ann. La había conocido en el Tina's Cafe, en Simpson con Valley. Antes de tirársela habían estado en el apartamento de ella, en la Octava Avenida. El hombre vio el apellido Vasquez en su buzón.

El tipo no cambió su versión. Dijo que su amigo Pete, que vivía en La Puente, podía corroborarla.

Andre y Everley condujeron hasta La Puente. Hablaron con Pete. Encontraron la casa con el apellido Vasquez en el buzón. Hablaron con Sally Ann. El mexicano quedó libre de toda sospecha.

El martes 27 de enero llegó otro soplo. Un hombre llamado Jess Dornan denunció a su vecino, Sam Carnes.

Últimamente Sam había tenido un comportamiento extraño. Sam era un loco de las carreras de caballos. Hacía un par de días había arrancado toda la tapicería de su coche. Quizá intentaba deshacerse de algunas manchas de sangre.

Andre interrogó a Sam Carnes. Tenía una coartada para el jueves por la noche.

Vickers y Godfrey hicieron pesquisas. Andre y Hallinen hicieron pesquisas. El sargento Jim Wahlke y el agente Cal Bublitz hicieron pesquisas. El sargento Dick Humphreys y el agente Bob Grover hicieron pesquisas. Preguntaron en los restaurantes El Gordo, Panchito's, El Poche, Casa Del

Rey, Morrow's y Tic-Toc, por el County Kitchen, el Utter Hut, el Stan's Drive-In, el Rich's Cafe, el Horseshoe Club, el Lucky X, por el restaurante Belan's, por los moteles Spic & Span, Rose Garden, End-of-the-Trail, Fair, El Portal, 901, Elmwood y Valley, por las Shady Nook Cabins, por los moteles 9331, Santa Anita, Flamingo, Derby, Bradson, El Sorrento, Duarte, Filly y Ambassador, por el Walnut Auto Court, por los moteles Welcome, Wonderland, Sunkist, Bright Spot, Home, Sun View, Mecca, El Barto, Scenic, La Bonita, Sunlite, El Monte, Troy, El Campo, Garvey, Victory, Rancho Descanso, Rainbow, Mountain View, Walnut Lane, Covina, La Siesta, Stan-Marr y Hialeah.

Obtuvieron información poco o nada concreta. Comprobaron ciento treinta placas de matrícula. Dieron con parejas casadas, con parejas de una noche, con parejas adúlteras y con parejas de prostituta y cliente. A algunas no pudieron localizarlas. Elaboraron una lista sustancial de gente que visitar y comprobar. Muy pronto anduvieron tras los pasos de sospechosos más sólidos.

El miércoles 28 de enero llegó otra denuncia. Una tal Viola Ramsey delataba a su marido.

Se llamaba James Orville Ramsey. Había abandonado a la señora Ramsey hacía un mes. La había telefoneado el lunes por la noche. Le dijo: «Si te empeñas en sacarme de mis casillas, terminarás como esa camarera de Puente Hills. Si tus amigas te echan de menos durante tres o cuatro días, diles que te encontrarán con el culo en la cuneta como a ella».

James Orville Ramsey tenía treinta y tres años. Era ayudante de cocinero. La señora Ramsey dijo que su ex odiaba a las camareras. Las consideraba vulgares e inútiles. Le gustaban las carreras de caballos y la comida mexicana. Era un borracho. Había estado en la cárcel varias veces por allanamiento de morada y desórdenes públicos. Le gustaban las mujeres

mayores. Había amenazado con matar a la señora Ramsey y «escupir sobre su sangre». Conducía un Chevrolet del 54 de dos puertas. Su último lugar de trabajo conocido había sido la bolera Five Points de El Monte. Estaba liado con una chica de diecinueve años llamada Joan Baker, camarera del Happy's Cafe. La señora Ramsey era camarera en el Jack's Bar de Monterey Park.

Claude Everley interrogó a James Orville Ramsey. La denuncia no era más que un arrebato vengativo.

El jueves 29 de enero los periódicos de Los Ángeles publicaron la foto del coche. También aparecía un aviso adjunto en el que se solicitaba información y se indicaba el número de teléfono de la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff. El caso Long ya estaba en su sexto día. Y era un callejón sin ninguna clase de salida.

Andre y Everley volvieron al hipódromo. La chica que atendía el mostrador de una cafetería dijo que había visto a Bobbie Long la semana anterior. Se había abierto paso a empujones hasta colocarse la primera de la cola. Se había mostrado muy brusca.

Otra chica de la cafetería confirmó la historia. Bobbie se había abierto paso hasta ponerse la primera de la cola. Había actuado de forma bastante maleducada. Se negaba a guardar turno como todo el mundo.

Una cajera dijo que había visto a Bobby la semana pasada. Había cobrado una apuesta en su ventanilla. Su comportamiento había sido «raro».

Un guardia de seguridad dijo que había visto a Bobbie el jueves. Iba sola.

El encargado de un bar dijo que había servido a Bobbie la semana anterior. Estaba «medio borracha».

Un conductor de autobús dijo que la semana pasada había visto a una mujer que se parecía a Bobbie Long. Había subido a un Ford del 53 con dos hombres negros. El coche era azul pálido. La puerta del lado del acompañante chirriaba.

Los chicos del laboratorio hicieron un buen trabajo. Colgaron el abrigo, la blusa y la falda de Bobbie Long en varias clavijas y tomaron fotos en color de las prendas. Ward Hallinen cogió dos docenas de copias y recorrió todo el valle de San Gabriel. Dejó copias en las comisarías de Temple City y San Dimas, y en los departamentos de policía de Baldwin Park, Arcadia y El Monte. Habló con cinco tenientes de la brigada de detectives y les pidió que investigaran por su cuenta en sus respectivas jurisdicciones. Dijeron que intentarían encajar la investigación en su trabajo.

Ethlyn Manlove se presentó en la Brigada de Homicidios el jueves por la tarde. Ray Hopkinson habló con ella. Un taquígrafo transcribió la declaración.

Ethlyn afirmó que Bobbie Long mentía acerca de su edad y que había estado casada dos veces: con un tipo en Nueva Orleans y con otro en Abilene, Kansas. No sabía los nombres de los maridos. Bobbie tenía dos hermanos y una hermana. Tampoco sabía cómo se llamaban. Dijo que Bobbie no tenía necesidad de amor ni de sexo. Solo amaba el dinero. Era «muy mercenaria».

Hopkinson preguntó a la señorita Manlove si creía que Bobbie sería capaz de mantener relaciones sexuales a cambio de dinero. La mujer contestó que sí. Añadió que durante la Segunda Guerra Mundial un capitán de la Marina había «mantenido» a Bobbie. Le pagaba la ropa y el apartamento, y le enviaba doscientos cincuenta dólares cada mes.

Ethlyn Manlove dijo que Bobbie buscaba dinero a lo grande. Pedía veinticinco o cincuenta dólares por salida. Quizá hubiese intentado estafar a algún tipo y este acabó matándola. Tal vez Bobbie había montado una bronca y el hombre la hubiese matado para que se callara y conservar su dinero.

Hopkinson dijo que era posible.

El viernes 30 de enero una mujer llamó a la Brigada de Homicidios. Se identificó como la señora K. F. Lawter y dijo que había visto la foto del coche en los periódicos. La mujer que aparecía en ella era su antigua inquilina Gertrude Hoven. Gertrude había vivido en un edificio de su propiedad.

Ward Hallinen llamó a la señora Lawter, quien le informó de que Gertrude Hoven vivía ahora en San Francisco. La foto había sido tomada en el exterior de su edificio, en el distrito de Crenshaw. El Odsmobile pertenecía a la señora de Henry S. Nevala, otra inquilina.

Hallinen llamó a la señora Nevala. La mujer recordaba el incidente. Bobbie Long había tomado aquella foto en un acto impulsivo y descarado. Antes de hacerlo debería haberle pedido permiso.

Hablaron de Bobbie Long. La señora Nevala dijo que Bobbie solía apostar con un corredor llamado Eddie Vince. Eddie frecuentaba un restaurante en la Cincuenta y cuatro con Crenshaw. Había muerto en un accidente de tráfico el año anterior. Otro tipo se había hecho cargo del negocio.

El caso Long ya tenía una semana. Y todo en él eran cabos sueltos y desinformación.

Los tipos de los moteles quedaron descartados. Los investigadores comprobaron informes sobre asesinatos por estrangulamiento que se remontaban hasta cinco años atrás y no consiguieron nada. Probaron con algunos de los delincuentes sexuales del caso Ellroy y volvieron a apretarles las clavijas. También lo hicieron con veintidós fichados recientemente por delitos similares. Tampoco lograron sacar nada.

Se produjeron otros asesinatos. Los investigadores del caso Bobbie Long se centraron en nuevos casos y esporádicamente seguían alguna pista relacionada con el crimen de la camarera.

Les llegó un soplo e identificaron al tipo de la Challenge Creamery. Se llamaba Tom Moore. La noche en que estrangularon a Bobbie se encontraba en su lugar de trabajo.

El 14 de febrero recibieron otro soplo. Dos agentes de Los Ángeles Este detuvieron a un payaso llamado Walter Eldon Bosch. Lo trincaron en una habitación de motel mientras hacía llamadas obscenas y se la cascaba. Lo investigaron y lo descartaron como sospechoso.

El 17 de febrero llegó otra pista. Una patrulla de Norwalk detuvo a un tipo llamado Eugene Thomas Friese. Dos agentes lo sorprendieron mientras arrastraba a una mujer hacia un callejón. Friese tenía un historial como violador que se remontaba a 1951. El hombre pasó por el detector de mentiras en relación con el caso Bobbie Long. Según el experto, la prueba «no había sido concluyente».

El 29 de marzo llegó un nuevo soplo. Lo recibió la brigada de Temple City. Una mujer llamada Evelyn Louise Haggin denunciaba que un hombre llamado William Clifford Epperly la había secuestrado, violado y sometido a toda clase de perversiones sexuales. Harry Andre habló con Evelyn Louise Haggin, quien dijo que Epperly la había estrangulado hasta dejarla inconsciente. La mujer no tenía marcas en el cuello. Dijo también que se había acostado dos o tres veces con el tipo antes de que la violara. Andre habló con Epperly. Este dijo que acababa de cumplir un año de condena. Había estado en prisión desde el 20 de febrero del 58 hasta el 8 de febrero del 59. Andre confirmó las fechas y descartó a Epperly como sospechoso.

Encontraron al socio de Eddie Vince y también lo descartaron. Siguieron el

rastros de Bobbie Long hasta Nueva Orleans y Miami sin obtener respuestas concretas. El caso Long fue apagándose hasta quedar estancado.

El 15 de marzo de 1960 recibieron otro soplo. Dos tipejos secuestraron a una adolescente. La hicieron subir a la fuerza a su camioneta y la llevaron a algún lugar perdido en las montañas. La violaron, se corrieron sobre ella y la obligaron a hacerles una mamada. Luego la soltaron. La chica contó lo sucedido a sus padres y estos llamaron a la comisaría de San Dimas. La chica habló con dos detectives de la brigada. Describió a los agresores. Uno de los tipos respondía a la descripción de un colgado del pueblo llamado Robert Elton Van Gaasbeck. Los detectives llevaron a la chica al apartamento de Van Gaasbeck. Ella identificó al hombre y también la camioneta, una Ford del 59. Van Gaasbeck delató a su compinche, Max Gaylord Stout.

Harry Andre encerró pro forma a Van Gaasbeck y a Stout. Pero los descartó como sospechosos de los casos Bobbie Long y Jean Ellroy.

El 29 de junio llegó otra pista. Un mexicano había intentado violar a una mujer en un parque de caravanas en Azusa. La víctima se llamaba Clarisse Pearl Heggesvold.

El mexicano había entrado en la caravana de la mujer y la había sacado a la fuerza. La arrastró hasta la parte de atrás y le arrancó el vestido y las bragas. El tipo dijo: «Me vas a dar un poco de eso». La víctima empezó a gritar. Su vecina Sue Sepchenko acudió corriendo y empezó a golpear al mexicano con un palo de escoba. El mexicano soltó a Clarisse Pearl Heggesvold y corrió hacia Sue Sepchenko. Clarisse Pearl Heggesvold cogió algunos bloques de hormigón y los arrojó contra el coche del tipo, un Buick del 55 blanco y rojo de dos puertas, matrícula MAG-780. Los bloques rompieron el parabrisas y dos ventanillas. El mexicano subió a toda prisa al coche y huyó. Sue Sepchenko llamó a la comisaría de San Dimas. Informó del incidente y dio el número de matrícula del sospechoso. Los agentes de Tráfico investigaron los

datos y detuvieron al propietario del vehículo: Charles Acosta Linares, alias Rex.

Al Sholund se encargó de comprobar la información. Encerró a Linares pero lo soltó enseguida. Linares era gordo y claramente psicótico.

El 27 de julio recibieron otro soplo. Un tipo llamado Raymond Todd Lentz había entrado en una casa de La Puente completamente desnudo. Encontró a Donna Mae Hazleton y Richard Lambert Olearts dormidos en el sofá del salón. Donna Mae y Richard se despertaron. Lentz salió corriendo. Richard llamó a la comisaría de San Dimas. Unos agentes de patrulla localizaron a Lentz y lo detuvieron. Lentz declaró que había estado bebiendo con el exmarido de Donna Mae. Se enteró de que la mujer era una divorciada cachonda. Pensó que podría entrar en la casa y tener sexo con ella. Él estaba casado, pero su mujer esperaba un hijo y no podía complacerlo.

Claude Everley interrogó a Lentz y lo descartó como sospechoso en tiempo récord.

En mayo del 62 una mujer fue estrangulada en Baldwin Park. El caso quedó sin aclarar. Se trataba de un estrangulamiento de manual. Parecía un trabajo rápido: asfixiar y largarse. No guardaba mucho parecido con las muertes de Jean Ellroy y Bobbie Long.

El 29 de julio del mismo año se produjo un intento de violación. La víctima se llamaba Margaret Jane Telsted. El violador era un tal Jim Boss Bennett. Se habían conocido en el Torch Bar de Glendora.

Bennett y la señorita Telsted tomaron unas cervezas juntos. Él la invitó a su apartamento de La Puente. Fueron hasta allí en el coche de ella. Tomaron otra cerveza en la cocina. Bennett la llevó hasta su dormitorio y la tiró sobre la cama. Le dijo: «Vamos, ya sabes lo que quiero. Has estado casada». La

señorita Telsted respondió: «No soy una fulana». Bennett la golpeó en el pecho y le arrancó los pantalones pirata, la blusa y las bragas. Él se desnudó y dejó a la vista sus partes pudendas. Dijo que quería follar. Arrojó al suelo a la señorita Telsted, la obligó a abrirse de piernas y consiguió penetrarla ligeramente. La mujer se resistió. Bennett le golpeó la cabeza contra el suelo, pero siguió sin conseguir una penetración completa.

La señorita Telsted se refugió en un dormitorio de atrás y vio a un hombre dormido en la cama. Corrió hasta la cocina. Bennett le dio alcance. Ella dijo que se sometería a sus deseos si le permitía vestirse y cambiar el coche de sitio. Dijo que su exmarido podía andar al acecho y quería cubrir sus pasos.

Bennett accedió. La señorita Telsted se puso la ropa y salió de la casa. Bennett la siguió. La mujer se montó en el coche. Bennett intentó agarrarla. El perro salió de la casa y empezó a gruñirle a su dueño. Bennett retrocedió. El perro se subió de un salto al coche y se sentó al lado de la señorita Telsted. Esta condujo hasta la comisaría de policía de West Covina e informó del incidente. Se llevó al perro a casa con ella.

Los agentes de West Covina llamaron a la comisaría de San Dimas e informaron de la denuncia. Dos detectives arrestaron a Jim Boss Bennett. Lo llevaron a comisaría y lo encerraron. El hombre negó las acusaciones de la señorita Telsted. Según sus palabras, en ningún momento había llegado a penetrarla. Los detectives presentaron cargos contra él. Después lo sometieron a una investigación exhaustiva. La cara del tipo les recordaba a la de un viejo retrato robot. Llamaron a Homicidios de la Oficina del Sheriff y lo señalaron como sospechoso de asesinato.

Ward Hallinen se acercó a la comisaría de San Dimas. Desde detrás de un falso espejo, observó a Jim Boss Bennett. Guardaba cierto parecido con el sospechoso de la muerte de Jean Ellroy. Buscó a Bennett en el registro de vehículos y en el de antecedentes penales.

Ambas consultas obtuvieron rápida respuesta.

Bennett no tenía vehículos registrados a su nombre, pero sí una hoja de antecedentes que ocupaba dos páginas.

Tenía cuarenta y cuatro años. Había nacido en Norman, Oklahoma. Desde 1942 había sido condenado varias veces por agresión. También había sido arrestado por conducir borracho, el 16/3/57 y el 7/7/57. Este último arresto se había producido en el cercano Baldwin Park.

Al volante de un Mercedes del 47, Bennett había estado a punto de llevarse por delante a seis peatones frente a la sala de baile Jubilee. Una patrulla lo había perseguido. Bennett se metió con el coche por un terraplén sin asfaltar, detuvo el vehículo, salió trastabillando y casi se cayó al suelo. Los dos agentes le echaron el guante. El tipo se resistió al arresto y tuvo que ser reducido por la fuerza.

También había sido detenido por agresión, el 22/2/58. El hecho había tenido lugar en el salón de la asociación de Veteranos de Guerras Extranjeras, VFW, en el cercano Baldwin Park.

Bennett estaba bailando con una mujer llamada Lola Reinhardt. De pronto, sin motivo aparente, empezó a gritarle. Le dijo que quería marcharse de inmediato. La señorita Reinhardt se negó. Bennett la arrastró fuera y la obligó a subir al coche a empujones.

La abofeteó y le gritó. «O me matas o te mato», exclamaba. Un hombre llamado Lester Kendall se acercó al coche. Bennett rodeó con un brazo el cuello de la señorita Reinhardt e intentó asfixiarla. Kendall agarró a Bennett. La mujer logró soltarse. Alguien llamó a la comisaría de Temple City. Llegó una patrulla y un agente detuvo a Jim Boss Bennett.

Hallinen hizo una comprobación en las empresas de suministros públicos. Encontró seis direcciones anteriores de Jim Boss Bennett.

Había vivido en Baldwin Park, en El Monte y en La Puente. Su historial

laboral mostraba grandes lagunas entre un empleo y el siguiente. Había trabajado en Hallfield's Ceramics y en United Electrodynamics. Había sido obrero, tractorista y electricista. Estaba casado con una mujer llamada Jessie Stewart Bennett. Vivían un tiempo juntos y luego cada uno por su lado.

Hallinen interrogó a Bennett. En ningún momento mencionó a Bobbie Long ni a Jean Ellroy. Habló de lo sucedido en el VFW. Bennett contradijo la declaración de Lola Reinhardt. Dijo que un chiflado le había roto las ventanillas del coche con una botella de Coca-Cola. Otro le había reventado el parabrisas de un puñetazo. Lo que decía Bennett no tenía sentido.

Hallinen decidió hacer una rueda de identificación con cinco hombres.

Llamó a Margie Trawick para pedirle que participara. Localizó a Lavonne Chambers en Reno, Nevada. Trabajaba de crupier en un casino. Accedió a tomar un avión para acudir a la identificación. Hallinen le aseguró que la Oficina del Sheriff correría con todos los gastos.

Encontró cuatro presos de cárceles del condado cuyas características físicas coincidían con las del retrato robot. Todos accedieron a participar en la rueda de identificación.

Llegó Lavonne. Hallinen la recogió en el aeropuerto y la llevó a la comisaría de Temple City. Llegó Margie Trawick.

En la sala de interrogatorios había cinco hombres de pie, uno al lado del otro. Jim Boss Bennett ocupaba el lugar número dos.

Margie y Lavonne se colocaron detrás de un falso espejo. Las dos observaron a los cinco hombres por separado.

Margie dijo: «El número dos es la viva imagen de aquel hombre. Su cara se parece a la cara que vi aquella noche. El pelo es como el de aquel hombre, aunque la frente y el rostro se ven un poco más delgados. Su aspecto me resulta familiar, me recuerda al hombre que vi aquella noche».

Lavonne señaló al número dos y declaró: «Para mí, ese es el hombre que vi

con la mujer pelirroja».

Hallinen habló primero con Lavonne y luego con Margie. Les preguntó si estaban absolutamente seguras. Dieron rodeos y evasivas, titubearon, y al final dijeron que no podían estar absolutamente seguras.

Hallinen les agradeció su sinceridad. Bennett era un híbrido entre un buen sospechoso y una apuesta arriesgada. Su aspecto coincidía con el retrato robot. No parecía griego, italiano ni mucho menos hispano. Solo parecía escuálida chusma blanca.

No podían retenerlo por más tiempo. No podían presentar cargos de asesinato contra él. La acusación de intento de violación se basaba en pruebas muy endebles. La demandante se pasaba la vida metida en los bares. Tendrían que soltar a Jim Boss Bennett.

Lo soltaron. Hallinen continuó considerándolo un posible sospechoso.

Habló con la esposa de Bennett y con sus amigos y conocidos. Todos dijeron que Jim era malo, pero no tanto. Él no les comentó en ningún momento que Jim fuese sospechoso de un crimen sexual.

Hallinen carecía de pruebas. Lo único que tenía era dos identificaciones poco firmes. Acusó a Bennett de agresión y lo encerró. Quería interrogarlo y presionarlo.

Al final Bennett salió bajo fianza. Hallinen decidió olvidarse del asunto. Por lo general las tácticas de hostigamiento se volvían contra quien las practicaba. El acoso era el acoso. Los sospechosos más evidentes lo merecían, pero Bennett no entraba en esa categoría. Lavonne y Margie eran testigos fiables. Y no estaban completamente seguras.

Era el primero de septiembre de 1962. El caso Long permanecía encallado. El caso Ellroy tenía ya cuatro años, dos meses y diez días.

La digresión sobre Bobbie Long me dejó anonadado. Pasé cuatro días a solas con el expediente.

Pegué tres fotos de la escena del crimen en el tablero de corcho. Puse otra de Bobbie Long aún con vida al lado de una foto de mi madre. También clavé con chinchetas una foto de la ficha policial de Jim Boss Bennett. Centré todo aquel collage en torno a tres imágenes de Jean Ellroy muerta.

El efecto era más contundente que sorprendente. Yo quería restar importancia a la condición de víctima de mi madre y exponer su muerte de manera objetiva. La sangre en sus labios. El vello púbico. La cuerda y la media en torno al cuello.

Estudié el tablero. Compré otro y lo coloqué junto al primero. Clavé en él todas las fotos tomadas en los lugares donde habían sido asesinadas Bobbie Long y mi madre, contraponiéndolas. Memoriqué las semejanzas y las diferencias entre las dos escenas del crimen.

Dos ligaduras en Jean. Una ligadura en Bobbie. El bolso junto a la valla de alambre. El trozo de hiedra y el camino de tierra junto a la estación de bombeo. Los dos abrigos dejados de la misma manera.

Mi madre aparentaba la edad que tenía y algunos años más. Bobbie Long parecía más joven de lo que era. Jim Boss Bennett parecía demasiado pueblerino para ser el Hombre Moreno.

Estudié el expediente Long. Estudié el expediente Ellroy. Leí los Libros Azules de los casos Long y Ellroy y todos los informes y notas de ambos

archivadores. Me quedé contemplando mi gran despliegue mural. Quería deserotizar a mi madre y acostumbrarme a verla muerta. Junté ambos casos y elaboré cronologías y líneas narrativas a partir de datos fragmentarios sueltos.

Mi madre salió de casa entre las 20.00 y las 20.30. Fue vista en el Manger Bar «entre las 20.00 y las 21.00». Estaba sola. El Manger Bar quedaba cerca del Desert Inn y del Stan's Drive-In. Mi madre y el Hombre Moreno llegaron al Stan's un poco después de las 22.00. Los atendió Lavonne Chambers. Se marcharon del Stan's y llegaron al Desert Inn pasadas las 22.30. La Mujer Rubia iba con ellos. Michael Whittaker se les unió. Margie Trawick observó al grupo. Margie dejó el Desert Inn a las 23.30. Mi madre, el Hombre Moreno, la Rubia y Mike Whittaker seguían sentados juntos. Mi madre, el Hombre Moreno y la Rubia se marcharon alrededor de medianoche. Una camarera llamada Myrtle Mawby vio a mi madre y al Hombre Moreno en el Desert Inn hacia las 2.00 de la madrugada. Se fueron. Llegaron al Stan's Drive-In hacia las 2.15. Volvió a atenderlos Lavonne Chambers. Se marcharon hacia las 2.40. El cuerpo de mi madre fue descubierto a las 10.10. Su coche fue encontrado detrás del Desert Inn.

Todo aquello estaba verificado por testigos. Los saltos cronológicos formaban vacíos teóricos. La cronología de Bobbie Long era sencilla. Bobbie fue a las carreras de caballos de Santa Anita. Su cuerpo fue encontrado en La Puente, unos doce kilómetros al sudeste.

En el hipódromo conoció a un hombre. Él la llevó a cenar, se la tiró y la mató. Era una verdad no corroborada por ningún testigo. Yo creía a pies juntillas en ella. Stoner también. No podíamos demostrarlo. La policía ya trabajaba sobre esa premisa en el 59. En la actualidad resultaba indiscutible. La última noche de la vida de mi madre desafiaba cualquier interpretación estricta.

Había salido de casa en su coche. En el Manger Bar estaba sola. Se

encontró con el Hombre Moreno en alguna parte. Dejó el coche donde fuese y subió al de él. Lavonne Chambers los atendió y les llevó la comida al coche. Se marcharon del Stan's Drive-In. Fueron al Desert Inn. Por el camino recogieron a la Rubia. Regresaron al Stan's en el coche del hombre. El de ella fue encontrado detrás del Desert Inn.

Quizá se reunió con el Hombre Moreno en el apartamento de este. Quizá lo conoció en un bar. Podría haber dejado su coche en uno de esos dos lugares. Fueron al Stan's en el coche de él. Ella podía haber recogido el suyo justo después. Él podría haber recogido a la Rubia. Ella podría haber recogido a la Rubia. Quizá se encontraron con la Rubia a la puerta del Desert Inn. Estuvieron de juerga en el Desert Inn. Se marcharon juntos. Quizá fueron en grupo a otra parte. O quizá la Rubia se marchó por su cuenta. Mi madre y el Hombre Moreno podrían haberse besado y sobado en el coche de él, o en el de ella, detrás del Desert Inn. Podrían haberse ido al apartamento de él. Podrían haberse besado y sobado en el aparcamiento del Desert Inn antes de ir a tomarse aquel último bocado a las dos de la madrugada. Quizá ella se negó a tener sexo en el coche de él o en el de ella. Quizá ella se negó a acostarse con él en el apartamento de este. Podrían haber ido al piso de la Rubia. Quizá fue allí donde se negó a tener sexo con él. Regresaron al Desert Inn. Puede que volvieran de casa de la Rubia o de casa del Hombre Moreno o de otro bar o de cualquier calle oscura del valle de San Gabriel. Mi madre podría haber dejado su coche en la casa de la Rubia o en la casa del Hombre Moreno. Podría haberlo dejado en uno de esos dos sitios durante cualquiera de esos momentos en blanco de la reconstrucción temporal de lo sucedido. Quizá el Hombre Moreno fue a recoger el coche de su víctima después de matarla. Quizá lo dejó en el aparcamiento del Desert Inn entre las 3.00 y las 4.00. Quizá fue la Rubia quien lo dejó. Quizá fueron con los dos coches.

Quizá los dos abandonaron la escena del crimen en el coche de la Rubia o en el del Hombre Moreno.

Son las 2.40. Mi madre y el Hombre Moreno se separan en el Stan's Drive-In. El coche de ella está aparcado detrás del Desert Inn o en cualquier otra parte. El hombre parece aburrido y malhumorado. Ella parece algo bebida y se muestra muy locuaz. Van a la casa de él, o a la de la Rubia, o al instituto Arroyo, o a cualquier otro lugar. Ella se resiste otra vez a los intentos del hombre, o dice lo que no debe, o lo mira como no debe, o lo enfurece con algún gesto apenas perceptible.

Quizá fuera violación. Quizá sexo consentido. Quizá fuera válida la reconstrucción de Stoner. Tal vez mi teoría del MÁS aportara ciertos detalles a los hechos. Quizá mi madre se resistió a un *menage à trois* en algún momento de la velada. Quizá el Hombre Moreno decidió forzarla a algo él solo. Quizá Lavonne Chambers y Margie Trawick se equivocaron al indicar las horas, frustrando de ese modo cualquier posibilidad de determinar una cronología precisa de lo sucedido. Quizá fue Myrtle Mawby quien se equivocó en la hora. Tal vez mi madre y el Hombre Moreno se hubiesen marchado del Desert Inn con la Rubia y no hubieran vuelto al Stan's para tomar ese último bocado a las 2.00. Había un asesino y una víctima. Había una mujer sin identificar. Había tres testigos femeninos y un testigo masculino borracho. Había un período temporal de siete horas y una serie de sucesos prosaicos localizados geográficamente que terminaban en un asesinato. Uno podía extrapolar los hechos establecidos e interpretar el prelude de infinitas maneras diferentes.

Mi madre podría haber conocido al Hombre Moreno y a la Rubia esa misma noche. Podría haberlos conocido en alguna salida anterior. Podría haberlos conocido por separado. La Rubia podría haberle concertado una cita con el Hombre Moreno. La Rubia podría ser una vieja amiga. Podría haberla

convencido de que se mudara a El Monte. El Hombre Moreno podría ser un antiguo amante que había vuelto en busca de más.

Podría ser un antiguo empleado de Packard-Bell o de Airtek. Podría ser una vieja pasión pasajera. Podría haber matado a Bobbie Long siete meses después de matar a mi madre.

En el 756 de Maple no había teléfono. Y la policía no tenía forma de comprobar las llamadas que había hecho mi madre desde teléfonos públicos. Quizá hubiese llamado a la Rubia o al Hombre Moreno esa noche o en algún momento de los cuatro meses que vivió en El Monte. Todas las llamadas fuera de El Monte habrían quedado registradas en la factura. La Rubia quizá viviese en Baldwin Park o en West Covina. El Hombre Moreno quizá viviese en Temple City. La policía no encontró el bolso de mi madre. Tampoco halló ninguna agenda en el 756 de Maple. Probablemente estuviese en el bolso. Mi madre lo llevaba esa noche. El Hombre Moreno se habría deshecho de él. Quizá su nombre constase en la agenda. O el de la Rubia.

Era el año 1958. La mayoría de la gente tenía teléfono. Mi madre no. Ella se estaba escondiendo en El Monte.

Estudié el expediente de mi madre. Estudié el expediente Long. Encontré varios hechos extraños y una omisión flagrante.

Mi madre se había dejado una copa sin acabar en la cocina. Quizá la Rubia la llamó para proponerle que salieran a divertirse. Quizá nuestra angosta casita la agobiase y la obligó a salir. Puede que Bobbie Long empinase el codo cuando estaba a solas. Un policía encontró dos botellas en la cocina. Yo siempre había pensado que mi madre se había resistido al hombre que la mató. Siempre había pensado que la policía había encontrado piel ensangrentada bajo sus uñas. El informe de la autopsia no mencionaba nada semejante. Aquello formaba parte de mi esfuerzo heroico por embellecer los

hechos. Había modelado a mi madre como una especie de tigresa pelirroja y había conservado esa imagen durante treinta y seis años.

Jean y Bobbie. Bobbie y Jean.

Dos víctimas de asesinato. Dos escenas del crimen casi idénticas y separadas por pocos kilómetros. Un consenso rotundo en la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff.

Todos pensaban que un mismo hombre había matado a las dos mujeres.

Stoner se inclinaba por la misma idea. Yo también, pero con reparos. Yo no veía al Hombre Moreno como un asesino en serie.

Me obligué a no sacar conclusiones. Sabía que el motivo de mi rechazo era en parte estético. Los asesinos en serie me aburrían e irritaban. Constituían una rareza estadística en la vida real, pero una auténtica plaga mediática. Novelas, películas y series de televisión los celebraban como monstruos y explotaban su potencial para desencadenar simples tramas de suspense. Los asesinos en serie eran unidades de maldad autocontenidas, el contraste perfecto para el estereotipo del policía siempre con los nervios desquiciados. La mayoría de esos psicópatas sufrían espantosos traumas infantiles. Los detalles daban para un buen psicodrama y les proporcionaban cierta aura de víctimas. Los asesinos en serie eran hijos de puta colgados de ojos saltones, mientras que por dentro eran unos niños destrozados. Asustaban de entrada, pero eran tan prescindibles como una caja de palomitas de maíz vacía. Sus impulsos hiperbólicos absorbían a lectores y espectadores y los distanciaban de sus propios arrebatos macabros. Los asesinos en serie eran muy poco prosaicos. Eran mundanos, ingeniosos y fríos. Hablaban con un eco nietzscheano. Tenían mayor atractivo sexual que el retorcido cabrón que había matado a dos mujeres por lujuria y pánico y que se había visto obligado a aplicar la presión exacta a un gatillo de solo dos tiros.

Yo también había sacado partido de los asesinos en serie. Antes de mis tres

últimas novelas los había rechazado deliberadamente. Eran buenos figurantes para una trama, pero pura basura literaria desde cualquier otro punto de vista. Yo estaba convencido de que a mi madre y a Bobbie Long no las había matado ningún asesino en serie. Incluso dudaba de que las hubiera matado el mismo hombre. El Hombre Moreno se había dejado ver en público con la Rubia y con mi madre. Al parecer su furia había ido en aumento conforme avanzaba la noche. El tipo conocía el instituto Arroyo. Probablemente vivía en el valle de San Gabriel. Los psicópatas calculadores no cagan donde comen.

La Rubia conocía al Hombre Moreno. Ella sabía que había matado a mi madre. Probablemente la había amenazado para que guardara silencio. Bobbie Long no era la Rubia. Bobbie Long era solo una víctima de segunda esperando que le llegase su turno.

Era vulgar y avariciosa. Era obstinada. Tenía un mal historial con los hombres y se complacía con cada pequeño y mezquino triunfo que conseguía sobre el género masculino. Era una jodida malhablada.

Quizá conoció al Hombre Moreno en el hipódromo. El tipo había matado a aquella condenada enfermera el año anterior y quizá aún no estuviera muy en sus cabales. Había llevado a Bobbie a cenar a algún sitio, la había atraído a su cubil y le había propuesto un revolcón. Bobbie le exigió que le pagara. El hombre se puso furioso. Perdió la cabeza por completo.

Quizá había aprendido algo a raíz de lo de la pelirroja. Quizá aquello lo hubiese transformado de forma inexorable, lo hubiese sacado del armario y le hubiera enseñado que la violación y el sexo consentido estaban incompletos sin el estrangulamiento. Quizá fue así como se convirtió en asesino en serie.

Quizá Jean y Bobbie desencadenaron su transformación de la misma manera. Quizá mató a las dos mujeres y se recluyó de nuevo en alguna especie de agujero negro psíquico. El estrangulamiento con una media era un

modus operandi habitual. El Hombre Moreno asfixió a mi madre con una cuerda de persiana y una media. Bobbie Long fue estrangulada con una sola ligadura.

Tal vez las hubieran matado dos hombres distintos.

Decidí dejar de lado todas aquellas especulaciones. Stoner me había advertido de que no me aferrase a ninguna teoría o reconstrucción hipotética.

Pasé cuatro días a solas con los expedientes. Me encerré y me concentré en los informes, anotaciones y fotos de los tableros. Stoner tenía copias de los Libros Azules de los casos Long y Ellroy. Nos llamábamos tres o cuatro veces al día y discutíamos algún punto en concreto de las indagaciones o la lógica general del caso. Coincidíamos en que Jim Boss Bennett no era el Hombre Moreno. Estaba demasiado enganchado a la botella y claramente desquiciado como para seducir a una mujer en el transcurso de una larga velada o de un día en las carreras. Jim Boss Bennett era un bebedor empedernido. Iba detrás de mujeres alcohólicas. Las buscaba en los locales más cutres. El Desert Inn era un local de categoría para lo habitual en él. Él frecuentaba tugurios donde servían cerveza barata y vino peleón con hielo. Stoner decía que probablemente fuese un violador desde hacía mucho tiempo. No había penetrado a Margaret Telsted, pero tal vez sí lo había hecho con otras muchas mujeres. Probablemente había fallado en otros intentos de violación debido a la impotencia alcohólica o a una mala planificación estratégica. A mi madre le gustaban los tipos vulgares. Tenía estándares igualitarios. Pero Jim Boss Bennett era demasiado vulgar y patético incluso para ella. A mi madre le encantaba el aroma a macho de clase baja. Pero Jim Boss Bennett andaba escaso en aroma y sobrado de olor a sudor. No era su tipo.

Hablamos sobre las dos mujeres que habían denunciado a sus maridos. La número uno se llamaba Marian Poirier. Su mujeriego ex se llamaba Albert.

Supuestamente el hombre había tenido aventuras con Jean Ellroy y con dos mujeres más de Packard-Bell Electronics.

La señora Poirier admitió que no tenía pruebas. Dijo que su marido había conocido a otras dos mujeres que habían sido asesinadas. Añadió que era «demasiada coincidencia». No dio sus nombres. Jack Lawton le escribió una carta en la que le pedía que diese los nombres de las mujeres asesinadas. La señora Poirier respondió, pero haciendo caso omiso de la petición de Lawton. Stoner descartó el testimonio de la mujer. Dijo que debía de ser una completa chiflada.

La mujer número dos se llamaba Shirley Ann Miller. Su ex se llamaba Will Lenard Miller. Presuntamente, Will había matado a Jean Ellroy. Presuntamente, una noche mientras dormía, Will había balbuceado: «¡No debería haberla matado!». Presuntamente, Will había repintado su Buick de dos tonos unos días después del asesinato. Presuntamente, Will había prendido fuego a un almacén de muebles en 1968.

Encontré un montón de notas sobre Will Lenard Miller. La mayoría de ellas estaban fechadas en 1970. Vi el nombre de Charlie Guenther una media docena de veces.

Guenther era el antiguo compañero de Stoner. Bill dijo que vivía cerca de Sacramento, y que deberíamos ir a verlo para repasar con él las notas sobre Miller.

Hablamos sobre Bobbie Long y mi madre. Especulamos sobre la posibilidad de que se hubiesen conocido en vida.

Las dos trabajaban a pocos kilómetros de distancia. Las dos habían huido después de que su matrimonio fracasase. Las dos eran reservadas y autosuficientes. Las dos eran distantes, aunque superficialmente sociables.

Mi madre bebía. Bobbie era jugadora compulsiva. A mi madre el juego la aburría. El sexo dejaba fría a Bobbie.

Nunca se conocieron. Nuestras conjeturas eran pura ficción especulativa.

Dediqué algún tiempo a Bobbie. Apagué las luces del salón y me tumbé en el sofá con fotos de ella y de mi madre. Tenía a mano un interruptor de la luz. Podía pensar a oscuras y encender las luces para contemplar a Bobbie y a Jean.

Me sobraba Bobbie. No quería que me distrajera de mi madre. Cogí la foto de esta para mantener a Bobbie a un lado. Bobbie era una víctima tangencial.

Bobbie se abre paso hasta el principio de la cola del café. Bobbie juega hasta endeudarse y reprende a un amigo por jugar a las cartas. El juego era una obsesión banal. La verdadera emoción estaba en el riesgo de autoaniquilación y en la apuesta por la trascendencia a través del dinero. La obsesión sexual era un impulso alejado seis o seis mil veces del amor. Ambas compulsiones mortificaban. Ambas compulsiones destruían. El juego siempre tenía que ver con la autoabnegación y el dinero. El sexo era una estúpida disposición glandular y en ocasiones el camino para un gran amor pernicioso.

Jean y Bobbie eran tristes y solitarias. Jean y Bobbie estaban en el mismo nivel. Si uno pasaba por alto todos los datos fragmentarios y dispares de sus expedientes, podría decirse que eran la misma mujer.

Yo no lo veía así. Bobbie buscaba destacar. Jean buscaba esconderse, salir de sí misma y quizá entregarse a algo extraño, nuevo o mejor.

Bobbie Long no era nuestro verdadero foco de atención. Se trataba de una posible o probable víctima de asesinato relacionada y de una posible o probable pista sobre el progresivo deterioro de la psique del Hombre Moreno. En el caso Long no había testigos presenciales. En el 59 los amigos de Bobbie eran cincuentones y probablemente ya estuviesen todos muertos. El Hombre Moreno también debía de estar muerto. Probablemente hubiese llevado una vida muy dura de asiduo a los bares. Probablemente hubiese fumado y le hubiera dado al whisky o a cualquier otra bebida destilada. Tal

vez hubiese reventado de cáncer en 1982. Tal vez estuviera conectado a una mascarilla de oxígeno en la pintoresca La Puente.

Sentado en la oscuridad, sostuve en mis manos los dos retratos robot. Encendía las luces y los contemplaba de vez en cuando. Violé la norma de Stoner y reconstruí al Hombre Moreno.

Bill lo imaginaba como un vendedor zalamero. Yo lo veía como un obrero escurridizo. Hacía algunos trabajillos los fines de semana para sacarse algún dinero extra. Se desplazaba en su desvencijado Oldsmobile del 55 o del 56. Llevaba una caja de herramientas en el asiento trasero. La caja contenía unos metros de cuerda de persiana.

Tenía treinta y ocho o treinta y nueve años. Le gustaban las mujeres mayores que él. Por un lado ellas sabían lo que había, y por otro se dejaban engañar con la promesa de un vulgar romance. Las odiaba tanto como le gustaban. Nunca se preguntó el porqué.

Conocía a las mujeres en bares y clubes nocturnos. A lo largo de los años había golpeado a algunas. Decían o hacían cosas que lo ponían furioso. Con otras había sido aún más duro. Se había mostrado amenazador y las había convencido de que les dieran lo que quería antes de tomarlo por la fuerza. Era minucioso. Era cauto. Era capaz de mostrarse encantador.

Vivía en el valle de San Gabriel. Le gustaban los locales nocturnos. Le gustaba el ambiente propiciado por el boom de la construcción. Se pasaba el día perdido en ensoñaciones. Pensaba en hacer daño a las mujeres. Nunca se preguntó por qué pensaba en esos rollos de mierda.

Mató a la enfermera en junio del 58. La Rubia mantuvo la boca cerrada. Vivió asustado durante seis semanas, seis meses o un año. Luego el miedo se desvaneció. Persiguió a mujeres, se folló a mujeres y golpeó a mujeres de vez en cuando.

Envejeció. Su impulso sexual se apagó. Dejó de perseguir, de follar y de

golpear a mujeres. Pensó en aquella enfermera que había matado hacía tanto tiempo. No sentía remordimientos. Nunca había matado a otra mujer. No era un psicópata rabioso. Las cosas nunca se habían vuelto a descontrolar como sucedió aquella noche con la enfermera.

O:

Se ligó a Bobbie Long en Santa Anita. La enfermera llevaba muerta siete meses. Desde entonces, había ligado con varias mujeres. No les había hecho daño. Se imaginó que lo ocurrido con la enfermera había sido un accidente extraño.

Se tiró a Bobbie Long. Ella dijo algo o hizo algo. Él la estranguló y se deshizo del cuerpo. Vivió jodidamente asustado durante mucho tiempo. Tenía miedo de la policía, de la cámara de gas y de sí mismo. Vivió con el miedo. Envejeció con él. No volvió a matar a otra mujer.

Llamé a Stoner y le planteé mis reconstrucciones. Encontró plausible la primera y descartó la segunda. Dijo que uno no mata a dos mujeres y lo deja ahí. Discrepé. Le dije que se dejaba llevar demasiado por el empirismo policial. Añadí que el valle de San Gabriel era una especie de *deus ex machina*. La gente que acudía allí lo hacía por razones inconscientes que sobrepasaban la aplicación consciente de la lógica, y eso hacía posible cualquier cosa. La región definía el crimen. La región era el crimen. Había dos asesinatos sexuales y había uno o dos asesinos sexuales que escapaban a la conducta habitual de un asesino sexual. La región lo explicaba todo. La migración inconsciente al valle de San Gabriel explicaba todos los actos homicidas y absurdos que se producían allí. Nuestro trabajo consistía en identificar a tres personas entre todos aquellos inmigrantes.

Bill escuchó mi discurso y pasó a temas más concretos. Dijo que era preciso estudiar a fondo el expediente de mi madre y empezar a buscar a antiguos testigos. Teníamos que revisar los registros de Tráfico y los archivos

policiales. Debíamos evaluar la investigación realizada en 1958 y rastrear los pasos de mi madre desde la cuna hasta la tumba. En la mayoría de los casos, las investigaciones de homicidios tomaban rumbos extraños. Debíamos situarnos por encima de toda nuestra información y estar preparados para saltar sobre la verdad.

Le dije que yo ya estaba listo.

Bill me dijo que apagara las luces y volviese al trabajo.

Ward Hallinen tenía ochenta y tres años. Le vi y le recordé al instante.

Me había dado un caramelo en la comisaría de El Monte. Siempre se sentaba a la izquierda de su compañero. Mi padre admiraba sus trajes.

Sus ojos azules me llevaron de nuevo a aquella época. Eran todo cuanto recordaba de él. Se había convertido en un anciano frágil, con la piel cubierta de marcas rojas y rosáceas. En 1958 debía de tener cuarenta y seis o cuarenta y siete años.

Salió a recibirnos a la puerta de su casa. Era una especie de falso rancho rodeado de árboles umbríos que crecían en una bonita extensión de terreno. Vi un establo y un par de caballos pastando.

Stoner me presentó. Nos dimos la mano y murmuré algo parecido a «¿Cómo está, señor Hallinen?». Mi memoria corría a una velocidad vertiginosa. Quería encender su recuerdo. Stoner me había dicho que tal vez estuviera senil y no se acordara del caso Jean Elroy.

Entramos en la casa y nos sentamos en la cocina. Stoner puso nuestro expediente en una silla libre. Miré a Hallinen. Él me miró. Mencioné la anécdota del caramelo. Dijo que no se acordaba.

Pidió disculpas por su mala memoria. Stoner hizo una broma acerca de su propia edad y el modo en que uno perdía facultades. Hallinen le preguntó qué edad tenía. «Cincuenta y cuatro», respondió Bill. Hallinen soltó una carcajada y se dio unas palmadas en las rodillas.

Stoner mencionó a algunos hombres de la vieja Brigada de Homicidios de

la Oficina del Sheriff. Hallinen dijo que Jack Lawton, Harry Andre y Claude Everley habían muerto. Blackie McGowan había muerto. El capitán Etzel y Ray Hopkinson habían muerto. Ned Lovretovich seguía vivo y coleando. Él se había jubilado hacía mucho tiempo. No estaba seguro de la fecha. Había trabajado para algunas agencias privadas de seguridad y luego se dedicó a criar caballos de carreras. Por una vez en la vida le sobraba el tiempo y podía disfrutar del condado de Los Ángeles.

Stoner se echó a reír. Yo también. La esposa de Hallinen entró en aquel instante. Stoner y yo nos pusimos de pie. Frances Traeger Hallinen nos pidió que nos sentáramos.

Se la veía en buena forma y muy despierta. Era la hija del viejo sheriff Traeger. Tomó asiento y mencionó algunos nombres de aquella época.

Stoner soltó unos cuantos más. Hallinen nombró unos pocos. Los nombres encendían fugazmente alguna historia. Presencié un breve recorrido nostálgico entre policías.

Reconocí algunos nombres. Un centenar de agentes había aportado sus notas a los expedientes Ellroy y Long. Intenté imaginarme a Jim Wahlke y a Blackie McGowan.

Frances Hallinen sacó a colación el caso Finch-Tregoff. Yo dije que de joven lo había seguido. Ward Hallinen comentó que había sido el más importante de su carrera. Mencioné algunos detalles. Él no los recordaba.

Frances Hallinen se excusó y salió afuera. Bill abrió el expediente. Yo señalé los caballos de la finca y aproveché para sacar el tema de Santa Anita y el caso Bobbie Long. Hallinen cerró los ojos. Noté que se esforzaba por recordar. Dijo que se acordaba de haber ido al hipódromo, pero no consiguió evocar ningún hecho concreto.

Bill le mostró las fotos del instituto Arroyo. Yo las acompañé con una descripción de la escena del crimen. Hallinen contempló las fotos. Su rostro

se torció en una mueca, luchando contra el olvido. Dijo que creía recordar el caso. Dijo que creía que había tenido un sospechoso muy bueno.

Mencioné a Jim Boss Bennett y la rueda de reconocimiento de 1962. Bill sacó un montón de fotos policiales de Jim Boss Bennett. Hallinen dijo que no se acordaba de la rueda de identificación. Se quedó mirando las fotos durante al menos tres minutos.

Contrajo el rostro. Sostuvo las fotos con una mano mientras con la otra se aferraba a la mesa de la cocina. Plantó bien los pies en el suelo. Estaba luchando con todas sus fuerzas contra su incapacidad de recordar.

Sonrió y confesó que no acababa de ubicar al tipo. Bill le entregó el Libro Azul del caso Ellroy y le pidió que le echase un vistazo.

Hallinen leyó el informe sobre el cadáver y el de la autopsia. Leyó las transcripciones de las declaraciones de los testigos. Leyó despacio. Dijo que recordaba otros casos en los que había trabajado con Jack Lawton. Agregó que el nombre de la taquígrafa le sonaba, y que se acordaba del antiguo jefe de policía de El Monte.

Contempló las fotos de la escena del crimen. Dijo que sabía que había estado allí. Me dirigió una mirada que parecía decir: «Esa es su madre. ¿Cómo puede mirar esas fotos?».

Bill le preguntó si conservaba sus antiguos cuadernos de notas sobre los casos. Hallinen respondió que lo lamentaba, pero que se había deshecho de ellos hacía unos años. Tenía voluntad de ayudar, pero su mente no se lo permitía.

Me volví hacia Bill y le indiqué con un gesto que ya estaba bien. Recogimos el expediente y nos despedimos. Hallinen se disculpó de nuevo. Yo comenté algo así como «El tiempo nos alcanza a todos». Sonó condescendiente.

Hallinen dijo que lamentaba no haber pillado a aquel cabrón. Le dije que

se las había tenido que ver con una víctima muy astuta. Le di las gracias por su esfuerzo y su amabilidad.

Bill y yo volvimos al condado de Orange. En el trayecto discutimos acerca de nuestros planes futuros. Bill dijo que estábamos librando una batalla por un suceso del que ya no quedaba recuerdo. Tendríamos que hablar con personas que ya eran de mediana edad en 1958. Nos moveríamos a través de vacíos de memoria y de recuerdos tergiversados por el paso del tiempo. Los viejos se inventaban cosas inconscientemente. Deseaban complacer e impresionar. Querían demostrar su solvencia mental.

Mencioné los cuadernos de notas de Hallinen. Bill comentó que nuestro expediente andaba escaso de informes complementarios. Hallinen y Lawton habían trabajado en el caso durante todo el verano. Probablemente llenaron media docena de cuadernos con notas. Teníamos que reconstruir su investigación inicial. Quizá hubiesen entrevistado al Hombre Moreno sin tomarlo por sospechoso. Le pregunté a Bill si Jack Lawton estaba casado. Respondió que sí. Dos de sus hijos habían sido agentes por un tiempo. Jack había trabajado con su viejo compañero Billy Farrington. Billy sabría si la mujer de Jack aún vivía. Podía ponerse en contacto con ella y averiguar si aún conservaba los cuadernos de notas de su esposo.

Para mí, encontrar algo en aquellos cuadernos de notas era una posibilidad bastante remota. Bill se mostró de acuerdo en ello. Apunté que la clave estaba en la Rubia. Ella conocía al Hombre Moreno. Sabía que había matado a Jean Ellroy, pero nunca lo había delatado. O bien temía las represalias o bien tenía algo que esconder. Dije que era probable que se hubiese ido de la lengua. La Rubia le habría contado lo sucedido a alguien. Se habría jactado de su estrecha relación con el asesinato o habría comentado el suceso como lección

de la que tomar nota. Transcurrió el tiempo. Su miedo remitió. Se lo contó a más gente. Dos personas, o seis, o una docena se habrían enterado de la historia o de fragmentos de la misma.

Bill dijo que debíamos hacer público nuestro caso. Yo señalé que la Rubia le habría contado lo sucedido a alguna gente y esta a otra gente y así sucesivamente. Bill dijo que aquella era la mejor jodida publicidad que podía existir. Propuse instalar una línea telefónica gratuita para recibir informaciones. Bill dijo que se encargaría de arreglarlo con la compañía.

Hablamos del caso Long. Bill sugirió que llamásemos a la Oficina del Forense y preguntásemos si guardaban las muestras de semen que habían recogido en los cuerpos de Bobbie Long y de mi madre. Bill conocía un laboratorio que hacía pruebas de ADN por dos mil dólares. Allí podrían determinar de forma concluyente si Bobbie Long y mi madre habían estado con el mismo hombre.

Le pedí que diera prioridad al caso Long. Respondió que las probabilidades eran muy escasas. Un desconocido había recogido por azar a Bobbie y la había matado. Y era muy probable que mi madre conociese ya a la Rubia y al Hombre Moreno, o al menos a uno de ellos, antes de aquella noche.

Mencioné el coche del Hombre Moreno y las tarjetas perforadas de IBM del expediente. Al parecer la policía solo había comprobado las matrículas de coches del valle de San Gabriel. Lavonne Chambers se refirió concretamente a un Oldsmobile del 55 o del 56. La policía debería haber cotejado los datos de los vehículos de todo el jodido estado. Bill dijo que la pista de la tarjeta perforada era confusa. Las investigaciones de Homicidios estaban llenas de pruebas inconsistentes.

Yo apunté que la clave de todo estaba en la Rubia. «Cherchez la femme», dijo Bill.

A la mañana siguiente volamos a Sacramento. Dejábamos atrás una mala noticia.

Bill había llamado a la Oficina del Forense. Allí le dijeron que se habían deshecho de las muestras de semen, como solía hacerse con las pruebas antiguas. Había que dejar espacio para almacenar las nuevas.

Alquilamos un coche y fuimos a casa de Charles Guenther. Bill lo había llamado la noche anterior para anunciarle nuestra visita. Por teléfono le hizo algunas preguntas preliminares. Guenther dijo que el caso le resultaba vagamente familiar. El expediente tal vez le ayudase a recordar.

Llevamos el expediente. Yo aporté cincuenta posibles preguntas.

Guenther se mostró amistoso. Había pasado los sesenta y cinco años, pero parecía un cuarentón. Tenía buen aspecto, con sus cabellos canosos y sus ojos azules como los de Ward Hallinen. En lugar de recibirnos de la forma habitual lo hizo con frases de desprecio hacia O. J. Simpson. Enseguida pasó a nuestro caso.

Bill le hizo un resumen de los puntos clave. Guenther dijo que ahora lo recordaba. Él y su compañero Duane Rasure recibieron una llamada. Una mujer había delatado a su exmarido. Investigaron al tipo. No consiguieron confirmar ni refutar su culpabilidad.

Nos sentamos en torno a una mesita de centro. Vacíé el contenido del sobre de Will Lenard Miller: tres fotos del hombre; informes de la Oficina del Sheriff del condado de Orange; copias de las devoluciones de impuestos de Will Lenard Miller correspondientes a los años 1957, 1958 y 1959; copias de las retenciones fiscales de los ingresos de los mismos años; una factura de una empresa financiera con fecha 17/5/65; un teletipo de la Oficina del Sheriff del condado de Orange al Departamento de Policía de El Monte con

fecha 4/9/70; un contrato de depósito en garantía para una casa firmado por Will y Shirley Miller con fecha 9/1/57; una lista de comprobaciones sobre la investigación con la caligrafía de Charlie Guenther; una hoja de notas que detallaba el historial delictivo de Will Lenard Miller, con dos acusaciones por librar cheques falsos en el 67 y el 69 y una falsificación de tarjeta de crédito en el 70; una carta de un abogado con fecha 3/11/64, en la que se detallaban presuntas lesiones sufridas por Will Lenard Miller el 26/3/62 mientras trabajaba en la C. K. Adams Machine Shop; una orden del Tribunal Municipal de Libertad Provisional del condado de Orange con fecha 22/11/67; y un informe sobre las pruebas del detector de mentiras a que había sido sometido Will Lenard Miller, con fecha 15/9/70.

Revisamos los documentos. Dejamos a un lado los formularios sobre impuestos. Contemplamos las fotos de Will Lenard Miller.

Tenía el pelo oscuro y era de constitución robusta. Sus facciones eran toscas. No se parecía en absoluto a la descripción del Hombre Moreno.

Guenther examinó su lista de comprobaciones. Dijo que las anotaciones eran parte del procedimiento normal. Siempre hacía lo mismo cuando retomaba viejos casos. No es que tuviera problemas de memoria. La lista constituía simplemente un recordatorio personal.

Leímos la carta del abogado. En ella se pormenorizaban las desgracias de Will Lenard Miller en su lugar de trabajo.

Miller había resbalado y se había fastidiado la rodilla izquierda. Poco después había empezado a sufrir mareos y lagunas mentales. Al caer se había jodido también la cabeza. Las lesiones físicas acabaron por perjudicar su equilibrio psicológico.

Mencioné un informe del Libro Azul. De acuerdo con Shirley Miller, mi madre se había negado a tramitar una reclamación por lesiones que había presentado su esposo. Según ella, aquello lo había «sacado de quicio».

Guenther dijo que Miller era un jodido quejica. Y que su aspecto no era para nada el de un hispano.

Comprobamos la orden de libertad condicional. Will Lenard Miller había colado unos cuantos cheques falsos. Le había caído una multa de veinticinco dólares y dos años de libertad condicional. Tuvo que reponer el dinero. También se vio obligado a consultar a un asesor financiero. No podía hacer compras por valor superior a cincuenta dólares sin autorización previa.

Todos estuvimos de acuerdo.

Will Lenard Miller era un patético saco de mierda.

Comprobamos las declaraciones de impuestos. Confirmaron nuestra opinión.

Will Lenard Miller duraba poco en los trabajos. En tres años estuvo empleado en nueve talleres de maquinaria distintos.

Leímos los informes de la Oficina del Sheriff del condado de Orange. Pusimos los datos básicos de la historia en perspectiva.

Finales de agosto del 70. La policía del condado de Orange busca a Will Lenard Miller. Quiere detenerlo por infringir la libertad condicional. El agente J. A. Sidebotham habla con Shirley Ann Miller, quien le dice que rompió con Will Lenard Miller el año anterior. Dice también que en 1968 Will prendió fuego a un almacén de muebles. Y que en 1958 mató a una enfermera llamada Jean Hilliker.

Jean trabajaba en Airtek Dynamics. Por aquel entonces salía con Will Lenard Miller. Rechazó una reclamación médica que él le envió. Esto lo puso furioso. Dos semanas después Jean Hilliker era asesinada. Shirley Miller leyó la noticia. Will Lenard Miller se parecía al retrato robot del sospechoso. Los periódicos decían que este conducía un Buick. Will Lenard Miller tenía un Buick del 52 o del 53. Él lo repintó unos días después del asesinato. La compañía de muebles McMahon había recuperado algunos muebles que Will

Lenard Miller había dejado impagados. Unas semanas más tarde alguien prendía fuego al almacén de la empresa. Shirley Miller leyó al respecto y le enseñó el artículo a Will Lenard Miller. Este dijo: «Lo hice yo». Will Lenard Miller era un enfermo mental y un psicópata.

Sidebotham llamó al Departamento de Policía de El Monte. Allí le informaron de que Jean Hilliker era Jean Hilliker Ellroy. La Oficina del Sheriff de Los Ángeles llevaba el caso. El Departamento de Policía de El Monte colaboraba.

Sidebotham detuvo a Will Lenard Miller. Lo empapeló por infringir la libertad condicional y lo encerró en la cárcel del condado de Orange. El Departamento de Policía de El Monte se puso en contacto con la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff. El agente Charlie Guenther y el sargento Duane Rasure recibieron orden de reabrir el caso Jean Ellroy.

Guenther y Rasure interrogaron a Shirley Ann Miller, quien les contó lo mismo que había explicado al agente Sidebotham. Guenther y Rasure hablaron con varias personas de Airtek. El Departamento de Policía de El Monte asignó dos hombres más para que los ayudaran. El sargento Marv Martin y el detective D. A. Ness interrogaron a más gente de Airtek. Guenther y Rasure y Martin y Ness hablaron con Will Lenard Miller. Este declaró que él no había matado a Jean Hilliker. Se sometió a la prueba del detector de mentiras y la superó con éxito.

Guenther dijo que empezaba a recordar todo el asunto. Se acordaba de Will Lenard Miller. Lo habían encerrado en la cárcel del condado de Orange. Tomaba pastillas para alguna enfermedad cardíaca. Tenía un aspecto penoso. Quisieron llevarlo a Los Ángeles para pasar la prueba del detector de mentiras, pero el fiscal del distrito se negó a soltarlo. Guenther dijo que no se fiaba del examinador poligráfico del condado de Orange. Estaba seguro de que la prueba no resultaría concluyente.

Revisamos la transcripción de la prueba:

RE: WILL LENARD MILLER

Alegación: implicación en la muerte de JEAN ELLROY, junio de 1958, el monte.

Asunto: examen poligráfico de WILL LENARD MILLER

Por: FREDERICK C. MARTIN, examinador poligráfico de la oficina del fiscal del distrito

15 de septiembre de 1970

Durante la entrevista previa a la prueba, después de hablar con MILLER acerca de las circunstancias que rodearon a la muerte de JEAN ELLROY y de mostrarle una foto en la que aparecían cuatro varones y cuatro mujeres en torno a una mesa, declaró que no reconocía a ninguna de las personas de la foto, especialmente a ELLROY. Añadió que nunca la había conocido ni visto en persona. Solo le resultaba familiar porque su esposa trabajaba en la empresa en la que ELLROY era enfermera y porque ELLROY le administraba la medicación a su esposa. Declaró también que le sonaba a raíz de algunas conversaciones mantenidas con su esposa y por haber visto el nombre de la enfermera en el frasco del medicamento.

MILLER fue sometido a una serie de pruebas físicas y psicológicas, a partir de las cuales se determinó que MILLER estaba en condiciones de someterse al polígrafo.

Durante el examen se utilizaron las siguientes preguntas relevantes, que obtuvieron las respuestas que se adjuntan:

1. ¿Conoció alguna vez en persona a alguna de las mujeres que aparecen en la foto que le he enseñado?

RESPUESTA: No.

2. ¿Mató usted a JEAN ELLROY en el mes de junio de 1958?

RESPUESTA: No.

3. ¿Se deshizo del cuerpo de JEAN ELLROY abandonándolo en un solar de el monte durante el citado mes de junio de 1958?

RESPUESTA: No.

4. ¿Mató usted de un tiro a JEAN ELLROY?

RESPUESTA: No.

No hubo reacciones que indicaran respuestas falsas a las preguntas relevantes formuladas. La número cuatro era una pregunta de control: tal hecho nunca se produjo ni se sugirió.

FREDERICK D. MARTIN, examinador poligráfico

Oficina del fiscal del distrito

pc

Dictado 16-9-70

Bill comentó que la prueba le parecía incompleta. Guenther dijo que Miller nunca había sido un sospechoso firme. Yo apunté que Shirley Miller se equivocaba en los hechos.

Shirley Miller trabajaba en Airtek. Will Lenard no. No había declaraciones de impuestos de Airtek. Mi madre conducía un Buick. El Hombre Moreno no. Que Miller hubiera repintado el coche no significaba nada.

Bill dijo que llamaría a Duane Rasure y a los dos policías de El Monte. Tal vez tuviesen más información. Guenther dijo que teníamos que encontrar a la Rubia. Sin ella estábamos jodidos.

Volamos de vuelta al condado de Orange. Bill me llamó a la mañana siguiente.

Me dijo que había hablado con Rasure y con los policías de El Monte. Rasure recordaba el caso. Dijo que se había entrevistado con cuatro o cinco empleados de Airtek. Todos le aseguraron que Will Lenard sí trabajaba en Airtek. Nadie pudo relacionarlo con Jean Ellroy en ningún contexto. Rasure calificó de completamente inútil la pista Miller.

Marv Martin recordaba el caso. Dijo que había tratado el asunto con Ward Hallinen, allá por los años setenta. Ward se había presentado en la comisaría de El Monte y habían hablado de Will Lenard Miller. Hallinen ni siquiera sabía que Miller existiera. Martin le soltó una bomba: dijo que creía que Will Lenard Miller se había colgado en su celda justo después de que lo

interrogaran. D. A. Ness dijo que Marv se equivocaba por completo: Miller había muerto en su celda a consecuencia de un ataque cardíaco.

El rumor del suicidio me impactó. Bill dijo que no se lo creía. Alguien habría dejado alguna nota al respecto en el expediente de mi madre. Agregó que acababa de llamar a Louie Danoff a la Brigada de Homicidios. Este le había dicho que telefonaría a la Oficina del Sheriff del condado de Orange. Los cuerpos policiales conservaban informes sobre las muertes producidas bajo su custodia.

Yo consideraba a Will Lenard Miller un tiro al azar intergaláctico. Bill comentó que estaba siendo demasiado optimista. Dijo que deberíamos ir a la Brigada de Homicidios e investigar a algunos testigos.

Llevé una lista. Bell me enseñó tres terminales de ordenador.

Uno de ellos conectaba con el Departamento de Justicia del Estado de California. Suministraba estadísticas personales, alias y los números de las fichas policiales con los antecedentes penales del detenido. Otro terminal conectaba con el Departamento de Tráfico del Estado de California. Este proporcionaba información sobre infracciones, los datos personales de los propietarios de los vehículos, sus direcciones anteriores y la actual. El ordenador «registro inverso» almacenaba datos de ocho estados de la Costa Oeste. Se introducía el nombre del sujeto y se obtenía una dirección y un número de teléfono.

Conocí a Louie Danoff y a John Yarbrough. Trabajaban en el Departamento de Casos No Resueltos. Danoff dijo que Will Lenard Miller no se había suicidado en la cárcel del condado de Orange. Acababa de hablar con su contacto allí, quien, tras hacer algunas comprobaciones, aseguró que el rumor era rotundamente falso. Bill le pidió a Yarbrough que buscara la

pista de Lavonne Chambers. En 1958 tenía veintinueve años. En 1962 trabajaba en un casino de Nevada.

Repasé mi lista de testigos.

El señor George Krycki y esposa, Margie Trawick, Jim Boss Bennett, Michael Whittaker, Shirley Miller, Will Lenard Miller, Peter Tubiolo. Margie Trawick había nacido el 14/6/22. Jim Boss Bennett, el 17/12/17. Michael Whittaker tenía veinticuatro años en 1958. Yo era consciente de que las edades de los testigos reducirían el marco de nuestra investigación.

Bill probó primero con los Krycki. No constaba nada sobre ellos en el Departamento de Justicia ni en el de Tráfico. En el registro inverso encontré algo. George y Anna May Krycki vivían en Kanab, Utah. El ordenador imprimió su dirección y número de teléfono.

Bill probó con Jim Boss Bennett. En el Departamento de Justicia encontré algo. Decía que el expediente policial de Jim Boss Bennett había sido eliminado. Bill comentó que probablemente hubiese muerto. El Departamento de Justicia borraba de su ordenador central a las personas fallecidas. Quería confirmar la muerte de Bennett. Dijo que conocía a un tipo que podía consultar los archivos de la Seguridad Social.

Probamos con Peter Tubiolo. Apareció una mención en el Departamento de Tráfico. Tubiolo tenía setenta y dos años y vivía en Covina.

Probamos con Shirley Miller. Apareció una mención en el Departamento de Tráfico. La dirección coincidía con una de las que constaban en el expediente de Will Lenard Miller. Al pie de la hoja impresa había un asterisco y la palabra «fallecida».

Probamos con Will Lenard Miller. Apareció una mención en el Departamento de Justicia. Su expediente había sido borrado. Bill dijo que el cabrón estaba muerto.

Probamos con Margie Trawick. No constaba en ninguno de los tres

ordenadores. Recordé que Margie había estado casada y se había divorciado o enviudado. Su apellido de soltera era Phillips. Bill probó con Margie Phillips y con la fecha de nacimiento que teníamos. No constaba en el Departamento de Tráfico ni en el de Justicia. El registro inverso suministraba una larga lista. Margie Phillips era un nombre corriente.

Probamos con Michael Whittaker. Aparecía una mención en el Departamento de Tráfico y otra en el de Justicia, bajo el nombre de Michael John Whittaker, así como una dirección de San Francisco en 1986. En Justicia constaba un número de ficha policial y la fecha de nacimiento 1/1/34.

Abrí mi maletín y comprobé el Libro Azul del caso Ellroy. El segundo nombre de Whittaker era John.

Bill anotó el número de la ficha y se lo pasó a una secretaria. Esta dijo que pediría que hicieran una copia del expediente policial de Whittaker y de sus últimos datos conocidos.

Entró John Yarbrough. Le entregó una nota a Bill. Dijo que había llamado a un tipo de la policía de Las Vegas. Este llamó a otro de la Comisión de Juego de Nevada. Localizaron la ficha laboral de Lavonne Chambers en el casino. Llamaron al Departamento de Tráfico del Estado de Nevada y dieron con el dato clave.

Lavonne Chambers era ahora Lavonne Parga. Acababa de renovar el permiso de conducir. Vivía en Reno, Nevada.

Bill quería pillar a Lavonne Chambers desprevenida. No quería llamarla para pedirle una entrevista. Quería sorprenderla antes de que tuviera tiempo de pensar y elaborar sus respuestas.

Volamos a Reno. Ocupamos dos habitaciones en un Best Western. El recepcionista nos dio un plano de la ciudad. Alquilamos un coche y fuimos a la última dirección conocida de Lavonne Chambers.

Estaba fuera del casco urbano de Reno, en una zona medio rural y bastante deprimida. Todo el mundo tenía una camioneta o un todoterreno. Los vehículos estaban relucientes. Las casas daban pena.

Llamamos a la puerta de Lavonne Chambers. Abrió un hombre. Bill le enseñó la placa y le explicó la situación. El hombre dijo que Lavonne era su madre y que estaba en el hospital Washoe County. Había sufrido otro de sus terribles ataques de asma.

El hombre recordaba el asesinato. Entonces era un crío. Dijo que llamaría a su madre para prepararla.

Nos dio la dirección del hospital. Llegamos allí en diez minutos. Una enfermera nos condujo a la habitación.

Lavonne Chambers estaba sentada en la cama, con un tubo de oxígeno en la nariz. No parecía muy enferma. Tenía un aspecto fuerte y robusto.

Parecía perpleja.

Nos presentamos. Bill le explicó que trabajaba para la policía. Yo dije que era el hijo de Jean Ellroy. Lavonne Chambers se me quedó mirando. Le quité

treinta y seis años y la vestí con el uniforme rojo y blanco del Stan's Drive-In. Sentí que me fallaban las piernas y me senté en una silla sin que nadie me invitara a hacerlo.

Bill se sentó a mi lado. Teníamos la cama enfrente, a solo unos palmos. Saqué una pluma y un cuaderno de notas. Lavonne comentó que mi madre era muy guapa. Su voz sonó firme, sin jadeos ni resuellos.

Le di las gracias. Lavonne Chambers dijo que se sentía terriblemente culpable. Las camareras de los autorrestaurantes tenían orden de anotar las matrículas. Eso ayudaba a la policía a echar el guante a quienes se saltaban la revisión del vehículo. Pero ella no había tomado nota de la placa. Mi madre y el hombre que iba con ella parecían gente respetable. Lavonne nunca había lamentado tanto un descuido.

Le pregunté si se acordaba bien de aquella noche. Respondió que sí. Lavonne tenía la costumbre de revivir sus recuerdos como un disco rayado. Quería asegurarse de que nada escapaba a su memoria.

Bill le hizo algunas preguntas generales. Yo sabía que la estaba poniendo a prueba. Sus respuestas encajaron con los detalles que aparecían en el expediente.

Volvamos atrás en el tiempo, le dijo. Lavonne asintió. Para empezar, describió a mi madre y al Hombre Moreno. Dijo que mi madre era pelirroja. Dijo que había atendido a mi madre y al Hombre Moreno en dos ocasiones. Fue incapaz de ubicar sus visitas en orden cronológico. La policía creía que el asesino era de la zona. Mientras trabajó en el Stan's Drive-In no había dejado de mirar a su espalda ni una sola noche. Durante años mantuvo los ojos bien abiertos.

Bill mencionó el asesinato de Bobbie Long. Lavonne dijo que no sabía nada al respecto. Yo apunté que quizá la hubiese matado el mismo hombre. Lavonne preguntó cuándo había sucedido aquello. Respondí que el 23 de

enero del 59. Lavonne dijo que había hablado con la poli durante todo el verano anterior, pero que mucho antes de enero ya habían dejado de ponerse en contacto con ella.

Bill hizo referencia a la rueda de reconocimiento del año 62. Los recuerdos de Lavonne comenzaron a contradecirse con los hechos registrados en el Libro Azul. Dijo que solo había un hombre en la sala de identificación y que ella había sido la única testigo. Confirmó la declaración recogida en el Libro Azul. No estaba segura de que el hombre que vio allí ese día fuera el mismo que había visto con mi madre.

Bill le mostró dos fotografías de la ficha policial de Jim Boss Bennett. Lavonne no consiguió ubicarlo en ningún contexto. Le enseñé los dos retratos robot. Los situó de inmediato.

Volvamos atrás en el tiempo, dijo Bill. Lavonne asintió. Nos llevó otra vez a aquella noche. Yo planteé algunas cuestiones espaciales. Quería saber dónde se encontraba Lavonne exactamente cada vez que había visto al Hombre Moreno. Explicó que los clientes hacían parpadear los faros para indicar que querían la cuenta. Vi coches y ráfagas de luces largas y a Lavonne cargada de bandejas y vislumbres de un hombre que estaba a punto de matar a una mujer.

Mencioné el coche del Hombre Moreno. Bill me interrumpió para preguntarle si conocía bien los coches de la época. La mayoría de las camareras de autorrestaurantes conocían todas las marcas y modelos. ¿También ella sabía reconocer todos los automóviles?

Lavonne dijo que no se le daba bien reconocer los coches, que era incapaz de distinguir las diferentes marcas y modelos. Vi por dónde iba Bill. Le pregunté a Lavonne cómo había podido identificar el coche del Hombre Moreno.

Explicó que había oído un boletín de noticias. La mujer asesinada le

recordó a la pelirroja a quien había atendido el sábado por la noche. Empezó a darle vueltas al asunto. Intentó recordar en qué coche iba la mujer. Habló con su jefe. Este le señaló diferentes automóviles. Así fue como consiguió determinar en qué coche iba la pareja.

Miré a Bill, quien me indicó que lo dejásemos por el momento. Le entregó a Lavonne una copia del Libro Azul del caso Jean Ellroy y le pidió que repasara su declaración. Le dijo que volveríamos más tarde para hablar de ello.

Lavonne dijo que deberíamos volver después de la cena. Nos aconsejó que evitáramos los casinos. La casa siempre gana.

Cenamos en el restaurante del Reno Hilton. Tratamos extensamente acerca del tema del coche.

Apunté que la identificación del vehículo hecha por Lavonne podría estar contaminada. Quizá su jefe la hubiera inducido a error. Su declaración en el Libro Azul era rotunda: el Hombre Moreno conducía un Oldsmobile del 55 o del 56. Quizá Lavonne hubiera señalado el coche equivocado. Quizá la identificación fuese fallida desde el primer momento. Quizá eso hubiera desanimado a Hallinen y Lawton. Eso explicaría que la tarjeta de IBM del expediente estuviese tan poco perforada.

Bill dijo que era posible. A veces los testigos se convencían a sí mismos de que ciertas cosas eran verdad y mantenían su declaración contra viento y marea. Le pregunté si podíamos comprobar los antiguos registros de matriculación de vehículos. Respondió que no: los datos no estaban informatizados y los registros en papel habían sido destruidos hacía mucho tiempo.

Terminamos de cenar y pasamos por la zona del casino. Sentí el

irrefrenable impulso de echar unos dados.

Bill me explicó cómo debía apostar. Las combinaciones me confundieron. «Al carajo», dije, y puse cien dólares sobre la mesa de juego.

La suerte me favoreció cuatro veces seguidas. Gané mil seiscientos dólares.

Regalé cien al crupier y convertí en dinero el resto de las fichas. Bill dijo que debería cambiarme el nombre por el de Bobbie Long Jr.

Lavonne nos esperaba levantada. Había leído su antigua declaración, pero no había despertado nuevos recuerdos.

Le di las gracias por su diligencia, tanto entonces como ahora. Ella repitió que mi madre era realmente guapa.

El viaje a Reno me enseñó algunas cosas. Aprendí a hablar en un registro suave. Aprendí a refrenar mi agresivo lenguaje corporal.

Stoner era mi maestro. Advertí que siguiendo sus indicaciones estaba moldeando mi personalidad detectivesca. Stoner sabía controlar su ego para conseguir que la gente le contara cosas. Yo quería desarrollar esa habilidad, y deprisa. Quería que la gente mayor me contara cosas antes de volverse seniles o de morir.

Me llamó una periodista del *L. A. Weekly*. Quería escribir un reportaje sobre la nueva investigación. Le pregunté si incluiría un número de teléfono gratuito para aportar pistas sobre el caso. Me dijo que lo haría.

El contacto de Bill en la Seguridad Social informó de que Jim Boss Bennett había muerto por causas naturales en 1979. Billy Farrington informó de que la viuda de Jack Lawton aún vivía. La mujer prometió buscar los

viejos cuadernos de notas de Jack en el garaje y llamar si los encontraba. La secretaria de la Brigada de Homicidios llamó a Bill. Había recibido los antecedentes policiales de Michael Whittaker. El expediente constaba de diez páginas. Le expuso los detalles.

Eran penosos y aterradores. Whittaker tenía ahora sesenta años. Era un colgado enganchado a la aguja desde hacía treinta años. Ese hombre había bailado con mi madre en el Desert Inn.

Me reuní con Bill en la Brigada. Hablamos sobre Whittaker.

Bill dijo que tal vez estuviese en San Francisco o en alguna cárcel. Yo señalé que quizá hubiera muerto de sida o por la mala vida. Bill le pidió a la secretaria que hiciera una comprobación en las empresas de suministros públicos. Quería localizar a Whittaker. Teníamos que encontrarlo. Y teníamos que dar con Margie Trawick.

Saqué nuestra copia impresa del registro inverso. Dije que podíamos telefonar a todos los números de Margie Phillips que teníamos. Bill sugirió que primero hiciéramos una comprobación del historial laboral.

Yo había memorizado el nombre y la dirección. Margie Trawick trabajaba en Tubesales, en el 2211 de Tubeway Avenue. Bill consultó una guía Thomas. El lugar quedaba a cinco minutos de donde nos encontrábamos.

Fuimos en coche hasta allí. Era un almacén inmenso y un edificio de oficinas contiguo. Dimos con la jefa de personal. Hablamos con ella. La mujer revisó sus archivos y confirmó que Margie Trawick había trabajado allí desde el 56 hasta el 71. Nos explicó que todos los expedientes personales eran estrictamente confidenciales.

Insistimos. La mujer soltó un suspiro y anotó el número de la casa de Bill. Dijo que llamaría a algunos antiguos empleados y les preguntaría por Margie.

Bill y yo regresamos a la Brigada. Revisamos el Libro Azul del caso Elroy y descubrimos tres nombres más por comprobar.

Roy Dunn y Al Manganiello: dos camareros del Desert Inn. Ruth Schienle: directora de personal de Airtek.

Buscamos información sobre ellos en el ordenador del Departamento de Tráfico. Encontramos cuatro Roy Dunn, ninguna Ruth Schienle y un Al Manganiello en Covina. Consultamos los nombres en el ordenador del Departamento de Justicia. La búsqueda fue infructuosa en los tres casos. Buscamos el nombre de Ruth Schienle en el registro inverso y obtuvimos una posible dirección y teléfono en el estado de Washington.

Bill llamó a Al Manganiello. El teléfono estaba fuera de servicio. Yo llamé a Ruth Schienle. Respondió una mujer.

Tenía veintiocho años y era soltera. No tenía ningún otro familiar llamado Ruth Schienle.

Bill y yo regresamos al condado de Orange. Nos separamos y nos fuimos a casa. Yo me concentré en el expediente. Quería memorizarlo hasta la última palabra. Quería establecer conexiones que nadie había advertido hasta entonces.

Bill me llamó por la noche. Dijo que Margie Trawick había muerto en 1972. Tenía un cáncer terminal. Estaba sentada en un salón de belleza y sufrió una hemorragia cerebral fulminante.

Seguimos el rastro de Michael Whittaker hasta un hotelucho del distrito de Mission, en San Francisco. Bill le telefoneó. Quería hablar del asesinato de Jean Ellroy. Whittaker exclamó: «¡Solo la saqué a bailar!».

Tomamos un taxi hasta su hotel. Whittaker no estaba. El recepcionista nos explicó que había salido apresuradamente con su esposa hacía solo unos minutos. Aguardamos en el vestíbulo. Llegaron putas y drogadictos. Nos dedicaron miradas de extrañeza. Se sentaron por allí y se pusieron a hablar de

tonterías. Escuchamos una decena de chorradas sobre O. J. Simpson. Las opiniones estaban divididas en dos sentidos: a O. J. le habían tendido una trampa, y O. J. se había cargado a la zorra de su mujer de forma justificada.

Esperamos. Vimos un altercado en los bloques de pisos sociales que se alzaban al otro lado de la calle. Un chaval negro entró en el parque infantil y soltó una ráfaga con alguna clase de arma de asalto.

Nadie resultó herido. El chaval escapó corriendo. Parecía un niño contento probando su juguete nuevo. Llegó la policía y echó un vistazo. El tipo de recepción comentó que cosas así sucedían todos los días. A veces los pequeños camellos se disparaban unos a otros.

Esperamos seis horas. Nos acercamos a una tienda de donuts y tomamos un café. Regresamos al hotel. El recepcionista dijo que Mike y su mujer acababan de subir a escondidas a su habitación.

Subimos y llamamos a la puerta. Yo estaba cabreado y exhausto. Whittaker nos invitó a pasar.

Era todo huesos y panza. Llevaba el pelo largo recogido en una cola de caballo, al estilo de los motoristas. No parecía asustado. Parecía débil. Parecía un colgado que hubiera ido a San Francisco para comprar droga y hacerse viejo viviendo de la prestación social.

La habitación medía tres metros por cuatro. El suelo estaba cubierto de frascos de píldoras y novelas policiacas en rústica. La mujer de Whittaker debía de pesar unos ciento treinta kilos. Estaba acostada en un camastro estrecho. La habitación apestaba. Vi bichos en el suelo y una hilera de hormigas junto al zócalo. Bill señaló los libros y comentó: «Puede que tengas algunos admiradores aquí».

Me eché a reír. Whittaker se estiró en la cama. El colchón se hundió hasta tocar el suelo.

No había sillas. No había baño. El lavamanos apestaba como un urinario.

Bill y yo nos quedamos junto a la puerta abierta. Una corriente de aire soplaba en el pasillo. Whittaker y su esposa se mostraron obsequiosos. Empezaron a justificar su vida y los frascos de píldoras que estaban a la vista. Los corté en seco. Quería ir al grano y escuchar la versión de Whittaker sobre lo sucedido aquella noche. Su declaración formal no tenía sentido. Quería que se estrujara el cerebro y recordara.

Bill advirtió que estaba impacientándose y me hizo la señal de que lo dejase hablar a él. Retrocedí y me quedé en el umbral. Bill miró a Whittaker como diciéndole: «No estoy aquí para juzgarte; no estás metido en problemas». Whittaker y su mujer tragaron.

Bill habló. Whittaker habló. La mujer escuchó y miró a Bill. Yo escuché y miré a Whittaker.

Este repasó sus cuarenta y cuatro detenciones. Había cumplido pena de cárcel por todos y cada uno de los delitos de drogas del puto código penal.

Bill le hizo remontarse a junio del 58. Lo llevó hasta el Desert Inn aquella noche. Whittaker dijo que fue allí con «un hawaiano gordo que sabía kárate». El hawaiano gordo «sacudió a unos cuantos tipos». No decía más que chorradas.

No recordaba a la Rubia ni al Hombre Moreno. No recordaba demasiado bien a la víctima. Aquella noche, más tarde, lo detuvieron por ebriedad. La policía lo interrogó la noche siguiente al asesinato y un par de días después. Ahora estaba con la metadona. La metadona le jodía la mente. Solo había ido a aquel bar una vez. No había vuelto más. El lugar le trajo mala suerte. En aquella época tenía un colega llamado Spud, que conocía a aquellos tipos, los hermanos Sullivan. Eran de su mismo pueblo, McKeesport, Pennsylvania. Su propio hermano había muerto de cirrosis. Tenía dos hermanas llamadas Ruthie y Joanne...

Le hice un gesto a Bill de que ya estaba bien de aquello. Asintió y miró a

Whittaker como diciéndole: «Bueno, tranquilízate ya».

Whittaker interrumpió su perorata. Bill le dijo que teníamos que ir al aeropuerto. Me señaló y dijo que yo era el hijo de la mujer fallecida. Whittaker soltó una serie de exclamaciones. Su esposa montó todo un número de lamentos. Yo me enfrié un poco y les solté cien dólares. Era dinero de los dados.

Billy Farrington nos informó de que Dorothy Lawton no encontraba los cuadernos de notas de Jack. Dijo que se pondría en contacto con sus hijos para ver si ellos las tenían.

Conseguí que conectaran a mi línea telefónica otra de llamadas gratuitas. Cambié el mensaje del contestador. Ahora decía: «Si posee información sobre el asesinato de Geneva Hilliker Ellroy, ocurrido el 12 de junio de 1958, por favor deje su mensaje después de la señal». Tenía dos líneas de teléfono y un solo contestador. Todo el que llamaba escuchaba el mensaje sobre el asesinato.

Me llamó un productor del programa *Day One*. Dijo que había leído mi artículo en *GQ*. Habló con alguien de la revista y se enteró de que estaba llevando a cabo una nueva investigación. Quería filmar un reportaje al respecto. Se emitiría a nivel nacional en horario de máxima audiencia.

Acepté. Le pregunté si podría aparecer nuestro número para dejar información. Respondió que sí.

Empecé a sentir cierto desasosiego. La pelirroja estaba haciéndose conocida a una escala enorme. Ella, que vivía en una intimidad compartimentada y rehuía todas las demostraciones públicas. Pero la publicidad era nuestro camino más directo hacia la Rubia. Así era como justificaba ante mí mismo la exposición pública a que la estaba sometiendo.

Bill y yo pasamos cuatro días con el periodista de *L. A. Weekly* y una semana con el equipo de *Day One*. Los llevamos al instituto Arroyo y al restaurante Valenzuela's y a la vieja casita de piedra de Maple. Comimos un montón de mala comida mexicana. Los tipos del Valenzuela's se preguntaban quiénes diablos éramos y qué hacíamos allí con aquellos cámaras, aquel viejo expediente y todas aquellas fotos macabras en blanco y negro. Ninguno de ellos hablaba inglés. Nosotros no hablábamos español. Les dejamos una propina extraordinaria y convertimos el Valenzuela's en nuestro cuartel general en El Monte. Bill y yo llamábamos al local «el Desert Inn». Era el nombre que nos parecía más justo y apropiado. Empecé a amar aquel lugar. La primera visita nocturna me asustó. Las posteriores suavizaron y endulzaron esa impresión. Mi madre había bailado allí. Ahora era yo quien bailaba con ella. Y el baile tenía mucho que ver con la reconciliación.

Conocimos al propietario de mi antigua casa. Se llamaba Geno Guevara. En el 77 se la había comprado a un predicador. Hacía tiempo que los Krycki ya no vivían allí.

A Geno le encantaba la gente de los medios. Los dejó deambular por su jardín y tomar fotos. Pasé un rato dentro de la casa. El interior había sido cambiado y ampliado. Cerré los ojos y eliminé las reformas. Entré en mi dormitorio y en el de mi madre tal como eran entonces. Noté su presencia. La oí. Oí a bourbon Early Times. El baño seguía intacto desde 1958. La vi desnuda. La vi pasarse una toalla entre las piernas.

El instituto Arroyo se convirtió en un plató al aire libre. El equipo de *Day One* nos filmó a Bill y a mí allí. El fotógrafo de *L. A. Weekly* sacó sus propias fotos de la escena del crimen. Los chicos del instituto se arremolinaban alrededor de nosotros. Querían conocer toda la historia. No paraban de reír e intentaban meterse todo el tiempo en el plano de la cámara. En el curso de dos semanas estuvimos en Arroyo cinco o seis veces. Las visitas me parecían

violaciones y vulgarizaciones. No quería que aquel sitio perdiera su poder. No quería convertir King's Row en una calle de común acceso y en una parada cotidiana en el camino público de mi vida.

El Monte estaba convirtiéndose en un lugar benignamente familiar. La metamorfosis resultaba predecible y completamente perturbadora. Yo deseaba que continuara siendo una elipsis, que se escondiera de mí y me mostrara cómo se ocultaba. Quería reclamar mi viejo miedo y aprender de él. Quería quedarme varado en los escasos kilómetros cuadrados de El Monte. Quería desarrollar un instinto de cazador de hombres a partir de ese aislamiento.

Bill y yo terminamos nuestro primer episodio con la prensa. Localizamos a Peter Tubiolo, a Roy Dunn y a la hija de Ellis Outlaw, Jana. Ellos nos remontaron a El Monte en 1958.

Tubiolo tenía ahora setenta y dos años, exactamente el doble que en aquel entonces. Se acordaba de mí. Se acordaba de mi madre. Seguía siendo robusto y de trato afable. Lo habría señalado en una rueda de identificación entre cincuenta tipos. Había envejecido de forma absolutamente reconocible.

Se mostró cálido, gracioso incluso. Dijo que nunca había salido con mi madre y que jamás se explicó de dónde había sacado la policía esa disparatada idea.

La había sacado de mí. Y era cierta. Yo lo vi recoger a mi madre en su Nashville azul y blanco. Mencioné el coche y Tubiolo dijo que le encantaba aquel viejo Nash. Pero no puse en duda lo que decía acerca de mi madre. En aquella época la policía lo descartó como sospechoso. Su aspecto y su aire de sinceridad lo exoneraban ahora. Había enviudado y no tenía hijos. Se lo veía feliz y próspero. Había dejado la escuela Anne LeGore en el 59 y con los años se había convertido en un alto cargo de la administración en el condado

de Los Ángeles. Llevaba una vida apacible y probablemente le quedasen todavía algunos años buenos.

Declaró que nunca había estado en el Desert Inn ni en el Stan's Drive-In. Dijo que yo era un chico muy nervioso y sensible. Contó que por aquella época los chavales mexicanos de Medina Court tenían un truco: se quitaban los zapatos y acudían a la escuela descalzos. En la escuela los obligaban a ir calzados. Era una regla estricta. Tubiolo siempre estaba enviando a su casa a aquellos críos sin zapatos. Mis amigos Reyes y Danny también emplearon aquel truco. Yo me fumé un porro de marihuana con ellos. Fue algo deliraaaaante, oh, sí. Fui con ellos a ver *Los diez mandamientos*. Me pasé todo el rato riéndome de aquel enorme follón sagrado. Reyes y Danny me hacían callar. Eran católicos. Mi madre odiaba a los católicos. Decía que recibían órdenes de Roma. El Hombre Moreno era un hombre caucásico de rasgos mediterráneos. Probablemente fuese católico. Todos mis circuitos mentales volvieron a aquella noche.

Roy Dunn y Jana Outlaw nos llevaron de vuelta al Desert Inn.

Los entrevistamos en su casa. Dunn vivía en Duarte; Jana Outlaw, en El Monte. Ambos eran residentes del valle de San Gabriel.

Dunn recordaba el asesinato. Jana no. En aquel entonces ella tenía nueve años. Dunn solía salir de copas con Harry Andre. Harry frecuentaba el Playroom Bar. Dunn trabajaba en el Playroom y en el Desert Inn. Ellis Outlaw pagaba buenos sueldos. Ellis se asfixió con un trozo de comida en 1969. Ya estaba medio muerto de tanto beber. Myrtle Mawby también había fallecido, al igual que la esposa de Ellis. El Desert Inn había disfrutado de una década dorada. El local funcionó jodidamente bien. Allí tocó Spade Cooley, años antes de que matara a su esposa de una paliza. Ellis introdujo los números con artistas de color. Joe Liggins y unos clones de los Ink Spots actuaron en el Desert Inn. El local era una tapadera de un negocio de apuestas

ilegales. Ellis organizaba partidas de póquer y servía alcohol fuera de horario. Las putas buscaban su clientela en el bar. La comida era buena. Ellis daba de comer a los polis de El Monte con un descuento considerable. Luego vendió el Desert Inn a un tipo llamado Doug Schoenberger. Doug le cambió el nombre por el de The Place, y dejó que prosperaran el juego, la prostitución y las apuestas. Doug estaba conchabado con un expolicía de El Monte llamado Keith Tedrow. Keith vio la escena del crimen de Jean Elroy y difundió un estúpido rumor acerca del cuerpo. Dijo que el asesino le había arrancado un pezón de un mordisco. Keith dejó el Departamento de Policía de El Monte y se trasladó al de Baldwin Park. Murió asesinado en el 71. Estaba aparcado dentro de su coche. Una mujer le pegó un tiro. Alegó enajenación transitoria y se libró de la cárcel. Al parecer Keith estaba forzándola a hacerle una mamada. Doug Schoenberger vendió The Place y se mudó a Arizona. Murió asesinado a mediados de los ochenta. El crimen quedó sin resolver. El principal sospechoso era el hijo de Doug.

Roy y Jana conocían el Desert Inn. Pero no recordaban mucho del lugar. Andaban escasos de información de interés.

Nosotros necesitábamos nombres.

Necesitábamos los nombres de los viejos asiduos del Desert Inn y de los locales de copas del valle de San Gabriel. Teníamos que averiguar con quiénes se relacionaban en 1958. Teníamos que establecer un amplio abanico de amistades y conocidos. Teníamos que descubrir nombres que encajaran con las características físicas de la Rubia y del Hombre Moreno. Teníamos que crear un círculo concéntrico de nombres cada vez más amplio. Teníamos que encontrar dos nombres en un lugar inmenso y en un tiempo lejano.

Roy y Jana nos dieron tres:

Una antigua camarera del Desert Inn, que ahora trabajaba en un Moose

Lodge de la zona. Una antigua camarera del Stan's Drive-In. Una antigua encargada de barra del Desert Inn.

Encontramos a las dos primeras. No sabían nada del caso Jean Elroy ni pudieron aportar nombre alguno. Roy y Jana se habían equivocado tanto en el tiempo como en los locales. La segunda atendía a los coches en el Simon's Drive-In. La otra no había trabajado en el Desert Inn, sino en The Place. La clientela de este último era mucho más joven.

Bill y yo volvimos a centrarnos en el Desert Inn. Lo situamos en el contexto de finales de junio de 1958.

Ellis Outlaw tenía que cumplir una sentencia por conducir en estado de ebriedad. Ellis servía a los palurdos de la zona y a apostadores ilegales. Servía a matones locales y a sus compinches con mierda que esconder de los policías. Margie Trawick vio a la Rubia y al Hombre Moreno solo una vez. Myrtle Mawby también. Margie trabajaba a tiempo parcial. Myrtle también. El Hombre Moreno era probablemente un tipo de la zona. El Desert Inn se había convertido en el local de moda. Era muy posible que el Hombre Moreno hubiera estado allí antes de esa noche y hubiera dejado su imagen en un centenar de bancos de memoria. Hallinen y Lawton se pasaron todo el verano apostados delante del Desert Inn. Anotaron multitud de nombres que quedaron registrados en sus cuadernos de notas. Era posible que alguna gente les hubiera mentido. Era posible que alguna gente los conociera. Era posible que la Rubia le debiera dinero a Ellis Outlaw. Era posible que el Hombre Moreno le comentase a alguien que la enfermera era una jodida calentapollas. Era posible que alguna gente opinara que la muy puta se lo había buscado. Era posible que alguna gente hubiera mentido a la policía.

Bill y yo estuvimos de acuerdo.

Nuestro crimen se había representado dentro de unos límites muy

estrechos. La Rubia y el Hombre Moreno habían tenido suerte y habían escapado a través de las rendijas.

Teníamos que descubrir dos nombres y relacionarlos con un fugitivo que seguía oculto.

Kanab, Utah, quedaba justo por encima de la frontera con Arizona. La calle mayor tenía tres manzanas de largo. Los hombres del lugar llevaban botas vaqueras y parkas de nailon. La temperatura era veinte grados más baja que en el sur de California.

El trayecto nos llevó a través de Las Vegas y por paisajes de suaves colinas. Ocupamos dos habitaciones en un Best Western y nos acostamos pronto. Habíamos quedado para vernos con George y Anna May Krycki por la mañana.

Bill había llamado a la señora Krycki un par de días antes. Yo escuché la conversación desde un supletorio. En 1958 la señora Krycki tenía una voz chillona. En la actualidad sonaba igual de estridente. Mi padre solía burlarse del movimiento espasmódico de sus manos.

No podía creer que la policía siguiera interesada en un caso tan antiguo. Se refirió a mí como «Leroy Ellroy». Dijo que era un crío espástico. Su marido había intentado enseñar a Leroy Ellroy a manejar una escoba, pero había sido incapaz de aprender.

La señora Krycki accedió a ser entrevistada. Bill le dijo que iría a verla con su compañero. Pero no le explicó que su compañero era Leroy Ellroy.

Bill se pasó dos días tomándome el pelo. Me llamaba Leroy y no paraba de preguntarme: «¿Dónde tienes la escoba?». La señora Krycki había declarado a la policía que Jean Ellroy nunca bebía. Una noche yo había llegado a casa y había encontrado a mi madre y a ella bastante trompas.

La casa de los Krycki en Kanab se parecía mucho a la que tenían en El Monte. Era pequeña y sencilla y estaba bien cuidada. Al llegar encontramos al señor Krycki barriendo el camino de acceso. Recordé su postura más que su rostro. Bill comentó que tenía una gran técnica con la escoba.

Nos apeamos del coche. El señor Krycki dejó la escoba y se presentó. La señora Krycki salió de la casa. Al igual que Peter Tubiolo, había envejecido de forma reconocible. Se la veía fuerte y con buena salud. Se acercó a nosotros e invadió nuestro espacio corporal colectivo. Nos saludó con gestos rápidos y nerviosos como aquellos de los que solía burlarse mi padre.

Nos invitó a entrar a la casa. El señor Krycki se quedó fuera con su escoba. Tomamos asiento en el salón. La tapicería del mobiliario era chillona y desparejada: un batiburrillo de cuadros escoceses, rayas, dibujos geométricos y motivos florales. El efecto general era de agitación.

Bill se presentó y enseñó la placa. Yo pronuncié mi nombre. Esperé un instante y añadí que era el hijo de Jean Ellroy.

La señora Krycki gesticuló un poco y se sentó sobre las manos. Me dijo que había crecido mucho. Agregó que era el chico más espástico que había visto en su vida. Ni siquiera podía manejar una escoba. Dios sabía que su marido había intentado enseñarme. Comenté que las escobas nunca habían sido mi fuerte. La señora Krycki no se rio.

Bill le dijo que queríamos hablar de Jean Ellroy y de su muerte. Necesitábamos que fuese absolutamente sincera.

La señora Krycki empezó a hablar. Bill me dirigió un gesto de «No la interrumpas».

La mujer dijo que la afluencia de mexicanos había hecho que ella y George se marcharan de El Monte. Los mexicanos habían destruido el valle de San Gabriel. Su hijo, Gaylord, vivía ahora en Fontana. Tenía cuarenta y nueve años y cuatro hijas. Jean era pelirroja. Hacía palomitas de maíz y se las comía

con cuchara. Jean había respondido a un anuncio en el periódico y había alquilado la casita de atrás. «Creo que este lugar será seguro», había dicho. Ella pensaba que Jean se estaba escondiendo en El Monte.

La señora Krycki se calló. Bill le pidió que explicara su último comentario. La mujer dijo que Jean era culta y refinada. Demasiado cualificada para lo habitual en El Monte. Le pregunté por qué pensaba tal cosa. La señora Krycki respondió que Jean leía libros condensados publicados por el *Reader's Digest*. Ella destacaba en El Monte. No pertenecía a aquel lugar. Había ido a El Monte por alguna misteriosa razón.

Bill le preguntó de qué solía hablar Jean. La señora Krycki dijo que hablaba de sus aventuras en la escuela de enfermería. Le pedí que describiese aquellas aventuras, pero ella dijo que no recordaba nada más.

Le pregunté a la señora Krycki acerca de la relación de mi madre con los hombres. Contestó que salía casi todos los sábados por la noche. Nunca llevaba hombres a casa. Nunca alardeaba de conocer a hombres. Ni siquiera hablaba de ellos. Le pregunté acerca de la relación de mi madre con la bebida. Se contradijo respecto a sus antiguas declaraciones.

En una ocasión George había notado que el aliento de Jean olía a alcohol. Otro día encontró dos botellas vacías entre los matorrales. Jean llevaba las botellas a casa en bolsas de papel marrón. Casi siempre se la veía cansada. El matrimonio Krycki sospechaba que era alcohólica.

La señora Krycki se calló. La miré a los ojos y asentí. Entonces soltó una retahíla de datos acerca de mi madre.

Jean tenía un pezón deformado. La señora Krycki había visto el cuerpo en el depósito de cadáveres. La tenían bajo una sábana. Sus pies sobresalían. Ella los reconoció. Jean siempre andaba descalza por el jardín. La policía revisó su factura de teléfono, pero no se ofreció a pagar las llamadas.

La señora Krycki se calló. Bill le preguntó por lo sucedido los días 21 y 22

de junio del 58. Lo que contó encajaba con los informes del Libro Azul.

El señor Krycki entró en el salón. Bill le pidió que contase lo que recordaba de aquellos dos días. Su versión coincidía prácticamente con la de su esposa. Le pedí que describiese a mi madre. Dijo que era una mujer atractiva, de las que no solían verse en El Monte. Anna May la conocía mucho mejor que él.

El señor Krycki parecía incómodo. Bill sonrió y le dijo que habíamos terminado con las preguntas. El hombre le devolvió la sonrisa y se marchó.

La señora Krycki dijo que había una cosa que nunca le había contado a la policía.

Yo asentí. Bill asintió. La mujer empezó a hablar.

Había sucedido hacia el 52. Por entonces vivía en Ferris Road, El Monte. Gaylord tenía seis o siete años. Ella ya se había separado de su primer marido.

Solía hacer la compra en un supermercado cercano, propiedad de una familia de apellido LoPresti. El cajero hizo de Cupido: le dijo que su tío John tenía muchísimas ganas de salir con ella. John LoPresti rondaba la treintena. Era alto, de cabello oscuro y tez aceitunada.

Ella accedió a salir con él. La llevó al Coconino Club. Bailaron. Al hombre se le daba bien el baile. Era «meloso y astuto».

Salieron del Coconino y fueron a Puente Hills. LoPresti detuvo el coche y empezó a manosearla con descaro. Ella le dijo que parase y él le dio un bofetón. Ella se bajó del coche. Él la agarró, la arrojó al asiento trasero y trató de arrancarle la ropa.

Ella se resistió. El hombre se corrió y se limpió los pantalones con un pañuelo. Le dijo: «Ya te he dado lo tuyo» y «Ahora ya no tienes de qué preocuparte». La llevó de regreso a casa. No volvió a tocarla. La mujer no llamó a la policía. Estaba en pleno litigio con su ex por la custodia del niño.

No quería hacer público un suceso que podía manchar su reputación. Vio a LoPresti dos veces más.

Iba caminando por la calle. Él pasó con el coche por su lado y la saludó. Le preguntó si quería que la llevara a alguna parte. Ella no le hizo caso.

Volvió a verlo dos años más tarde. Estaba en el Coconino con George. LoPresti la invitó a bailar, pero ella lo ignoró. Ella previno a Jean Elroy sobre aquel hombre... justo antes de que saliera aquel sábado por la noche.

La historia resultaba sórdida pero sonaba auténtica. El final olía a ficticio. Demasiado forzado, demasiada coincidencia.

LoPresti vivía en la zona. Era italiano. Era un depredador nocturno. Cerré los ojos y reviví la escena de Puente Hills. Añadí un coche y unas ropas acordes con la época. Le puse las facciones de John LoPresti al Hombre Moreno.

Teníamos un sospechoso de verdad.

Volvimos al condado de Orange. Hablamos de John LoPresti sin parar. En 1952 John era un agresor sexual chapucero. Seis años más tarde su conducta se habría vuelto más refinada y retorcida. Bill se mostró de acuerdo. LoPresti era nuestro primer sospechoso en firme.

El trayecto nos llevó trece horas. Llegamos hacia medianoche. Dormimos para recuperarnos del viaje y a la mañana siguiente fuimos a El Monte.

En el Museo de El Monte buscamos los directorios telefónicos de 1958. En las Páginas Amarillas aparecían ocho supermercados.

Jay's en Tyler. Jay's en Central. The Bell Market en Peck Road. Crawford's Giant Country Store en Valley. Earp's Market y The Foodlane en Durfee. The Tyler Circle en Tyler. Fran's Meats en Garvey.

Ningún LoPresti Market. Ninguna lista de establecimientos de

especialidades italianas.

Consultamos las Páginas Blancas. En la mayoría de las entradas personales figuraban entre paréntesis la ocupación y el nombre de la esposa del titular. Buscamos en la ele y encontramos dos entradas.

LoPresti, John (Nancy) (Mecánico) – 10806 Frankmont.

LoPresti, Thomas (Rose) (Vendedor) – 3419 Maxson.

Frankmont quedaba cerca del 756 de Maple. Maxson estaba próxima al Stan's Drive-In y al Desert Inn.

Fuimos a la Brigada. Buscamos a los cuatro LoPresti en los ordenadores del Departamento de Tráfico y del Departamento de Justicia. No encontramos nada sobre Thomas y Rose. En cambio, había datos sobre John y Nancy.

Nancy tenía un permiso de conducir vigente expedido en el estado de California. La hoja de la impresora indicaba la dirección actual y la antigua de Frankmont. La fecha de nacimiento era 16/8/14. John vivía en Duarte. Señalé unos números extraños junto a la dirección. Bill me explicó que se trataba de un parque de caravanas. John tenía sesenta y nueve años. Medía poco más de un metro ochenta, pesaba casi cien kilos y sus ojos eran azules.

Yo señalé los datos de peso y estatura; Bill, los de edad y color de ojos. El cabrón no coincidía en nada con la descripción del Hombre Moreno.

Duarte quedaba unos cinco kilómetros al norte de El Monte. El parque de caravanas era un lugar espantoso. Los remolques, apretujados sin apenas espacio entre ellos, eran viejos y estaban muy deteriorados por la intemperie.

Encontramos la caravana número 16 y llamamos al timbre. Un viejo abrió la puerta. Coincidía con los datos del permiso de conducir de nuestro hombre. Tenía ojos azules y facciones amplias. Su rostro lo exoneraba.

Bill le enseñó la placa y le preguntó cómo se llamaba. El hombre

respondió que John LoPresti. Bill dijo que quería hacerle algunas preguntas acerca de un asesinato cometido mucho tiempo atrás. John nos invitó a pasar. No se mostró nervioso o intranquilo, ni reconoció o negó su culpabilidad.

Entramos en su caravana. El interior medía unos dos metros de ancho como máximo. Las paredes estaban decoradas con desplegados de *Playboy*, montados con cuidado y plastificados con acabado brillante.

John se sentó en un viejo sillón reclinable; Bill y yo, en la cama. Bill le hizo un resumen del caso Jean Ellroy. John dijo que no lo recordaba.

Bill comentó que estábamos buscando a la antigua gente de El Monte. Queríamos averiguar cómo era la movida del lugar a finales de los años cincuenta. Y sabíamos que por entonces él vivía en Frankmont.

John aseguró que no se trataba de él, sino de su difunto tío Tom y de su tía Nancy. Por aquel entonces él vivía en La Puente. A El Monte solo iba a divertirse. Su tío Tom tenía un supermercado allí. El Monte era un lugar con mucha marcha.

Le pregunté qué locales solía frecuentar. Respondió que el Coconino y el Desert Inn. A veces iba al Playroom, que estaba detrás del Stan's Drive-In. Allí servían chupitos de whisky a veinticinco centavos.

Bill le preguntó si lo habían detenido alguna vez. John contestó que lo habían arrestado por conducir borracho. Me mostré escéptico y le pregunté: ¿Qué más? Añadió que lo habían detenido en el 46. Alguien le había cargado con un rollo guarro.

Le pregunté: ¿Qué clase de rollo guarro? Dijo que alguien había metido un libro porno por debajo de la puerta de una mujer. Lo culparon a él.

Bill dijo que necesitábamos nombres. Queríamos encontrar a los asiduos del antiguo Desert Inn. Queríamos encontrar a todos los ligones de bar que hubieran pasado alguna vez por Five Points.

John encendió un cigarrillo. Dijo que al día siguiente iban a someterlo a

una operación a corazón abierto. Necesitaba todo el placer que pudiera conseguir.

Insistí: Danos algunos nombres. John dejó caer ocho o diez. Le pedí también los apellidos. John dijo: «Al Manganiello». Bill le informó de que ya andábamos buscándolo. Dijo que Manganiello trabajaba en el club de campo de Glendora.

Lo presioné para que nos diera más nombres. Bill también lo presionó. Enumeramos todos los locales de El Monte y le pedimos que nombrara a los clientes que iban a cada uno. John no pudo proporcionarnos un solo nombre.

Me dieron ganas de joderlo vivo.

Nos han dicho que las mujeres iban locas detrás de usted, solté. John contestó que era cierto. Hemos oído que le iban mucho las mujeres, añadí. Él asintió. Dicen que se lo montaba con muchas tías. John respondió que con más de la cuenta. Bill dijo: Hemos oído que agredió a una mujer llamada Anna May Krycki y que eyaculó precozmente sobre ella.

John se estremeció, sacudió la cabeza y negó que fuese culpable de aquello. Le dimos las gracias y nos fuimos.

Profundizamos en el caso. Hurgamos en archivos de memoria defectuosos. Registramos información. Desenterramos nombres.

Desenterramos nombres de pila y apellidos y apodos y nombres completos y descripciones que encajaban y no encajaban. Sacamos nombres del expediente. Sacamos nombres de antiguos policías. Sacamos nombres de viejos borrachos y de presos de El Monte. Trabajamos en el caso durante ocho meses. Cultivamos nombres y cosechamos nombres. Creamos un círculo concéntrico de nombres en constante expansión. Nos enfrentábamos con un territorio extenso y con un plazo de tiempo perdido muy amplio.

Insistimos.

Encontramos al antiguo agente Bill Vickers. Recordaba las dos investigaciones. Creían andar tras un doble asesino. Pensaban que a la enfermera y a la muchacha del hipódromo las había estrangulado el mismo tipo. Le pedimos nombres. No pudo darnos ninguno.

Encontramos a Al Manganiello. Nos proporcionó los mismos nombres que Roy Dunn y Jana Outlaw. Nos habló de una antigua camarera de un autorrestaurante en Pico Rivera. La encontramos. Estaba senil. No recordaba nada de finales de los años cincuenta.

Encontramos a los hijos de Jack Lawton. Se comprometieron a buscar los cuadernos de notas de su padre. Los buscaron, pero no dieron con ellos. Suponían que su padre debía de haberlos tirado.

Encontramos a Vic Caballero, excapitán de la Oficina del Sheriff de Los

Ángeles. Recordaba la escena del crimen de Jean Ellroy. No se acordaba de nada de la investigación ni tampoco del asesinato de Bobbie Long. Dijo que detuvieron a un tipo del LAPD a finales de los años cincuenta. Circulaba borracho por Garvey al doble de la velocidad permitida. Con él iba una mujer, una camarera del Stan's Drive-In. La mujer declaró que el poli le había pegado, pero se negó a presentar denuncia. El tipo era gordo y rubio. Cavallero no recordaba su nombre, pero sí que era un completo gilipollas.

Encontramos a un expolicía de El Monte, Dave Wire. Le pedimos nombres y dijo que tenía un sospechoso. Se trataba de un ex poli de El Monte, ya fallecido, llamado Bert Beria. Era alcohólico y estaba muy loco. Maltrataba a su mujer y conducía su coche patrulla a toda velocidad por la autopista de San Bernardino. Se parecía mucho a uno de aquellos viejos retratos robot. Frecuentaba el Desert Inn y era capaz de violar lo que se le pusiese por delante. Wire dijo que deberíamos investigar a Bert. También que habláramos con la exmujer de Keith Tedrow, Sherry, que sabía mucho de la movida de los bares de El Monte.

Encontramos a Sherry Tedrow. Nos dio tres nombres. Teníamos que buscar a dos camareras del Desert Inn y a un gordo llamado Joe Candy. Joe le había prestado dinero a Doug Schoenberger para que comprase el Desert Inn.

Hicimos algunas comprobaciones en el ordenador. Joe Candy y la primera camarera habían muerto. Encontramos a la segunda camarera. No había trabajado en el Desert Inn, sino en The Place. No sabía nada acerca de la movida de El Monte a finales de los años cincuenta.

Hablamos con Wayne Clayton, jefe de policía de El Monte . Nos enseñó una foto de Bert Beria tomada en 1960. No se parecía en nada al Hombre Moreno. Era demasiado viejo y demasiado calvo. Clayton dijo que había asignado a dos detectives para que investigaran al viejo Bert y nos presentó al sargento Tom Armstrong y al agente John Eckler. Les explicamos la

situación y les entregamos una fotocopia del Libro Azul. Revisaron los archivos que se conservaban en la comisaría. Pensaban que podría haber algún expediente sobre Jean Ellroy elaborado de forma independiente por el Departamento de Policía de El Monte.

Encontraron un número de expediente. Descubrieron que el que buscaban había sido destruido hacía veinte años.

Armstrong y Eckler interrogaron a la viuda y al hermano de Bert Beria. Ambos consideraban a Bert un misántropo y un mierda en todos los sentidos. Pero no creían que hubiera matado a Jean Ellroy.

Encontramos a la hija de Margie Trawick. Recordaba el caso. Por aquel entonces tenía catorce años. Cuando le pedimos nombres no supo darnos ninguno.

Encontramos a un agente que estaba muy puesto al día en cuestiones de informática. En su ordenador personal guardaba un registro inverso sobre personas que abarcaba los cincuenta estados. Introdujo el nombre de Ruth Schienle y obtuvo una extensa lista de mujeres que se llamaban así. Bill y yo nos pusimos en contacto con diecinueve de ellas. Ninguna era la nuestra. Seguirle el rastro a una mujer resultaba difícil. Se casaban y se divorciaban, y su pista se perdía con los cambios de apellido.

Volvimos al Libro Azul del caso Ellroy. Seleccionamos cuatro nombres. Por un lado estaban Tom Baker, Tom Downey y Salvador Quiroz Serena. Los tres habían quedado libres de toda sospecha. Serena trabajaba en Airtek. Se había jactado de que «podría haberse tirado» a mi madre. También encontramos el nombre de Grant Surface. Se había sometido al detector de mentiras el 25/6/59 y el 1/7/59. Los resultados fueron «no concluyentes». Ciertas «dificultades psicológicas» fastidiaron las pruebas. Buscamos a Baker, Downey, Serena y Surface en el registro inverso de los cincuenta estados y en los ordenadores de los departamentos de Tráfico y Justicia. No

obtuvimos datos de Surface ni de Serena. En cambio, conseguimos muchos de tipos llamados Baker y Downey. Los llamamos a todos. No encontramos a los nuestros.

Bill llamó a Rick Jackson, de la Brigada de Homicidios del LAPD. Jackson repasó los casos de violación con estrangulamiento y de muertes por golpes y estrangulamiento en el período comprendida entre los asesinatos de Ellroy y de Long. Encontró dos en los archivos. Ambos estaban resueltos y adjudicados a los verdaderos autores.

La víctima número uno se llamaba Edith Lucille O'Brien. Había sido asesinada el 18/2/59. Tenía cuarenta y tres años. La mataron a golpes y abandonaron el cuerpo en una colina de Tujunga. Le habían bajado los pantalones del todo y tenía el sujetador por encima de los pechos. La muerte parecía producto de una agresión sexual frenética.

Edith O'Brien frecuentaba los bares de Burbank y Glendale. Se ligaba a hombres y se acostaba con ellos. Fue vista por última vez en el Bamboo Hut, en la carretera de San Fernando. Se había marchado con un tipo que conducía un Oldsmobile del 53. Más tarde el hombre volvió al Bamboo Hut sin la chica. Habló con otro cliente y le dijo que Edith estaba fuera en el coche. Se le había caído un plato de espaguetis en el asiento delantero. Los hombres juntaron las cabezas y hablaron en voz baja. El tipo del coche se quedó en el bar. El otro salió del local.

De acuerdo con el informe del forense, el asesino había atado con fuerza a la víctima por las muñecas y probablemente la había golpeado con una llave inglesa. El LAPD detuvo a un tal Walter Edward Briley, quien fue juzgado y condenado. Tenía veintiún años. Era alto y corpulento. Sentenciado a cadena perpetua, salió en libertad condicional en 1978.

Un hombre llamado Donald Kinman violó y estranguló a dos mujeres, Ferne Wessel y Mary Louise Tardy, el 6/4/58 y el 22/11/59 respectivamente.

Kinman conoció a la víctima número uno en un bar. Alquiló una habitación de hotel y la mató allí. A la víctima número dos también la conoció en un bar. La mató en un remolque del parque de caravanas de su padre. Había dejado huellas dactilares en ambas escenas del crimen. Kinman se entregó voluntariamente y confesó. Era un hombre corpulento y de pelo rizado. Fue declarado culpable de dos asesinatos y pasó veintiún años en prisión.

Kinman me intrigó. Se trataba de un asesino que solo había matado en dos ocasiones. Era más volátil que el Hombre Moreno. Era puramente autodestructivo. Comprendí que el desencadenante era el alcohol. La cantidad de licor perfecta y la mujer perfecta se habían cruzado en su camino dos veces. Dijo: «No sé qué me sucedió, pero sentí que era algo que tenía que hacer».

Bill y yo discutimos sobre si el Hombre Moreno era un asesino en serie. Bill opinaba que sí. Yo disentía. Tratamos la cuestión cientos de veces. Bill propuso que contactáramos con un especialista en perfiles psicológicos.

Carlos Ávila trabajaba para el Departamento de Justicia del Estado. Enseñaba procedimientos para elaborar perfiles criminológicos. Impartía seminarios. Llevaba nueve años trabajando para la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff y conocía el trasfondo geográfico. Teníamos que encargarle un perfil sobre los casos Ellroy y Long.

Bill telefoneó a Carlos Ávila. Le prestamos nuestros expedientes. Él los estudió y redactó un informe.

SUJETO DESCONOCIDO;

GENEVA «JEAN» HILLIKER ELLROY; VÍCTIMA (FALLECIDA);

ALIAS JEAN ELLROY;

22 DE JUNIO DE 1958;

ELSPETH «BOBBIE» LONG; VÍCTIMA (FALLECIDA);

23 DE ENERO DE 1959;

OFICINA DEL SHERIFF DEL CONDADO DE LOS ÁNGELES;

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA;
HOMICIDIOS (ANÁLISIS CRIMINOLÓGICO)

El siguiente análisis criminológico ha sido elaborado por el analista de perfiles criminales Carlos Ávila, asesor privado, en colaboración con la agente especial Sharon Pagaling, de la Oficina de Investigación del Departamento de Justicia de California. El análisis se ha basado en una minuciosa revisión de los materiales relativos al caso aportados por el sargento retirado de la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles, William Stoner, y por James Ellroy, hijo de la víctima Jean Ellroy. Las conclusiones son el resultado del conocimiento obtenido a través de la experiencia personal, la formación académica y las numerosas investigaciones llevadas a cabo por estos analistas criminólogos.

Este informe no puede sustituir a una investigación exhaustiva bien planificada, y no debe considerarse en ningún caso completo. La información aportada se basa en la revisión y el análisis de casos criminales similares a los remitidos por el sargento (retirado) Stoner, de la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles.

Para este análisis se han revisado dos delitos sin conexión. Tras el estudio de los datos remitidos, y después de reflexionar sobre los dos casos, este informe presentará la descripción del tipo de personalidad singular de quien podría considerarse responsable de la muerte de las víctimas Ellroy y Long.

VICTIMOLOGÍA

El examen de los antecedentes de las víctimas es un aspecto importante del proceso de análisis. Su vulnerabilidad, su propensión a ser objeto de un crimen violento, fue examinada conjuntamente con un análisis de su estilo de vida, su conducta, su historia personal y sus costumbres sociales y sexuales. En concreto, se valoró qué riesgo corrían de convertirse en víctimas de un crimen violento.

La víctima Jean Ellroy era una mujer blanca, de 43 años, 1,63 de estatura, 58 kilos de peso aproximadamente y cabello pelirrojo. Estaba divorciada y en 1958 se había trasladado con su hijo menor de edad a una casa de alquiler bien cuidada en El Monte, California. Desde 1956 trabajaba como enfermera en una empresa de Los Ángeles. La víctima Ellroy era atractiva y los fines de semana, mientras su hijo visitaba al padre, frecuentaba los clubes nocturnos de la zona. Los caseros de Jean Ellroy la describen como una inquilina tranquila que parecía disfrutar de la soledad con su hijo. Se la describe como una mujer reservada acerca de su vida personal y que tenía pocos amigos íntimos. Tras su muerte, los caseros informaron de que habían encontrado botellas de licor vacías entre los matorrales junto a la casa de la víctima y en el contenedor de basura.

Los caseros declararon que el sábado 21 de junio de 1958 la vieron salir en coche de su domicilio hacia las 20.00 horas. Otros testigos declararon que más tarde esa noche vieron a la víctima Ellroy en compañía de un varón adulto sin identificar en un autorrestaurante, hacia las 22.00 horas; luego,

bailando en un club nocturno hacia las 22.45; y, finalmente, otra vez en el autorrestaurante, sobre las 2.15 de la madrugada del día siguiente. El cuerpo fue descubierto cerca de un instituto próximo el 22 de junio de 1958, aproximadamente a las 10.00 horas. La zona donde fue vista por última vez estaba considerada «de baja criminalidad», sin que constaran denuncias previas de secuestros, agresiones sexuales o delitos parecidos.

El riesgo de que Elroy se convirtiera en víctima de un crimen violento era elevado debido a su costumbre de frecuentar clubes nocturnos, de socializar con personas a las que no conocía bien y de consumir bebidas alcohólicas. En la fecha de su muerte, el riesgo era aún más elevado debido a sus circunstancias personales: una mujer a solas en un coche con un hombre.

La víctima Bobbie Elspeth Long era una mujer blanca, de 52 años, 1,65 de estatura, un peso aproximado de 60 kilos y cabello rubio oscuro. Estaba divorciada y vivía sola en un pulcro apartamento de dos habitaciones en Los Ángeles, que tenía alquilado desde hacía cuatro años. Long trabajaba de camarera en un restaurante cercano, donde hacía el turno de noche. Varias personas que la conocían declararon que a Long le gustaba apostar a los caballos y que había contraído deudas con un corredor de apuestas. La describieron como una mujer reservada en lo que a su vida personal y a su historia familiar se refería. Long solía mentir sobre su edad y tras su muerte se determinó que tenía ocho años más de los que declaraba. Se decía que le gustaba salir en compañía de distintos hombres, pero que no solía mantener relaciones sexuales con ellos a menos que considerase que tal contacto podía ser lucrativo para ella. Un registro del apartamento de Long después de su muerte reveló la presencia de botellas de licor escondidas. Según las descripciones, Long era de natural confiada y extrovertida.

El cuerpo de Bobbie Long fue descubierto aproximadamente a las 2.30 horas del viernes 23 de enero de 1959, junto a la cuneta de una carretera en la población de La Puente. El día anterior Long había tomado el autobús hasta el hipódromo de Santa Anita donde, según varios testigos, apostó en diversas carreras a lo largo del día. Personas que la conocían consideraron muy posible que en el hipódromo aceptara la proposición por parte de algún desconocido de llevarla a casa en coche, si el hombre le pareció medianamente aceptable.

La zona en la que Long fue vista por última vez estaba considerada «de baja criminalidad», sin que constaran denuncias previas de secuestros, agresiones sexuales o delitos parecidos.

El riesgo de que Long se convirtiera en víctima de un crimen violento era elevado debido a su personalidad confiada, su tendencia al juego y a endeudarse, y su predisposición a subirse en coches con desconocidos.

En general, y basándonos en las circunstancias mencionadas en ambos casos, creemos que el agresor tenía cierto grado de relación con las víctimas y que al principio, durante cierto período de tiempo indeterminado, estas estuvieron en su compañía de buen grado.

Los informes forenses aportan una evaluación de las lesiones sufridas por las víctimas y no es preciso reiterar tales datos. Sin embargo, se comentarán ciertos puntos que deben tenerse en cuenta en el análisis general de estos crímenes.

El patólogo determinó que la muerte de la víctima Ellroy se había producido por asfixia debida a estrangulamiento con ligaduras. El cuerpo también presentaba profundas laceraciones en el cuero cabelludo y una abrasión menor en el párpado superior del ojo derecho. El frotis vaginal señaló la presencia de espermatozoides. Se observó que la víctima estaba en la última fase de su período menstrual. Las pruebas toxicológicas realizadas mostraron que tenía un nivel de alcohol en sangre del 0,08 por ciento.

La causa de la muerte de la víctima Long fue también asfixia debida a estrangulamiento con ligaduras. No obstante, la víctima Long presentaba una fractura craneal con contusiones cerebrales como resultado de visibles laceraciones con incisión, causadas por golpes con un objeto contundente. Estas laceraciones tenían forma de media luna con los bordes claramente definidos. La víctima presentaba asimismo una fractura con separación en el sexto espacio intervertebral cervical.

Ambas víctimas fueron estranguladas con medias de nailon. Además de la media, la víctima Ellroy tenía una cuerda de persiana o del tipo «de tender» firmemente enrollada en torno al cuello. En la vagina de la víctima Long se advirtió también presencia de espermatozoides. El índice de alcohol en sangre resultó ser del cero por ciento.

ANÁLISIS DE LA ESCENA DEL CRIMEN

Aunque no hemos intentado realizar ninguna reconstrucción cronológica precisa de ambos crímenes, procederemos a describir ciertas observaciones respecto a las escenas en que se cometieron y sobre su significado en relación con el agresor. Examinadas individualmente, ninguna de las dos escenas del crimen proporciona evidencias forenses abundantes. Sin embargo, una vez analizadas, el comportamiento demostrado por el agresor en el lugar resulta más significativo.

La víctima Ellroy fue vista por última vez con vida entre las 2.15 y las 2.30 horas del 22 de junio de 1958 en compañía de un varón con el que había estado antes esa misma noche.

A las 10.00 horas del mismo día fue encontrada tendida en una acera cubierta de hiedra junto un instituto de la población de El Monte. La víctima estaba vestida, aunque le faltaban las bragas y tenía el sujetador desabrochado y subido hasta el cuello. La media de la pierna izquierda estaba bajada hasta el tobillo y la otra atada en torno al cuello junto con un pedazo de cuerda. A la víctima le habían cubierto la mitad inferior del cuerpo con su propio abrigo.

Al parecer la víctima había mantenido relaciones sexuales consentidas, a pesar de la menstruación. Durante la autopsia se encontró un tampón en su vagina.

Poco después de consumar la relación sexual, el agresor golpeó a la víctima con un objeto contundente que tenía a mano, tras lo cual utilizó la cuerda y, por último, la media de la víctima. La ausencia manifiesta de heridas defensivas indican que es improbable que al principio se produjera

ningún intento de resistencia o pelea. Según informes de testigos, la mujer parecía estar a gusto en compañía del agresor y posiblemente nunca lo percibió como una amenaza para su integridad física.

Después de marcharse del Stan's Drive-In, es muy probable que el agresor llevara el coche directamente al lugar donde la víctima fue encontrada. El agresor conocía el lugar y lo escogió porque estaba apartado de la vista y porque solía utilizarse como «rincón de enamorados», de modo que la presencia del vehículo no despertaría demasiada atención.

El acto sexual debió de tener lugar en el interior del vehículo, en cuyo caso las bragas de la víctima seguramente quedaron en él. La víctima no tuvo oportunidad de volver a ponérselas. Fuera cuales fuesen las circunstancias que desencadenaron la furia del agresor, tuvo lugar después de que la víctima se introdujera otra vez el tampón.

Una vez que la víctima fue estrangulada, el agresor sacó el cadáver del vehículo y lo arrojó sobre la hiedra. En el proceso, el collar de la víctima se rompió y las perlas cayeron a la calle. El último acto del agresor fue cubrir la parte inferior del cuerpo de la víctima con el abrigo de esta.

Respecto a la muerte de la víctima Bobbie Long, y en ausencia de cualquier información testimonial, la cronología específica de los hechos que condujeron a su muerte no puede realizarse con un mínimo de especificidad y/o detalle; por lo tanto, no haremos ningún intento de reconstrucción del asesinato. Con todo, existen algunos factores relacionados con la escena del crimen que sugieren ciertos actos concretos.

Un billete de autobús de vuelta encontrado en el bolso de la víctima confirma las declaraciones de los testigos según las cuales esta tenía pensado asistir a las carreras de caballos del hipódromo de Santa Anita el 22 de enero de 1959.

Si asumimos que la víctima acudió al hipódromo, quizá conociera al agresor aquel mismo día o tal vez lo conociese de otras ocasiones y aceptara la propuesta de este de llevarla en coche. Dado que la víctima solía aceptar subir a coches de desconocidos, parece que su seguridad personal no le preocupaba demasiado.

La víctima era reservada respecto a su vida personal, pero lo poco que se sabía de ella apunta a que aceptaba con gusto cualquier cosa que un hombre tuviera para ofrecer.

Al parecer, y según el informe de la autopsia, la víctima había cenado comida mexicana en algún momento del principio de la velada. Al parecer también, había mantenido relaciones sexuales con el agresor sin oponer resistencia. Estaba completamente vestida, a excepción de las medias, y la ropa estaba intacta y no presentaba desgarrones.

La víctima fue encontrada en el terraplén de un camino sin asfaltar a menos de doscientos metros de una calle principal de la población de La Puente. Yacía boca arriba y tenía la parte inferior del cuerpo cubierta con su abrigo (de manera parecida a la víctima Ellroy). Todo indica que Long también fue arrojada al suelo después de que hubiese muerto.

El deceso de la víctima Long tuvo lugar de manera muy similar al de la víctima Ellroy. Después de mantener relaciones sexuales consentidas con su agresor, lo cual también pudo producirse en el vehículo, fue golpeada inesperadamente y con gran violencia en numerosas ocasiones con un objeto

contundente. Después de asestar los golpes, el agresor echó mano de lo que podría haber sido una de las medias de la víctima, la colocó en torno al cuello de esta y la estranguló.

Luego, el agresor sacó a la víctima del vehículo y arrojó el cuerpo al terraplén, junto con el bolso. De nuevo, el último acto del agresor fue cubrir la parte inferior del cuerpo de la víctima con el abrigo de esta, de modo muy parecido a lo que había ocurrido con la víctima Ellroy.

El lugar donde fue encontrado el cuerpo de la víctima Ellroy dista unos siete kilómetros de donde fue encontrada la víctima Long. El cuerpo de la primera fue hallado a algo más de dos kilómetros de la zona en que fue vista bailando y comiendo antes de su muerte. Esta zona queda a apenas un kilómetro y medio de donde apareció el cuerpo de la víctima Long.

No parece que el robo fuera el móvil de ninguna de las dos muertes. Creemos que, en el caso de la víctima Ellroy, el agresor simplemente se olvidó de deshacerse del bolso de esta antes de abandonar el lugar. Los actos sexuales, los golpes contundentes seguidos de estrangulamiento con las medias de nailon de la propia víctima y el hecho de cubrir la parte inferior del cuerpo con el abrigo parecen constituir la firma o la tarjeta de visita del agresor.

CARACTERÍSTICAS Y RASGOS DEL AGRESOR

Estadísticamente, los crímenes violentos son de naturaleza intrarracial: blancos contra blancos, negros contra negros. Por lo tanto, y al no haber ninguna evidencia física en contra, cabe presuponer que en ambos casos el agresor fue un hombre blanco.

Respecto a su edad, se han examinado diversos datos relativos al crimen. La edad de la víctima, el grado de control o de falta del mismo por parte del agresor, el nivel de daño infligido, el descuido a la hora de dejar pruebas o hacerlas desaparecer, así como la interacción sexual con la víctima, si es que la hubo, son factores importantes que deben tomarse en consideración. Basándonos en estos factores, cabe presuponer que el agresor estuviera cerca de los cuarenta años. Con todo, la edad es uno de los aspectos más difíciles de determinar, ya que con frecuencia la edad cronológica es completamente distinta de la emocional. Como estamos evaluando la edad sobre la base de la conducta, la cual es resultado directo de la madurez emocional y mental, ningún sospechoso debería descartarse basándose solo en la edad.

Con toda probabilidad el agresor era capaz de mantener relaciones con mujeres. Sin embargo, hay motivos para pensar que era soltero y, en el caso de estar casado, que su relación matrimonial era conflictiva y con algunos episodios de violencia doméstica. El agresor podría haber vivido con una mujer en una especie de relación de pareja de hecho, pero habría continuado manteniendo encuentros sexuales con otras.

También podemos suponer que nuestro hombre tenía una inteligencia entre media y superior a la media, que había terminado la enseñanza secundaria y que podría ser capaz de acceder a un nivel universitario. Es más que probable que estuviese empleado y que su historial laboral fuera acorde con su formación académica.

Con toda seguridad, el agresor conocía la zona donde se encontraron los cuerpos de las víctimas lo suficiente como para saber que se trataba de lugares «razonablemente seguros» para deshacerse de los cadáveres. Según nuestra experiencia en el análisis de casos similares, los agresores como el que nos ocupa dejan los cadáveres en puntos con los que tienen alguna clase de relación o que conocen de algo. Por lo tanto, nuestro hombre debía de vivir, trabajar o visitar a menudo la zona donde fueron encontradas las víctimas. En el caso de que lo vieran, habría podido ofrecer una explicación razonable de su presencia allí.

El agresor sería un hombre cuidadoso de su apariencia e indumentaria y estaría en buena forma física. Dado que la escena de un crimen suele reflejar la personalidad y el estilo de vida del agresor, cabe esperar que este fuera metódico y de aspecto pulcro. Tenía pocos amigos íntimos, pero numerosos conocidos. Con frecuencia actuaba impulsivamente y buscaba la autogratisfación inmediata. Más que un solitario, era una especie de «lobo estepario».

Por su forma de actuar parecería confiado, pero no abiertamente machista ante sus conocidos. En su trato con las mujeres buscaría la dominación y daría la impresión de ser un individuo controlador. Cabe la posibilidad de que intentara pasar por un sujeto pasivo. Seguramente evitaba dar la impresión de poseer un temperamento explosivo o un carácter agresivo. Los episodios de comportamiento explosivo se alternaban con una actitud de indiferencia hacia los demás. También habría mostrado agresividad en su trato con la gente.

El agresor consumía bebidas alcohólicas y posiblemente drogas, pero no hasta el punto de que le provocaran una total disfunción. No existen indicios de un consumo excesivo de alcohol o drogas en el momento del crimen, aunque es posible que empleara una o ambas sustancias como modo de desinhibirse.

Es probable que el agresor poseyera un vehículo bien cuidado, motivo por el cual encajaría con la posición económica de los individuos con los que solían salir las víctimas. Al agresor le gustaba conducir y no tendría reparos en buscar diversión lejos de la zona en que residía.

No creemos que el agresor tuviera un historial delictivo extenso. Sin embargo, cabe la posibilidad de que fuera arrestado por altercados domésticos o por agresiones.

Las armas preferidas por este individuo serían, según los indicios, objetos que tuviese a mano: una herramienta en forma de media luna que muy probablemente guardaba en el coche; un trozo de cuerda; y las medias de nailon de las víctimas. Esto, unido al hecho de que golpease repetidamente en la cabeza a cada víctima como medio de control, demuestra que probablemente el agresor no planeó los asesinatos hasta muy poco antes de que cometerlos.

CONDUCTA POSTERIOR AL DELITO

En vista del lapso transcurrido entre los crímenes, la conducta del agresor tras el delito, que muchas veces es el elemento más revelador del análisis, tendrá en este caso una significación mucho menor.

Esta sección se dedicará específicamente a analizar el comportamiento que podría haber mostrado el agresor después de cometer esos crímenes.

Es probable que después de los crímenes el agresor se marchara directamente a su casa o a algún otro lugar seguro. Seguramente se ensuciara la ropa y manchase el vehículo como consecuencia de los brutales golpes asestados a ambas víctimas y de la sangre menstrual de la víctima Ellroy.

Tras cometer lo que en ambos casos consideraría un asesinato sin testigos, el agresor no debió de sentirse preocupado o nervioso por mucho tiempo. Quizá, en un intento por aislarse, podría haber fingido alguna enfermedad y avisar de que al día siguiente no acudiría al trabajo, si es que debía presentarse. Salvo ese retraining inicial, la rutina diaria del agresor no se habría alterado de forma significativa.

Evitaría aquellos lugares en los que hubiese sido visto en compañía de las víctimas poco antes de que las matara. Entre estos lugares debían de estar el Desert Inn, el Stan's Drive-In y el restaurante mexicano al que probablemente había ido con la víctima Long la noche en que esta fue asesinada.

Tal vez mostrase interés por las noticias y reportajes acerca de los crímenes que aparecían en los informativos, pero no se habría inmiscuido en las investigaciones policiales. Es poco probable que formulara teorías acerca de lo sucedido, y casi seguro que declarase tener un conocimiento meramente indirecto de los asesinatos, obtenido a través de amigos o de los medios de comunicación.

Una vez que las investigaciones empezaron a perder intensidad, el agresor se habría tranquilizado, convencido de que nadie lo había visto con las víctimas y de que no era sospechoso. No debía de sentir la menor culpabilidad o remordimiento por lo que había hecho. En su opinión, esas mujeres eran «desechables» y se justificaría a sí mismo diciéndose que de algún modo ellas eran culpables de obligarlo a hacer aquello. Solo le preocuparía él mismo y el efecto que esos crímenes pudieran tener en su vida. A esas alturas, es probable que ya hubiese olvidado la mayor parte de los detalles relacionados con las muertes.

A menos que el agresor hubiese sido detenido y encarcelado durante un período de tiempo prolongado, cabe suponer que hubiese continuado matando, si no en este estado, en otros.

Carlos Ávila
Asesor y experto en elaboración
de perfiles criminológicos

Ávila pensaba que nos hallábamos ante un asesino en serie. En su opinión mi madre había follado con el Hombre Moreno de manera voluntaria. Lo decía con ligeros rodeos:

«Al parecer la víctima había mantenido relaciones sexuales consentidas...».

«Fueran cuales fuesen las circunstancias que desencadenaron la furia del agresor, tuvo lugar después de que la víctima se introdujera otra vez el tampón.»

Bill y yo discutimos sobre el informe en general y en concreto sobre el aspecto de si había habido sexo consentido o violación. Estuvimos de acuerdo en el enfoque de Ávila sobre el perfil psicológico del asesino. Bill coincidía con su conclusión de que se trataba de un asesino en serie. Yo discrepé. Solo acepté un punto: que mi madre tal vez hubiese sido la primera víctima de la cadena de muertes de un asesino en serie. Carlos Ávila era un criminólogo experto y reconocido. Yo no. Desconfiaba de su conclusión porque se basaba en un conocimiento acumulado de casos criminales parecidos y de sus fundamentos patológicos comunes. Desconfiaba de las rigideces lógicas y del conocimiento acotado que lo llevaba a sacar determinadas conclusiones. La conclusión subvertía la que para mí era la ley fundamental del asesinato: la pasión criminal derivaba de temores reprimidos durante largo tiempo y devueltos momentáneamente a la conciencia por la alquimia única del asesino y la víctima. Dos estados inconscientes encajan y crean un punto de ignición que explica los hechos. El asesino lo sabe. El asesino sigue adelante: «Sentí que era algo que tenía que hacer». La víctima le proporciona el conocimiento. Las víctimas femeninas son como semáforos que emiten señales de carácter sexual. Mira ese esmalte de uñas desconchado. Mira lo sórdido que se vuelve hacer el amor dos segundos después de haberse corrido. El semáforo sexual es puro subtexto misógino. Todos los hombres odian a las mujeres por razones probadas que comparten a diario entre chistes y bromas. Ahora lo sabes. Sabes que la mitad del mundo perdonará lo que te dispones a hacer. Mira esas bolsas bajo los ojos de la pelirroja. Mira esas estrías. Se está metiendo otra vez ese trapo en el coño. Te está manchando de sangre la funda del asiento...

Él la mató a «ella» esa noche. No podría haber matado a ninguna otra mujer. No buscaba una mujer a la que matar esa noche. Y ella no podría haber llevado a ningún otro hombre a ese punto de ignición que explica los hechos. La alquimia entre ambos era vinculante y mutuamente exclusiva.

Bill pensaba que fue violación. Yo también lo pensaba. Bill dijo que debíamos mantener la mente abierta. Yo acepté por el momento la teoría del asesino en serie. Pregunté a Bill si podíamos acceder a archivos estatales o federales y catalogar los asesinatos por estrangulamiento hasta la época que nos interesaba. Bill respondió que la mayor parte de los archivos no estaban computerizados y que muchos de los archivos en papel ya habían sido destruidos. No había manera de acceder a la información de forma sistemática. El gran ordenador del FBI no almacenaba datos tan antiguos. Nuestra mejor alternativa seguía siendo la publicidad. El artículo del *L. A. Weekly* saldría a mediados de febrero. El programa de *Day One* se emitiría en abril. Quizá algunos viejos polis leyesen el reportaje o vieses el programa y nos llamaran para decirnos: «Yo llevé un caso como ese...».

Dejamos a un lado el perfil psicológico. Rastreamos otros nombres.

Encontramos a un anciano médico que tenía su consulta cerca del Desert Inn. El hombre nos sugirió que habláramos con Harry Bullard, el propietario del Coconino. También mencionó a los hermanos Pitkin, que tenían un par de gasolineras cerca de Five Points.

Encontramos a los hermanos Pitkin. No nos dieron ningún nombre. Y nos dijeron que Harry Bullard había muerto.

Queríamos desencadenar una avalancha de nombres. Estábamos hambrientos de nombres y fanáticamente dispuestos a conseguirlos. La investigación duraba ya tres meses y medio.

Helen vino por Navidad. Pasamos la Nochebuena con Bill y Anne Stoner. Bill y yo tratamos el caso junto al árbol navideño. Ignoré toda la cháchara habitual de las celebraciones. Helen conocía el caso a la perfección. Durante más de tres meses habíamos hablado de él todas las noches. Ella me había enviado a perseguir un fantasma pelirrojo. No consideraba al fantasma como una rival o una amenaza. Seguía su evolución a través de mis pensamientos y hablaba sobre las teorías acerca del asesinato con la misma precisión que Bill y yo. Helen era la deconstructora de Geneva. Me advertía de que no la juzgara ni la idealizara. Se burlaba de los apetitos de Geneva. La mezclaba con políticos del momento y se ganaba unas merecidas risas. Bill Clinton dejaba a Hillary por Geneva y jodía las elecciones del 96. Hillary se mudaba a El Monte y empezaba a tirarse a Jim Boss Bennett. El Hombre Moreno se convertía en un pez gordo del movimiento antiabortista. La Rubia tenía un hijo ilegítimo de Newt Gingrich.

Bill pasó una semana con su familia. Yo pasé una semana con Helen. Dejamos el caso en suspenso temporalmente. Me entró el síndrome de abstinencia de asesinatos. Hablé con el jefe de Homicidios de la Oficina del Sheriff y me dejó participar activamente en algunos operativos.

Llevaba un busca. Me llamaron y me condujeron a las escenas de un par de crímenes. Me encontré con dos asesinatos cometidos por bandas callejeras. Vi manchas de sangre y agujeros de bala y familias dolientes. Quería escribir un ensayo para una revista. Quería confrontar aquel nuevo horror mecanicista con mi antiguo horror sexual. Las ideas no cristalizaron. Las dos víctimas eran varones. Miré los restos de masa encefálica esparcidos por el suelo y vi a mi madre en King's Row. Miré al hermano de uno de los pandilleros muertos y vi a mi padre tranquilo y satisfecho en la comisaría de El Monte. La antigua Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff constaba de catorce hombres. La actual era una división completa. En 1958 había habido cuarenta y tres

homicidios en el condado de Los Ángeles. Este año la cifra había sido de quinientos. La Brigada de Homicidios era una unidad de clase A. Sus miembros se llamaban a sí mismos los Bulldogs. Sus salas y despachos parecían una jodida perrera de bulldogs. El lugar estaba lleno de insignias y adornos que así lo atestiguaban, e incluso las mesas estaban repletas de objetos con emblemas de los Bulldogs. En la pared del fondo había una gran placa con los nombres de todos los detectives que habían trabajado en la Brigada.

Los nuevos Bulldogs eran de ambos sexos y de todas las razas. Tenían que luchar contra el asesinato de última tecnología y contra la responsabilidad pública y contra la polarización racial y contra la superpoblación y contra una jurisdicción en declive gradual. Los antiguos Bulldogs eran hombres blancos y tenían botellas de alcohol en sus mesas. Tenían siempre las de ganar. Se enfrentaban al asesinato vulgar en una sociedad estratificada y segregada. Todo el mundo los respetaba o temía. Podían emplear métodos de coacción impunemente. Podían trabajar con un esquema mental en dos mundos separados sin temor a que se superpusieran. Podían ocuparse de asesinatos en los barrios negros o de muertes violentas de inmigrantes ilegales en El Monte y volver a la seguridad de sus casas donde mantenían protegidas a sus familias. Eran hombres brillantes, impulsivos y susceptibles a las tentaciones placenteras de su oficio. Eran hombres brillantes. No eran pensadores prescientes ni futuristas distópicos. No podían predecir que un día su mundo seguro sería engullido por su mundo profesional. En 1958 los Bulldogs eran catorce. Ahora su número ascendía a ciento cuarenta. El incremento de sus miembros indicaba que no había dónde ocultarse. Ese incremento contextualizaba el antiguo horror que yo sentía en aquella época. Implicaba que mi antiguo horror seguía teniendo cierta vigencia. Mi antiguo horror vivía en recuerdos pretecnológicos. La Rubia se lo había contado a alguien.

Las charlas de barra aún flotaban en el ambiente. Los recuerdos significaban nombres.

Las fiestas terminaron. Helen regresó a casa. Bill y yo volvimos al trabajo.

El jefe Clayton nos proporcionó algunos nombres. El director del Museo de El Monte también. Los buscamos. No aparecían por ninguna parte. Visitamos los dos bares de El Monte que aún seguían abiertos desde 1958. En aquel entonces eran tugurios de palurdos blancos. Ahora eran tugurios de hispanos. Habían cambiado de dueños una docena de veces. Intentamos seguir el rastro de los propietarios hasta 1958, pero nos topamos con registros y documentos perdidos, con nombres perdidos de los que nadie sabía nada.

Seguimos el rastro de los nombres por el valle de San Gabriel. La gente se mudaba al valle y rara vez lo abandonaba para instalarse en otra parte. A veces se marchaban a poblaciones de mala muerte como Colton o Fontana. Siempre era yo quien conducía. Bill se había retirado por pasar demasiado tiempo en la carretera. Yo lo había obligado a salir de su retiro, lo que significaba que debía hacer de chófer y soportar sus insultos por mi impericia al volante.

Hablábamos. Le dábamos vueltas a nuestro caso hasta abarcar el mundo del crimen en su totalidad. Recorrimos autovías y caminos secundarios. Bill me señaló lugares idóneos para arrojar un cadáver y me contó anécdotas de su oficio. Yo le hablé de mis patéticas hazañas delictivas. Él me describió sus años de patrulla con fervor picaresco. Los dos adorábamos la sobrecarga de testosterona. A los dos nos encantaban las historias de energía masculina sublimada. Ambos veíamos el mundo a través de ella. Los dos sabíamos que aquello había matado a mi madre. Bill veía la muerte de mi madre en todo su contexto, y eso hacía que lo apreciara aún más.

Todo el mes de enero estuvo lloviendo de la hostia. Tuvimos que aguantar las horas punta y las carreteras inundadas. Fuimos al Pacific Dining Car y cenamos grandes bistecs. Charlamos. Empecé a darme cuenta de lo mucho que ambos detestábamos la pereza y el desorden. Yo había vivido en ellos durante veinte años seguidos. Bill lo había vivido cuando dejó la policía en activo. La pereza y el desorden pueden ser sensuales y seductores. Los dos lo sabíamos. Comprendíamos la atracción que ejercían. Tenía que ver con la testosterona. Tenías que controlarte, hacerte valer. Si perdías el control, la atracción te obligaba a capitular y a rendirte. El placer barato era una tentación condenable. La bebida, la droga y el sexo sin orden ni concierto te proporcionaban una versión barata del poder al que te disponías a renunciar. Destruían la voluntad de llevar una vida decente. Promovían el delito. Destruían los contratos sociales. La dinámica tiempo perdido/tiempo recuperado me lo enseñó. Los comentaristas y tertulianos culpaban a la pobreza y el racismo de la delincuencia. Tenían razón. Yo veía el crimen como una plaga moral concurrente cuyo origen era absolutamente empático. El crimen era energía masculina mal dirigida, un anhelo absoluto de rendición extática, un anhelo romántico fracasado. El crimen era la pereza y el desorden personales elevados a escala epidémica. El libre albedrío existía. Los seres humanos eran mejores que las ratas de laboratorio reaccionando a los estímulos. El mundo era un lugar completamente jodido. En cualquier caso, todos éramos responsables.

Yo lo sabía. Bill lo sabía. Él templaba su conocimiento con un sentido de la caridad mayor que el mío. Yo me juzgaba con dureza y confería a otra gente los niveles de exigencia para conmigo mismo. Bill creía en la moderación más que yo. Y quería que hiciese extensivo a mi madre cierto sentido de tal moderación.

Bill consideraba que yo era demasiado duro con ella. Le gustaba mi

sinceridad de colega y le desagradaba mi falta de sentimentalismo materno-filial. Le dije que estaba tratando de mantener a raya su presencia. Estaba dialogando con ella. Era básicamente un diálogo interno. Mi actitud externa era de permanente crítica y de valoración falsamente objetiva. Ella cobraba plena fuerza dentro de mí. Me hostigaba y me tentaba. Me había puesto una bata blanca y me dirigía a ella públicamente como si fuera un doctor. Formulaba comentarios burdos para provocar respuestas francas. Manteníamos una relación de dos caras. Éramos como amantes ilícitos que vivían en dos mundos.

Sabía que Bill estaba enamorándose de ella. Y no era una pasión fuerte como la que había sentido por Phyllis «Bunny» Krauch, sino una fantasía de resurrección. Tampoco era un juego, como su anhelo de ver a Tracy Stewart y a Karen Reilly exhumadas más allá de su condición de víctimas. Estaba enamorándose de los espacios en blanco de la pelirroja. Deseaba tanto encontrar al asesino como resolver los misterios de la personalidad de la víctima.

Conducíamos. Hablábamos. Perseguíamos nombres. Nos desviamos por tangentes antropológicas. Preguntamos en el aparcamiento que había enfrente del antiguo Desert Inn. Conseguimos algunos nombres y seguimos el rastro de los diversos propietarios hasta remontarnos a 1958. El hijo del antiguo dueño, que tenía un concesionario Toyota, nos proporcionó cuatro nombres. La pista de dos de ellos nos condujo al depósito de cadáveres y la de los otros dos a sendos establecimientos de coches usados en Azusa y Covina. Bill tenía el presentimiento de que el Hombre Moreno era un vendedor de coches. Seguimos aquel presentimiento durante diez días seguidos. Hablamos con un montón de antiguos vendedores de la zona. Todos estaban fosilizados.

Ninguno de ellos recordaba nuestro caso. Ninguno se acordaba del Desert Inn. Ninguno había estado comiendo nunca en el Stan's Drive-In. No

parecían gente de fiar. Casi todos tenían pinta de auténticos desgraciados. Todos negaban haber frecuentado los bares de El Monte.

Conducíamos. Hablábamos. Perseguíamos nombres. Rara vez salimos del valle de San Gabriel. Cada nueva pista e indicio tangencial nos conducía de vuelta allí. Me aprendí de memoria todas las rutas por autovía desde Duarte a Rosemead, hasta Covina y Glendora, así como todas las entradas y salidas de El Monte. Siempre pasábamos por El Monte. Era la ruta más corta hacia las autovías 10 Este y 605 Sur. El Monte se volvió un lugar jodidamente familiar. El Desert Inn se había convertido en el Valenzuela's. La comida era mala y los camareros incompetentes. Era una letrina con una banda de mariachis. La repetición me hizo aborrecer aquel tugurio. Perdió su impacto y su encanto. Dejó de servirme de fondo para mis citas mentales con mi madre. En El Monte ya solo quedaba un campo de fuerza magnético: King's Row por la noche.

A veces me cerraban las puertas en las narices. Llegaba a medianoche y encontraba la verja con el candado puesto. King's Row era un camino de acceso al instituto. Entonces dejaba de existir para introducirme de nuevo en el horror.

Otras veces encontraba la verja abierta. Entraba con el coche y aparcaba con las luces apagadas. Me quedaba allí sentado. Sentía miedo. Imaginaba toda clase de horrores propios de 1995 y los esperaba pacientemente. Quería ponerme en riesgo físico en nombre de mi madre. Quería que su miedo se fundiera con el mío y se transmutara. Quería aterrorizarme hasta alcanzar un grado de conciencia que provocara nuevas y lúcidas percepciones.

Mi miedo siempre disminuía al llegar a su punto culminante. Nunca lograba aterrorizarme lo suficiente para remontarme a aquella noche.

Salió el *L. A. Weekly*. El artículo sobre Ellroy-Stoner estaba perfectamente realizado. Exponía los casos de mi madre y de Bobbie Long con considerable minuciosidad y subrayaba el papel de la Rubia. Omitía el hecho de que mi madre había sido estrangulada con dos ligaduras. Solo mencionaba la media de nailon. La omisión de la cuerda resultaba fundamental, pues nos ayudaba a eliminar falsas confesiones y a confirmar las legítimas. Los hechos verdaderos ya se habían publicado en *GQ* y en artículos de periódico antiguos. La omisión del *L. A. Weekly* era una estrategia temporal.

Nuestro número de teléfono para transmitir información apareció en negrita destacada.

Empezamos a recibir llamadas. Mantuve el contestador automático encendido las veinticuatro horas. Repasaba los mensajes periódicamente y anotaba la hora precisa en que había llegado cada uno. Bill comentó que en las facturas de los teléfonos 1-800 aparecían los números de las llamadas entrantes. Podíamos anotar las horas en que se producían llamadas sospechosas y seguir el rastro del comunicante a través de nuestras facturas mensuales.

El primer día cuarenta y dos personas llamaron y colgaron. Dos videntes se ofrecieron a ayudarnos a cambio de dinero. Un tipo dijo que podía organizar una sesión e invocar el espíritu de mi madre por una tarifa puramente simbólica. Un capullo de la industria del cine llamó para decir que veía mi vida como una producción de gran presupuesto. Una mujer aseguraba que su padre había matado a mi madre. Cuatro personas dijeron que lo había hecho O. J. Simpson. Un viejo colega llamó para que le prestara dinero.

Al día siguiente los que llamaron y colgaron fueron veintinueve. Hubo cuatro propuestas de videntes. Dos personas llamaron para acusar a O. J. Nueve llamadas fueron para desearme suerte. Una mujer aseguró que mis libros le parecían muy sexys y me propuso una cita. Un hombre me acusó de

escribir novelas racistas y homófobas. Tres mujeres llamaron para decir que puede que sus padres hubieran matado a mi madre. Dos de ellas añadieron que sus padres las habían sometido a abusos deshonestos.

Las llamadas continuaron.

Hubo más comunicantes que colgaban y más que acusaban a O. J. Hubo más propuestas de videntes y más llamadas de apoyo. Nos llegaron otras dos de mujeres que padecían el síndrome de la memoria reprimida. Decían que sus padres abusaban de ellas y que tal vez hubiesen matado a mi madre. Recibimos tres llamadas de la misma mujer, quien afirmaba que su padre no solo había matado a mi madre, sino también a la Dalia Negra.

Nadie llamó para decir que conocía a la Rubia. Nadie llamó para decir que conocía a mi madre. Ningún antiguo policía llamó para decir: Yo trinqué a aquel moreno hijo de puta.

El número de llamadas descendió día a día. Reduje nuestra lista de pistas a seguir. Descarté a los chiflados, a los videntes y a la mujer de la Dalia Negra. Bill llamó a las otras mujeres que habían delatado a sus padres y les formuló algunas preguntas clave.

Las respuestas dejaron libres de toda sospecha a los padres. Eran demasiado jóvenes. O en 1958 estaban en prisión. O no se parecían en absoluto al Hombre Moreno.

Las mujeres querían hablar. Bill dijo que las escucharía. Seis de ellas contaron la misma historia. Su padre le pegaba a su madre. Su padre abusaba de ella. Su padre se gastaba en juergas el dinero del alquiler. Su padre perseguía a chicas menores de edad. Su padre estaba muerto o atrocemente impedido por la bebida.

Todos los padres respondían a un estereotipo. También sus hijas. Todas eran de mediana edad y estaban en terapia. Se definían en términos terapéuticos. Vivían la terapia y hablaban sin parar de ella y utilizaban jerga

terapéutica para expresar su sincera creencia en que sus padres realmente podrían haber matado a mi madre. Bill grabó tres de esas conversaciones. Las escuché y di crédito a cada una de las acusaciones concretas de abusos sexuales. Las mujeres habían sido traicionadas y maltratadas. Sabían que sus padres eran en el fondo violadores y asesinos. Creían que la terapia les proporcionaba una percepción sobrenatural. Eran víctimas. Veían el mundo en términos de víctima-depredador. Me veían como una víctima. Querían crear familias de víctimas-depredadores. Querían reclamarme como hermano y ungir a mi madre y a sus padres como nuestros progenitores disfuncionales. Pensaban que la fuerza traumática que daba forma a sus percepciones suplantaba la simple lógica. No importaba que sus padres no se parecieran al Hombre Moreno. Este podría haber dejado a mi madre a la entrada del Desert Inn. Sus padres podrían haberla raptado en el aparcamiento. El dolor de aquellas mujeres lo abarcaba todo. Querían que se hiciera público. Estaban escribiendo la historia oral de los niños maltratados de nuestro tiempo. Querían que en ella se incluyera mi relato. Eran reclutadoras evangélicas.

Me conmovieron y me asustaron. Volví a escuchar las grabaciones y comprendí el origen de mi miedo. Las mujeres parecían complacidas de sí mismas. Se atrincheraban y regodeaban en su condición de víctimas.

Las llamadas a la línea abierta cesaron. El productor de *Day One* se puso en contacto conmigo. Dijo que no podrían hacer público nuestro número 1-800, ya que violaba su Código de Usos y Prácticas. El presentador diría unas cuantas palabras al final de nuestro reportaje y sugeriría a quien pudiera dar alguna pista que llamase a la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff. Pero tampoco daría el número de esta.

Me cabreé. Bill se cabreó. La restricción echaba al traste nuestro acceso a información a nivel nacional. El número de la Brigada de Homicidios no era gratuito. Una persona que tuviera alguna sospecha quizá telefonease al 1-800,

pero jamás a la pasma. La gente corriente y la gente pobre llamarían a un teléfono gratuito, pero no pondrían una conferencia.

Bill había predicho unas quinientas llamadas a nuestra línea. Ahora predijo unas diez al número de la Brigada de Homicidios.

Pasé una semana a solas con el expediente de Jean Ellroy. Leí todos los informes y notas catorce docenas de veces. Me concentré en un pequeño detalle.

Airtek Dynamics pertenecía al grupo Pachmyer. Los nombres Pachmyer y Packard-Bell eran fonéticamente similares. Yo pensaba que mi madre había trabajado en la Packard-Bell hasta junio del 58, pero según el Libro Azul no había sido así. Quizá hubiese soñado lo de Packard-Bell cuarenta años atrás. Quizá se tratase de un desliz de memoria disléxico.

Bill y yo comentamos el asunto. Dijo que deberíamos ponernos en contacto con mis parientes en Wisconsin. Tío Ed y tía Leoda tal vez siguieran vivos. Quizá pudiesen confirmar el tema de Packard-Bell o conocieran algunos nombres. O tal vez tuviesen el libro de condolencias del funeral de mi madre. Yo comenté que había hablado con los Wagner en 1978. Había llamado a Leoda para disculparme por las veces que le había escatimado dinero. Discutimos. Me dijo que mis primas Jeannie y Janet ya estaban casadas. ¿A qué esperaba yo? Me trató con aire condescendiente. Según ella, el trabajo de cadí no debía de ser muy estimulante.

En aquella ocasión envié al carajo a los Wagner. Los envié al carajo definitivamente. Le dije a Bill que no quería volver a ponerme en contacto con ellos. Él dijo: Tienes miedo. No quieres revivir la figura de Lee Ellroy ni por dos segundos. Yo le dije: Tienes razón.

Rastreamos nombres. Encontramos a una mujer de noventa años, lúcida y despierta. La anciana conocía El Monte y nos dio algunos nombres. Sus pistas nos condujeron al depósito de cadáveres.

Pasé dos semanas a solas con los expedientes de los casos Ellroy y Long. Hice inventario de todas las anotaciones escritas en cualquier pedazo suelto de papel. Recopilé sesenta y una páginas, las fotocopíé y se las entregué a Bill.

Encontré otro papel arrugado en el que ninguno de los dos había reparado. Era una nota sobre una declaración. Reconocí la caligrafía de Bill Vickers. El policía habló con una camarera del restaurante Mama Mia. La mujer había visto a mi madre en el local «hacia las 20.00 horas» del sábado. Estaba sola. Se quedó en la entrada y recorrió el interior con la mirada «como si buscara a alguien».

Repasé mi inventario. Encontré una nota que acompañaba a la anterior. Decía que Vickers había llamado a la camarera del Mama Mia. Esta mencionó a una mujer pelirroja. Vickers dijo que le llevaría una foto de la víctima. La nota que acababa de encontrar resumía lo sucedido a continuación. La camarera contempló la foto y dijo que la mujer pelirroja era mi madre.

Constituía una pista importante para la reconstrucción.

Mi madre «buscaba a alguien». Bill y yo extrapolamos quién era ese «alguien». Buscaba a la Rubia y/o al Hombre Moreno. Antes de aquella noche ya estaba relacionada con al menos uno de ellos.

Se emitió el programa *Day One*. El reportaje sobre Ellroy-Stoner fue punzante y directo al grano. El director comprimió la historia en diez minutos de tiempo en pantalla. Introdujo la figura de la Rubia. Mostró los retratos robot del Hombre Moreno. Diane Sawyer dijo que quien pudiera ofrecer alguna pista llamara a la Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff.

Llamó la mujer de la Dalia Negra. Llamaron cuatro mujeres más para decir que su padre podría haber sido el asesino. Llamó un hombre y denunció a su

padre. Llamó otro y denunció a su suegro. Llamamos a quienes nos habían llamado. La información resultó falsa en todos los casos.

Pasé otra semana con los expedientes de los casos Ellroy y Long. No hallé más conexiones. Bill despejó su mesa en la Brigada. Encontró un sobre con la anotación Z-483-362.

El sobre contenía:

Una tarjeta de visita a nombre de John Howell, de Van Nuys, California.

El talonario de pagos del coche de Jean Ellroy. Había efectuado el último desembolso el 5/6/58. Los plazos ascendían a 85,58 dólares mensuales.

Un cheque cancelado de quince dólares, con fecha 15/4/58. Jean Ellroy lo había firmado el día en que cumplía cuarenta y tres años. Lo endosaba un hombre llamado Charles Bellavia.

Una hoja de un bloc de notas adhesivas, en una de cuyas caras se leía: «Nikola Zaha. ¿Novio de vict.? Whittier».

Consultamos los nuevos nombres en los ordenadores de los departamentos de Tráfico y de Justicia. En el segundo no tuvimos ningún éxito. En el de Tráfico no había nada de Zaha, pero sí de John Howell y de Charles Bellavia. Ya eran un par de viejos. Bellavia vivía en Los Ángeles Oeste. Howell, en Van Nuys. Bellavia era un apellido raro, y dimos por supuesto que hablamos con el hombre que buscábamos. En cuanto a John Howell, sabíamos que teníamos al auténtico. Su dirección actual variaba solo unos números de la que constaba en su tarjeta de visita.

Buscamos en el registro inverso entradas sobre Zaha. Encontramos un par en Whittier. Zaha también era un apellido extraño. Whittier quedaba cerca del valle de San Gabriel, de modo que los dos Zaha en cuestión debían de estar emparentados con el nuestro.

Me acordé de Hank Hart, el antiguo novio de mi madre. En una ocasión los sorprendí juntos en la cama. Hank Hart tenía un solo pulgar. También pillé a

mi madre con otro hombre. Nunca supe cómo se llamaba. El nombre de Nikola Zaha tampoco me sonaba de nada.

Nikola Zaha podría ser un testigo crucial. Tal vez fuese el motivo del precipitado traslado de mi madre a El Monte.

Bill y yo nos dirigimos en coche a Van Nuys. Encontramos la casa de John Howell. La puerta estaba abierta de par en par. Hallamos a Howell y a su esposa en la cocina. Una enfermera les estaba preparando el almuerzo.

El señor Howell estaba conectado a un respirador. La señora Howell iba en silla de ruedas. Los dos eran viejos y frágiles. No parecía que fuesen a vivir mucho tiempo más.

Hablamos con ellos amablemente. La enfermera hizo caso omiso de nuestra presencia. Les explicamos la situación y les pedimos que hicieran un esfuerzo por recordar. La señora Howell estableció la primera conexión. Dijo que su madre había sido mi niñera de pequeño. La mujer había muerto hacía quince años. Tenía ochenta y ocho. Me esforcé por recordar cómo se llamaba y al final lo conseguí.

Ethel Ings. Casada con Tom Ings. Inmigrantes galeses. Ethel adoraba a mi madre. Ethel y Tom estaban en Europa en junio del año 58. Mi madre los llevó en el coche para que embarcaran en el Queen Mary. Mi padre llamó a Ethel para comunicarle el fallecimiento. Ethel se quedó destrozada.

El señor Howell dijo que se acordaba de mí. Mi nombre era Lee, no James. La policía encontró su tarjeta de visita en casa de mi madre. Lo interrogaron. Fueron muy rudos con él.

La enfermera señaló su reloj de pulsera y levantó dos dedos. Bill se inclinó hacia mí. «Nombres», dijo.

Vi una agenda en la mesa de la cocina y le pregunté al señor Howell si podía echar una ojeada. Él asintió con la cabeza. Pasé las páginas y reconocí un nombre.

Eula Lee Lloyd. Nuestra vecina de al lado, hacia el año 54. Estaba casada con un hombre llamado Harry Lloyd. En la actualidad vivía en Hollywood Norte. Memorice la dirección y el número de teléfono.

La enfermera dio unos golpecitos sobre la esfera de su reloj. La señora Howell estaba temblando. Su marido respiraba con dificultad. Bill y yo nos despedimos. La enfermera nos acompañó hasta la puerta principal y cerró de un portazo.

Tuve un atisbo de hasta qué punto me fallaba la memoria. No recordaba a Eula Lee Lloyd. No recordaba a Ethel ni a Tom Ings. La investigación se prolongaba ya nueve meses. Las lagunas de mi memoria podrían estar perjudicando nuestro avance. Recuperé un recuerdo. Yo había ido con mi madre a llevar a Ethel y Tom a tomar el barco. Fue a finales de mayo o principios de junio de 1958. Estaba convencido de haber analizado exhaustivamente aquel período de tiempo. Los Howell me enseñaron que no había sido así. Mi madre podría haber dicho cosas. Podría haber hecho cosas. Podría haber mencionado algún nombre. Los policías me interrogaron una y otra vez. Querían atrapar mis recuerdos recientes. Ahora yo tenía que atrapar los antiguos. Tenía que dividirme en dos. El hombre de cuarenta y siete años tenía que interrogar al niño de diez. Mi madre vivía en mi esfera de acción, y yo tenía que volver a vivir con ella. Tenía que ejercer una presión mental extrema y regresar al pasado que ambos compartimos. Tenía que colocar a mi madre en escenarios ficticios e intentar ahondar en mis recuerdos reales a través de expresiones simbólicas. Tenía que revivir mis fantasías incestuosas, ponerlas en contexto y embellecerlas más allá de la vergüenza y del sentido de restricción que las acotaba. Tenía que cohabitar con mi madre. Tenía que tumbarme a su lado en la oscuridad y...

Aún no estaba preparado. Primero tenía que despejar un bloqueo temporal. Tenía que seguir el rastro de Lloyd, Bellavia y Zaha y comprobar adónde me conducía. Quería acercarme a mi madre totalmente cargado de munición retrospectiva. Se aproximaba el juicio de Beckett. Bill estaría en la mesa de la acusación a jornada completa durante muchos días. Y yo quería presenciar el juicio. Quería contemplar a papá Beckett y lanzarle un maleficio a su alma despreciable. Quería ver cómo Tracy Stewart conseguía una venganza tardía e insatisfactoria. Bill me advirtió de que el juicio podría durar hasta dos semanas. Probablemente terminaría a finales de julio o principios de agosto. Entonces podría volver a cohabitar con la pelirroja.

Teníamos tres nombres entre manos y nos dedicamos con ahínco a perseguirlos.

Telefoneamos a Eula Lee Lloyd y no obtuvimos respuesta. Llamamos a su puerta y no respondió. Lo intentamos durante tres días seguidos, sin éxito. Hablamos con la casera. Nos explicó que Eula Lee estaba fuera en algún lugar cuidando de su hermana enferma. La pusimos al corriente de nuestra situación. Ella aseguró que hablaría con Eula Lee tarde o temprano y le diría que queríamos charlar con ella. Bill le dio el número de su casa. La mujer dijo que se pondría en contacto.

Llamamos a la puerta de Charles Bellavia. Su esposa nos abrió. Dijo que Charles había ido a la tienda. Padecía del corazón y todos los días salía a dar un corto paseo. Bill le enseñó el cheque cancelado y le dijo que la mujer que lo había extendido había sido asesinada dos meses más tarde. Le preguntó por

qué había endosado Charles Bellavia aquel talón. La mujer nos aseguró que aquella no era la firma de Charles. Yo no la creí. Bill tampoco.

La señora Bellavia nos pidió que nos fuéramos. Intentamos aplacarla con buenas palabras, pero no se tragó nuestra actuación. Bill me tocó el brazo para indicarme que era el momento de retirarse.

Nos marchamos. Bill me dijo que entregaría el cheque al Departamento de Policía de El Monte. Tom Armstrong y John Eckler se encargarían de hablar con el viejo Bellavia.

Buscamos a Nikola Zaha.

Fuimos en coche hasta Whittier y probamos en la primera dirección que teníamos. Nos atendió una muchacha que estaba sola en casa. Dijo que Nikola era su abuelo. Había muerto hacía mucho tiempo. El otro Zaha de la población era la exmujer de su tío.

Llamamos a la puerta del otro Zaha. No respondió nadie. Fuimos a la comisaría de El Monte y entregamos el cheque a Armstrong y Eckler.

Volvimos al condado de Orange y nos tomamos el resto del día libre. Yo me acerqué a una tienda Home Depot y compré otro tablero de corcho. Lo instalé en la pared del dormitorio.

Tracé una gráfica de tiempos desde el sábado por la noche hasta el domingo por la mañana. Empezaba en el 756 de Maple Street, a las 20.00 horas, y terminaba en el instituto Arroyo a las 10.10 de la mañana siguiente. Situé a mi madre en la zona de Five Points hora a hora. Escribí interrogantes para señalar los momentos de cuya presencia no había constancia. Situé su muerte a las 3.15. Clavé la gráfica en el tablero. Añadí un diagrama de la escena del crimen correspondiente a las 3.20.

Contemplé la gráfica durante más de dos horas largas. Bill llamó para decirme que había hablado con el hijo y con la exnuera de Nikola Zaha. Según contaron, Zaha había muerto en el 63, con cuarenta y pocos años, de

un ataque cardíaco. Le gustaba la bebida e ir detrás de cuanto coño se le cruzase en el camino. Era ingeniero y trabajaba para varias industrias situadas cerca del centro de Los Ángeles. Cabía la posibilidad de que hubiera trabajado para Airtek Dynamics. A su hijo y a su ex el nombre de Jean Ellroy no les sonaba en absoluto. El primero comentó que su padre era un mujeriego discreto. Bill obtuvo dos descripciones de Zaha. Parecía la antítesis física del Hombre Moreno.

Bill me deseó buenas noches. Colgué y seguí contemplando la gráfica.

Armstrong y Eckler nos informaron de que habían hablado con Charles Bellavia. Este insistía en que la firma del cheque no era la suya. No resultaba muy convincente. Según explicó, en el 58 tenía una empresa de furgones de comidas que servían a los obreros de las fábricas del centro de Los Ángeles. Armstrong tenía una teoría. Suponía que Jean Ellroy había comprado algo de comer, había pagado al hombre del furgón con un cheque y había recibido de cambio diez o doce dólares en metálico. Bellavia aseguraba que no conocía a Jean Ellroy, y sonaba convincente. Seguramente el hombre del furgón entregó el cheque a Bellavia, quien lo endosó y lo depositó en su cuenta corriente.

Llegó información de la casera de Eula Lee Lloyd. La mujer se acordaba de Jean Ellroy y de su asesinato, pero no tenía nada que contarnos. Debía cuidar de su hermana y no tenía tiempo para hablar de viejos homicidios.

Bill empezó el trabajo preliminar del juicio Beckett con el fiscal de la acusación. Me encerré con el expediente de Jean Ellroy. La línea 1-800 sonaba esporádicamente. Eran llamadas de videntes o de gente que acusaba a O. J. En el plazo de dos semanas telefonearon cuatro periodistas. Querían escribir acerca de la investigación de Ellroy y Stoner. Prometían incluir en los

artículos nuestro número 1-800. Programé citas con reporteros del *L. A. Times*, del *Tribune* del valle de San Gabriel, de la revista *Orange Coast* y de *La Opinión*.

Nos llegó una buena pista. Una mujer llamada Peggy Forrest había leído un artículo atrasado en el *L. A. Times* y nos llamó. Se había trasladado a El Monte en 1956. No era vidente. No creía que su padre hubiese matado a mi madre. Vivía a kilómetro y medio de Bryant y Maple, tanto entonces como ahora.

El mensaje resultaba cuando menos intrigante. Bill llamó a la mujer y concertó una entrevista. Nos desplazamos hasta su casa. Vivía en Embree Drive, junto a Peck Road, al norte de mi vieja casa.

Peggy Forrest era larguirucha y esbelta y debía de tener cerca de setenta años. Nos invitó a sentarnos en el patio trasero y nos contó su historia.

Habían encontrado a la enfermera un domingo por la mañana, según había escuchado en la radio. Willie Stopplemoor llamó a su puerta. La mujer quería hablar del asunto. Willie, abreviatura de Wilma, estaba casada con Ernie Stopplemoor. Tenían dos hijos, Gailard y Jerry. Gailard estudiaba en el instituto Arroyo. Ernie y Wilma tenían entonces entre treinta y cinco y cuarenta años, procedían de Iowa y vivían en Elrovia. Elrovia quedaba cerca de Peck Road.

Willie estaba muy alterada. Decía que los agentes buscaban a Clyde «Stubby» Green. El abrigo que habían encontrado sobre el cuerpo de la enfermera era de este. La enfermera le vendía drogas a Stubby.

Stubby Green vivía enfrente de la casa de Peggy Forrest. Trabajaba con Ernie Stopplemoor en una tienda de maquinaria. Stubby medía algo menos de 1,80, era rechoncho y llevaba el pelo cortado a cepillo. En la época del asesinato debía de rondar la treintena. Estaba casado con Rita Green. Ambos procedían de Vermont o de New Hampshire. Rita era rubia. Llevaba el pelo

recogido en una cola de caballo. Stubby y Rita frecuentaban los bares. Él era «una leyenda en El Monte» y «un muy conocido mal chico» del lugar. La pareja tenía un hijo, Gary, y una hija, Candy. Los dos estudiaban en la escuela primaria Cherrylee. En 1958 debían de tener seis o siete años. Una mañana Peggy vio a Stubby entrar en casa cargado con unos trajes y chaquetas de sport. La cosa no olía bien. Willie Stopplemoor no volvió a mencionar a Stubby ni a la enfermera. Peggy se olvidó del asunto. El sorprendente final de toda esta historia fue el siguiente:

Los Green se marcharon sin que nadie supiera adónde pocas semanas después del asesinato. Sacaron a sus hijos de la escuela, dejaron la casa y cancelaron la hipoteca. Nunca más regresaron a El Monte. Lo mismo hicieron los Stopplemoor. Se largaron inesperadamente. No le dijeron a nadie que pensaban trasladarse. Levantaron el campamento y simplemente se esfumaron.

Le pedí a Peggy que me diese una descripción de Ernie Stopplemoor. Respondió que era muy alto y delgaducho. Bill mencionó la tienda de maquinaria. Peggy dijo que ignoraba el nombre. Estaba en alguna parte del valle de San Gabriel.

Le pedí nombres. Le pedí que los relacionara con el incidente de los Green. Peggy respondió que su padre le había contado algo. Le dijo que Bill Young y Margaret McGaughey conocían a la enfermera muerta.

Bill volvió a repasar con Peggy Forrest la historia que esta había contado. La mujer la repitió con el mismo tono de seguridad. Anoté todos los nombres, edades y descripciones físicas. Escribí una lista de prioridades y subrayé cuatro cosas:

Museo de El Monte: comprobar 58 directorios.

Comprobación de 1959: verificar si los Green y los Stopplemoor se marcharon realmente de El Monte.

Confirmar los expedientes escolares de los hijos de los Green y los Stopplemoor.

Buscar a los Green y los Stopplemoor a nivel nacional e intentar localizarlos.

Parecía que teníamos algo. Aquello empezaba a gustarme.

Le enseñé la lista a Bill. Me dijo que estaba muy bien. Hablamos de la historia de los Green y los Stopplemoor. Apunté que el detalle del abrigo era falso. La policía había encontrado a mi madre cubierta con su propio gabán. Bill observó que el cuento de la droga también era falso. No creía que Jean tuviese acceso a narcóticos vendibles. Yo señalé que me gustaba el aspecto geográfico del asunto. Elrovia quedaba a una manzana de Maple. Empecé a especular. Bill me dijo que parara. Antes teníamos que determinar más hechos.

Nos acercamos al Museo de El Monte. Comprobamos los listines telefónicos y encontramos a un Clyde Greene en Embree en 1958. Su esposa no constaba como Rita, sino como Lorraine. Revisamos los directorios de los años 59, 60 y 61. No aparecía ningún Clyde o Lorraine Greene. Encontramos a los Stopplemoor en Elrovia durante los cuatro años consultados.

Bill llamó a Tom Armstrong. Le explicó la historia y le proporcionó los nombres de los hijos de los Greene y los Stopplemoor y sus edades aproximadas. Los segundos muy probablemente seguían en El Monte. En cambio, era posible que los Greene se hubieran marchado poco después del asesinato. Armstrong dijo que investigaría en los archivos escolares adecuados. Intentaría determinar si los Greene y los Stopplemoor habían cambiado de colegio a sus hijos.

Bill llamó al jefe Clayton y a Dave Wire. Les preguntó si les sonaban los

nombres de Ernie Stopplemoor y de Clyde «Stubby» Greene, la «leyenda de El Monte». No les sonaban. Clayton y Wire prometieron llamar a algunos antiguos agentes e informar de lo que averiguaran.

Llamaron a algunos antiguos agentes. Informaron de lo que habían averiguado. Nadie recordaba a Ernie Stopplemoor ni a Clyde «Stubby» Greene.

Buscamos los nombres de los Greene, los Stopplemoor y los hijos de ambas parejas en los ordenadores del Departamento de Justicia y en el registro inverso de los cincuenta estados. Buscamos los nombres de Rita Greene y de Lorraine Greene. Obtuvimos una lista afortunadamente corta de gente apellidada Greene. Los llamamos a todos. Ninguno de ellos reaccionó de forma sospechosa. Ninguno había vivido en El Monte. Ninguno de los Clyde respondía al alias de «Stubby». Ninguno de los Garys y las Candys tenían papás llamados Clyde ni mamás llamadas Lorraine o Rita.

Localizamos a tres Stopplemoor en Iowa. Eran parientes del viejo Ernie. Dijeron que Ernie y Wilma habían muerto. Su hijo Jerry también. El otro hijo, Gailard, vivía en el norte de California.

Bill consiguió el número de este último y lo llamó. Gailard no recordaba a la familia Greene ni el asesinato de Jean Ellroy ni nada relacionado con El Monte que no fueran los coches trucados y las chicas. Su actitud no fue sospechosa en ningún momento. Más bien parecía sonámbulo.

Armstrong consiguió los expedientes escolares. Demostraban que los Stopplemoor se habían quedado en El Monte. También que los Greene habían sacado a sus hijos del colegio en octubre del 58. Stubby no se había largado en julio. Peggy Forrest se había equivocado en eso.

Intentamos encontrar a Bill Young y a Margaret McGaughey, pero no lo conseguimos. Nos despedimos por completo de ese desvío tangencial.

Nos reunimos con la reportera del *L. A. Times*. Le mostramos el

expediente, le enseñamos El Monte y la llevamos al Valenzuela's, al instituto Arroyo y al 756 de Maple. Dijo que llevaba bastante retraso. Quizá no pudiera publicar el artículo hasta pasado el día del Trabajo.

Bill reanudó los preparativos para el juicio. Yo volví al expediente. Este era una vía de acceso a mi madre. Muy pronto yo iba a esconderme con ella. El expediente estaba preparándose. Quería encontrarme con ella con hechos establecidos y con rumores sincronizados con mi imaginación. El expediente olía a papel viejo. Yo podía convertir aquel olor en perfume rociado, en sexo, en ella.

Me encerré con el expediente. Hacía un calor infernal y mi apartamento no tenía aire acondicionado. Contemplaba el contenido desplegado en los tableros de corcho. Encargaba comida para llevar. Cada noche hablaba por teléfono con Helen y con Bill, y con nadie más. Mantuve conectado el contestador automático. Una serie de médiums y videntes llamaron para decirme que podían ayudarme. Borré los mensajes. Ideé algunas medidas disparatadas y se las transmití a Bill. Le dije que podíamos poner un gran anuncio en los periódicos solicitando información acerca de la Rubia y del Hombre Moreno. En opinión de Bill solo conseguiríamos atraer más a chiflados, bichos raros y místicos. Propuse ofrecer una cuantiosa recompensa por la misma información. Eso animaría a todos los asiduos de los bares que hubieran oído la historia de la Rubia. Bill replicó que eso animaría a cualquier mamón codicioso del condado de Los Ángeles. También dije que podíamos repasar todos los listines telefónicos de El Monte, Baldwin Park, Rosemead, Duarte, La Puente, Arcadia, Temple City y San Gabriel correspondientes a 1958, y anotar todos los nombres griegos, italianos y latinos-caucásicos que sonaran a nombre de varón. Podíamos consultar en los ordenadores de los departamentos de Justicia y Tráfico y ponernos en contacto con aquellos que nos interesaran. A Bill le pareció una idea de locos.

Tardaríamos un año en hacerlo y no obtendríamos más que tonterías y un cabreo monumental.

Me dijo que leyese el expediente. Me dijo que pensara en mi madre. Respondí que eso era lo que estaba haciendo. No le dije que una parte de mí estaba huyendo tal como ella solía hacer. No le dije que mis descabelladas sugerencias eran una especie de esfuerzo postrero por evitarla.

La nueva investigación sobre Jean Ellroy duraba ya diez meses.

Papá Beckett parecía un Santa Claus. En 1981 era un cabrón con malas pulgas. Ahora se había convertido en un abuelete de barba cana. Sufría del corazón y se había hecho cristiano renacido.

Se encargaba de su caso el juzgado 107 del Tribunal Superior del condado de Los Ángeles, presidido por el magistrado Michael Cowles. Un abogado llamado Dale Rubin representaba a papá Beckett. La sala de la audiencia estaba forrada con paneles de madera y agradablemente climatizada. Tenía una buena acústica, pero los bancos destinados al público eran duros e incómodos.

Cuatro puertas más abajo estaban juzgando a O. J. Simpson. El vestíbulo permanecía abarrotado todos los días, desde las ocho de la mañana hasta la hora de cerrar. Estábamos en la novena planta. El ascensor siempre iba repleto, tanto de subida como de bajada. El edificio de los Juzgados de lo Criminal era un centro de entretenimiento multisalas. En una de ellas tenía lugar la atracción principal y en las demás los espectáculos de segunda. Equipos de los medios de comunicación, manifestantes y vendedores de camisetas rodeaban el edificio. Los manifestantes a favor de O. J. eran negros. Los piquetes contrarios a O. J. estaban formados por blancos. Los que vendían camisetas eran birraciales. El aparcamiento estaba lleno de unidades móviles de televisión y de difusores fotográficos montados sobre soportes. No había clases y mucha gente llevaba consigo a sus hijos.

El juicio de Beckett resultó un fracaso de taquilla. A la mierda papá

Beckett. Era un hombre de pocos recursos, un pobre imbécil con un acordeón y una manta raída. La sala principal quedaba cuatro puertas más abajo. O. J. Simpson era el Rat Pack al completo en todo su esplendor. A la mierda Tracy Stewart. Nicole Simpson tenía las tetas más grandes.

Papá Beckett se sentaba junto a Dale Rubin. Bill Stoner, junto a Dale Davidson. El jurado estaba situado a lo largo de la pared derecha y presenciaba la acción de lado. El juez, desde su estrado, lo hacía directamente de frente. Yo ocupaba un asiento junto a la pared del fondo.

Me sentaba allí todos los días. Unos bancos más adelante estaban los padres de Tracy Stewart. No cruzamos una sola palabra.

Charlie Guenther tomó un avión para asistir al juicio. Gary White hizo lo propio desde Aspen. Bill no se apartó de los Stewart. Quería acompañarlos durante el juicio y ayudarlos a recuperar los restos de su hija. Papá Beckett dijo que recordaba el lugar donde había arrojado el cuerpo. Había dicho a los agentes de Fort Lauderdale que enviaría a los Stewart una nota anónima revelándoselo, pero aún no lo había hecho. Eso no le habría reportado beneficio económico alguno y en el aspecto legal podría volverse en su contra. Los Stewart querían enterrar a su hija. Probablemente eran conscientes de que el concepto mismo de poner «punto final» era una tontería. Un día su hija había desaparecido. Tal vez quisieran celebrar una ceremonia y marcar su vida con un trozo de tierra y una lápida.

Bill opinaba que los padres de Tracy nunca recuperarían los restos. El rayo de esperanza que él veía era un engaño. Según sus propias declaraciones, Robbie Beckett había llevado a la muchacha hacia el sur y había tirado su cuerpo cerca de una valla. Nadie había dado con él, aunque ya debería haber aparecido. Quizá alguien lo hubiese encontrado y se equivocaron en la identificación. Quizá estuviese enterrado con otro nombre. Unos días después del asesinato, papá Beckett le dijo a Robbie que vaciara por completo el

interior de la furgoneta. Era un acto irracional. El acto contradecía implícitamente el relato hecho por Robbie de lo sucedido. Habían golpeado a Tracy con una porra. Y papá Beckett la había estrangulado. El estropicio había sido mínimo.

El cuerpo debería haber sido encontrado.

Puede que hubiesen descuartizado a Tracy en la furgoneta y luego arrojado las partes en diferentes lugares.

Bill pensaba que nunca lo sabrían con seguridad. Robbie mantendría su declaración. Papá Beckett no enviaría aquella nota. Lo de poner «punto final» era, en efecto, una tontería. Papá Beckett sería condenado por el jurado, pero el juez no le impondría la pena de muerte. Necesitaban un cuerpo. Necesitaban demostrar que papá Beckett había violado a Tracy, tal como había declarado Robbie, pero la palabra de este no era prueba suficiente. Robbie aseguró que él no había violado a Tracy. Bill no le creía.

Charlie Guenther prestó declaración. Describió el caso de la desaparición de Tracy Stewart. Describió el trabajo de Gary White para el Departamento de Policía de Aspen. Consultó un cuaderno de notas y enumeró metódicamente las fechas y lugares. Papá Beckett le observaba. Dale Rubin protestó respecto a algunas fechas y lugares. Guenther revisó sus anotaciones y los confirmó. Papá Beckett siguió observando. Vestía camisa informal de manga larga y pantalones holgados. La ropa complementaba sus canas y sus gafas. Sus compañeros de celda probablemente lo llamasen «papi».

Gloria Stewart subió al estrado para declarar. Describió la vida de Tracy y los sucesos previos a su desaparición. Tracy era una chica tímida y temerosa. Había tenido problemas en el instituto y había dejado los estudios. Rara vez tenía citas. Tracy hacía recados y atendía el teléfono cuando no estaban sus padres. Pasaba mucho tiempo en casa.

Dale Davidson se mostró amable. Formuló sus preguntas con tono

respetuoso. Dale Rubin interrogó a la testigo. Dio a entender que Tracy vivía enclaustrada de una forma extremadamente neurótica. Rubin terminó su intervención algo nervioso y poco convencido de sus propios argumentos. Observé a los miembros del jurado y me introduje en sus mentes. Supe que consideraban desmedidas las insinuaciones del abogado. Tracy había sido asesinada. Su vida hogareña era irrelevante.

Davidson se comportó con amabilidad. Rubin se mostró casi educado. Gloria Stewart estaba rabiosa.

Tembló. Sollozó. Miró a papá Beckett. Lloró, tosió y balbuceó. Su testimonio decía: No hay punto final. El odio que sentía llenó la sala. Había asistido al juicio de Robbie y había presenciado cómo era condenado. Fue un fugaz momento de respiro en su odio. Ahora era otro de esos momentos. Pero no era nada en comparación con la fuerza acumulada del odio que mantenía a diario. Cuando dejó el estrado de los testigos, se desvió hacia la mesa de la defensa y se quedó mirando fijamente a papá Beckett. Se estremeció. Siguió hasta su banco y tomó asiento. Su marido le pasó un brazo por los hombros.

Yo nunca había experimentado aquella clase de odio. Nunca había tenido un objetivo de carne y hueso.

El juicio de Beckett continuó. Cuatro puertas más abajo continuaba el de Simpson. Me cruzaba con Johnnie Cochran cada día. Era un hombrecillo perfectamente pulcro y atildado. Vestía mejor que Dale Davidson y que Dale Rubin.

Sharon Hatch testificó. En 1981 era la querida de papá Beckett. Dijo que lo había abandonado y que él se puso furioso. La amenazó a ella y a sus hijos. Sharon Hatch miró a Dale Davidson. Papá Beckett miró a Sharon Hatch. La mujer dijo que papá Beckett nunca le había pegado ni amenazado hasta el

momento de abandonarlo. Seguí la lógica de Davidson. Estaba determinando el estado mental de papá Beckett antes y después de la ruptura. Antes estaba calmado; después se le cruzaron los cables. Yo desconfiaba de aquella línea argumental. Implicaba de forma codificada que una relación de causa-efecto había condenado a una mujer inocente. Aquella línea argumental podía agarrar a los varones del jurado por los huevos e inducirlos a tratar con conmisericordia a papá Beckett. Una golfa carente de sentimientos había jodido al pobre viejo. Observé a Sharon Hatch. Intenté descifrar sus pensamientos. Parecía medianamente inteligente. Tal vez supiese que papá Beckett ya estaba pirado mucho antes de romper con él. El tipo era un matón que se dedicaba a cobrar préstamos, un fetichista de las armaduras cuya galantería con las mujeres constituía un síntoma del odio que le inspiraban, un psicópata sexual en estado de hibernación. En su fuero interno sabía que deseaba violar y matar mujeres. La ruptura le había proporcionado una excusa. Esta se basaba en una combinación de una parte de rabia y dos de autocompasión. Y no podía fijarse como fecha de inicio de su odio hacia todo el género femenino el día en que Sharon Hatch le había dicho: «Piérdete, encanto». Papá Beckett ya hacía tiempo que se dirigía al punto de ignición que explica los hechos. Era como el Hombre Moreno en la primavera del 58. Sentí un leve atisbo de comprensión hacia el Hombre Moreno. Y sentí una gran descarga de odio hacia papá Beckett. Mi madre tenía cuarenta y tres años y un humor cáustico. Sabía poner en su sitio a los hombres débiles. Tracy Stewart estaba absolutamente indefensa. Papá Beckett la había acorralado en su dormitorio. Ella era un cordero en su matadero.

Dale Davidson y Sharon Hatch formaron un buen equipo. Entre los dos describieron a papá Beckett como una mecha deshilachada a punto de arder. Dale Rubin planteó ciertas objeciones. El juez Cowles aceptó algunas y rechazó otras. Las protestas se referían a aspectos legales y apenas les presté

atención. Yo volvía a estar en South Bay en 1981, a medio paso de aquella noche de hacía veintitrés años.

El juez anunció un receso. Papá Beckett fue conducido hasta el calabozo contiguo a la sala de juicios. Dos policías de paisano hicieron entrar a Robbie, esposado y con grilletes en los tobillos. Llevaba ropa carcelaria. Los agentes lo hicieron sentarse en el estrado de los testigos y le quitaron las esposas y los grilletes. Robbie vio a Bill Stoner y a Dale Davidson y los saludó con la mano. Ellos se acercaron a él. Todos los asistentes empezaron a sonreír y a hablar.

Robbie era un tipo duro. Alto y macizo, su índice de grasa corporal no debía de superar el 0,05 por ciento. Lucía un bigote poblado y caído y una larga cabellera de color castaño. Parecía capaz de levantar ciento cincuenta kilos y de correr cien metros en 9,6 segundos.

Se reanudó el juicio. Los policías de paisano se sentaron cerca del estrado de los testigos. Un alguacil hizo entrar a papá Beckett, que se sentó al lado de Dale Rubin.

Robbie miró a papá. Papá miró a Robbie. Ambos comprobaron cómo estaba el otro y luego apartaron la mirada.

El secretario tomó juramento a Robbie. Dale Davidson se acercó al estrado del testigo y empezó a formularle las preguntas preliminares.

Robbie respondió con aire fanfarrón. Estaba allí para saldar cuentas con su padre. Hacía mucho hincapié en frases como «Yo no» y «Él no tendría que haber». Estaba diciendo que sabía lo que se jugaba y que le importaba una mierda. Y decía algo más: Soy como soy y quien me ha hecho así es mi padre.

Papá observó a Robbie. Los Stewart observaban a Robbie. Davidson lo

hizo remontarse a Redondo Beach, a la casa de Tracy y al apartamento de papá. Dale Rubin protestó varias veces. El juez desestimó o aceptó sus objeciones. Rubin parecía desconcertado e incapaz de poner freno al ímpetu de Robbie. Este empezó a mirar directamente a su padre.

Davidson actuó de forma lenta y deliberada. Condujo a Robbie hasta el momento justo. Robbie comenzó a balbucir y a sollozar. Llevaba a Tracy a la habitación y se la entregaba a papá, que empezaba a sobarla...

Robbie perdió el hilo. Vaciló y se enredó con sus propias palabras. Dale Davidson hizo una pausa. Suspendió el interrogatorio durante unos segundos soberbiamente calculados. Luego le preguntó si estaba en condiciones de continuar. Robbie se enjugó el rostro y asintió. Davidson le ofreció un vaso de agua y le pidió que prosiguiese. Robbie retomó su relato como un actor profesional.

Él se emborrachó. Papá violó a Tracy. Papá dijo: Tenemos que matarla. La llevaron abajo. Él la golpeó con la porra...

Robbie vaciló otra vez. Vaciló como respondiendo a una señal que nadie le había dado. Hizo salir de su interior un llanto ruidoso y se atragantó entre hipidos. Lloró por su propia vida desperdiciada. No tenía intención de matar a la muchacha. Su padre lo había obligado. No lloraba por la chica a la que había matado. Lloraba por su propia pérdida.

Robbie era un buen actor. Entendía cómo funcionaban los cambios de registro dramático. Echó mano de su vieja autocompasión, extrajo algunas lágrimas y pulsó, en un *molto bravissimo*, la cuerda del típico buscador de redención. Él era malo, pero no tanto como su padre. Su personaje desgraciado y sus remordimientos espléndidamente fingidos le proporcionaban carisma y credibilidad al instante. Viajé atrás en el tiempo hasta el 9 de agosto del 81. Un hombre tenía que matar a una mujer. Un muchacho tenía que complacer a su padre. Papá solo mataba a mujeres en

presencia de otros hombres. Papá necesitaba a Robbie. Papá no podía matar a Tracy sin él. Robbie sabía qué era lo que quería su padre. ¿La violaste tú también? ¿La violaste porque tu padre la violó y tú lo odiabas y no soportabas verlo disfrutar más que tú? ¿La violaste porque sabías que tu padre la mataría y a fin de cuentas qué importaba una violación más? ¿Extendiste algunas bolsas de basura y la descuartizaste en la parte trasera de la furgoneta?

Davidson guio a Robbie en sus recuerdos de lo ocurrido aquella noche y en sus primeras acciones para borrar el rastro. Robbie se mantuvo fiel a la historia que había contado tantas veces y que había sido grabada de manera oficial. Davidson le dio las gracias y le cedió el turno a Dale Rubin. Entonces Robbie volvió a su auténtico ser. Aquel era Robbie contra papá. Y sin ninguna tontería prescindible que pudiera distorsionar el maldito asunto.

Rubin intentó desacreditar a Robbie. Le preguntó: ¿Llevaste a Tracy a la casa por ti mismo, sin que nadie te lo pidiera? Robbie respondió que no. Rubin volvió a formular la pregunta varias veces de diversas maneras. Robbie lo negó repetidamente y alzó la voz con cada nueva negativa. Ahora era todo orgullo. Sentado en la tribuna de los testigos con aire jactancioso, repitió sus «No» con inflexiones exageradas al tiempo que movía la cabeza arriba y abajo como si hablara con un jodido retrasado mental. Rubin le preguntó si por aquella época solía meterse en peleas. Robbie contestó que era un tipo de sangre caliente. Le gustaba patear culos. Lo había aprendido de su padre. Todas las cosas malas que sabía las había aprendido de su padre. Rubin le preguntó si acostumbraba a pegar a sus novias. Robbie repuso que no. Rubin expresó su incredulidad. Robbie le dijo que podía pensar lo que le viniese en ganas. Cada vez que decía «No», Robbie sacudía la cabeza arriba y abajo con mayor vehemencia. Rubin insistió. Robbie también, dándose aún más aires. Tenía al menos una decena de matices distintos para la palabra

«No». Miraba fijamente a papá Beckett. Sonreía a Dale Rubin. Las sonrisas decían: «No puedes ganarme porque no tengo nada que perder».

Papá Beckett se miraba las manos. En varias ocasiones alzó la cabeza para sostenerle la mirada a Robbie de forma provocadora. Pero siempre era el primero en bajar la vista. No lo hacía por miedo o vergüenza, sino porque estaba cansado. Padecía del corazón y era demasiado viejo para andarse con juegucitos de desafío mental con jóvenes convictos.

Robbie pasó un día y medio en el estrado. Fue interrogado y contrainterrogado y cocido a fuego lento y zarandeado verbalmente. Lo aguantó todo. No titubeó ni por un instante. En ningún momento dio la impresión de desmoronarse. Fue una auténtica performance parricida. Robbie fue todo bravura, interpretó una ópera grandiosa. Aunque probablemente subestimó el efecto que aquello produciría en su padre. Papá Beckett no paraba de bostezar.

Davidson preguntó por el caso de Sue Hamway. Robbie contó al tribunal todo lo que sabía. Davidson preguntó por Paul Serio. Robbie lo describió como un gilipollas y como un secuaz de su padre. Rubin también preguntó por Serio. Robbie satirizó el lenguaje corporal de aquel capullo y lo incorporó a su numerito de subir y bajar la cabeza. Rubin no lograba sacar de quicio a Robbie. Su odio llenaba la sala. Era un odio de origen infantil que con el paso del tiempo se había cargado de razones. Robbie era el protagonista de su propia historia vital. Tracy Stewart era la ingenua actriz principal. Robbie no sentía nada por ella. No era más que una golfa que jugaba con dos hombres y había hecho que las cosas se desmadraran.

Robbie terminó de prestar declaración. El juez ordenó un receso. Estuve a punto de aplaudir.

Subió a testificar la primera exmujer de papá Beckett. Dijo que era un padre espantoso y que maltrataba brutalmente a Robbie, David y Debbie. David Beckett prestó declaración. Señaló a su padre ante toda la sala y lo llamó «pedazo de mierda». Dale Rubin contrainterrogó a David. Le preguntó: ¿Ha sido usted condenado por abusar sexualmente de menores? David respondió que sí. Señaló a su padre y dijo que lo había aprendido de él. No entró en detalles. Debbie Beckett no pudo testificar. Había muerto de sida por consumo intravenoso de drogas.

Fue el turno de Paul Serio. Describió su participación en la muerte de Susan Hamway y echó toda la culpa a papá Beckett. Ignoraba que se trataba de un asesinato por encargo. Creía que solo era una extorsión por un asunto de deudas. Papá Beckett se había cargado a Sue Hamway él solo. Después había sacado un consolador y había dicho: Hagamos que parezca un crimen sexual.

Serio había sentido ciertos remordimientos por la hija de Sue Hamway. La pequeña había muerto de inanición mientras el cadáver de su madre se descomponía.

Bill Stoner subió al estrado. Describió la investigación sobre Beckett desde el primer día. Su actitud tranquila y llena de autoridad contrastaba con el histrionismo de Robbie. Bill era un auditor independiente llamado para pormenorizar y calcular el total de los costos. Dale Rubin intentó ponerlo nervioso, pero no lo consiguió.

La defensa llamó a tres testigos. Dos viejos amigos de Robbie declararon que este solía agredir a perfectos desconocidos sin que mediara razón alguna. Rubin dirigió a sus testigos para que dieran la imagen de Robbie que buscaba. El Robbie anterior a Tracy era impetuoso e imprevisiblemente violento. El argumento carecía de fuerza. La potente actuación previa de

Robbie lo anulaba por completo. Robbie ya les había ofrecido esa imagen, solo que con mayor fuerza dramática y en primera persona.

Rubin llamó a su último testigo, otro viejo colega de Robbie. Este dijo que Robbie había reconocido haber violado a Tracy Stewart. Le creí. No supe cómo lo interpretarían los miembros del jurado. Imaginé que su respuesta sería: ¿Y qué? Robbie ya está en la cárcel. No hay manera de desacreditarlo. Su autoinmolación supera con creces vuestra actuación. Estamos cansados. Queremos volver a casa. Gracias por el viajecito. Nos duelen las cervicales de tanta tribuna del jurado. Ha sido divertido. Ha molado y ha durado bastante menos que toda esa mierda del asunto Simpson. Hemos tenido sexo y desavenencias familiares. Y nos hemos ahorrado todos los rollos científicos y todas las arengas engañosas de carácter racial. El espectáculo de segunda ha ganado por goleada a la gran atracción de la sala principal.

El juicio estaba casi concluido. Bill predijo un veredicto rápido y condenatorio. Gloria Stewart tendría la oportunidad de comparecer y enfrentarse a papá Beckett. Podría insultarlo. Podría suplicar que le devolviera el cuerpo de Tracy. La «confrontación con la víctima» era un nuevo procedimiento jurídico que defendía los derechos de los familiares de las víctimas y promovía su recuperación psicológica. Le dije a Bill que no deseaba asistir a las argumentaciones finales ni a la confrontación. Papá Beckett bostezaría. Gloria Stewart le diría lo que tenía que decirle y continuaría con su dolor. La ley de la confrontación con la víctima fue aprobada gracias a unos tarados enganchados a la televisión matinal. No quería presenciar la intervención de Gloria. No quería verla representar el papel de víctima profesional. Bill no llegó a presentarnos. Nunca le dijo quién era yo ni a quién había perdido en junio del 58. Sabía que no teníamos nada que decirnos. Sabía que mi dolor nunca había sido comparable al de ella.

El juicio de Beckett duró dos semanas. Bill y yo acudimos todos los días en nuestros respectivos coches. Bill salía con Dale Davidson y con Charlie Guenther muchas noches, y a veces se les unía Phil Vanatter. Ahora Vanatter era famoso. Estaba trabajando en el caso del asesinato del siglo. El equipo del caso Beckett salió a celebrar el final del juicio. Vanatter fue con ellos. Bill me invitó, pero decidí pasar. Yo no era policía ni ayudante del fiscal del distrito. No quería estar de cháchara con profesionales. No quería discutir los aspectos más ridículos y bufonescos del caso Simpson ni mostrar compasión por quienes lo llevaban. Andaba bastante escaso de indignación racial de blanquito. Durante más de cincuenta años el LAPD había tratado a patadas a los negros indiscriminadamente. Mark Fuhrman era Jack Webb con colmillos. El ADN era irrevocablemente preciso y confuso. Las conspiraciones racistas poseían más carga dramática. Bill lo sabía, pero era demasiado educado como para restregárselo por la cara a Phil Vanatter. Marcia Clark necesitaba un Robbie Beckett negro. Un Robbie negro podría incriminar a O. J. con espíritu nativo. La justicia era política y teatro. O. J. Simpson no era Emmett Till ni los chicos de Scottsboro. El victimismo era explotable. Yo no era Gloria Stewart.

Conduje en dirección a Los Ángeles Oeste. Quería encontrar un teléfono de pago privado y llamar a Helen. Quería hablar de Tracy y de Geneva.

Me acordé de las cabinas telefónicas del hotel Mondrian. Era hora punta. Sunset Boulevard debía de estar abarrotado. Tomé hacia el norte por Sweetzer. Crucé Santa Monica Boulevard y advertí de pronto dónde me encontraba.

Estaba conduciendo por una zona de asesinatos.

Karyn Kupcinet murió en el mil doscientos y pico de North Sweetzer. Fue

a finales de noviembre del 63. John Kennedy llevaba cuatro o cinco días muerto. Alguien estranguló a Karyn en su apartamento. La encontraron desnuda, boca abajo en el sofá. La sala estaba patas arriba. La Brigada de Homicidios de la Oficina del Sheriff llevó el caso. Se ocupó de él Ward Hallinen. Investigaron al novio actor de Karyn y a uno de sus vecinos, un bicho raro. El padre de Karyn era Irv Kupcnet, un conocido presentador de programas de entrevistas y columnista en Chicago. Karyn se había mudado a Los Ángeles para triunfar como actriz. Su padre la mantenía, pero la muchacha no conseguía levantar cabeza. Su novio y los amigos de este sí lo estaban logrando. Karyn cogió algunos kilos de más como para ser considerada esbelta. Tomaba píldoras para controlar el peso y para volar. Guenther creía que su muerte había sido accidental. En la mesita de café, junto al cuerpo, habían encontrado un libro. Iba sobre danza nudista. Podías bailar como una ninfa de los bosques y liberar tus inhibiciones. Guenther creía que la chica estaba colocada y bailando desnuda. Se cayó y se rompió el hueso hioides contra la mesita. Logró arrastrarse hasta el sofá y allí había muerto. Bill pensaba que la habían asesinado, tal vez su novio, el vecino raro o algún pirado con el que había ligado en un bar. En el 63 recibieron un montón de informaciones sobre el caso. Aún recibían algún soplo de vez en cuando. Recientemente un tipo del FBI llamó diciendo que había encontrado una pista. Dijo que la había descubierto en una llamada grabada. Un mafioso aseguraba conocer la auténtica verdad. Karyn estaba chupándosela a un tipo y se había asfixiado con la polla.

Doblé al oeste en Sweetzer con Fountain. Vi el edificio de El Mirador. Judy Dull había vivido allí. A sus diecinueve años, ya tenía un hijo y se había separado de su esposo. Había posado para unos anuncios de pastel de queso. Harvey Glatman encontró su cuerpo. Glatman era sospechoso en el caso Jean

Ellroy. Jack Lawton lo exoneró de toda sospecha en el caso Ellroy y lo detuvo por el asunto Dull.

Tomé hacia el norte en La Cienega. Allí se alzaba el bloque de apartamentos donde había vivido Georgette Bauerdorf. Georgette fue asesinada el 12 de octubre del 44. Un hombre entró en su piso, le metió un rollo de vendas en la boca y la violó. La chica se asfixió con el rollo de vendas. Nunca encontraron al asesino. Roy Hopkinson trabajó en el caso. Georgette tenía diecinueve años, como Judy Dull. Georgette tenía dinero, como Karyn Kupciner. Georgette trabajaba como voluntaria en la cantina de una organización de servicios sociales para el ejército. Su familia vivía en Nueva York. Sus amigas aseguraban que era una chica muy nerviosa y que fumaba demasiado. Vivía por su cuenta. Conducía por Los Ángeles impulsivamente.

Karyn estaba metida en las drogas y se escondía detrás del dinero de su padre. Judy estaba huyendo de vivir demasiado demasiado deprisa. Georgette contrajo la fiebre del encierro y se refugió en los chicos de la cantina. Tracy se ocultó en casa. Robbie la recogió allí. Jean escogió mal el lugar donde esconderse.

Visualicé sus rostros. Las junté en una fotografía de grupo. Convertí a mi madre en la madre de todas ellas. La coloqué en el centro del encuadre.

Dime por qué.

Dime por qué a ti y no a otra.

Respóndeme y muéstrame cómo llegaste hasta allí.

Mi madre afirmaba haber visto cómo los federales abatían a John Dillinger. En aquella época estudiaba enfermería en Chicago. Dillinger murió el 22 de julio del 34. Geneva Hilliker tenía entonces diecinueve años. Mi padre decía que había sido entrenador de Babe Ruth. Tenía una vitrina llena de medallas que en realidad no había ganado. Las historias de mi madre siempre eran más plausibles. Él estaba más desesperado y ansioso por impresionar. Ella mentía para conseguir lo que quería. Comprendía los límites de la verosimilitud. Era posible que estuviese a tres manzanas del cine Biograph y escuchara los disparos. Era posible que hubiera dado el salto desde el sonido hasta la visión a través de la pura imaginación. Era posible que hubiese rellenado los detalles ayudándose con unos cuantos vasos de bourbon y se hubiese convencido de que aquello era verdad. Era posible que me hubiese contado la historia de buena fe. Entonces tenía diecinueve años. Quizá con ello pretendiese decirme: Mira lo brillante y prometedora que era.

Mi padre era un mentiroso. Mi madre era una farsante. Los conocí durante seis años juntos y durante cuatro separados. Luego pasé siete años más con mi padre. Cuando hablaba de mi madre solo era para hundirla. Sus historias siempre estaban hinchadas y cargadas de malicia. Resultaban sospechosas. Durante los siete últimos años de su vida difamaba continuamente a mi madre a su caprichoso antojo.

En aquel entonces yo seguía en contacto con mi tía Leoda. Ella me contaba cosas de Geneva. La elogiaba mucho. La encomiaba. Yo nunca recordaba

una palabra de lo que me decía. Odiaba a mi tía. Yo era el tímido y ella era la prima que tenía la pasta.

Yo disponía de mentiras desde las cuales poder partir. No podía desecharlas sin más. Quería construir una percepción desde puntos de vista contradictorios. Yo tenía mi propia memoria, que funcionaba perfectamente. Después del juicio de Beckett la sometí a prueba. Recordé el apellido de antiguos compañeros de clase. Recordé todos los parques y cárceles dónde había dormido alguna vez. Tenía ordenada cronológicamente toda mi vida, año tras año, al lado de mi madre. Recordé el nombre de antiguos proveedores de droga y de todos mis profesores en el instituto. Tenía una mente lúcida. Y una memoria sólida. Podía contrarrestar los fallos sinápticos con ráfagas de fantasía. Era capaz de rememorar escenas alternativas. ¿Y si ella hacía lo mismo? Tal vez lo hiciera. Tal vez hubiese reaccionado de la misma manera. La verdad literal era básica. Podía llegar en cantidades limitadas. Puede que a mi memoria le faltara elasticidad, pero no estaba reprimida.

No tenía fotos de familia. No tenía fotos de ella a los diez, a los veinte o a los treinta años. Tenía fotos de ella con cuarenta y dos años, ya en decadencia, y de ella ya muerta. Apenas sabía nada de nuestros antepasados. Ella nunca hablaba de sus padres ni de sus tíos o tías favoritos.

Yo poseía una fuerte voluntad mental y recordaba mis pensamientos desde hacía años luz. Era capaz de desnudar mi cerebro y revivir mis antiguos pensamientos sobre ella. Mi imaginación podía ayudarme o lastrarme. Podía bloquearse en situaciones lujuriosas. Tenía que ser explícito. Se lo debía. Tenía que llevarla más allá.

Bill seguía en Los Ángeles, a la espera del veredicto del caso Beckett. Le dije que quería perderme por un tiempo. Respondió que lo entendía. No lograba quitarse de la cabeza a Tracy Stewart.

Estaba preparado. Desconecté el teléfono y apagué las luces. Me tumbé en la cama y cerré los ojos.

Procedía de Tunnel City, Wisconsin. Tunnel City era una estación de ferrocarril y poco más. Se mudó a Chicago. Luego a San Diego. Mi padre afirmaba haberla conocido en el hotel Del Coronado. Decía que fue en 1939, y que escucharon juntos el segundo combate Louis-Schmeling. La pelea se celebró en el 38. Ella tenía entonces veintitrés años. Él tenía cuarenta. Él vestía de punta en blanco. Durante todo el tiempo que lo conocí siempre llevó trajes de antes de la guerra. En 1960 se veían como algo incongruente. Y se fueron viendo cada vez más raídos y gastados a medida que decaía nuestro nivel de vida. En 1938 era ropa moderna. Mi padre tenía una pinta espléndida y mi madre se enamoró perdidamente de él. Mi padre se encontró con una joven ardiente a la que creyó que podría controlar siempre. Tal vez la llevase a Tijuana a ver las corridas de toros. Hablaba muy bien el español, de modo que pediría la comida por ella. Sí, la llevó a México para cortejarla y controlarla. Fueron en coche a Ensenada. En el 56 mi madre también me llevó allí. En esa ocasión lucía un vestido blanco que dejaba al descubierto sus hombros. La vi depilarse las axilas. Quise besárselas. Mi padre la entonó a base de margaritas. Por entonces ella todavía no era alcohólica. Él echó en la mano de ella una pizca de sal y unas gotas de zumo de lima y se lo lamió. Se mostró desesperadamente atento. Ella aún no le había calado. Con el tiempo lo haría. Trabajé sobre una dinámica tiempo perdido/tiempo recuperado. Mi madre consideraba irrecuperable el tiempo que había perdido y echaba la culpa a mi padre. Redujo sus expectativas. El bourbon hacía controlables y atractivos a los machos del taller mecánico. Nunca se preguntó por qué le atraían los hombres débiles y vulgares.

Tenía un porte soberbio. Parecía más alta de lo que figuraba en el informe de la autopsia. Tenía las manos y los pies grandes y unos hombros delicados. Quise besarla en el cuello y oler su perfume y cubrirle los pechos desde detrás con mis manos. Usaba perfume Tweed. Tenía un frasco en su mesilla de noche en El Monte. En cierta ocasión eché unas gotas en un pañuelo y me lo llevé a clase.

Mi madre tenía unas piernas largas y marcas de estrías en el vientre. Las fotos de la autopsia resultaban sorprendentes e instructivas. Sus pechos eran más pequeños de lo que yo recordaba. Era delgada de cintura para arriba y bastante gruesa de caderas y piernas. Tiempo atrás había grabado su cuerpo en mi memoria. Había remodelado sus dimensiones. Había modificado su contorno para que se adecuara a mi gusto por las mujeres voluptuosas. Había crecido con aquella visión de su desnudez y la había aceptado como real. Pero mi madre verdadera era una mujer de carne y hueso muy diferente.

Mis padres se casaron. Se trasladaron a Los Ángeles. Según él, vivían en un piso en la calle Ocho con New Hampshire. Ella encontró trabajo de enfermera. Él probó suerte en Hollywood. Se mudaron al 459 de North Doheny Drive, en Beverly Hills. La dirección era más elegante que la casa. Mi madre decía que no era más que un pequeño apartamento. Mi padre empezó a trabajar con Rita Hayworth. Yo nací en marzo del 48. Mi padre organizó el matrimonio de Rita con Alí Khan. Lo de Rita Hayworth era cierto: vi el nombre de mi padre escrito en dos biografías de la actriz.

Nos trasladamos a un edificio de estilo español en el 9031 de Alden Drive. Eso quedaba más allá de los límites de Hollywood Oeste. Allí vivían también Eula Lee Lloyd y su marido. Y una solterona que idolatraba a mi madre. Mi padre decía que era lesbiana. Estaba obsesionado con las lesbianas. Decía que había un punto lésbico en Rita Hayworth. Supuestamente yo conocí a Rita Hayworth en un puesto de perritos calientes. Fue en el año 50 o 51.

Supuestamente derramé sobre ella un vaso de mosto. Supuestamente Rita era ninfómana. Mi padre estaba obsesionado con las ninfómanas. Decía que todos los grandes actores eran maricas. Estaba obsesionado con los maricas. Rita acabó por despedirlo. Él empezó a pasarse el día durmiendo en el sofá como Dagwood Bumstead. Mi madre le decía que buscara trabajo. Él respondía que tenía contactos. Estaba esperando la oportunidad adecuada. Mi madre procedía del Wisconsin rural. No sabía nada de enchufes, y no quiso saber nada más del matrimonio.

Mis recuerdos se desarrollaban en una línea cronológica recta. Mis fantasías se desarrollaban como añadidos o tomas descartadas. Pensé que había estado zigzagueando sobre el mapa de la memoria. Pensé que había estado trastabillando sobre las minucias de la vida real. Estaba en la senda del recuerdo. Había conjurado el perfume Tweed y algunas instantáneas de la época. Avanzaba siguiendo un diagrama de flujo lineal que ya conocía.

Aminoré el paso. La pelirroja quedó al desnudo. Su cuerpo era real y su rostro reflejaba los cuarenta y dos años que tenía. No podía seguir con aquello.

No es que tuviera miedo de hacerlo. Sencillamente no quería hacerlo. Me parecía innecesario.

Dejé vagar mi mente. Pensé en Tracy Stewart. Había visto el antiguo apartamento de papá Beckett. Fui con Bill y Dale Davidson. Vi los lugares clave de Beckett. Vi el salón y el dormitorio y los escalones que bajaban hasta su furgoneta. Subí por esos escalones con Robbie y Tracy. En apenas seis latidos había ido desde mi madre desnuda hasta Robbie y Tracy. Robbie condujo a Tracy al dormitorio. Robbie se la entregó a papá.

Paré allí. No tenía miedo. Sabía que podía convertir aquel instante en aterrador. No creía que pudiera sacar nada de ello.

Dejé vagar mi mente. Volví al 55. Tenía una línea cronológica en marcha.

Decidí seguirla.

Mi padre no estaba. Éramos ella y yo y nadie más. La vi con un vestido de algodón blanco. La vi con una bata azul marino. La metí en la cama con algunos sementales de la cadena de montaje. Les puse tupés y cicatrices de arma blanca. Se parecían a Steve Cochran en *Infierno* 36. Me esforzaba por buscar la hipérbole. Creía que los detalles desagradables podrían resucitar recuerdos desagradables. Quería seguir el rastro sexual de la pelirroja desde mi padre hasta el Hombre Moreno. Mi padre era débil. Tenía un cuerpo de tipo duro y un alma cándida. Mi madre lo echó a patadas de su vida y se volvió minimalista. Todos los hombres eran débiles y algunos eran débiles y atractivos. No podías controlar su debilidad. Solo podías limitar tu conciencia de ella y adjudicarle eufemismos hasta no reconocerla. La pelirroja podía dejar que entraran hombres en su vida, pero en dosis limitadas. Nunca vi una manada de machos a la puerta de mi madre. Solo la pillé in fraganti dos veces. Mi padre decía que era una puta. Yo lo creí. Noté su impulso sexual. Filtré esa percepción a través de mi propia lujuria por ella. Vivió con mi padre durante quince años. Mi madre sucumbió a una imagen. Luego espabiló. El fiasco fue iluminación. Hacía frente a los hombres desde una perspectiva desilusionada y completamente machista. Los hombres eran controlables. La manera de controlarlos era mediante el sexo y el alcohol. Arrojó quince años por el retrete. Sabía que ella era cómplice por pasividad. Se despreciaba por ser tan estúpida y débil. Consideraba a los hombres vulgares una especie de premio de consolación. A mí me veía como una forma de redención. Me enviaba a la iglesia y me hacía estudiar. Predicaba diligencia y disciplina. No quería que me volviese como mi padre. No quería abrumarme con su amor y convertirme en el típico afeminado de manual de los cincuenta. Ella vivía en dos mundos. Yo marcaba la línea divisoria. Ella pensaba que aquel esquema dual era sostenible. Se equivocaba. No sabía que

la ocultación nunca funciona. Por un lado tenía el alcohol y los hombres; por otro, a su pequeño. Pero se dispersaba. Veía que sus mundos se superponían. Mi padre me restregaba por las narices su vida disipada. Hacía propaganda contra ella. Cada fin de semana me enseñaba a odiarla. Ella se burlaba de él todos los días entre semana. Me inoculaba el desprecio con menos virulencia que él su odio. Predicaba el esfuerzo y la determinación. Era una borracha y una puta, y por tanto una hipócrita. El mundo que construía alrededor de mí no existía. Yo tenía acceso a su mundo oculto, como si de una radiografía se tratase.

La sorprendí en la cama con un hombre. Ella se cubrió los pechos con la sábana. La sorprendí en la cama con Hank Hart. Estaban desnudos. Vi una botella y un cenicero en la mesilla de noche. Nos trasladamos a El Monte. Vi a una puta fugitiva. Quizá huyese para crear un espacio entre sus dos mundos. Dijo que nos mudábamos por mi bien. Lo interpreté como una mentira. Pongamos que me equivocaba. Pongamos que lo hizo por los dos. Pero fue demasiado deprisa y malinterpretó El Monte. Lo vio como una zona neutra entre dos mundos opuestos. Parecía un buen lugar para salir de juerga los fines de semana. Parecía un buen lugar para educar a un niño.

Intentó enseñarme cosas. Las aprendí demasiado tarde. Me hice más disciplinado, meticulado, diligente y decidido de lo que ella jamás hubiese esperado. Sobrepasé todos sus sueños respecto a mi éxito. Yo no podía comprarle una casa y un Cadillac y expresarle mi gratitud a la manera de un auténtico nuevo rico.

Viajamos en el tiempo. Recorrimos nuestros diez años juntos. Saltamos de forma irregular hacia delante y hacia atrás. Cada viejo recuerdo tenía su contrapunto. Cada destello de Jean la libertina pelirroja iluminaba su imagen contrapuesta. Estaba la Jean borracha. Estaba la Jean con su hijo

desagradecido. El niño se cayó de un árbol. Ella le quita astillas de los brazos. Lo lava con agua de hamamelis. Coge unas pinzas y lo examina con una lupa.

Viajamos en el tiempo. En la oscuridad, perdí conciencia del tiempo real. Aquel equilibrio contrapuesto se mantuvo. Me quedé sin recuerdos y abrí los ojos.

Vi el gráfico de la pared. Noté el sudor en la almohada.

Desconecté la máquina del tiempo. Ya no quería llevar a mi madre a ningún otro sitio. No quería situarla en ambientes de ficción ni englobar mis revelaciones y denominarlas un resumen de su vida. No quería reducirla a una mujer compleja y ambigua. No quería darle menos de lo que le correspondía.

Estaba hambriento e inquieto. Deseaba respirar aire fresco y ver gente viva.

Conduje hasta un centro comercial. Caminé por la zona de restaurantes y pedí un sándwich. El lugar estaba abarrotado. Observé a la gente. Observé a los hombres y a las mujeres juntos. Busqué seducciones. Robbie cortejó a Tracy en público. El Hombre Moreno llevó a Jean al Stan's Drive-In. Harvey llamó a la puerta de Judy e hizo que se sintiese segura.

No vi nada sospechoso.

Dejé de inspeccionar. Me quedé sentado, muy quieto. La gente cruzaba mi línea de visión. Me sentí como si flotara. Como si estuviera colocado de oxígeno.

La idea me vino suavemente.

El Hombre Moreno carecía de relevancia. Tal vez estuviese muerto o no. Tal vez lo encontrásemos o no. Nunca dejaríamos de buscar. Ese hombre no

era más que una señal de dirección. Me obligaba a esforzarme por ser plenamente justo con mi madre.

Ella era ni más ni menos que mi salvación.

El jurado deliberó. Papá Beckett fue condenado por el asesinato de Tracy Stewart. Bill dijo que le caería cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Gloria Stewart se enfrentó a papá Beckett. Clamó por el cuerpo de su hija y llamó al hombre cosas terribles. Yo dije que no habría cuerpo ni punto final. A papá Beckett lo sentenciaban de por vida. Gloria tenía otra cadena perpetua con papá Beckett y con Robbie.

Bill organizó una fiesta en el patio trasero de su casa. Dijo que era un adelanto de la celebración del día del Trabajo. En realidad se trataba de una fiesta de despedida por papá Beckett.

Asistí. Estaban Dale Davidson y su esposa Vivian, que era ayudante del fiscal de distrito y conocía el caso Beckett a la perfección. Acudieron otros ayudantes de la fiscalía, así como Gary White y su novia. El padre de Bill también asistió. También se pasaron algunos vecinos. Todo el mundo comió perritos calientes y hamburguesas y habló del asesinato. Los policías y ayudantes del fiscal se sentían aliviados por que el asunto Beckett hubiera terminado. Los que no eran policías o ayudantes del fiscal pensaban que aquello ponía punto final al asunto. Deseé conocer al estúpido que había inventado aquel concepto y meterle una gran placa de punto final por el culo. Todo el mundo hablaba de O. J. Todo el mundo especulaba sobre la posible sentencia y sus potenciales ramificaciones. Yo no hablé mucho. Disfrutaba de mi propia fiesta con la pelirroja. Estaba juguetona. Me robaba las patatas fritas del plato. Compartíamos nuestros propios chistes privados.

Observé a Bill repartiendo hamburguesas y hablando con los amigos. Sabía que se sentía aliviado. Sabía que su alivio se remontaba a la detención de papá Beckett. Había hecho caso omiso de la confesión de papá Beckett de haber matado a otras mujeres. Fue una resolución hipotéticamente firme. El veredicto de culpabilidad era más ambiguo. Papá Beckett estaba viejo y enfermo. Sus días de violador y asesino habían pasado. Robbie aún tenía edad para seguir violando, matando y moliendo a palos a una mujer. Acaba de ofrecer una actuación asombrosa. Había colaborado con la justicia en el caso del condado de Los Ángeles contra Robert Wayne Beckett Sr. Había hecho amistad con las fuerzas del orden y en nombre de estas había cometido parricidio. Aquello quedaría muy bien en su expediente. Quizá le serviría para conseguir la condicional antes de lo previsto.

Bill seguía en la Autopista de los Cuerpos Abandonados. Cumplía su propia cadena perpetua. Él había escogido el asesinato. El asesinato me había escogido a mí. Él llegó al asesinato como un deber moral. Yo llegué a él como un voyeur. Él se convirtió en un voyeur. Tenía que mirar. Tenía que saber. Sucumbió a repetidas seducciones. Las mías empezaban y terminaban con mi madre. Bill y yo éramos coacusados procesables. Estábamos encausados por el Tribunal de Preferencias de Víctimas de Asesinato. Nos sentíamos inclinados hacia las víctimas femeninas. ¿Por qué sublimar la lujuria cuando puedes utilizarla como instrumento de percepción? La mayoría de las mujeres morían a causa del sexo. Esa era nuestra justificación para ser voyeurs. Bill era un detective profesional. Sabía mirar y cribar y distanciarse de sus descubrimientos y conservar la compostura profesional. Yo podía eludir esas restricciones. No tenía que presentar pruebas contundentes ante un tribunal. No tenía que establecer unos motivos coherentes y explicables. Podía revolcarme en la vida sexual de mi madre o de otras mujeres muertas. Podía categorizarlas y reverenciarlas como a hermanas en el horror. Podía

mirar y cribar y comparar y analizar y construir mi propio conjunto de vínculos sexuales y no sexuales. Podía declararlos válidos para todo el género y atribuir un amplio abanico de detalles a la vida y la muerte de mi madre. No perseguía a sospechosos activos. No perseguía hechos para conformar ninguna tesis preestablecida. Perseguía conocimiento. Perseguía a mi madre como verdad. Ella me había enseñado algunas verdades en una alcoba a oscuras. Quería devolverle el gesto. Quería honrar en su nombre a todas las mujeres asesinadas. Aquello sonaba totalmente grandilocuente y egoísta. Aquello me decía que estaba contemplando la vida en la Autopista de los Cuerpos Abandonados. Enlazaba perfectamente con aquel momento en la zona de restaurantes del centro comercial. En ese preciso instante me señalaba un camino.

Tenía que conocer su vida igual que conocía su muerte.

Me aferré a la idea. La abrigué en privado. Volvimos al trabajo.

Nos reunimos con los periodistas de *La Opinión*, *Orange Coast* y el *San Gabriel Valley Tribune*. Les mostramos los lugares clave de El Monte. Salió el reportaje del *L. A. Times*. Recibimos sesenta llamadas en total. Hubo gente que colgó y llamadas de videntes y bromas sobre O. J. y personas que nos deseaban buena suerte. Dos mujeres llamaron para decir que su padre podría ser el asesino de mi madre. Respondimos a esas llamadas y escuchamos más historias de abusos infantiles. Los dos padres quedaron libres de sospecha de asesinato.

Llamó una mujer joven. Delató a una anciana. Dijo que esta vivía en El Monte. La anciana trabajaba en la Packard-Bell hacia 1950. Era rubia y llevaba cola de caballo.

Encontramos a la mujer. No se comportó de forma sospechosa. No

recordaba a mi madre ni que hubiese sido compañera suya en Packard-Bell Electronics.

Salió el artículo en *La Opinión*. Nadie llamó. *La Opinión* se editaba en español. Era un disparo a ciegas.

Se publicó el reportaje en el *San Gabriel Valley Tribune*. Recibimos un total de cuarenta y una llamadas. Hubo gente que colgó y algunos videntes que ofrecían sus servicios. Hubo llamadas con bromas sobre O. J. Llamó un hombre. Dijo que en aquella época iba mucho de bares por El Monte. A finales de los años cincuenta había conocido a un colega, un tipo moreno. El tipo moreno solía rondar por una gasolinera de Peck Road. El hombre no recordaba cómo se llamaba el tipo moreno. La gasolinera había desaparecido hacía tiempo. Conocía a muchos tipos que vivían en El Monte en el 58.

Nos reunimos con él. Obtuvimos algunos nombres. Los repasamos con Dave Wire y con el jefe Clayton, que dijeron que recordaban a algunos de esos tipos. Ninguno de ellos se parecía a nuestro Hombre Moreno. Introdujimos los nombres en nuestros tres ordenadores y no encontramos datos a nivel estatal ni nacional.

Me llamó un periodista de Associated Press. Quería escribir un artículo sobre la investigación que estábamos llevando a cabo. Se publicaría en todo el país. El reportero aseguró que incluiría nuestro número 1-800. Acepté la propuesta.

Le dimos la vuelta de rigor por El Monte. El reportero escribió su artículo. Apareció en numerosos periódicos. Pero los editores lo cortaron a lo bestia. La mayoría de ellos suprimió el número 1-800. Recibimos muy pocas llamadas. Telefonaron tres videntes. Telefoneó la mujer de la Dalia Negra. No llamó nadie para decir que conocía a la Rubia, ni nadie que afirmase haber conocido a mi madre.

Repasamos otra vez los nombres que considerábamos clave. Queríamos

asegurarnos. Pensamos que podríamos encontrar algo nuevo en los bancos de datos. No fue así. Ruth Schienle y Stubby Greene estaban muertos o ilocalizables. Salvador Quiroz Serena quizá hubiese vuelto a México. Tampoco dimos con Grant Surface. En 1959 había sido sometido dos veces al detector de mentiras, pero los resultados no fueron determinantes. Necesitábamos datos concluyentes.

Bill tuvo una corazonada y llamó a Duane Rasure. Este encontró sus notas sobre Will Lenard Miller y nos las envió por FedEx. Las leímos y descubrimos seis nombres relacionados con Airtek. Dos de los mencionados aún vivían. Ambos recordaban a mi madre. Dijeron que trabajaba en Packard-Bell antes de incorporarse a Airtek. El nombre de Nikola Zaha no les sonaba. Tampoco fueron capaces de identificar a ninguno de los novios de mi madre. Nos proporcionaron más nombres de Airtek. Comentaron que Ruth Schienle se había divorciado de su marido y se había casado con un hombre llamado Rolf Wire. Creían que Rolf había muerto. Buscamos los nombres de Rolf y Ruth Wire en nuestros tres ordenadores y no obtuvimos información alguna. Buscamos los nuevos nombres de Airtek y tampoco encontramos nada. Nos acercamos a la oficina central del grupo Pachmyer. Bill dijo que no nos permitirían husmear en sus expedientes personales. Yo propuse que lo intentásemos de todos modos. Ya no estaba persiguiendo pistas sobre el Hombre Moreno. Ahora perseguía pistas acerca de mi madre.

La gente de Pachmyer se mostró muy diligente. Nos dijeron que la división Airtek había cerrado en el 59 o el 60 y que todos los ficheros de la empresa habían sido destruidos.

Me tomé bastante mal esta pérdida de información. Mi madre había trabajado en Airtek desde septiembre del 56 y yo quería saber cómo era entonces.

La nueva investigación sobre Jean Ellroy duraba ya trece meses.

O. J. Simpson fue absuelto. Los Ángeles rezumaba apocalipsis. Los medios de comunicación se volvían locos tras las palabras «potenciales ramificaciones». Todos los asesinatos las tenían. Que se lo preguntaran a Gloria Stewart o a Irv Kupcinec. El caso Simpson destrozaría a los supervivientes más cercanos. Los Ángeles lo superaría. Tarde o temprano, un hombre más famoso mataría a una mujer más hermosa. El caso expondría microscópicamente un estilo de vida aún más sexual y absurdo. Los medios de comunicación se olvidarían de O. J. y convertirían el nuevo caso en un suceso aún más extraordinario.

Yo quería regresar a casa. Quería ver a Helen. Quería escribir estas memorias. Pero las mujeres muertas me retenían y me impedían volver. Habían muerto en Los Ángeles y me decían que me quedara por allí algo más de tiempo. Yo estaba quemado como detective. Me ardían hasta los ojos de tantas consultas negativas en los bancos de datos y de tanta información imprecisa y errónea. Tenía a la pelirroja dentro de mí. Podía llevármela allá donde fuese. En mi ausencia Bill seguiría las pistas y hurgaría en los detalles de su vida. Pero me quedé para probar suerte con unos fantasmas recién aparecidos.

Fui cuatro veces por mi cuenta a la Brigada. Consulté antiguos Libros Azules. Releí de cabo a rabo varios casos cerrados. No disponía de fotos de las escenas del crimen, pero me las imaginé. Leí informes sobre cadáveres encontrados, sobre autopsias y sobre antecedentes y repasé mentalmente mi propia historia de mujeres viviseccionadas. Miré. Filtré. Me sumergí. No comparé ni analicé como creía que haría. Las mujeres aparecían como individuos. No me devolvían a mi madre. No me enseñaban nada. Yo no podía protegerlas. No podía vengar su muerte. No podía honrarlas en el

nombre de mi madre porque en realidad no sabía quiénes eran. Ni siquiera sabía quién era ella. Solo tenía algunos indicios y un ansia enorme por saber más.

Empecé a sentirme como un ladrón de tumbas. Sabía que ya estaba quemado de tanta muerte. Pero aún quería recabar más datos sobre la pelirroja. Quería recoger más información, guardarla y llevármela conmigo a casa. Me inventé algunas excusas de último momento para seguir en Los Ángeles. Ideé anuncios para periódicos y publipreportajes y campañas por vía informática. Bill dijo que todo aquello era un completo disparate. Lo que deberíamos hacer era hablar con los Wagner en Wisconsin. Me dijo que yo tenía miedo. No dio más explicaciones. No tenía que hacerlo. Él sabía que mi madre me había hecho único. Sabía que yo la abrazaba con egoísmo. Los Wagner tendrían sus opiniones, que podrían contraponerse a las mías. Podrían recibirme de nuevo con los brazos abiertos e intentar convertirme en un tipo dócil con una gran familia. Ellos tendrían una opinión de mi madre, pero yo no quería compartir la mía. No quería romper el hechizo de nosotros dos y de lo que me había hecho.

Bill estaba en lo cierto. Comprendí que era el momento de regresar a casa.

Empaqueté los tableros de corcho y las gráficas y lo facturé todo hacia el este. Bill trasladó nuestro número 1-800 a un servicio de contestador. Me llevé conmigo el expediente.

Bill siguió trabajando en el caso. Perdió un socio y ganó otro. Joe Walker era un analista criminólogo de la Oficina del Sheriff de Los Ángeles. Conocía íntimamente la red informática de las fuerzas del orden. Estaba completamente enganchado al caso Karen Reilly. Creía que a Karen la había

matado un asesino en serie negro. Quería trabajar en el caso Jean Ellroy. Bill le dijo que podía hacerlo.

Eché de menos a Bill. Se había convertido en mi mejor amigo. Durante catorce meses me había cuidado y guiado. Y en el momento exacto en que llegábamos a un punto muerto, me soltó. Me envió lejos con mi madre y con mis motivos aún por resolver.

Una vez en casa no volví a colgar los tableros de corcho. No precisaba hacerlo. Ella estaba siempre allí conmigo.

Salió el reportaje del *Orange Coast*. Era una revistucha del condado de Orange, pero el artículo estaba bien. Publicaron nuestro número 1-800. Recibimos cinco llamadas. Dos de ellas fueron de videntes. Las otras tres de personas que nos deseaban buena suerte.

Las vacaciones terminaron. Me llamó una productora de televisión que trabajaba para el programa *Unsolved Mysteries*. La mujer estaba perfectamente al corriente de la investigación Ellroy-Stoner. Quería emitir un reportaje sobre el caso Jean Ellroy. Harían una dramatización de aquella noche de sábado e incluirían un llamamiento solicitando información específica sobre el asunto. El programa ayudaba a resolver delitos. La gente mayor lo veía. También los policías retirados. Contaba con su propia línea directa y con telefonistas de servicio las veinticuatro horas del día. En verano se reponían los programas de la temporada. Todas las pistas se enviaban al pariente más próximo de la víctima y al detective a cargo de la investigación.

Acepté. La productora dijo que querían filmar en los escenarios auténticos. Respondí que tomaría un avión a Los Ángeles. Llamé a Bill y le conté la noticia. Le pareció fantástica. Dije que deberíamos dar mayor densidad al reportaje. Teníamos que saturarlo de detalles de la vida de mi madre. Quería que la gente llamara y dijese: «Yo conocí a esa mujer».

Tal vez los Wagner viesen el programa. Tal vez el retrato de mi madre les indignara. Ella enviaba a su hijo a la iglesia y ahora su hijo sacaba provecho de su muerte. La convertía en una mujer fatal barata. De joven el chico había sido un artista del timo. Ahora era un asesino de personajes. Difamaba a su madre. Hacía un balance equivocado de su vida y ofrecía al mundo una versión totalmente falsa. Reclamaba la propiedad sobre la memoria de su madre basándose en recuerdos tergiversados y en las mentiras del inútil de su padre, quien durante toda su jodida vida había dado una imagen terrible de ella.

Volví a aquel dormitorio a oscuras y a la epifanía de la zona de restaurantes. El nuevo equilibrio de la memoria. La implicación de Bill. El vínculo exclusivo que yo no quería romper. Tal vez los Wagner viesen el programa. No habían leído el libro que había dedicado a mi madre, o no habían reaccionado a su publicación. Eran gente del Medio Oeste y no estarían muy al tanto de las noticias. O quizá hubiesen visto mi nombre de pasada en algún periódico o revista. Leoda me infravaloraba. Yo la odiaba por ello. Quería restregarle por las narices a mi madre de la vida real y espetarle: Mira cómo era y cómo a pesar de todo la venero. Ella podía hacerme callar severamente con unas cuantas palabras. Podía decirme: No hablaste con nosotros. No rastreaste sus orígenes hasta Tunnel City, Wisconsin. Basaste su retrato en datos insuficientes.

Yo no quería regresar todavía. No quería romper el vínculo. No quería perturbar el trasfondo de sexo que aún lo definía. Los muertos pertenecen a los vivos que más obsesivamente los reclaman. Era toda mía.

El rodaje de nuestro reportaje duró cuatro días. Nos filmaron a Bill y a mí en

la comisaría de El Monte. Reviví el momento en el almacén de pruebas. Abrí una bolsa de plástico y saqué una media de seda.

Pero no era «la» media. Alguien de producción había metido una media vieja, retorcida y con unos cuantos nudos. No había ninguna cuerda de persiana. Omitimos el detalle de la doble ligadura.

El director alabó mi actuación. No tardamos mucho en filmar la escena.

El equipo era genial, siempre dispuesto a soltar algunas risas. El rodaje fue como una fiesta en honor de Jean Ellroy.

Hablé con el actor que encarnaba al Hombre Moreno. Me llamaba Pequeño Jimmy. Yo lo llamaba Capullo. El tipo era delgado y desagradable. Se parecía al de los retratos robot. Conocí a la actriz que hacía de mi madre. La llamaba Mamá y ella me llamaba Hijo. Era pelirroja. Parecía más de Hollywood que del Wisconsin rural. Bromeaba con ella. «No salgas a buscar hombres mientras estoy fuera el fin de semana», le decía. «Lárgate de una vez, Jimmy. ¡Necesito un poco de acción!», replicaba. Mamá y el Hombre Moreno se reían sin parar. Lo pasamos francamente bien. Bill vino todos los días. Estaba entusiasmado con el proyecto.

Filmaron la secuencia del Desert Inn en un bar destartado de Downey. La decoración resultaba anacrónica. Conocí a la actriz que encarnaba a la Rubia. Era la personificación perfecta de una vulgar ligona de bar. El Hombre Moreno iba vestido de manera impecable. Lucía un magnífico traje de seda. Mi madre llevaba un remedo del vestido con que la habían encontrado.

Filmaron unas cuantas tomas con los tres. Pintaron al Hombre Moreno como un tipo malvado. Mi madre tenía un aspecto demasiado saludable. La Rubia daba el tono exacto. Yo quería una estampa negra. Los realizadores lograron una fiel exposición de los hechos.

Nos desplazamos calle abajo hasta el Harvey's Broiler. Vi unos veinte coches de época alineados ante el local. Se suponía que el Harvey's Broiler

era el Stan's Drive-In. Una actriz secundaria estaba preparada para colgarse la bandeja e interpretar el papel de Lavonne Chambers.

El Hombre Moreno y mi madre llegaron en un Oldsmobile del 55. Lavonne les llevó los menús. Los actores estaban microfonados y listos para actuar. El productor me dio unos auriculares. Escuché su diálogo y algunos comentarios sueltos. El Hombre Moreno interpretó de foma muy realista su papel con mi madre.

Filmaron el asesinato en el lugar donde se había cometido. El equipo ocupó el instituto Arroyo. Llegaron las unidades de cámaras y de sonido, un furgón de catering y una furgoneta con el vestuario. Algunos vecinos se acercaron a curiosear. En cierto momento llegué a contar hasta treinta y dos personas.

Se encendieron los focos y King's Row se volvió alucinógena. El Oldsmobile del 55 se detuvo. Se escenificó un casto prelude al asesinato y luego un asesinato simulado. Observé el prelude, el asesinato y el abandono del cuerpo unas veinticinco veces. No resultaba doloroso. A esas alturas ya era un profesional del asesinato. Era más que el hijo de una víctima y menos que un detective de homicidios.

Filmaron dos escenas en mi antigua casa, para lo cual tuvieron que pagar una compensación a Geno Guevara. Conocí al actor que me interpretaba de niño. Se parecía a mí con diez años. Llevaba ropas como las que yo vestía el 22 de junio del 58.

El Departamento de Policía de El Monte había cerrado el cruce de Bryant con Maple. El equipo de filmación ubicó tres coches de época en la calle. Apareció el jefe Clayton. Se congregaron los curiosos. Un taxi de los años cincuenta se materializó en el cruce. El director ensayó con el Ellroy niño y con el policía que le daba la noticia.

Planificaron la escena de la llegada. El taxi se detenía. El niño se apeaba.

El agente le decía que su madre estaba muerta. Unas treinta o cuarenta personas observaban.

Filmaron la escena una y otra vez. El mundo comenzó a dar vueltas. Yo era el chico del taxi, media vida atrás. La gente me señalaba y agitaba la mano.

Rodaron una escena doméstica en la cocina de mi antigua casa. La cocina estaba decorada al estilo de los años cincuenta. Mi madre llevaba un uniforme blanco. Yo iba vestido igual que en la escena anterior. Mi madre me llamaba a la cocina y me decía que me comiese la cena. Yo me dejaba caer en una silla y no le hacía caso. Era todo comida de atrezzo. Bill dijo que deberían haberme filmado contemplando el vestido de mi madre.

Hicimos un alto para el almuerzo. Llegó el furgón del catering. Un operador de cámara dispuso una mesa para veinte en el jardín delantero de Geno Guevara. El bufet llegaba hasta la calle, y algunos paletos del barrio agarraron platos y se apuntaron a la fiesta.

Me senté al lado de un completo desconocido. Envié una plegaria a la pelirroja. Le dije: Esto es por ti.

La fiesta terminó. Volví a casa. Estaba previsto que nuestro reportaje se emitiera el 22 de marzo del 96.

Bill y yo cargamos al máximo nuestras entrevistas. Hicimos hincapié en Airtek. Insistimos en el apellido de soltera de mi madre y en que «Jean» era el diminutivo de «Geneva». Nos habíamos convertido en auténticos profesionales. Hablábamos con grandes titulares. Era nuestra oportunidad de llegar a una amplísima audiencia. Teníamos que estimularla y provocarla con detalles perfectamente precisos y expuestos con sencillez.

Ella estaba allí fuera. Notaba su presencia. Pasé un mes sereno pero expectante. Obvié a la Rubia y al Hombre Moreno. Ella estaba allí fuera. Habría gente que llamaría para decir que la conocía.

Bill estaba de vuelta en el condado de Orange, trabajando con Joe Walker. Se estaban preparando para la avalancha de nombres. El programa nos proporcionaría ahora una cantidad sin precedentes. Nombres de gente de la zona. Nombres de todo el país. Nombres de informantes y posibles nombres del Hombre Moreno y de la Rubia. Nombres que verificar y contrastar en los expedientes criminales. Nombres con los que contactar y que descartar y revisar y comparar con otros y desechar como el producto de una mente lunática.

Nombres.

De sus examantes. De sus excolegas. De sus exconfidentes. De la gente que había atisbado fugazmente su plan de huida.

Nombres.

Bill estaba preparado para recibirlos.

Le encargó trabajo previo a Joe Walker: Comprueba los registros oficiales. Sigue los rastros documentales y busca en los bancos de datos. Llévanos desde Tunnel City hasta El Monte.

Joe se ofreció a comprobar los registros de matrimonios y divorcios. Bill dijo que él se ocuparía de repasar los listines telefónicos. Añadió que deberíamos ir a Wisconsin. Respondí que todavía no. Él quería que insistiese en reclamar lo mío. Yo prefería sondear los nuevos nombres que recibiéramos y reforzar mi posición.

Vi el programa en casa. Bill lo siguió desde la central telefónica del estudio, junto con Louie Danoff. Estaban acompañados por algunos policías asociados a otros reportajes.

La sala de comunicaciones recordaba el centro de control de una base espacial. Una decena de telefonistas se ocupaban de recibir las llamadas y, simultáneamente, introducían los datos en sus ordenadores. Los agentes podían leer en las pantallas en tiempo real y atender las llamadas urgentes por los auriculares. Los informantes no tardaron en llamar. Estaban viendo el programa, habían reconocido a algún sospechoso, a algún ser querido, a algún antiguo conocido... Algunos llamaban porque determinado reportaje había tocado su fibra sensible o los había sacado de sus casillas.

Vi el programa con Helen. El reportaje sobre Jean Ellroy fue un gran éxito. Fue el mejor espectáculo que había visto desde la gran actuación en directo de Robbie Beckett. El narrador era Robert Stack. Cuando lo vi solté una carcajada. Yo había hecho de cadi para él unas cuantas veces en el club de campo de Bel-Air. Las escenas dramatizadas eran muy vívidas. El director

conseguía un equilibrio adecuado. Era consciente del sector demográfico al que se dirigía. El asesinato era espantoso y nada más. No ofendía a la gente de edad ni afectaba indebidamente a posibles informantes. Yo era un buen hombre. Bill era un buen hombre. Robert Stack hizo hincapié en la conexión Airtek. El reportaje proporcionaba la información apropiada. La imagen que se ofrecía de mi madre y del Hombre Moreno era la apropiada. Todo se relató en términos sencillos y ajustados a la verdad.

Los teléfonos sonaron.

Llamó un hombre de Oklahoma City, Oklahoma. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a un tipo llamado Bob Sones. Bob había matado a su esposa, Sherry, y se había suicidado. Fue a finales del 58. El suceso se produjo en Hollywood Norte. Llamó un hombre de Centralia, Washington. Dijo que el Hombre Moreno era su padre. Su padre medía dos metros, pesaba ciento veinte kilos y siempre llevaba encima una pistola y un montón de munición. Llamó un hombre de Savage, Minnesota. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a su padre. Por aquella época su padre vivía en El Monte. Era un tipo violento, jugador y mujeriego, y había cumplido condena en la cárcel. Llamó un hombre de Dallas, Texas. Dijo que el Hombre Moreno le resultaba familiar. Se parecía a un antiguo vecino suyo. El tipo tenía una esposa rubia y conducía un Buick blanco y azul. Llamó un hombre de Rochester, Nueva York. Dijo que el Hombre Moreno era su abuelo. Sus abuelos vivían en una residencia. El hombre nos dio la dirección y el número de teléfono. Llamó una mujer de Sacramento, California. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a un médico de la ciudad. El médico vivía con su madre, odiaba a las mujeres y era vegetariano. Llamó una mujer de Lakeport, California. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a su exmarido. Siempre andaba detrás de alguna falda. En ese momento no tenía ni idea de dónde se encontraba. Llamó una mujer de Fort Lauderdale, Florida. Dijo que su

hermana había sido asesinada. Añadió que leía muchas novelas policiacas. Llamó una mujer de Covina, California. Dijo que su hermana había sido violada y estrangulada en El Monte. Había sucedido en 1992. Llamó un hombre de Huntington Beach, California. Dijo que quería hablar con Bill Stoner. Bill se puso al aparato. El hombre colgó. Llamó una mujer de Paso Robles, California. Dijo que el Hombre Moreno le resultaba familiar. En 1957 había conocido a un tipo que se ajustaba a la descripción. Quería sexo. Ella se negó. Él dijo que quería matarla. Por entonces el tipo vivía en Alhambra. Llamó un hombre de Los Ángeles, California. Dijo que su abuela conocía a Jean Ellroy. Eran amigas. Su abuela vivía en el condado de Orange.

La telefonista le hizo señas a Bill. Bill se acercó y observó la pantalla de su ordenador. La telefonista le dijo al informante que aguardase un momento, por favor. El hombre colgó.

Llamó la mujer de la Dalia Negra. Dijo que su padre había matado a Jean Ellroy y a la Dalia Negra. Llamó una mujer de Los Ángeles, California. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a su padre. Había muerto en agosto del 58. Llamó una mujer de Los Ángeles, California. Dijo que la Rubia le resultaba familiar. A finales de los años cincuenta había conocido a una pareja. El marido era italiano. La mujer era rubia. Él trabajaba en un campo de tiro de misiles. Ella trabajaba en un estudio de danza. Él se llamaba Wally. Ella se llamaba Nita. Llamó una mujer de Phoenix, Arizona. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a su difunto tío. En 1958 el hombre vivía en Los Ángeles. Llamó una mujer de Pinetop, Arizona. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a un chico moreno que ella había conocido. En 1958 el Chico Moreno tenía dieciséis años. Llamó una mujer de Saginaw, Michigan. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a su exmarido. Su ex se había esfumado del mapa. No tenía ni idea de dónde se encontraba. Llamó una mujer de Tucson, Arizona. Dijo que era psicóloga. Dijo que James Ellroy estaba lleno de ira y

que revivía la muerte de su madre para castigarse. Que no hacía todo aquello por ella. Que se sentía culpable y necesitaba tratamiento. Llamó una mujer de Cartwright, Oklahoma. Dijo que el Hombre Moreno se parecía al exmarido de su madre. El hombre la había violado y había intentado matar a su madre. Era el mismísimo diablo. Trabajaba de camionero. Conducía Buicks. Ligaba con mujeres y se lo restregaba en la cara a su madre. La informante ignoraba si el hombre aún vivía. Llamó una mujer de Benwood, Virginia Occidental. Dijo que cuando tenía seis años un hombre los había estado acechando a ella y a su hermano en Los Ángeles. Tenía el cabello oscuro y una buena dentadura. Conducía un camión. Le había quitado la ropa, la había acariciado y la había besado. Varios años más tarde lo vio en un concurso de televisión. Podría haber sido el show de Groucho Marx. Llamó una mujer de Westminster, Maryland. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a un tipo llamado Larry. Larry tenía ahora cuarenta años. El Hombre Moreno podría ser su padre. Llamó un hombre de New Boston, Texas. Dijo que el tío de su esposa se había trasladado a Texas en el 58. Respondía a la descripción del Hombre Moreno. Había agredido sexualmente a menores. Llevaba muerto diez años. Estaba enterrado en Conway, Arkansas.

Recabamos toda la información. Descartamos las llamadas absurdas y las meras insinuaciones. Aquello parecía un programa familiar. Todo eran traumas familiares. No llamó nadie de Airtek. No llamaron expolicías. No llamaron examantes, excolegas o exconfidentes. Los Wagner no llamaron. El único tipo que dio algún dato de interés colgó. Me sentí como si me hubieran abofeteado por tonto. Allí estaba yo, cornudo y apaleado. Estoy esperando junto al teléfono. Estoy esperando a que llame una mujer especial, o cualquier mujer.

La productora dijo que llegarían más llamadas. Bill tenía todas las notas sobre las ya recibidas y los números de contacto. Comprobó la pista de Bob y Sherry Sones. No consiguió encontrar los informes del caso. Llamó a la mujer de Paso Robles y hablaron del tipo moreno de Alhambra. Era demasiado joven, no podía tratarse de nuestro hombre. La pista no era buena. Ninguna de las que recibimos lo era.

Llegaron más informaciones. Bill y yo las recibimos vía FedEx.

Llamó un hombre de Alexandria, Virginia. Dijo que el Hombre Moreno se parecía a su hermano. Su hermano medía casi un metro noventa y era delgado. Cumplía condena en la prisión estatal de Chino. Llamó un hombre de Española, Nuevo México. Dijo que había vivido en El Monte en 1961. El Hombre Moreno le resultaba muy familiar. Llamó una mujer de Jackson, Mississippi. Dijo que su padre había cumplido condena en Alcatraz por matar a alguien en 1958. Tenía tatuajes en el antebrazo derecho y le faltaba el dedo índice de la mano diestra. El hombre había intentado matar a la madre de la informante. Conducía un Chevrolet azul. Volvió a llamar la mujer de la Dalia Negra. Dijo que su padre había matado a mi madre y a la Dalia Negra. Llamó una mujer de Virginia Beach, Virginia. Dijo que conocía al Hombre Moreno. Trabajaba en el centro comercial Lynn Haven, en Lynn Haven, Virginia.

Llamó una mujer de La Puente. Su nombre era Barbara Grover. Explicó que había sido cuñada de Ellis Outlaw. Ellis estaba casado con Alberta Low Outlaw. Ambos habían muerto ya. Barbara Grover había estado casada con el hermano de Alberta, Reuben. Este se parecía al Hombre Moreno. Era un borracho y un perverso. Iba mucho por el Desert Inn. Murió asesinado en Los Ángeles en 1974.

Bill llamó a Barbara Grover. La mujer le dijo que Reuben solía frecuentar el Stan's Drive-In. Lo habían operado de mastoides. Eso le había dejado una mandíbula fina y angulosa como la del tipo moreno.

Bill se reunió con Barbara Grover. La mujer le contó que había conocido a Reuben Low en 1951. Él tenía veinticuatro años; ella, dieciséis. Reuben salía con su madre, pero la dejó y empezó a salir con ella. Se casaron el 10 de mayo del 53. La madre de ella fue a vivir con ellos. Reuben se acostaba con las dos. Reuben las maltrataba. Reuben compraba coches y no pagaba los plazos. Reuben era un tipo brutal. En una ocasión había intentado matarla con una botella de cerveza. Le gustaban las armas y los coches. Acosaba a las mujeres. Tenía gustos sexuales extraños. Continuamente llegaba a casa con arañazos en la cara. Odiaba trabajar. De vez en cuando trabajaba reponiendo máquinas expendedoras. Había perdido la última falange del índice derecho en un accidente laboral. Barbara dejó a Reuben a principios de los años sesenta. Unos diez o doce años después lo mataron. Por entonces él vivía en Los Ángeles Sur. Volvía a casa de una licorería. Dos chicos negros le robaron y lo rajaron.

Reuben nunca dijo que hubiese matado a una mujer. Los Outlaw jamás le contaron a Barbara que Reuben hubiera hecho tal cosa. Quizá matase a Jean Ellroy. Quizá los Outlaw lo supieran. Puede que lo estuvieran protegiéndolo.

Barbara Grover le enseñó una foto a Bill. El joven Reuben Low se parecía al joven Hombre Moreno. Tenía pinta de palurdo blanco, no de hispano. La falta de la falange resultaba muy visible.

Bill llamó a la Brigada de Homicidios del LAPD. Un amigo consiguió el expediente de Reuben Low. La fecha de defunción era 27/1/74. Los autores de la muerte fueron capturados y condenados.

Bill y yo hablamos de Reuben Low. Apunté que Margie Trawick podría haberlo conocido. Era un asiduo del Desert Inn. Y tenía una deformidad. Bill dijo que Hallinen y Lawton probablemente le hubiesen echado el guante, le hubiesen interrogado y lo hubiesen soltado por falta de pruebas.

Lo tachamos de nuestra lista de sospechosos. Y era el único cabrón de la

jodida lista.

Nos llegó otra pista vía FedEx. Había llamado un hombre de Somerset, California. Su nombre era Dan Jones y decía que en 1957 trabajaba en Airtek. Conocía a mi madre. Le gustaba. Tenía una foto de ella.

Bill telefoneó a Dan Jones. Explicó que en Airtek Jean utilizaba el apellido Hilliker. Dijo que ella había dejado la empresa a principios de 1958. Nunca habló con la policía. Ignoraba con quién salía Jean.

Le dio algunos nombres de Airtek a Bill, quien consultó las bases de datos estatales. Encontró a once personas relacionadas con la empresa en el sur de California.

Dan Jones me envió cuatro fotos en color. Viajé atrás en el tiempo hasta las navidades del 57.

La fiesta de Navidad de Airtek.

Todo el mundo bebía. Todo el mundo fumaba. Todo el mundo se lo pasaba en grande. Mi madre aparecía en una foto.

Estaba de pie junto a la barra. Llevaba un uniforme blanco y una cazadora que le llegaba hasta las caderas. No se le veía la cara. La reconocí por las piernas y las manos. Sostenía una copa y un cigarrillo. Un hombre se inclinaba sobre ella para besarla. Su mano izquierda estaba muy cerca del seno derecho de ella.

Bill habló con la gente de Airtek. La mayoría recordaba a mi madre. Bill transcribió las entrevistas y me las mandó. Los detalles hicieron que la cabeza me diera vueltas.

Airtek era la Ciudad del Romance. La gente de Airtek trabajaba duro y se divertía con el doble de intensidad. La gente llegaba a Airtek, se contagiaba del virus Airtek y abandonaba a su marido o su mujer. El virus Airtek era muy contagioso. Era la gripe del *boogie-woogie*. Airtek era un aquelarre de intercambio de parejas. Jean dejó Packard-Bell y entró en Airtek. Ruth

Schienle y Margie Stipp también. Margie ya estaba muerta. Ruth había desaparecido. Jean era una mujer hermosa. Bebía demasiado y lo sabía. Bebía demasiado incluso para los estándares de Airtek. Y estos eran muy permisivos. Bebía en el restaurante Julie's, cerca del Coliseum. Y se excedía con las copas de la sobremesa. Nick Zaha trabajaba en Airtek. Tenía una relación íntima con Jean. Los hombres de Airtek bebían mucho. Jean les administraba inyecciones de vitamina B1 para las resacas. Los chicos de Airtek organizaron un velatorio en recuerdo de Jean. Sonó una y otra vez el «Chances Are» de Johnny Mathis. En una fiesta de Airtek Jean se emborrachó y se montó en la plataforma de un toro de carga que la elevó hasta el techo del almacén principal. Jean le contó a un tipo que otro tipo le estaba causando problemas. No dijo de quién se trataba. Una semana después la mataron. Will Miller trabajaba en Airtek. Era un tipo muy majo. Un empleado de Airtek viajó a Europa dos semanas antes del asesinato. Jean le pidió que le trajera un frasco de Chanel N.º 5. Jean era agradable. Jean trabajaba mucho. La melena pelirroja de Jean resplandecía detrás de tres vasos de bourbon.

Ahora la veía resplandecer. Yo quería más. Estábamos en un coche aparcado juntos. Ella estaba allí contra su voluntad. Yo no lograba engatusarla ni excitarla para que me diera más. Tendrían que dármele otros.

No sabía cómo conseguir más. Bill actuó por su cuenta y me mostró el modo de hacerlo.

Joe Walker repasó el listado de todos los Hilliker de Wisconsin. Había un Leigh Hilliker en Tomah. Tomah quedaba cerca de Tunnel City. Bill llamó a Leigh Hilliker. Tenía ochenta y cuatro años. Era primo hermano de mi madre. Dijo que Leoda Wagner había muerto. Ed Wagner estaba hospitalizado en Cross Plains, Wisconsin. Jeannie Wagner era ahora Jeannie Wagner Beck y vivía en Avalanche, Wisconsin. Tenía marido y tres hijos. Janet Wagner era

ahora Janet Wagner Klock y vivía en Cross Plains. Tenía marido y cuatro hijos. Leigh Hilliker estaba al corriente de la investigación que llevábamos a cabo. Había visto el programa de *Day One* el año anterior. Bill le preguntó si los Wagner también estaban al tanto. Leigh respondió que lo ignoraba. Tenía sus señas y sus números de teléfono. No mantenían contacto. No los había llamado para comentarles lo del programa.

Bill consiguió el número de Janet Klock y el del hospital donde estaba ingresado Ed Wagner. Los llamó. Les contó lo que estábamos haciendo. Se mostraron tan sorprendidos como encantados. Me creían muerto en alguna cuneta de Los Ángeles hacía quince años.

Tío Ed tenía ochenta años y una dolencia cardíaca congestiva. Leoda había muerto hacía siete años de cáncer. Janet tenía cuarenta y dos años y era la administradora municipal de Cross Plains, Wisconsin. Dijo que tenía algunas fotografías entrañables. Se las había dado su madre. Tía Jean era muy guapa. Janet explicó que las fotos se remontaban a su infancia.

Añadió que tía Jean había estado casada anteriormente. Fue un matrimonio muy fugaz, con un joven llamado Spalding, heredero de la fortuna de la empresa de productos deportivos Spalding.

Bill me llamó para darme la noticia. Me sentí más que perplejo. Bill dijo que deberíamos ir a Wisconsin. Insistía en el enfoque familiar del asunto. Accedí. El aspecto familiar no fue el factor que pesó más en mi decisión. Me convencieron las fotografías y el rumor Spalding.

Aquello era más. Era ella.

Ed Wagner murió. Retrasamos nuestro viaje a Wisconsin.

Ed se encontraba viejo y enfermo, pero no en estado terminal. Murió inesperadamente. Las hermanas Wagner lo enterraron junto a Leoda. El cementerio estaba a cien metros de la puerta trasera de la casa de Janet.

Yo no conocí bien a aquel hombre. Lo habría visto una docena de veces en total. Siempre adopté la misma actitud dura de mi padre en contra de él. Era un alemán cabeza cuadrada que se había escaqueado del servicio militar. Las acusaciones resultaban un poco endebles. Ed siempre me había tratado bien. Se alegró de saber que estaba vivo y que tenía éxito en mi profesión. Yo nunca lo llamé. Ahora quería verlo. Le debía unas disculpas. Y quería ofrecérselas cara a cara.

Llamé a las hermanas Wagner. Habíamos planeado el viaje antes de que su padre muriese. Al principio nos mostramos nerviosos. Luego nos relajamos. Janet dijo que Leoda se habría sentido muy orgullosa de mí. Disentí: yo había querido destruir la visión que ella daba de su hermana. Janet dijo que Leoda no toleraba las calumnias acerca de Geneva. Ed era más abierto de mente. Tenía una perspectiva más equilibrada. Jean bebía demasiado. Estaba preocupada. Y nunca compartió sus problemas con nadie.

Yo hablé con franqueza. Mis primas también. Había descrito la vida y la muerte de mi madre en términos brutales. Ellas dijeron que le había roto el corazón a Leoda. Repliqué que había intentado arreglar las cosas con ella hacía dieciocho años. Yo había criticado a mi madre sin el menor tacto.

Leoda se escandalizó y con ello eché a perder mi intento de firmar la reconciliación.

Jeannie tenía cuarenta y nueve años y regentaba un invernadero. Su marido era profesor universitario. Tenían dos hijos y una hija. Janet se había casado con un carpintero y tenía tres hijos y una hija. Yo no las veía desde las navidades del 66. Leoda me pagó un billete de avión a Wisconsin. La prima que tenía el dinero no fue muy agradable con el timador.

Leoda estaba muy enfadada conmigo. Y se lo transmitió a sus hijas. Desarrolló una inquina maliciosa. Pero sus hijas no. Acogieron mi regreso afectuosamente. Jeannie se mostró algo reservada. Janet, muy entusiasta. Me dijo que todo lo que sabía acerca del matrimonio con Spalding era que había durado muy poco. Ignoraba dónde se había celebrado la boda y qué circunstancias habían rodeado a la anulación o el divorcio. Desconocía el nombre de pila de Spalding. En junio del 58 Janet tenía cuatro años. Jeannie, casi doce. Leoda les explicó que tía Jean había salido a hacer la compra y la habían secuestrado. La policía había encontrado su cuerpo a la mañana siguiente. Leoda abrevió la muerte de mi madre del mismo modo que había expurgado su vida.

Janet me envió una copia del árbol genealógico de los Hilliker. Me sorprendió. Siempre había creído que mis abuelos eran inmigrantes alemanes. No sé de dónde había sacado tal idea. Mis antepasados tenían apellidos ingleses. El nombre completo de mi abuela era Jessie Woodard Hilliker. Tenía una hermana gemela llamada Geneva. El árbol enumeraba diversos Hilliker, Woodard, Smith, Pierce y Linscott. Llevaban siglo y medio en Norteamérica.

Ed y Leoda estaban muertos. Ya no podían disputarme mis derechos. Me habría opuesto a las reclamaciones de Leoda con todo el tacto posible. Mis primas apenas conocían a mi madre. Podía dejarlas entrar. Podía permitir que

la compartiesen conmigo superficialmente. Podía guardarme su corazón oscuro para mí.

Cross Plains era un barrio a las afueras de Madison. Bill y yo llegamos al aeropuerto de la ciudad.

Janet fue a recibirnos. La acompañaban su marido, su hijo menor y su hija. No la reconocí. En el 66 Janet tenía doce años. No advertí en ella ningún parecido con los Hilliker.

Brian Klock tenía cuarenta y siete años. Habíamos nacido en la misma fecha. Janet me contó que el día del cumpleaños de Brian Leoda siempre rezaba por mí. También era mi aniversario. Nunca se olvidaba. Mindy Klock tenía dieciséis años. Tocaba el piano. Dijo que interpretaría algunas piezas de Beethoven para mí. Casey Klock tenía doce y pinta de niño revoltoso. Los varones Klock poseían una buena mata de pelo. Expresé mi envidia por ello y Brian y Casey se echaron a reír. Bill se integró de inmediato. Jamás había conocido a nadie con tanta aptitud para el trato social.

Los Klock nos llevaron a un Holiday Inn y los invitamos a cenar en el restaurante. La conversación se desarrolló de manera fluida. Bill describió nuestra investigación. Mindy me preguntó si conocía a alguna estrella del cine y mencionó sus ídolos del momento. Le dije que eran homosexuales. No me creyó. Le comenté algunos cotilleos de Hollywood. Janet y Brian se rieron. Bill también, y dijo que yo estaba lleno de tonterías. Casey se hurgaba la nariz y jugueteaba con la comida.

Pasamos un buen rato. Janet expuso el plan para el día siguiente. Iríamos a Tunnel City y a Tomah. Por el camino recogeríamos a Jeannie. Mencioné las fotos. Ella dijo que las tenía en casa y que podíamos verlas por la mañana a primera hora.

La cena se prolongó. La comida era extraña. Cada plato iba acompañado de queso fundido y salchicha. Imaginé que se trataba de alguna aberración regional. Los Klock hablaban con fuerte acento, con inflexiones muy marcadas hacia arriba. Ed y Leoda también hablaban así. Escuché sus voces en el aire. No logré recordar la voz de mi madre.

Hablamos de ella. Janet y Brian mostraron una actitud reverente. Les dije que aflojaran un poco.

Las fotos eran viejas. Estaban pegadas en álbumes o guardadas en sobres. Las examiné sobre la mesa de la cocina de Janet. La ventana daba al cementerio donde estaban enterrados los Wagner.

La mayor parte de las fotografías eran en blanco y negro o en tonos sepia. Había unas pocas en color, de finales de los años cuarenta. Primero me fijé en mis antepasados. Tuve una visión fugaz de Tunnel City, Wisconsin. En todas las fotos tomadas al aire libre se veían vías de ferrocarril.

Mis bisabuelos. Una pareja típicamente victoriana, de aire severo. Posaban con gesto grave. Por aquel entonces no existían las poses naturales. Vi el retrato del enlace Hilleker-Woodard. Earle aparecía como un joven resuelto y animoso. Jessie era frágil y encantadora. Su cara era una versión de la mía y la de mi madre con algunos rasgos que no habíamos heredado. Llevaba gafas y tenía nuestros mismos ojos pequeños. Le dio a mi madre unos hombros delicados y una piel blanca y suave.

Vi a mi madre. La seguí desde la infancia hasta los diez años. La vi con Leoda. Leoda miraba a su hermana mayor. Todas las fotos recogían su adulación. Geneva llevaba gafas. Tenía el cabello pelirrojo claro. Sonreía. Parecía feliz. Las fotos de interiores mostraban fondos austeros. Había crecido en una casa sin lujos superfluos. Los exteriores eran hermosos y

salvajes. El oeste de Wisconsin era verde oscuro exuberante o nevado y yermo con árboles muertos.

Seguí adelante. Debía hacerlo. No había fotos de mi madre adolescente. Avancé diez años. Vi a Geneva con veinte. Tenía el pelo más oscuro y una belleza implacable, serena y grave, que quitaba la respiración.

Llevaba el cabello recogido en un moño y partido con raya en el centro. Era un peinado algo pasado de moda, pero lo lucía con majestuosa confianza. Sabía el aspecto que debía ofrecer. Sabía controlar su propia imagen.

Di un nuevo salto hacia delante. Vi tres fotos en color tomadas en agosto del 47. Mi madre estaba embarazada de dos meses. En las tres fotos aparecía con Leoda. Una de ellas estaba recortada. Tal vez Leoda hubiese decidido eliminar a mi padre. Mi madre tenía treinta y dos años. Sus facciones se habían asentado con determinación. Todavía llevaba el moño. ¿Para qué andarse con frivolidades y cambiar tu marca de identidad? Sonreía. No se mostraba abstraída ni ferozmente orgullosa.

Vi una fotografía en blanco y negro. Mi padre había escrito la fecha en el dorso. Reconocí su caligrafía. Bajo la fecha había escrito:

«Perfección. ¿Y quién soy yo para embellecer el lirio?».

Era agosto del 46. En Beverly Hills. No podía ser en ningún otro sitio. Una piscina. Cabañas estilo *château* francés. Una escena de una fiesta del mundillo del cine. Mi madre estaba sentada en una tumbona. Llevaba un vestido veraniego. Sonreía. Se la veía complacida y satisfecha.

Por entonces estaba con mi padre. Él trabajaba para Rita Hayworth.

Vi algunas fotos más en blanco y negro. Eran de mediados de los años cuarenta. Reconocí el lugar. Todas estaban tomadas frente al 459 de North Doheny. Mi madre lucía un vestido claro y zapatos de tacón. El vestido le iba perfecto. Parecía de alta costura a precio asequible. Iba muy atildada. Llevaba

un peinado diferente: el cabello recogido con trenzas a los lados y sujeto con horquillas. No logré interpretar su expresión.

Llegué a las fotos más sorprendentes. Habían sido ampliadas a tamaño retrato.

Mi madre aparecía sentada o de pie junto a una valla. Debía de tener unos veinticuatro o veinticinco años. Llevaba camisa a cuadros, chaqueta, pantalones de montar y botas con cordones hasta las rodillas. Lucía la alianza de casada. Parecían fotos de luna de miel sin el marido. Fuera de plano debían de estar mi padre o el tal Spalding. Aquella era Geneva Hilliker. Aquella era mi madre sin apellido de casada. Demasiado orgullosa para complacer. Los hombres acudían a ella. Ella se recogía el cabello y convertía la eficiencia y la rectitud en belleza. Estaba allí con un hombre. Posando sola. Desafiando todas las reclamaciones del pasado y del presente.

Tunnel City y Tomah quedaban a tres horas en dirección noroeste. Fuimos en la furgoneta de Brian Klock. Brian y Janet iban delante, Bill y yo detrás.

Tomamos carreteras secundarias. Wisconsin se desplegaba en cinco colores básicos. Las montañas eran verdes. El cielo era azul. Los establos y silos eran rojos, blancos y plateados.

Era un paisaje bonito. No le presté atención. Miraba las fotografías que llevaba en equilibrio sobre el regazo. Las sostuve en diferentes ángulos y las levanté para aprovechar los esporádicos haces de luz. Bill me preguntó si me encontraba bien. Respondí: No lo sé.

Recogimos a Jeannie. La reconocí. Tenía mis mismos ojos pequeños y marrones. El tamaño lo heredamos de Jessie Hilliker y el color de nuestros respectivos padres.

A Jeannie todo aquel asunto Ellroy le resultaba perturbador. Su padre

había muerto hacía tres semanas. Bill y yo comportábamos un drama que ella no necesitaba. No se mostró desagradable ni poco hospitalaria, solo distante. Bill le preguntó por el asesinato. Ella repitió la historia de Leoda punto por punto. Sus padres nunca le habían hablado del tema. Leoda había alzado un muro en torno a él. Había mentido acerca de la muerte de su hermana y había reformulado toda su vida de acuerdo con ello.

Avanzamos por el Wisconsin remoto y salvaje. Hablé con Jeannie y miré las fotos. Se mostró algo menos fría. Se contagió del espíritu del grupo. Yo acerqué algunas fotos a la ventanilla y las coloqué unas junto a otras.

Pasamos por delante de una base del ejército. Vi un cartel indicador de Tunnel City. Janet dijo que el cementerio se encontraba nada más salir de la autovía. Había estado allí en otra ocasión. Conocía bien los lugares clave de los Hilliker.

Nos detuvimos en el pequeño cementerio. Medía unos treinta metros cuadrados y estaba descuidado. Contemplé las lápidas. Busqué los apellidos que correspondían a mi árbol genealógico. Vi Hilliker, Woodard, Linscott, Smith y Pierce. Las fechas de nacimiento se remontaban a 1840. Earle y Jessie habían sido enterrados juntos. Él murió en el 49. Ella en el 59. Murieron jóvenes. Sus tumbas estaban muy descuidadas.

Llegamos a Tunnel City. Vi las vías del ferrocarril y el túnel. Tunnel City tenía cuatro calles de ancho y medio kilómetro de largo. Se levantaba en la falda de una colina. Las casas eran de ladrillo y de tablillas viejas. Algunas estaban muy bien mantenidas. Otras no tanto. Vi a alguna gente cortando el césped. Otra gente había tirado coches y motoras herrumbrosos en sus patios. El pueblo carecía de centro propiamente dicho. Vi una oficina de correos y una iglesia metodista. Mi madre acudía a esa iglesia. Ahora estaba cerrada con tablones. La estación del ferrocarril también había sido cerrada. Janet nos

enseñó la vieja casa de los Hilliker. Parecía un refugio antibombas elevado del suelo. Era de ladrillo rojo y extremadamente minúscula.

Contemplé el pueblo. Contemplé las fotos.

Seguimos hasta Tomah. Pasamos por delante de un letrero que indicaba la granja Hilliker's Tree. Janet explicó que era de los hijos de Leigh. Llegamos a Tomah. Janet nos contó que las hermanas se habían trasladado allí en los años treinta. Tomah era un pueblo detenido en el tiempo, y de no ser por los rótulos de Pizza Hut y Kinko's habría parecido el decorado de una película ambientada antes de la guerra. La arteria principal se llamaba Superior Avenue. Las calles residenciales la cruzaban transversalmente. Las parcelas eran grandes. Las casas eran de madera pintada de blanco. La de los Hilliker se encontraba a dos manzanas de la avenida. Estaba adornada y reformada, y en cierto modo resultaba anacrónica. Mi madre había vivido en aquella casa. Había crecido en aquel agradable pueblecito hasta alcanzar su severa belleza.

Aparcamos y contemplé la casa. Eché un vistazo a las fotos. Bill también las miró. Dijo que Geneva era la chica más guapa de Tomah, Wisconsin. Yo dije que se le haría una eternidad esperar el momento de escapar de allí.

Regresamos a Avalanche. Cenamos en casa de Jeannie. Conocí a su esposo, Terry, y a sus dos hijos. La hija estaba en la universidad.

Terry llevaba barba y el cabello largo. Se parecía al Unabomber. Los chicos tenían diecisiete y doce años. Querían escuchar historias de policías. Bill habló y habló y me quitó de encima la presión de socializar. Me abstraí en modo espectador. Las fotos estaban en la furgoneta. Resistí el impulso de dar por terminada la fiesta y encerrarme con ellas.

Jeannie se mostró mucho menos fría. Bill y yo habíamos irrumpido en su

vida. Habíamos roto su monotonía. Hicimos buenas migas con el marido y los chicos. Ganamos credibilidad.

La fiesta terminó a las once de la noche. Estaba muerto de cansancio y algo acelerado. Bill también estaba exhausto y andaba subido de revoluciones.

Los Klock nos llevaron de vuelta al Holiday Inn. Tomamos otro café de última hora y seguimos dándole vueltas al asunto. Yo dije que teníamos que volver a Chicago y a Wisconsin. Teníamos que investigar en la escuela de enfermería de Geneva y en Tomah. Teníamos que encontrar a viejos compañeros de clase y antiguas amistades y a los Hilliker que aún vivían. Bill se mostró de acuerdo. Anunció que haría el viaje él solo. La gente podía retraerse en presencia del hijo de Geneva, y él quería que hablaran con total franqueza.

Estuve de acuerdo. Bill dijo que haría los preparativos para volar al este.

Yo sabía que no pegaría ojo. Tenía las fotos en la habitación. Dejé vagar mi mente. Bill me preguntó en qué pensaba.

Dije: Ahora mismo odio al Hombre Moreno.

Volví a casa. Bill regresó a la suya. Concertó entrevistas en Tomah y en Chicago. Joe Walker encontró el acta de divorcio de mis padres, la licencia de matrimonio y algunas antiguas direcciones. Sus hallazgos nos depararon grandes sorpresas. Bill voló al este. Investigó en algunas hemerotecas. Habló con Leigh Hilliker y su esposa y con tres mujeres octogenarias. Habló con el director del West Suburban College Nursing, la escuela de enfermería de mi madre. Tomó notas precisas. Volvió a casa. Encontró a la compañera de habitación de Geneva en la escuela de enfermería. Me envió todos sus papeles. Joe Walker me envió los suyos. Lo leí todo. Lo leí con las fotografías delante. Janet había encontrado más fotos. Vi a Geneva con gafas

de sol y un conjunto de camisa y pantalón. Volví a verla con pantalones y botas de montar. La investigación tomó cuerpo. Los papeles y las fotografías formaban una vida en elipsis.

Gibb Hilliker era granjero y albañil. Se casó con Ida Linscott y tuvieron cuatro hijos y dos hijas. Llamaron a sus hijos Vernon, Earle, Hugh y Belden. Llamaron a sus hijas Blanche y Norma. Habían nacido entre 1888 y 1905.

Vivían en Tunnel City. Dos líneas de ferrocarril cruzaban el pueblo. Estaba en el condado de Monroe. Las principales industrias eran la tala de árboles y el comercio de pieles. Una de las prácticas más habituales era el tiro al pichón. Era un deporte y una forma de mantenerse ocupado. En aquella época la carne de ave era muy popular. En el condado de Monroe abundaban las aves de caza. También los indios pendencieros. Les encantaba beber y armar alboroto.

A Earle Hilliker le encantaba beber y armar alboroto. Era un hombre terco que saltaba a la más mínima. Se marchó a Minnesota y consiguió trabajo en una granja. Conoció a una chica llamada Jessie Woodard. Se casó con ella. Se decía que podrían ser parientes consanguíneos. El rumor persistió. Earle volvió a Tunnel City con Jessie. En 1915 tuvieron una hija. Le pusieron Geneva Odelia Hilliker.

En 1917 Earle fue nombrado Guardabosques Estatal para el Condado de Monroe. Era un guarda forestal. Perseguía cazadores furtivos y los molía a palos. Contrataba a indios para que apagaran los incendios. Estos agarraban el dinero y se lo gastaban en licor. Provocaban incendios para conseguir más dinero. A Earle le gustaban las peleas. Podía con dos hombres blancos, pero

evitaba enfrentarse a los indios. Los indios jugaban sucio. Formaban piña. Eran rencorosos y traicioneros.

Earle y Jessie tuvieron otra hija. Leoda Hilliker nació en 1919.

Jessie se encargó de educar a las chicas. Era una mujer dulce y de hablar suave. Geneva era una niña brillante. Luego se convirtió en una adolescente brillante y pensativa, callada y segura de sí misma. Tenía un *je ne sais quoi* de pueblo pequeño.

En la escuela le iba bien. Destacaba en deportes y era más madura que otras niñas de su edad.

Corría el año 1930. Los Hilliker se mudaron a Tomah.

Earle bebía mucho. Dilapidaba el dinero y se retrasaba en el pago de las facturas. Era la época de la Depresión. Vernon Hilliker se arruinó y perdió la granja de ganado. Earle le dio empleo como guardabosques y le dejó que llevara los asuntos de la oficina del condado. Vernon hacía todo el trabajo. Earle se pasaba el día bebiendo y jugando a las cartas. Vernon le aconsejó que anduviera con cuidado. Earle no le hizo caso. El director de la Oficina de Recursos Naturales del estado visitó Tomah. Encontró a Earle borracho. Lo destituyó y lo transfirió a la base de guardabosques de Bowler. Le dio a Vernon el empleo de Earle. Este se lo tomó muy mal. Rompió todo contacto con Vernon y con su familia. Se trasladó a Bowler. Jessie se negó a acompañarlo. Se quedó en Tomah con sus hijas. Geneva estrechó su relación con Norma, la hermana de Earle.

Norma era nueve años mayor que ella. Era la mujer más hermosa de Tomah. Geneva era la chica más bonita. Norma estaba casada con Pete Pedersen, el propietario de la farmacia de Tomah. Tenía quince años más que Norma. Para que esta se entretuviese, le montó un salón de belleza. Norma y Pete tenían dinero. De vez en cuando ayudaban a Earle y Jessie. Norma era una especie de celebridad local. Se decía que supuestamente había mantenido

una aventura con un ministro metodista. Y que supuestamente el hombre había abandonado Tomah y se había suicidado. Norma y Geneva se comportaban como hermanas o como las mejores amigas. No parecían tía y sobrina. Eran uña y carne.

Geneva se había convertido en una joven atractiva. Iba a los bailes del pueblo. Earle venía desde Bowler y hacía de carabina. No le gustaba que otros hombres se acercaran a su hija.

Geneva se graduó en el instituto en junio del 34. Quería ser enfermera diplomada. Escogió una escuela de enfermería cerca de Chicago. Norma dijo que ella pagaría la matrícula y correría con todos los gastos. Geneva presentó una solicitud de ingreso en el West Suburban College. Fue aceptada. Dejó a su madre y a su hermana pequeña en Tomah. Dejó a su padre borracho en Bowler. Solo volvió para breves visitas.

Se trasladó a Oak Park, Illinois. Acortó su nombre y lo dejó en Jean. Vivía en la residencia del West Suburban. Durante seis meses compartió habitación con una chica llamada Mary Evans. Luego, durante dos años, durmieron en cuartos contiguos con un baño común. Se hicieron íntimas amigas. Mary tenía un amante que era médico. A Jean le gustaba el lado salvaje de Mary. A Mary le gustaba el lado salvaje de Jean. Jean salía con chicos y volvía después de que cerraran la residencia por la noche. Era como si quisiera sacudirse de encima la vida que había llevado en el pueblecito. Mary y Jean idearon un sistema para eludir el toque de queda. Manipularon la cerradura de la escalera de incendios. Podían escabullirse del dormitorio y regresar sin que las vieran. Mary podía verse con su médico. Jean podía conocer a hombres y desmadrarse. Jean era callada y reservada la mayor parte del tiempo. Le gustaba leer. Le gustaba sentarse por ahí y soñar despierta. Pero tenía un lado distinto. Mary observó cómo se desarrollaba. Era Jean sin anteojeras. Jean empezó a beber bastante. Jean bebía a todas horas. Jean salía a beber y volvía

después del toque de queda. Se sentaba en el retrete y meaba durante horas. Una noche volvió y se encerró en el lavabo. Encendió un cigarrillo y dejó caer la cerilla en la taza. Prendió fuego en una bola de papel higiénico y le chamuscó el trasero. A Jean le dio un ataque de risa.

A Jean le gustaba pensar y meditar. Nunca se dejaba aconsejar. Jamás hablaba de sus padres. Su tía Norma la visitaba. Sus padres nunca. A Mary aquello le parecía extraño. A Jean le gustaba la gente mayor. Le gustaban los hombres mayores. Le gustaba trabar amistad con mujeres mayores. Jean se hizo íntima amiga de una enfermera llamada Jean Atchison, quien le llevaba diez años. Jean Atchinson no salía con hombres. Estaba completamente obsesionada con Jean Hilliker. La seguía a todas partes. Todo el mundo hablaba de ello. Todo el mundo pensaba que eran lesbianas. Mary estaba convencida de que Jean Atchison era bollera, pero a Jean Hilliker le gustaban demasiado los hombres para serlo.

Jean se enamoró de un tipo llamado Dan Coffey. Dan tenía veinticinco años; ella, veinte. Dan era diabético y alcohólico, y eso a Jean le preocupaba. Se vieron todas las noches durante un año y medio. Jean comenzó a beber demasiado, según le confesó a Mary.

Jean sabía cómo equilibrar las cosas. Era una buena estudiante de enfermería. Aprendía rápido. Era trabajadora y atenta con los pacientes. Podía trasnochar y al día siguiente trabajar como si nada. Era competente, capaz y esforzada.

Dan Coffey la abandonó. Jean se lo tomó mal. Se volvió más pensativa y se dedicó a cazar hombres. Le gustaban los chicos duros. Algunos parecían gánsters o gentuza de los barrios bajos.

Jean se graduó en mayo del 37. Ya era enfermera diplomada. Consiguió un trabajo a tiempo completo en el West Suburban. Dejó la residencia. Jean Atchison encontró un apartamento en Oak Park. Convenció a Jean y a Mary

Evans para que se mudaran con ella. Mary tenía una habitación propia. Jean compartía otra con Jean Atchison. Dormían en la misma cama.

El novio de Mary le consiguió a Jean un trabajito. Consistía en llevar en coche a una pareja de viejos borrachines a Nueva York. La mujer estaba muriéndose de cáncer. Su marido quería que hiciesen un viaje por Europa antes de que ella falleciese. Jean debía encargarse de mantenerlos sobrios y llevarlos hasta el barco.

El trabajo fue todo un fastidio. Cada vez que hacían una parada los vejetes se escapaban. Jean encontró botellas en su equipaje y las vació. La pareja se las apañó para conseguir más alcohol. Jean se rindió. Los animó a que bebieran hasta que perdieran el sentido para que la dejaran conducir en paz. Cuando llegaron a Manhattan dejó a los borrachos en el muelle. El marido dijo que tenía una suite de hotel reservada a su nombre. Podía descansar allí antes de emprender el viaje de regreso a Chicago.

Jean fue al hotel y se registró. Allí conoció a un artista que le hizo un boceto a carboncillo desnuda. Pasaron juntos unos días desenfundados. Jean telefoneó a Jean Atchison y Mary Evans y les dijo que vinieran a la Gran Manzana. Podían quedarse en la suite hasta que alguien las echara. Jean Atchison y Mary convencieron a otra enfermera llamada Nancy Kirkland. Nancy tenía coche. Fueron a Nueva York y montaron una juerga que duró cuatro o cinco días.

Las chicas regresaron a Chicago. Mary dejó el apartamento y se fue a vivir con su novio. Jean Atchison vio un anuncio para un concurso glamuroso. Estaba patrocinado por Elmo Beauty Products. Querían encontrar a cuatro mujeres. Querían coronarlas como la rubia, la morena, la plateada y la pelirroja «Más Encantadoras» y enviarlas a Hollywood. Jean Atchison rellenó una hoja de inscripción y la mandó con la fotografía de Jean Hilliker. No le dijo nada a Jean. Sabía que ella no lo aprobaría.

Jean ganó el concurso. Ya era la Pelirroja Más Encantadora de Norteamérica. Se puso furiosa con Jean Atchison. La ira remitió. El 12 de diciembre del 38 voló a Los Ángeles. Se reunió con las otras señoritas Más Encantadoras. Se alojaron durante una semana en el hotel Ambassador y cada una recibió mil dólares. Hicieron turismo por la ciudad. Algunos cazadores de talentos las sondearon. Jean hizo una prueba de cámara. El periódico de Tomah publicó un artículo sobre la Pelirroja Más Encantadora de Norteamérica. Era «una joven sencilla, callada y muy atractiva».

Jean regresó a Chicago. Había sido un viaje entretenido. Había hecho algún dinero. California le había gustado. La prueba de cámara había sido divertida y nada más. No quería ser estrella de cine.

Corría el año 1939. Jean cumplió veinticuatro en abril. Tía Norma dejó a su marido. Se lio con otro reverendo de la localidad. Se marcharon de Tomah para siempre. Norma perdió el contacto con Jean. Nunca volvieron a verse. Jean perdió el contacto con Mary Evans. Nunca volvieron a verse. El 7 de junio del 39 Leoda Hilliker se casó con Ed Wagner. Jean asistió a la boda, que tuvo lugar en Madison, Wisconsin. Por aquel entonces Jean estaba saliendo con uno o con varios tipos. Se quedó embarazada. Llamó al novio de Mary y le pidió que le practicase un aborto. Él se negó. Jean abortó por su cuenta. Se deshizo del feto y sufrió una hemorragia. Llamó al novio de Mary y él la trató, pero no informó del aborto.

Jean se marchó a Los Ángeles. Quizá conociera allí al tal Spalding. Se casaron en alguna otra parte. No fue en Chicago. No fue en los condados de Los Ángeles, Orange, San Diego o Ventura, ni en Las Vegas o Reno. Bill Stoner comprobó las actas matrimoniales de todos esos lugares. Janet Klock encontró algunas notas antiguas. Correspondían a los retratos en que mi madre aparecía junto a la valla. Las había escrito ella. Decía que las fotos estaban tomadas cerca del monte Charleston, en Nevada. Mi madre aludía a

«nosotros». Llevaba el anillo de boda. Parecían fotos de luna de miel. No había modo de comprobar si el matrimonio Hilliker-Spalding había existido realmente. Leoda nunca había conocido a Spalding. Las amigas de Jean tampoco lo habían conocido. Nadie sabía su nombre de pila. Y había dos hombres que podían considerarse herederos de la fortuna de la firma de artículos deportivos. Uno había muerto en la Primera Guerra Mundial. El hijo superviviente se llamaba Keith Spalding. Bill Stoner no había podido relacionarlo con mi madre. Puede que se casara con él. O puede que lo hiciera con algún otro Spalding que no tuviese lazos de sangre con los Spalding de marras. El matrimonio, en cualquier caso, fue breve. Cinco testimonios confirmaban este hecho o rumor. Bill encontró una Geneva Spalding en el listín telefónico de Los Ángeles de 1939. Como ocupación constaba la de «doncella». La dirección era Bedford 852, Los Ángeles Oeste. Los listines de 1939 salieron en 1940. Tuvo tiempo de casarse y divorciarse del señor Spalding. Tuvo tiempo de encontrar trabajo y un apartamento propio.

Earle Hilliker murió en 1940 a consecuencia de una neumonía. Jean Hilliker aparecía en el listín telefónico de Los Ángeles del 41. Era estenógrafa. Vivía en el 854 de South Harvard. Se había trasladado al este, al distrito de Wilshire. Probablemente trabajara para obtener el certificado superior de enfermería.

Y una cita con mi padre.

Mi padre se trasladó a San Diego después de la Primera Guerra Mundial. Eso me contó. Pero era un mentiroso. Todas sus afirmaciones despertaban sospechas. Bill Stoner repasó viejas guías telefónicas de San Diego. Encontró a mi padre en la correspondiente al año 26. Constaba como auditor auxiliar del condado. Aún conservaba el empleo en 1929. En 1930 trabajó como vendedor. En el 31 era gerente de hotel. Durante los cuatro años siguientes trabajó en el hotel U. S. Grant, como detective y luego como contable. En el

35 cambió de empleo. Se hizo nuevamente vendedor. Trabajó para A. M. Fidelity. En el 36 y en el 37 no aparecía en los listines de San Diego. En el 37 salía en el directorio de Los Ángeles. Su ocupación no se especificaba. Vivía en el 2819 de Leeward. En el 38 y en el 39 constaba la misma dirección. Leeward estaba en el centro de Los Ángeles, a unos seis kilómetros al este de donde Geneva Spalding vivía en el 39. La guía telefónica del 40 situaba a mi padre en el 2845 de la calle Veintisiete Oeste. La del 41, en el 408 de South Burlington. Aquello estaba a dos kilómetros y medio de la dirección de Jean Hilliker en el 41.

Mi padre se casó en San Diego. La fecha: 22/12/34. El nombre de la mujer: Mildred Jean Feese. Procedía de Nebraska. Mi padre «la abandonó voluntariamente» el 5/6/41. Ella puso la demanda de divorcio el 11/9/44. Alegó que mi padre la trataba «de forma cruel e inhumana, que causaba a la demandante un grave sufrimiento y estrés mental, a consecuencia del cual se hallaba en un estado de extremo nerviosismo y se sentía físicamente angustiada y enferma».

Mi padre recibió una citación judicial. No se presentó a la vista. El 20/11/44 se dictó una orden de incomparecencia. El divorcio se decretó el 27/11/45. La unión no tuvo hijos. La sentencia final no mencionaba pago de pensiones alimenticias.

Mi padre aparecía en el listín del 41. Había abandonado a su esposa el 5/6/41. Mildred Jean Ellroy aparecía en la guía del 42 como residente en el 690½ de South Catalina. Jean Hilliker constaba en la guía del 42 como enfermera y residente en el 548¼ de South New Hampshire. Eso quedaba a tres manzanas del 690½ de South Catalina. Mi padre aseguraba que por la época del ataque a Pearl Harbor vivía con mi madre en la calle Ocho con New Hampshire. Su memoria era irregular. En realidad vivían tres calles más al norte, en la Cinco con New Hampshire.

Bill y yo reconstruimos lo que probablemente sucedió.

Mi padre conoció a la pelirroja en 1941. La conoció en Los Ángeles. Abandonó a su mujer. Se fue a vivir con Jean Hilliker. Escapó de una mujer. Corrió hacia otra. La mujer plantada abandonó la casa que compartían. Se mudó a otra situada a tres manzanas del nidito de amor de su marido. El traslado fue coincidencia o planificación maliciosa.

Quizá acechara a mi padre.

Quizá se hubiera mudado a tres manzanas de él para castigarse a sí misma.

Quizá lo hubiese hecho para ver a la pelirroja y sentir un placer malicioso. Conocía a mi padre. Sabía qué le esperaba a la pelirroja.

Durante el resto de la guerra no aparecieron más listines telefónicos de Los Ángeles. Los del 46 y 47 faltaban. Los de Beverly Hills también. No pudimos determinar cuándo se mudaron al 457 de North Doheny.

Vivieron juntos sin estar casados en algún lugar. El divorcio de los Spalding se produjo en el 39 o el 40. El de mi padre, a finales del 45. Entonces quedaron libres para casarse.

Contrajeron matrimonio en el condado de Ventura, el 29/8/47. Mi madre tenía treinta y dos años. Estaba embarazada de dos meses y medio. En la licencia matrimonial constaba un domicilio común. Era el 459 de North Doheny. El documento especificaba que para ambos se trataba de su segundo matrimonio.

Yo nací en marzo del 48. Jessie Hilliker murió en el 50. Tuvo un derrame cerebral y cayó fulminada. Mis padres se trasladaron al 9031 de Alden Drive. El matrimonio se fue al traste. Mi madre pidió el divorcio el 3/1/55.

Alegó «extrema crueldad». Adjuntó una lista de las propiedades comunes, como el mobiliario y un coche. También manifestó su deseo de ocuparse de mí a tiempo completo.

Mi padre aceptó los términos. Firmó un acuerdo sobre las propiedades el

3/2/55. Ella se quedó con el coche y los muebles. Y se haría cargo de mí durante los meses escolares y parte del verano. A él le quedaban dos visitas semanales y algún tiempo de verano conmigo. Tenía que pagar la minuta del abogado y cincuenta dólares al mes en concepto de pensión alimenticia.

El 28/2/55 se celebró una vista. Mi padre fue citado. No se presentó. El abogado de mi madre instó un auto de incomparecencia. Mi padre me contó que ella se tiraba al abogado.

El auto de incomparecencia se libró el 30/3/55. Era interlocutorio. El divorcio podía finalizarse en el plazo de un año. Mi madre presentó una demanda por daños y perjuicios contra mi padre. El tribunal le ordenó comparecer el 11/1/56. La orden especificaba las acusaciones de mi madre.

Según ella, mi padre me había llevado a casa la noche de Acción de Gracias. Se había quedado en la puerta, escuchando a escondidas. El 27/11/55 forzó la entrada del apartamento. Estuvo hurgando en sus ropas y en los cajones del tocador. La había acosado en el supermercado Ralph's, en la Tercera con San Vicente. La había insultado a gritos mientras compraba. El incidente se produjo a finales de noviembre del 55.

Mi padre contrató un abogado. Este escribió un informe y presentó otra querrela contra mi madre. Decía que el estilo de vida que llevaba era perjudicial para mi desarrollo moral y social. Mi padre temía por mi salud y mi seguridad.

Mis padres vieron a un juez, que nombró una ayudante judicial. Le pidió a esta que investigara las acusaciones.

La ayudante judicial habló con mi padre. Él dijo que Jean era una buena madre cinco días a la semana. Se bebía dos tercios de una botella de vino todas las noches y cuando llegaba el sábado «se descontrolaba». Añadió que era una maníaca sexual. A esto se le unía la bebida. Afirmó que esa noche ni siquiera tuvo que escuchar a escondidas. Devolvió a su hijo a las 17.15. Jean

salió a la puerta. Tenía el cabello revuelto y el aliento le olía a alcohol. Un tal Hank Hart estaba sentado a la mesa de la cocina. Iba en camiseta interior. Sobre la mesa había una botella de champán, tres latas de cerveza, una botella de vino y un botellín de whisky.

Mi padre se marchó. Decidió visitar a unos amigos del vecindario. Volvió a pasar por el apartamento. Oyó que su hijo gritaba. Oyó otros «ruidos confusos». Se acercó a la ventana de la cocina y se asomó. Vio que su hijo entraba en el lavabo para darse una ducha. Vio que Jean y Hank Hart estaban tumbados en el sofá del salón. Empezaron a besarse. Hart le metió la mano bajo el vestido. El niño entró en el salón. Llevaba puesto el pijama. Se puso a ver la tele. Hank Hart empezó a meterse con él. El niño se fue a la cama. Hank Hart se quitó los pantalones. Jean se levantó la falda. Follaron en el sofá.

Mi padre dijo que se marchó a casa. Llamó a mi madre. Le preguntó si no le daba vergüenza. Jean respondió que haría lo que le viniese en gana. Mi padre no la acosó en el supermercado Ralph's. Llevó a su hijo a casa unos días después de Acción de Gracias. Jean no estaba. Su hijo le enseñó la manera de entrar. Abrió unas puertas correderas y entró en el apartamento. No hurgó en la ropa de Jean ni abrió los cajones. Nunca la había insultado. Era ella quien lo llamaba para soltarle todo tipo de improperios.

La investigadora judicial habló con Ethel Ings, quien dijo que Jean era una madre excelente. Jean le pagaba setenta y cinco centavos a la hora. Ethel cuidaba de su hijo. Jean nunca lo dejaba solo en casa. El niño asistía a una iglesia luterana todos los domingos. Jean jamás le alzaba la voz ni utilizaba un lenguaje soez.

La investigadora judicial habló con la directora de la escuela El Paraíso de los Niños, quien dijo que Jean era una madre excelente. El padre mimaba demasiado al chico y no lo obligaba a estudiar. Lo utilizaba para controlar a

su madre. Cada noche lo llamaba y le hacía preguntas acerca de ella. Le decía que respondiera «sí» o «no» cuando su madre estaba cerca.

La investigadora judicial habló con Eula Lee Lloyd, quien dijo que Jean era una madre excelente. El señor Ellroy no era un buen padre. Últimamente lo había visto varias veces agachado fuera del apartamento de Jean, espiando por las ventanas.

La investigadora judicial habló con mi madre, quien refutó el testimonio de mi padre. Negó las acusaciones de conducta sexual maníaca y de dipsómana. Añadió que su exmarido había mentido a su hijo repetidas veces. Le había dicho que tenía una tienda en Norwalk. Le había dicho que iba a comprar una casa con piscina. Quería tener al chico solo para él. La llamaba cosas horribles. Y lo hacía delante de su hijo. Su exmarido era un homosexual latente. Tenía pruebas médicas de ello.

La investigadora judicial se puso del lado de mi madre. Tuvo en cuenta el expediente de trabajadora sanitaria de mi madre y dijo que parecía poseer un carácter estable. No se comportó ni por un instante como una borracha o una desequilibrada. El juez también se puso del lado de mi madre. Emitió una orden formal. Impuso a la demandante y al demandado que no se molestasen ni acosasen mutuamente de ningún modo. Dijo a mi padre que no rondara por el apartamento de mi madre y mucho menos que lo allanara. Le dijo que se limitara a recogerme y a dejarme y que el resto del tiempo ni se acercara por allí.

La orden tenía fecha 29/2/56. Mi madre estaba a dos años y cuatro meses vista de aquel Sábado Noche. Las notas y los registros daban constancia de su vida marcada por una unión matrimonial fallida. Podía darme satisfecho con la investigación. Sabía una cosa más allá de toda duda. Ignoraba quién había matado a mi madre. Pero sabía cómo había llegado a King's Row.

No bastaba. Era una pausa momentánea y un punto de partida. Tenía que saber más. Tenía que saldar mi deuda y obtener aquello que me pertenecía. Mi voluntad de seguir mirando y descubriendo cosas aún era fuerte y estaba perversamente interiorizada. Yo era mi padre agachado fuera de la casa, espiando por la ventana del dormitorio de mi madre.

No quería que terminase. No quería dejar que terminase. No quería perderla otra vez.

King's Row no era más que una ventana que daba hacia el pasado. El Hombre Moreno no era más que un testigo con unos cuantos recuerdos. Yo era un detective sin sanción oficial y sin una reglamentación sobre las pruebas que me limitara. Podía considerar como hechos ciertas insinuaciones o rumores. Podía recorrer su vida a mi propia velocidad mental. Podía demorarme en Tunnel City y en El Monte y en todos los puntos intermedios. Podía envejecer mientras buscaba. Podía temer mi propia muerte. Podía revivir sus domingos en aquella iglesia junto a las vías del ferrocarril. Allí se oficiaban reuniones celestiales. Podría aprender a creer. Podría dejar a un lado mi búsqueda mediante una dispensa divina y esperar el momento de que nuestras miradas se encuentren sobre una nube.

Eso no sucederá. Ella se alejó de aquella iglesia. Acudía a ella a punta de pistola. Se sentaba en el banco y soñaba. La conozco lo suficiente para dar eso como un hecho seguro. Me conozco lo suficiente para declarar que nunca dejaré de mirar.

No permitiré que esto termine. No volveré a traicionarla ni a abandonarla.

Ahora estoy contigo. Huiste, te escondiste y te encontré. Tus secretos no estaban seguros conmigo. Te has ganado mi devoción. El precio que has pagado ha sido verte expuesta públicamente.

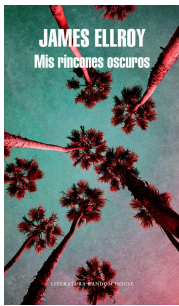
He saqueado tu tumba. Te he revelado. Te he mostrado en momentos vergonzosos. He aprendido cosas sobre ti. Todo lo que he aprendido ha hecho que te ame más profundamente.

Aprenderé más cosas. Seguiré tus pasos e invadiré tu tiempo perdido. Desenmascararé tus mentiras. Reescribiré tu historia y revisaré mis juicios mientras tus viejos secretos estallan. Lo justificaré todo en nombre de la vida obsesiva que me diste.

No oigo tu voz. Te huelo y saboreo tu aliento. Te siento. Te rozas contra mí. Te has ido y quiero más de ti.

Las desgarradoras memorias de la investigación de Ellroy sobre el asesinato de su madre.

***Mis rincones oscuros* es el libro más intimista y el reflejo más oscuro del pasado del autor y de una experiencia que marcaría toda su obra.**



En junio de 1958, James Ellroy tenía diez años cuando recibió la terrible noticia del asesinato de su madre. El cadáver de Geneva Hilliker fue hallado cubierto de hiedra en una cuneta de las afueras de Los Ángeles, estrangulado con una cuerda y unas medias de nylon y con signos evidentes de violación. El caso no se resolvió, pero la brutal muerte marcó para siempre la vida del autor y fue el germen de toda su obra.

En 1994, después de publicar el último volumen del «Cuarteto de los Ángeles», Ellroy decidió descubrir la verdad sobre el crimen. Para ello contrató los servicios de un veterano y experimentado «detective» llamado Bill Stoner. A medida que ambos avanzaban en este caso enterrado desde hacía treinta años, Ellroy descubría el misterio que en realidad fue su madre, cuáles fueron sus aspiraciones y por qué decidió salir de un pequeño pueblo de Wisconsin para empezar una nueva vida en Los Ángeles.

Mis rincones oscuros relata esta investigación, en una mezcla de crónica negra y memorias confesionales, y se convierte en un libro fascinante que proporciona las claves autobiográficas de sus novelas y, a su vez, en la

introducción perfecta a la perturbadora obra de este autor imprescindible de la novela del siglo XX.

«Un círculo obsesivo que se tensa hasta formar un nudo... amargo, retorcido, introspectivo.»

New York Magazine

«Una lectura para estómagos y mentes fuertes. No hay ninguna concesión al sentimentalismo. [...] [Ellroy] ha vuelto a elevar la novela negra [...] a la categoría que adquirió con Dashiell Hammett, Raymond Chandler y los que inauguraron el género hacia 1930.»

MARIANO ANTOLÍN RATO, *El Mundo*

«Extraña y perversamente fascinante. Mitad thriller, mitad grito de dolor. [...] Una crónica sincera sobre el hecho de crecer sintiéndose un extraño, bajo la condena del dolinexpresado.»

Newsday

«*Mis rincones oscuros* rompe con las fronteras entre géneros, dando como resultado un clásico singular.»

Newsweek

La biografía de **James Ellroy** (Los Ángeles, 1948) ha estado marcada por el asesinato no resuelto de su madre en 1958. Después de años de delincuencia, alcohol y drogas, Ellroy decidió rehacer su vida y retratar en sus novelas el oscuro mundo de los bajos fondos. Se ha centrado en el género policiaco y ha escrito más de veinte obras, entre novelas y ensayos, con un estilo seco y cortante y un tono oscuro y macabro. Literatura Random House ha publicado sus memorias, *A la caza de la mujer* (2012), y la novela *Perfidia* (2015), y ahora recupera para su catálogo el llamado «Cuarteto de Los Ángeles», formado por *La Dalia Negra* (1987), *El gran desierto* (1988), *L.A. Confidential*(1990) y *Jazz blanco* (1992). *L.A. Confidential* y *La Dalia negra* fueron llevadas a la gran pantalla.

Suyas son también *América* (1995), considerada la mejor novela del año por la revista *Time*; *Mis rincones oscuros* (1996), memorias de Ellroy que recibieron la misma distinción, además de haber sido incluidas en la lista de los mejores libros del año por *The New York Times*, y *Seis de los grandes* (2001), que volvió a ser elegida como mejor libro del año, esta vez por *Los Angeles Times*, y también como uno de los mejores libros del año por *The New York Times*.

Título original: *My Dark Places*

Edición en formato digital: enero de 2018

© 1996, James Ellroy

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2000, Hernán Sabaté, por la traducción

Créditos de las fotos: Portadilla de Segunda parte, cortesía del Departamento de Colecciones Especiales de la Biblioteca de la UCLA; Portadilla de Tercera parte: Kathleen Clark

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Ann Hudec / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3395-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

Mis rincones oscuros

I. La pelirroja

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

II. El niño de la foto

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

III. Stoner

Capítulo 12

Capítulo 13

IV. Geneva Hilliker

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Sobre este libro

Sobre James Ellroy

Créditos